



---

JOHN SACK

**LA CONSPIRACIÓN DE  
Asís**

---

*La conspiración de Asís es una obra de ficción.  
Algunos de los nombres, personajes y lugares que aparecen en la misma,  
así como algunas de las situaciones que se relatan, tienen una base  
histórica, pero se han utilizado de una manera ficticia. Cualquier parecido  
con personajes, hechos o poblaciones reales es una coincidencia.*

---

# Índice

<u>Agradecimientos.....</u>	<u>6</u>
<u>Argumento.....</u>	<u>7</u>
<u>Los Personajes.....</u>	<u>11</u>
<u>Prólogo.....</u>	<u>14</u>
<u>PRIMERA PARTE.....</u>	<u>19</u>
<u>Capítulo I.....</u>	<u>20</u>
<u>Capítulo II.....</u>	<u>28</u>
<u>Capítulo III.....</u>	<u>39</u>
<u>Capítulo IV.....</u>	<u>46</u>
<u>Capítulo V.....</u>	<u>54</u>
<u>Capítulo VI.....</u>	<u>61</u>
<u>Capítulo VII.....</u>	<u>70</u>
<u>Capítulo VIII.....</u>	<u>77</u>
<u>Capítulo IX.....</u>	<u>86</u>
<u>Capítulo X.....</u>	<u>96</u>
<u>Capítulo XI.....</u>	<u>106</u>
<u>Capítulo XII.....</u>	<u>114</u>
<u>Capítulo XIII.....</u>	<u>121</u>
<u>Capítulo XIV.....</u>	<u>131</u>
<u>Capítulo XV.....</u>	<u>136</u>
<u>Capítulo XVI.....</u>	<u>144</u>
<u>Capítulo XVII.....</u>	<u>152</u>
<u>Capítulo XVIII.....</u>	<u>157</u>
<u>Capítulo XIX.....</u>	<u>165</u>
<u>Capítulo XX.....</u>	<u>174</u>
<u>Capítulo XXI.....</u>	<u>182</u>
<u>Capítulo XXII.....</u>	<u>190</u>
<u>Capítulo XXIII.....</u>	<u>199</u>
<u>Capítulo XXIV.....</u>	<u>207</u>
<u>Capítulo XXV.....</u>	<u>215</u>
<u>Capítulo XXVI.....</u>	<u>223</u>
<u>Capítulo XXVII.....</u>	<u>231</u>
<u>SEGUNDA PARTE.....</u>	<u>240</u>

---

<a href="#"><u>Capítulo XXVIII.....</u></a>	<a href="#"><u>241</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXIX.....</u></a>	<a href="#"><u>250</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXX.....</u></a>	<a href="#"><u>258</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXXI.....</u></a>	<a href="#"><u>266</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXXII.....</u></a>	<a href="#"><u>275</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXXIII.....</u></a>	<a href="#"><u>283</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXXIV.....</u></a>	<a href="#"><u>290</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXXV.....</u></a>	<a href="#"><u>299</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXXVI.....</u></a>	<a href="#"><u>310</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXXVII.....</u></a>	<a href="#"><u>322</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXXVIII.....</u></a>	<a href="#"><u>332</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XXXIX.....</u></a>	<a href="#"><u>340</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XL.....</u></a>	<a href="#"><u>348</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XLI.....</u></a>	<a href="#"><u>358</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XLII.....</u></a>	<a href="#"><u>367</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XLIII.....</u></a>	<a href="#"><u>375</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo XLIV.....</u></a>	<a href="#"><u>384</u></a>
<a href="#"><u>Epílogo.....</u></a>	<a href="#"><u>393</u></a>



## AGRADECIMIENTOS

Al Northwest Writing Institute del Lewis and Clark College por la residencia Walden y el valioso regalo del tiempo.

A los escritores de Blue Mountain y los lectores de White Cloud por sus excelentes consejos y el aliento.

Y por encima de todo a Francis, que insistió en que se relatara esta historia. Grazie molte.



## Argumento

Setecientos años atrás la jerarquía eclesiástica ocultó al mundo el cuerpo de San Francisco. ¿Cuál es el secreto que se llevó el santo a la tumba?

En el año 1230, unos monjes roban los restos de Francisco, que iban a ser sepultados en la catedral. Lo entierran bajo el altar de una pequeña capilla y uno de los monjes esconde en el ataúd cierto documento que oculta un secreto del difunto. Los cuatro monjes juran proteger con sus vidas la ubicación de los restos del santo. En 1271, el ermitaño Fray Conrado recibe un documento con las notas manuscritas de un monje franciscano que, en forma de acertijo, hablan de cierta leyenda, cierto testamento y cierto hombre ciego. Conrado comprende que debe descifrar la adivinanza, tras la cual se oculta el gran secreto de San Francisco, y que para ello debe ir al monasterio de Asís.

Beatus frācisus duob; ānis ante mōtē suū fecit quadra-  
gesimā i loco aliūm ad honorē beate viginis mārī dīz beati  
michael archāgī a festo assūptiois scē mārī usq; ad festū scī  
michael epōs 7 facta est sup eū manū dñi p̄ uisionē 7 allocuti-  
onē seraphy 7 impressiōe stigmātū x̄rope suo scē hāc laudat ex alio  
late ret. catule...

diatte. ostē dat faciem  
suā tibi 7 misereat tui  
cōuertat uultū suū ad te  
7 det tibi pacē

Beatus frācisus scripsit manus dñe b̄dictionē n̄sri leci



Simili modo fecit h̄ud signū thau cū capite manu sua

---

Si Satanás existió, el futuro de la orden fundada por san Francisco le debió de ofrecer la más exquisita gratificación... El resultado neto de la vida de san Francisco fue crear una orden todavía más rica y corrupta, para fortalecer la jerarquía y facilitar la persecución de todos aquellos que destacaban por su moral o su libertad de pensamiento. A la vista de sus propios objetivos y carácter, es imposible imaginar un resultado más amargamente irónico.

BERTRAND RUSSELL

No me digan que Francisco fracasó. El Espíritu del Compromiso capturó su sueño y lo redujo; capturó a sus hermanos... y los transformó, como lo había intentado con él desde el principio, en unos monjes buenos pero vulgares. Capturó su cuerpo y lo enterró en una de las grandes iglesias de Italia. Capturó la peligrosa historia de su vida y la escribió en recortadas y censuradas biografías. Pero no pudo capturar a Francisco [...] Francisco triunfó; fueron los demás quienes fracasaron.

ERNEST RAYMOND

Frater Leo frater tuus salutem et pacem. Et adico tibi  
fratrem meum sicut mater. quia  
omnia verba que diximus  
tibi. brevit in hoc verba  
dispono. et sic loquor  
tibi. et oportet te  
consilium meum  
quia consilio tui iqua  
cum modo me loquor  
de te. et pace me dicit  
et sequere frater tuus  
lupum in faciem  
cum benedictione  
et me obsequia  
tibi est ne ce  
tuus a te  
et dicit ne quia

Facsimil de la carta escrita por san Francisco  
al hermano Leo hacia 1220.



## LOS PERSONAJES

### LOS PERSONAJES

#### LA ORDEN (FRANCISCANOS)

Ministros generales (1212-1279)

1212-1226 San Francisco de Asís

Vicarios: Pietro Caetani, 1212-1221

Elias di Bonbarone, 1221-1227

Secretario: Leo de Asís

1227-1232 Giovanni Parenti

1232-1239 Elias di Bonbarone

Secretario: Illuminato da Chieti

1239-1240 Alberto da Pisa

1240-1244 Haymo de Faversham

1244-1247 Crescentius da Iesi

1247-1257 Giovanni di Parma

1257-1274 Bonaventura da Bagnoregio

Secretario: Bernardo da Bessa

1274-1279 Girolamo d'Ascoli

#### Los HERMANOS

Conrado da Offida, un ermitaño de la facción espiritual

Federico, un visitante a Asís

Ludovico, bibliotecario del Sacro Convento

Salimbene, escriba y cronista

Tomás da Celano, primer biógrafo de san Francisco

Ubertino da Cásale, un novicio

Zefferino, compañero de fray Illuminato

#### DEL MUNICIPIO DE ASÍS

Angelo di Pietro Bernardone, un comerciante de lana

---

Dante, hijo mayor de Angelo  
Piccardo, hijo de Angelo  
Orfeo, marinero, hijo menor de Angelo  
Francesco di Pietro Bernardone (san Francisco de Asís), hermano de Angelo  
Giacoma dei Settisole, una viuda noble, antes residente en Roma  
Roberto, criado de doña Giacoma  
Neno, carretero  
Primo, campesino  
Simone della Rocca Paida, señor de la mayor fortaleza de Asís  
Calisto di Simone, su hijo  
Bruno, mercenario de Calisto  
Mateo Anglo, un médico inglés  
DE FOSSAIO DI VICO  
Giancarlo di Margherita, un caballero retirado, antiguo alcalde de Asís  
DEL MUNICIPIO DE GENOVA  
Enrico, un chico campesino de Vercelli  
DE ANCONA  
Rosanna, amiga de fray Conrado da Offida  
DEL MUNICIPIO DE TODI  
*En Coldimezzo*  
Capitanio di Coldimezzo, donante del solar para la basílica de San Francisco  
Buonconte di Capitanio, hijo de Capitanio  
Cristiana, su esposa  
Amata, su hija  
Fabiano, su hijo  
Guido di Capitanio, hermano de Buonconte  
Vanna, su hija  
Teresa (Teresina), su nieta  
*De la ciudad de Todi*  
Iacopo dei Benedetti (Iacopone), un penitente público  
Cardenal Benedetto Gaetani  
Roffredo Gaetani, hermano de Benedetto  
Bonifazio, obispo de Todi, hermano de Capitanio di Coldimezzo  
  
DE VENEZIA  
Lorenzo Tiépolo, dogo de Venecia

---

Maffeo Polo, joyero

Nicolo Polo, hermano de Maffeo

Marco Polo, hijo de Nicolo

Los PAPAN (1198-1276)

1198-1216 Inocencio III, aprobó la Orden de Frailes Menores

1217-1227 Honorio III

1227-1241 Gregorio IX (Ugolino da Segni, antiguo cardenal protector de los Frailes Menores, 1220-1227)

1241 Celestino IV

1241-1243 Vacante durante veinte meses

1243-1254 Inocencio IV

1254-1261 Alejandro IV

1261-1264 Urbano IV

1265-1268 Clemente IV

1268-1272 Vacante durante cuatro años

1272-1276 Gregorio X (Tebaldo Visconti di Piacenza, antiguo legado papal en Acre en Tierra Santa)



## PRÓLOGO

*Asís. 25 de marzo de 1230*

Simone della Rocca Paidá observó el callejón por donde aparecerían los frailes. «Venga; venid ahora, condenadas ratas de iglesia. Acabemos de una vez con este penoso asunto.» El caballero se irguió en la silla y aflojó la espada en la vaina. Tenía la lengua seca como la lana.

La muchedumbre lo inquietaba. Durante toda la mañana los espectadores habían estado llegando a la plaza sin hacer caso del barro que les llegaba a los tobillos y de la amenaza de otro aguacero. El administrador jefe de la ciudad, el alcalde Giancarlo, había declarado fiesta y, ni un mero chaparrón primaveral, ni las barreras levantadas durante la noche, conseguirían aplacar los ánimos festivos. Los guardias civiles de Giancarlo habían arrastrado vigas y bloques de mármol de la parte inacabada de la nueva basílica para construir un murete a través de la plaza. Ahora, los guardias mantenían a la gente detrás de la barrera como peces en un estanque, donde se empujaban unos a otros para ver mejor. El ruido aumentaba por momentos. Aquellos que se esforzaban para escuchar el canto de los frailes por encima del ruido lo hacían en balde. Lo único que podían hacer era mirar en la misma dirección que Simone.

Por fin el caballero vio las nubes de incienso que salían del callejón. Un crucifijo que se balanceaba por encima del humo y los solideos de los monaguillos que sostenían los incensarios entraron en la plaza en procesión. «Demasiado tarde para arrepentirse».

Simone había colocado a sus caballeros frente al claro, delante del porche de la basílica. Les hizo un gesto a los otros jinetes, se colocó el yelmo y lo acarició el penacho para que le diera suerte. Su mano se movía inquieta sobre la empuñadura de la espada mientras con las rodillas apretaba los flancos del caballo. Tenía la garganta tan seca que le costó tragar. Avanzó lentamente hasta situarse en el espacio entre la gente y la procesión.

El chapoteo de los cascos en el barro y el engañoso tintineo de las armaduras de los caballeros, a duras penas dejaban oír el canto cuando una doble fila de cardenales con sotanas rojas y capas empezó a avanzar, como un brillante ciempiés, por las tablas colocadas a través de la plaza. Ni ellos, ni los obispos con capas de armiño que

---

los seguían, mostraron la más mínima inquietud al ver que los caballos se acercaban. Tampoco los espectadores que se persignaban y arrodillaban detrás de la barricada.

¿Por qué iban a inquietarse? Eran los guerreros de la Rocca Paidá, la fortaleza en lo alto de la colina que protegía a la ciudad del peligro. Todos habían oído el rumor de que los perusinos planeaban robar los restos del santo. Al menos eso era lo que Simone esperaba. La sorpresa sería su mejor aliada.

Detrás de los obispos marchaban los frailes y, en el corazón de la columna, los que cargaban el féretro. Atravesaron la plaza por el terraplén que marcaba el límite sur. El crucifijo, los cardenales y los obispos ya habían desaparecido por el camino de tierra que bajaba hasta la cripta y esperaban en formación en el patio.

Había llegado el momento de Simone. En cuanto el féretro comenzó la bajada, gritó: «Adesso», y le clavó las espuelas a la montura. El caballo se lanzó contra la columna y la atacó con los cascos delanteros, como lo habían entrenado para que hiciera en combate. Se oyó un sonido de huesos rotos y un fraile desapareció bajo la carga con un grito de dolor; otro se lanzó por encima del murete para esquivar al enorme corcel. Simone sonrió debajo del yelmo y repartió mandobles a diestra y siniestra. Mientras daba la vuelta al trote, vio a los guardias civiles enzarzados en una refriega con un grupo de hombres que intentaban saltar la barricada.

—Cierra la entrada del camino —le ordenó al jinete que tenía a su lado.

Dos de los caballeros ya cabalgaban detrás del féretro para arrear a los portadores hacia el patio inferior. En un primer momento los frailes cooperaron y corrieron para alcanzar la iglesia y la protección del alcalde, que esperaba al pie del camino con el resto de la guardia civil. Pero los hombres de Giancarlo emplearon las picas para expulsar a los prelados del patio entre un revuelo de mitras, capas y faldones recogidos, al tiempo que avanzaban a su vez camino arriba hacia el féretro. Los frailes comprendieron demasiado tarde que habían caído en una trampa

Simone se lanzó al galope ladera abajo por el borde del camino. Un poco más adelante, un fraile que vociferaba con voz aguda sujetó a uno de los guardias por el brazo. El hombre lo golpeó con el guantelete con tanta fuerza que lo tiró al suelo y el caballo de Simone tuvo que saltar por encima del fraile que rodaba cuesta abajo.

El caballero sólo miró atrás al llegar al pie de la colina. Al fraile la capucha le había resbalado y una larga trenza negra le caía sobre la espalda. ¡La viuda romana! ¡Maldita sea! ¿Qué estaba haciendo con los frailes? La sangre le manaba de la mejilla cuando al fin consiguió ponerse de pie, pero aparentemente no lo sabía ni le importaba. Agitó un puño y sus ojos verdes lo miraron con furia.

—¿Cómo te atreves, Simone? —gritó—. ¿Cómo te atreves a robar nuestro santo?

El caballero contuvo la respiración al oír que lo acusaban por su nombre. De nuevo deseó que el alcalde hubiese contratado guerreros de otra ciudad para aquel trabajo sucio.

---

Dio media vuelta con el caballo y galopó hacia la puerta de la iglesia. Los guardias se habían hecho con el féretro, después de apartar a un último fraile, pequeño como un niño, que se aferraba a la tapa con todas sus fuerzas. Simone dedujo que, por su tamaño, debía de ser Leo el enano. Con el féretro de pino en su poder, los hombres de Giancarlo se colocaron detrás de Simone mientras los religiosos los maldecían. El caballero desmontó de un salto y le entregó las riendas a uno de los guardias.

—¡Arderás en el infierno por esto, Simone! —gritó alguien muy cerca de su oreja. Él se volvió con la espada en alto, pero el obispo de Asís levantó la cruz que colgaba alrededor de su cuello para detenerlo. Simone se mordió el labio inferior y entró en la iglesia. El alcalde se unió a él inmediatamente. En el interior los esperaban el comerciante de paños y el castellano de Todi.

—Dejad el féretro —gritó Giancarlo a sus hombres. Después los sacó a empellones de la iglesia para que defendieran el patio. En cuanto los guardias salieron, él y el caballero levantaron la pesada tranca y la colocaron en la puerta.

El alcalde se recostó en la madera labrada mientras recuperaba el aliento, y Simone se quitó el yelmo para enjugarse el sudor de la frente con la manga del gambesón. Sólo al envainar la espada advirtió amargamente las huellas bermejas en la hoja.

La penumbra y que apenas se oyera la confusión del exterior le calmó los nervios. Miró el rostro pálido del castellano, la mueca despectiva en los labios del comerciante, mandíbula rígida del alcalde, y se preguntó por qué se habían involucrado en aquel acto sacrílego. Sospechaba que el comerciante vendería alegremente las reliquias, hueso a hueso, a pesar de que eran los restos de su hermano. Desde el fondo de la nave les llegó una voz.

—Rápido. Traed el féretro aquí.

Dos frailes, el maestro constructor fray Elías y su ayudante, esperaban a cada lado del altar principal. Un círculo de antorchas ardía en los soportes, detrás de ellos, y a Simone le recordaron los fuegos del infierno que había mencionado el obispo. La luz de las antorchas proyectaba sobre el pasillo una sombra de fray Elías mucho más grande que el verdadero cuerpo enjuto del conspirador que había planeado el robo. Simone tenía el rostro enrojecido por el calor, a pesar de la corriente helada de la iglesia. Se preguntó si Elías podría confesarlo antes de que salieran de la iglesia, aunque él también fuese partícipe del pecado. Temía la perspectiva de enfrentarse a la multitud del exterior con su alma en pecado mortal.

Cuando los cuatro hombres llegaron al frente de la nave, vieron que el altar mayor estaba fuera de su base y que habían cavado un hueco muy profundo en la roca. Los hombres colocaron el féretro sobre las cuerdas dispuestas en paralelo al hueco y, con la ayuda de los frailes, lo bajaron al sarcófago. Arrojaron las cuerdas dentro, detrás del féretro. Luego Elías giró uno de los pequeños pilares labrados en la

---

parte trasera del altar hasta que se oyó un chasquido. El enorme bloque giró lentamente sobre el agujero hasta taparlo. Por último, el fraile desparramó tierra alrededor de la base de mármol y la alisó con la sandalia.

—Los albañiles comenzaron ayer a colocar el tejado del ábside —dijo—. Mañana cubrirán esta parte. No quedará ningún rastro. Nadie sabrá dónde descansa. —Hincó una rodilla en tierra junto al altar, con la cabeza inclinada hacia el sarcófago—. Ningún rastro, padre Francisco —murmuró a continuación, complacido—. Tu secreto continúa siendo tuyo.

Simone recordó la reunión en el palacio de Giancarlo, donde fray Elías había insistido en que el cadáver debía ser ocultado, incluso de los fieles, para protegerlo de los ladrones de reliquias. Había dudado de sus motivos desde el principio. Para el caballero, Elías continuaba resentido por la elección que había perdido después de la muerte de san Francisco. La hermandad había escogido a otro fraile para suceder al santo como ministro general de la orden; a un hombre mayor, muy espiritual, pero que en conocimientos administrativos era una nulidad comparado con Elías. El maestro constructor había convertido la derrota en una victoria cuando el papa le mandó la construcción de aquella basílica. Ahora, había utilizado su premio de consolación contra sus detractores y había ocultado las reliquias más valiosas de la orden donde nunca las encontrarían. La próxima vez, los hermanos se lo pensarían dos veces antes de votar en su contra.

Después de aplanar la tierra alrededor del altar. Elías llamó a su ayudante.

—Fray Illuminato, trae el cofre.

El joven desapareció en las sombras del crucero. Cuando regresó al cabo de un momento, llevaba un pequeño relicario dorado. Elías levantó la tapa y sacó un anillo con una gema azul claro facetada. Se la puso en el dedo mientras el ayudante repartía anillos idénticos a los demás.

—En este día queda formada la Compari della Tomba, la Hermandad de la Tumba —declaró Elías—. Juremos todos por nuestra vida que nunca revelaremos dónde reposan estos huesos.

—Muerte también para cualquier hombre que por azar descubra este lugar —añadió Giancarlo con voz severa—, y pongo a Dios por testigo.



---

# PRIMERA PARTE

El grifo



# Capítulo I

*Fiesta de San Remigio. 1 de octubre de 1271.*

Fray Conrado frunció el ceño cuando llegó a lo alto del sendero que zigzagueaba hasta su choza. La ardilla que batía la cola y lo miraba con expresión de reproche desde el alféizar de la ventana le advirtió de que un visitante lo aguardaba en el interior, alguien que no era el hombre de Rosanna.

—¡Tranquilo, hermano Gris! —regañó a la ardilla mientras descargaba del hombro un haz de leña—. Da la bienvenida al forastero como lo haces conmigo. Puede que sea uno de los ángeles de Dios.

El ermitaño levantó al animal entre las manos y lo arrojó suavemente al tronco negro de un pino cercano. Cuando Conrado cruzaba el umbral, había trepado ya hasta una rama más alta.

Ajeno a la charla, el fraile visitante dormía con la cabeza apoyada en la mesa del ermitaño, el rostro oculto debajo de la capucha. Conrado gruñó su aprobación. Si debía ser sociable y conversador, al menos el tema sería espiritual. Las sandalias de cuero y la túnica, de una delicada tela color gris, le complacieron menos. Lo más probable era que se tratara de un conventual, uno de aquellos frailes mimados que vivían más como los benedictinos que como los desarraigados hijos de san Francisco. Rogó para que la conversación no degenerara en la sempiterna discusión sobre la naturaleza de la verdadera pobreza, lisiaba cansado y aburrido de hablar de eso; no le producía más que dolor.

Salió para recoger la leña que había traído, y cargó el haz por la ligadura de mimbre. El sol se ponía temprano en los Apeninos en las lardes de otoño y el aire de la montaña ya era frío por la noche. Cogió varios puñados de hojas, pinas y agujas secas y los amontonó en el círculo de piedras planas del centro de la habitación. Mientras encendía el fuego con el pedernal, oyó un murmullo somnoliento que le llegaba desde el rincón.

—¿Fray Conrado da Offida?

La voz sorprendentemente aguda era la de un chico de coro antes de llegar a los quiebros de la pubertad. Su visitante era un novicio, y probablemente sin la edad para serlo. Teóricamente, la orden no aceptaba candidatos menores de catorce, pero las autoridades a menudo no hacían caso de la prohibición.

---

—Sí, soy fray Conrado —respondió—. Que la paz de Dios sea contigo, joven hermano. —Y permaneció arrodillado junto a la hoguera.

—Y contigo. Me llamo Fabiano. —Sus palabras sonaron apagadas porque el chico habló al mismo tiempo que se frotaba la nariz con el dorso de la mano.

—Fabiano. ¡Bien! Bienvenido. En cuanto se encienda el fuego, prepararé una sopa. Tengo habas en remojo en la olla.

—Nosotros también hemos traído comida —dijo el chico, y señaló con el pulgar una bolsa de red colgada de una de las vigas—. Queso, pan y uvas.

—¿Nosotros?

—El sirviente de monna Rosanna me acompañó hasta aquí.

Su señora envió la comida por si acaso no tenías suficiente para ti y un invitado.

—Ésa es la cortés manera de la señora —afirmó Conrado con una sonrisa.

El fuego ardía con fuerza y la habitación se llenó con el aroma del pino de Alepo. El humo ascendía hasta el techo de paja manchado de hollín y salía por un pequeño agujero en la paja. La luz de la hoguera se reflejaba en los ojos del visitante, que brillaban con el color oscuro de las aceitunas maduras debajo de la capucha. Conrado puso la olla al fuego y cogió la bolsa de comida. Rosanna, bendito fuera su generoso corazón, también había enviado una cebolla. Cortó dos rebanadas para comerlas crudas con el queso y el resto lo añadió en trozos a la sopa.

—¿Quién te envió a monna Rosanna? —preguntó Conrado.

—Mis superiores en Asís. Me dijeron que la buscara en Ancona, y en las afueras de la ciudad me crucé con dos frailes que me indicaron el camino hasta su casa. Mostró una gran curiosidad cuando le dije que necesitaba encontrarte... —El comentario inacabado sonó más como una pregunta.

—Crecimos juntos —explicó Conrado, casi como hermanos. Ella, quiero decir, ella y su nutricio, todavía cuidan de mí cuando pueden.

Un fugaz recuerdo acudió a su mente, dos niños que comían galletas en un muelle mientras el sol se reflejaba en el agua debajo de sus pies. La imagen se fragmentó en el acto, de la misma manera que sus reflejos se habían fragmentado en las ondulaciones del agua aquella tarde de antaño, y el visitante reanudó inmediatamente la charla.

—¿Eres huérfano? ¿Por eso vivías con la familia de monna Rosanna?

Conrado hinchó los carrillos en una lenta exhalación.

—El pasado de esta criatura no tiene importancia —contestó. Aquélla no era la conversación espiritual que había deseado. Hubiese abandonado el tema allí mismo, pero Fabiano pareció tan desilusionado que añadió—: Sí. Mi padre era pescador en Ancona. Dios se lo llevó en una tormenta cuando yo era pequeño. Los padres de

---

monna Rosanna me acogieron. Consideraron que debía recibir una educación, y me llevaron con los frailes cuando cumplí los quince. Ahora, catorce años más tarde, estoy aquí, y ésta es toda mi historia.

Mientras removía la sopa, los ojos se le humedecieron un poco. Se los enjugó con la manga, y estaba a punto de comentar la fuerza de la cebolla, cuando el chico lo interrumpió de nuevo.

—¿Dónde estaba tu madre?

—En el cielo, sin duda. Mi padre dijo que murió llamando a la Virgen cuando me dio a luz.

El aroma de las habas llenó la choza. El chico respiró profundamente y se rascó la cabeza.

—Me encanta conocer la vida de las personas. Desearía pasarme la vida recorriendo el mundo y recogiendo historias, como fray Salimbene. ¿Conoces a fray Salimbene?

Conrado frunció el ceño.

—No es un fraile a quien debas emular. ¿Por qué no me dices por qué necesitabas encontrarme? —Miró de nuevo los ojos oscuros, que de pronto se llenaron de compasión casi hasta el punto de llorar, y de inmediato él lo comprendió.

—¿Fray Leo? —dijo en respuesta a su propia pregunta.

—Sí.

—¿Murió en paz?

—Sí, en la misma choza donde murió san Francisco.

—Eso tuvo que complacerlo.

El ermitaño se balanceó sobre los talones. La pérdida de su amigo y mentor no era algo inesperado. Después de todo, Leo había vivido más de ocho décadas. Pero su muerte no dejaba de ser un golpe,

¿Quién podía adivinar el plan divino? Leo había suplicado que se lo llevaran con su maestro san Francisco cuando éste murió, pero Dios lo había ligado a la vida por otra media centuria de trabajo y escritura. El pequeño fraile había sido enfermero personal del fundador. Se había ocupado de cambiarle los vendajes y de ponerle los ungüentos en las heridas que le habían aparecido en las manos, los pies y el costado después de la terrible visión del monte Laverna. Leo también había sido confesor y secretario del santo; potencialmente la más poderosa posición en la orden si a él le hubiese interesado el poder. Pero Francisco había escogido a su compañero precisamente por su maravillosa simplicidad. Con su afición a los motes, había rebautizado a Leo, el león, como fra Pecorello di Dio, fraile Corderito de Dios.

---

Hasta los frailes más jóvenes, como Conrado, conocían la famosa historia de la discusión de Leo con Elías tiempo después de la muerte de Francisco, cómo había destrozado la gran vasija donde el ministro general guardaba las donaciones para la nueva basílica. Elías había mandado que lo azotaran y después lo expulsó de Asís por aquel acto de rebelión. Leo buscó un refugio y comenzó a escribir los opúsculos en los que denunciaba la laxitud y los abusos dentro de la orden. Se convirtió en la conciencia de los frailes, citaba tanto las reglas y el espíritu de san Francisco como su inspiración, y la facción conventual le odiaba por ello.

Conrado se preguntó si fray Bonaventura, el último en la línea de los sucesores de Elías, habría dejado atrás las viejas rencillas.

— ¿El ministro general enterró a fray Leo con dignidad? — preguntó.

— Oh, sí. En la basílica, junto a sus compañeros. Dicen que es el más alto honor.

— El que se merecía — afirmó Conrado.

El chico se quitó la capucha mientras Conrado removía la sopa. El lacio pelo negro, muy corto, le llegaba hasta el borde de las orejas. Los ojos almendrados tenían la expresión sorprendida de un cervatillo, acentuada por las largas pestañas. La piel cremosa de las mejillas y las sienes era tan translúcida que, incluso en la penumbra, Conrado podía ver las venas. La sonrisa amplia y la nariz larga y recta, con las aletas muy abiertas, una nariz noble, pensó Conrado. El chico era demasiado hermoso para vivir entre los frailes mayores, sobre todo unos frailes que deseaban emular a los benedictinos. Sólo Dios sabía cuántos de los vicios monásticos habían imitado hasta el momento.

Cuando Conrado dejó de remover la sopa, el chico metió la mano en el zurrón que había dejado debajo de la mesa y sacó de él un rollo de pergamino.

— Mi maestro me dijo que te diera esta carta. Fray Leo dijo que era muy urgente que te la trajera después de su muerte.

El ermitaño desenrolló el pergamino junto al fuego. Leyó la carta varias veces,

— ¿Qué dice? — preguntó Fabiano.

— No estaba sellada. Me sorprende que no la hayas leído. ¿Tu maestro aún no te ha enseñado las letras?

— Algunas. Sólo conseguí leer unas pocas palabras. Le pedí a unos frailes que encontré en el camino que me la leyeran, pero me dijeron que era poco interesante.

Conrado puso los ojos en blanco. El chico era un desvergonzado, y quizá peligroso en su ingenuidad.

— ¿Los frailes te dijeron sus nombres?

— No. Pero uno era más viejo que el tiempo, y el otro tenía los cabellos rubios, si eso es una ayuda.

---

Conrado frunció los labios.

—No —dijo. Podían causarle problemas. Sólo le quedaba rogar para que la falta de juicio del chico no tuviese consecuencias. Echó otra ojeada a la carta—. Quizá tú puedas decirme si es interesante o no. Me aconseja que haga el bien, como era de esperar de Leo, pero el mensaje no parece propio del sacerdote que conocí.

Sostuvo el pergamino más cerca del fuego y leyó.

—«Para Conrado, mi hermano en Cristo, fray Leo, su inmerecido compañero, le ofrece la debida reverencia en Dios Nuestro Señor.» Hasta aquí es Leo. Pero ahora escucha esto: «Recuerda cómo te aconsejamos que estudiaras y aprendieras. Lee con tus ojos, discierne con tu mente, siente en tu corazón la verdad de las leyendas. Servite pauperes Christi».

Conrado tendió el pergamino a Fabiano.

—¿Servir a los pobres de Cristo? —Hizo una pausa para que las palabras calasen, como si el chico pudiese comprender su significado, y luego leyó la parte final, que acompañó con un gesto—. «Escrita en Asís, en el decimocuarto año de la administración de Bonaventura da Bagnoregio, ministro general, Orden de los Frailes Menores».

El ermitaño hizo otra pausa, que aprovechó para rascarse la nuca.

—Leo nunca me pediría que estudiase, ni siquiera los relatos de la vida de san Francisco, si esos son las «leyendas» a que se refiere. Francisco predicó que los eruditos malgastaban un tiempo que era mejor dedicar a la oración. En cuanto a lo de servir a los pobres, fue Leo quien me envió a estas montañas. ¿Ahora quiere que me dedique al servicio? Me resulta extraño.

—Rascó el pergamino con la uña—. Ni siquiera la letra es de Leo. Demasiado grande y torpe. Leo era un calígrafo elegante.

Conrado acercó la carta al fuego una vez más. Una guarda ovalada enmarcaba el texto, pero en la penumbra no alcanzaba a ver los detalles. Leo no era de los que consideraban urgente una misiva poco interesante, aunque, por lo que había leído, los dos frailes viajeros estaban en lo cierto.

Arrojó el pergamino sobre la mesa, donde se enrolló solo para formar otra vez un cilindro. Quizá no eran más que los desvaríos de un hombre muy viejo, aunque la mente de Leo guardaba una infinidad de secretos. Dado que la escritura no era la suya, el mensaje podía ser incluso una trampa preparada por Bonaventura, pero ¿con qué intención? Encima, el chico venía del Sacro Convento, la casa madre de la orden, y eso ya bastaba para despertar los miedos de Conrado.

—Es hora de que comas y duermas —dijo finalmente—. Has tenido un viaje agotador. —Ya pensaría en el texto mientras descansaban, con la ilusión de que la primera luz del día le ayudaría a ver las cosas más claras.

---

Repartió la sopa en dos cuencos de madera. Fabiano se pasó los dedos lenta y pensativamente por el pelo hasta que éste le quedó de punta, como las púas de un erizo.

—¿Te entristeció dejar a monna Rosanna? —preguntó.

Pero Conrado no estaba dispuesto a reabrir esa herida de juventud. Se llevó un dedo a los labios.

—Debemos observar silencio mientras comemos, hermano. Nuestro fundador quería que sus frailes guardaran silencio desde el atardecer hasta el alba. Ya hemos hablado bastante por un día.

Leo, el muy ladino, lo había sabido todo el tiempo. Durante aquellos cuarenta y cinco años había protegido su tesoro como una gallina clueca cuida los huevos, demasiado empecinado incluso para abandonar el nido y llevarse los secretos a la tumba, como un hombre sensato. Por el contrario, había pasado sus polluelos aún no nacidos a uno de los ermitaños rebeldes.

Fray Illuminato aplastó de un manotazo un mosquito que le picaba en la muñeca, y deseó poder aplastar al ermitaño con la misma facilidad. Sofrenó al pollino y se enjugó el sudor de la frente con la manga del hábito. Incluso en octubre una jornada al sol podía consumir las fuerzas de un viajero, sobre todo a uno de tan avanzada edad. Desaparecido Leo, él era el último de la primera generación de hermanos que habían vivido con san Francisco.

—Necesito descansar, fray Zefferino —le dijo a su compañero—. Estos frágiles huesos ya no pueden seguir cabalgando.

—Como quieras, padre. —El joven fraile pasó una pierna por encima del pescuezo del burro y se deslizó al suelo. Después ayudó a desmontar al anciano.

Illuminato se apoyó las manos en las caderas y arqueó la espalda, como un viejo gato que se despereza. Sacudió los hombros, y después cojeó los pocos pasos que había hasta la cumbre.

—Magnífico —exclamó, al tiempo que con un amplio gesto abarcaba el valle del río Tescio. Las hileras de chopos lombardos se extendían como centinelas a ambos lados de la carretera, brillantes con sus tonos dorados del otoño. Otras manchas de amarillo señalaban las encinas dispersas entre los pinos del bosque. Al pie de la colina, un grupo de casas de madera se apiñaban alrededor del campanario de ladrillos de una iglesia, y en algún lugar del pueblo la carretera se dividía: al noroeste hacia Gubbio, y al sudeste hacia Asís.

El compañero de Illuminato sujetó las riendas de los burros con una mano, mientras que con la otra espantó una mosca que zumbaba alrededor de su tonsura enrojecida por el sol.

---

—¿Esta noche dormiremos en Fossato di Vico? —preguntó—. Tengo un amigo entre los canónigos de la catedral.

—¿Dormir? No, Zefferino —respondió Illuminato—. No dormirás hasta mañana. —Miró los ojos azules del fraile, que reflejaban su desconcierto—. No podemos perder tiempo. Quiero que te adelantes y vayas al pueblo. En la colina opuesta a la catedral verás un palacio. Pregunta allí por el signore Giancarlo y dile que el Amanuense se quedará con él esta noche.

—¿El Amanuense?

—Él sabrá lo que significa. Ruégale también, por amor a ese mismo nombre, que cambie tu burro por una montura fresca, si es posible un caballo veloz. —El viejo señaló la bifurcación—. Cabalga por la carretera del norte lo más rápido que puedas hasta la casa de los frailes, en Gubbio. Dile al hermano prior que si el ermitaño Conrado cruza las montañas y se detiene a descansar allí, debe retenerlo, por la fuerza si es necesario. Yo seguiré viaje hasta Asís y avisaré al ministro general.

—¿Cómo sabrá el prior quién es el ermitaño?

Illuminato frunció su peluda nariz y sus ojos resplandecieron.

—¡Bah! Es un zelota, uno de esos apestosos «zelanti», orgulloso como el mismísimo demonio de que nunca se ha bañado. Lo olerán mucho antes de verlo. También lleva la barba negra de un infiel sarraceno, y una cola de caballo donde antes estaba la tonsura. —Escupió en el polvo como una reafirmación de su desagrado y añadió—: Es probable que el chico esté con él, pero eso no será un problema. Que el prior también lo retenga. —Illuminato cogió las riendas de la mano del otro fraile—. Ve, hermano, y que Dios te acompañe. Habrá una recompensa por este trabajo para los dos.

Miró cómo Zefferino bajaba por la ladera montado en su burro hasta que hombre y bestia desaparecieron por un recodo del camino. Luego lo siguió a paso lento, con su montura de las riendas. Piernas y nalgas podían aguantar hasta un cierto punto, y ya habían sufrido un duro castigo.

¿No le había advertido a Elías, hacía muchas décadas, que no mandara azotar al entrometido enano? «¡Deja que proteste!», le había aconsejado. Pero corría el año 1232, y Elías, ensoberbecido con su nuevo poder —por fin era ministro general de la orden— había expulsado a Leo de Asís a latigazos, y con esos golpes, había abierto la fisura que ahora, como los abismos del infierno, iba a engullir ambas facciones de la orden.

El sacerdote rechinó los gastados dientes, furioso de nuevo con Elías, y de pronto también consigo mismo. Tendría que haberle arrebatado la carta de Leo al chico. Su mente ya no funcionaba con la celeridad de antaño. En el palacio le pediría recado de escribir al viejo caballero. Tenía que transcribir todo lo que recordaba del mensaje. El

---

viejo Giancarlo llevaba el anillo de la confraternidad; no escatimaría esfuerzos para acabar con esa última amenaza a su juramento.



## Capítulo II

Conrado y Fabiano yacían arrebujados en sus capas en lados opuestos del fuego. La respiración del chico era tranquila, mientras el ermitaño contemplaba cómo el color del techo pasaba de rojo a gris. Los ratones se movían por la choza en busca de migajas y sobras. Los cazadores nocturnos más grandes buscaban su comida entre la maleza, y desde una charca lejana llegaba el sonoro coro de las ranas. Una ráfaga helada se coló por la ventana y el fraile se estremeció. La mayoría de las noches, mientras dormía el sueño de los justos, no hubiese advertido el frío del viento ni los sonidos de las criaturas nocturnas.

Una y otra vez leía en su mente la carta de Leo. No había nada en ella que le pareciera correcto: la caligrafía, las palabras, incluso el suave pergamino en que estaba escrita. Leo adoraba a la señora Pobreza tan apasionadamente como el propio san Francisco. De haber tenido dinero, nunca lo hubiese gastado en un caro pergamino. No, antes se lo hubiese dado a algún pobre.

Conrado también se preguntaba por el mensajero. No podía creer que Leo le hubiese entregado un mensaje importante a aquel bribonzuelo del Sacro Convento. Su mentor no confiaba en nadie de la casa madre. Durante las últimas décadas, había ocultado cuidadosamente sus escritos de los otros frailes por temor a que se los confiscasen. Al propio Conrado, a quien consideraba como su hijo espiritual, sólo le había confiado uno de ellos, y había depositado todos los demás en las clarisas de San Damián. Allí, donde ningún hombre excepto su padre confesor tenía permiso para entrar, los manuscritos de Leo estaban a buen recaudo, fuera del alcance de los hurones de Bonaventura.

Por otro lado, Fabiano había sobrevivido al peligroso cruce de los Apeninos, y había rastreado a Conrado hasta su choza. El chico sin duda sabía arreglárselas solo. Incluso había hablado con naturalidad de fray Salimbene, aunque le costaba imaginar qué podía tener en común aquel renacuajo con el viejo sapo. Recordaba la visita del obeso cronista al Sacro Convento durante uno de sus incesantes vagabundeos. Salimbene había entretenido a los frailes con sus obscenos relatos durante casi toda una tarde. La imagen de las facciones hinchadas y la papada del fraile —testimonios de una vida de placeres en las cortes de la nobleza—, la calva rosada bañada en sudor por el calor de la tarde, hizo que Conrado se escandalizase ahora como lo había hecho entonces.

---

Al mirar a través del círculo de fuego, el ermitaño vio que el dormido Fabiano también se estremecía. El chico no debía de estar acostumbrado al aire helado de la montaña. Se puso de lado y comenzó a soplar las brasas hasta que saltaron chispas naranja. Añadió un poco más de leña y movió las ascuas hasta que consiguió avivar un fuego que duraría un par de horas más.

—¡Basta! —gritó Fabiano repentinamente.

Conrado se quedó inmóvil. ¿Qué había hecho para asustar al chico?

—¿Basta qué? —preguntó en voz baja.

Fabiano no respondió, y Conrado se dio cuenta de que el novicio no se había despertado en ningún momento. El grito había brotado de alguna pesadilla. El chico movía los pies debajo de la capa como si quisiera escapar de algo o de alguien.

Conrado lo vigiló hasta que recuperó la calma. Entonces, finalmente, el ermitaño cerró los ojos. Se aflojó el nudo de frustración en la boca de su estómago, los latidos de su corazón aminoraron el ritmo, y su mente inquieta se serenó.

No era consciente de cuánto tiempo había pasado, ya fuese dormido o despierto, cuando una pálida luz azulada apareció detrás de sus párpados. Dos frailes andrajosos, sus siluetas difusas en el resplandor azul, se cernieron sobre él. El hermano más joven apoyó una mano lacerada en el hombro del mayor.

«Conrado», llamó el de mayor edad sin mover los labios. La gentileza y el afecto de aquella voz provocaron un cosquilleo en los miembros del ermitaño. Reconoció a su mentor y, por las heridas en la mano del fraile joven, supo quién debía de ser el compañero de Leo. «¡Fray Leo! ¡Padre Francisco!» Conrado quería hablar, pero ningún sonido escapó de su garganta.

«Descubre la verdad de las leyendas.» Leo repitió la parte fundamental del mensaje. Sus palabras resonaron en la mente de Conrado, aunque éste parecía sólo pensarlas más que decirlas.

«Entonces ¿el mensaje es tuyo? Me pareció que era...»

«Trata al mensajero con cortesía. Ella ha llevado a cabo una dura tarea. No tomes en cuenta sus pocos años. Necesitarás su ayuda para el trabajo que tienes por delante».

Conrado abrió los ojos. Una vez más se encontró mirando la paja del techo.

¿Ella? ¿Su ayuda?

Se sentó sobresaltado y, a través de las llamas, miró a Fabiano, cuya esbelta figura estaba de espaldas al fuego. ¿Había una curva en el trazo de la cadera que no había visto antes?

Una visión de los santos de Dios debía tomarse muy en serio. Las voces oídas durante la meditación profunda o el sueño siempre decían la verdad. Pero él sabía

---

que no podía permanecer en la choza con Fabiano. ¿No había sido san Crisóstomo quien había avisado: «Es a través de las mujeres cómo el diablo entra en el corazón de los hombres»?

Conrado echó las últimas ramas secas al fuego. Se quitó la capa, la extendió sobre la figura dormida, y luego caminó de puntillas sobre la paja hasta la puerta. Los ratones corrieron a ocultarse en los rincones de la choza hasta que pasó.

El aire frío azotó las orejas y las mejillas del ermitaño. Se sentó acurrucado contra la pared más cercana a la puerta, con los brazos alrededor de las rodillas, y alzó la mirada al límpido y helado cielo.

«Leo, ¿por qué me haces esto? Sabes que no tengo ninguna experiencia con las mujeres» No era más que un adolescente cuando se había separado de la familia de Rosanna, y desde entonces prácticamente no había tenido contacto con nadie del sexo femenino. Durante su último verano juntos, incluso ella, con una sugestiva sonrisa o un deliberado destello de sus ojos oscuros, conseguía que su pulso se acelerase y que una tempestad sacudiera su corazón. A lo largo de los años había llegado a aceptar el exquisito dolor que había sufrido cuando se separaron como una salvadora bendición de Dios. Ni siquiera había tenido oportunidad de despedirse de verdad. La madre de Rosanna había dicho que la muchacha estaba enferma y que no podía levantarse de la cama para desayunar con la familia el día que el padre lo había llevado sin más a la casa de los frailes, en Offida.

El brillo de los ojos de una cervatilla que pastaba a unos pocos pasos de la choza llamó su atención. Cuando era una cervata, había bautizado al animal con el nombre de Clara, por la pureza y sensibilidad de sus movimientos. Conrado sonrió por primera vez desde que había leído el mensaje de Leo, feliz de que algo en su mundo permaneciera constante.

Alargó una mano y el animal se acercó. Le rascó la áspera crin del cuello, ese cuello que cada semana revisaba para quitarle las garrapatas, y después la apartó suavemente. Ésa sí era una adecuada compañera para un fraile ermitaño.

«Dios me evite la compañía de las mujeres», suplicó mientras intentaba conciliar de nuevo el sueño.

Conrado normalmente recibía el amanecer con alborozo, un momento en el que respiraba el aire puro y fresco y añadía sus oraciones al canto alegre de los gorriones y los arrullos de las tórtolas. Sin embargo ese día, cuando la primera luz se filtró entre las copas de los árboles, su mente aún rebosaba con pensamientos sobre las mujeres.

Si Fabiano era una chica, razonó, eso explicaría sus frívolas preguntas. Pero ¿cómo era posible que Leo pudiese decir que necesitaría la ayuda de aquella criatura chismosa?

---

Recordó cómo Leo había amado y alabado a santa Clara. La fundadora de las clarisas había demostrado una fuerza indomable, y se había aferrado a la pobreza después de la muerte de Francisco con un tesón que no había tenido ninguno de los frailes. Postrada en el lecho, debilitada por el ayuno y la austeridad, había vivido aún otros treinta años, hasta que el Santo Padre había aprobado finalmente las estrictas normas de ella para las clarisas. Leo se había arrodillado junto a su jergón en San Damiano dos días después de la aprobación papal, y había presenciado con lágrimas en los ojos cómo ella había besado el papel y a continuación había entregado su alma. Pero ese avisado Fabiano —ese trasgo— y la bendita Clara no tenían nada en común, salvo el género.

Leo también había hablado elogiosamente de otra mujer, una viuda rica que había consolado a Francisco en su lecho de muerte y que, durante décadas, había ayudado asimismo a Leo. Había dado dinero a la orden para que le compraran un hábito después de que del suyo, que lo había abrigado durante los años de exilio, no quedaran más que harapos. Doña Giacoma dei... algún lugar, un barrio de su Roma natal.

Conrado se frotó las mejillas ateridas mientras pensaba en esta nueva posibilidad. Doña Giacoma —la benefactora de Leo— desde luego podía, y lo hubiese hecho con agrado, suministrarle a éste el mejor recado de escribir, si es que aún vivía. Debía de ser más o menos de la misma edad que Leo, y ya era viuda cuando san Francisco la conoció. Y si ella le había dado el pergamino para la carta, eso al menos daría algo de sentido a todo aquel intrincado asunto.

Conrado escuchó cómo el novicio, si es que era tal, o la novicia, se removía en la paja. Agachó la cabeza y simuló estar dormido cuando Fabiano salió de la choza y con paso tambaleante se perdió entre los árboles. Tuvo la tentación de seguirlo con la mirada para ver si el visitante lo hacía de pie o en cuclillas, pero la modestia se lo impidió.

El pensamiento le ofreció otra posible pista, aunque no era precisamente una que a Conrado le apeteciera seguir. Como la mayoría de los seminaristas, había leído *De Contemptu Mundi*, del papa Inocencio. Todavía recordaba el pasaje en el que el Sumo Pontífice detallaba su aborrecimiento de la sangre menstrual. «A su contacto, el cereal no madura, los arbustos se secan, la hierba muere, los árboles pierden sus frutos, y si los perros la lamen, se vuelven rabiosos.» Si Fabiano era una chica y había llegado a la pubertad, y si por un golpe de suerte ahora tenía su flujo mensual, no tenía más que ir más tarde al sitio y mirar.

Sólo recordar el texto bastó para que una amarga bilis subiera a la garganta del ermitaño y notara un súbito malestar en el estómago; la misma reacción que había tenido cuando se había enterado de la maldición femenina de labios de Rosanna y, más tarde, cuando se había cruzado en su camino con las brujas del sur, de las que se decía que mezclaban sangre menstrual en los filtros de amor. Acababa de cumplir los once años cuando Rosanna, un año mayor que él, le había explicado el motivo para

---

no acompañarlo en sus juegos colina arriba. Parecía haberse convertido en una mujer mucho mayor en un abrir y cerrar de ojos, y desde entonces sólo había podido mirarla con un temor reverente.

Conrado acabó por decidirse. No sabía cómo lidiar con esa feminidad descarada, primitiva. Se levantó y se alejó de la choza en dirección opuesta a Fabiano. Tendría que buscar otra manera de descubrir la identidad del novicio.

Fabiano parecía estar de mal humor cuando volvieron a la choza y se saludaron en el umbral. Conrado le señaló la mesa mientras descolgaba la red con la comida sujeta a una de las vigas. Llenó dos vasos con el agua de la jarra, cortó dos rebanadas de una hogaza de pan con su cuchillo de comer y las cubrió con trozos de queso y uvas. Habló con naturalidad mientras le servía el desayuno.

—¿Fray Hilarión todavía es el maestro de los novicios en el Sacro Convento? — preguntó.

—¿Ah, es la hora de romper el silencio? —Fabiano parecía más enlaciado que sorprendido por la pregunta del fraile—. Fray Cornado, si quieres saber algo, no tienes más que preguntarlo.

Es obvio que has deducido que soy una mujer. No es necesario que recurras a estúpidas trampas.

—¿A qué te refieres? —replicó, y de pronto se sintió muy torpe.

—Me desperté abrigada con una capa más y tú has dormido fuera. ¿Qué se supone que debo pensar? Un hombre cortés ha descubierto que comparte su choza con una mujer y le da su capa. Por ese lado te doy las gracias. Por el otro lado, un hombre insensato decide que prefiere helarse antes que correr el riesgo de contagiarse de la depravación femenina como si ésta fuese la viruela, así que huye para proteger su alma pura. ¡Eso no te lo agradezco! —Y le dio un feroz bocado al pan, como si hubiese deseado que fuese su carne—. ¿Te he interpretado correctamente? —La piel blanca de su rostro y cuello mostró una pátina rosa y la amenaza brilló en sus ojos negros.

También se ruborizó el rostro de Conrado. La osadía de sus palabras lo avergonzaba y confundía. Había acabado sin más con su transparente intento de ser astuto —y era justo— pero al hacerlo, había demostrado la más absoluta indiferencia hacia su condición de sacerdote. Tendría que estar furioso con ella, no por lo que a él se refería como persona, sino por el bien de su condición.

—Mi verdadero nombre es Amata —añadió antes de que él pudiese protestar—. Fabiano es, o era, el nombre de mi hermano.

Jugó con el pergamino de Leo mientras masticaba y hablaba al mismo tiempo.

—Tendría que haber dicho sor Amata. Soy hermana sirvienta en San Damiano. El mayordomo de una gran señora trajo este mensaje a nuestra casa y la madre abadesa

---

me lo confi6. Hago muchos de sus recados. —Lo mir6 a los ojos—. ¿Sabes, hermano, lo peligroso que es para un hombre, incluso para un fraile, cruzar solo estas montañas? Si una partida de bandidos hubiese descubierto que habían capturado a una mujer... y no sólo una bolsa de plata o un par de sandalias nuevas, hubiese estado mejor con la garganta abierta como la puerta de un castillo. La vida puede ser peor que la muerte, incluso que la muerte eterna en el infierno.

—¡Ten cuidado, niña! ¡Blasfemas! —exclam6 Conrado—. Nada puede ser peor que la separaci6n eterna de la visi6n beatífica.

Amata le dirigi6 de soslayo una mirada sard6nica.

—Sé de lo que hablo, hermano, aunque no estoy muy segura de que tú sí. Se llama el mundo real, un lugar que sospecho que no has visto en muchos años. Otra cosa, no me llares niña. Tengo casi diecisiete años. Si no estuviese en un convento, ahora mismo tendría mi propia casa y niños colgados de la falda. —Sonri6, pero la sonrisa no era agradable—. ¿Tu Rosanna no estaba casada cuando tenía mi edad?

Esta vez fue Conrado quien la mir6 furioso. Rosanna no era asunto de su incumbencia. Ya había compartido demasiadas cosas.

La verdad era que su amiga se había casado tarde, a los dieciséis. No llevaba más de dos meses con los frailes cuando había recibido su carta. Los padres la habían casado con el mercader Quinto, le decía, y pedía sus oraciones y su bendici6n. Conrado había ayunado durante días como penitencia por sus pensamientos al enterarse de la noticia. Las oraciones no llegaron hasta mucho más tarde.

Amata desplegó la carta de Leo sobre la mesa y la sujet6 con el codo, mientras con la mano libre se metía las uvas en la boca. Una expresi6n de intriga apareci6 en sus ojos. Su furia se esfum6 rápidamente, como la de un niño al que regalan un juguete nuevo.

—¿Éstas son palabras? —pregunt6, al tiempo que recorría con el dedo la orla que enmarcaba el texto—. Aquí veo una M y lo que parece una A.

—¿D6nde? Déjame ver.

Conrado le arrebat6 el pergamino y corri6 a la puerta. La orla estaba hecha de letras pequeñas, una escritura minúscula que Conrado identific6 como la de Leo. Busc6 un punto de partida que le permitiese encontrar las series que formaban palabras y frases, pero lo que encontr6 fueron varios fragmentos a cuál más desconcertante. La orla comenzaba con la misma orden con que acababa la misiva: *Servite pauperes Christi*. Ley6 las palabras en voz alta.

—Sirve a los pobres de Cristo. Fray Jacoba sabe mucho de la perfecta sumisi6n. ¿Por qué mutilaron al compañoero? ¿De d6nde vino el serafín? El primero de Tomás

---

marca el comienzo de la ceguera; el testamento da los primeros rayos de luz. En las uñas del leproso muerto está la verdad. Servite pauperes Christi.

Completó la lectura de toda la orla, pero el significado seguía siendo tan oscuro como al principio.

— ¿Por qué escribe en enigmas? — preguntó Amata.

— Supongo que si yo no puedo entenderlo, entonces tampoco podría Bonaventura, de haber caído esto en sus manos, enrolló la carta y la guardó debajo de la sotana—. Una cosa sí sé: tengo que ver las leyendas y el testamento que menciona Leo, y en la biblioteca del Sacro Convento está lo que necesito.

Decir estas palabras bastó para que Conrado se llamara a capítulo. Los frailes como él, que practicaban la pobreza absoluta, no eran bienvenidos en la casa madre. Mientras vivía allí, cuando era un joven sacerdote, se había buscado muchos y muy graves problemas al recordar a los hermanos lo mal que entendían la «propiedad».

«Los hermanos no tendrán nada de su propiedad, ni una casa, ni un lugar, nada en absoluto», les había citado de las normas de san Francisco. «Mirad nuestras suaves prendas, nuestros rostros rozagantes, y nuestra deliciosa comida. Tenemos libros. Tenemos este opulento convento. Lo único que nos falta aquí son esposas».

Aquello había sucedido hacía siete años, en 1264, muy poco después de su regreso de París, y después de que fray Bonaventura hubiese sustituido a Giovanni di Parma como ministro general. Bonaventura no era tolerante con los frailes problemáticos como Conrado, que no entraban en razón. De inmediato mandó encerrar al joven sacerdote en una de las espantosas mazmorras excavadas en las profundidades del Sacro Convento. De no haber prometido Conrado, a instancias de Leo, que viviría aislado y que nunca más predicaría, aún estaría encerrado allí, como el propio Giovanni.

— Giovanni di Parma es un mártir viviente — dijo. Estaba tan acostumbrado a hablar consigo mismo o con su amiga ardilla, el hermano Gris, que se había olvidado de que Amata continuaba sentada a la mesa.

Cuando levantó la mirada, vio que la joven ladeaba la cabeza con la misma pose displicente que a menudo adoptaba el animal.

— Todo sucederá según la voluntad de Dios — afirmó, como si bastara para explicar el comentario anterior—. Tengo que partir a Asís, hermana. Esta misma mañana.

— ¿Puedo ir contigo? Me sentiré más segura si viajamos juntos.

Conrado vaciló. Otro problema. San Francisco dijo a sus primeros seguidores que nunca viajaran con mujeres, que ni siquiera comieran del mismo plato, a la moda cortesana de la nobleza. Quizá ya había traspasado los límites de la norma al compartir la mesa del desayuno.

---

—Te juro que me comportaré con la máxima modestia —añadió Amata. Sacó el labio inferior hacia afuera, pero Conrado también vio el brillo de sus ojos. «La chica se burla de mí —pensó—, aunque tiene razón que es más seguro no viajar solo».

Entonces el ermitaño recordó que la segunda versión de la norma de Francisco sólo decía que los hermanos no debían tratar con las mujeres de maneras que pudiesen provocar sospechas. ¿Quién sospecharía de un fraile que viajaba con un novicio llamado Fabiano? Para ser exactos, san Francisco ordenaba a sus frailes viajar en parejas; un fraile que viajase sin compañero despertaría sospechas, tal como había ocurrido con Amata cuando se había encontrado con los dos frailes en la carretera. Además ni siquiera llegaría a violar el espíritu de la norma, porque no sentía el menor afecto por aquella deslenguada e insolente cría. La tentación de la carne no sería un problema.

—Procura mantener tu promesa —dijo. Miró en derredor para ver qué necesitaban llevarse y qué debían dejar arreglado antes de marchar. De nuevo titubeó—. ¿Advertiste si los frailes que leyeron el mensaje de Leo también leyeron la orla?

—Puede que sí. El viejo la miró por todas partes. ¿Hice mal al dejar que la vieran?

—¡Creo que sí! En cambio nada puedo decir sobre si el mensaje puede o no representar un peligro, porque no sé qué significa. Mis hermanos conventuales sospechan que cualquier cosa escrita por Leo rezuma sedición, y quizá estén en lo cierto.

Se agachó en las sombras detrás de la mesa y cogió una urna, que dejó sobre el banco.

—Tienes que saber de la existencia de un manuscrito de Leo, por si acaso no regreso aquí. —Levantó la tapa de la urna y sacó un cilindro. Un fuerte olor a pescado podrido inundó la habitación, un reconfortante olor para Conrado, que siempre lo asociaba con su padre y los muelles de Ancona. Quitó con mucho cuidado la tela encerada verde amarillento y varias capas de tela de lino descoloridas, y luego desenrolló sobre la mesa un grueso manuscrito. Amata frotó el material entre los dedos.

—Se llama pergamino de papel —le explicó Conrado—. Fray Leo dijo que es un material nuevo importado de España, y sospecho que por la misma señora que envió su carta a San Damiano. Le encantaba. No había que rasgar y alisar piel, porque estas páginas siempre están listas. Me lo envió la primavera pasada, consciente de que le quedaba poco tiempo. Me pidió que hiciera copias de esta crónica para los hermanos espirituales que se ocultan en la Romana y Las Marcas. Somos muy pocos, y los únicos que podemos mantener viva la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdadera historia de los frailes menores desde la muerte de san Francisco. Lamentablemente, nuestra orden se ha convertido en un monstruoso grifo. Mitad

---

águila, que se eleva con las alas de la santidad y la devoción (puedo nombrarte docenas de frailes que vuelan con tales alas), pero también mitad león, que esconde las garras de la crueldad y la injusticia.

Leo presenció los sufrimientos de aquellos hermanos que permanecieron fieles a la norma. Después de ser nombrado ministro general, Elías mandó encarcelar y torturar a muchos de ellos, e incluso asesinó a fray Cesar de Spires; más tarde, cuando Crescentio sucedió a Elías, dispersó el grupo. A algunos los envió al martirio, en la Armenia Menor. Bonaventura...

—Pero si fray Elías construyó la basílica —le interrumpió Amata—. ¡Todo el mundo va a Asís para verla!

Conrado soltó el aliento poco a poco, y se recordó a sí mismo que debía ser paciente. Era obvio que Amata sabía muy poco de la división de la orden. Tenía mucho que aprender antes de convertirse en la ayuda que le había prometido Leo. Adoptó el tono indulgente de un maestro.

—Si bien Elías estaba más cerca de san Francisco que cualquier otro fraile, excepto fray Leo, no captó en absoluto el sentido de la vida de nuestro fundador. Francisco, en su humildad, pidió que lo enterraran fuera de las murallas de la ciudad, en el Colle d'Inferno, donde vaciaban la basura de Asís y enterraban a los criminales. Y ¿qué hizo fray Elías? Consiguió que se donara toda la colina para la orden, una orden que no tenía nada mientras vivió su maestro, y allí construyó la más magnífica basílica de la cristiandad, un gigantesco mausoleo para Il Poverello, como lo llamaba la gente. Eso da fe de lo poco que Elías lo comprendía.

El rostro de Amata se animó.

—Conozco la historia del Colle d'Inferno —dijo—. Mi abuelo Capitanio fue quien se la dio a fray Elías.

Conrado la miró incrédulo. ¿Primero afirmaba que conocía a un fraile mundano como fray Salimbene, y ahora aquella sirvienta tenía la temeridad de decirle que su familia había donado la tierra para la gran basílica?

Amata extendió el pergamino con las dos manos.

—¿No tendríamos que llevarnos esto con nosotros? Podríamos dejar que lo guardase la madre abadesa.

—No. Seríamos leña para los inquisidores si nos detienen, y la crónica la astilla para encender el fuego. La enterraré en su urna. Sólo tú y yo sabemos que existe. Si no regreso...

—¡Oh no! —Amata agitó las manos como una mujer que espanta las moscas de la miel que recoge en una vasija—. En eso no te puedo ayudar. No soy libre de ir donde me plazca. Ésta es la primera vez que he cruzado las montañas.

---

—Sólo Dios sabe por qué estás involucrada en este asunto, hermana, pero si Él quiere que seas su instrumento, Él te dará los medios.

Para guardar de nuevo el manuscrito en la urna, Conrado tuvo que sacar primero de la urna un paquete envuelto en lino y atado con un cordel. Se le escapó de las manos, se desparramó lodo su contenido sobre la paja: plumas, un tintero, una piedra pómez, una regla, un punzón y tiza. El rubor por su torpeza le tiñó las mejillas mientras se agachaba para recoger su parafernalia.

—Como ves, tengo todo lo necesario para hacer las copias menos el pergamino. Tenía la intención de pedirle a monna Rosanna que incluyera unas pocas hojas cada vez que me envía comida.

Amata se rió muy divertida, pero no, como él imaginó, de su torpeza.

—¿Tú eres quien dice que los eruditos malgastan el tiempo? Estaba segura de que tú no lo crees así.

—¿Lo sabías? ¿Cómo has sido tan lista como para llegar a esa conclusión?

—Mira tu hábito. Los fondillos y los codos brillan mucho más que las rodillas. Estás tan cómodo sentado en tu trasero como cualquier escriba en su mesa.

Conrado no se decidía entre reírse o considerarlo como una ofensa. Optó por lo primero.

—Lo confieso. Estudié y debatí con los más grandes en París. Tenía mis propias opiniones. Los estudiantes creíamos que en nuestras manos teníamos las claves del universo, en algún lugar de nuestros sofismas y sesudas discusiones. Sólo de pensar en aquellos años me duele la cabeza.

Sonrió mientras iba al huerto para buscar una pala. «Todavía sigo sin saber cuántas almas hacen falta para llenar un tazón», recordó.

—No vuelvas en seguida —le gritó Amata a través de la ventana—. Tengo que ocuparme de... un asunto femenino.

Conrado se apresuró a darle la espalda a la choza. ¡De nuevo un asunto femenino! Ese día ya había arruinado por completo su apetito reflexionando sobre el tema.

Aprovechó el momento para contemplar los árboles que todavía brillaban con el rocío como un millón de diminutas hogueras. En aquel instante, intuyó lo mucho que echaría en falta su bosque. Aunque Amata parecía tardar una eternidad, toda su prisa por ponerse ya en camino se esfumó bruscamente. Comprendió que quizá estaba a punto de abandonar para siempre aquel lugar que había llegado a amar como un anticipo del paraíso. El ermitaño quería empaparse de su quietud, de la serenidad que experimentaba allí, una última vez. Decidió que dejaría abierta pa puerta de la choza, por si acaso sus amigos del bosque necesitaban un refugio. Se preguntó si lo echarían de menos, o si estaba cometiendo una herejía al atribuir sentimientos humanos a unos animales sin alma.

---

—Ya está —gritó Amata—. He guardado todo en la urna.

El ermitaño cavó un pozo donde había estado la mesa. Amata lo observó atentamente mientras él depositaba la urna en el agujero y la cubría con paja. Incluso lo ayudó a apisonar la tierra. Mientras limpiaba la pala de madera, el fraile creyó ver una fortaleza en su barbilla, una decisión que no había advertido antes. ¿Podía ser que aquella fatua hermana, con toda su impertinencia, poseyera el coraje y la decisión de un hombre? «Necesitará las dos cosas —pensó—, si tiene que afrontar la tormenta que encontraremos.» Porque la tormenta, inevitable como el invierno que se acercaba, acabaría por llegar.

En aquel instante, la imagen de su padre ahogado, debatiéndose en la negra espuma de la tempestad que lo había engullido, apareció en su mente. «Qué Dios se apiade de todos nosotros», rezó.



## Capítulo III

Orfeo Bernardone se enjugó el sudor que le bañaba el rostro con la ancha manga de su túnica árabe. Se rascó el pelo pegoteado en la nuca y se acomodó la roja boina levantina que coleaba como una bolsa sobre una oreja. El sol machacaba sin piedad el puerto de Acre en aquella curiosa mañana, curiosa porque no soplabla la brisa del mar y Tierra Santa se parecía más a un erial abrasado que a la Tierra Prometida. El marino entrecerró los párpados para protegerse del resplandor de las blancas casas árabes y las lejanas cúpulas de las mezquitas y palacios. Las palmeras agrupaban sus pocas ramas en lo alto de sus esbeltos troncos, como si quisieran negarle la sombra a los humanos que estaban abajo.

—Eres una maravilla, Marco —le dijo a su compañero—. Tu pelo está tan seco como en el momento en que lo peinaste. —Tiró de los rizos rubios que asomaban por debajo de la boina del joven maese Polo—. Y ahora sólo hay un cabello fuera de sitio.

El adolescente le apartó la mano.

—Un mercader en ascenso tiene que mantener un aspecto fresco —replicó—. Si otro mercader te ve sudar, sabrá que te ha aventajado.

Entraron en las sombreadas callejuelas del bazar. Orfeo aspiró la mezcla de los olores del clavo, la nuez moscada, los sacos de canela y jengibre de las Indias, y el almizcle de Tebet. Los príncipes de la corte y la Iglesia, en Roma, pagaban pequeñas fortunas por estas especias, pero allí se podía disfrutar de las mismas sensuales delicias con un simple paseo matinal. ¡Qué maravilla era oriente!

Chiquillos zaparrastrosos correteaban por el mercado y las mujeres que pasaban con sus velos y los cántaros en la cabeza, le recordaban a aquellas que iban a buscar agua en las aldeas de su Umbría natal. Claro que Umbría era helada como los votos de una virgen comparada con Acre. Allí, en las calles del puerto, los cruzados se codeaban con los sarracenos, los moros negros y los judíos comerciaban con los armenios y los nestorianos, todos unidos como rayos de una rueda al cubo del dinero. Lo mismo que los marinos varados en la isla de los comedores de loto, todas aquellas razas convergentes no tardaban en olvidar sus sacrosantas cruzadas y sus yihad, incluso sus países nativos, y sólo deseaban permanecer para siempre en aquella fabulosa costa.

---

La tolerancia de la ciudad asombraba a Orfeo todavía más que sus habitantes. En Umbría, un hombre podía acabar en la hoguera si sus prendas andrajosas ofendían a un rico obispo, o si, para recalcar algún detalle teológico, comparaba el cielo con un queso. Pero en Acre, todas las culturas y las filosofías tenían su lugar. Los minaretes desde donde los almuédanos llamaban a la oración a los fieles musulmanes compartían sus perfiles con los bastiones de la nobleza europea: las torres de la condesa de Blois y del rey Enrique II, de los hospitalarios, los templarios, y los caballeros teutones y —allí donde las murallas de la ciudad tocaban la costa— los castillos del patriarca de Acre y del legado papal, Tebaldo Visconti da Piacenza. En el laberinto de plazas y callejuelas, Orfeo se encontraba con griegos, normandos, aragoneses, curdos, turcos y, por supuesto, mercaderes de Pisa y Génova. Era sobre todo por la presencia de esos compatriotas por lo que los dos jóvenes ceñían espadas sobre sus túnicas.

Esa mañana su destino estaba más allá del bazar, en uno de los callejones que se alejaban del centro comercial. En aquella calleja, los músicos cantaban melodías provocativas a los acordes de las cítaras en una casa donde dos cortesanas mellizas de piel oscura los esperaban. «Una vez más, antes de zarpar para Laiaissa», habían prometido los italianos el día anterior. La perspectiva de la aventura los excitaba tanto como pensar en esa última visita de placer a las ardientes hermanas.

—Marco, ¿por qué no me das la respuesta de tu padre? —preguntó Orfeo mientras caminaban entre los tenderetes—. Dime si yo también seré un mercader.

El rostro de Marco era una máscara inexpresiva.

—Él trata con realidades, amico. Es un hombre de lógica. —Y frunció el ceño para imitar la expresión del mayor de los Polo—. «Orfeo es un remero. Más allá de los abordajes a las naves de los mercaderes genoveses, ¿qué preparación tiene en el manejo de las armas? ¿Por qué debemos llevarlo con nosotros? ¿Sabe montar a caballo, y ya no digamos en camello? ¿No se reirán los tártaros de nosotros cuando vean a qué llamamos un jinete?»

La expresión sombría del rostro de Marco se contagió al espíritu de Orfeo. Así que finalmente sería como se había temido. Desde que se había enrolado como tripulante en la esbelta galera veneciana de los Polo, había soñado con pasar al siguiente escalón con los mercaderes de joyas, y viajar con sus caravanas a través de la Armenia Mayor y Menor, Turquía y Catay, hasta la corte de Kublai Khan. ¡Jesús, menuda experiencia! ¿Era sólo unos pocos años mayor que Marco, no regresaría él también rico, lo bastante rico como para disfrutar de los mismos goces en los que había nacido Marco? Pero mientras escuchaba de segunda mano la sombría valoración de Nicolo Polo, se sintió más condenado que nunca a seguir con los marineros. Sus ahorros nunca bastarían para establecerse como mercader, y hacía mucho que había cortado todos los vínculos con su padre y hermanos mercaderes. Agachó la cabeza y observó el polvo que levantaban sus sandalias.

---

—Ah, y también dijo algo más —añadió Marco—. Acabó la perorata con estas palabras: «Pero como después de todo es tu amigo, hijo mío, ya que tú lo deseas, le encontraremos un lugar».

—¿Qué? ¿Es verdad?

Marco sonrió.

—¡Alabados sean todos los santos confesores! ¡Iré a Catay! —gritó Orfeo. Sujetó al adolescente y lo besó en la mejilla, luego lo levantó en brazos y lo apretó contra su cuerpo con tanta fuerza que el muchacho soltó un gemido.

—Se supone que debes protegerme, no aplastarme las costillas —jadeó Marco.

Orfeo se echó a reír, pero de pronto, la risa dio paso a una expresión grave.

—Quizá a partir de ahora mismo —dijo. Por encima del hombro de Marco había visto a tres hombres que se acercaban. Vestían los colores de Génova.

Los evaluó de una ojeada. No eran muy grandes, probablemente entre los tres no valdrían más de cien dracmas en la venta de esclavos. Orfeo en cambio tenía el físico de un luchador, y a menudo presumía de ser capaz de detener a un toro a la carrera. Los años de remero habían transformado su cuerpo regordete de la niñez. Así y todo, eran tres, y seguramente confiarían más en sus espadas que en la fuerza bruta.

Ya fuese por el excesivo entusiasmo producido por las buenas noticias de Marco o sencillamente animado por su nuevo trabajo como guardaespaldas de su amigo, se dejó llevar por el impulso de buscar camorra. Habló en voz, alta cuando los hombres ya estaban cerca.

—No es verdad, Marco, que Génova estaba poblado por castrados carentes de fe y mujeres .sin ninguna vergüenza?

Miró ceñudo a los hombres mientras hablaba. Éstos los miraron del mismo modo, y uno de ellos respondió:

—No, pero sí es cierto que todos los venecianos son unos mentirosos lameculos.

Marco giró de modo que él y Orfeo estuviesen espalda contra espalda frente a los genoveses. Los cinco echaron mano a las espadas simultáneamente.

—Sior Polo, sior Polo —gritó una voz aguda y entrecortada detrás de ellos—. Venid rápido. Vuestro padre dice que debéis retornar al campamento ahora mismo.

—Oh, sior Polo —dijo uno de los genoveses en una burlona imitación de la voz del mensajero—. Más vale que vayas corriendo a ver a tu papá antes de que sufras algún rasguño.

—Por favor, envainad las espadas. Todos vosotros. Esto es importante —chilló el eunuco.

—¿Qué pasa? —preguntó Marco con un tono vivo sin desviar la mirada de los tres hombres y sus espadas—. ¿Qué demonios es tan importante?

---

—Tenemos papa, sior Polo. Después de treinta y un meses, finalmente tenemos papa.

En el gran salón de su castillo, Tebaldo Visconti da Piacenza esperaba para recibir a los Polo. Se secaba el sudor de las sienes con un pañuelo de encaje perfumado. El sol entraba por las ventanas de arco simple de la pared occidental de la sala.

¿Habían pasado ya dos años desde que Nicolo y su hermano Maffeo habían llegado a Acre como emisarios del Gran Khan? Cuanto más envejecía, más rápido pasaban los meses. Recordó su primera impresión de los dos mercaderes venecianos: hombres bien educados, discretos. A Tebaldo, como legado papal en Acre, le habían transmitido las peticiones del emperador.

«Kublai Khan, jefe supremo de todos los tártaros, solicita al Soberano Pontífice de Roma cien hombres eruditos que conozcan profundamente la religión cristiana, y también las siete artes, cualificados para demostrar con justos y cabales argumentos que los dioses de los tártaros y los ídolos adorados en sus casas no son más que espíritus malvados, y que la fe profesada por los cristianos está fundada en una verdad más evidente que cualquier otra. El Gran Khan pide además una alcuza del aceite sagrado de la lámpara que arde en el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, a quien venera y considera como el verdadero Dios».

Aquello había sido en el año de Nuestro Señor 1269, y el papa Clemente IV había muerto el año anterior. «Su trono aún está vacante», le dijo Tebaldo a los Polo. «Regresad a Venecia. Visitad vuestros hogares y familias y esperad la elección del nuevo papa».

Así lo hicieron, y Nicolo descubrió que la esposa que había dejado embarazada al partir, quince años atrás, le había dado un hijo. Ella lo había bautizado Marco, como el santo patrono de la ciudad. Nicolo también supo entonces que su esposa había muerto en el parto.

Después de dos años de su primer encuentro con Tebaldo, los hermanos habían regresado a Acre y se habían llevado a Marco con ellos. Dijeron que no podían esperar más. Kublai Khan consideraría la continuada ausencia como una afrenta, con graves consecuencias para los cristianos en todas partes.

Ahora, cuando ya se disponían a emprender viaje, el cónclave de cardenales había hecho caso omiso de las reclamaciones de un papa francés salido de las filas de la facción angevina, y habían anunciado su decisión. El legado papal en Acre era el elegido como próximo papa.

Tebaldo se levantó de su trono de cedro del Líbano al oír voces y pisadas en el pasillo de piedra que conducía al salón. Maffeo Polo entró a la cabeza de la comitiva familiar. Se inclinó y besó el anillo de Tebaldo.

—Su Santidad, qué maravillosa sorpresa. ¿Cuál es el nombre con el que os conoceremos en el futuro?

---

—Me he decidido por Gregorio. El décimo papa con ese nombre.

Se sentó de nuevo mientras los visitantes permanecían de pie delante del trono. Siempre habían sido muy respetuosos de su papel como legado, pero la extrema deferencia que veía ahora en sus rostros le resultaba embarazosa. Ni en sus sueños más ambiciosos se había imaginado a sí mismo como papa. Ahora que lo habían elegido líder de la Iglesia católica en el mundo entero, prefería centrarse en uno de los títulos más humildes del papado: *Servus servorum Dei*, el siervo de los siervos de Dios.

—Las noticias no han podido ser más oportunas —dijo—. Un día más y hubieseis zarpado para Armenia Menor. —Le hizo una seña a un clérigo que aguardaba junto a una puerta entreabierta, el cual repitió el gesto, y dos orondos frailes benedictinos entraron en la sala.

—*Signori*, llevadle al Gran Khan a fray Guielmo da Trípoli y fray Nicolo da Vicenza. Gracias a Dios, ambos se encontraban en Acre cuando llegó de Roma la noticia de mi elección. No son el centenar de eruditos que él deseaba, pero son hombres de letras y ciencias.

Era lo máximo que había podido hacer en tan poco tiempo, y rezó para que el envío de sólo dos misioneros no fuese un factor decisivo a la hora de convertir al cristianismo a los tártaros paganos. Al observar a los dos plácidos predicadores, se preguntó si conseguirían sobrevivir a los rigores del viaje a Catay.

El clérigo se acercó al trono y Tebaldo le entregó un rollo de pergamino lacrado con su sello personal.

—Además de mis saludos a Kublai Khan, esta carta papal autoriza a estos frailes a ordenar sacerdote, a consagrar obispos, y otorgar absoluciones como si yo mismo lo hiciese. Mis bendiciones para todos vosotros, por vuestra salud y seguridad. Sé que os enfrentaréis al hielo, la arena, las guerras, los bandidos bárbaros y otros muchos peligros —dijo estas últimas palabras para información de los dos benedictinos, y vio que se miraban el uno al otro con gran inquietud.

Temía que sus elegidos no dieran la talla, pero en realidad eran los dos únicos eruditos disponibles en Acre aquel día. También podría haber dejado que los Polo se llevaran a su clérigo.

Despachadas las formalidades de la misión de los mercaderes, Tebaldo se permitió reclinarsse en el respaldo tallado del trono. Respiró profundamente mientras volvía a refrescarse las sienes con el pañuelo.

—En honor a la verdad, amigos míos, no me dolerá abandonar Acre. Vuestros colegas mercaderes e incluso nuestros valerosos cruzados, han conseguido que viviese aquí años de frustración.

---

Los presentes se inquietaron al escuchar sus palabras, sin saber si debían mostrarse contritos, ni cómo responder. Tebaldo sonrió con expresión fatigada ante su desconcierto.

—Sin duda lo comprenderéis. Hemos transportado hasta aquí a los mejores guerreros de la cristiandad para recuperar Tierra Santa. Sin embargo Baibars Bandukdari y sus mamelucos continúan con sus ataques. Este mismo año han tomado el castillo templario de Safed y decapitado a todos los caballeros. Han arrasado Antioquía y matado a sus ochenta mil habitantes, excepto aquellos a quienes los soldados de Baibars estaban demasiado exhaustos para matar, y éstos son ahora esclavos. Dentro de una década preveo que llegará ante las murallas de Acre, ¿y sabéis qué? La conquistará. Porque los cristianos discutimos tanto entre nosotros que nunca le oponemos un frente unido. Vuestros hermanos venecianos le venden armas a Baibars. Los genoveses compran en sus mercados de esclavos. Los templarios y los hospitalarios pelean entre sí y ambos anulan nuestros esfuerzos para negociar con los sarracenos, porque se niegan a entregar a sus prisioneros musulmanes. «Necesitamos a estos artesanos», me dicen. Todos piensan en su propio provecho en lugar de en la voluntad de Dios, o incluso del bien común.

Apoyó la cabeza en el respaldo y exhaló un sonoro suspiro.

—Perdonadme, signori. Vosotros sólo sois mercaderes de joyas y habéis servido bien a nuestra causa. No es de vosotros de quienes me quejo. Mi tiempo aquí se ha cobrado su peaje. Sólo estoy cansado y ansioso por regresar a mi tierra natal. —Se irguió de nuevo y miró a la concurrencia—. Ah, ahí está vuestro Marco. Pero no creo conocer al joven que está con él. ¿Es otro de vuestros hijos, sior Polo?

—No, Santidad. Permitid que os presente a Orfeo di Angelo Bernardone, un amigo de mi hijo y hombre de armas en nuestra expedición.

—Entonces es otro de vuestros compatriotas venecianos.

—Es de Asís, excelencia. —Luego, como si quisiera salvar una situación incómoda, el mercader añadió—: Es sobrino del muy bendito san Francisco de aquella ciudad.

¿Sí?

Tebaldo observó atentamente al fornido mocetón. Se tenía por un sagaz juez del carácter. El joven tenía buena planta, y a Tebaldo le gustó la energía y la curiosidad de sus ojos castaños.

Hablaban de vitalidad y de un ingenio rápido. «Es una pena que éste no tenga una formación teológica», pensó, y después otra idea apareció en su mente.

—Sior Bernardone, con la licencia de los Polo, quisiera que navegases conmigo a Venecia. Con vos a bordo, estaremos seguros de contar con la protección de vuestro santo tío. No dudo de que esté más cerca del trono de Dios que cualquier otro santo, excepto la bendita madre de Nuestro Señor.

---

Los hermanos Polo se apresuraron a mostrar su acuerdo, pero Tebaldo vio cómo una sombra de desilusión y desconcierto cruzaba por el rostro del joven. No parecía sentirse en absoluto honrado por la petición papal. Marco miró a su amigo con una expresión ceñuda y le susurró algo al oído. El muchacho asintió y se adelantó, un tanto envarado. Se arrodilló delante del trono, agachó la cabeza hasta que tocó con la frente la zapatilla de seda blanca de Tebaldo y besó el dobladillo de la capa.

Soy vuestro siervo y el de Dios, Su Santidad. Todo lo que soy, y todo lo que tengo está a vuestra disposición.



## Capítulo IV

Conrado dejó la bolsa de comida entre las rocas dispersas de una vieja cantera y se sentó a esperar a Amata. El sol no había alcanzado todavía su punto más alto, pero las piedras ya estaban calientes y se calentarían aún más; era uno de aquellos extraños días de octubre que se aferraban al verano. Había dejado atrás cualquier rastro de sombra cuando había abandonado los árboles hacía más de un hora y la suave brisa que agitaba los hierbajos de la ladera no bastaba para aliviar el calor.

El ermitaño pocas veces salía de su bosque, ya fuera para descender a los pueblos costeros o subir hasta ese desierto rocoso. Cuando se aventuraba hasta algún pico, solía ser para dedicar un día a la contemplación. Desde allí arriba se disfrutaba de un paisaje absolutamente puro, una sucesión de montañas azules y púrpura, cubiertas de nieve o cortadas por impresionantes cataratas, un maravilloso despliegue del poder creador de Dios ante el cual Conrado era tan pequeño y gris como las arañas que corrían por las paredes de su choza. Los habitantes de las ciudades, apretujados en las densas redes que ellos mismos habían construido, quizá se sintieran superiores a su entorno, pero los Apeninos empujaban todo orgullo humano.

Apartó la mirada del horizonte para mirar hacia el sendero por donde había subido.

—¿Estás segura de que tienes sangre de cabra alpina? —le gritó cuando Amata apareció tambaleándose.

La muchacha se sentó en un peñasco y respiró con ansia el aire caliente, con una mano en el pecho que subía y bajaba con los jadeos. Cuando recuperó el aliento, respondió:

—Quizá exageré un poco. No estoy acostumbrada a subir unas montañas tan altas.

—Pero no mentiste al decir que no tenías miedo de las alturas, ¿verdad?

—Tú indícame el camino, y yo te seguiré. Si tu atajo nos ahorra una semana de viaje, te agradeceré que lo sigas.

—No tardaremos en llegar a un sendero abierto por las cabras en la ladera — explicó Conrado—. La sección más angosta no tendrá más de doscientas varas, pero un mal paso puede hacer que caigas seiscientas varas hasta el fondo del valle. —Con expresión ausente, rascó con un guijarro la roca donde estaba sentado. Evitó mirarla

---

cuando añadió—: Creo que sólo un alma inocente que no tenga miedo de Dios se atrevería a intentarlo.

Aquél era un asunto entre la muchacha y su conciencia, y él no quería ver el estado de su alma reflejado en sus ojos.

—Si tú no tienes miedo, yo tampoco —replicó Amata—. Claro que la subida me sería mucho más fácil sin esta larga túnica. El dobladillo se me engancha en las piedras y hace que tropiece. Oí el rumor de que la orden planea volver a las túnicas cortas, como llevaban los primeros frailes. No sabes cuánto desearía que ya lo hubiesen hecho.

—Los primeros frailes trabajaban para conseguir su comida, como cualquier labriego —dijo Conrado—. Como tú has señalado esta misma mañana con mucho acierto, los frailes de ahora pasamos sentados la mayor parte de nuestro tiempo. Los frailes del Sacro Convento cobran por copiar manuscritos, como hacen los benedictinos. Además, incluso si la orden se decidiera por restaurar la túnica corta, en nombre de la decencia, tú y tus hermanas continuaríais vistiendo las túnicas largas.

—Una vergüenza, ¿no crees? —dijo Amata detrás de él.

Conrado se volvió en su asiento. Amata lo miraba sonriente con la túnica alzada bastante por encima de las rodillas. El ermitaño se tapó los ojos con la mano y se apresuró a volver la cabeza.

—¡Hermana! ¡Por el amor de la Santísima Virgen, cúbrete!

—¿Qué pasa? —Su voz tenía un tono juguetón—. Si tú fueses un labriego y yo tu amante compañera, vestiría así todos los días mientras trabajaba a tu lado, y te daría mucho placer al hacerlo.

—No soy un labriego y tú desde luego no eres mi compañera. Soy un fraile y sacerdote consagrado al servicio de Dios. Si obtuviese aunque fuera un instante de placer con la visión de tus largas piernas, ese instante podría ser el primer eslabón de la cadena que me arrastraría al abismo. Mantén la promesa de modestia que hiciste en la choza.

No había tenido la intención de decir «largas» piernas. Tampoco había tenido la intención de mirárselas, pero su breve mirada las había captado. No es que le sorprendiera. Debajo del muy holgado hábito se podía esconder cualquier forma posible de mujer. Sencillamente, hasta ese momento no había pensado en ella en términos de miembros, torso, o largo de piernas.

Si Amata había notado el desliz, tuvo la delicadeza de dejarlo pasar, algo que le hizo creer que se le había escapado. Ya se había dado cuenta de que no era de las que desperdiciaban una oportunidad para pincharlo. Para su tranquilidad, la muchacha cambió de tema en cuanto reanudaron la marcha.

---

—Eres un sacerdote bastante curioso, ¿no? No has sacado tu breviario ni una sola vez, y ya es casi mediodía.

Conrado sonrió. ¿Es que nada se le escapaba a la niña? De no haber nacido hembra, bien pudiese haber sido un aplicado estudiante de la ley civil o canónica.

—Son muchos los caminos que conducen al cielo, hermana —replicó. Una vez más adoptó el tono pedagógico que había empleado para explicarle el tema de Elías y la basílica—. Algunos, por ejemplo, escogen el camino físico, utilizan sus cuerpos para ganar la salvación. El cruzado encuentra a Dios en el sarraceno decapitado o en su propio martirio. Los flagelantes se azotan con sus disciplinas de cuero mientras recitan los salmos penitenciales.

—¡Puf! —exclamó Amata, con una mueca de asco—. Vi una vez a un grupo de flagelantes, cuando era una niña. Pasaron por nuestro municipio camino de Todi. Su sangre salpicó a todos y todo lo que estaba a su alcance. Me tapé los ojos, eran absolutamente repugnantes.

—Los ha habido por todas partes durante estos últimos once años. Mucha gente creyó que 1260 sería el año del Apocalipsis. —Conrado pensó de nuevo en Giovanni di Parma, recluido en su celda. ¿Por qué? Sólo por continuar creyendo en las profecías del clarividente abad Joaquín de Flora después de que pasaran de moda entre la jerarquía eclesiástica. Tras una pausa para poner en orden sus pensamientos, continuó con la clase.

—Los religiosos enclaustrados como los benedictinos de San Benedetto, por otro lado, pasan sus vidas en el sendero de la devoción, cantan y rezan de acuerdo con el libro. —Sacó el breviario del bolsillo y pasó las páginas—. Siete veces al día y en mitad de la noche, como dice el salmista. Yo intenté primero el camino del intelecto, comencé por el trivium y el quadrivium.

—¿El quién y el qué?

—Las siete artes que son el requisito previo para el estudio de la teología: el trivium (la gramática, la retórica, y la dialéctica) y el quadrivium, constituido por la música, la aritmética, la geometría, y la astronomía.

Acortó el paso para recuperar el aliento, porque el sendero continuaba subiendo ante ellos.

—Después, cuando acabé mis estudios de teología en París —prosiguió—, regresé a la casa madre en Asís y comencé la práctica de las formalidades propias de la devoción de la vida conventual. Curiosamente, después de varios años de estudio y de las oraciones de rigor, comencé a sentirme alejado, no sólo de Dios Nuestro Señor, sino también de mis hermanos. Me pareció que a la vida conventual le faltaba algo. Fue entonces cuando comencé a pensar en los frailes ermitaños, y en si ellos no vivirían más cerca de Dios que el resto de nosotros.

Se iba animando cada vez más. Podía enseñarle tantas cosas a Amata.

---

—Fue en estas montañas, hermana, cuando finalmente comencé a ver a Dios, aunque todavía a través de un cristal oscuro, como dijo san Pablo, pero quizá con toda la claridad que se puede esperar en este mundo. Tal vez te preguntes cómo lo hago. Me siento. Nada más, sencillamente me siento. Me siento con la espalda apoyada en la pared de mi choza y dejo que Dios venga a mí. Si me siento con los ojos cerrados, Él aparece dentro de mí. Si abro los ojos, lo veo en todas y cada una de las criaturas que caminan, vuelan o se arrastran delante de mi puerta. Está en cada árbol y arbusto, está en....

Amata lo interrumpió con un ademán. Se detuvo y puso los brazos en jarras, luego lo miró con la expresión de una dama noble que está decidiendo si comprará o no un esclavo.

—Como dije, eres un sacerdote muy extraño, y resulta que también eres muy hablador. No estoy muy segura de tu vocación de ermitaño. Quizá tendrías que haberte unido a los frailes predicadores de Santo Domingo en lugar de a los menores.

Conrado se había quedado con la boca abierta al ser interrumpido en mitad de la frase. ¿Por qué malgastaba sus perlas con aquella tonta? La mayoría de los eruditos no se hubiesen tomado la molestia de instruir a una mujer, y mucho menos a una sierva.

Habían llegado a un lugar donde el sendero bordeaba un precipicio. Muy abajo, una angosta cinta resplandeciente serpenteaba por un prado. Pese a la perversidad de Amata, Conrado no pudo resistir la lección que ofrecía el paisaje.

—Aquí tienes un ejemplo perfecto de la vida del ermitaño. Ni siquiera el poderoso Hércules podría lanzar una piedra al otro latió del río que ves allá abajo. Los árboles en sus riberas que desde aquí parecen arbusto son más altos que diez hombres. Desde aquí ves el mundo a través de los ojos de Dios, en toda su insignificancia; un panorama que vale más que toda una biblioteca de libros de filosofía. Bebe de ello mientras tengas la oportunidad, hermana.

No podía saber si ella llegó a hacer lo que le decía, pero al menos no discutió el comentario. La guió por el borde del precipicio hasta que llegaron a una cornisa muy angosta que cruzaba la ladera en dirección oeste.

—Éste es nuestro sendero. Quizá quieras atarte las sandalias a la cintura para poder afirmarte al suelo con los dedos. —Hizo una pausa—. Sólo perderíamos un día de viaje si damos media vuelta y partimos de nuevo desde la choza mañana por la mañana por otro camino —añadió.

Amata miró el sendero de cabras para tomarle la medida. Conrado vio moverse sus labios, y se preguntó si rezaba o sólo estaba reafirmando su coraje. Por un momento pensó en decirle que podía sujetarse a su cintura si así se sentía más segura, pero eso sería invitarla al contacto físico, y lo dejó correr.

—¿Estás preparada? —preguntó al final.

---

La muchacha tragó saliva, respiró profundamente, y asintió al tiempo que se descalzaba.

—No mires abajo —le advirtió mientras ella se ataba las sandalias a la cintura, y él se sujetaba la bolsa de comida a la espalda—. Ponte de cara a la pared y deslízate de lado. Palpa la piedra para encontrar dónde sujetarte. No te preocupes por el tiempo que tardemos. Sólo concéntrate en el siguiente paso.

La miró a la cara. Su piel mostraba una palidez mortal. Aunque se mordía el labio inferior, sus ojos mostraban la misma firmeza que había visto en ella antes de abandonar la choza.

—De acuerdo. Que Dios nos proteja —rogó Conrado. Se persignaron y uno al lado del otro iniciaron la marcha por el borde del mundo.

Si bien antes hubiese agradecido una brisa fresca, ahora Conrado dio gracias a Dios porque no soplara ni una gota de viento. El sudor se le deslizaba por el cuello y la espalda como gusanos y tenía que parpadear constantemente para apartarse a los insectos de los ojos. Ni por un momento olvidaba que cualquier racha de aire un poco fuerte ascendente del fondo del valle, hincharía sus túnicas como si fuesen velas y los apartaría de la pared del acantilado como semillas de dientes de león.

Retiraba las piedras sueltas mientras avanzaba, palmo a palmo, para así allanar el camino a Amata. La muchacha lo seguía muy de cerca, en el más absoluto silencio. Sabía que lo estaba pasando peor que él. Su túnica nueva pesaba más que su raído hábito. Se preguntó en qué estaría pensando, pero no quería perturbar su concentración. Cuando hablaba, no era más que un murmullo de aliento para mantenerla orientada: «Un paso... un paso».

Llegaron a una curva que marcaba la mitad del sendero. Sabía que al otro lado de la misma, el camino se ensanchaba un poco y había una pequeña cornisa, como un alero; una cavidad donde podrían descansar un momento y relajar la tensión de los brazos y los hombros. Se volvió para hablarle del hueco en el mismo momento en que la roca que ella sujetaba se le rompió en la mano. Amata soltó un grito agudo y comenzó a tambalearse. Conrado la sujetó por la manga y la ayudó a recuperar el equilibrio. Se oyó el ruido de las piedras que comenzaban a desprenderse por encima de sus cabezas y un puñado de guijarros cayó sobre ellos.

—¡Rápido! ¡Tenemos que pasar la curva!

Amata permaneció inmóvil contra la pared. Las piedras eran ahora más grandes y caían en mayor cantidad. Una del tamaño de una cabeza golpeó el hombro izquierdo de la muchacha, que gritó mientras Conrado le pasaba el brazo por la cintura y, agarrándola por la tela, medio la guió medio la arrastró hacia él.

—¡Quédate conmigo! —le gritó—. ¡No abandones ahora!

Las piernas de Amata comenzaron a moverse como bastones. Conrado utilizó la mano libre para buscar puntos de apoyo y poco a poco consiguió llevarla hasta el

---

otro lado de la curva. La hizo sentar en la cavidad con la espalda apoyada en la ladera. Después se sentó a su lado, y rodeó con el brazo los hombros de la muchacha cuando un violento temblor comenzó a sacudirle todo el cuerpo. Amata intentó hablar, pero se lo impidió el castañeteo de los dientes, y no pudo hacer más que sollozar.

Conrado había visto antes ese mismo terror, en un zorro que miró en su choza para escapar de una jauría de sabuesos. Les llevaba una considerable ventaja y Conrado había cerrado la puerta antes de que los perros pudiesen entrar. Había mantenido la puerta cerrada con el zorro temblando contra sus pantorrillas, hasta que un grupo de jinetes aparecieron en el sendero tras la estela de los perros.

«Santuario», les había gritado a los cazadores. «El hermano Zorro ha pedido el santuario en esta ermita.» A través de un agujero en la puerta había vigilado al grupo de nobles, unos hombres de aspecto brutal, mientras rezaba para que su reputación de fraile excéntrico les hiciera desistir. ¿Qué necesidad tenían de arriesgarse a su maldición y a poner en peligro sus almas por un simple zorro? Las miradas dirigidas a su choza habían recorrido desde el resentimiento a la rabia. Habían discutido airadamente, pero finalmente habían hecho dar media vuelta a los caballos y, después de llamar a la jauría, habían emprendido el camino de regreso.

—Los temblores pasarán, hermana —dijo—. Es el baile de San Vito. Los más feroces guerreros tiemblan de la misma manera después de vencer en la batalla. — Comenzó a acunarla suavemente como un padre que calma a un niño asustado y, para su propia sorpresa, entonó una nana. Tenía la sensación de estar abrazando una parte de su propia juventud, porque, cuando parpadeó, le pareció que abrazaba a Rosanna. Rosanna como la recordaba a los dieciséis, no la rolliza treintañera superviviente de ocho embarazos y tres partos felices que le enviaba comida a la ermita una vez por semana. Amata desprendía incluso un leve olor a pescado que recordaba a los niños de Ancona, sin duda por haber tocado el envoltorio del pergamino de Leo.

Ahora que habían pasado la curva del sendero, la vista era diferente. Conrado señaló a través del valle. Aquí y allá en lo alto de salientes rocosas se apilaban las casas color ocre oscuro.

—Allí está el pueblo de Sassoferrato y allá a la derecha se alcanza a ver Fossato di Vico. Hubiésemos tardado cuatro días en llegar ahí por la ruta del sur.

Un sentimiento de ternura llenó su corazón, algo que estaba razonablemente preparado para sentir meditando sobre el Sagrado Infante, pero no en relación con la carne femenina. De pronto tuvo miedo de que Dios lo arrojara al vacío si cedía en lo más mínimo al impulso. Intentó recuperar algo del antagonismo que había experimentado segundos antes de pisar el sendero, pero la vulnerabilidad de Amata había borrado aquella resistencia de su alma. A pesar de todo su descaro y de sus bravatas, necesitaba de su protección.

---

Por fin se calmaron los temblores y él apartó el brazo de los hombros de la muchacha.

—Creo que ya estás bien —dijo, y reprimió cuidadosamente las palabras que había estado a punto de decir. Debía cambiar el tono sin demora—. ¿Cómo está tu hombro? ¿Puedes levantar el brazo?

En su ansia por ayudarla, le cogió el antebrazo para levantárselo. En lugar de músculo, tocó algo sólido a través de la manga, como una astilla, y más gruesa que el hueso. Amata apartó el brazo, y el movimiento le provocó un gesto de dolor.

—No está roto le dijo, aunque no creo que pueda ayudar mucho en la vendimia cuando regrese a San Damiano. —Movi6 las piernas con intención de levantarse—. Tendríamos que ponernos en marcha.

Al tocar él lo que fuera que Amata escondía en la manga, la había incitado a la acción. Conrado quería preguntar, pero decidió que no era el momento de presionarla.

—¿Estás segura de que no necesitas descansar un poco más? La mayoría de las personas no se recuperan de un roce con la muerte con tanta facilidad. Sobre todo, alguien que ha vivido tan protegida como tú.

Había pretendido animarla, pero Amata entrecerró los párpados con el rostro rojo de furia.

—¿Protegida? ¿Qué sabes tú de mi vida? —Le dio la espalda para mirar hacia lo que quedaba de sendero—. Algunas veces eres tonto de remate, hermano, pero acabas de recordarme que tengo otra razón para regresar a Asís de una pieza. —Intentó levantarse con la ayuda del brazo sano.

—Quédate un momento más, hermana. Dime de qué hablas. Era una disculpa bastante torpe. Había querido decir: «Si supiese algo más de ti, no haría comentarios estúpidos».

—Si acabamos de cruzar el sendero, sanos y salvos, quizá lo haga —respondió Amata.

El cielo había comenzado a nublarse y por el sudeste se veían nubarrones de tormenta. Las lejanas montañas, a medida que se afirmaba el crepúsculo, fueron adquiriendo el aspecto de terribles olas levantadas por una tempestad. Las nubes podían ser portadoras de lluvia o de algo peor. El aire frío podía crear las corrientes ascendentes que antes habían preocupado al ermitaño. No podían demorarse más.

Sujetó el codo de Amata para ayudarla a levantarse. En cuanto la muchacha lo hizo, Conrado desató la cuerda que le rodeaba la cintura y se la ofreció.

—Amárrala alrededor de tu cintura antes de que me la ate yo de nuevo.

—¿No tienes miedo de que te arrastre si resbalo?

---

—Cualquier cosa que ocurra nos ocurrirá a los dos, hermana. Dios nos ha unido en este cometido. Creo que su intención es que continuemos, o acabemos, juntos.

Es un bonito discurso para un fraile. —Amata sonrió—. En boca de un pretendiente hubiese sido absolutamente romántico. Después añadió con tono grave —. Gracias por tu preocupación. He sido brusca contigo. Siento muy poco amor por el hábito religioso que compartimos y por algunos hombres con quienes me he cruzado en el pasado. Eres una buena persona y me has tratado bien. Quiero pedirte disculpas antes de enfrentarnos de nuevo al sendero.

—Yo también, por cualquier sentimiento de crítica que haya tenido hacia ti.

Amata volvió a sonreír, pero su mirada era triste.

—Mi hermano Fabiano solía decir: «Un beso de despedida, si voy a morir».

Conrado vio que estaba a punto de echarse a llorar. Se inclinó hacia ella y le rozó la frente con los labios.

—Por si vamos a morir, hermanita.

Amata se ruborizó y desvió la mirada. Jugó por un momento con la cuerda, y después se la ató a la cintura.



## Capítulo V

Rendidos, se desplomaron sobre una amplia y pelada meseta donde se desvanecía el sendero. Amata, tumbada boca arriba en la tierra, agitaba los brazos y se reía a mandíbula batiente. Aún unido a la muchacha por la cuerda, Conrado yacía a su lado, con la sensación de que el corazón le estallaría en cualquier momento. Intentó respirar lenta y profundamente para relajar la tensión de los músculos.

—Oh Dios, lo conseguimos —dijo Amata.

—Alabado sea el Señor que nos lo ha permitido —replicó el ermitaño.

Una mancha brillante en las nubes marcaba el lugar donde el sol se ponía detrás de los picos más altos.

—Tendremos que encontrar cuanto antes un lugar donde acampar—añadió—. Hoy ha sido una jornada muy ardua y agotadora.

La vista se extendía ahora al norte, al sur, y al este de la meseta. Se veían más aldeas y algunos cercados en las estribaciones de las montañas. Aún estaban lejos de cualquier pueblo importante, pero al cabo de un día comenzarían a encontrarse con otras personas.

—Nosotros vamos hacia aquellas montañas más lejanas —añadió Conrado—. Si se abren las nubes, mira dónde se pone el sol. Marca nuestro rumbo a Gubbio. Desde allí seguiremos la ribera del Chiagio hasta Asís. Llegaremos allí dentro de dos días, tres como mucho.

Amata se sentó para mirar hacia las montañas en el norte.

—¿Alcanzaremos a ver el castillo de los Malatesta? Me encantaría verlo, aunque sea de lejos.

—Ni por asomo. —Conrado se rió—. Está a muchas leguas de aquí, casi en la cosía.

Odio a los señores —afirmó Amata, y se estremeció—. Sobre todo a los señores viejos, deformes y malvados como Gianciotto Malatesta.

Conrado conocía la historia, un cotilleo tan selecto que incluso el hombre que enviaba Rosanna no pudo menos que compartirlo al llevarle la comida. La familia Malatesta y los señores Polenta de Ravena deseaban establecer una alianza, y concertaron un matrimonio entre Gianciotto y Francesca Polenta. La novia tenía más

---

o menos la edad de Amata, calculó Conrado. Convencidos de que Francesca probablemente rechazaría a Gianciotto por sus muchos años y fealdad, los Malatesta enviaron a su hermano menor Paolo, Il Bello, para que lo representara en la boda. Poco después de la ceremonia, decía el relato, Paolo y Francesca estaban leyendo una novela de Lanzarote en el jardín del castillo. Conmovidos por el amor que el apuesto caballero sentía por la desposada Ginebra, comenzaron a besarse y abrazarse. Ya no leyeron más aquel día. Su pasión, aparentemente, les había hecho olvidar la cautela, porque uno de los sirvientes de Gianciotto vio lo que había sucedido y se lo comunicó a su amo. El final fue trágico, muy propio de las tonterías románticas que una muchacha como Amata debía de encontrar irresistibles.

—Gianciotto seguramente arderá en el infierno por haber asesinado a su esposa y hermano —dijo Conrado—. Pero los amantes sin duda también padecen por su pecado.

—¿Su pecado? Entonces, ¿es un pecado amar? ¿No dijo Jesús que debemos amarnos los unos a los otros?

—De la misma manera que Él nos amó a nosotros, hermana. No hablaba de la pasión carnal cuando lo dijo. Además, Francesca estaba casada con el hermano de Paolo.

—Como si ella hubiese tenido voz en el matrimonio. Esos perversos señores se casan con quien quieren, y nunca por amor. Por tierras, dinero o para sellar un tratado. Nunca por amor. Toman lo que quieren y matan a aquellos que se oponen a sus deseos. ¡Los odio con toda mi alma!

—Hay señores malvados, por supuesto, pero también los hay buenos, de la misma manera que hay siervos buenos y malos. Todos forman parte del plan de Dios.

—También sé de hombres buenos. —La voz de Amata adoptó un tono soñador—. Mi padre era un hombre honorable. Pero los hombres como Gianciotto Malatesta... —Apretó las mandíbulas, y su rostro se desfiguró, primero de pena, y a continuación de rabia. Conrado intuyó que entonces hablaría.

El ermitaño contempló en silencio el bosque de robles retorcidos. Vio las sombras de los pajaros que volaban entre, las ramas, y escuchó sus cantos distantes y esporádicos.

Olió el aire. Olía a tormenta, y al parecer los pájaros también la presentían. Lo habitual era que la primera lluvia de la estación fuese un auténtico aguacero. Al menos, Amata y él tendrían leña en abundancia para mantenerse secos y calientes. Las ramas secas tumbadas por el viento cubrían el suelo del bosque; la madera de roble ardía mejor que cualquier otra.

Reflexionó sobre la aparente contradicción de un campesino de noble espíritu, que supuso sería la mejor descripción del padre de Amata, un deducción bastante fácil dado que nueve de cada diez hombres trabajaban la tierra. Según su experiencia, la

---

mayoría de los siervos y los arrendatarios estaban demasiado ocupados trabajando como para pensar en grandes ideales. Su religión apenas iba un poco más allá de los amuletos y hechizos para protegerse de la enfermedad y obtener buenas cosechas. Cuando disfrutaban del descanso de un día sagrado, por lo general lo dedicaban a beber, a pelear, y toda clase de conductas licenciosas. No obstante, como confesor, Conrado había conocido algunas excepciones, trabajadores que eran mucho más virtuosos que sus amos.

—¿Tu padre fue maltratado por su señor? —acabó por preguntar.

—¿Maltratado por su señor? —repitió Amata, indignada—. Mi padre rezaba a su Señor, desarmado, reunido con su esposa e hijos en la capilla familiar, cuando el diablo en forma humana entró por la puerta y lo mató de un mandoble. Mi madre se echó sobre su cuerpo mientras un hijo del mismo Satanás los atravesaba a los dos con su espada. Mi hermano saltó por la ventana de la capilla en un intento por salvar la vida. Gritó mi nombre mientras caía. Luego ya no se volvió a oír su voz. —Se tapó el rostro con las manos. Sus hombros y espalda se sacudieron en una muda manifestación de dolor—. Ni siquiera sé si tuvieron un entierro adecuado.

Conrado observó las sombras que se extendían por el bosque. Casi tenía miedo de preguntar, pero después de haber escuchado cómo habían matado a su familia, necesitaba saber el resto.

—¿Cómo escapaste con vida?

—Intenté correr, pero resbalé en la sangre de mis padres. Cubría los mosaicos del suelo de la capilla. Recuerdo haber pensado que los dibujos de éstos y la sangre tenían casi el mismo color. Me pareció estar viviendo una pesadilla, y que, cuando despertarse, nada de todo aquello sería verdad. Al volverme, vi un hacha que so alzaba sobre mi cabeza. Creí que sería la próxima en morir Pero no conseguiría liberarme con tanta facilidad.

El jefe le gritó al caballero que contuviera su brazo. Yo sólo tenía once años y me quería como sirvienta de su hija. Los asaltantes me llevaron con ellos.

—¿Ella es la mujer que ingresó en el convento de San Damiano?

—Sí. Los odia a todos con tanta fiereza como yo. —Amata enderezó la espalda. Ahora habló con calma—. La dama me incluyó en su dote para el convento. Yo estaba entusiasmada, aunque en realidad no me importaba en absoluto la vida monacal. Pero antes me hubiese matado que tener que quedarme fuera con su padre y hermanos.

—Con la consecuencia de condenar tu alma por el suicidio —le recordó Conrado—. ¿Vuestras familias estaban en guerra, Amata? ¿Había un feudo o alguna venganza entre vosotros?

—No. Sólo fue por dinero. Tres vidas perdidas, como mínimo, y no sé cuántas más de nuestra servidumbre, todo para ahorrarse el precio de un peaje. Nuestra finca está

---

en el cruce de los límites comunales de Perugia, Asís y Todi. La llamamos Coldimezzo, la colina en el medio. Naturalmente, cobrábamos un peaje a los mercaderes que pasaban con sus cargas por nuestra propiedad. Los comerciantes de lana de Asís nos gritaban y amenazaban, pero mi padre y su hermano Guido se reían y los amenazaban a su vez. Mi ama me dijo más tarde que había sido uno de los comerciantes de lana quien había contratado a su padre para matarnos.

Por su expresión parecía contemplar cómo la sombra se movía ladera arriba hacia ellos. Sin embargo, Conrado comprendió que en realidad veía de nuevo el suelo cubierto de sangre en la capilla de Coldimezzo. Después de un prolongado silencio, la muchacha se volvió hacia él y se encogió de hombros.

—Ésa es mi vida protegida —dijo. Todo el miedo y la ferocidad habían desaparecido de su voz.

«Ahí está la razón por la que quiere regresar a Asís», pensó Conrado, y para que él se mantuviera apartado. La guerra brotaba allí donde la gente se apiñaba. Las ciudades y los países se enfrentaban por las rutas comerciales y el territorio. Dentro de las murallas de la ciudad, los burgueses güelfos y los nobles gibelinos guerreaban por su alianza con el papa o con el sacro romano emperador. Las familias luchaban por algún viejo feudo, y los hijos mataban a sus padres y unos a otros para apresurar las herencias. La muerte por asesinato era el fin habitual para los nobles, y para los ciudadanos vulgares, los duelos, los funerales y los litigios eran el teatro de la vida. Proliferaban los viudos, las viudas y los huérfanos, todos empujados a la venganza.

La llama de la revancha mantenía encendida muchas vidas arruinadas.

—No has hecho mención de los demás de tu familia —acabó por decir—, tu tío Guido y los suyos. ¿No cayeron ellos también en el ataque?

—No. Los cobardes sabían incluso eso. Mi prima Vanna iba a casarse con un notario de Todi aquel mismo mes. Sus padres habían ido a la ciudad con ella para preparar la fiesta. Nosotros teníamos que acudir allí en cuestión de días.

Se tendió de nuevo en el suelo. Comenzó a canturrear una tonadilla popular entre los campesinos. Se había retirado a un lugar íntimo de su mente, y Conrado comprendió que ya no escucharía nada más.

Sin duda había llorado mucho a sus muertos durante esos cinco años, incluso mientras crecía su odio y planeaba su venganza. Quizá se preguntaba por qué su tío no había ido a buscarla. Tal vez el hombre ni siquiera sabía adónde la habían llevado o quién había cometido los asesinatos. Había regresado de Todi y se había encontrado con la terrible escena. Era probable que la servidumbre hubiese huido o, si no era así, que no hubiesen podido decirle el nombre de los asaltantes.

Se preguntó, también, qué clase de caballero se alquilaría como asesino. ¿Por qué Amata se había quedado en San Damiano? ¿Por qué había entregado la carta de Leo con gran riesgo para su vida, cuando bien podría haber escapado y haber hecho el

---

viaje relativamente fácil por buenas carreteras hasta Coldimezzo? Quizá temía no encontrar ni un resto de su hogar. Cuanto más sabía de la muchacha, más lo desconcertaba.

Sintió un poderoso impulso de acariciarle los cabellos, como había hecho con la piel del pobre zorro. Sin embargo, cuando ya acercaba la mano, sintió una dolorosa sensación en la entrepierna que le advirtió que debía contenerse.

—Lo siento mucho, Amata.

—Me meo en tu desperdiciada compasión —replicó ella vivamente—. No conseguiré que mi familia vuelva a la vida. —Cerró los ojos con fuerza, pero el ermitaño vio las lágrimas en las comisuras.

Aprovechó que tenía los ojos cerrados para observar su rostro, con la ilusión de encontrar alguna pista que le permitiera comprender a aquella enigmática mujerniña. Tenía abultados los músculos de las mandíbulas y las lágrimas rodaban suavemente por las sienes y caían al suelo. Había hablado de lo que más le dolía, y él había sido testigo de su debilidad. Pero su áspera respuesta habla conseguido distanciarlo. Lo había devuelto a la realidad. Miró con asombro su mano, la que había estado a punto de acariciar sus cabellos. Había estado muy cerca de perder todo lo que había ganado espiritualmente durante todos los años de soledad.

En la infancia, a menudo había buceado para pescar esponjas en la bahía de Ancona. Una vez, mientras meditaba, había comparado las esponjas con las almas humanas. Si las dejaban secar al sol, las esponjas se volvían ligeras, etéreas, como el alma expuesta a los cegadores rayos de la gracia de Dios. Su propia alma había estado muy cerca de alcanzar ese estado, que tanto anhelaba, antes de que apareciera Amata con la carta. Pero en los dos días transcurridos desde entonces, su espíritu parecía haberse vuelto muy pesado al absorber primero las preocupaciones de Leo y luego las de la muchacha, mientras se empapaba con una sucesión de emociones olvidadas hacía mucho tiempo. De pronto tuvo la súbita y acuciante necesidad de estar solo.

—Voy a buscar un lugar donde refugiarnos —dijo—. Esta noche caerá un aguacero. No tardaré en volver.

Amata continuó llorando. Conrado desató la cuerda, se levantó y se sacudió el polvo del hábito. Mientras caminaba hacia el bosque, se volvió para echar una última mirada a la solitaria figura tendida en la meseta, luego agachó la cabeza y entró en el tenebroso bosque.

La tristeza todavía embargaba a Orfeo mientras contemplaba cómo la marea se llevaba a su amigo hacia la boca de la rada. Los remeros impulsaban suavemente la galera sobre el tranquilo espejo de agua.

---

«Adiós, Marco», pensó, al tiempo que agitaba una mano en señal de despedida. «Ve y disfruta este viaje de toda una vida. Pensaré en ti mientras camino por las plazas de Venecia, y dedicaré a tu memoria cada cortesana».

Quería borrar de su mente los relatos del mayor de los Polo hablándole de las damas de Kinsai, las más hermosas del mundo entero, que viajaban en literas decoradas, con peinetas de marfil en sus cabellos negro azabache y pendientes de jade que acariciaban sus suaves mejillas; o las historias de las damas de palacio que, cuando se aburrían de cazar con sus sabuesos, se quitaban las túnicas y se zambullían desnudas en los lagos, donde nadaban corno cardúmenes de peces plateados.

«Addio, compare.» Saludó una última vez cuando la galera dejó atrás el rompeolas. «*Addio, Catay*».

Caminó arrastrando los pies hacia el final del muelle haciendo caso omiso del fuerte olor del aire salado y los chillidos de las gaviotas sobre su cabeza, hasta que llegó donde estaba amarrada una nave de guerra inglesa que estaba siendo aprovisionada para el viaje a Venecia. El príncipe anglicano, Eduardo, el nuevo comandante de las tropas cruzadas, había ofrecido al papa una flotilla de sus naves de guerra en cuanto se enteró de la elección de Tebaldo.

El Orfeo marino no pudo menos que maravillarse al ver la nave. Las traviesas de cubierta salían por los costados del bajel, aseguradas con clavijas a la manera sureña, pero la relación entre manga y eslora de las traviesas era quizá de tres a cinco, a diferencia de la relación uno a cinco de las esbeltas galeras venecianas. Esa nave había sido construida claramente para aguantar las bravías aguas del norte y la navegación a mar abierto, mientras que una galera como la de Nicolo Polo surcaba suavemente las tranquilas aguas mediterráneas. Los castillos de proa y popa se elevaban en varios niveles a la manera de las carracas sarracenas, y tenía una gran cofa en el único mástil. Los arqueros y honderos a bordo de la nave contaban con la clara ventaja de la altura sobre las bajas galeras de combate. Los constructores de la embarcación habían agrupado las troneras de los remos con una separación de dos palmos entre los toletes, lo que permitía acomodar a los doscientos remeros según las necesidades en una disposición de bi o trirreme. Con viento fuerte de popa, la nave podría alcanzar una velocidad de doce nudos. Ningún pirata se atrevería a atacar una flotilla de estas características.

Orfeo se compadeció de sí mismo. Los piratas al menos hubiesen animado el viaje. Empezó el camino de regreso a la ciudad con la cabeza gacha y el corazón encogido. Vio los imponentes bastiones de Acre reflejados en el agua, imágenes que flotaban y se deshacían con las olas como un espejismo. Si el nuevo papa ya hablaba con la infalibilidad de su cargo, aquellos monumentos al poder serían escombros en el plazo de pocos años. No obstante, de momento, lo único que sabía Orfeo era que, por un capricho de ese mismo pontífice, su propio castillo de ilusiones y fantasías había sido derruido por siempre jamás.

---

Levantó la barbilla como si quisiera derribar con la mirada las torres del puerto. Se erguían frías y poderosas como el padre y los hermanos mayores que habían dominado su infancia. Su abuela le había servido de refugio cuando aquellos hombres intentaban aplastar su joven espíritu. En los años transcurridos desde entonces, las mujeres siempre le habían ofrecido consuelo mientras que los hombres de su familia, sus camaradas, y los marinos que servían a su lado, sólo le causaban pesar.

Así sería esa noche. Tras darle la espalda a la nave de guerra, encaminó sus pasos hacia el mismo callejón al que él y Marco se habían dirigido por la mañana, llenos de viril entusiasmo.



## Capítulo VI

—¡Mierda de barro! ¡Mierda de buey cagón! —Primo golpeó con su enorme puño el asiento de su carreta. Se quitó los zuecos, los arrojó sobre la carga de leña y se enterró hasta casi las rodillas en el lodazal en que se había convertido el camino. Primero miró con furia al animal, luego las sólidas ruedas de madera hundidas en el fango. La tormenta que había descargado la noche pasada en las montañas había convertido el camino en una ciénaga—. ¡Te evitarás una buena tunda si no tengo que descargar la carreta de nuevo!

Fue hasta la vera del camino y arrancó violentamente unas cuantas ramas de los pinos más cercanos. Las colocó delante de las ruedas para que les sirvieran de apoyo y luego chapoteó para colocarse detrás de la carreta.

—¡Venga, Júpiter, venga, arre, arre! —gritó al tiempo que empujaba la carreta. El eje crujió y las ruedas giraron lentamente—. ¡Mueve tu asqueroso culo! —Se dio la vuelta para que su espalda se apoyara directamente contra la carga y afirmó los talones en el fango. Los pies le resbalaron y cayó de culo en el camino. Con un sonoro crujido, la carreta se hundió de nuevo en las rodadas.

—*Porco Dio! Puttana Madonna!* —Cogió un puñado de fango rojizo y lo arrojó al camino justo en la dirección por la que aparecieron dos frailes. Seguían las rodadas. El más fornido llevaba una bolsa en bandolera y no parecía hacer caso del barrizal. Avanzaba con paso firme, mientras que el más pequeño se levantaba el hábito con mucha finura y procuraba caminar por el borde del camino.

«¡Mierda! Lo que me faltaba. Unos frailes que me adelantan en el camino, y para colmo mendicantes.» Primo se había cruzado con un fraile el día antes de que la fatal enfermedad se llevara a su madre. Sabía por el instinto primitivo de la médula de sus huesos, que el malhadado encuentro con el sacerdote había sido la causa de su muerte. Como todos los vecinos de su pueblo, tenía un mórbido temor a los clérigos, pero a diferencia de ellos, no vacilaba en plantarles cara. A medida que los frailes se acercaban a una distancia desde donde ya podían oírlo, los miró con una muy profunda animosidad.

—¡No tengo dinero, no me sobra comida, y no quiero que me salven! —les gritó. El más bajo se rió, con una risa aguda, casi femenina. El labriego sacudió la cabeza, asqueado. «No son dos frailes. Sólo un sodomita y su novicio maricón.» Él era tan

---

hombre como cualquiera, y nunca se perdía un buen coito en algún oscuro rincón durante una romería; pero nunca lo había hecho con niños, como un griego pagano.

Primo se sujetó a un madero para ponerse de pie. Se pasó la mano por los fondillos del sayal para quitarse el fango y dejó unas burdas huellas que parecían rayas en la tela sin teñir. El barro le pegoteaba el abundante vello en las piernas desnudas. La pareja de frailes se detuvo a unos pasos de la carreta. El pequeño fue el primero en hablar.

—Servite pauperes Christi, padre, como dijo Leo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Primo—. Si se está burlando de mí, le partiré la cabeza, sea novicio o no.

—Dice que deberíamos echarte una mano —respondió el fraile mayor.

Primo se quitó la boina y la usó para limpiarse el rostro.

—¿Qué? ¿Queréis ensuciaros esas manitas tan delicadas? Creía que sólo se os permitía tocar las cosas sagradas y el dinero.

—¿Quieres nuestra ayuda o no? —preguntó el fraile. Habló en tono cortante y era obvio que no tenía sentido del humor.

—Perdona, lo siento, padre. Por supuesto que sí. Como dicen, a caballo regalado no le mires el diente. —Le dio la aguijada al novicio—. Toma, fratellino. A ver si puedes animar un poco a esa bestia que pasa por buey. Nosotros empujaremos la carreta si el padre quiere.

—No es muy grande —comentó el fraile después de mirar a la bestia.

—Sí. Ése es otro problema. No tiene más de dos años, pero es lo único que tengo. El pastor se llevó a su madre como pago del entierro cuando murió la mía. Como tú eres de la misma raza de ladrones, ya sabes cómo funcionan esas cosas.

—Tu pastor tenía derecho a su tributo. Llevarse el mejor animal de la familia del muerto es una antigua costumbre. Los ojos descoloridos del fraile miraron directamente a los de Primo—. Para ser un hombre que necesita ayuda, eres bastante bocazas.

Primo se irguió en toda su estatura y ya estaba a punto de decirle al hombre que se largara con viento fresco cuando intervino el muchacho.

—Si quieren empezar a empujar, estoy preparado.

El fraile continuó mirando a Primo con sus inquietantes ojos grises que podían maldecir a un hombre con sólo mirarlo. El gañán bajó la mirada. No podía permitirse el lujo de reñir con el fraile precisamente entonces y señaló la trasera de la carreta.

—Después de ti, padre.

Los hombres apoyaron las manos en las ruedas mayores. Con un grito, el muchacho comenzó a tirar de la parte delantera al tiempo que aguijoneaba al buey.

---

Las ruedas aplastaron las ramas de pino, y el olor a resina disimuló por unos momentos el hedor del animal; la carreta comenzó a moverse con la lentitud de un caracol. El badajo colgado del cuello del buey sonó rítmicamente.

—Seguid empujando —gritó Primo—. Si me lleváis hasta lo alto de la cuesta os llevaré en la carreta. El camino es cuesta abajo durante las próximas dos leguas.

Los tres se aplicaron al trabajo e incluso el animal pareció animarse con el avance.

—Eres un campeón, Júpiter. Venga, machote. Haz que giren las ruedas.

Los frailes dieron vivas cuando llegaron a lo más alto de la pendiente, y Primo descargó una palmada entre los omóplatos del fraile mayor. El golpe sorprendió al hombre, pero respondió con una amplia sonrisa.

—Buen trabajo.

Primo volvió a su asiento. Ahora estaba de muy buen humor.

—¿Alguno está cansado? Aquí hay lugar para uno, y os podéis ir turnando.

—No, estamos acostumbrados a caminar —dijo el fraile—. Pero gracias de todos modos.

—Pues a mí no me importa que me lleven —interrumpió el novicio, y levantó el brazo derecho—. Tengo lastimado el otro hombro. ¿Me ayudas a subir?

Primo sujetó el brazo ofrecido.

—Dale un empujón, padre.

El muchacho se echó a reír de buena gana.

—Ya lo has oído, fray Conrado. Dame un empujón.

—¡Fabiano!, ten presente con quién hablas.

Primo soltó una carcajada, tiró del brazo y el muchacho chocó violentamente contra su cuerpo. El fraile frunció el ceño, furioso, sobre todo cuando el novicio le sacó la lengua.

—Espero no pesar mucho —dijo el chico—. El asiento es muy delgado.

—Una vez tuve una vaca que hacía veinte como tú. No me atrevía a ordeñarla junto a una pared. Me hubiese aplastado como a una chinche. —Miró más allá del muchacho—. Creo que tu fraile está un pelín celoso. —Se rió de su propio ingenio y comenzó a cantar despreocupadamente—: «A través del frondoso bosque, cabalgaba Bovo, mientras su Rosabella trotaba a su lado».

—¡Fabiano! —gritó el fraile repentinamente—. A tus pies no les pasa nada.

—Deja dormir a la bestia de ojos verdes, padre —dijo Primo, y soltando una carcajada añadió—: No siento ningún deseo por tu novicio.

---

El fraile volvió la cabeza con un gesto airado, pero de nuevo se le adelantó el muchacho.

—¿Estás casado? —le preguntó al labriego.

—No, aunque desde que murió mi madre estoy deseoso. A mi padre y a mí nos sería útil tener una mujer en la casa.

—Yo también tuve esa esperanza —manifestó el novicio—. Casarme y tener hijos.

—Bueno, quizá todavía puedas tenerlos si ellos no te capan y te dejan salir del convento —afirmó Primo—. En nuestra aldea hay más de un pequeño bastardo con los ojos azules del pastor. —Y al decir eso, descargó una palmada tan fuerte en la delgada pierna del pasajero que el muchacho dio un respingo.

El fraile había visto y escuchado más que suficiente. Se cubrió con la capucha, y aceleró el paso para adelantarse. Sus pies resbalaban en el fango, pero con empecinada perseverancia consiguió establecer una pequeña distancia entre él y los otros dos.

—Eh. No corras tanto, padre —le gritó Primo—. Quiero hacerte una pregunta. Algo serio.

El fraile se detuvo y esperó a que la carreta se acercara, pero se negó a quitarse la capucha.

—¿Conoces la historia de los bailarines del cementerio? —le preguntó el labriego, cuando Júpiter llegó a la altura de Conrado.

Primo no veía el rostro del hombre. Sin embargo, un gruñido gutural le aseguró que lo escuchaba.

—Fue el día de la festividad de la Virgen, todos en la aldea nos emborrachamos como señores, y no dejamos de bailar y cantar entre las sepulturas. Durante toda la noche habíamos estado entonando el mismo estribillo: «Cariño, ten piedad». Y hubo quien la tuvo, entre las sombras, ya sabes. Mientras tanto, con todo aquel barullo junto a la ventana de su dormitorio, el pobre pastor no pegó ojo. Bueno, cualquiera se puede imaginar el aspecto que tenía en la misa a la mañana siguiente, con los ojos enrojecidos y sujetándose al altar para mantenerse de pie. Entonces miró al cielo y se dispuso a comenzar las plegarias, pero en lugar de «Señor, tened piedad», lo que se le oyó decir fue: «Cariño, ten piedad». —Primo soltó la carcajada y volvió a descargar un tremendo manotazo en el muslo del chico—. ¡Qué escándalo! Todavía hoy me hace llorar.

El chico se sujetó el muslo, pero a pesar del dolor consiguió reír. Sin embargo, para gran desilusión de Primo, el fraile se negó a participar de la broma. Aceleró en cambio de nuevo el paso.

—No es nada personal padre— le gritó el gañán—. Lo que pasa es que cuando estoy en el pescante de mi carreta sin otra cosa que hacer que mirarle el culo a Júpiter

---

me acuerdo del maldito sacerdote. No tiene nada que ver contigo. —Continuó riéndose hasta que comenzó a ahogarse.

Al ver que el fraile se había adelantado casi cien pasos, el chico comenzó a inquietarse. Se rascó el cuello y una mirada de preocupación apareció en sus ojos oscuros.

—Has ido demasiado lejos —comentó—. Has conseguido que se enfade de verdad.

—No pasa nada. Sobrevivirá. Tiene la piel muy gruesa, y yo necesitaba reírme un poco después de la lluvia de anoche.

—Así y todo, no hacía falta que te burlaras de esa manera. Iré a hablar con él. Es mejor que nos mantengamos juntos.

El chico saltó de la carreta y se apresuró a ir detrás de su compañero. Cuando el novicio alcanzó finalmente al fraile mayor, Primo se encontró sentado en primera fila del espectáculo. «Sí. El mocoso está recibiendo un buen rapapolvo —pensó—, aunque él tampoco se queda callado.» Con los hábitos embarrados, parecían un par de títeres reprochándose cosas el uno al otro con grandes aspavientos. Aguardó expectante el momento en que el novicio recibiera un buen sopapo, como le daba su padre a su madre cuando ella se ponía pesada. Pero quizá a los frailes no se les permitía pegar a sus niños bonitos.

Al final, el fraile mayor acortó el paso y, una vez más, esperó a que la carreta lo alcanzara.

—¿Cuál es tu destino? —preguntó, enfurruñado.

Primo se quitó la gorra e intentó mostrarse contrito.

La abadía de San Ubaldo, en las afueras de Gubbio, reverencia. Llevo esta carga de leña para los monjes. Tengo que llevar leña allí antes de poder cortar leña para mí en su bosque. Estaremos delante de la puerta esta tarde si no vuelve a llover y Júpiter no se desloma.

—Entonces ¿sirves a los benedictinos de San Benedetto?

—Es peor que eso; a pesar de la advertencia del sermón, sirvo a dos amos. No puedo decir si quiero a uno y odio al otro, porque preferiría no tener ninguno. Mi primer amo, que es el conde Alessandro, mató a uno de sus aparceros porque tardó en apartarse del camino. Lo arrolló con el caballo sin más. Fue absuelto, por supuesto, porque el aparcerero era su propio siervo, pero como penitencia les dio a los monjes unos prados, la mitad de sus bosques, y la mitad de mí mismo. Lo que estás viendo es medio hombre. Una mitad mía está al servicio del mayordomo de los monjes y la otra mitad pertenece al conde, aunque no sé qué parte trabaja más; y mientras tanto, lo que es mío está desatendido.

---

El fraile se quitó la capucha, y caminó con aire pensativo a la par de la carreta. Durante un rato sólo se oyeron el sonido del badajo del buey, los crujidos de la carga y el chapoteo de los cascos en el fango.

—San Francisco tenía toda la razón —dijo Conrado finalmente—. Fue un día muy triste cuando los hombres de Dios decidieron que necesitaban propiedades; todavía más triste el que empezaron a vender absoluciones para conseguirlas.

—Tu santo dijo muchas cosas que eran verdad, aunque a su manera era un mendigo bastante desagradable. ¿Sabes qué quiero decir? —Miró el rostro del fraile—. No, ya me doy cuenta. Fue en el año 1225, cuando mi viejo padre, que entonces tendría la edad de tu novicio aquí presente, vio al hombre santo en persona. Los hermanos lo llevaban en un pollino, ciego como un murciélago a la luz del día, con las manos y los pies envueltos para cubrir las heridas de Cristo.

—No hay nada repugnante en la ceguera o las heridas —le interrumpió el fraile—. Enfermó de los ojos en Egipto, cuando intentaba convertir al sultán al cristianismo. En cuanto a los estigmas del Cristo crucificado, aquél fue el regalo más grande hecho alguna vez a cualquier hijo de un hombre mortal.

—Oh, sí, tienes razón, toda la razón por supuesto, pero aún no he acabado. Mi padre lo estaba mirando, como decía, cuando de entre los arbustos apareció un leproso haciendo girar la carraca y sosteniendo su escudilla. «Traed aquí a mi hermano», dijo el santo, y tanteó hasta encontrar la cabeza del desgraciado. En cuanto le localizó la cara y los labios, comenzó a besarlo como si fuese la más bella de las bellas. Tú podrás decir lo que quieras, pero yo a oso lo llamo asqueroso.

—No eres el único que lo cree —admitió el fraile—. Yo no tendría valor. El celo sagrado también es un regalo de Dios.

Mientras Conrado hablaba, la carreta pasó por una curva del fangoso camino. Por todas partes, entre las montañas azules, se veía la bruma matinal, y, a varias leguas de distancia, se vislumbraban ya las grandes torres grises de la abadía edificada en la ladera del monte Ingino. Más abajo de la abadía, al pie de la ladera, estaba el pueblo de Gubbio.

—Mirad allí, hermanos. Aquél es el final de mi día. Haréis bien en pasar la noche en el convento. Don Vittorio sirve una magnífica mesa.

En cuanto se esfumó la niebla, el sol no tardó en secar el camino, y la carreta fue avanzando a buen paso hacia su destino. Entre las nonas y las vísperas, los tres viajeros llegaron a la verja del monasterio.

Conrado hizo una pausa para flexionar las rodillas y disfrutar con la relajación de los músculos de las pantorrillas, contento por estar cerca del final de otro día de caminata, y también feliz por despedirse del charlatán labriego, aunque aún tendría que vérselas con Amata. Animada por el hombre, se había divertido a costa de Conrado durante la mayor parte del día, ¡Qué suplicio debía de ser para la madre

---

abadesa y sus hermanas en San Damiano! Cuanto antes la pudiera devolver al convento, y seguir él de nuevo solo, mejor.

Respiró profundamente para llenarse los pulmones con la fragancia, que aún conservaba el perfume de la lluvia. Una súbita ráfaga de aire frío agitó las hojas amarillas del bosque y después desapareció con la misma rapidez.

Delante de ellos, un monje mayor los observaba desde la puerta de la garita. Más allá de ésta, un puente de madera cruzaba la cabecera del río Chiagio y conducía a la enorme puerta con flejes de hierro del monasterio. Los muros se parecían más a los de una fortaleza militar con las mirillas y las troneras para las armas. Conrado supuso que detrás de la puerta principal habría un rastrillo.

En la ribera opuesta, una solitaria tórtola se movía entre los hierbajos y, de vez en cuando, picoteaba una semilla arrojada al suelo por la tormenta. «Así me veré yo dentro de unos pocos días —pensó el ermitaño—. Dedicado a buscar entre docenas de pergaminos, con la ilusión de encontrar una única semilla que dé sentido a este viaje».

Durante la última hora de la caminata, cuando el labriego y Amata se cansaron de sus juegos y del camino soleado, los pensamientos de Conrado habían vuelto a centrarse en el mensaje de Leo. Se había desanimado al comprender que no tardaría en estar en Asís sin tener más idea de lo que buscaba que cuando había leído la carta por primera vez. «Descubre la verdad de las leyendas», había escrito Leo. Una pista apenas un poco más grande que la semilla picoteada por la tórtola.

—Hola, Primo —gritó el portero—. Llevas mucho tiempo sin aparecer por aquí. Lleva tu carga a la puerta norte y pídele una jarra de vino al cillerero.

Los dos se despidieron con palabras amables. Luego el viejo monje se volvió hacia los frailes.

—Que la paz de Dios sea contigo, hermano —saludó Conrado.

—También contigo —replicó el monje—. ¿Pasarás la noche con nosotros?

Eso, por supuesto, sería imposible. Introducir a una mujer en el monasterio sería una falta muy grave, a pesar del disfraz de Amata. Tampoco estaba muy seguro de que ella pudiese mantener el engaño. Incluso si pasaban la mayor parte del tiempo en las celdas de los invitados, en algún momento tendrían que relacionarse con la comunidad.

—Dios te bendiga por tu bondad —respondió el ermitaño—, pero queremos llegar a Gubbio antes del anochecer. —Dios te bendiga por tu bondad —respondió el ermitaño—, pero queremos llegar a Gubbio antes del anochecer.

Mientras Conrado rehusaba la cordial oferta del portero, un retumbar comenzó a sacudir el camino bajo sus pies. El portero no mostró la menor alarma y señaló colina abajo, donde media docena de monjes fuertemente armados avanzaban al galope

---

desde el valle. Sus monturas no eran palafrenes, sino enormes corceles, las cruces a la altura de la cabeza de un hombre, y los pechos anchos como toneles. Una jauría de perros corría con ellos, aunque un tanto separados para evitar los cascotes y los trozos de fango que éstos arrancaban. Los caballos cargaban en línea recta hacia los viajeros, los belfos rezumantes de espuma y las orejas aplastadas. Paralizado, el ermitaño no pudo hacer más que cruzar los brazos delante del rostro para protegerse. En el último momento, el líder frenó al animal con los pies plantados en los estribos, al tiempo que sus poderosas manos tiraban de las riendas. Parecía un hombre de una tremenda fuerza física, y la cruz de gemas sobre su ancho pecho lo identificaba como Don Vittorio, el abad de San Ubaldo.

—¡Bienvenidos, frailes! —les gritó a Cornado y Amala. Se levantó en los estribos y pareció que se dirigía a ellos desde las copas de los árboles que enmarcaban su cabeza calva—. La providencia de Dios seguramente os ha enviado a mí para que este día no sea un desperdicio total.

Conrado abrió unos ojos como platos al ver el despliegue de picas y alabardas, las aljabas llenas de flechas que asomaban por encima de los hombros, las mazas y las ballestas colgadas de las monturas. Habían estado cazando presas más grandes que los venados. El abad no pasó por alto la mirada.

—Esos condenados perusinos —explicó—. Que Dios calcine sus almas en el fuego del infierno. Han alquilado a una banda de salteadores para atacar nuestros pasos, pero hoy no hemos encontrado ningún rastro de esos bastardos.

Conrado recordó que el abad de San Ubaldo era dueño de la mayor parte de la tierra de cultivo y de los bosques que rodeaban Gubbio, y que, naturalmente, actuaba como los señores rurales que protegían sus propiedades y siervos de ladrones y asesinos. «Otra maldición de la propiedad», pensó. Otra razón para agradecer el amor de su orden por la santa pobreza, o, al menos, el hipotético amor por la misma.

Don Vittorio ordenó con un ademán a los otros monjes que entraran en el monasterio. La enorme puerta se abrió acompañada por el estrépito de cadenas y trancas. En cuanto el último caballo cruzó el puente, el abad dirigió de nuevo su atención a Conrado y Amata. El ermitaño ya había dado varios pasos por el camino hacia Gubbio seguido por Amata.

—Esperad, hermanos. Quiero que esta noche seáis mis huéspedes.

—Grazie molte, reverendo padre —dijo Conrado—, pero hay una casa de nuestra propia orden en Gubbio. Nuestra intención es dormir allí. —Sabía que en la ciudad había también un convento de las clarisas donde Amata se podía alojar, aunque él hubiese preferido pasar la noche entre los árboles. Deseaba evitar cualquier complicación estando tan cerca de Asís.

—Pamplinas. Insisto en que os quedéis. —La enfática manera como dijo «insisto» dejó claro que el hombre siempre se salía con la suya—. Quiero que mañana tú oficies el servicio. Después de todo, es la festividad de tu fundador.

---

¿Ya era cuatro de octubre? Conrado no podía creer que hubiese olvidado la festividad de san Francisco, el día más importante en el calendario de la orden. Eso era lo que pasaba por no seguir el breviario. Un súbito remordimiento le oprimió el pecho.

No estamos familiarizados con vuestros rituales —respondió con voz débil

—Ah, pero al menos podrás leer las lecciones de la vigilia. Consideraré tu buena voluntad como un favor personal. —El tono mesurado del abad implicaba que también consideraría cualquier rechazo como una ofensa.

¡Pillado! ¿Cómo podía rechazar al monje sin admitir que había estado viajando con una mujer durante los últimos dos días? Miró a Amata con una expresión de súplica en los ojos. Rogó que su rápido ingenio encontrase la manera de salir de aquel dilema, que ella demostrase finalmente que podía ser la ayuda que había anunciado Leo.

De espaldas al abad, ella obsequió a Conrado con una sonrisa llena de picardía.

—Quedémonos, padre. Nunca he pasado una noche en una abadía de estos monjes —dijo en cambio, y abrió mucho los ojos en una despiadada imitación de inocencia. Por un fugaz instante, Conrado se imaginó a sí mismo dándole una soberana tunda con la vara más gruesa que pudiese sujetar.

Desde su montura, Don Vittorio se inclinó galantemente hacia Amata.

—Gracias, joven fraile. Serás tratado tan cordialmente como un cardenal o un enviado papal. Si tu intratable compañero insiste en seguir su camino, puede hacerlo sin ti.

Conrado agachó la cabeza para ocultar el enfado que tironeaba de la comisura de sus labios. Lo habían derrotado. No pudo hacer más que seguirlos cuando el abad guió su corcel a través del puente y Amata trotó obediente a su zaga. Tenía que unirse a ellos, aunque fuese para vigilar a Amata. Sólo Dios sabía los problemas que podía causar si la dejaba a sus caprichos.



## Capítulo VII

Conrado contó unos ciento veinte monjes entre adultos y chicos cuando entraron en el refectorio, después de las vísperas; una gran congregación. Tomaron asiento en dos hileras de mesas de caballetes que ocupaban todo el largo de la sala. Don Vittorio precedió a Conrado, Amata y a su prior hasta el extremo del refectorio, donde había una mesa más pequeña montada sobre una tarima. El hebdomadario, el lector de la semana, que completaba la procesión, subió a su tribuna.

El estómago de Conrado esperaba con ansia la comida después de todo un día de camino, aunque probablemente no se trataría de una comida completa. En los monasterios estrictos, los monjes tomaban la comida principal a mediodía. Aunque, por otra parte, Don Vittorio no tenía pinta de ser estricto. Conrado veía al abad más como un castellano rural, uno de aquellos hospitalarios remanentes de la moribunda era feudal, como seguramente lo había sido el padre de Amata. Los apetitosos olores de las viandas calientes que llegaban de la cocina confirmaron su impresión.

La temperatura había refrescado considerablemente con la puesta del sol, pero el hermano cocinero se había ocupado de que en la chimenea ardiera un buen fuego. Conrado vio que el refectorio también era la armería del monasterio. En todas las paredes, la luz naranja de la hoguera se reflejaba en las pulidas ballestas, los escudos, las corazas y las armas de hierro. Era un poco como estar cenando en la gran sala del duque de Spoleto.

A una señal de Don Vittorio, el lector comenzó la lectura de la biografía de un santo de la orden. Inmediatamente, los murmullos en las mesas sonaron más alto. Las cabezas comenzaron a girar hacia ellos. Conrado advirtió que la atención se centraba cada vez más en Amata; para colmo, ella respondía a las miradas de los monjes con una de sus encantadoras sonrisas. ¿Es que no se daba cuenta de que, incluso disfrazada de chico, corría el mismo peligro entre aquellos monjes indisciplinados que el que corría como chica? Se sintió un poco como Lot en el momento de proteger a los ángeles visitantes de las iras de los habitantes de Sodoma y Gomorra. No es que a Amata se la pudiera considerar un ángel, por mucho que forzara la imaginación, pero así y todo, se sentía responsable de su seguridad. Se inclinó hacia la muchacha y le susurró:

—Modestia hermano, modestia

---

Afortunadamente para los nervios de Conrado, en aquel momento trajeron la comida. En lugar del caldo flojo, un pan arenoso y las alubias secas que hubiese esperado como colación de los monjes, el cocinero y su pequeña legión de pinches aparecieron con grandes bandejas de cerdo asado y lonchas de queso. Un joven pinche cortaba rebanadas de un delicioso pan blanco. Otro llenó las copas con un vino aromático, y mientras tanto, Don Vittorio no dejaba de sonreírles amablemente al tiempo que les decía:

—Comed, hermanos. Mañana volveréis al camino. Recuperad fuerzas.

Los murmullos dieron paso al ruido de un frenético comer, que ahogó totalmente la voz del lector. Conrado vio que los sabuesos habían entrado en el comedor y esperaban en el espacio que había entre las mesas. De vez en cuando, uno de los monjes arrojaba al aire un trozo de carne o pan, y los perros comenzaban a pelear para hacerse con el bocado. Entre los novicios, sentados al final de la sala, el juego parecía consistir en arrojar el bocado a la mesa opuesta, y obligar a alguno de los otros hermanos novicios a defender su comida del sabueso que buscaba el trozo.

Aunque su conciencia le reprochaba comer con tanta voracidad como los monjes, el hambre del ermitaño pudo más que las objeciones. Se acabó hasta el último bocado del succulento trozo de cerdo que le habían servido por ser el invitado. Amata también comió a placer, y al final de la comida se unió a la algarabía de los monjes cuando tumbaron las mesas. Las copas vacías rodaron por el suelo de piedra junto con los restos de comida, y los sabuesos se sumaron al estrépito con sus ladridos mientras se lanzaban sobre las sobras. En medio de todo ese escándalo, Conrado vio que los labios del lector continuaban moviéndose, hasta que finalmente el monje cerró el libro y se persignó.

La cena había concluido.

Los pinches se alinearon contra la pared, a la espera de que los perros acabaran. Los monjes formaron de dos en fondo y desfilaron hacia la basílica de la abadía para asistir a completas, el último servicio del día. A medida que entraban en la nave y ocupaban sus lugares en los bancos del coro, Conrado y Amata se apartaron de la fila. Los dos frailes, con sus túnicas grises, permanecieron separados en el crucero norte mientras los benedictinos rezaban para disfrutar de un sueño tranquilo y estar protegidos del diablo que, como les advertían sus salmos, haría sus rondas sicut leo rugiens, como un león rugiente, para ver a quién podía devorar. Conrado agachó la cabeza, con el deseo de que Amata conociera el suficiente latín como para seguir la advertencia al pie de la letra.

El ermitaño había vivido tanto tiempo apartado de cualquier comunidad religiosa que había olvidado la poderosa reverberación de tantas voces jóvenes y viejas al cantar al unísono. «Sus costumbres puede que sean relajadas, pero está muy claro que estos monjes saben cantar», se dijo. Los bajos, sobre todo, conseguían estremecerle. A medida que la oscuridad aumentaba y la nave y los monjes

---

quedaban ocultos los unos de los otros en la penumbra, dejó que lágrimas de alegría rodaran libremente por sus mejillas. No sabía, ni tampoco le importaba, si Amata lo veía. En ese momento, estaba tan solo en la abarrotada basílica como ella lo había estado, tumbada en la meseta, la tarde anterior.

Tras los minutos de meditación, seguidos del himno final, Don Vittorio buscó a los frailes y les dijo que lo acompañaran. Los llevó a un dormitorio vecino a su despacho.

—Aquí es donde yo duermo habitualmente —explicó—, pero ahora mismo están reparando nuestra casa de huéspedes, por lo tanto, cedo mi cama a mis honrosos visitantes.

Una única vela iluminaba la habitación, aunque bastaba para alumbrar un lujo que Conrado no había esperado en un monasterio. Junto a una ventana de cristales emplomados había una silla tapizada, y un taburete acolchado junto a la mesa de escritorio del abad. Dos grandes tapices cubrían las paredes de piedra: uno mostraba a un jabalí acorralado por los cazadores, y el otro a un halconero en el momento de quitarle la caperuza al pájaro. Sin embargo, lo que más le asombró fue la cama del abad. Un monje debía dormir en un colchón sencillo, por lo general un gran saco relleno con paja, pero aquella cama tenía un bastidor de madera que mantenía el colchón muy por encima del frío suelo. Entre las cortinas que la rodeaban, ahora atadas a los postes, se veía una colcha y unos cojines grandes como sacos de trigo. Las cortinas cerradas impedirían el paso de las corrientes invernales y de los mosquitos en verano. Lo más probable era que el colchón fuese de plumas de ganso. Conrado se preguntó si algún papa habría dormido alguna vez en una cama como aquella.

El abad se acercó a Conrado para decirle en voz baja:

—La cama es lo bastante grande para los dos, pero si quieres puedo pedir que traigan un jergón para tu novicio. —Vigiló atentamente el rostro de Conrado mientras hablaba. El ermitaño sabía que el comentario de Don Vittorio era tanto una prueba como una sugerencia.

—¡Oh, no, no! —tartamudeó Conrado, y retrocedió hacia la puerta—. ¿La misma habitación? Eso es...

El abad asintió al tiempo que levantaba las manos.

—No digas más. Tienes toda la razón al evitar la más mínima sospecha de impropiedad. Hay algunos en mi casa, y me avergüenza admitirlo, cuyas mentes están demasiado preocupadas con la impureza de la carne; éstos podrían malinterpretar que compartierais el dormitorio. El chico dormirá con los novicios. —Miró a Amata—. Ven conmigo, hijo.

Amata se encogió de hombros. Su expresión parecía decir: «¿Qué puedo hacer? No tengo otra alternativa». Y con una sonrisa siguió a Don Vittorio.

---

—Espera —exclamó Conrado. Sin pensarlo, sujetó el hombro herido de la muchacha, y ella soltó un grito de dolor. El agudo chillido los sorprendió a los tres. El atribulado fraile se apresuró a añadir algo más, en un intento por proteger a Amata y desviar la atención del abad—. Olvidé mencionarte, reverendo padre, que ayer Fabiano se hirió el brazo en un accidente. —La voz le temblaba de una manera que él creyó que acabaría por traicionarlo, pero la única esperanza era seguir hablando—. Tendría que dormir en la cama más cómoda. Yo tengo suficiente con un jergón en el dormitorio de los sacerdotes. Acostumbro a dormir en el suelo.

Don Vittorio miró a Amata con franca curiosidad mientras seguía al ermitaño hacia la puerta.

—Como quieras, fray Conrado. —Miró de nuevo atrás cuando salían de la habitación—. No hagas caso de las campanas de la vigilia, joven fraile, y descansa todo lo que puedas. Si la herida todavía te duele por la mañana, le diré al hermano enfermero que le eche una ojeada.

Amata se inclinó, quizá con excesiva ansiedad, pensó Conrado. La pobre chica parecía demasiado aterrorizada como para decir algo más ante la posibilidad de que la voz pudiese traicionarla.

Conrado comprendió que no podría relajarse ni un momento hasta que consiguieran escapar del monasterio. Tenía el estómago en un puño cuando el abad y él entraron en el claustro; la deliciosa y succulenta carne de cerdo le convulsionaba ahora los intestinos. Los chasquidos de las sandalias de Don Vittorio contra el suelo de piedra, e incluso el susurro de los pies descalzos de Conrado, resonaban de una manera siniestra en el silencio del claustro. El fraile miró inquieto el patio en penumbras, y casi le pareció ver unas figuras encapuchadas que acechaban impacientes detrás de cada columna iluminada por la luz de la luna. «Por favor sé prudente esta noche, Amata», suplicó, pero por supuesto ella no podía oír su ruego mientras permanecía acostada en aquel fantástico lecho.

Acostumbrado a sonidos no más fuertes que el ocasional roce de las ramas de pino contra la pared de la choza, Conrado no dejaba de dar vueltas en el jergón. El dormitorio estaba dividido para que cada uno tuviese una celda, pero los tabiques de madera un poco más altos que un hombre no eran barrera contra el sonoro y desafinado concierto de ronquidos y toses de docenas de monjes durmiendo a pierna suelta.

Pero aunque en el recinto hubiese reinado la paz del cementerio, su aprensión por Amata lo hubiese mantenido despierto. El más leve crujido de un catre, lo que le parecía una pisada, lo ponía en alerta. Hora tras horas veía en su imaginación a los monjes ir y venir de sus camas. Finalmente, en mitad de la noche, el agotamiento pudo más y acabó por hundirse en un sueño intranquilo. Su descanso no duró mucho. Le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando el monje de guardia hizo sonar la campana para anunciar que era la hora de levantarse para viglias.

---

Somnoliento, Conrado repitió las palabras del salmo que le había citado a Amata el día anterior: «Te alabaré siete veces al día, y por la noche invocaré tu nombre». «Maldito sea el rey David y su insomnio», masculló para sus adentros, y de inmediato se reprochó su mente blasfema y su cuerpo holgazán. Era evidente que había tratado su templo con excesiva lenidad en su retiro en el bosque. Incluso aquellos escandalosos benedictinos lo hacían avergonzarse de sí mismo. El fraile se frotó los ojos legañosos, se desperezó y después siguió tambaleante a los silenciosos hermanos en su marcha a la basílica. Se frotó las manos y los brazos mientras caminaba; el aire era helado y aún faltaban cinco horas para la salida del sol. En el interior de la iglesia, los benedictinos formaron en cuatro lilas de dos en fondo a cada lado de la nave, los monjes en los pasillos elevados más cerca de las paredes y los novicios en el pasillo central por debajo de ellos. Como no tenía un lugar asignado, el ermitaño se puso al final de una de las filas. No vio a Amata. Al parecer, había seguido el consejo de Don Vittorio y dormía plácidamente.

Conrado aprovechó para dormitar unos minutos mientras su vecino acomodaba los marcadores de seda en el gran salterio y el antifonario colocados en el atril que compartían. Cuando se obligó a abrir los ojos, se sintió un tanto justificado al ver que los demás parecían tan somnolientos como él. Incluso Don Vittorio parecía haber dormido mal. Tenía los ojos enrojecidos, las mejillas hinchadas, y su voz chirriaba como las oxidadas cadenas de un puente levadizo cuando entonó la bendición que abría el servicio: «*Jube, Domine, benedicere*».

Uno tras otro, los himnos, los salmos y las antífonas se fueron desgranando de la lengua de Conrado hasta que llegó el momento de la primera lectura. A una señal de Don Vittorio, se levantó y subió al pulpito detrás del asiento del abad. Uno de los monjes ya había abierto el libro en los pasajes que debía leer.

La preparación sacerdotal de Conrado funcionó automáticamente mientras entonaba las cuatro primeras lecciones. Cuanto más leía, más disfrutaba de su participación en el servicio de los benedictinos, orgulloso de que san Francisco fuese tan honrado por los miembros de otra orden, que en ocasiones había sido rival. Sin embargo, cuando pasó la página para comenzar la quinta lectura, se quedó repentinamente mudo. Leyó el título tres veces: *Lectio de Legenda Major Ministri Bonaventura*.

Se preguntó: «¿Es ésta la razón por la que Dios me somete a esta noche de tormento?». El texto correspondía a la «Leyenda mayor», la biografía de san Francisco escrita por Bonaventura. Aquélla podía ser al fin una pista para entender el mensaje de Leo. Una vez más, un fragmento de la carta de su mentor pasó por su mente mientras permanecía atontado, con las manos sujetando los bordes del pulpito: «Lee con los ojos, discierne con la mente, siente en tu corazón la verdad de las leyendas».

---

Un coro de toses de los que tenía delante lo devolvió a la tarea. Filas de rostros pálidos lo miraban malhumorados desde los pasillos iluminados por las antorchas y, una vez más, Don Vittorio carraspeó sonoramente. Conrado se disculpó con un gesto y continuó con la lectura.

«*Franciscus, Assisii in Umbría natus*», entonó, y muy pronto recuperó el ritmo de la narración. No obstante, se trabó de nuevo en mitad de la lección siete. El pasaje describía el momento en que, dos años antes de la muerte de Francisco, un serafín con seis grandes y brillantes alas se lo había aparecido al santo para imprimirle en las manos, los pies y el costado las heridas del Cristo crucificado.

En cualquier caso, Conrado hubiese querido demorarse en este punto. El momento en que el ángel grababa los sagrados estigmas en el cuerpo de san Francisco era el más dramático y conmovedor de las crónicas de la orden. Cualquier fraile se hubiese conmovido. Pero incluso mientras su corazón se estremecía ante la imagen, una de las preguntas de Leo le rondaba por la cabeza. ¿De dónde vino el serafín? ¿Era ése el serafín que Leo mencionaba? Lo más probable era que no, dado que obviamente ese ángel venía del cielo. Por lo tanto, ¿a qué se refería Leo con «de dónde vino»?

Deseó poder interrumpirse para desentrañar todo lo que pasaba en tropel por su mente, pero tenía que continuar con la lectura. Cuando finalmente acabó el pasaje, intentó de nuevo poner en orden sus pensamientos mientras los monjes cantaban el responsorio y el versículo que venían a continuación. No tuvo oportunidad, porque un movimiento en la entrada de la basílica lo distrajo. Uno de los novicios benedictinos acaba de llegar y se había postrado delante del altar mayor para suplicar perdón por la tardanza. Cuando ocupó su lugar en el coro, ocultó la boca con la mano para susurrarle algo a otro novicio y ambos se echaron a reír con mucho disimulo. Conrado siguió la trayectoria de sus miradas a lo largo de la nave y vio que también había llegado Amata. La muchacha se acomodó al final de la fila de novicios que miraban al rezagado y (¿era posible?) pareció sonreírle furtivamente al joven. Conrado forzó la vista, en un intento por ver con más claridad en la penumbra de la basílica. ¿Había visto de verdad la sonrisa, o lo habían engañado sus ojos? En la pobre y vacilante luz de las velas, y desde la distancia que había desde el pulpito donde estaba, no podía estar seguro.

Una vez más el coro lo llamó a capítulo. Casi como si fuese una parte más del servicio, los monjes comenzaron a toser al unísono, y Conrado se dio cuenta de que lo hacían un tanto más fuerte y con mayor irritación que antes. Comenzó la última lección. Sólo despierto a medias, y cargado con el peso de tantas nuevas preguntas, su cerebro estaba tan lento y espeso como el del buey de Primo.

¿A él qué le importaba lo que hiciera Amata? Lo embargó una furia inesperada mientras recitaba el último pasaje. La escena de la muerte de san Francisco no podía competir con la batalla que se libraba en su cabeza.

«¿No es acertada mi furia? Después de todo, soy responsable de ella».

---

«No del todo. Dios le dio voluntad, como a cualquier otro ser humano. Además no hubiese dormido esta noche aquí de no haber sido por sus propias triquiñuelas».

«Pero la mujer es el recipiente más débil. Necesita de mi fuerza. Tendría que haber pensado una manera de vigilar su habitación».

Se las apañó para acabar el servicio, y bajaba los escalones del pulpito cuando una voz en su interior sugirió: «Fray Conrado, ¿estás celoso?».

¡Aquello era intolerable! Dirigió a Amata una mirada furiosa al pasar por delante de ella camino de regreso a su asiento. Vio cómo la muchacha se encogía, pero él le volvió la cara.

En cuanto se sentó en el coro, se apoyó en el respaldo y miró la cabeza de cabellos cortados muy cortos en el banco de delante. Un color rojo intenso teñía el esbelto cuello y los pequeños hombros temblaban como sacudidos por el llanto. El pecho del ermitaño se hundió en un penoso suspiro mientras el canto gregoriano lo arropaba con sus hermosas notas. Miró con expresión dolida el tabernáculo de oro montado en el altar principal.

«Dios me perdone por mi suspicaz corazón —rezó—. La he juzgado mal, he cometido un error imperdonable».



## Capítulo VIII

—¡Conrado, lleva tú la comida! Me está destrozando el hombro.

Amata y el ermitaño apenas habían acabado de cruzar el puente fuera del monasterio y aún estaban a la vista del viejo portero.

—Mi scusi, hermana. Ten paciencia. Tenemos que demostrarle a Don Vittorio que tu lesión está mejor. De lo contrario, querrá que te vea el hermano enfermero.

—No haría eso —replicó la muchacha tranquilamente.

—¿Cómo puedes decir algo así? Tú oíste sus palabras de anoche.

—Pues yo sigo diciendo que no me enviaría a la enfermería esta mañana. En cualquier caso, ya estamos fuera de la abadía. —Hizo una mueca cuando descargó la bolsa del hombro y se la tendió al ermitaño. El dispensero les había dado provisiones en abundancia.

Allí donde el sendero bajaba hacia la ciudad, Amata se detuvo y señaló atrás hacia San Ubaldo, una gigantesca masa negra contra el rosa del cielo. Por encima de la abadía, las nubes grises que flotaban como vellones sucios comenzaban a tomar un color rosa fuerte.

—¿No te resulta extraño que el sol siempre salga por el este? —preguntó la muchacha.

—¿Qué? ¿Qué tiene eso que ver...?

—¿Nunca te lo has planteado? El sol desaparece por el borde occidental del mundo todas las tardes, pero al día siguiente vuelve a estar donde había empezado. ¿Cómo ha llegado allí durante la noche? ¿No te llama la atención?

—No, no me preocupa. Sé que todas las cosas son posibles para Dios, y me basta con saberlo.

Pues te diré que, mientras nosotros cantábamos en la oscuridad, el sol ya calentaba a nuestro nuevo papa. Don Vittorio dice que ahora debe de estar navegando desde la Tierra Prometida a Venecia. ¿Rezaste esta mañana por su seguridad y la seguridad de todos los jóvenes marinos?

---

—No me enteré de la elección hasta que rompimos el silencio después de la hora prima. Por supuesto que deseo que Dios guarde al Santo Padre, y a aquellos que lo acompañan en la travesía.

Amata sonrió, con la sonrisa más radiante y encantadora que Conrado le había visto en todo el viaje. Desde las vigiliass, él se había mostrado amable, en un intento por compensar las sospechas de antes. Ella no había cuestionado el cambio en su comportamiento, sino que había respondido con entusiasmo. Insistió, sin embargo, en eludir las preguntas sobre su noche en el dormitorio de Don Vittorio. Conrado sospechaba que lo estaba provocando deliberadamente, algo que por supuesto se merecía por haber pensado lo peor de ella. Sabía que preguntarle por el novicio que había llegado tarde sería inútil por su parte.

El ángelus inundó el sinuoso sendero, y fue la señal para que la guardia nocturna de la ciudad abriera las puertas. Gubbio se extendía como un pie oscuro en el fondo del valle, con el dedo gordo metido en la garganta formada por el monte Calvo al oeste y el monte Ingino, donde ahora se encontraban. Más allá de las murallas, Conrado vio las ruinas del antiguo teatro romano. Aparentemente Iguvium, como se llamaba la ciudad cuando todavía gobernaban los cesares, se había extendido muy adentro de la llanura del río Chiagio, antes de que siglos de guerra entre las rivales ciudadesestado la hubiesen encerrado detrás de las actuales barreras.

El tremendo chirrido de las puertas al abrirse para dar paso al nuevo día rompió la somnolienta quietud del amanecer. El ermitaño recordó su último viaje a través de Gubbio, la primavera que recibió el pergamino de fray Leo.

—¿Sabes qué es la Corsa dei Sen, hermana?

Amata sacudió la cabeza.

Conrado se detuvo y dejó la bolsa en el suelo.

—La vi una vez. Cada quince de mayo, en la víspera de su patrono, los gubianos corren monte Ingino arriba, desde aquella puerta que está allá abajo hasta la abadía. Tres equipos de diez hombres cargan con tres enormes cirios de madera por este sendero. Los cirios son altos como un hombre y pesados como el hierro, y cada uno está coronado con la figura de cera de un santo: san Ubaldo, por supuesto, san Jorge y san Antonio Abad. Es una fiesta maravillosa, los equipos jadean y gritan mientras suben, los santos se bambolean en los cirios, y toda la ciudad corre detrás de ellos.

—¿Qué santo ganó el año que estuviste aquí?

—La carrera en realidad no tiene importancia. —Conrado se encogió de hombros—. San Ubaldo, como santo patrono de la ciudad, es siempre el ganador. San Jorge siempre acaba segundo y san Antonio siempre es el último.

Amata se echó a reír.

—Entonces ¿por qué corren?

---

El ermitaño miró de nuevo sendero abajo.

—Debes comprender, hermana, que el rito sólo se celebra para aumentar la devoción de los campesinos. Al ser analfabetos, no pueden obtener inspiración de las escrituras como hacen los letrados obispos y sacerdotes. Los fieles necesitan de una imagen o un espectáculo que los reúna y, a través de esta carrera, reviven su fe dormida con cada primavera. Esta competición anual es para sus almas como el regreso del buen tiempo para sus campos.

Al final del sendero, saludaron al guardia de la puerta y entraron en la ciudad. Un niño pequeño, con sus flacas piernas llenas de rasguños, pasó junto a ellos a la carrera arreando un rebaño de cabras. Los badajos de los cabritos sonaban ruidosamente cuando saltaban junto a las cabras de ubres colmadas de leche o chocaban sus pequeñas cabezas en un divertido cómbale. Conrado miró de soslayo a los animales. Por muy bien que se llevara con las criaturas que rondaban por el bosque alrededor de su choza, incluidas las cabras salvajes, compartía la opinión popular sobre las cabras domésticas. No eran propiamente demonios, aunque algo satánico acechaba detrás de sus sobrenaturales ojos amarillos. Su poder secreto parecía afín al de los antiguos sátiros, con las costillas que sobresalían de la piel, sus cuernos curvados, las ubres o los testículos como péndulos, las barbas hirsutas, y la sangre tan caliente que los bestiarios afirmaban que podía fundir los diamantes. Tembloroso, se santiguó cuando pasaron.

En la parte alta de la ciudad, muchas de las casas eran de piedra. Por todas partes se abrían puertas y ventanas a medida que las sirvientas comenzaban sus tareas matutinas. El sendero bajaba unos seiscientos metros desde el monasterio hasta las murallas. Las calles angostas y las empinadas calles sin adoquinar aún estaban resbaladizas por la lluvia caída dos noches antes, así que tuvieron que caminar con mucho cuidado para no resbalar ni pisar los excrementos y orines arrojados a la calle.

Conrado conocía bien las calles de Gubbio. Pensaba cruzar la piazza Grande, seguir la via Paoli hasta la piazza del Mercato, atajar por éste, y salir rápidamente de la ciudad por la porta Marmórea. Quería dejar atrás Gubbio lo antes posible. El amontonamiento de casas altas y la aglomeración de gentes le provocaban claustrofobia. Sin embargo, Amata nunca había visitado Gubbio. Le preguntaba por todos los edificios que veía, grandes o pequeños, desde la catedral de San Mariano y San Jacobo Mártires, que tenía la pared posterior empotrada en una ladera, al palazzo Praetorio. Las torres fortificadas sin ventana de las familias nobles marcaban el perfil urbano, y las míseras covachas de madera de los pobres bordeaban las callejuelas; todo esto fascinaba a la muchacha. Cuando por fin llegaron a la piazza del Mercato, muchos comerciantes ya habían abierto sus puestos y anunciaban sus productos con unas voces estentóreas que acabaron con los últimos vestigios de calma matinal.

«*Buon giorno*, hermanos», dijo una mujer cargada con un cántaro en la cabeza al pasar junto a ellos. Una niña pequeña y tímida la seguía con una barra de pan tan

---

grande como ella. La niña vestía el hábito y la toca de una monja, sin duda para cumplir con alguna promesa hecha por sus padres. Tenía los pies descalzos amoratados por el frío y Conrado se preguntó por qué la madre no había provisto a su hija de unas botas como las que calzaba ella. Quizá la niña no era más que una sirvienta.

El panadero era tradicionalmente quien primero ponía a la venta su producto, y el aroma del pan recién cocido le hizo la boca agua a Conrado. Amata lo miró con una expresión de súplica y unió las manos como si rezara, pero Conrado se limitó a encogerse de hombros.

—Sabes muy bien que entre los dos no tenemos un denario, hermana, y no necesitamos pedir, con toda la comida que nos han dado.

El rostro de Amata se transformó cuando simuló hacer pucheros, que él intentó fingir que no veía. ¡Aquella mañana se estaba comportando de una manera muy frívola!

El ermitaño caminó por el borde de la plaza, más o menos en dirección al convento de San Francisco, que se alzaba en el lado opuesto. En otros tiempos, quizá hubiese prolongado su viaje para visitar a sus hermanos frailes, pero ahora, después de sus años de soledad, se sentía muy ajeno a ellos. Sin embargo, un escalofrío le recorrió la espalda cuando pasaron junto a la pared del convento, una extraña sensación de ansiedad. Veía delante la porta Marmórea y la carretera desierta que llevaba a Asís. Aceleró el paso, urgido por el clamor cada vez más fuerte.

Ya casi habían acabado de cruzar el mercado, cuando tres agudos toques de trompeta en el rincón más apartado de la plaza silenciaron los gritos de los vendedores.

—¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! —tronó una voz masculina—. *Penitentiam agite!* El reino de los cielos se aproxima y está mucho más cerca de lo que creéis.

Los madrugadores compradores interrumpieron de repente sus regateos para acercarse al lugar de la conmoción. «¡Es Iacopone!», les gritaron a los vecinos que se asomaban a puertas y ventanas.

Un grupo de chiquillos, frustrados por sus inútiles intentos de alcanzar con sus pedradas a un gato que se paseaba por un tejado, se apresuraron a hacer de nuevo acopio de piedras y se mezclaron con los mayores. Apedrear a un loco sin duda les compensaría de su fracaso con el gato. Además, ofrecía un blanco más grande, porque les sacaba más de una cabeza a las personas que lo rodeaban.

—Aprovechemos que están distraídos para llegar a la carretera —dijo Conrado por encima del hombro. Al no recibir respuesta de Amata, se volvió y entonces descubrió que la muchacha se había ido detrás de los chiquillos.

La vio entre la multitud, y fue tras ella. Se las había apañado para colocarse en primera fila del círculo. El hombre llamado Iacopone estaba subido a la peana de una

---

fuente de mármol en el centro de la plaza y miraba a la muchedumbre con expresión furiosa. Se habían abierto ya todas las ventanas, e incluso unas cuantas pálidas doñas habían salido a los balcones; Conrado se dio cuenta de que se trataba de algo poco frecuente. Damas tan importantes sólo salían a la calle los domingos para ir a misa, por miedo a ensuciarse las espléndidas colas de sus vestidos en el fango. La norma era que sólo las sirvientas y las plebeyas aparecieran en público.

Iacopone levantó las manos hacia el cielo y giró lentamente; al tiempo que encandilaba a los espectadores con sus ojos castaños, inyectados en sangre, que parecían ascuas en las profundidades de sus órbitas. Los huesos de los pómulos sobresalían en el cráneo descarnado, apenas disimulados por la barba descuidada. Sólo vestía un taparrabos y una piel de oveja negra con una enorme cruz roja pintada desde el cuello hasta el borde y de hombro a hombro.

—Acabo de llegar de Roma —anunció—. Fui a ver la corte papal.

Unos pocos ciudadanos se rieron, pero sus risas eran forzadas y sus vecinos los hicieron callar rápidamente. Sólo dos o tres de los oyentes podía haber hecho la misma afirmación. Iacopone no hizo caso de los murmullos.

—Os diré cómo es el día de trabajo de los cardenales de Roma, los cardinales carpinales. Cada mediodía, después del consistorio papal donde debaten los casos de reyes, pleitos y otros asuntos mundanos, comen y beben como cerdos cebados. Luego se arrastran hasta sus mullidos lechos para dormir la siesta. Durante toda la tarde holgazanean en sus apartamentos, agotados de no hacer nada, o se entretienen con sus perros y caballos, sus joyas, y sus nobles sobrinos y sobrinas.

Hasta ahí había hablado con calma. Hizo una pausa y a continuación apuntó con un gesto acusador hacia la iglesia de San Juan Bautista, al otro lado de la plaza, y tronó:

—¿Debemos sorprendernos de que los francos hayan desenterrado una horrible carta, escrita con sangre, sacada del más profundo pozo del infierno y enviada por el mismísimo Satanás? Una carta dirigida afectuosamente a sus queridos amigos, los prelados de la Iglesia. «Os damos las gracias», dice, «porque todas las almas confiadas a vuestro cuidado las recibimos nosotros».

Conrado no había oído a nadie hablar antes de esa carta. Un súbito terror lo inmovilizó donde estaba, como si algún espíritu maligno del submundo hubiese pasado por su cuerpo y hubiese dejado el temido rigor mortis en su estela. Una tensión casi palpable se extendió entre la multitud. De nuevo, Iacopone rugió sus condenas.

—¿Es sólo un accidente que las palabras Praelatus y Pilatus sean hasta tal punto similares, cuando los ricos y nobles prelados de hoy, con sus acciones, crucifican al pobre Cristo, tal como hizo el malvado Pilatos doce siglos atrás?

---

De nuevo calló para que sus palabras calaran, pero esta vez, una dama vestida de rojo gritó desde su balcón con voz temblorosa por el enojo:

—¡Mientes! Nunca has estado en Roma, porque si hubieses estado allí no hablarías con tanta irreverencia de esos hombres santos.

Apoyó una mano sobre su pecho y jugó con el broche de filigrana que llevaba sujeto al corpiño. Un sirviente apareció en el balcón detrás de la mujer y le cubrió los hombros desnudos con un manto con ribetes de piel negra.

—Continúa, Iacopone —vociferó una mujer entre la concurrencia—. Su tío es uno de esos gordos cardenales.

Iacopone se ajustó la piel de oveja alrededor del esquelético pecho. Miró por un momento el balcón de la dama y cerró los ojos.

—Dejadme que os hable de las mujeres, de la vanitas feminarum. —Entonó las palabras, con los ojos todavía cerrados, como si quisiera recordar una canción o un poema.

—Mujer, tú tienes el poder de infligir heridas mortales. La mirada del basilisco es mortal y la tuya otro tanto. Pero a menos que el hombre pise por azar un basilisco, la bestia no hace daño a nadie, mientras que tú te mueves abierta y libremente, y emponzoñas al mirar.

«Dices que te pintas el rostro para tu marido, que se deleita al verte. Mientes. A él no lo alegra tu vanidad sabiendo que te adornas para algún otro.

»Eres astuta, diabólicamente astuta. Con zuecos altos transformas tu pequeño ser en el de una majestuosa dama. Tu pálida complexión se vuelve rosada y tus cabellos oscuros se vuelven rubios con una peluca de fibras hediondas. Para suavizar tu rostro usas una crema más adecuada para las viejas botas reseca, y cuando pareces una niña, si tiene la nariz fea, se la pellizcas y estiras hasta que consigues modelarla. Te falta fuerza para luchar, pero la debilidad de tu brazo está de sobra compensada con el vigor de tu lengua.

La serenidad cubría las facciones de Iacopone mientras hablaba, y sus ojos permanecieron cerrados incluso cuando la noble dama gritó:

—¡Es un loco! ¡Echadlo fuera de las murallas!

Un chico que estaba junto a Conrado interpretó el grito de la mujer como si fuese la orden que esperaba.

—Pazzo! Pazzo! ¡Un loco! —Y levantó el brazo para arrojarle una piedra al predicador, pero Conrado le sujetó la muñeca y la piedra cayó inofensivamente contra la fuente.

—No es un loco. Es un santo bizzocone —afirmó Conrado, que utilizó la palabra con que se denominaba a los penitentes públicos errantes—. Sus palabras contienen sabiduría, incluso para niños imbeciles.

---

Iacopone abrió los ojos y pareció ver a Conrado y Amata por primera vez. Lentamente una expresión de pena apareció en su rostro. Inclino la cabeza y comenzó a cantar, pero ahora su voz tenía el profundo y sonoro desconsuelo de una endecha.

—¿Hermano Rinaldo, adonde has ido? ¿Estás en la gloria, o hace calor allí donde estás? Ahora estás allí donde la verdad es clara, con tus cartas sobre la mesa, el bien y el mal boca arriba. Es demasiado tarde para elucubrar sofismas, prosa o rimas. Sólo la verdad destacará. En París ganaste tu doctorado. Grande fue el honor y grandes los gastos, pero ahora que estás muerto, comienza el examen final. Para ti sólo hay una pregunta: ¿de verdad creíste que el más grande honor fue ser un fraile pobre y despreciado?

El canto hirió a Conrado. Criticar la vanidad de las mujeres era una cosa, menospreciar a un fraile muerto otra muy distinta.

—Injurias la memoria de un buen hombre, sior Iacopone —le interrumpió, con la voz lo bastante alta como para que lo oyera la multitud—. Fray Rinaldo y yo compartimos las mismas clases en París. Nunca buscó honores para sí mismo. Dios lo hizo brillante.

Iacopone no replicó. Agachó de nuevo la cabeza y unió las manos como si fuese a rezar. Para gran asombro de Conrado, de la boca del penitente salió una casi perfecta imitación de su propia voz con un tono dócil.

—Soy un fraile. He estudiado las Escrituras. He rezado, he soportado la enfermedad con paciencia. He ayudado a los pobres, mantenido los votos de obediencia, también de pobreza, e incluso castidad... —Iacopone abrió un ojo y le dedicó un guiño a Amata—, lo mejor que he podido, con calma he aceptado el hambre y el frío, me he levantado antes del alba para rezar, maitines y laudes.

Cuando menos lo esperaba, el tono del penitente se volvió áspero, y en su rostro brilló la cólera.

—Pero si alguien me habla con palabras que me suenan duras, rápidamente escupo fuego. Mirad el bien que le ha hecho la sotana a este fraile. No ha oído más que unas palabras que lo ofenden, y no puede perdonar ni olvidar.

Iacopone miró plácidamente a Conrado mientras la multitud aplaudía. Alguien empujó a Conrado por detrás y lo lanzó al centro del ruedo. A punto estuvo de chocar contra el predicador.

—He compuesto otro laude de alabanza a la humildad —le susurró Iacopone al oído—. ¿Quieres escucharlo?

Conrado se estremeció de rabia, y la garganta se le cerró hasta tal punto que fue incapaz de responder. Una mano le sujetó el brazo e intentó arrastrarlo de nuevo hacia la multitud.

---

—Él tiene toda la razón, padre —afirmó Amata—. Te enfadas por nada.

La muchacha sonrió, en un intento por lisonjearlo. Conrado acabó por aflojar el brazo, y se rindió a su tironeo.

Apenas si escuchó el resto del sermón. Las palabras de Iacopone y Amata le habían provocado un gran remordimiento. A su alrededor, la gente había comenzado a llorar y a golpearse el pecho para implorar el perdón de Dios y de los demás, mientras Conrado suplicaba para sus adeudos el perdón por su soberbia.

Los llantos y gemidos sonaron cada vez más fuerte hasta que de pronto se acallaron sin más. Iacopone, agotado, se sentó en el borde de la fuente.

—Marchaos, hijos míos. Estoy cansado. Id en paz y servid a Dios.

Con el cuenco de la mano cogió agua de la fuente y se la bebió. Los espectadores volvieron a los tenderetes y puestos más lenta y meditativamente que antes, porque el predicador les había dado mucho en qué pensar.

En cuanto se despejó el centro de la plaza, Conrado se acercó al penitente.

—Perdóname, sior Iacopone. No sé qué me dominó. No me había dejado llevar por la cólera de esa manera en muchos años. Todavía me queda mucho trabajo por hacer.

Una risita interrumpió su disculpa. Amata, con los brazos en jarras, se plantó ante él.

—Fray Conrado —lo regañó—, no has tenido a nadie con quien enfadarte en años. —Se volvió hacia Iacopone y puso los ojos en blanco—. Acabo de sacarlo de las montañas.

—¿Eres un ermitaño? —preguntó Iacopone.

Conrado asintió.

—¿Has decidido regresar a la ciudad?

—Sólo por ahora. Tengo una misión en Asís. No sé cuánto tiempo estaré allí.

—Yo también hubiese preferido ser un ermitaño, pero por lo visto estoy ligado a esta vida pública. Debes tener presente, fray Conrado, que si un hombre hace el bien, Dios está realmente en y con él en todas partes, en las calles y entre la gente tanto como lo está en una iglesia, un lugar desierto, o en la celda de un anacoreta. Sólo tiene a Dios y piensa sólo en Dios y todo y todos son sólo Dios para él. Nadie puede molestarlo, porque no busca nada sino a Dios. El hombre que necesita buscarlo por medios especiales o en lugares especiales, es que aún no ha encontrado a Dios.

Conrado agachó la cabeza y se ruborizó como un niño que es amonestado por su maestro.

—Yo soy uno de ellos —confesó.

---

—Lo son todos los que he conocido, y yo también —respondió el penitente.

—¿Adonde irás desde aquí? —preguntó Conrado.

—A cualquier parte, a ninguna parte. —Iacopone se encogió de hombros.

—Entonces ven con nosotros. Estoy necesitado del discurso espiritual.

—Como quieras. Al parecer el plan de Dios para este día aún no se ha acabado. —  
Se levantó entumecido y se arregló la pesada piel de oveja.

Un adolescente de cabellos rubios no había dejado de observar a los hombres mientras hablaban. Ahora, cuando se disponían a irse, se atrevió a acercarse. Al ver que no decía nada, Conrado le dijo:

—Que la paz sea contigo, hijo. ¿Qué deseas?

—Me llamo Enrico —respondió el muchacho. Vaciló, y, después de comprobar que había conseguido decir más de lo que esperaba, tragó saliva, y se forzó a añadir —: ¿Has dicho que vais a Asís?

—Así es.

—¿Puedo viajar con vosotros? Yo también voy allí para unirme a los frailes del Sacro Convento.



## Capítulo IX

Enrico cogió un rollo de pergamino que llevaba en el cinturón.

—Tengo una carta del obispo de Génova. Le pide al ministro general de los frailes que me acepte como novicio.

—Sabía que eras de algún lugar del norte —afirmó Amata.

El chico sonrió y se relajó un poco mientras se tiraba del pelo.

—Sí, de la parroquia de Vercelli. Creo que no veis a muchos pelirrubios por aquí.

Amata le devolvió la sonrisa.

—Con la misma frecuencia con que tenemos un nuevo papa. Aunque me crucé con un fraile de pelo rubio y ojos azules hace cuatro días.

Le gustaba el aspecto del chico. Las botas de fieltro, la túnica de lana corta, y la capa con capucha indicaban que era el hijo de un campesino. Desde luego sabía lo que era el trabajo duro; las manos callosas y las piernas nervudas eran una prueba. Como la mayoría de los norteños, también tenía los huesos grandes. Cuando ganara en carnes, probablemente sería un hombre tan corpulento como Don Vittorio. Su sonrisa resultaba agradable, si bien era demasiado fácil. Lo que más intrigaba a Amata eran sus ojos azul claro; límpidos y hermosos. Pero les faltaba algo, una chispa de intensidad. Sin esa chispa, traicionaban su timidez, la débil voluntad de alguien nacido para obedecer.

«Los débiles ojos azules de un hijo de mamá», pensó. Siempre necesitaría de una mujer que le dijera qué hacer con su vida, y si alguna vez abandona la orden, será un marido poco de fiar. Amata sonrió para sus adentros. «Al pobre chico le faltan dos días para unirse a los frailes, y yo ya me lo imagino engañando a su esposa».

Conrado le devolvió la carta al chico.

—No necesito leerla. Eres bienvenido a unirme a nosotros, por supuesto. Hablaremos de la orden mientras caminamos. Has de saber que Asís no es necesariamente el mejor lugar para seguir las reglas de san Francisco.

Amata bostezó. El bueno de Conrado. Siempre fiel a su obsesión; siempre dispuesto a montar su pulpito y discursar. Iacopone se mantenía a la par y parecía interesado. Ella no. Cuando salieron de la ciudad, dejó que los hombres se adelantaran. Prefería contemplar cómo transcurría la mañana, a los labriegos que

---

trabajaban las viñas en las afueras de la ciudad. Ese día, los niños de las pequeñas granjas se retrasaban en alimentar a los bueyes cuernilargos, a juzgar por los insistentes mugidos de estos animales. En los campos, se iban alzando los almiares de heno recién segado que llenaba el aire con su fresca y dulce fragancia. Las calabazas maduraban en los techos de las casas, y de los árboles colgaba el grano puesto a secar. Los repiqueteos de los zuecos de madera y los gritos furiosos sonaban en el aire frío mientras los campesinos espantaban a los venados de los campos. No tardaría en llegar el invierno. ¿Cómo lo había descrito su padre? La estación que separa la satisfacción de la cosecha de la comezón de la primavera.

Cuando se cansó del panorama, aprovechó su posición en la retaguardia para imaginarse los cuerpos de los tres hombres debajo de sus vestiduras. Iacopone era un esqueleto, delgado como la túnica de un mendigo, debajo de la larga piel de oveja. Todo eso ya lo sabía, porque el taparrabos dejaba poco lugar a la imaginación, excepto para preguntarse si la parte oculta estaba en proporción con su altura. ¡Eso sería algo digno de verse! Conrado, por su parte, era de constitución menuda, apenas un poco más alto que Enrico y probablemente del mismo peso. Tenía que ser virgen, a pesar de su amistad con monna Rosanna. Su andar carecía de toda fluidez, de cualquier ritmo o soltura en los brazos y los hombros. Claro que probablemente ya ni siquiera recordaba que vivía en un cuerpo. Ah, en cambio Enrico. Admiró de nuevo las musculosas pantorrillas del muchacho y con el ojo de la mente observó el resto de las piernas hasta las delgadas caderas y las firmes nalgas; una agradable fantasía.

Un día más y estaría de regreso en San Damiano, allí sería de nuevo suor Amata. El pensamiento la deprimió. A pesar de todas sus rarezas y gravedad, había disfrutado de aquellos cuatro días con el ermitaño. Y le gustaba estar con ellos en aquel momento, aunque caminara detrás y no le interesara su conversación. Los hombres parecían impermeables o quizá sencillamente indiferentes, a las triviales heridas que hacían que sus hermanas acudieran a quejarse llorosas a la madre abadesa todos los días. De no haber sido por el don de la palabra, los tres serían como las lerdas y plácidas bestias de los corrales de las granjas que iban dejando atrás.

¡Dios, cuánto deseaba abandonar el convento! No porque la madre abadesa la tratara mal. Llevaba una vida regalada en comparación con las austeridades que practicaban las monjas voluntarias. Además, tampoco tenía adonde ir al no tener familia, dinero, ni manera alguna de cuidar o mantenerse a sí misma.

Así y todo, la santidad y el amor divino nunca la habían atraído. El amor humano, el amor que su madre había conocido con su padre, y que le había inculcado, era lo que ella anhelaba conocer. El verdadero amor, no el engaño de su tío abuelo Bonifacio o la brutal lujuria de Simone della Rocca y sus hijos. Cruzó los brazos sobre el bajo vientre y se acarició mientras fantaseaba. Un gemido involuntario hizo que Conrado se detuviera y volviera la cabeza para mirarla. Amata se ruborizó y se apresuró a apartar las manos, pero él la había visto.

---

—¿Te duele el estómago, fray Fabiano? —preguntó con sincera preocupación.

¡Cuánta inocencia!

—Sí, padre —gimoteó—. Me duele el estómago. —Hizo una mueca para confirmar su dolor—. Pero no os demoréis por mí. Puedo seguirlos.

Iacopone reanudó la conversación en cuanto reemprendieron la marcha.

—No, Enrico, un poema no expresa sólo el sentimiento; habla de la experiencia. Para crear una sola línea, el poeta debe visitar muchas ciudades, conocer a mucha gente. Debe hocar y gritar con los animales, volar con los pájaros y moverse con el más mínimo movimiento de un pimpollo que se abre. Debe viajar atrás en el tiempo hasta caminos extranjeros y encuentros inesperados, a las enfermedades de la infancia y, con su perdón, padre, a las noches de amor, cada una diferente de cualquier otra, y la pálida piel de las mujeres... de las mujeres... dormidas entre las sábanas.

La voz le falló mientras hablaba del amor. Ocultó el rostro a Conrado, pero Amata vio la angustia en sus ojos hundidos. La arrogancia y la santurronería de la plaza se habían derrumbado, y su tez tenía ahora el color de las lápidas.

«Madre de Dios —pensó Amata—. La mujer del balcón estaba en lo cierto. Está loco, loco de pena por el amor de alguna dama.» Dudó de que Conrado y Enrico hubiesen llegado a darse cuenta.

Los viajeros caminaron en silencio durante unos minutos hasta que Iacopone se aclaró la garganta. Cuando habló de nuevo, todavía lo hizo con dificultades y mucha emoción.

—El poeta debe sentarse al costado del moribundo, junto a una ventana abierta, escuchar los gritos en el exterior y los estertores en la habitación. Por último, debe permitir que todos estos recuerdos se esfumen, y después esperar con gran paciencia a que regresen.

—¿Es de esos recuerdos de donde vienen los versos? —preguntó Enrico.

—Todavía no, hijo. Todavía no. No hasta que se convierta en carne y sangre del poeta, en pensamientos sin nombre e imposibles de distinguir de sí mismo. Entonces, en el más puro y raro de los momentos, puede el poeta destilar de ellos la primera palabra de un verso.

—Comprueba y ve que el Señor es bueno —citó Conrado.

Amata recordó los recovecos mentales del ermitaño en la choza. Ahora la expresión desconcertada de Enrico le pareció divertida. Iacopone también la vio.

—Fray Conrado se refiere a que el salmista al que ha citado, al ser un poeta y un místico, comprende que la experiencia procede de ambas cosas. Leer lo que del Señor dicen las Escrituras o escuchar lo que de Él dicen los predicadores no basta. Hay que sentirlo, experimentarlo en uno mismo. Un campesino puede vanagloriarse del sabor

---

especial de sus aceitunas, pero sus palabras no significarán nada hasta que no hayas mordido una. La experiencia es la esencia de todo.

«Un buen momento para decírselo, cuando está a punto de encerrarse en un convento Dios sabe por cuántos años», pensó Amata. Si es inteligente, lo convertirán en un erudito, como intentaron hacer con Conrado y entonces ¿cuáles serán sus experiencias? ¡Largas palabras impronunciables! Estará mejor si resulta ser un tonto. De esa manera, al menos, nunca sabrá lo que se pierde.

Subieron por la empinada carretera que unía Gubbio con Perusa, a lo largo de la sierra de Gualdo. A través de una abertura en los espinosos setos que vallaban las pequeñas parcelas de cultivo, Amata vio Asís muy al sur. En general, Gubbio le había parecido una ciudad sombría, apática. En cambio Asís, en lo alto de un saliente rocoso, suspendida entre el monte Subasio y los valles formados por los ríos Tescio y Chiagio, parecía un translúcido pendiente sobre un fondo de fieltro verde. Las iglesias de mármol de color rosa y coral, las paredes y las torres brillaban con el sol de la mañana. Su calidez, contrastaba vivamente con la mortecina Gubbio de la misma manera que el aire templado que subía de los valles de Asís chocaba con los vientos fríos que se arremolinaban alrededor de las ciudadelas de Gubbio.

Mientras hablaban animadamente de los méritos de la experiencia, los filósofos de la poesía se perdieron la vista. Ella quiso llamarles la atención para que la mirasen, pero Conrado había vuelto a su tema favorito.

—Claro que sí, Enrico, ve al Sacro Convento. Descubre todo lo que puedas de nuestras tradiciones, aprende a leer y escribir, estudia en París si están dispuestos a enviarte allí. Pero nunca olvides que un día tendrás que escoger: ¿quiero ser un verdadero hijo de san Francisco y vivir según sus reglas y testamento, o me acomodaré a la vida fácil del fraile conventual? Debes saber también, que si decides unirte a los hermanos espirituales, a seguir el camino de la pobreza absoluta, escogerás al mismo tiempo la senda del perseguido. Ya hay frailes que han muerto por tomar esta decisión.

Amata ahogó un gemido. ¡Debería llamarse fray Agorero! Le entraron ganas de acercarse de puntillas por detrás del ermitaño, sujetarlo por la cintura, levantarlo y no dejar que sus pies volvieran a tocar el suelo hasta no prometer que reiría por lo menos doce veces al día. La multitud se había reído de él, y él incluso se había reído de sí mismo mientras le hablaba de sus años en la universidad, pero los conflictos en la orden habían apagado la luz de su espíritu. Peor todavía, el abatimiento parecía crecer por momentos a medida que se acercaban a Asís.

Quizá sólo estaba asustado, pensó. Quizá, con sus palabras a Enrico, se estaba recordando a sí mismo que él ya hizo la elección, y preparándose para las consecuencias.

Los hombres podían llegar a ser muy extraños. Aquello que consideraban vital, las cosas por las que estaban dispuestos a sufrir, incluso a morir, a ella le parecían

---

absolutamente remotas. ¿Cómo podían hablar de experiencia, cuando se pasaban todo el tiempo ocupados en sus elucubraciones? ¡Eran unos auténticos zoquetes! Bueno, no todos, se dijo. Iacopone es un pensador, pero es obvio que también ha vivido, y que su pasión casi acabó con él. Enrico debía de saber unas cuantas cosas, si había mantenido los ojos abiertos en el corral de su padre.

Se le ocurrió idea tan deliciosa como perversa mientras contemplaba el ondular de la túnica del muchacho. Quizá al amparo de la oscuridad de aquella noche y la intimidad de algún rincón del bosque...

De pronto se dio cuenta de que los tres hombres se habían detenido de nuevo y la espetaban.

—Aquí es donde dejamos la carretera —explicó Conrado—. El sendero nos llevará hasta el puente romano, al fondo de la garganta.

Como casi todos los senderos de montaña, era angosto y con una fuerte pendiente. Amata aplaudió para sus adentros, porque así caminarían en fila india y eso pondría fin al sermoneo de Conrado durante un rato. Además, volverían a estar entre los árboles; el sol casi en el punto más alto calentaba mucho. Vio a lo lejos el curso sinuoso del Chiagio, con su caudal crecido y fangoso a causa de la lluvia caída dos noches antes, y en las orillas las torres de Santa Maria di Valfabbrica y el castillo de Coccarano. Esa parte la conocía de los viajes con su señora.

Adivinó que el fraile se mantendría bien apartado de Valfabbrica, otra abadía de los benedictinos, y que muy posiblemente también evitaría el castillo. No estaba dispuesto a repetir la experiencia de San Ubaldo. Conrado, sin duda, se sentiría más seguro si dormía entre las criaturas salvajes del bosque. Bueno, a ella no le importaría, siempre que mantuviesen encendida una buena hoguera durante toda la noche. También podían pasar cosas buenas en la oscuridad. Se resistió a la tentación de inclinarse hacia adelante y apoyar las manos sobre los hombros de Enrico para mantener el equilibrio, y a la tentación de provocar a Conrado una vez más haciéndolo. «Paciencia, Amata. Veamos cómo acaba todo esto».

¿Fue el pensar en las criaturas salvajes lo que la obligó a detenerse en el sendero y mirar, primero hacia las sombras entre los árboles, y después por donde habían venido? Había tenido la súbita sensación de que los vigilaban, pero el sendero daba tantas vueltas y revueltas que no podía mirar más allá de un corto tramo en cada dirección. Se estremeció y echó a trotar para reunirse con los demás cuanto antes. De pronto, ya no quería quedarse atrás.

Había esperado que el ermitaño hiciera un alto en un tramo donde el camino se ensanchaba para abrir la bolsa de comida, pero por supuesto era de esos que no hacen caso del hambre. Parecía ansioso por continuar la marcha. Algo en la abadía lo había estimulado. Confiaba en que no tuviese nada que ver con ella. No es que la opinión que pudiese tener de ella importase mucho. Al día siguiente, ella estaría de regreso en San Damiano y él se marcharía para resolver el enigma de Leo.

---

¡Dios bendito! Regresar a Asís también le estaba pesando a ella, mucho más de lo que creía. Echaría en falta estar libre de los muros del convento, estar en la carretera, a pesar de los peligros y las asechanzas; quizá los peligros y las asechanzas sería lo que más extrañaría. Eran la pimienta que faltaba en la vida de San Damiano.

Tal como había supuesto, Conrado los hizo ir más allá de Valfabbrica. Enrico y Iacopone hablaban de la ley civil como si entendiesen, pero el fraile iba inmerso en sus pensamientos. Los hizo proseguir casi hasta el anochecer, y para entonces también el estómago de Enrico protestaba. Iacopone mordisqueaba la corteza de una rama que había cortado de un arbusto a un lado del camino, pero por lo demás parecía tan inmune al hambre como Conrado. Lo más probable era que fuese capaz de vivir como un fanático profeta, comiendo saltamontes y miel, o sólo aire, si era preciso.

Conrado dio por concluida la marcha en lo más profundo de un bosque de pinos y alcornoques.

—Podemos descansar aquí —dijo—. Conozco una cueva que no está lejos del camino. Aún tenemos tiempo para recoger leña antes de que sea noche cerrada. — Los miró, orgulloso—. Hoy hemos recorrido un buen trecho. Estaremos en Asís antes del mediodía de mañana.

—Comenzaré yo —propuso Conrado cuando acabaron de comer. Los cuatro viajeros estaban sentados alrededor del fuego. Fuera de la cueva un par de búhos ululaban a dúo—. Mi ejemplo de virtud es un santo de la pobreza...

«Faltaría más», pensó Amata.

—... no un fraile menor como podríais esperar —prosiguió—, ni ningún miembro de una orden religiosa. Donato el banquero avergüenza incluso a aquellos de nosotros que hemos hecho votos de pobreza. Fue una vez un hombre rico, pero el amor a Dios lo llenó de tal compasión por los demás que dio todas sus posesiones a los pobres. De haberse unido a nuestra orden hubiese seguido el ejemplo de fray Bernardo, el primer hijo de san Francisco. En cambio, este banquero fue incluso más allá. Se vendió a sí mismo como esclavo y también entregó todo el dinero de su esclavitud a los pobres. Aún no he sabido de nadie que se le pudiese comparar.

—Quizá yo sí he oído hablar de uno —murmuró Iacopone—. El prestamista toscano, Luchesio da Poggibonsi.

El penitente agachó la cabeza. El humo de la hoguera envolvía su figura encorvada, pero no parecía que le molestara. A Amala le parecía tan inmovible como la roca donde estaba sentado. Sin embargo, se recordó a sí misma, ese día ya había visto una fisura en esa roca.

—Me avergüenza admitir, amigos, que en mi antigua vida era un usurero —comenzó—. Prestaba dinero a unos intereses exorbitantes en contra de las leyes de Dios y la Iglesia, entre otros pecados. Como Luchesio en sus años jóvenes, me lancé

---

con alma y vida a trepar la escalera social, con mi dinero y el dinero de los demás como peldaños. Subí muy alto, hasta convertirme en uno de los principales hombres de la ciudad. —Los miró a todos con una sonrisa irónica y sacudió la andrajosa piel de oveja—. Difícil de imaginar, ¿no?

«Claro que el sior Luchasio tuvo una ventaja que yo no tuve. Cuando aún estaba metido en sus negocios, conoció a san Francisco, y el santo hizo que se arrepintiese. Vendió todo lo que tenía para beneficiar a las viudas, los huérfanos y los peregrinos. Después se marchó a los pantanos asolados por la plaga con un burro cargado con medicinas. Su propia esposa lo despreció al principio y lo trató de idiota, algo que era de esperar cuando una mujer rica se ve empobrecida de la noche a la mañana por la generosidad del marido. Pero en cuanto comprendió su propósito, se unió a su trabajo y ella también se ganó el título de «buona donna».

«Pues la historia que yo quiero escuchar es cómo llegaste a ser tan pobre», pensó Amata. Sin embargo, su curiosidad quedó insatisfecha, porque Iacopone se volvió a encerrar en el mutismo. Contempló el fuego hasta que, gradualmente, el dolor que ella le había visto en el camino apareció de nuevo en sus ojos.

—Yo tengo un ejemplo de justicia —dijo Enrico, que levantó la mano como un escolar para llamar la atención.

Conrado lo invitó a hablar con un gesto.

—Mi padre trabajó una vez como guardia de una de las puertas de Génova. Me contó cómo las autoridades de la ciudad colgaron una campana en la muralla. Cualquier hombre tratado injustamente podía hacer sonar la campana y los jueces estudiarían su caso. Con el paso de los años, la cuerda se pudrió y alguien plantó una enredadera en su lugar.

»Sucedió un día que cierto caballero no quiso pagar el forraje de su viejo corcel, y lo soltó en las afueras de la ciudad para que comiera lo que pudiese encontrar. El caballo tenía tanta hambre que comenzó a mordisquear la enredadera, y la campana comenzó a sonar. Llegaron los jueces y decidieron que el caballo había reclamado su derecho a ser escuchado. Investigaron y sentenciaron que el caballero, a quien el caballo había servido con tanta lealtad ni su juventud, estaba obligado a cuidarlo en su vejez. El rey también estuvo de acuerdo; incluso amenazó con torturar al caballero en sus mazmorras si alguna vez dejaba que el caballo pasara hambre.

Iacopone salió de su ensimismamiento y se echó a reír.

—Muy bien narrado, muchacho —afirmó—. Yo también os contaré un caso de justicia, en realidad es un acertijo. Decidme cuál sería vuestra sentencia en este caso.

Un famoso cocinero acusó a un sirviente, un sirviente con una nariz muy grande, de haber consumido con su narizota el aroma de la exquisita comida preparada por el cocinero, y no haber pagado nada por el deleite. ¿Merecía ser indemnizado, o no?

---

—Tendrían que haber mandado al cocinero al calabozo por hacer perder el tiempo a los demás —opinó Amata.

Enrico levantó las manos para indicar que se rendía. Conrado también rechazó la pregunta.

—Nunca he presumido de entender el funcionamiento de una corte civil —dijo.

Iacopone miró a sus compañeros con una expresión divertida.

—Por eso algunos hombres son jueces y otros no. Este juez demostró ser muy sabio, mucho más que yo cuando mi maestro me hizo la misma pregunta. Falló el caso en favor del cocinero.

—¡No! —protestó Amata.

—Pues te digo que sí. —Iacopone sonrió—. Como pena, ordenó al sirviente narigudo que pagara por el olor aspirado haciendo sonar sus pocas monedas lo bastante fuerte como para que el cocinero oyera el tintineo.

Enrico y Conrado aplaudieron.

—Sabia sentencia —declaró el ermitaño—. El hombre era un Salomón.

—¿También has sido juez, sior Iacopone? —preguntó Amata.

—Un notario, hermano, pero nunca un juez. Claro que todos éramos miembros del mismo honorable gremio de juristas, pero no puedo decir que yo hiciera honor a tal dignidad. —Y se apresuró a cambiar de tema—. ¿Qué pasa, tú no tienes ningún relato para nosotros?

Amata miró a Conrado, y luego decidió que era mejor mirar a Enrico mientras hablaba.

—El mío es un ejemplo de estupidez.

—¿Estupidez? —La voz de Conrado dejó entrever una inquietud que a ella le complació.

—Sí. La estupidez de un mercader. Es un relato que escuché de boca de fray Salimbene.

—¿Salimbene? —repitió el fraile. Esta vez, sonó realmente nervioso.

Amata inició el relato antes de que él pudiese impedirselo.

—Había una vez un mercader que emprendió un largo viaje. Regresó al cabo de dos años y encontró en su hogar a un recién nacido. «Eh, mujer», gritó. «¿De quién es este crío? Desde luego que no es mío».

«Oh, mi querido esposo», respondió ella. «Perdona mi descuido. Una tarde me perdí en las heladas montañas. El Señor de las Nieves me pilló por sorpresa y yació conmigo. Este niño, me temo, es el resultado».

---

«El mercader no dijo palabra, pero cuando unos años más tarde partió de nuevo para Egipto, se llevó al chico con él y lo vendió como esclavo. Cuando regresó a su casa, la esposa le preguntó: «¿Dónde está mi hijo, esposo?» «Ay, mi fiel esposa», gimió el hombre, «sudamos en aquellas tierras durante muchas semanas, hasta casi caer en el delirio. Pero tu pobre chico, al ser hijo del Señor de las Nieves, sufrió el calor más que todos y finalmente acabó por derretirse».

Enrico se rió de buena gana. Conrado frunció el ceño.

—¿Cuál dijo fray Salimbene que era la moraleja de tu relato? —preguntó con un tono hosco.

—Que el mercader había sido un estúpido al dejar desatendida a su esposa durante dos años.

—Se esperaba que dieras un ejemplo de virtud —refunfuñó Conrado. Fue a decir algo más pero se interrumpió. Al otro lado de la hoguera, el penitente sollozaba con las manos sobre el rostro. Amata le tocó el hombro.

—¿Qué te preocupa, sior Iacopone? —preguntó—. ¿Tan mal he relatado mi historia?

Iacopone sacudió la cabeza y se enjugó las lágrimas con una punta de la piel.

—Perdonadme, hermanos —dijo cuando recuperó la compostura—. Pensaba en Umiliana de Cerchi, que iba a ser mi ejemplo de penitencia. —Sus palabras brotaban en arrebatos—. Vivía en un cuarto espartano, al fondo de una de las casas más ricas de Florencia, donde llevaba una vida de penitente..., ayunaba y lloraba... para expiar los tratos deshonestos de sus ricos familiares. —Miró de nuevo al grupo con los ojos transidos de dolor, y Amata, conmovida, casi se echó a llorar. Iacopone se abanicó con desgana el humo que le llegaba a la cara.

«Aquella mujer —prosiguió— era mi propia y muy amada esposa, una santa por derecho propio. Mientras yo conseguía pingües ganancias con la usura, mientras administraba las propiedades y las cuentas de mis clientes... siempre en mi propio beneficio, mientras me jugaba las ganancias y el buen nombre de mi familia a los dados..., y obligaba a aquella pía mujer a engalanarse con los mejores vestidos y comportarse como un estúpido adorno de mi prestigio, ella hacía penitencia con la ilusión de rescatar mi alma perdida de las garras del príncipe del mal.

—¿Por qué no estás todavía con ella? —preguntó Amata—. ¿Dónde está ahora?

—Se ha ido, muchacho. Murió hace cuatro años. Una tarde la envié a que me representara en la fiesta de boda de un cliente. Le dije que me reuniría con ella más tarde, ocupado como estaba con mis libros de contabilidad. Pero antes de que yo llegara, un balcón repleto de invitados se derrumbó sobre ella, que estaba abanicándose debajo.

---

«Llevaron su cuerpo destrozado a nuestra casa. Cuando su doncella y el ama le quitaron el lujoso vestido para lavarla para el entierro, descubrieron que debajo llevaba un cilicio. Durante todo el año de nuestro matrimonio había torturado su delicada piel por mis pecados. Nunca había conocido esa faceta de ella. Nunca había imaginado que hiciera esas cosas.

Cerró los ojos, como había hecho por la mañana en la plaza del mercado, y comenzó a canturrear suavemente:

—Recuerdo a una mujer con la piel morena, los cabellos negros, y espléndidamente vestida. Su recuerdo todavía me atormenta; es tanto mi anhelo de hablar con ella...

Amata se acercó al penitente. Deseaba apoyar un brazo sobre sus hombros, un femenino gesto de consuelo, pero eso era imposible. Sólo Conrado sabía que no era Fabiano, un estoico varón. Únicamente podía murmurar su compasión.

—Lo siento por ti, sior Iacopone.

Nadie más habló hasta que el ermitaño rompió el doloroso silencio y el hechizo del sufrimiento del hombre.

—Ahora debemos retirarnos, pero uno de nosotros debe permanecer despierto para vigilar y mantener encendido el fuego —dijo en voz baja y con un tono respetuoso—. Podemos turnarnos para montar la guardia.

El cuerpo de Amata pedía a gritos unas horas de descanso después de la marcha forzada que había impuesto Conrado, pero roto el humor de la noche, su fantasía de antes —una última noche en algún rincón oculto junto al cuerpo musculoso de Enrico— reapareció en su mente.

—No creo que sea capaz de conciliar el sueño —manifestó—. Todavía me duele el estómago. Yo haré la primera guardia.

Su fantasía hubiese sido el doble de dulce de haber visto un atisbo de la pasión de Iacopone en el muchacho.

A una distancia segura de las chispas que volaban de la hoguera, los viajeros colocaron las ramas de pino que habían recogido para hacer sus lechos. Amata preparó el suyo y después fue a gatas hacia la entrada de la cueva. Cuando pasó junto al jergón de Enrico le susurró:

—Procura no dormirte. Quiero contarte otra historia, pero no es un relato que estos viejos deban escuchar.



## Capítulo X

Orfeo abandonó la litera poco antes del alba. El cielo tenía la pátina opaca de una bandeja de peltre, apenas lo bastante clara como para aislar los perfiles de la nave. El sollado del castillo de popa, que compartía con el papa electo y el resto de la comitiva de Tebaldo, olía intensamente a perfume para contrarrestar el hedor que subía desde la cubierta de los remeros. A diferencia de los venecianos, que empleaban a hombres libres para remar en las galeras, los anglos seguían la costumbre genovesa, e impulsaban sus naves de guerra con esclavos turcos. Encadenados durante el día a los remos y a la cubierta durante la noche, chapoteaban en sus propios excrementos, y agradecían cualquier ola que superara las bordas. Que los marineros del rey Eduardo pudieran soportar aquella pestilencia sólo confirmaba la pésima opinión que Orfeo tenía de los norteños.

Saludó somnoliento al timonel, que cumplía su guardia bajo una toldilla, a popa, y después pasó de puntillas entre los esclavos. Recorrió toda la eslora de la nave y subió a la plataforma más alta del castillo de proa, donde el viento soplaba sin obstáculos contra su rostro. La fresca brisa marina le limpió los pulmones, le despejó la cabeza y le dio nuevos ánimos. Luego se sentó con la espalda apoyada en el parapeto y las rodillas recogidas contra el pecho.

Durante las últimas dos horas Orfeo no había hecho más que dar vueltas en la litera, con los puños apretados y el cuerpo bañado en sudor. Le costaba respirar. Cuando le vencía el sueño, soñaba que estaba rodeado por una horda de anónimas figuras encapuchadas que cargaban contra él al amparo de una espesa niebla, y luego desaparecían rápidamente frustrando sus esfuerzos por defenderse. Ahora que estaba despierto, aún le acosaba el presentimiento de un peligro. Sin embargo, el mar no podía estar más calmo, sin una nube en el cielo. El viento soplaba con la fuerza justa para mantener hinchada la vela cuadra, y el convoy permanecía intacto: tres navíos de combate y una galera de abastecimiento. Un navegante no podía desear un amanecer más plácido.

Una luz se reflejó en la borda opuesta. Miró hacia popa, donde el sol naciente marcaba el horizonte oriental, y vio cómo los primeros rayos arrancaban destellos de la estela de la nave. Levantó una mano para que el sol la iluminara, y observó cómo la piel pasaba de rosa a coral y luego a naranja, como si sus dedos todavía chorrearan con los tintes de los tejidos que fabricaba su padre.

---

Orfeo estiró las piernas y apoyó los pies en la masa de hierro de un arpeo. Cerró los ojos e intentó de nuevo recordar el sueño. ¿De verdad estaba en peligro? ¿Podría ser que Dios quisiera advertirle de algo, quizá contra aquel borracho asesino a quien una vez había llamado señor? ¿Habría partido su padre finalmente a la condenación eterna? Intentó recordar las facciones del viejo, pero no consiguió enfocar la imagen. Los rostros de sus hermanos reemplazaron al de su padre uno tras otro. Pero no, esas caras no eran la sustancia ni los sujetos de su sueño. Pensó en Marco, que avanzaba a través de Armenia hacia lo desconocido, pero una vez más su instinto no reaccionó. Siguió el rostro de una muchacha, mejor dicho una niña a la que ni siquiera conocía. Este recuerdo le aceleró el pulso. ¡Ella de nuevo!

La había visto sólo una vez, de pie en una de las torres que enmarcaban la entrada del castillo de su familia, mirándolo con sus almendrados ojos oscuros, los cabellos peinados en una larga trenza negra atada con una tira de cuero. Mientras sus padres discutían el peaje exigido por el castellano, Orfeo desató el pañuelo de seda amarilla que llevaba en un brazo e hizo con él un títere. Luego metió un dedo dentro del muñeco y lo dobló imitando una profunda reverencia. La muchacha desapareció de su vista cuando él imitó la reverencia del títere con una propia.

Ése podía ser el origen de la pesadilla. A medida que se acercaba a su tierra natal, más presente tenía la causa de su marcha. A menudo se había imaginado el aspecto del castillo después del ataque: las paredes derruidas, las construcciones de madera en llamas, los ocupantes muertos o en los estertores finales, la bonita niñamuchacha entre ellos. El mercenario pagado por su padre, Simone della Rocca, era tan concienzudo como despiadado.

«¿Debo enfrentarme de nuevo a todo aquello? —se preguntó—. ¿Es por eso, Señor, que me has privado de mi esperanza, de mi ambición?»

Se estremeció y de nuevo se acurrucó hecho un ovillo; el aire marino se había vuelto súbitamente frío.

Aunque sólo tenía que navegar con el papa hasta la isla de Negroponte, y de allí a Venecia, se recordó a sí mismo. El Santo Padre no le había pedido más. Después, podría enrolarse en una galera que volviese a Levante.

Levantó la cabeza cuando sonó el batintín para despertar a los esclavos. Se oyeron los roces y los tintineos de las cadenas entre un coro de protestas. Como conecedor del oficio de remero, Orfeo podía comprender lo duro que debía de ser el despertar de aquellos hombres, pero la vida de pasajero le aburría, y les envidiaba el trabajo, si bien no la miseria de su servidumbre.

¡Pobres brutos! Odiaban el remo. Para ellos simbolizaba su degradación, mientras que él veía en la misma herramienta la manera de escapar de su pasado. Orfeo observaba a los remeros durante horas; los miraba enderezarse al unísono, empujar hacia adelante los mangos de sus remos de seis arrobos hasta donde podían estirarse,

---

y luego tirar hacia atrás lentamente para quedar de nuevo erguidos como un único hombre en los bancos. Le encantaba aquella danza al ritmo del batintín del timonel.

Volvería a navegar antes del año nuevo, se prometió a sí mismo. En el mar una vez más, para cumplir su jornada de trabajo, disfrutar del sueño del agotamiento y verse libre al fin de aquel terrible sueño.

Aquellos hombres no hacían ningún ruido mientras dormían. En cambio, los padres de Enrico no le dejaban dormir con sus ronquidos. La cama que compartía con sus hermanos estaba a un brazo de distancia de sus padres, en la misma habitación en que la familia guisaba y comía. Algunas noches, los ronquidos eran tan fuertes que se arrastraba por la pequeña puerta que comunicaba con el establo que ocupaba la otra mitad de la choza y se acomodaba en la paja, entre los animales.

Espió en la oscuridad, más allá de la boca de la cueva. Fabiano estaba solo en algún lugar del exterior. La valentía del novicio le impresionaba. A menudo sus hermanos lo habían desafiado a que pasara la noche en el bosque para demostrar su coraje, y él siempre había preferido soportar las burlas y quedarse en la casa.

Enrico deseaba mantenerse despierto y escuchar lo que el otro muchacho quisiera decirle, pero no sabía durante cuánto tiempo más podría resistir el sueño. Los párpados le pesaban cada vez más y acababa de cerrarlos cuando oyó que Fabiano llamaba suavemente.

—¿Fray Conrado? ¿Sior Iacopone? —Luego el novicio se arrodilló a su lado y le apoyó un dedo en los labios. Enrico se dio la vuelta y se incorporó apoyado en un codo. Fabiano le indicó con un gesto que lo siguiera—. Espera aquí —dijo a la entrada de la cueva—. Voy a echar más leña al fuego y en seguida vuelvo.

La luna casi llena y la luz de la hoguera hacían que el bosque pareciera alumbrado por el ocaso. Las hojas susurraban suavemente, agitadas sólo por una ligera brisa. Enrico permaneció atento a las pisadas de los animales salvajes, miró los arbustos para ver si veía algún movimiento o el brillo de unos ojos. Se tranquilizó cuando Fabiano reapareció. El novicio le cogió de la manga y tiró de él apartándolo de la cueva.

—¿No tendríamos que quedarnos cerca del fuego? —susurró Enrico.

—He encontrado un claro al otro lado del camino. ¿Tienes miedo a la oscuridad?

Enrico evitó responder.

—Dijiste que harías la guardia.

—Estaremos muy cerca. No es una historia muy larga.

---

Los pasos de Enrico se hicieron más inseguros a medida que se alejaban de la luz y se adentraban entre los arbustos. Una rama caída se quebró bajo su pie. Amata se detuvo en el acto y miró hacia la cueva.

—Ten cuidado. Vas a despertarlos.

Una vez llegaron al claro, se volvió para mirar a Enrico de frente. Era mucho más baja que él y entonces aún lo parecía más que cuando la iluminaba la luna. Estaban tan cerca que tenía que echar la cabeza hacia atrás para mirar al chico.

—Te contaré la historia de un joven ermitaño llamado Rústico y una hermosa muchacha llamada Alibech.

—¿No es una historia del ermitaño Conrado?

—¡No, por supuesto que no es del ermitaño Conrado!

Amata se echó a reír y después inició el relato.

—Cuando apenas era una adolescente, Alibech se escapó de su casa porque no tenía el menor deseo de que la entregaran en matrimonio. Sólo quería llevar una sagrada vida de oración en el desierto. Fue de cueva en cueva para pedirles a los ermitaños que vivían en ellas que le enseñaran las maneras de conocer a Dios. En todas las ocasiones, los viejos sabios, conscientes de que ni siquiera ellos estaban libres de la tentación, le dieron raíces, hierbas, manzanas y dátiles, y la enviaron a pedir ayuda al siguiente ermitaño. Y así fue como al final llegó a la cueva de Rústico.

»Llevado por el orgullo juvenil, Rústico decidió ponerse a prueba, y la recibió en su cueva. Sin embargo, muy pronto comprendió que no podría resistirse a su belleza o a su inocencia, porque descubrió que no sabía absolutamente nada de los hombres. Al cabo de varios días, cedió por fin al fuego que ardía en sus ingles, y le pidió a la muchacha que se arrodillara ante él para poder enseñarle cómo meter al demonio en el infierno.

Amata tironeó del pecho de la túnica de Enrico.

—Arrodíllate —le dijo—. Tú tienes que hacer de Rústico.

Enrico hizo lo que le pedía y ella se arrodilló delante de él. Las hojas secas crujieron debajo de sus rodillas, pero esta vez no dijo nada del ruido.

—«Primero», le dijo Rústico a la chica, «tenemos que quitarnos todas las prendas».

—¿Tengo que hacerlo? —protestó Enrico—. Lejos del fuego hace frío.

—Escucha, si vas a quejarte de todo, estropearás la historia —le reprochó Amata.

—Perdona. Es que nunca antes había hecho esta clase de cosas.

—Ya lo sé —dijo ella, y sonrió.

---

Enrico se quitó la capa y la túnica por encima de la cabeza. Se oyó el susurro de la tela cuando Amata hizo lo mismo. El aire de la noche hizo estremecer al chico y vaciló en dejar las prendas a un lado. Miró al novicio con una expresión de súplica.

Lo que vio hizo que aspirara una gran bocanada de aire helado. Había visto a su hermana pequeña desnuda, pero sus pechos eran diminutos, nada que se pudiera comparar con los frutos maduros que ahora se movían ante sus ojos, casi tan grandes como los de su madre cuando amamantaba a un nuevo bebé. Su mirada siguió la delgada silueta hasta la curva de las caderas, y recorrió los muslos para detenerse en el mechón de rizos negros que invitaban a la exploración, y el ombligo, profundo como un vórtice en la penumbra. Enrico acercó una mano a la suave carne de su abdomen, pero no llegó a tocarla para comprobar su realidad. Abrió la boca para decir algo, pero la muchacha le puso un dedo sobre los labios. Luego continuó con el relato como si no hubiese sucedido nada extraño.

—«Rústico», gritó Alibech, «qué es eso que tú tienes y yo no y que se levanta como una torre delante de ti».

—Ah, hija mía», respondió él. «Es il diavolo, el mismísimo demonio que le he mencionado. Dios me ha afligido con esta bestia, que me hace sufrir todos los días hasta tal punto que muchas veces he creído que acabaría matándome. Pero ahora, en respuesta a mis plegarias, Él te ha enviado a mí. Porque Él te ha dado algo que yo no tengo, un infierno adonde llevar este diablo y aliviar mi dolor».

La muchacha comenzó a manosear a Enrico.

—Debes de tener frío —dijo—. Yo también estoy helada, aunque a mí me afecta de la manera contraria. —Guió la mano de él hacia su pecho y apoyó la punta de uno de sus dedos en uno de los firmes y protuberantes pezones.

»No puedo continuar con mi relato si no me ayudas. Ya has oído lo que dijo Alibech. Debes levantarte como una torre —lo animó—. ¿Estás nervioso? Debes relajarte. ¿Recuerdas lo que te han dicho los hombres? Debes conocer la vida. Incluso las noches con damas de piel clara.

Él le cogió el pezón entre el pulgar y el índice, con mucha suavidad, para no hacerle daño. Enrico había comenzado a jadear, y el pulso le latía en las sienas. Parpadeó para librarse del mareo.

—Esto está mejor —dijo ella mientras lo acariciaba—. No pasa nada, ¿sabes? Aún no has hecho tus votos. Oh sí, esto está mucho mejor. Te llamaré «gran Rico». Tú puedes llamarme Amata, que es mi verdadero nombre.

Enrico se rió suavemente, y comenzó a acariciarle los pechos con las dos manos y dijo:

—Gran Rico. Como el sior Iacopone.

---

Amata colocó la mano libre sobre las manos del muchacho y se las mantuvo quietas.

—¿Iacopone? ¿Por qué lo mencionas en un momento como éste?

Enrico abrió los ojos.

—Iacopone es un apodo, no es su verdadero nombre. Me dijo que significa «gran Iacopo». Sus conciudadanos lo llamaban así por ser tan alto.

Ella dejó de acariciarlo y tensó los dedos.

—Ay. ¿Qué he dicho? —se lamentó Enrico.

Amata lo soltó.

—¿Quiénes? ¿La gente de Gubbio? —preguntó.

—No. No de Gubbio. Me dijo que era de Todi, en el rincón más apartado de Umbría.

La muchacha se sentó sobre los talones y le apartó las manos. Comenzó a gemir con los brazos alrededor del estómago.

—¿Por qué, Dios? —sollozó—. ¿Por qué me arrebatas a todos a los que quiero?

Se llevó un puño a la boca y se mordió los nudillos. Abrió la boca al máximo, como si fuese a gritar, pero su dolor surgía de un lugar tan profundo que no podía manifestarse con sonidos.

—¿Qué pasa? —preguntó Enrico.

No recibió respuesta porque ella se había olvidado de su presencia. Amata se tumbó de costado, sin dejar de gemir, al tiempo que descargaba puntapiés y puñetazos contra un enemigo invisible.

—Oh, mi preciosa prima, qué manera tan horrible de morir.

Delira, pensó Enrico, y comenzó a preocuparle que el ruido pudiese despertar a los otros. Se vistió de nuevo. No quería que lo sorprendieran con ella en aquella situación. Consideró marcharse solo a la cueva, pero en aquel momento la muchacha se puso boca arriba.

Ah. Che bella! Che grazia di Dio! Su piel resplandecía a la luz de la luna, perfecta y sin mácula, y sus ojos llenos de lágrimas brillaban como piedras preciosas. Parecía un hada, una ninfa del bosque, tendida sobre el negro humus. Enrico comenzó a acariciarle el vientre.

—No. —Ella le apartó la mano—. No puedo hacer esto ahora.

—¿Qué ha pasado?

---

Amata tardó en responder. Él empezó a temer que descubrieran su ausencia. Finalmente, cuando él pensó que ya no podía quedarse más, la muchacha rompió el silencio.

—Signore Iacopo dei Benedetti da Todi, el famoso notario. —Pronunció el nombre pausadamente, con un tono deferente—. Así lo llamaban cuando aún estaba cuerdo. El hombre más alto de Todi. Por la época en que a mí me raptaron de mi casa, él se casó con mi prima Vanna. Nunca lo había visto antes en persona. Enrico, era mi dulce y querida prima quien murió aplastada debajo de aquel balcón. Para mí era como una hermana mayor, la más querida hermana que pueda tener una muchacha, la persona que mejor me comprendía.

Se sentó y comenzó a recoger sus prendas y a vestirse. Enrico la miró en silencio mientras lo hacía, intrigado, no tanto por las prendas como por los objetos que se sujetó al cuerpo: algo blanco y arrugado contra el vientre, una vaina negra en el antebrazo. La muchacha alzó la cabeza y vio su mirada.

—El pergamino es una crónica de la historia de los frailes —le explicó. Adoptó un aire de importancia—. Mañana lo llevaré a San Damiano. Allí hay varias hermanas que saben escribir. Voy a pedir que lo copien como una sorpresa para fray Conrado, así que no digas nada. Levantó el brazo para mostrarle la vaina—. Este puñal es para protegerme de cualquier peligro.

—De nuevo habló con orgullo—. El último hombre que me tocó contra mi voluntad ya no puede contar hasta diez con los dedos.

Acabó de vestirse. Se anudó la cuerda a la cintura y cogió la mano del muchacho.

—Lo siento, Enrico. Éste no es el final que tenía pensado. Quizá pueda acabar el cuento para ti algún otro día. Al menos tendrás el recuerdo de suor Amata y lo que has visto esta noche. —Le dirigió una sonrisa melancólica..

—Amata. La amada. El nombre te pega. Yo te quiero.

—Ni se te ocurra. Amarme trae mala suerte. Lo digo de verdad. —Miró a Enrico con expresión severa y luego añadió—: Tenemos que volver.

Enrico la siguió hacia el camino y el débil resplandor de la hoguera. De repente, la muchacha se detuvo y le indicó que guardara silencio. Él la imitó cuando Amata se agazapó detrás de un árbol. La muchacha maldijo por lo bajo.

—Hay un grupo de hombres en el camino —susurró.

Amata contó cinco figuras borrosas. Pensó en el grupo de caza de Don Vittorio y su presa: los matones contratados por los perusinos para aterrorizar a los viajeros. ¿Los habrían seguido desde Gubbio? Recordó su premonición en el sendero. Rezó a Dios para que no fuese la misma banda o alguna otra parecida, pero en el fondo de su corazón sabía que era pedir un imposible. Sólo los ladrones y asesinos tenían

---

razones para estar en el camino en plena noche, atentos a la presencia de las hogueras. El mismo fuego que protegía a los viajeros dormidos de los animales y el frío, atraía a bandidos como aquéllos.

Los hombres se detuvieron cerca del árbol donde Enrico y ella estaban escondidos, y trazaron su plan con ásperos susurros. Se desplegaron, separados por una distancia de diez pasos, y cruzaron el camino con intención de acercarse a la cueva desde varios ángulos. Amata vio que llevaban porras y picas, y no dudó de que también ocultaran otras armas más pequeñas.

—Asesinarán a Conrado y Iacopone —dijo, con los labios pegados a la oreja de Enrico—. Tengo que avisarles. Tú espera aquí.

Notó un cosquilleo en la nuca mientras se acercaba al borde del camino. Abrió bien los ojos y respiró profundamente varias veces, para demorar el inevitable momento en que descubrirían su presencia, cuando intentara abrirse paso entre ellos. Pensó en Conrado y en cómo había arriesgado su vida para ayudarla a cruzar por la cornisa, y el recuerdo la impulsó a levantarse.

—¡Hermanos, despertad! —gritó—. Banditi! ¡Despertad!

Corrió con todas sus fuerzas hacia el bosque al otro lado del camino, pero uno de los hombres alcanzó a cogerla por la manga. La hizo girar y levantó la porra por encima de su cabeza. Instintivamente, la muchacha se lanzó contra su pecho, y el arma golpeó el aire detrás de ella. El rufián gruñó, y luego soltó un alarido al tiempo que dejaba caer la porra. Sujetó la muñeca de Amata con las dos manos intentando apartarla mientras ella retorció el puñal en su vientre, dispuesta alcanzarle el corazón con la punta. La sangre caliente manó sobre el puño. El hombre acabó soltándola cuando Enrico cayó sobre su espalda.

—¡Corre, Amata! —gritó el muchacho mientras dos de los bandidos se lo llevaban a rastras. Su atacante estaba debilitado y ella aprovechó para hundirle el puñal en el corazón. El hombre cayó de rodillas y luego se desplomó de bruces, con una mirada de infinita tristeza. Amata se agachó para recoger la porra. En las sombras, Enrico gritaba pidiendo ayuda.

Amata casi no vio al hombre que se le echaba encima con la pica, pero pudo apartarse en el último instante. Se oyó el desgarrón de la tela y del pergamino de Leo cuando escapó por los pelos de acabar destripada. Los arbustos se separaron detrás de ella y, en el momento en que el hombre levantaba el arma para un nuevo ataque, Conrado lo derribó de un empujón. El fraile fue el primero en recuperar el equilibrio y se colocó delante de Amata.

—En nombre de Dios, marchaos —les gritó a los hombres.

—Éstos no temen a Dios —chilló Amata—. Coge la porra y pelea, o encomienda tu alma al cielo. —Y le puso la porra en la mano.

El asesino vaciló.

---

—¡A mí, hermanos! —llamó finalmente.

Los dos hombres que se habían llevado a Enrico acudieron a la llamada de su jefe. «Una mala señal —pensó Amata—. El chico ya no les preocupa.» El último de la banda también se unió al grupo y ahora los cuatro miraban a Conrado y a la muchacha. El ermitaño permanecía inmóvil. El arma que Amata le había obligado a empuñar colgaba a su lado. Se produjo una momentánea tregua mientras el jefe evaluaba la situación.

—Éste es nuestro hombre. Acabemos lo que hemos venido a hacer y vámonos de aquí —dijo.

Amata retrocedió hacia los árboles. Agarró a Conrado del hábito y tiró para que él la siguiera, pero Conrado se resistió al tironeo y plantó cara a los bandidos.

—¿Por qué soy vuestro hombre? ¿Acaso me conocéis? No soy de Umbría.

El estentóreo toque de la trompeta de Iacopone que sonó desde la cueva acabó con la tensa tregua. Al ver las expresiones de sorpresa de los bandidos, Amata intentó de nuevo llevarse a Conrado. Iacopone, mientras tanto, avanzaba ruidosamente entre los árboles, y gritaba y rugía como un endemoniado mientras acortaba la distancia.

—¡Ay! ¡Que los ángeles de Dios nos protejan! —gritó el líder.

—Un drago! —chilló otro.

Amata, al volverse, se encontró con la visión de dos grandes ojos llameantes que bajaban por la ladera.

La banda se quedó paralizada por un momento y en ese instante de demora Iacopone se lanzó sobre ellos. Aplastó una antorcha contra el rostro del jefe mientras que, con la otra que llevaba, le pegó fuego a la ropa. El bandido huyó aterrado —ciego y convertido en una tea— y desapareció en el bosque. Los otros tres salieron a escape para alcanzar el camino que los llevaría de regreso a Valfabbrica, perseguidos por el dragón que no dejaba de rugir. Iacopone consiguió incendiar otra túnica antes de abandonar la persecución.

Con los bandidos fuera de la vista, Conrado se arrodilló junto al hombre que había atacado a Amata. Dio vuelta al cuerpo y apoyó una mano en el pecho bañado en sangre.

—Demasiado tarde para la absolución final —anunció—. Su alma ya está en el hogar eterno.

—Espero que sea el infierno —replicó Amata.

—¿Tú lo mataste?

La muchacha apreció el tono de respeto en la pregunta.

---

—No valía gran cosa como luchador —respondió. Dejó a Conrado junto al bandido y corrió un trecho por el camino en dirección a Asís. Después volvió al escenario de la refriega.

—Enrico —llamó—. Enrico.

Al acercarse Iacopone con las antorchas, Amata vio un bulto inmóvil al pie de unos arbustos. No se atrevió a tocarlo, pero evidentemente era un ser humano. Se le contrajo el estómago y le vinieron arcadas. Se dejó caer de rodillas junto al cuerpo.

—¡No, Rico, no! —gimió—. ¡Tú también, no!



## Capítulo XI

Conrado pasó junto a Amata, palpó el pecho de Enrico de la misma manera que había hecho con el muerto y después acercó su rostro a la boca del chico. Amata apretó las manos en un gesto de impotencia al tiempo que rezaba.

—Todavía respira, pero con dificultad. ¿Dónde está el sior Iacopone?

—Ahí viene, padre. ¡Estamos aquí! —gritó—. ¡De prisa!

El penitente levantó las antorchas muy alto y rugió como un león victorioso mientras se acercaba.

—No había luchado así desde que echamos a Gaetani y a su chusma gibelina de Todi —afirmó.

—Desde luego que nos has salvado —dijo el ermitaño—. Pero quizá sea demasiado tarde para ayudar a Enrico. Está casi muerto. Tenemos que sacarlo de aquí antes de que vuelvan los bandidos. —Señaló el bosque—. Déjale una de tus antorchas a Fabiano, sior Iacopone, y ve a buscar algunas ramas que podamos utilizar para hacer unas angarillas.

Iacopone miró al chico durante unos segundos y después entró en el bosque. Conrado apoyó la frente en la palma de la mano mientras pensaba y luego miró en derredor.

—Ven conmigo, hermana —dijo finalmente—. Me apena desnudar a un cadáver, pero necesitamos la túnica del bandido para llevar a Enrico. Pasaremos los palos por las mangas.

Amata lo siguió como en sueños. Sólo podía pensar en que, de no haber sido por ella, Enrico no estaría ahora tumbado moribundo en el camino, aunque bien hubiese podido ser ella la que muriera. Lo hubiese preferido. Estaba muy claro que Dios descargaba su ira en todo aquel que le importara.

Conrado le ordenó que se volviera mientras desnudaba al cadáver, lilla se dio la vuelta lentamente y permaneció con la mirada fija en la oscuridad hasta que lo oyó gritar:

—¡Dios mío, hermana! ¿Qué has hecho? Has matado a un fraile.

---

Conrado le había quitado la capa y Amata vio que el muerto llevaba una túnica gris anudada a la cintura con una cuerda como la de ellos. Colgada del cuello con un cordón de cuero se veía una tosca cruz de madera.

—Intentó matarme. —Se le aflojó todo el cuerpo y sus palabras no fueron más que un ronco susurro. Ni siquiera le quedaban fuerzas para defenderse. La antorcha apuntó hacia abajo hasta casi tocar la cabeza calva y las facciones congeladas en un rictus de agonía—. ¡Padre! ¡A éste lo conozco! ¡Lo he visto esta mañana!

—¿En Gubbio?

—Sí. En la plaza. Estaba al fondo de la muchedumbre, con varios más de nuestra orden. No llevaba la capucha y recuerdo que pensé que parecía disfrutar con el frío.

—Sí, sí, pero ¿por qué nos atacó?

Amata levantó las manos.

—El jefe dijo que te estaban buscando. —Miró a través de la carretera el cuerpo inmóvil de Enrico y cogió la manga de Conrado—. Temo por ti, padre. Por favor no vayas al Sacro Convento. Te meterás en una trampa mortal.

—Ésa es mi decisión —le recordó el ermitaño—, y por ahora no veo otra alternativa. —Observó al fraile muerto durante unos segundos—. ¿Acaso la vida es tan importante? Si estos hombres me hubiesen matado, ahora estaría de nuevo con fray Leo y san Francisco. —Sonrió, se palmeó el pecho, y añadió—: Además, ya sé el significado de esta carta.

—Estoy seguro de que Leo quiere que vivas para que hagas público lo que sabes.

Iacopone salió del bosque con dos troncos delgados, limpios de ramas. Los dejó junto a Enrico y fue a reunirse con Conrado y Amata.

—Primero tenemos que enterrar a este hermano —dijo Conrado.

—¿Enterrarlo? —gritó Amata—. ¡No tenemos tiempo para eso! Tenemos que llevarnos a Enrico.

—El hombre era un fraile. Tiene que ser enterrado como un cristiano, no podemos dejarlo aquí para que se lo coman los carroñeros. —Conrado le quitó la cruz de madera que llevaba al cuello y se la dio a Amata—. Ten esto para marcar la tumba. Sior Iacopone, ayúdame a quitarle la túnica. Lo amortajaremos con la capa y lo cubriremos con un túmulo.

Dame su cuerda —dijo Amata. Me será útil.

Esperó en el camino, con la antorcha en una mano y la cruz en la otra, mientras los hombres arrastraban el cadáver del fraile hasta el bosque. Vigiló atentamente las curvas del camino en ambos sentidos, temerosa de que pudieran regresar los asaltantes. Tres de ellos habían escapado en dirección a Gubbio, pero el hombre de la pica podía estar en cualquier parte. Hacía rato que sus alaridos no se oían en el aire

---

helado de la noche. Prestó atención, intentando distinguir cualquier sonido distinto a los que hacían Conrado y Iacopone recogiendo hojas, pinaza y puñados de tierra para tapar el cadáver, y también mantuvo el oído atento a la espera de un gemido, un grito o cualquier otro sonido de vida por parte de Enrico. El silencio en todas direcciones aumentó sus temores.

Después de un tiempo que se le hizo eterno, Iacopone salió de la oscuridad y le cambió la cuerda por la cruz que ella sostenía. Amata se apresuró a cruzar el camino para ir junto a Enrico. Ató un manojo de ramas para hacer una tea. La encendió con la débil llama de la antorcha y, mientras el fuego pasaba de rama en rama, observó el rostro del muchacho. Magulladuras y rasguños marcaban la tez blanca y la sangre seca pegoteaba sus cabellos rubios en enredados mechones. Tan joven, la misma edad que hubiese tenido ahora su hermano Fabiano. Se sentó en el suelo a su lado, le acarició la frente y le pasó los dedos por entre los cabellos para desenredarlos.

El muchacho pestañeó y después abrió los ojos como platos al reconocerla.

—Amata —murmuró—, estás viva.

—Oh, gracias, Dios mío, tú también, Rico.

—No estoy muy seguro. Me duele todo, y me siento muy débil.

—Hiciste algo muy valiente al saltar sobre la espalda del hombre.

Enrico intentó sonreír.

—Mi primer acto de valor y me ha costado la vida.

—Calla. No digas esas cosas. Ya casi estamos en el Sacro Convento. Los frailes te curarán.

Se le cerraron los párpados. Movié la cabeza a un lado y a otro, en un esfuerzo por mantenerse consciente. Amata oyó que los hombres se acercaban.

—Recuerda que soy Fabiano, no Amata —susurró, pero él ya había perdido el conocimiento.

Conrado y Iacopone improvisaron unas angarillas con los palos y la túnica. El muchacho ni se movió cuando los hombres lo colocaron sobre ellas y lo cargaron sobre los hombros. Amata se puso delante para alumbrar los baches y las rodadas.

—Ahora, que la gracia de Dios lo proteja a él y a nosotros —dijo Conrado—. En marcha.

El camino, aunque lleno de baches, era llano durante casi una legua, hasta que pasaron el cruce de Porziano. La fachada de una pequeña capilla rural destacaba en un claro a su derecha, un lugar donde quizá podrían encontrar refugio. Conrado se detuvo sólo el tiempo que tardó en descargar las angarillas y asomar la cabeza por el portal. Luego le hizo una seña a Amata para que lo siguiera con la antorcha y entró.

---

La luz provocó una conmoción, porque algún pequeño animal huyó rápidamente mientras que, en lo alto, el aire se llenó con los sonidos de un frenético aleteo y una bandada de murciélagos escapó por un agujero en el techo. Amata permaneció inmóvil en la puerta hasta que se apagaron los sonidos, y después siguió a Conrado hasta el altar. El lugar apestaba a carne quemada. Había oído relatos de judíos que sacrificaban animales en sus altares y a continuación los quemaban. Sus templos debían de oler como aquél continuamente, pensó.

El ermitaño quitó la capa de polvo que cubría la piedra del altar y abrió la puerta del tabernáculo.

—Éste no es un lugar seguro. Ya no se utiliza como iglesia. No está la eucaristía para protegernos.

—Incluso así, podemos hacer por lo menos un alto. Todas esas sacudidas matarán a Enrico.

—Ya descansaremos cuando amanezca. Es demasiado peligroso detenerse en la oscuridad.

En aquel mismo momento, se oyó un gemido procedente de detrás del altar. Conrado arrebató la tea de la mano de Amata y la sostuvo bien alto por encima de la cabeza.

—Si eres un hombre y no una bestia, di quién eres —ordenó Conrado.

—Maldita sea tu alma zelota, Conrado da Offida —replicó la voz—, nunca tuvimos intención de hacerte daño. Nuestras órdenes eran hacerte prisionero.

Conrado rodeó lentamente el altar hasta que vio una figura derrumbada contra la pared. El hombre los apuntaba con la pica, aunque parecía demasiado débil como para poder utilizarla.

—Arroja el ama si quieres nuestra ayuda.

—¿Ayuda? ¡Casi me rajó el vientre! —gritó Amata, indignada.

El hombre mantuvo la postura defensiva.

—Suéltala, te digo. —Conrado trazó un amplio círculo con la tea—. ¿Quieres enfrentarte de nuevo al fuego?

La pica cayó con un golpe sordo sobre el suelo de tierra.

Conrado se adelantó, pero Amata extendió un brazo a modo de barrera para impedirlo.

—Ten cuidado. Podría tener un cuchillo.

—En ese caso, toma su arma y vigílalo. Creo que preferirá vivir.

Amata se hizo con la pica y apoyó la afilada punta en el pecho del hombre. El ermitaño acercó la tea.

---

—¿A éste también lo conoces? —preguntó.

—No le veo la cara. Quítale la capucha.

El hombre chilló cuando la mano del fraile le rozó la cara. Ahí estaba el origen del repugnante hedor. Las facciones abrasadas eran irreconocibles, una masa supurante entre la que sólo se apreciaba un ojo que la miraba con odio y maldad. Conrado acabó de bajarle la capucha. El pelo del hombre era de color rubio paja y estaba tonsurado.

Amata se apoyó en el altar para no perder el equilibrio cuando se inclinó para ver mejor al hombre.

—Creo que es uno de los frailes que me indicó cómo llegar a casa de monna Rosanna. Al menos su cabello parece el mismo.

—Eso es imposible. ¿No iban a pie?

—No. Montaban en burros. Te lo dije. El otro era muy viejo. Es probable que llegaran ayer al convento de Gubbio. Gracias a Dios, anoche no dormimos allí.

Conrado acercó de nuevo la tea al rostro del hombre.

—¿Sabes cuál es el significado de la carta de fray Leo?

—No. —El hombre tosió, y una flema sanguinolenta cayó sobre su pecho. Cuando habló de nuevo, la voz era ronca y articulaba las palabras con dificultad—. Mi compañero sólo dijo... que el ministro general deseaba... tener la carta y a ti. —Intentó levantar la mano sin conseguirlo.

—¡Dime el nombre de tu compañero!

—Amanuense.

—Eso no es un nombre —dijo Conrado—, es una ocupación.

—Amanuense —repitió el hombre.

El ermitaño frunció el ceño.

—Es probable que esté diciendo la verdad. Bonaventura me tiene por un alborotador. Desde luego no le habrá hecho ninguna gracia la noticia de mi regreso. En cualquier caso, no es una razón para capturarme.

El hombre volvió a ahogarse cuando la flema se acumuló en su garganta.

—Por el amor de Dios, ayúdame —suplicó—. Escucha mi confesión. Necesito descargar mi alma.

—Lo haré, hermano —asintió Conrado—. Espera fuera, Fabiano, y no te preocupes. Te prometo que mantendré una distancia prudente entre nosotros.

Amata se llevó la pica hasta la puerta, pero permaneció lo bastante cerca como para oír el murmullo de las dos voces. Vio a Iacopone iluminado por la luz de la

---

luna, en cuclillas junto a Enrico, y su ansiedad se disparó. Jesu Domine! ¿Por qué Conrado siempre anteponía las necesidades de los demás a las de ellos? Observó cómo la silueta del penitente se desvanecía en la oscuridad, para reaparecer de nuevo cuando una nube acabó de pasar por delante de la luna. Mientras tanto, Conrado continuaba su charla con el fraile herido. Por fin la tea apareció de nuevo por detrás del altar. La muchacha le oyó decir:

—Ahora descansa en paz, y mantén tu conciencia limpia de pecado. Enviaré a unos hermanos para que te auxilién en cuanto lleguemos a Asís.

El ermitaño devolvió la tea a Amata y él y Iacopone cargaron de nuevo con las angarillas. Ella intentó sostener la tea con una sola mano, pero se le acalambraron los dedos, así que, muy a su pesar, tuvo que arrojar la pica entre los árboles.

Un poco más allá de la capilla, el camino ascendía hacia Nocigliano, la última colina que debían traspasar para llegar a Asís. El fango era firme y casi helado debajo de las sandalias de Amata, y la muchacha se preguntó cómo los hombres descalzos no parecían sentir el frío que a ella le helaba los pies. También le impresionaba la fuerza de los dos ascetas. Conrado, que era el más bajo, abría la marcha, y el empinado camino de carros apenas si los demoraba. Recordó los relatos de los combatientes espartanos que le contaba su padre, los más fuertes y temibles guerreros de la historia, que sólo se alimentaban de entrañas, gachas y otras cosas por el estilo. Lo mismo que aquellos dos, también rechazaban a las mujeres. Ni siquiera quiso pensar en las implicaciones de eso.

La luna se ocultó detrás de las montañas occidentales, pero adelante, hacia la cresta, aclaraba. Amata vio el contorno de los árboles en la cumbre y se alegró al oír el piar de los pájaros que despertaban.

—Venga, ánimo, sior Iacopone —dijo Conrado—. Descansaremos en lo alto.

Por fin, allí donde el camino se abría a la cuenca del río Tescio, descargaron las angarillas. La débil luz del amanecer se extendía más allá de las montañas que la rodeaban y Amata vio la llanura que tenía delante como un pequeño universo donde los lejanos pueblos, las casas aisladas y los campos cultivados se alargaban hasta las colinas. La más próxima de las ciudades era Asís, y una ardiente cólera la sacudió al distinguir la torre principal y las murallas almenadas de la Rocca Paida que dominaba la ciudad. Aplastó la tea en el fango, deseando poder extinguir con la misma facilidad a Simone della Rocca y sus hijos.

Los hombres se desperezaron y sacudieron los brazos. Iacopone buscó un arbusto adecuado y se llevó la mano al taparrabos dispuesto a hacer sus necesidades, pero Conrado se apresuró a cogerlo por la capa.

—Un poco más adentro del bosque, hermano. Yo iré contigo.

---

Amata sonrió. Conrado estaba dispuesto a mantener el engaño —y su dilema— hasta el final. Algo se movió detrás de ella y al volverse vio que era Enrico en las angarillas, que agitaba los brazos en el aire. Corrió a su lado.

—Estoy aquí, Rico. Ya casi estamos en Asís.

Le sujetó las muñecas y lo obligó a cruzar las manos sobre el pecho.

Conrado regresó antes de que el muchacho pudiese responder.

—Todos estamos aquí, hermano —dijo. Apoyó la palma en la frente de Enrico y lo miró a la cara—. Acabo de escuchar la confesión de un hombre herido, y también escucharé la tuya si lo deseas.

—Lo deseo, padre. Por favor, dame la absolución. Sé que me muero.

—¿No puede esperar hasta que estés en el convento? —preguntó Amata.

El muchacho la miró con una expresión de terrible sufrimiento.

—Lo siento. Necesito confesarme. Ahora. En el convento podría ser demasiado tarde.

—Enrico tiene razón —afirmó Conrado—. No podemos arriesgarnos a la demora. Ve y espera con el sior Iacopone. Deja que el muchacho se confiese en privado.

Amata les dio la espalda y se alejó. Estaba segura de que su corazón no podía soportar más —ni la muerte de otro ser querido, ni tampoco el ataque de otro enemigo— y rezó para que se rompiera de una vez para siempre. Cuando acabara de escuchar la confesión de Enrico, Conrado la odiaría.

Consiguió dominar las lágrimas. Iacopone se le acercó y apoyó una manaza en su hombro.

—La laboriosa respiración de los moribundos. El pecado, y el perdón de los pecados. Todo forma parte de la trama de la poesía, hermano. Toda la vida no es más que un interminable poema épico.

«Jesucristo, hijo de Dios, ten misericordia de mí, un pecador. Jesucristo, hijo de Dios, ten misericordia de mí, un pecador».

Iacopone musitó una y otra vez la misma plegaria que había repetido millones de veces a lo largo de los últimos cuatro años. Se había convertido en algo tan natural para él como respirar. Esperó con las piernas colgadas en el borde de un peñasco, las manos enlazadas sobre los muslos, los ojos entrecerrados. Al borde del camino, un brillante escarabajo negro se movía por un charco. Vio que Conrado se acercaba.

—¿Dónde está Fabiano? —El rostro del ermitaño aparecía desfigurado por la ira. Gritó la pregunta como un juez dispéptico que Iacopone había conocido en Todi.

El penitente señaló con el dedo el camino que llevaba a Asís. Los ojos grises del fraile se llenaron de lágrimas, y se pasó la manga por las mejillas barbudas. Levantó los puños al cielo, luego bajó los brazos y agachó la cabeza.

---

—Enrico nos ha dejado. —El fraile mascó cada palabra al decirla—. El egoísta y perverso Fabiano abandonó la guardia, y por su culpa el pobre chico ha muerto.

—Los niños tiran piedras a las ranas por diversión, pero las ranas mueren de verdad. —Iacopone saltó de su asiento como una rana—. Me llamó Cuz

—¿Quién?

—Tu novicio. «Adiós, cuz, comparto tu dolor.» No sé a qué se refería. Mi esposa tenía un primo llamado Fabiano, pero no era un novicio. Vanna lloró a sus primos durante muchos meses, incluso por eso postergamos el casamiento. Ojalá nunca nos hubiésemos casado. Ojalá nuestros padres nunca hubiesen concertado nuestro encuentro. Ahora ella estaría viva. —Levantó la cabeza para mirar al sacerdote, pero se le nubló la visión—. Todo esto es muy complicado. Tú eres un hombre inteligente, fray Conrado. ¿Comprendes qué significa esto?



## Capítulo XII

Conrado sí lo comprendía. Sabía exactamente por qué Amata había llamado primo al penitente, y por qué lloraba la muerte de la esposa de éste tan profundamente como él. Pero lo que sabía de su parentesco, lo acababa de saber por la confesión de Enrico y no podía violar la santidad del sacramento.

El fraile deseó poder sentir una mayor compasión por la pérdida de la prima de la muchacha, pero la furia por su conducta ardía con tal intensidad que sofocaba cualquier sentimiento de piedad. Intentó recordarse a sí mismo que Amata apenas era más que una niña, muy poco mayor que Enrico, pero la racionalización no le sirvió. Conrado quería gritar, quería llorar: por el chico muerto, por Iacopone y su pérdida Vanna, por Amata, por toda la humanidad que avanzaba a trompicones hacia el juicio final, y por su propia impetuosidad. Nada de todo aquello hubiese ocurrido de haberse negado a entrar en el laberinto de los secretos de Leo, si se hubiese quedado en su choza. Chi non fa, non falla, solía decir con mucha sabiduría el padre de Rosanna. Quien no actúa, no se equivoca.

Ahora, él y Iacopone tenían que enfrentarse al peor resultado de su decisión. Tenían que ocuparse del cadáver de Enrico. Palmeó la espalda de Iacopone.

—Vamos, amigo mío. Acabemos con nuestro deber. —Mantuvo un tono de voz neutro para negar por el momento el dolor que pesaba sobre su espíritu—. El chico tiene que ser enterrado en el Sacro Convento. Los frailes avisarán a la familia.

Los hombres cargaron con las angarillas y reanudaron la marcha. Iacopone que era más alto, ahora encabezaba la marcha porque iban cuesta abajo. Los árboles se arqueaban sobre el sendero y formaban un túnel tan tenebroso que Conrado tuvo la sensación de que habían entrado en uno de los canales subterráneos del otro mundo. En su imaginación, la maleza se convirtió en el fabuloso gamón —la planta que los hechiceros recolectaban para preparar bebedizos mortales— infectado por el negro veneno que chorreaba de las fauces de las tres cabezas de Cerbero. Como el antiguo poeta Orfeo, descendían a las mismísimas entrañas del Hades, para buscar el perdido... el perdido ¿qué?

El legendario poeta al menos había tenido a su Eurídice, una razón para enfrentarse a los terrores que le esperaban, pero Conrado no tenía a nadie tan tangible a quien buscar; en el mejor de los casos sólo unas pocas nebulosas

---

respuestas. Sin embargo, se veía arrastrado irremisiblemente hacia la catástrofe de su tragedia personal.

El ermitaño también se preocupaba por el esquelético poeta que lo precedía por el sendero. Desde su apasionado sermón en la plaza, Iacopone se había ido hundiendo en una confusa melancolía, y sólo se había animado fugazmente para rechazar el ataque de la cueva. ¿Qué sería del penitente cuando entraran en Asís? Si la ciudad lo aceptaba como un pecador arrepentido no le harían daño, pero si lo consideraban un loco, le aplicarían las mismas leyes que gobernaban a los leprosos sorprendidos dentro de las murallas. La gente podría lapidarlo o algo peor. Hasta los mocosos de Gubbio lo habían tenido claro.

Ya puestos, Conrado se preguntó qué sería de él mismo. Si los frailes de Gubbio lo estaban esperando, ¿no ocurriría lo mismo con los hermanos del Sacro Convento? Pero también sabía que sólo al otro lado de la puerta del mismo tendría la oportunidad de encontrar las respuestas al acertijo de Leo.

Se reprochó a sí mismo el temor. Repitió la frase del padrenuestro que había estado sonando en su mente tan a menudo desde que había salido de su choza: «Hágase tu voluntad. Amén, amén», y se recordó a sí mismo que lo peor que podían hacerle los frailes era reunirlos con aquellos a quienes más amaba: fray Leo y san Francisco.

Salieron finalmente del bosque y llegaron a una rocosa ladera desnuda. El fraile vio más abajo la puerta que daba al sector noreste de la ciudad. Aquélla era la ruta más directa a Asís, pero el espectáculo de un fraile desharrapado y un lúgubre penitente recorriendo las calles con un muchacho muerto, sin duda atraería a una multitud de curiosos.

—Toma el sendero de la derecha —gritó.

Ese camino, angosto y sinuoso como un riachuelo, serpenteaba a través de la ladera por encima de la fortaleza y la muralla norte de la ciudad. Cuando llegaron a la esquina occidental, donde la basílica de San Francisco y el Sacro Convento se separaban de la villa en un espléndido aislamiento, comenzaron a bajar; tenían que hundir los talones en los duros hierbajos que crecían en la tierra suelta para no resbalar. Iacopone levantó la cabeza y sujetó las varas de las angarillas con mucha más fuerza al acercarse a la Porta di San Giacomo di Murorupto. «Directos a la boca del lobo», pensó Conrado con resignación.

—Que la paz de Dios sea contigo, hermano —le gritó el ermitaño al guardia civil cuando atravesaron la puerta. Éste empuñó la pica y se acercó a ellos cautelosamente. Tocó la carga inerte con la punta del arma.

—¿Qué ha pasado?

—Habíamos acampado para pasar la noche —explicó el fraile—, cuando nos atacaron varios hombres e hirieron mortalmente a nuestro compañero. Ahora

---

llevamos su cuerpo al Sacro Convento. —Los ojos amarillentos del guardia se entornaron mientras miraba a Iacopone, intentando ver alguna lesión en la áspera piel de penitente. Caminó alrededor de ellos, rascándose las costillas pensativamente, de la misma manera que un hombre más filosófico se hubiese acariciado la barba. Por fin, los dejó pasar.

—Os estaré vigilando mientras lo hacéis —dijo. Desde la garita, el guardia tenía una visión despejada a través de la plaza hasta la basílica y los escalones que llevaban a la capilla y al Sacro Convento. Conrado prácticamente empujó a Iacopone a través de la plaza. El prolongado silencio del penitente lo ponía nervioso y había provocado la desconfianza del guardia.

El rostro que apareció en la rejilla después de que Conrado hiciera sonar la campana de la puerta del convento también mostraba una expresión de recelo. De todas maneras, el ermitaño se sintió más tranquilo. No reconoció al portero y el desconocimiento pareció mutuo. Además, a juzgar por la curva del labio superior del joven fraile, le inquietaban más los harapos de los extraños que el cadáver que habían dejado en el suelo.

Conrado repitió de nuevo el relato del ataque.

—Hemos traído al chico para que se lo sepulte. Hubiese sido uno de nosotros. En el cinturón lleva una carta del obispo de Génova dirigida a fray Bonaventura.

El fraile no hizo caso de la explicación.

—¿Tenéis intención de alojaros aquí? —Sus palabras sonaron tan frías como el suelo que pisaba Conrado.

—Yo no. Al menos, hoy no. —No sabía cómo sería considerada su andrajosa túnica, aunque el desdén del portero parecía darle una buena pista. Si los otros hermanos interpretaban que Conrado les hacía un reproche con la exhibición de su pobreza, podría acabar de nuevo en los calabozos del convento sin siquiera atisbar la biblioteca. Ahora que había llegado finalmente a la puerta del Sacro Convento, descubrió que desconfiaba de cruzar el umbral—. No puedo hablar por mi compañero —añadió, y se volvió hacia Iacopone, pero el penitente se había escabullido tan silenciosamente como el rocío que se evaporaba de los tejados. Levantó las manos en un gesto de impotencia—. Por favor, ayúdame a entrar al chico —le pidió al portero—. Mi compañero... —Su voz se apagó, porque no tenía ninguna explicación para la marcha de Iacopone.

La puerta se abrió con un chirrido furioso. Sin decir palabra, el joven fraile se agachó para sujetar las varas de las angarillas y arrastró el cadáver de Enrico al interior. Su actitud decía claramente que el viajero era un incordio, y que cuanto antes se marchara, más feliz se sentiría el portero.

---

Conrado miró por última vez a Enrico, las huellas dejadas en la tierra por los palos, y la túnica que formaba el lecho de las angarillas. ¡En la distracción casi se había olvidado del fraile muerto y el pica herido!

—Hay otro hermano que yace herido en las ruinas de una capilla cerca de la encrucijada de Porziano, un tal fray Zefferino.

El portero lo miró con viveza. Era obvio que conocía el nombre.

—¿Has dejado atrás a un hermano herido y nos has traído un cadáver?

—Ambos estaban vivos cuando salimos de la capilla. Le prometí al fraile que enviaría ayuda. ¿Podrás desprenderte de dos hermanos fuertes para que se ocupen de la tarea?

El portero observó a Conrado en un intento por descubrir cómo aquel mendigo podía estar relacionado con Zefferino.

—Yo me ocuparé —dijo finalmente, y apoyó la mano en la reja, pero Conrado lo detuvo de nuevo.

—Una pregunta más, hermano. ¿Vive en esta comunidad un tal fray Jacoba?

—¿Fray Jacoba? No conozco a ningún fraile que responda a ese nombre. ¿No querrás decir suor Jacoba? Jacoba es nombre de mujer.

Era verdad, y Conrado se sintió de pronto como un idiota por no haberse dado cuenta de algo tan obvio. Quizá había leído mal la minúscula caligrafía de Leo. Estuvo a punto de sacar la carta allí mismo y leer el mensaje una vez más, pero la prudencia lo contuvo. El portero continuaba mirándolo, y lo mismo el guardia civil que había seguido a los forasteros a través de la plaza y ahora vigilaba desde lo alto de la escalera. Conrado se preguntó si ya estaría allí cuando se había marchado el penitente. Si era así, entonces era evidente que consideraba al fraile como el más sospechoso de la extraña pareja. Se subió la capucha.

—Muchas gracias por tu ayuda, hermano. Lo consideraré como una gentileza de tu parte si le entregas la misiva del obispo de Génova al ministro general. Se merece una respuesta.

—Eso lo decidirá fray Bonaventura —respondió el portero, y cerró la reja.

Desde el laberinto de callejuelas detrás de Conrado, llegó el estridente sonido de una trompeta. El fraile sonrió. El penitente estaba fuera de peligro. El pez había vuelto a su arroyo.

Mucho más tranquilo al saber que Iacopone no corría peligro y que, de momento, él tampoco, Conrado se alejó del Sacro Convento a paso rápido. Era consciente de que no tardaría mucho en regresar allí, pero durante el resto del día quería disfrutar del placer de estar solo. No había dispuesto ni una sola hora para sí mismo desde que Amata había llegado a la choza, así que, en cuanto perdió de vista al portero y al guardia, acortó el paso y entró en via Fonte Marcella.

---

Sin embargo, una vez dentro de la ciudad, Conrado comprendió que debería conformarse con la soledad de sus pensamientos. Las calles se habían llenado. Grupos de niños demasiado pequeños para ser aprendices pasaban como trombas con muchos gritos y risas, y obligan al fraile a apretarse contra las paredes para no tropezar con ellos. Las plazas vibraban con los sonidos y los olores del comercio. Los curtidores, los zapateros, los plateros, los tejedores con sus aliados los tintoreros, los bataneros, los herreros, los flecheros, y los talabarteros, todos trabajaban febrilmente. Conrado recordó que no faltaba mucho para la feria de la cosecha y los comerciantes querían estar bien abastecidos.

Asís había prosperado mucho en los seis años de su ausencia. Vio que los albañiles transformaban casas de madera en otras de ladrillo y piedra. Además habían adoquinado las calles principales y todas tenían un canal en el medio para que por él corriera la porquería. Se maravilló al ver las nuevas cloacas, que sólo había visto una vez, durante su estancia en París. Un concepto tan lógico. ¿Por qué había tardado tanto en llegar a Umbría? ¡Y las torres! Las torres de la nobleza se habían multiplicado a medida que los castellanos abandonaban sus fincas para vivir en la ciudad. Eran tan altas y formidables que inundaban las calles con su sombra.

Siguió la pendiente natural hacia la parte baja de la ciudad y la porta San Antimo. Había decidido pasar la tarde en el valle al sur de la ciudad y dormir aquella noche al pie de la muralla, en la Portiuncola: el pequeño recinto donde la orden había tenido sus humildes comienzos. En el pequeño oratorio donde habían rezado los primeros frailes, aún quedaban intactas algunas de las primitivas celdas; al menos lo estaban cuando él se había marchado de Asís. Por la mañana, buscaría a la persona que probablemente le había dado a Leo el pergamino para la carta, la viuda doña Giacoma.

La temperatura subió notablemente en cuanto Conrado dejó atrás las sombras de las torres y las casas. Pasó por debajo de las murallas y se adentró en un olivar de árboles retorcidos cargados de frutos. Caminó hasta dar con un olivo joven. Allí, en un lugar iluminado por el sol, se sentó con la espalda apoyada en el tronco. Cogió un trozo de pan de su morral y, mientras comía, releyó la carta de Leo lentamente.

Nada nuevo.

Estiró el brazo y sostuvo el pergamino contra la luz del sol. Fray Leo, con su típica astucia, bien podía haber empleado una tinta que sólo se viera al calentar el papel o cuando se lo iluminara por detrás. Pero aquí también lo desilusionó su mentor. La carta no contenía absolutamente nada más que lo que había leído.

«Lee con tus ojos, discierne con tu mente, siente en tu corazón la verdad de las leyendas.» Leyendas. Plural. Allí probablemente estaba el punto de partida. Pero ¿qué leyendas? La versión de la vida de san Francisco escrita por Bonaventura desde luego era una. Dios había señalado en dicha dirección cuando lo hizo detenerse en

---

San Ubaldo el cuatro de octubre. Sin duda le costaría muy poco encontrar una copia de la Legenda Major en la biblioteca del Sacro Convento.

«La primera de Tomás» bien podía referirse a otra leyenda: la biografía original de san Francisco, obra de Tomás da Celano. Pero los ministros provinciales la habían prohibido cinco años antes, junto con todas las memorias anteriores a la versión oficial de Bonaventura. Incluso si en la biblioteca del Sacro Convento conservaban aún una copia, no le permitirían verla, y quizá también había otras leyendas que fray Leo quería que leyera, aunque en la carta no había ninguna pista que Conrado hubiese sabido ver.

Asimismo le preocupaba el tema del fraile mujer. Leo había escrito «fray Jacoba» con toda claridad. Sin embargo, el portero no se había equivocado: Jacoba era un nombre de mujer. Quizá Leo había querido escribir «Jacobo» o «Iacopo» o «Iacomo». Le asustó la variedad de posibilidades. Ya contaba con muy poco para comenzar su trabajo, sólo le faltaba encontrarse con un nombre mal escrito o una pista falsa.

En algún momento, mientras el sol continuaba su viaje a través del cielo, el fraile dejó de buscar un significado oculto a la carta. Repitió las palabras en su mente hasta poderlas recitar de corrido como una plegaria infantil. Finalmente, se levantó, enrolló el pergamino, y lo guardó entre los pliegues del hábito.

Una ráfaga de viento arrastró un montón de hojas marchitas y húmedas contra sus piernas. Conrado paseó sin rumbo por el olivar y, en una ocasión, se detuvo para recoger una rama podada. Observó la agalla que sobresalía más o menos por la mitad, y a continuación hundió el palo en un maloliente montón de hojas de olivo, hierba y excrementos de caballo, entre dos hileras de árboles. Levantó grandes trozos de la mezcla en descomposición para dejar que entrara en ella el aire húmedo. A su debido tiempo, el campesino tendría la tierra fértil; a su debido tiempo, él tendría sus respuestas. Por ahora, aquel abono y las pistas de Leo necesitaban reposar.

Tiró a un lado la rama sucia. Entonces recordó un truco que su padre le había enseñado para que el estercolero fermentara. Miró alrededor para asegurarse de que no había nada más, se levantó el hábito y orinó en la pila. Recordó lo mayor que se había sentido cuando él y su padre orinaron uno junto al otro en el huerto la mañana de su quinto cumpleaños.

Si bien Conrado echaba de menos el consuelo del amor de su padre, no era de los que abrían las puertas al pasado. Dejó caer el hábito, y se reprochó en cambio no confiar en el amor de su padre celestial. Sin duda, en el momento apropiado, recibiría el ingrediente que necesitaba para que las incongruentes palabras de Leo comenzaran a fermentar. En su rostro asomó una sonrisa mientras pensaba qué forma podría adoptar la divina meada.

El ermitaño necesitaba con desesperación disponer de ese día para sí mismo. Dedicó el resto a pasear benditamente solo de uno a otro de los santuarios sagrados para la hermandad. Primero fue al río Torto y a las ruinas de la mísera choza donde

---

los primeros frailes soportaron su dura iniciación. Subió al monte Subasio hasta las careen, las cuevas donde Francisco se ocultaba cuando deseaba ayunar y meditar a solas. Luego, cuando las sombras ascendían por la ladera, descendió una vez más hasta el valle de la parte baja de la ciudad. Mientras se acentuaba la oscuridad, Conrado se acabó la comida que había traído y entró en el oratorio de la Portiuncola.

El ermitaño se detuvo en el pasillo mientras sus ojos se habituaban a la penumbra. Contempló la talla de Jesús suspendida sobre el altar, alumbrada por la solitaria lámpara de aceite de la capilla. Conrado casi podía ver a san Francisco entregado allí a la oración, casi podía oír sus palabras mezcladas con la corriente de aire que atravesaba la nave.

Leo le había contado cómo el santo se arrodillaba delante de aquel crucifijo y lloraba durante horas. Algunas veces, Francisco se tumbaba en el suelo de tierra con los brazos extendidos hasta que le latían los músculos para unir su dolor y soledad a la alegoría del sacrificado, a la soledad bañada en sangre de su Dios Víctima. La gente veía a Francisco como un alegre hombre santo que cantaba por los caminos. También había escuchado sus severas llamadas a la penitencia y la renuncia, pero nadie conocía tan bien como Leo las profundidades de su sacrificio propiciatorio, cómo castigaba y abusaba del Hermano Asno (como llamaba a su cuerpo). Había sometido a su bestia a interminables vigias, sin hacer caso de la enfermedad y la fatiga, y le había privado de la más delgada manta en las heladas noches de febrero. Había subsistido con las más horribles comidas e incluso esa mísera pitanza la había mezclado con cenizas, hasta que, como no podía ser de otra manera, la bestia debilitada había sucumbido, incapaz de mantenerse a la par con su desbocada imaginación, con el alma que, después de haber escapado a medias de su jaula, había conseguido finalmente marchar sola al cielo, libre por fin de Fra Asino.

Mientras Conrado miraba fijamente el crucifijo, notó el hormigueo de un calor en su espalda que le recorrió la columna y los hombros, y luego los brazos, que se levantaron el aire hasta que su postura reprodujo la imagen del Cristo moribundo. Dejó caer la cabeza a un lado y en esa postura permaneció traspuesto hasta que todo el miedo y las dudas que había sentido en la puerta del Sacro Convento abandonaron su cuerpo, hasta que comprendió en la absoluta certeza de su ser interior que estaba preparado y que nunca estaría solo.

—¡Sí, Señor! —susurró—. ¡Lo que tú me pidas!

Esta vez, su corazón y sus labios se movieron al unísono.



## Capítulo XIII

En el momento en que el cielo aclaró lo suficiente como para que Conrado pudiese subir por el sendero a la ciudad sin tropezar, salió de Portiuncola. Su breve retiro entre los santuarios de la orden le había devuelto las fuerzas y también lo había compensado, hasta cierto punto, de los terribles acontecimientos de los últimos días. El borroso perfil de las murallas de la ciudad, apenas visible en la bruma matinal, suavizó su humor todavía más.

La niebla se hizo más espesa cuando se acercó al olivar donde había descansado el día anterior. Acortó el paso para no apartarse del sendero. Mientras avanzaba, un murmullo de somnolientas voces masculinas pareció levantarse a su alrededor hasta convertirse en un fragor. El fraile también oyó los suaves relinchos, el escarbar de los cascos de los caballos y el tintinear de los arreos. Unos pocos pasos más y se encontró debajo de una marquesina, enfrentado a las sorprendidas miradas de varios guerreros a medio vestir, porque no podían ser otra cosa, vistas las armas y las armaduras apiladas junto a las mantas.

—Que la paz de Dios sea con vosotros, hermanos —dijo para aliviar lo raro de la situación—. Al parecer me he perdido en la niebla.

Después de todo no era más que un fraile, nada que entrañase un peligro, y los hombres continuaron vistiéndose.

La vieja carretera romana hacia los estados del norte pasaba por debajo de las murallas de Asís, muy cerca de aquel olivar. Conrado recordó la descripción de Leo del paso triunfal de Otto IV en el invierno de 1209, después de que el papa Inocencio III lo coronase emperador del Sacro Imperio romano. Inocencio, con su habitual temeridad, le ordenó a Otto que abandonara Roma y emprendiera el camino de regreso a Alemania al día siguiente de la coronación, el papa pretendía desalentar así cualquier idea peligrosa por parte del emperador y sus seis mil caballeros acampados en la Ciudad Eterna.

A pesar de la expeditiva despedida de Inocencio, los ciudadanos de Asís, la mayoría de ellos buenos gibelinos imperiales, vitorearon con entusiasmo a Otto cuando éste desfiló por delante de la ciudad. En aquella época de dominaciones cambiantes, la sabia ciudad había apoyado a todos los bandos, y había rendido el mismo homenaje al papa y al emperador. Los habitantes habían armado tal alboroto con los vítores que habían acabado por molestar a Francisco y su pequeña compañía,

---

que entonces compartían choza en el río Torto. Francisco, como no podía ser de otra manera, no hizo el menor caso de la fanfarria del nuevo César con su enorme comitiva y su recién investida gloria. En cambio, envió a uno de los hermanos para que aleccionara a Otto sobre la fragilidad de las ganancias terrenales.

El sucesor de Otto, Federico II, había muerto en el año de Nuestro Señor 1250, y Carlos d'Anjou había mandado decapitar al último de los hijos de Federico en 1268. La espina dorsal del imperio se había roto de una vez para siempre, pensó el fraile. La victoria había sido para el papado.

Pero ¿podía no ser así? La presencia de toda aquella tropa acampada junto a la carretera, que murmuraban y bromeaban en dialecto romano, le hizo dudar. ¿Habrían acabado los príncipes germanos con sus luchas internas y se habrían reunido bajo un nuevo líder? Miró al grupo.

—¿Estamos en guerra, amigos? —preguntó.

Uno de los soldados se echó a reír.

—No a este lado de la Tierra Prometida, hermano. ¿No has oído las noticias? El nuevo papa navega desde Acre hasta Venecia, y hemos reunido a los hijos de todas las familias nobles de Roma para recibirlo y escoltarlo. Habrá grandes festejos en este pueblo tuyo cuando pasemos por aquí en nuestro viaje de regreso.

Una vez dicho eso, el hombre se volvió para continuar con su tarea. Luego, como si se lo hubiese pensado mejor, se arrodilló delante de Conrado.

—Bendice nuestro viaje y reza por nuestro feliz retorno, buen fraile.

Los demás caballeros, al oír la petición de su camarada, cesaron en sus tareas y también se arrodillaron.

—Lo haré —dijo Conrado. Sacó el breviario del bolsillo y buscó entre las páginas hasta dar con la oración para los viajeros. Levantó la mano derecha por encima de las cabezas gachas, y leyó:

—Escucha, oh Señor, nuestra súplica y mantén el camino de tus siervos seguro y próspero.

Para mayor seguridad, añadió la oración para los navegantes. Los hombres se persignaron con su amén final.

Las murallas de la ciudad habían desaparecido totalmente en la niebla cuando el ermitaño salió del pabellón. Sin embargo, como estaba tan cerca de Asís no necesitaba verlas. Sólo tenía que seguir caminando ladera arriba y estar alerta para no pisar los excrementos de las bestias.

De nuevo en el interior de la ciudad, Conrado no tuvo dificultad alguna para dar con la casa de la noble dama a pesar de la niebla. Los habitantes trabajaban afanosamente en la construcción de los tenderetes de la feria, montaban estanterías y colocaban tablones sobre caballetes, y cada pocas calles alguien le indicaba el camino.

---

Tal como esperaba, la casa se encontraba en la parte alta de la ciudad, a medio camino entre la iglesia de San Giorgio y la basílica. Desde la via San Paolo, una serpenteante escalera subía hasta la callejuela, e iba a dar justo delante de la casa de doña Giacomina. La fachada de piedra parecía tan sólida como una fortaleza, el techo de pizarra inclinada estaba bordeado con canalones de plomo que acababan en las esquinas en unas terroríficas gárgolas que contemplaban al ermitaño. Por sus grandes bocas abiertas salía el agua que recogían los canalones cuando llovía y aquellos chorros seguramente empapaban a más de uno que pasara por allí. En el piso superior, las saeteras eran las únicas aberturas, a diferencia de las persianas de las ventanas de la planta baja que estaban abiertas de par en par para que entrara la luz de la mañana. Un escudo rojo tallado en el dintel de piedra sobre el portal mostraba una manada de leones dorados preparados para la caza, águilas con las garras abiertas y un nido de víboras cuyas lenguas amenazaban a cualquiera que se aproximase al umbral.

Conrado encorvó los hombros. Lo poco que sabía de la historia de la propietaria lo había escuchado de labios de fray Leo: hija de un príncipe normando que había conquistado Sicilia décadas atrás; casada durante ocho años con Graziano, el hijo mayor del sanguinario clan romano de los Frangipane que trataban a los papas como si fuesen los hijos de sus criados. Descendiente de guerreros y viuda de uno de los más poderosos barones de Roma, había abandonado su palacio y la Ciudad Eterna cuando murió san Francisco, para trasladarse a Asís y estar cerca de su tumba.

El ermitaño nunca había estado en la casa de alguien de tanta importancia e intentó imaginarse cuál podría ser su aspecto: quizá encorvada por la edad pero de porte regio, el pelo y las orejas cubiertos por un velo sujeto con una diadema de oro, el vestido de cola de satén púrpura recamado con joyas o botones mientras recorría la casa para dirigir a los sirvientes, las manos cruzadas sobre el estómago para sujetarse las anchas mangas, que eran la última moda entre la nobleza. Miró una vez más el amenazador escudo, y luego golpeó la puerta con el pesado llamador de latón. El golpe resonó por todo el callejón. Conrado esperaba ver otro ojo suspicaz en la mirilla, como había ocurrido en el Sacro Convento, pero en cambio la puerta se abrió sin más. El joven que lo saludó resultó ser la antítesis del exterior de la casa, de modales dulces y amables, y tan apuesto que Conrado se dijo que ése debía de ser el aspecto de los ángeles cuando adoptaban la figura humana. El pelo oscuro, con un flequillo cortado recto sobre la frente y rizado allí donde le tocaba los hombros, enmarcaba el rostro de piel tersa del muchacho. Vestía calzas azul claro, escarpines de fieltro, y una chaquetilla corta azul con ribetes blancos: la vestimenta de la Virgen Madre de Dios. Alguien había bordado la palabra latina AMA, amor, en todo el borde.

—La paz del Señor y la bienvenida para ti, hermano —dijo—. ¿Cómo podemos servirte?

—Deseo hablar con tu señora. Soy Conrado da Offida, un amigo de fray Leo.

---

El muchacho se inclinó.

—Madonna todavía está en la capilla. —Mientras el joven hablaba, el estómago de Conrado sonó ruidosamente, porque aún no había desayunado. Sin hacer una pausa, el paje añadió—: Quizá quieras esperarla en la cocina.

Conrado asintió agradecido y siguió al muchacho a través del vestíbulo. La casa olía a pino y oyó el chisporroteo de los fuegos que ardían en las diversas habitaciones. Las paredes estaban cubiertas con tapices y las alfombras de junco atenuaban el frío del suelo de baldosas. Velas de junco y cera iluminaban los rincones donde no llegaba la luz del sol. Las pesadas sillas labradas dispuestas a lo largo de las paredes tenían cojines rojos en los asientos y respaldos. Todo en la casa de doña Giacoma indicaba que era cómoda y hospitalaria.

—Mamá, un visitante —avisó el guía de Conrado a la cocinera cuando pasaron por el fregadero y entraron en la cocina, donde olía a pan fresco, a hierbas puestas a secar y a gachas que se cocían en el fuego. Una bola de masa reposaba en la artesa junto a una aceitera. La mujer sentada a la mesa miró a Conrado mientras cortaba un queso color crema. No parecía tener más edad que el ermitaño y compartía la complexión clara del muchacho —sin duda por los años pasados inclinada sobre los calderos— aunque unas manchas marrones en las mejillas y el labio superior salpicaban la piel blanca. En el delantal blanco había manchas de caldo y salpicaduras de aceite y tenía los antebrazos desnudos cubiertos de harina.

—El pan ya está frío —dijo—. Por favor, siéntate con el maestro Roberto, hermano.

Un hombre mayor, vestido con las mismas prendas azules que el muchacho y con una gorra asimismo azul, le señaló el banco al otro lado de la mesa. Parecía compartir la curiosidad de los otros dos, pero Conrado también advirtió que en su mirada había un cierto recelo.

—No creo que te hayamos visto antes, hermano —comentó después de que Conrado se hubiese sentado.

—Es mi primera visita.

—Conoce a fray Leo —dijo el muchacho.

—Ah, entonces eres más que bienvenido. Soy el mayordomo de madonna, así que es mi obligación preocuparme por la visita de extraños. Nuestra señora en ocasiones es más bondadosa de lo que le conviene. Se ha dejado engañar por muchos charlatanes que sólo buscaban comida y alojamiento. Los religiosos son los peores, con sus historias de las visiones que han visto, las voces angelicales que han oído, o bien intentan venderle un colmillo de Juan el Bautista o un plato de la última cena. De estos últimos nos han ofrecido tantos como para servir a todos los apóstoles y cincuenta invitados más. Sé que lo comprendes. —Entrecerró los ojos, para subrayar la no muy sutil advertencia en su voz.

---

—Sin duda estará agradecida de tener a un hombre precavido como tú para que vigile sus intereses —afirmó Conrado.

La cocinera se echó a reír.

—No, hermano. Nadie vigila los intereses de nuestra señora más que ella misma. Nos dice lo que quiere y nosotros lo hacemos con la mejor voluntad.

La mujer sirvió un cuenco de madera lleno de espesas gachas, un tazón de leche y una rebanada de pan con un buen trozo de queso a cada uno de los hombres. El mayordomo inclinó la cabeza.

—Por favor, bendice la mesa, hermano. Hacemos que los frailes visitantes se ganen la comida rezando por la salvación de nuestras almas.

Lo dijo con la misma firmeza que la advertencia, y Conrado accedió gustosamente.

Cuando se acabó las gachas y rebañó el cuenco con el último trozo de pan, a Conrado le llegó otro aroma, más dulce que el olor de la cocina. Aspiró profundamente con gran placer.

—Hueles el perfume del jazmín —dijo el mayordomo. Se levantó mientras hablaba para mirar más allá de Conrado—. Buon giorno, Giacomina.

—Buon giorno, a todos. —La mujer tenía una voz ronca que apenas si flaqueaba. El fraile se levantó con tanta prisa que a punto estuvo de caerse, sorprendido porque no había oído a doña Giacoma entrar en la cocina.

Descubrió la razón en el acto. La anciana iba descalza y apoyaba su peso en un bastón mientras cojeaba a través de la cocina. Vestía el hábito gris marrón de los frailes. Conrado recordó entonces que Leo le había dicho una vez que la mujer vivía como una terciaria. Doña Giacoma era una matrona —algo previsible en la descendiente de héroes y heroínas— pero lo sorprendente, para Conrado, era la ausencia de arrugas en su rostro redondo, marcado sólo por una cicatriz en la mejilla. Podría pasar por una mujer de cincuenta. También le sorprendió la blanca cabellera: la llevaba descubierta y cortada como las siervas, pero modestamente peinada para que le cubriera las orejas. Sus ojos verdes brillaban como los de un gato.

Los modales de la dama le parecieron a Conrado encantadores y únicos, y explicaban la gracia del recibimiento dispensado por los sirvientes, porque exudaba un amable poder que se había contagiado a aquellos que vivían en contacto diario con ella. Una palabra acudió a su mente, gentileza, una gentileza que iba más allá de la nobleza heredada por el nacimiento o la fortuna. Comenzó a entender por qué Francisco y Leo habían llegado a amar y reverenciar a su amiga.

Conrado se presentó de nuevo y explicó los motivos de su visita. Quería formular algunas preguntas sobre una carta que había recibido después de la muerte de Leo, y estaría muy agradecido si la madonna pudiese concederle unos momentos de su tiempo.

---

El rostro de la mujer se iluminó mientras él hablaba.

—Entonces ¿la has recibido? Me preocupaba que el encargo fuese demasiado para la madre abadesa.

—Se la confió a la más obstinada de su congregación.

Doña Giacoma se dirigió al muchacho.

—Pío, acompaña a fray Cornado al patio, al extremo soleado. La niebla comienza a disiparse. —Luego le dijo al fraile—Me reuniré contigo tan pronto como acabe mis asuntos con el maestro Roberto.

El ermitaño siguió de nuevo al paje a través del vestíbulo y de una arcada que formaba un claustro en el nivel inferior del patio. Una logia de madera sobresalía en el piso superior mientras que el lado opuesto al callejón se elevaba muy por encima del resto de la casa; era la alcazaba donde los habitantes de la casa podían refugiarse en caso de un ataque a la ciudad. El muchacho le señaló un banco de piedra donde Conrado podía calentarse al sol y disfrutar del murmullo de la fuente de mármol en el centro del patio mientras esperaba,

Doña Giacoma no tardó en aparecer. El ermitaño sacó la carta del bolsillo cuando la vio entrar en el patio y la desenrolló antes de que ella se sentara.

—Espero que hayas podido leer mi letra —dijo—. Aprendí a leer y escribir en la infancia pero nunca he tenido muchas ocasiones para hacer cualquiera de las dos cosas. Fray Leo insistió en dictarme la carta en lugar de hacerlo a mi secretario.

—Tenía sus razones, aunque hasta ahora no he conseguido descubrir cuáles eran. —Recorrió con la punta del dedo la orla que rodeaba el mensaje—. ¿Hizo alguna mención de lo que significa esto, la parte que escribió de su puño y letra?

Doña Giacoma miró la orla con franca curiosidad.

—No sabía que formaba parte de la carta. Leo tenía los dedos tan artríticos y le llevó tanto tiempo hacer esta parte que dejé que la terminara solo. Tenía una expresión tan pacífica e inocente mientras trabajaba, como un niño que decora una carta de amor para su madre. Creía que sólo era eso, un adorno. —Miró donde él le señalaba, pero acabó por sacudir la cabeza—. Por favor, léemela. Mis ojos ya no ven con la misma claridad de antes.

—Comienza con «fray Jacoba sabe mucho de la perfecta sumisión».

—¿Eso escribió? —preguntó ella con las mejillas arreboladas.

—Aquí lo dice. Me desconcierta. Llevo quince años en la orden, y nunca conocí a fray Jacoba. ¿Tú lo conoces? Tú has estado tan cerca de la orden como cualquiera de nosotros, desde el principio.

—Oh, qué hombre tan dulce. Hacía años que no oía ese nombre.

—Entonces ¿tú conoces a fray Jacoba?

---

En los ojos verdes se insinuaron las lágrimas.

—Yo soy fray Jacoba, o era. San Francisco me ordenó como fraile honorario hace más de cincuenta años, según él por la virilidad de mi virtud. —Se echó a reír—. Me comparó con Abraham, Jacob y otros patriarcas de Israel. Sé que lo hizo como el más grande de los cumplidos, porque con dos hijos pequeños que por aquel entonces correteaban por mi casa, me sentía cualquier cosa menos viril.

Se enjugó las lágrimas con la manga y sonrió.

—Perdona mi tontería, hermano, mi falta de virilidad. Tu pregunta ha desatado una riada de recuerdos. —Comenzó a arreglarse los pliegues del hábito mientras se esforzaba por recuperar la compostura. Conrado aprovechó la pausa para hacer lo mismo. Leo acababa de obsequiarlo con una nueva sorpresa.

—En ese caso, enséñame la perfecta sumisión —dijo a su vez.

La mujer dejó de jugar con la tela y descansó las manos en el regazo. Las miró por un momento pensativamente.

—Fray Leo me habló de la sumisión, incluso enfatizó la palabra, durante su última visita, la misma semana en que escribió esta carta. Le pedí, por enésima vez, que me dijera lo que vio en el monte Laverna la noche en que el serafín marcó las heridas de Cristo en la carne de nuestro bendito padre. Durante todos los años que lo conocí, en todas las cartas que me envió y en todas nuestras conversaciones, fray Leo siempre mantuvo silencio sobre los estigmas, a pesar de que él había estado con san Francisco cuando sucedió. En esta ocasión no fue diferente. Como antes, no dijo nada, y sólo repitió las palabras que empleaba Francisco cuando le preguntaban por su éxtasis: *«secretum meum mihi»*, mi secreto es mío. Sin embargo me confió, y esto por primera vez, que guardaba silencio por el voto de sagrada obediencia. Dijo que fray Elías lo había llevado a su despacho inmediatamente después de la muerte de nuestro maestro y le había prohibido de forma terminante hablar del tema.

Se movió en el banco para mirar a Conrado y ladeó la cabeza.

—¿Tú cómo lo entiendes? A mí me pareció muy extraño, porque el propio fray Elías no dejaba de hablar de las heridas después de la muerte de san Francisco. —Una vez más, las lágrimas asomaron a sus ojos—. Elías me vino a buscar y me llevó a la pequeña choza donde el alma de nuestro maestro había abandonado su cuerpo. La cabeza de Francisco descansaba en la almohada que yo le había traído de Roma, y aún no lo habían envuelto en la mortaja. Sólo vestía el taparrabos, como Cristo cuando lo bajaron de la cruz, y vi con mis propios ojos las heridas de sus manos y pies y la marca de la lanza en el costado. Siempre las llevaba vendadas cuando vivía, así que nadie más las había visto excepto fray Leo, que lo cuidaba y le cambiaba los vendajes.

»Fray Elías levantó el cuerpo del jergón y me dijo: «A aquel que amabas cuando vivía sostendrás en tus brazos en su muerte». Milagrosamente, el cuerpo no estaba

---

rígido; en realidad parecía más flexible que cuando Francisco vivía, porque sus miembros a menudo estaban contraídos y acalambrados por el dolor durante sus últimos años. Lo sostuve fácilmente; era ligero como una pluma después de años de ayuno. En aquel instante comprendí cómo se debió de sentir la Magdalena cuando tuvo a su Señor muerto contra su pecho, y mientras tanto fray Elías permaneció a mi lado, como el apóstol Juan.

El último comentario de doña Giacoma sobresaltó a Conrado.

—Pintas de fray Elías una imagen muy distinta de la que ofrecía Leo.

—Lamentablemente, Elías cambió después del funeral. Amaba a san Francisco y, mientras nuestro maestro vivía, revoloteaba a su alrededor como una madre que cuida a su hijo enfermo. Pero nuestro santo también había sido su conciencia. Cuando su conciencia murió, se obsesionó con el poder y la grandeza, tanto para su propia persona como para la orden como tal.

—Las habladurías dicen que incluso se dedicó a la magia negra.

—Una invención popular, espero. Pero tienes razón. Yo también he oído decir que buscaba la piedra filosofal. Cuando el protector de la orden, el cardenal Ugolino, se convirtió en papa, se hizo construir un palacio en Asís donde alojarse cuando visitaba la ciudad. El palacio tiene muchas cámaras y dependencias secretas.

—Lo he visto, pero sólo desde el exterior.

—Según cuentan, cada vez que fray Elías se enteraba de algún hermano de la orden que, cuando aún no era fraile, se había aventurado en la alquimia, lo mandaba llamar y lo retenía como rehén en el palacio papal. Y no sólo forzaba a sus hermanos a continuar practicando la alquimia, sino que tenía a otros a los que consultaba: adivinos e intérpretes de sueños.

—Que es casi tanto como confiar en los oráculos de la pitonisa. —Conrado hizo una mueca. «Un hombre así no le haría ascos a un pacto con Satanás», pensó.

Doña Giacoma frunció el ceño.

—Hay un incidente que puedo relatarte como verídico, puesto que lo viví yo misma. Elías me enfureció tanto que a partir de entonces me negué a hablar con él y con varios de nuestros ciudadanos más ilustres, excepto para descargar mi cólera. — Volvió a arreglarse los pliegues del hábito.

—¿Qué hicieron? —preguntó.

—Nos traicionaron. A todos los que sólo queríamos rezar ante la tumba de san Francisco. Durante años hicimos nuestras donaciones y esperamos pacientemente a que acabaran de construir la parte inferior de la basílica para, ese día, poder enterrar allí las sagradas reliquias. Cuando por fin llegó el momento, los frailes acudieron a Asís desde todas las provincias y también lo hicieron docenas de cardenales y obispos. Todos marchamos en procesión desde San Giorgio, y yo tuve el privilegio

---

de caminar con los hermanos del Sacro Convento. Acabábamos de entrar en la plaza por el otro lado de la iglesia cuando una falange de caballeros cargó contra nuestras filas. En aquel mismo momento, los guardias civiles arrebataron el féretro a los hermanos que lo cargaban.

—Leo me habló del secuestro —dijo Conrado—. Me gustaría escuchar tu versión de aquel oscuro episodio.

—Aquello fue un caos total: Giancarlo di Margherita, que entonces era nuestro alcalde, daba órdenes a sus guardias y caballeros; los frailes en la cabeza de la procesión gritaban pidiendo ayuda, chillaban e incluso maldecían a los soldados. Detrás de nosotros, se oía el canto de los demás hermanos, que nada sabían de lo que estaba sucediendo en la plaza. Cuando los frailes, incluido Leo, intentaron defender el cuerpo, los guardias los molieron a golpes. Hirieron a varios, mientras que los cascos de los corceles pisotearon o cocearon a muchos más. Intenté tumbar a uno de los guardias y al hacerlo recibí a cambio el golpe de un guantelete en pleno rostro.

Conrado miró de nuevo la cicatriz en la mejilla.

—¿Te hirieron gravemente, Giacomina? —Sin pensarlo, había empleado el diminutivo, tal como había hecho el mayordomo. Se ruborizó por su atrevimiento.

La expresión distante de la anciana demostró que no se había ofendido.

—Me sangraba la mejilla, abierta hasta el hueso, pero lo que más me dolió fue ver cómo los guardias se llevaban el féretro. Se encerraron en el interior de la iglesia y mantuvieron la puerta cerrada hasta que acabaron de esconder el cadáver. Nunca lo han encontrado. Me sentí estafada, me parecía imposible que me hubiesen privado de saber dónde arrodillarme para estar cerca de mi maestro.

—Sin duda los prelados se opusieron.

—Lo hicieron, pero no sirvió de nada. Incluso el Santo Padre, que había sido siempre tan amigo de Elías durante sus años como cardenal protector de la orden, condenó a los ladrones como bárbaros. Comparó a Giancarlo con el sacrílego Uzzak, a quien Dios castigó por atreverse a tocar el Arca de la Alianza.

—¿Y todo eso fue obra de Elías?

—Suya, de Giancarlo y de los demás. Se lo pregunté una vez, mucho después de aquel día. ¿Por qué lo hicisteis? Giancarlo afirmó que la procesión se había descontrolado y que temió que los buscadores de reliquias despedazaran el cuerpo. Elías dijo que los perusinos querían robarnos el santo. ¡Sus excusas eran puras tonterías! Nuestra procesión no podría haber sido más pacífica. Era tan calmada y devota como la misa dominical en el convento de las clarisas. En cuanto a los perusinos, habían tenido todas las oportunidades para robar el cuerpo de san Francisco durante los cuatro años que reposó en San Giorgio. Además, de haberlo intentado, hubiesen tenido que enfrentarse a una santa cruzada. Tendrían que haber

---

matado hasta el último hombre, mujer y niño de Asís antes de conseguir escapar con el féretro.

—¿Has dicho que había otros frailes involucrados?

—Frailes no. El signore de la Rocca y sus hijos estaban al frente de los caballeros. También vi a Angelo, el hermano de Francisco, en compañía de un noble en la puerta de la iglesia.

—¿Conocías a ese caballero?

—No. Sólo lo había visto una vez, cuando el obispo Guido bendijo el solar antes de que comenzaran la construcción de la basílica. Elías me lo señaló y dijo que era un gran benefactor, el propietario de una finca en el municipio de Todi.

—Ah. —Conrado cerró los ojos y apoyó los hombros en el pilar detrás del banco. Entrelazó las manos encima de la cabeza y apretó hacia abajo con fuerza mientras intentaba recordar un comentario que Amata había hecho en su choza. Algo referente a la ladera, el Colle d'Inferno, donde ahora se levantaban la basílica y el Sacro Convento. Sin embargo, la imagen de sus ojos oscuros, que lo miraban con absoluta candidez, interfería en sus palabras. No conseguía recordarlo.

Bueno, no tenía importancia. Había encontrado a fray Jacoba. Se había acercado un paso más a comprender aquello que Leo había querido decir con *secretum meum mihi*, y el secreto tenía algo que ver con la visión del serafín que se le había aparecido a san Francisco en el monte Laverna..



## Capítulo XIV

El ermitaño descansaba, sentado debajo del follaje otoñal del patio de doña Giacoma, con el breviario abierto sobre las rodillas. La dama no le había dado más respuestas, pero se había mostrado más que dispuesta a ayudarlo de otras maneras. Tan pronto como él le había explicado que debía ir al Sacro Convento, había captado lo importante que era mejorar su aspecto. Había enviado a llamar sin demora a la criada que se encargaba de cortar el pelo y afeitar a los hombres de la casa, pero Conrado no había permitido que la mujer se le acercara. Tenía muy clara la lección de la caída de Sansón, el peligro que significaba dejar que una mujer le tocara la cabeza. Sin embargo, también comprendió la necesidad de recuperar la tonsura, y aceptó cuando doña Giacoma le ofreció llamar a un barbero de la ciudad.

El hombre hizo su trabajo a conciencia. Afeitó la cabeza y el cuello del fraile, y dio forma y acentuó la tonsura. Conrado les comentó después al maestro Roberto y doña Giacoma el cuidado con que el barbero había recogido los cabellos sin que, hasta donde había podido ver, se le escapara ni uno. El mayordomo se echó a reír y la dama le ofreció la explicación.

—El hombre se enteró de que eras un gran amigo de fray Leo, a quien todos reverenciamos, y que Leo a menudo alababa tu santidad. No te ruborices, hermano. Leo te tenía en gran estima. Este barbero, siendo como es una persona de recursos modestos, se limitó sencillamente a recoger lo que puede ser un ingreso para cuando sea viejo. En caso de que mueras y te canonicen, esos pelos podrían mantenerlo durante muchos años.

—Consideraría un gran favor si no tardaras mucho en palmarla —añadió Roberto—. La canonización suele ser un proceso lento. Nuestro barbero ha afeitado las cabezas de muchos frailes, y recoge todos los cabellos, porque nunca se sabe; los guarda en unos botes pequeños, señalados con unas marcas que sólo él entiende.

Conrado notó en las mejillas y el cuello desnudo el frío de la brisa que soplaba en el patio donde leía. Cerró el breviario y sonrió al pensar en la sencilla fe del hombre... y en su oportunismo. Vio acercarse a la dama, con una pieza de tela gris debajo del brazo. Al parecer, había estado esperando que él terminara con el oficio diario.

—La gente de la ciudad a menudo me trae regalos para los hermanos —dijo—. Saben que no se os permite manejar dinero. Ayer una dama me dio dos soldi, y con

---

ellos he comprado tela para hacerte un hábito nuevo. A cambio, ella sólo pide que reces por la salvación de su alma.

Giacoma esperó su respuesta. Conrado se encogió de hombros y levantó las manos.

—Supongo que debo aceptar, y rezaré por ella. —Se llevó una mano al pecho y se agarró del astroso hábito—. Pero por favor, doña Giacoma, conserva a este viejo amigo en tu casa para que yo pueda reclamarlo cuando regrese a las montañas. —Acarició una burda costura en la manga con la ternura de una madre que limpia la herida de un hijo.

—Sólo si tengo tu permiso para lavarlo. Con el debido respeto a tus disciplinas espirituales, fray Conrado, los insectos no son tan bienvenidos en esta casa como lo son en tu piel.

Conrado asintió con una sonrisa forzada. ¿Podía ser ésa la misma mujer que san Francisco había alabado por su virilidad? Sus preocupaciones parecían ser las mismas de cualquier ama de casa plebeya. Se frotó el brazo, donde tenía las marcas de centenares de picaduras; el constante castigo, tan saludable para la mortificación de la carne.

—Haz lo que consideres mejor. —Intentó relajar la tensión de su mandíbula, provocada por las sugerencias de cambio. Su corazón se rebelaba, a pesar de que su mente comprendía la necesidad de todo ese camuflaje.

Doña Giacoma vaciló antes de hablar de nuevo. Su tono era casi tímido, algo sorprendente, pero él comprendió la razón en cuanto escuchó la idiotez de la oferta,

—El hábito estará acabado mañana. Si quieres, a esa hora les diré a los sirvientes que llenen una tina de agua caliente para ti,

¡Esta vez sí que se había pasado de la raya!

—Madonna, sin duda en todo el tiempo que estuviste sentada a los pies de nuestro maestro, alguna vez debiste de oírle hablar de la depravación y la iniquidad de bañarse. —Conrado se sonrojó al imaginarse a sí mismo desnudo—. No sólo está uno expuesto a la propia desnudez, y te pido perdón por decir la palabra, sino que una alma débil puede sentirse tentada a disfrutar del agua caliente, de entregarse a la sensualidad de su contacto con la piel...

—No digas más, hermano. Has respondido tal como esperaba. Me dolería mucho exponerte a la tentación, de la misma manera que a ti te dolería exponer a tus insectos amigos a la extinción.

Quizá había sonreído en las sombras, pero antes de que él pudiese verle el rostro con claridad, ya se había vuelto y se alejaba por el vestíbulo. No había duda de que era una dama buena y caritativa, la persona más bondadosa que había conocido

---

además de Rosanna; sin embargo, qué desilusión que permaneciera tan atrapada por la vanidad y la preocupación por la limpieza de las mujeres más frívolas.

En la festividad de Dionisio obispo y Eleuterio mártir, la tercera mañana después de la llegada de Conrado a la casa de doña Giacomina, comenzó la feria de la cosecha en las calles de Asís. El fraile decidió poner a prueba su cambio de aspecto con los habitantes de la ciudad. Con el hábito y las sandalias nuevas, sin barba y casi calvo, se movía como un extranjero en una tierra extraña. Si se mezclaba con la muchedumbre, quizá también él se acostumbraría a la transformación antes de ir al Sacro Convento.

La feria duraría veintiún días, pero curiosos de todas clases ya recorrían las calles, tantos como estrellas en un cielo despejado. Conrado vio por todas partes siervos con sus mejores prendas, y con sus familias boquiabiertas alrededor de ellos que esquivaban carros, carretillas y burros cargados con toda clase de productos, pasmados ante las maravillas que se exhibían en los tenderetes. Los mayordomos y los capataces tendrían que bregar mucho durante las próximas tres semanas para conseguir que los siervos se ocuparan de los trabajos que seguían a la cosecha; remendar los arneses, afilar las hoces y guadañas, recoger leña y reparar los techos.

Éstos tendrían preparadas las excusas. ¿Acaso no necesitaban sal para preservar la carne? ¿No debían acompañar a sus esposas a comprar los tintes necesarios para las prendas de lana de los pequeños? Tampoco las mujeres se dedicarían a coser, cardar lana o hacer velas para las palmatorias de sus amas durante la feria.

Como no podía ser de otra manera, mientras llevaran a cabo sus pequeñas compras, los campesinos sacarían tiempo para acariciar una pluma de faisán o la piel de una nutria, para reírse a mandíbula batiente con los titiriteros y el oso bailarín, y llorar con los juglares y narradores que vendían sus canciones e historias. Los mayordomos, que veían todo eso, sólo podían lamentarse de las inevitables horas de trabajo perdidas mientras ellos también recorrían la feria y compraban todo lo necesario para los talleres de las mujeres: bermellón y rubia para las prendas del amo, tijeras de esquilar, cepillos, husos, cardas y grasa.

Y, mientras los siervos podrían eludir sus tareas durante esas semanas, los guardias civiles en cambio estarían más ocupados que nunca. En las tascas y los pabellones donde el vino corría desde la mañana hasta la noche, se producirían las habituales peleas. Una discusión a voz en cuello en una tienda abierta que tenía delante le recordó a Conrado que eso también formaba parte de las ferias.

Espió por la abertura, donde el dueño de la tasca sostenía en alto una moneda para que todos la vieran.

— ¿Se sienta aquí y se bebe mi vino durante toda la mañana y me da esto en pago? Esto es sólo un minúsculo trozo cortado de una moneda. Si no me das una moneda de plata entera, te juro por san Niccoló que yo te cortaré a ti las orejas con esta jarra.

---

—*Vaffanculo!* —chapurreó el campesino—. La mitad de tu vino es agua, el más aguado vino di sotto que ha pasado por un gaznate. Medio vino se merece media moneda.

El hombretón se levantó y apoyó una mano en la mesa para no perder el equilibrio. Apuntó con la otra al tabernero y, para horror de Conrado, le hizo cuernos. Luego, mirando entre los cuernos, entonó:

—Que todos aquellos que aguan el vino sean atados en el último peldaño de la escalera del infierno, que les soplen humo de azufre en los ojos y que sean perseguidos por los sabuesos de Satanás por las llanuras de Hades con un yunque colgado en las pelotas.

Se oyeron las protestas de los demás clientes, la mayoría en favor del tabernero, porque el campesino les impedía beber en paz.

—Aplástale la cabeza y échalo de aquí —dijo el hombre que estaba más cerca del borracho.

Pero el campesino aún no había terminado. Levantó la voz para ahogar las protestas de los otros bebedores, y señaló con un dedo a los partidarios del tabernero.

—Que todos aquellos que tengan una palabra de alabanza para los que aguan el vino sean encadenados con las caras pegadas al culo del diablo, que pongan candado a la cadena, y que las llaves del candado se arrojen al más profundo de los pantanos para que las busque un ciego sin brazos ni piernas...

Sus maldiciones acabaron ahí porque el tabernero se abalanzó sobre él y estrelló la jarra vacía contra su frente. El hombre cayó hacia atrás por encima del banco y se hizo tanto daño en la nuca contra el pavimento como el que le había hecho la jarra en la frente. Mientras los demás aplaudían, el tabernero lo cogió por los tobillos y lo arrastró fuera de la taberna; la cabeza del borracho golpeó contra cada uno de los adoquines y fue dejando un reguero de sangre.

—Proprio uno stronzo —murmuró el tabernero.

Dejó al hombre a los pies de Conrado con la túnica subida por encima de los calzones, demasiado aturdido incluso para sentarse.

Conrado se agachó para ver mejor el rostro sucio y manchado de sangre. El campesino lo miró con expresión atontada, y levantó una mano para protegerse de la luz del sol. En cuanto enfocó a Conrado, los ojos amenazaron con saltársele de las órbitas e intentó escapar.

—¡Ay! Ya está aquí la Iglesia —gritó—. Me muero.

—Creo que no. Te espera un terrible dolor de cabeza, pero vivirás. ¡Tienes el cráneo más duro que el yelmo de un cruzado!

---

El hombre se dejó caer y, al hacerlo, de nuevo se golpeó la nuca contra un adoquín. Hizo una mueca y cerró los ojos.

Conrado se arrodilló junto al caído y en su rostro apareció una sonrisa sardónica. Quizá había cometido un error al aislarse durante tanto tiempo en el bosque. Quizá Amata tenía razón: cualquiera podía ser un santo en la cumbre de una montaña. Los verdaderos santos ponían a prueba sus creencias a través de la ayuda a personas como ese hombre en la feria. Fray Leo le había ordenado «servir a los pobres de Cristo». Por un momento, intuyó la perspectiva de una vocación diferente para él: trabajar y predicar entre las masas, él mismo el más pobre de los pobres. La imagen lo estimuló. Eso haría en cuanto acabara sus asuntos en el Sacro Convento. Podía decir «sí», e incluso abrazar los detalles de la así llamada vida real: el jubón manchado de sangre y vino del labriego borracho, la manera en que las gruesas cejas grises de Roberto se tocaban entre sí encima del puente de la nariz y proyectaban su sombra sobre su rostro grave; el mango de marfil con forma de pico de ave del bastón de doña Giacoma, las largas...

Aquí su mente protestó, porque el pensamiento que había tenido era «las largas piernas de Amata», blancas, bien torneadas y fuertes, tal como él las recordaba de aquella mañana en la ladera, tal como Enrico sin duda las había visto, e incluso más, en su última noche en la tierra. Ahí era donde Conrado debía trazar la línea. Si decía «sí» a aquellas piernas, o incluso al recuerdo de ellas, estaría tan perdido como el chico de Vercelli.



## Capítulo XV

Conrado durmió mal aquella noche, y mucho después del alba su mente todavía permanecía sobresaltada pensando en Amata. Caminó varias veces de un extremo al otro de la espaciosa habitación, y se inclinó para mirar el nuevo día entre las tablillas de la persiana. El maestro Roberto se alejaba por el callejón, y lo vio desaparecer por una escalera.

—*Buon giorno*, padre —susurró doña Giacomina a su espalda. Una vez más lo había sorprendido, al acercarse sigilosamente y con los pies descalzos por el pasillo. Había descubierto que, en realidad, lo hacía para divertirse. Tenía que apoyar el bastón con mucho cuidado para que no la oyeran. Cuando no pretendía pillarlo por sorpresa, los golpes del bastón le avisaban de su presencia. La anciana observó su expresión— ¿Te inquieta saber cómo te recibirán en el Sacro Convento?

Conrado se volvió hacia la dama.

—La verdad es que no, madonna. Supongo que estoy apenado, compadecido de un alma que sin duda está condenada. Conocí hace poco a... a una joven muy inteligente. Demasiado inteligente para su propio bien. —Sintió cómo se reavivaba su cólera—. Una hermana cuyos hábitos religiosos de ninguna manera interfieren en los licenciosos deseos de su corazón. —Conrado dijo estas últimas palabras con rabia.

Doña Giacomina abrió mucho los ojos y enarcó las cejas.

—¿Una amiga, hermano? Debes sentir una profunda preocupación por ella, para hablar con tanto ardor.

—¡No he dicho que fuese una amiga! —protestó Conrado—. La fortuna unió nuestros caminos durante varios días. Ella fue la hermana sierva que me trajo la carta de Leo.

La dama continuó mirándolo con sus grandes ojos verdes. Esperaba oír más, y el fraile comprendió que él quería contárselo todo. Doña Giacomina le señaló una silla de respaldo recio.

Conrado esperó a que la anciana se acomodara, y después le relató todo lo que sabía de los antecedentes de Amata.

—No hablaré de sus malos actos, porque algunos me los confió en el sacramento de la confesión. Ni tampoco hablaré de mis sospechas respecto a nuestra noche en

---

San Ubaldo, porque sólo son sospechas, pero a juzgar por lo que yo he visto, creo que puedo decir con certeza que suor Amata ha caído en el resbaladizo sendero de la perdición.

La anciana se arregló el hábito, un gesto que Conrado había llegado a reconocer como una señal de inquietud.

—Mi pobre hermano, cuánto debe haberte desilusionado, sobre todo cuando vosotros dos habíais comenzado tan bien.

¿Vosotros dos? Conrado no había pensado en Amata y él como una pareja, pero su benefactora había acertado. Doña Giacoma había metido la mano en los más oscuros recovecos de su espíritu y había sacado el desencanto que él no había querido admitir. Era verdad. Durante un tiempo, Amata lo había literalmente encantado. Recordó sus sentimientos cuando la había sujetado en la cornisa de la montaña.

La dama exhaló un suspiro y apoyó una mano en su pecho.

—Esa pobre niña. Cuánto debe de haber sufrido en los últimos cinco años para sentirse ahora tan atormentada. Echa tanto de menos a su madre.

Conrado levantó la cabeza bruscamente. No había esperado que la reacción de doña Giacoma fuera de compasión por la «niña», como la había llamado.

Doña Giacoma frunció los labios al ver su reacción.

—Querido Conrado, no dudo ni por un momento de la elevada opinión que Leo tenía de ti. Tu dedicación es poco frecuente, incluso entre la hermandad, y sólo una vieja extremadamente presuntuosa osaría aconsejar a un hombre de tanta espiritualidad. Pero has estado demasiado tiempo apartado del mundo. No estoy muy segura de que puedas comprender hasta qué punto la masa de hombres y mujeres luchan cada día sólo para sobrevivir hasta el siguiente.

«¿Puedes siquiera imaginar cómo tu Amata debió ser atormentada en su cautiverio, sometida al capricho de aquel cruel asesino y sus hijos? Conozco a esa clase de hombres. Me casé con uno y compartí una casa con sus hermanos. Esos niños grandes dejaban que su leopardo vagara libremente por la casa, y se rieron cuando la bestia mató y se comió parcialmente a una sirvienta. Esa mujer tenía cuatro niños pequeños que jugaban con mis hijos.

Conrado hizo una mueca.

—Sé que suor Amata oculta una daga debajo del hábito.

—¿Por qué crees tú que lo hace? —La dama respondió a su propia pregunta — ¡Porque lo necesita! Porque no tiene a nadie que la proteja, porque ha tenido que aprender, desde que tenía once años, a defenderse por sí misma.

—Así y todo, eso no excusa su otro comportamiento.

---

—Ten mucho cuidado en cómo la juzgas, hermano. A tu Amata le arrebataron la infancia, súbita y cruelmente. Se le negó el afecto normal y despreocupado que se da a los niños durante años. ¿No se la puede perdonar si ahora se ha perdido en la búsqueda de ese afecto? Si nuestro Bendito Salvador pudo perdonar a la Magdalena, que era mayor y pecaba con plena comprensión de sus acciones, si Él pudo perdonar a la mujer adúltera e incluso defenderla de las piedras de los hombres de la aldea, no crees que tú también podrías perdonar a esta pobre y desilusionada niña?

Conrado se movió inquieto en la silla. Sabía que pisaba terreno poco firme y sólo conseguiría empeorar su posición si pretendía rebatir a la dama.

—Las mujeres necesitamos amor —continuó doña Giacoma—. Necesitamos que nos abracen, que nos toquen y que nos digan que somos especiales entre todas las demás mujeres. Sí, deberías escuchar estas cosas, a pesar de que tu vida esté muy lejos de ello. Nosotras no podemos alimentarnos de teorías y especulaciones, como hacen los hombres con sus poderosos intelectos. Mi marido, a veces, podía ser un monstruo. Me dejó viuda hace sesenta años, y después de su muerte consagré mi vida a Dios. Sin embargo, después de todo este tiempo, a veces aún lamento la soledad de mi cama. Todavía añoro al orgulloso padre de mis hijos tanto como los añoro a ellos.

La dama se enjugó las lágrimas que asomaban a sus ojos con un pañuelo que sacó de la manga de su hábito de fraile. Luego recuperó la compostura y soltó la risa al ver la expresión de Conrado.

—Cierra la boca, padre, o acabarás tragándote una mosca. Creo que has entendido mal mis palabras. No hablo de la carnalidad. A mis años, apenas si recuerdo aquellos momentos. Me refiero al compañerismo, al vínculo que a las mujeres nos permite amar y perdonar lo peor de los hombres, cosa, creo, que debimos de aprender de nuestro Bendito Salvador, porque no otra cosa es lo que Él hace. No encontrarás ese amor descrito en ninguno de tus libros de teología, porque los teólogos nunca han experimentado ese sentimiento. Sería como si yo intentase describir a un sátiro, que no he visto ni tocado, aunque he oído que tales monstruos existen.

Respiró profundamente y se abanicó por unos momentos con la mano.

—Debes saber también que, incluso esas pocas mujeres independientes que tienen la libertad y los medios para buscar el amor por su cuenta, y que no son obligadas a casarse, no tienen ninguna garantía de escoger sabiamente, sobre todo si no han sido guiadas en su juventud por una madre buena, cariñosa y sensata. Tras la muerte de Graziano Frangipane la perspectiva me aterró; creo que escogí a nuestro Padre celestial como mi siguiente gran amor por miedo tanto como por devoción.

Conrado hundió la barbilla en el pecho. Doña Giacoma, como Amata, lo desconcertaba. Como probablemente todas las mujeres siempre desconcertarían a un hombre inexperto como él.

---

Una vez más había sido reprendido por no haber tenido en cuenta la debilidad, en su forma de «carnalidad» o «amor», que convertía a las mujeres (y en particular a las jóvenes) en seres muy vulnerables a las tentaciones del Malvado. Tal como él lo veía, el pecado mortal de la lujuria tenía prisionera a Amata, de la misma manera que había atrapado a Francesca Polenta. ¿Qué había dicho Amata durante el viaje, cuando hablaban de Francesca y su Paolo? «¿Es amar un pecado tan grande?» Dios mío, quizá de verdad ella no distinguía entre la lujuria y el vínculo de amor que había descrito doña Giacoma. Pero él no debía juzgar. La dama tenía razón. En cambio, debía tener presente que Satanás utilizaba el terrible pecado del orgullo como la piedra en la que tropezaban todos aquellos que presumían de ser capaces de leer las conciencias de los demás.

Conrado sentía la desesperanza presente en sus ojos mientras sostenía la penetrante mirada de doña Giacoma. ¿Habían transcurrido sólo diez días desde que su vida era de una maravillosa simplicidad?

—Me has dado mucho en qué pensar —replicó débilmente—. Dios te recompense por abrirme tu casa y tus recuerdos. —Titubeó y después, con una voz que traicionaba un leve temblor, dijo—: Si en un plazo de dos semanas no tienes noticias mías, ¿te importaría interesarte por mí ante el ministro general?

—Valor, hermano —respondió doña Giacoma con una sonrisa—. A estas alturas, fray Bonaventura sabe que has sido mi huésped, a los frailes se les escapan muy pocas cosas de lo que ocurre en la ciudad. Me respeta, y nunca permitirá que un amigo mío sufra daño alguno entre sus paredes.

Conrado apenas si reconoció la piazza di San Francesco. Como en todas las demás plazas de la ciudad, los tenderetes y los productos ocupaban hasta el último palmo de espacio disponible. Muy por encima del abigarramiento de la plaza vio el campanario de la iglesia y el delicado trabajo de los canteros a la hora de trazar los pétalos del rosetón, para él la única referencia visible. Rodeó la plaza por el lado norte y salió por la puerta por donde él y Iacopone había cargado al muchacho la semana anterior. El guardia lo saludó al pasar.

—Buenos días, hermano. No te olvides de nosotros en tus plegarias de hoy.

Conrado respondió al saludo. Era obvio que el hombre no lo había reconocido. Pasó junto a la iglesia y bajó los escalones del Sacro Convento. Aunque una espesa capa de nubes ocultaba el sol, tenía calor con el hábito nuevo. Comenzó a sudar y sintió repentinamente cansados los músculos de las pantorrillas, como si de nuevo estuviese chapoteando en el fangal camino de San Ubaldo junto al carromato del campesino. Se sentó en los escalones y contempló la arcada del convento.

El respetuoso saludo del guardia le había hecho sentir melancólico más que complacido por su respetable apariencia. Aquél no era el placer perfecto; no, más bien era su antítesis.

---

Leo le había contado por lo menos media docena de veces la historia de la noche en que él y san Francisco caminaban por la carretera de Perugia a Portiuncola en la oscuridad del invierno. Tenían los hábitos empapados y cubiertos de fango, y el hielo que se había formado en los dobladillos de tanto frío como hacía, les lastimaba las pantorrillas desnudas con cada paso.

«Hermano, ¿sabes cuál es el placer perfecto?», preguntó Francisco inesperadamente.

Como su mentor le confió más tarde a Conrado, no habían comido en todo el día y Leo, que no compartía el don de Francisco para el ayuno, había pensado que un guiso caliente estaría muy cerca de la definición en aquel momento. Sin embargo, había tenido la prudencia de no admitir su debilidad al santo, y respondió: «Dímelo tú, padre».

—Imagina, hermano —había contestado éste—... que un mensajero se acerca a nosotros a todo galope por esta carretera y nos dice que todos los maestros de teología de París se han unido a la orden. Eso no sería el placer perfecto. También que se hubieran unido todos los prelados ultramontanos, junto con obispos y arzobispos y los reyes de los francos y los galos, Eso tampoco sería el placer perfecto. Ni que mis hermanos hubiesen ido a los infieles y los hubiesen convertidos a la fe, o que yo hubiese recibido la gracia de Dios para curar a los enfermos y obrar muchos milagros. Te digo, hermano, que el placer perfecto no está en ninguna de estas cosas.

—Entonces ¿qué es el placer perfecto?

—Cuando lleguemos a Portiuncola —respondió Francisco—, calados hasta los huesos y muertos de frío, y llamemos a la puerta y aparezca el portero y nos pregunte furioso: «¿Quiénes sois?», y nosotros le digamos: «Somos dos de tus hermanos», y él nos contradiga: «No, sois dos bandidos que estafan y roban. ¡Largaos!», y no nos abra la puerta, sino que nos haga permanecer bajo la nieve y la lluvia, helados y hambrientos, si entonces soportamos todos esos crueles insultos y rechazos pacientemente, sin preocuparnos ni quejarnos, aun sabiendo que el portero en realidad nos conoce y que es Dios quien le hace hablar contra nosotros, entonces, hermano, ahí estará el placer perfecto.

»Si después continuamos llamando, y el portero sale furioso, y yo insisto: «Soy fray Francisco», y él dice: «Vete, tú no eres más que un patán. No te puedes quedar con nosotros porque somos muchos y tan importantes que ya no te necesitamos. Ve al hospicio y pregunta allí». Si a continuación saca un garrote lleno de nudos, nos coge por las capuchas, nos tumba en el barro y nos apalea hasta cubrir nuestros cuerpos de morados y heridas, y nosotros soportamos todas estas maldades y aceptamos los insultos con alegría y amor en nuestros corazones, convencidos de que debemos compartir los sufrimientos del Cristo Bendito pacientemente, por amor a Él, ahí estará el placer perfecto y la salvación del alma.

---

Conrado frotó la fina tela del hábito entre el pulgar y el índice. Había estado mucho más cerca del placer perfecto la semana anterior, cuando el portero del Sacro Convento lo había tratado como a un perro rabioso. Si Leo había sufrido de debilidad del hambre, él se estaba comportando como un cobarde. ¿No haría mejor en volver a casa de doña Giacoma, regresar al Sacro Convento con su vieja prenda, y dejar las consecuencias en las manos de Dios? ¿Al escoger el camino práctico para ganar el acceso a la biblioteca de los frailes, no se estaba comportando como aquellos oportunistas hermanos a los que tanto condenaba, aquellos que habían cambiado la pobreza por la seguridad, la sencillez por la erudición, y la humildad por el privilegio? ¿No había sido ésa la excusa de Elías para debilitar las reglas de Francisco?

Conrado continuó bajando la escalera con una mano apoyada en la pared. Se encontró delante de las puertas talladas de la cripta situada debajo de los arcos. Una serie de esbeltas columnas se inclinaba hacia las puertas por ambos lados para atraer al paseante al interior. Conrado no pudo resistir la invitación. Buscaría la tumba de Leo; su mentor le diría qué hacer.

La cripta para el uso de los frailes era más oscura y austera que la basílica pública que estaba encima. Las pequeñas ventanas de medio punto estaban diseñadas a la manera antigua, mientras que el arquitecto franco de la basílica había preferido seguir el nuevo estilo del arco ojival. No por eso a la iglesia de los frailes le faltaban adornos. La mirada de Conrado se dirigió inmediatamente al altar principal, al otro extremo de la nave, construido para parecer una arcada en miniatura, con la piedra central flotando en un círculo de columnas adornadas. Ahí comenzaría la búsqueda de la tumba.

Caminó alrededor del altar, atento a cualquier señal de obra reciente en el suelo de mosaicos. Su mano descansaba en la pulida superficie del altar mientras observaba a su alrededor, cuando tropezó con una perturbadora curiosidad. Sus dedos habían tocado un punto áspero, un dibujo grabado en la piedra sagrada. Conrado se dijo que algún mocoso la había profanado. La grosera figura de trazos parecía un hombre dibujado por un niño, los brazos y las piernas rectas, la cabeza un simple círculo, mejor dicho dos círculos concéntricos. Un círculo más grande rodeaba toda la figura. Sobre el exterior, el vándalo había marcado dos arcos. ¡Qué desgracia que en esos días los niños no respetaran al mayor santo de la ciudad, ni temieran la ira de Dios!

El fraile miró a lo largo de la nave. El artista Giunta de Pisa había colocado los hechos de la vida de Francisco cara a cara a través de la nave con los frescos de la vida de Jesús, a quien el santo había imitado más que cualquier otro hombre. En los años transcurridos desde la última visita de Conrado, grandes trozos de la parte inferior de los frescos habían desaparecido totalmente. A intervalos regulares, los albañiles habían derribado las paredes para hacer lugar a las capillas laterales con sus respectivos altares. El creciente énfasis en la erudición dentro de la orden había dado

---

lugar a un gran número de sacerdotes, y los sacerdotes necesitaban de altares para celebrar sus misas. Conrado nunca había sentido la necesidad de oficiar misas, convencido de que podía acercarse a Dios sin la mediación del ritual, pero sus hermanos conventuales, como era de esperar, seguían la práctica habitual.

Fue de capilla en capilla hasta que dio la vuelta completa y llegó de nuevo al crucero sur y a la capilla de san Juan Evangelista. Las inscripciones talladas en la piedra de las paredes identificaban varias tumbas. Allí yacía fray Angelo Tancredi — primo de santa Clara—y a su lado, fray Rufino. Este último fue una sorpresa. Conrado no se había enterado de la muerte de Rufino. La fecha indicaba que había fallecido ese mismo año. La última vez que el fraile había visitado a Leo, su mentor y Rufino compartían una minúscula celda en Portiuncola.

—Descansa en paz y alegría, viejo amigo —dijo en voz alta. Entonces vio la lápida que buscaba:

FRATER LEONE Qui Omnia Viderat

Obitus Anno Domini 1211

La inscripción era perfecta, incluso irónica: «Hermano Leo, que fue testigo de todo». Conrado prefirió leer las palabras como: «Hermano Leo, a quien no se le escapaba nada».

Se arrodilló delante de la lápida y apoyó la cabeza en la fría piedra. No habló ni pensó ninguna pregunta concreta, porque seguramente Leo comprendía su dilema sin la intrusión de las palabras. Permaneció en esa postura mientras avanzaba la mañana, pero no obtuvo ninguna respuesta. Hubo un momento en que se sorprendió a sí mismo recordando la afirmación de Leo de que Amata lo ayudaría. Quizá el instante de duda que había acompañado ese recuerdo era ahora la causa del silencio de Leo.

Pensó en los apóstoles camino de Jerusalén con su maestro. Lo seguían, perplejos, porque Jesús acababa de decirles que cuando llegaran a la ciudad, él debería sufrir y morir. Habían perdido de vista su misión, atribulados por la incertidumbre y la aparente inutilidad de todo lo que había ocurrido hasta aquel momento. Entonces, cuando se sentían más cansados y derrotados, Jesús apareció ante ellos transfigurado, en compañía de dos antiguos profetas, y ellos recordaron de nuevo quién los guiaba.

Quizá, pensó el ermitaño, había esperado demasiado. ¿Acaso imaginaba que Leo se le parecería en toda su gloria, acompañado de nuevo por san Francisco, dos veces en dos semanas? Incluso los apóstoles habían visto la transfiguración sólo una vez.

---

Se levantó tambaleante y estiró los músculos. Ya se había demorado más de la cuenta. Que los «tres compañeros» —como llamaban cariñosamente los otros frailes a Angelo, Rulino y Leo— disfrutaran juntos del descanso eterno, de la misma manera que habían soportado juntos tantas penurias durante los primeros años de la orden. El apodo se había hecho tan popular que los demás hermanos llamaban a las ahora prohibidas memorias de los días de ellos tres con san Francisco sencillamente la *Legenda Trium Sociorum*, «La leyenda de los tres compañeros».

El fraile se volvió bruscamente y regresó junto a la lápida de Leo. ¿Podía ser posible que Bonaventura o algún anterior ministro general hubiese torturado a Leo o a uno de sus amigos? «¿Por qué mutilaron al compañero?», era una de las preguntas de Leo en su carta.

—Por favor, padrecito —rezó—, ¿dime a cuál de entre tus compañeros te referías? ¿Cómo puedo descubrir el porqué, cuando ni siquiera sé cuál fue de vosotros?

Una vez más, la única respuesta fue el silencio.

Uno de los buenos frailes, había pensado doña Giacoma mirando cómo Conrado se alejaba por el callejón. Lamentaba haberlo alterado, aunque también creía que era el momento de que saliera de su aislamiento. Era tan joven —un niño comparado con sus ochenta y dos años—, tan inocente. Había visto la misma ingenuidad, y tozudez, en san Francisco. Quizá tales eran las cualidades que hacían a esos hombres santos: un propósito de inspiración divina que no admitía los grises en su mundo blanco y negro del bien y del mal.

Pensó también en el relato de la joven que tanto había sufrido. La visión de la anciana se nubló al recordarlo; quería llorar de angustia por el padecer de la niña muchacha, por el de todas las mujeres, gritar de pura rabia y deshacer el viejo nudo en su estómago. Los hombres tenían tanto poder para la crueldad y la destrucción, mientras que a sus esposas, hijos y sirvientes les tocaba después apañarse con los resultados lo mejor que podían.

Cuando el mayordomo regresó de sus recados, doña Giacoma ya había decidido lo que debía hacer.

—Maese Roberto, que Gabriela prepare mi túnica azul y la toca. Tú y yo nos vamos a San Damiano. Tengo asuntos que tratar con la madre abadesa.

El hombre frunció el ceño, sorprendido. Su ama ya casi nunca salía de la casa.

—Haré venir una litera —dijo.

—Eso no será necesario —replicó la anciana—. De pronto me siento muy fuerte.



## Capítulo XVI

Al mediodía, ya le habían asignado una celda en el dormitorio de los sacerdotes y había tomado su primera comida con la mayoría de los demás frailes en el refectorio. La mayoría, no todos. Fray Bonaventura y los principales del Sacro Convento al parecer comían en otra parte —probablemente en la mesa mejor surtida de la enfermería—, cosa que a Conrado le venía como anillo al dedo. Quería pasar todo lo desapercibido que le permitiera el reducido tamaño de la comunidad, y eso significaba evitar una confrontación directa con el ministro general. Los frailes se dispersaron después de la colación, y él se fue a la biblioteca.

—¡Fray Conrado! ¡Qué agradable sorpresa! —Un fraile alto apoyó las manos en sus hombros y tocó su mejilla contra la suya—. Que la paz sea contigo, hermano.

—Lo mismo digo, Ludovico. Me alegra ver que todavía eres el bibliotecario. He visto tantas caras nuevas desde mi llegada, que creí haberme equivocado de convento.

—También encontrarás nuevas adiciones en mi colección —manifestó el bibliotecario. Conrado se fijó en las estanterías: se habían duplicado en número. También tomó nota del «mi» empleado por Ludovico, el sentido de la posesión que parecía prevalecer en aquel lugar.

A pesar de la cordial bienvenida, el correoso rostro del bibliotecario permanecía impassible como una piedra. Conrado había olvidado la nariz charla, los párpados caídos y la frente muy alta, que hacían pensar que la madre de Ludovico le había aplastado la cabeza antes de nacer. Su rostro parecía una máscara, la concepción de un artista de cómo debía ser un hombre, más que las Facciones humanas reales. «FraBruttocomelalame», lo llamaban los novicios a su espalda. El hermano Feocomoelhambre tampoco había estado en el refectorio, cosa que podía explicar la barriga que había ganado en los seis años de ausencia de Conrado.

Comparada con las bibliotecas de los grandes monasterios de los benedictinos o las escuelas universitarias, la sala situada encima de la arcada norte del Sacro Convento apenas parecía poco más que un añadido, cosa que probablemente era. Servía de biblioteca y scriptorium y cada abertura tenía su pupitre y recado de escribir. Pero las angostas ventanas, todavía más estrechas debido a los cristales emplomados que las cerraban, dejaban pasar una luz inadecuada, tanto para leer como emplomados que las cerraban, dejaban pasar una luz inadecuada, tanto para

---

leer como para copiar. Los pupitres estaban vacíos, y Conrado adivinó que los copistas hacían la mayor parte de su trabajo antes del mediodía, porque después el sol de la mañana ya no daba en la pared de la biblioteca que miraba al este.

San Francisco no había desaprobado el conocimiento en sí mismo, pero sí había desalentado el estudio en sus hijos espirituales al juzgarlo innecesario y peligroso: innecesario porque un fraile podía salvar su alma sin él; peligroso porque podía llevar al orgullo intelectual. Elías había construido el Sacro Convento muy poco después de la muerte del fundador, cuando los deseos del santo aún tenía alguna influencia. Sin embargo, ni siquiera aquel fraile mundano podría haber predicho que la orden se convertiría en una de las instituciones más cultas de la cristiandad en el plazo de veinticinco años.

El propio Conrado era incapaz de resistirse a la tentación de sacar pecho, al recordar que, entre los lectores de la orden en París, Oxford y Cambridge, Bolonia y Padua figuraban las mentes más destacadas de la Iglesia: hombres como Odo Rigaldi, Duns Escoto y Roger Bacon, que podían rivalizar incluso con aquellos brillantes frailes predicadores que eran Alberto Magno y Tomás de Aquino. Eso no significaba que los frailes menores y los frailes predicadores fuesen rivales, a pesar de los celosos intentos de los teólogos seculares de enfrentar entre ellas a las órdenes mendicantes.

Distraído por sus reflexiones, Conrado se había perdido algo que había dicho Ludovico. El bibliotecario lo cogió del brazo y lo llevó hacia una pared donde había una hilera de cajas con tapas de cristal, probablemente relicarios para los manuscritos atesorados. Más allá de las cajas, en el rincón más alejado de la sala, había varios armarios, cerrados con candados.

—Dado que tú eras su íntimo amigo, estoy seguro de que la nota te fascinará —añadió el bibliotecario—. La encontramos escondida debajo del hábito de fray Leo tras su muerte. La escribió, al parecer, muy poco después de que las heridas de Cristo fueron impresas en el cuerpo de nuestro bendito maestro.

Varios pares de guantes colgaban de unas clavijas encima de las cajas. Ludovico cogió un par y le hizo un gesto a Conrado para que siguiera su ejemplo. El bibliotecario abrió una de las cajas, sacó de ella una hoja muy sobada y la acunó en las manos. Décadas de contacto con los fluidos corporales de Leo habían oscurecido el áspero pergamino. Su mentor lo había doblado al parecer dos veces antes de guardarlo debajo del hábito, porque aparecía raspado a lo largo de los pliegues y los bordes.

El bibliotecario desplegó la nota cuidadosamente. Era poco más que un fragmento, más ancho, pero apenas un poco más largo, que la mano de un hombre. Varias anotaciones en tinta negra y roja cubrían el pergamino por ambos lados. Cuando vio

---

que Conrado tenía dificultades para descifrarlas, Ludovico leyó en voz alta el escrito más largo de la primera cara:

El Señor te bendiga y proteja  
el Señor haga brillar su rostro sobre ti  
y te conceda la gracia.  
El Señor te inunde con su luz  
y te dé la paz.

Conrado reconoció la bendición del Libro de los Números; el obispo de Asís le había repetido las mismas palabras cuando lo habían ordenado sacerdote. Debajo de la oración mosaica, el escritor había añadido: «Que el Señor te bendiga, fray Leo», y rubricaba la bendición con la letra griega tau, una cruz que se elevaba entre las letras del nombre de Leo.

El ermitaño extendió las manos enguantadas hacia el pergamino.  
—¿Puedo? —preguntó.

El bibliotecario depositó el fragmento en sus manos con el mismo cuidado de alguien que devuelve un huevo al nido de un pájaro. Conrado caminó hasta la ventana más próxima, e identificó la minúscula caligrafía de Leo en el envés. El escrito parecía ser un himno de alabanza, probablemente dictado por san Francisco a su secretario.

«Tú eres sagrado, Señor, el único Dios. Tú obras maravillas... Tú eres Tres y Uno... Tú eres todo lo bueno, Tú eres la bondad...Tú eres el amor, Tú eres la sabiduría, Tú eres la humildad, Tú eres la justicia, Tú eres la belleza, Tú eres la alegría, Tú eres la vida eterna, Tú eres grande y admirable... Piadoso Salvador».

Si bien los laudes eran magníficos y enaltecedores, también desilusionaron a Conrado. Ninguno de los mensajes mencionaba la visión del serafín que había inspirado esa manifestación de alabanza. Dio de nuevo vuelta a la hoja, y Ludovico le señaló una serie de notas escritas en tinta roja y letra pequeña. Las dos breves frases encima y debajo de la tau daban testimonio de que el propio Francisco había escrito la bendición y el símbolo.

—Fray Leo debió de añadir estos comentarios más tarde —explicó el bibliotecario. La escritura bien podía ser la de Leo, que era incluso más pequeña que la de su mentor. Ludovico recorrió luego el fragmento con la punta del dedo, para llamar la atención de Conrado sobre el párrafo más extenso, compuesto con la misma tinta y por la misma mano, encima de la bendición. Sin esperar un comentario, el bibliotecario comenzó a leer de nuevo en voz alta por encima del hombro de Conrado.

—«El bendito Francisco, dos años antes de su muerte, mantuvo un retiro de cuarenta días en el monte Laverna en honor de la bendita Virgen María, Madre de

---

Dios, y del bendito arcángel Miguel, y la mano del Señor se posó sobre él. Después de la visión y las palabras del serafín y la impresión de los estigmas de Cristo en su cuerpo, compuso las alabanzas escritas en el dorso de esta página y las escribió de propia mano, para dar gracias a Dios por la bondad que le había demostrado».

Ludovico cogió el pergamino de las manos de Conrado y lo depositó de nuevo en el relicario. El ermitaño lo siguió mientras reflexionaba sobre el párrafo que Ludovico acababa de leer y el ansia del bibliotecario por mostrárselo.

— ¿No crees, hermano, que es un tanto extraño? — preguntó.

— ¿Qué, Conrado?

— Las alabanzas. Están escritas por una mano diferente a la que escribió la bendición de Leo. Es obvio que fueron dictadas, y no obstante la persona que añadió esa nota dice que son de puño y letra de san Francisco. Eso hace que me pregunte si el fraile que tomó el dictado, que me imagino fue fray Leo, y el fraile que escribió con tinta roja, no fueron dos hombres diferentes.

Ludovico se puso tenso y se inclinó sobre el relicario, con los ojos muy cerca del pergamino. Por primera vez, Conrado pensó que había detectado un cambio en la máscara, una mueca que tiró hacia abajo de la comisura de los gruesos labios como un leve indicio de preocupación, una minúscula grieta en la armadura del bibliotecario.

Antes de que fray Ludovico pudiese replicar, Conrado añadió:

— ¿Quizá puedas indicarme dónde están las crónicas de nuestra orden?

Su vuelta al Sacro Convento había sido fácil, quizá demasiado fácil, como Conrado le comentó a doña Giacoma dos días más tarde. Estaban tomando sopa en la cocina de la dama mientras él le contaba cómo había sido su retorno. Se sentía agradecido por la sopa caliente y el calor de la gran chimenea. Los días de otoño eran casi tan fríos como las noches, y los paneles de tela encerada en las ventanas de la casa de doña Giacoma eran sólo una débil barrera contra la inclemencia del tiempo. El maestro Roberto había colocado las telas en los marcos unos momentos antes, pero Conrado se dijo que el invierno sería duro para la anciana a pesar de esa protección, de los tapices en las paredes y de las numerosas chimeneas.

— El portero que se mostró tan arrogante con el sior Iacopone y conmigo la semana pasada no pudo haber sido más amable — comentó Conrado entre cucharada y cucharada de caldo—. Admito que quizá no me reconoció. Pero además ninguno de los frailes me molesta, ni me pregunta nada. Tengo la sensación, cómo lo diría, de ser invisible. Hay algo falso en la manera cómo me tratan, o mejor dicho, no me tratan.

---

—Tonterías —afirmó doña Giacomina—. Te dije que te preocupas demasiado, hermano. Bonaventura no te molestará. ¿Has averiguado algo que añada sentido a la carta de fray Leo? No he dejado de darle vueltas desde el día en que me la mostraste.

—Todavía no.

Le habló de la nota de san Francisco a Leo, y añadió:

—También encontré una copia de la carta que Elías envió a todos los ministros provinciales después de la muerte de nuestro maestro. Copié algunos pasajes. —Sacó un rollo escrito del bolsillo del hábito.—Incluso yo debo confesar que es un hermoso mensaje. Era demasiado largo para que pudiera transcribirlo completo, pero esta parte me resultó especialmente conmovedora, porque describe los efectos de la visión en Laverna.

Conrado se aclaró la garganta y comenzó a leer:

—«Aprovecho la ocasión para comunicaros una noticia de profunda alegría: un nuevo milagro. Nunca nadie ha oído hablar antes de señales tan prodigiosas excepto en el caso del Hijo de Dios, que es Cristo nuestro Señor.

»Desde mucho antes de su muerte, nuestro hermano y padre Francisco fue visiblemente crucificado; llevaba en su cuerpo las cinco heridas, los verdaderos estigmas de Cristo. Sus manos y pies habían sido atravesados por los clavos; las heridas estaban abiertas y mostraban el color negro de éstos. Su costado estaba asimismo abierto como por una lanza y sangraba con frecuencia.

»Mientras su alma permaneció en su cuerpo, no era de apariencia gallarda; sus facciones eran poco atractivas, y a ninguno de los miembros de su cuerpo se les evitó los más agudos sufrimientos... Pero ahora que ha muerto, es hermoso de contemplar, brilla con un maravilloso resplandor, y hace que todos los que lo miran se regocijen...»

A Conrado se le hizo un nudo en la garganta e interrumpió la lectura. Levantó la mirada mientras carraspeaba, y vio que la anciana dama se frotaba los ojos.

—Fue exactamente así como lo vi la noche que lo tuve en mis brazos —dijo la mujer—, con la piel blanca como el marfil. —Después añadió—: ¿Percibes el amor en esas palabras, hermano? Elías no siempre fue un monstruo.

Se levantó, pero le hizo un gesto al fraile para que él no se moviera.

—Yo también tengo una carta para compartir contigo. Espera aquí, donde se está caliente, mientras voy a buscarla.

La dama regresó al cabo de poco con una única hoja en la mano libre mientras que con la otra manejaba el bastón.

—Esta también se la dio san Francisco al hermano Leo. Quería que yo la tuviera, en agradecimiento por los pequeños favores que le hacía. Como verás, el regalo de Leo supera con creces cualquier cosa que yo pudiese haber hecho en su beneficio.

---

Dejó el pergamino sobre la mesa, delante de Conrado. Parecía estar en mejores condiciones que la nota de la biblioteca, aunque también estaba sucio y con huellas oscuras de dedos. La carta confirmaba —incluso más que la bendición— el afecto especial que el santo sentía por su más íntimo compañero.

*Fray Leo, desea a tu hermano Francisco salud y paz.*

*Te hablo, hijo mío, como una madre. Pongo todas las palabras que dijimos en la carretera en esta frase, brevemente y como un consejo. Después, si te es necesario venir a mí en busca de consejo, te digo esto: como mejor te parezca que puedas complacer a Dios nuestro Señor, y seguir Sus huellas y Su pobreza, hazlo con la bendición de Dios y mi obediencia. Y si crees que es necesario para el bienestar de tu alma, o para encontrar consuelo, y deseas venir a mí, Leo, ven.*

Ahí tenía una verdadera carta de amor. Conrado podía imaginarse claramente la agonía de Leo durante algún período de separación de su maestro, y cómo ese mensaje de san Francisco debió de ser un bálsamo para su espíritu sangrante.

—Fray Ludovico se sentiría en la gloria si pudiese tenerla en su colección —comentó.

—Yo también lo pensé. Sé que mi tiempo se acaba, y quiero que esta joya esté donde recibirá la adecuada reverencia. Estoy considerando si no debo donarla a las clarisas de San Damiano, en agradecimiento a una merced especial.

Conrado aplaudió.

—¡Ah! Perfecto, madonna. Ésa sería sin duda la preferencia de Leo, si es que alguien que no seas tú la debe tener. Las clarisas, con su obediencia a nuestras reglas, hacen que los actuales frailes se avergüencen.

—Me alegra que lo apruebes, hermano. —Sonrió mientras enrollaba la carta y, en la mirada de sus ojos verdes, se reflejó una calma que lo dejó desconcertado.

El olor a moho de la biblioteca provocaba en Conrado ganas de estornudar. Qué contraste con los olores marinos que subían por la ladera desde Ancona hasta su ermita. Así y todo, los olores de la tinta y la cola de los encuadernadores, el suave tacto de los manuscritos cuando acariciaba las tapas de cuero, los pasillos de títulos latinos divididos claramente por categorías, hacían que Conrado sintiese una ligera nostalgia de sus tiempos de estudiante. También agradecía el profundo silencio del lugar, donde podía hojear sin interrupciones y casi solo entre las estanterías.

Por extraño que parezca, fue mientras buscaba en una estantería vencida por el peso de guías clasificadas eclécticamente cuando Conrado encontró el primer indicio de algo relacionado con la carta de Leo. Confundido entre recetas para la victoria en

---

las cruzadas y obras como *De inquisitione*, de David von Augsburg, y *Summa contra haereticos*, de Iacopo di Capelli, donde se describían los deberes y la conducta de los frailes inquisidores, que ahora se contaban por centenares. Conrado también hojeó las guías ilustradas para predicadores: *Liber de Virtutibus et Vitiis*, *Dormi Secure*, de Servasanto da Faenza, así como numerosas obras ejemplares, todas con moralejas al parecer extraídas de fábulas, bestiarios y romances, todo muy vívido pero, para la mente de Conrado, muy poco edificante. ¿Cómo podían los predicadores creer que sus parábolas de unicornios, dragones y antílopes elevaban las mentes de su público a Dios? San Francisco, como Jesús, predicaba con ejemplos caseros. «Un sembrador fue a plantar la semilla», imágenes que la gente común podía entender.

Sin embargo, la estantería más atractiva para Conrado era la de guías espirituales, porque descubrió allí dos libros de su maestro de la universidad, Gilbert de Tournai. La mayoría de estos manuscritos se centraban en la crucifixión y apelaban a las emociones, pero algunos mostraban la racionalidad de las mentes germánicas, como *De Exterioris et Interioris Hominis Compositione*, de Von Augsburg. Ludovico había destinado dos estanterías completas a las guías escritas por el prolífico Bonaventura y, finalmente, entre éstas, Conrado escogió un pequeño tratado *De Sex Alis Seraphim*, «Referente a las seis alas del serafín».

Fiel a su mente lógica y su formación escolástica, Bonaventura describía cómo cada una de las seis alas representaba una etapa del desarrollo espiritual. Conrado admiró su astuta utilización de un símbolo que tenía un significado especial entre la hermandad. Lo que sorprendió a Conrado fue encontrar la misma imagen empleada de nuevo y repetidamente en el siguiente de los libros de Bonaventura que cogió.

«Mientras estaba en el monte Laverna... acudió a mi mente el milagro que le ocurrió al bendito Francisco en este mismo lugar: la visión del alado serafín con la forma del Crucificado... Vi de inmediato que esta visión representaba el éxtasis de nuestro padre en la contemplación y el camino por el que se alcanza dicho éxtasis».

Era evidente que la imagen del serafín ejercía una fascinación especial para Bonaventura. Pero ¿qué había querido decir al escribir «esta visión representaba el éxtasis de nuestro padre en la contemplación?». ¿No había experimentado acaso san Francisco una visión real? ¿Toda la historia era sólo una representación simbólica? Seguramente no, pero...

De haber sido cualquier otro autor, quizá Conrado hubiese decidido no hacer caso de una distinción aparentemente trivial, pero Bonaventura tenía una mente en extremo legalista. Él también había sido lector durante un tiempo en la escuela de los frailes en París, contemporáneo y amigo de Tomás de Aquino. No escogía las palabras al azar. Conrado se llevó el libro a un pupitre y tomó sus notas. Se preguntó cuántos avemarias podría rezar esa vez antes de que apareciera Ludovico. Durante su primer día en la biblioteca, había descubierto que el rasgar de la pluma sobre los

---

trozos de pergamino atraía a Ludovico con la misma rapidez y fuerza con que el imán atrae al hierro.

«Aquí viene», pensó Conrado, al oír el roce de las sandalias del bibliotecario detrás de él.

—Ah, el *Itinerarium mentis in Deum* —dijo Ludovico mientras miraba el pupitre con aparente desinterés. —Una obra excelente. Fray Bonaventura se sentirá complacido al saber que te has convertido en un estudioso de sus escritos.

«Cosa de la que estoy seguro que le informarás durante la cena», se dijo Conrado. Sintió una repentina necesidad de releer la biografía de san Francisco escrita por el ministro general. Quería echarle otra ojeada a ese serafín. Si en el proceso se encontraba con el ciego mencionado en la carta de Leo, mejor que mejor.



## Capítulo XVII

Con las primeras luces del alba, Conrado se apresuró a entrar en la biblioteca con los copistas. Las horas de luz solar disponibles se acortaban con el paso de los días a medida que el calendario se acercaba a la víspera de Santa Lucía, la noche más larga del año.

El fraile fue directamente a las estanterías donde estaban las crónicas de los principios de la orden. Para su desilusión, no había más que unas pocas breves biografías de los santos no canonizados pertenecientes a ésta, la historia de los primeros frailes en Anglia, de Thomas de Eccleston, y una crónica similar de Giordano di Giano que describía la expansión de la orden en Gernania. No había nada de Umbría, la cuna de todo el movimiento, un hueco que el oculto manuscrito de Leo podía llenar perfectamente.

Las copias de la Legenda Major de Bonaventura ocupaban el resto del espacio disponible en la estantería. Los escribas que trabajaban en los pupitres duplicaban la misma obra: un efecto colateral del infame edicto de 1266. Además de prohibir las primeras leyendas, los ministros provinciales habían ordenado que todas las casas de la orden debían tener por lo menos una copia de la historia de Bonaventura. Periódicamente, el Sacro Convento enviaba a las provincias a los frailes visitantes, y cada visitante llevaba una acémila cargada con estas copias. Refiriéndose a eso, fray Leo le había dicho a Conrado que los visitantes de los tiempos de Elías tendrían que haberse llamado «hermanos sanguijuelas», porque regresaban a Asís con sus animales cargados con los tesoros que les sacaban a los ministros provinciales con la promesa de mantenerlos en sus cargos. Traían de todo: desde copas de oro a valiosas cestas de pescado salado.

Ludovico había colgado una copia del edicto en la estantería de las Crónicas. Cada vez que pasaba por delante, Conrado se sentía dominado de justa indignación por todos aquellos primeros frailes, quienes, en efecto, habían sido rechazados por su honestidad.

«El capítulo general ordena bajo obediencia que todas las leyendas escritas sobre el bendito Francisco deberán borrarse, dado que la Leyenda escrita por el ministro general ha sido compilada tal como la escuchó de boca de aquellos que siempre estuvieron con el bendito Francisco y tenían certero conocimiento de todo».

---

«¿De boca de aquellos que siempre estuvieron con Francisco?» Desde luego que no de Leo, Rufino, Angelo Tancredi, o cualquier otro del círculo de íntimos.

Conrado se enteró del edicto cuatro años después de su publicación, cuando visitó a Leo en 1270, el año anterior a la muerte de su mentor. Leo calificaba la leyenda oficial de Bonaventura de auténtico desastre, el retrato de un santo de yeso alejado del mundo real, instalado en un nicho inaccesible donde la gente ya no podía tocarlo, una absoluta distorsión del Francisco al que él había seguido. Ése no era el ser vital que en su juventud encabezaba las parrandas de primavera por las calles de Asís como rey de los Tripudianti, que derrochaba el dinero de un padre indulgente para vivir siempre a la última moda. El manirroto, el trovador, el bufón había sido «borrado», ya sólo quedaba el milagrero.

«Le han chupado la sangre y el espíritu —afirmó Leo—. Lo han desangrado como hacen los físicos, como si su humanidad fuese algún veneno mortal que debe ser eliminado para preservar su santidad. Todos los hermanos espirituales lo lamentan».

Pero no sólo lo lamentaban. Leo le confió que muchos de los exiliados habían ocultado los manuscritos que poseían; las clarisas de San Damiano habían hecho lo mismo. Fue entonces cuando le pidió a Conrado que preservara y copiara su propia crónica de la orden. Si bien el manuscrito de Leo no contenía las respuestas que Conrado buscaba ahora, era claramente un vínculo importante con el pasado de los frailes. Conrado se estremeció al recordar que sólo él y Amata sabían de la existencia del pergamino. Debía decírselo a doña Giacoma a la primera oportunidad, por si acaso era víctima de algún daño que le impidiese regresar a su ermita. No se podía confiar en la muchacha y, en cualquier caso, ella estaba confinada de nuevo (gracias fueran dadas a Dios) en su convento.

Conrado abrió la Legenda Major con todos estos conflictos rondándole por la cabeza. Rezó al Espíritu Santo para que le otorgara la gracia del conocimiento y la sabiduría, y buscó directamente el capítulo trece, el del serafín.

### CAPUT XIII

#### DE SUS SAGRADOS ESTIGMAS

Dos años antes de devolver su espíritu al cielo, Francisco fue conducido por la divina providencia a una montaña llamada Laverna. Allí comenzó un ayuno de cuarenta días en honor de san Miguel Arcángel..

A través de la divina inspiración supo que si abría los evangelios, Cristo le revelaría la voluntad de Dios. Después de rezar con mucha devoción, cogió el libro de los evangelios del altar y le pidió a su compañero, un devoto y sagrado fraile, que lo abriera tres veces en el nombre de la Santísima Trinidad. Cada vez se abrió en la pasión del Señor, y así fue como Francisco comprendió que debía comportarse como Cristo en la aflicción y el dolor de su pasión... Su cuerpo ya estaba muy debilitado

---

por la gran austeridad de su vida pasada y la continua carga de la cruz del Señor, pero se sintió más inspirado que nunca para soportar cualquier martirio...

Hacia la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, mientras rezaba en la montaña, Francisco vio a un serafín con seis magníficas y resplandecientes alas que bajaba de los cielos. La visión descendió rápidamente y se detuvo en el aire muy cerca de su persona. Entonces vio entre las alas la imagen de un hombre crucificado, las manos y los pies clavados en una cruz... Francisco se quedó extasiado... transido de gozo por la manera en que Cristo lo miraba tan misericordiosamente detrás de la apariencia de un serafín, pero el hecho de que Él estuviese clavado a una cruz le atravesaba el alma con una espada de compasión.

Cuando la visión se desvaneció, dejó en su corazón un maravilloso ardor e imprimió en su cuerpo unas marcas milagrosas... Sus manos y pies estaban atravesados por clavos, las cabezas de los cuales se veían en las palmas y los empeines de cada pie, mientras que las puntas sobresalían por el lado opuesto... Su costado derecho parecía haber sido atravesado por una lanza y había en él la marca de una herida roja que sangraba a menudo y le manchaba el hábito y las prendas interiores.

Cuando el siervo de Cristo comprendió que no podía ocultar los estigmas impresos tan visiblemente en su cuerpo, se sintió dominado por la agonía de la duda... Llamó a algunos de los frailes y les preguntó en términos generales qué debía hacer. Uno de ellos, que se llamaba *Illuminato*, fue tocado por la gracia y se dio cuenta de que había ocurrido algún milagro porque el santo aún estaba aturdido. Le dijo: «Hermano, recuerda que cuando Dios le revela divinos secretos a alguien, no sólo van destinados a él». El hombre santo a menudo decía, *Secretum meum mihi, mis secretos son míos*, pero cuando escuchó las palabras de *Illuminato*, describió la visión en detalle, y añadió que aquel que se le había aparecido, le había dicho muchos secretos que no podía revelar a ningún hombre mientras viviese.

Conrado apartó la mirada de sus notas y vio a fray Ludovico rebuscando en una estantería cercana a su pupitre.

—¿Puedes decirme, hermano, por qué el nombre «*Illuminato*» me suena conocido? —preguntó—. ¿Tuvo algún desempeño importante en la temprana historia de nuestra orden?

—Creo que encontrarás la respuesta en el capítulo noveno —respondió el bibliotecario—. Fray *Illuminato* acompañó a san Francisco cuando éste viajó a Egipto. Estaba con nuestro maestro cuando intentó convertir al sultán y cuando emprendió el camino de regreso a través de la Tierra Prometida.

—¿Donde san Francisco contrajo la enfermedad de los ojos que le produjo la ceguera?

—Eso es lo que he oído decir. El ardiente sol de Tierra Santa debió de darle directamente en los ojos.

---

Ludovico volvió a su estantería. Conrado añadió a sus notas una frase de la carta, de Leo. «El primero de Tomás marca el comienzo de la ceguera», escribió, y lo subrayó tres veces. Se mordisqueó la uña del pulgar y golpeó con la pluma la tapa del pupitre. ¿Podía ser que el propio Francisco fuera el «ciego» de Leo? Pero ¿dónde había comenzado la ceguera, si no en el este?

Mientras contemplaba la frase, el escriba del pupitre que tenía delante, un fraile no mayor que él, movió sus inmensas posaderas en el taburete para darse la vuelta y mirar a Conrado con sus ojos llorosos.

—Te he oído preguntar por fray Illuminato —dijo. Mientras hablaba, el fraile se enjugó los ojos, que parecía tener constantemente irritados—. Precisamente la semana pasada, oí a algunos de los hermanos mayores hablar de Illuminato. Uno mencionó que había sido secretario de fray Elías después de que a éste lo eligieran como ministro general.

A Conrado casi se le cortó la respiración. En los tiempos de Elías, el trabajo de los secretarios como Illuminato —y Leo antes que él— aún se describía con el viejo término «amanuense». La edad del compañero de viaje de Zefferino, tal como lo había descrito Amata, y el nombre por el que el pica había identificado al hombre, parecían estar vinculados.

Ludovico, que sólo se había apartado unos pasos del pupitre de Conrado, se apresuró a sumarse a la conversación.

—El hermano tiene razón. Había olvidado ese detalle de fray Illuminato.

Quizá Illuminato también había sido el fraile consultado por Bonaventura para escribir su leyenda, pensó Conrado, uno de aquellos que «siempre estaban con el bendito Francisco y tenían certero conocimiento de todo». Qué curioso que Bonaventura lo identificara con su nombre en ese capítulo mientras que no mencionaba el nombre del fraile que había abierto las escrituras para Francisco, y que seguramente había sido Leo.

—¿Fray Illuminato todavía vive? —preguntó Conrado.

—Sí, aunque naturalmente es muy viejo —respondió el bibliotecario.

—¿Lo bastante viejo como para necesitar un burro cuando viaja?

Fray Ludovico sonrió con una expresión amable.

—Dudo mucho que esté en condiciones de viajar.

—Pues no, hermano —le contradijo el joven fraile—. Pasó por Asís la semana pasada y se detuvo para entrevistarse con fray Bonaventura. Por eso salió su nombre en la conversación de los hermanos. Es una pena que no pudieras verlo, fray Conrado.

---

—Sí. Es una pena —manifestó Conrado—. Pero gracias de todas maneras a ambos por vuestra ayuda.

—Ya está bien de tanta charla —añadió el bibliotecario—. Impides que fray Conrado continúe con su trabajo y tú no haces el tuyo.

El fraile agachó la cabeza, dolido por el reproche.

—Sí, hermano. —Se volvió de nuevo en el taburete y se aplicó a la tarea.

«Entonces el tal Illuminato todavía viaja, a pesar de las dudas de Ludovico. Si resulta ser el viejo que encontró Amata, algo que ahora parece más que probable, Bonaventura ya sabe todo lo que un secretario experto ha podido recordar de la carta de Leo».

Con la conversación interrumpida por el momento, el bibliotecario continuó con sus tareas, aunque sin perder de vista al locuaz escriba. Conrado se ocupó de nuevo de sus notas sobre la visión del serafín. Subrayó una sola palabra del largo pasaje de Bonaventura: Illuminato.



## Capítulo XVIII

—*Avanti! Avanti, ciuco testarudo!*

Illuminato acicateó al burro con las sandalias y le fustigó las ancas. Cuanto más subían por encima del lago Trasimeno y el plácido valle del Chiana, más recalcitrante se mostraba el animal. En lo alto, Illuminato veía Cortona, la orgullosa ciudadela etrusca. Siniestra en su arrogancia, aislada y amenazadora entre las montañas nevadas, Cortona había sido una muy adecuada morada para los últimos años de Elías como un paria. A pesar de las advertencias de Illuminato para que dominara su ambición, fray Elías se había comportado como un príncipe mundano, con sus gordos palafrenes, sus jóvenes seculares vestidos con trajes multicolores que lo servían como los pajes de un obispo, y sus exquisitas comidas preparadas por su cocinero personal. Ayudado en su ambición por el experto torturador que era el jefe de sus mazmorras, se había hecho con el poder absoluto en la hermandad. Una década más tarde, los hermanos, con la ayuda del papa, lo habían puesto de rodillas.

Mientras Illuminato se sacudía con el brusco andar del burro, se dijo que Bonaventura podría haberle enseñado mucho a Elías sobre cómo atemperar la ambición con la paciencia. El ministro general llegaría mucho más alto en la jerarquía eclesiástica que cualquier otro fraile, pero incluso cuando lo ascendieran, quizá hasta el papado, sería con la insistencia de los príncipes de la Iglesia.

Illuminato también había esperado, mientras las ruedas de los años molían lentamente y cada vez más fino. «Mi recompensa está asegurada.» Bonaventura se lo había prometido cuando el anciano fraile le había informado del mensaje de Leo a Conrado.

Desmontó en la plaza principal de la ciudad y llamó a una pareja de chiquillos que jugaban sin preocuparse del gélido viento que les levantaba las andrajosas túnicas.

—Fratellini, necesito ayuda para subir la calle —les dijo—. Dios os recompensará si me ayudáis a mí y a mi burro a llegar a la iglesia.

Los chiquillos lo miraron con curiosidad y uno de ellos le respondió con unas palabras ininteligibles. Illuminato contestó al dialecto local con una serie de gestos, se sujetó los riñones, señaló la empinada calle, y repitió cien veces: «Chiesa, chiesa». Por fin entendieron, y se acercaron tímidamente.

---

Por encima de la ciudad, Elías había construido una réplica en pequeño de la basílica que había erigido en Asís. Incluso después de que el papa lo expulsara de la orden, incluso después de haber ido al otro extremo del imperio y compartido la excomunión de Federico, Elías seguía llevando el hábito gris de los frailes, como también habían hecho la docena o poco más de hermanos que se habían mantenido leales a él. Cuando finalmente se retiró a Cortona, intentó reproducir parte de su pasada gloria, y construyó para ello un convento y una iglesia que llevaba el mismo nombre, y tenía la misma fachada, que la famosa basílica. También había edificado una ermita de piedra para él. De alguna manera había llevado a cabo un acto de contrición en su lecho de muerte, y el sacerdote local lo había absuelto y lo habían enterrado en su iglesia. Illuminato se dijo: «Debo de ser el primer peregrino que visita la tumba de un ministro general caído en desgracia».

Ir a Cortona no había sido idea suya. Había accedido, aunque a regañadientes, a la sugerencia de Bonaventura de que aquel remoto lugar era el sitio ideal para esperar su nombramiento. No sería prudente dejar que Conrado lo interrogara. Una vuelta más de la rueda antes de ver satisfecha su ambición.

Pero qué recompensa la suya: obispo de Asís. Desde el palacio del obispado, muy cerca del Sacro Convento, podría satisfacer su ansia de involucrarse en la política de la orden y gozar de toda la información confidencial que acompañaba al cargo. Durante un tiempo había llegado a considerar seriamente que lo habían enviado a su anterior cargo para que se muriera de aburrimiento: padre confesor de un convento de las clarisas, donde no hacía más que asentir gravemente (o asentir medio dormido) mientras aquellas almas inocentes recitaban sus letanías de pecadillos. Gracias a un golpe de suerte —el encuentro casual con el chico en la carretera en las afueras de Ancona— se había colocado en el centro de lo que prometía ser un torbellino. Notó que la sangre le corría por las viejas venas con renovados bríos. Bonaventura había comprendido en el acto la importancia de la carta de Leo, el peligro que representaba para la credibilidad de la orden. En un primer momento, el general había reaccionado a la noticia con su típica sangre fría. «Dejemos que Conrado venga —dijo, mientras hacía girar el anillo en el dedo—. Se marchará sabiendo tan poco como cuando llegó.»

«¿Qué pasará si por azar tropieza con la verdad?», había querido saber Illuminato.

«En ese caso, no se marchará».

Claro que entonces Illuminato había tenido que contarle a Bonaventura el resto de su relato, cómo se había tomado la libertad de ordenar la detención de Conrado si pasaba por Gubbio. Se asustó por un momento al ver un muy leve fruncimiento del ceño. Pero luego la amplia frente se despejó. El ministro general unió las manos por un momento y a continuación hizo sonar la campanilla que tenía sobre la mesa. Su secretario, Bernardo da Bessa, debía de estar esperando al otro lado de la puerta, porque entró en el acto con la tablilla de cera y el estilo.

---

—Fray Illuminato, repite lo que me acabas de decir. Dale también a fray Bernardo las notas que tomaste en Fossato di Vico, lo que recordabas de la carta de Leo.

Cuando el secretario acabó su cometido, el ministro general repitió su agradecimiento y afirmó que la rápida acción de Illuminato recibiría una adecuada compensación. El obispo de Asís había fallecido hacía poco, y el cargo estaba vacante, pendiente de la coronación del nuevo papa. Bonaventura ya tenía preparada sobre la mesa una carta al pontífice en la que solicitaba que uno de sus frailes fuese designado para este puesto secular.

—Tebaldo Visconti da Piacenza es un amigo personal. Compartimos las mismas opiniones sobre las carencias y la corrupción de la clerecía secular. Preferiría ver a más frailes en los puestos de poder.

El corazón de Illuminato se colmó de alegría cuando el ministro general dio a entender que él, con sus años de sabiduría, por no mencionar su clara comprensión de la necesidad de acabar con la desunión en la orden, sería el fraile perfecto para ocupar la vacante. Como ministro general, sería un placer afirmarlo en una posdata de su carta.

Pero Bonaventura había hecho esa promesa antes de que dejaran el cadáver del chico en la puerta del Sacro Convento. El incidente podría haberse solventado, sin muchas explicaciones, de no haber sido porque por la tarde de ese mismo día, un grupo de frailes trajo a fray Zefferino, muerto de sed, medio ciego y delirando sobre un ángel vengador con ojos flamígeros. El chico tenía alguna relación con ese terrible espíritu. El fraile herido también balbuceo que Conrado, gracias a tan milagrosa intervención, había evitado la captura. Luego, para empeorar todavía más las cosas, se habían presentado dos frailes del convento de la orden en Gubbio buscando a un hermano desaparecido.

—Está muerto —declaró Zefferino cuando Illuminato llevó a los frailes a la enfermería. Miró al viejo con una expresión feroz en el ojo bueno y añadió—. Asesinado por el chiquillo que le llevó la carta a Conrado. Vaya paga que hemos recibido por nuestros esfuerzos, ¿no, hermano?

Illuminato prefirió no decir nada de la promesa de Bonaventura.

Durante toda la semana siguiente, el anciano sacerdote evitó encontrarse con el ministro general. Bonaventura detestaba cualquier estorbo en las perfectamente organizadas actividades del Sacro Convento, y eso incluía la muerte y mutilación de postulantes y frailes. Finalmente, sin embargo, Illuminato ya no pudo seguir eludiendo a su superior. Bonaventura lo mandó llamar.

—Conrado está en Asís. Se aloja con la viuda Frangipane y esperamos que se presente aquí cualquier día de éstos. Tu burro está bien descansado. Te recomiendo que vayas a presentar tus respetos ante la tumba de tu antiguo superior. No dudo de que tus plegarias le harán mucho bien.

---

—¿Qué pasa con el obispado?

—Te enviaré un mensaje a Cortona cuando sea el momento adecuado.

Illuminato no tuvo más alternativa que hincar la rodilla, besar el anillo de sello de Bonaventura, y marcharse. Sin embargo, mientras se levantaba, tocó con la punta del dedo el resplandeciente lapislázuli en la montura de oro.

—Estoy seguro de que comprendes que Conrado es una amenaza, como mínimo indirecta para la Hermandad de la Tumba.

—Ya lo he considerado —replicó Bonaventura—, aunque en la carta, tal como tú me la has repetido, no hay nada que apunte en esa dirección.

Ahora, mientras se acercaba al final de su viaje, Illuminato se sintió más como un exiliado que como un futuro obispo. Apoyado en uno de los chiquillos que le servía de bastón mientras el otro guiaba el burro y hablaba con su amigo en su endiablado dialecto, el sacerdote fue subiendo por las sinuosas calles hasta la iglesia. Repitió las bendiciones a los chiquillos mientras ataba al animal, y entró en el templo con la intención de encontrar a alguien que pudiese guiarlo a la tumba de Elías.

La nave de la iglesia aparecía fría, oscura y desierta como una caverna. Caminó arrastrando los pies a través del húmedo interior hacia la solitaria lámpara de aceite que ardía en el crucero y llamó a la puerta lateral que conectaba con el convento. El hermano de ojos de venado que atendió la llamada parecía tan consumido y mustio como la propia iglesia.

—Per favore, hermano, enséñame dónde está la tumba de fray Elías —le pidió Illuminato.

El fraile se encogió de hombros.

—Un momento. —Desapareció en la sacristía y después volvió con un candil—. Sígueme.

El hombre llevó a Illuminato detrás del altar principal y lo hizo entrar en un cuarto que parecía servir de almacén. Había en él bancos amontonados de cualquier manera contra las paredes. Pilas de mohosos manuscritos cubrían una mesa colocada en el centro y había más en el suelo debajo de la misma. El fraile apartó de un puntapié una de las pilas, y se levantó una nube de polvo. Después se puso a gatas, apartó el polvo que ocultaba una de las grandes lajas de piedra, y dejó al descubierto el nombre de Elías.

—Aquí —dijo el fraile.

¿Aquí? ¿Eso era todo lo que aquel fraile imbécil tenía que decir, aquí? ¿Cómo podía ser que aquel extraordinario líder al que Illuminato había servido durante una docena de años, cuyo genio como político y arquitecto había admirado una vez todo el mundo civilizado, estuviese convirtiéndose en polvo debajo de una mesa? Al sacerdote se le revolvió el estómago ante la indignidad del final de Elías.

---

—¿Es que nadie vigila sus huesos?

—Ja. Eso sí que complacería a su alma presuntuosa, creer que alguien pudiese codiciar sus huesos. Además, ni siquiera están aquí. Después de su muerte, un hermano custodio los sacó de la iglesia y los arrojó en la ladera que hay detrás. Se los llevaron los lobos. —El fraile soltó una risa desabrida—. Si quieres encontrar sus indignas reliquias, busca polvo blanco en el montón de mierda de lobo más cercano. —El hombre miró a Illuminato. Su rostro y su voz no reflejaron la más mínima emoción cuando añadió—: *Sic transit gloria mundi*, hermano.

—No puedo decir si llegué a conocer a fray Illuminato —le respondió doña Giacoma a Conrado—. Había tantos frailes, incluso en aquellos primeros días. No recuerdo haber oído su nombre entre quienes acompañaron a san Francisco a Roma. —Estaba sentada delante del fuego en la sala principal de su casa, con una piel de lobo sobre las rodillas, y una expresión de contento en su rostro iluminado por las llamas.

—Pero ¿y más tarde, cuando sirvió a Elías? —insistió Conrado.

—Como te dije, apenas volví a hablar con fray Elías después de que escondiera las reliquias de san Francisco.

Conrado acercó sus notas a la luz mientras buscaba entre las páginas. Alzó la mirada cuando Pío entró en la habitación con una fuente de galletas.

—Mamma insistió en que las trajera ahora que están calientes, madonna.

La dama sonrió con un gesto a su invitado.

—Las preferidas de nuestro maestro —manifestó mientras el chico le ofrecía la bandeja a Conrado—. Marzipan. Traje conmigo una pequeña caja de estas galletas a Asís cuando me enteré de la condición de san Francisco, junto con la tela para su mortaja. Le encantaba el sabor de las almendras, y para él las hacía con la forma de la cruz. —Los ojos de gato brillaron de alegría al recordarlo—. Hoy, la cocinera las ha hecho como aureolas, en honor a que está próxima la festividad de Todos los Santos.

Conrado cogió una de las galletas y dejó que el azúcar se fundiera durante un momento en la lengua antes de masticala. Aún le quedaba mucho por aprender del verdadero ascetismo si un santo como Francisco no consideraba que comer galletas pudiese disminuir su fervor. Por su parte, debía admitir que la infinita variedad de exquisiteces que preparaba la cocinera podía tener casi tanto que ver con la frecuencia de sus visitas a la casa de doña Giacoma como su interés por los recuerdos de la dama. Le gustaba creer que, a través de ellos, quizá llegaría a estar más cerca de san Francisco. Lanzó al fuego las migas que habían caído sobre las hojas y continuó buscando hasta dar con otra sección de la Leyenda de Bonaventura.

---

—Aquí hay una segunda descripción de los estigmas, de la época en que murió Francisco. Bonaventura escribe de un caballero llamado Giancarlo. Me pregunto si quizá se trate del alcalde que mencionaste, el que ayudó a Elías a llevarse el cuerpo del santo.

Tradujo del latín:

—«En sus benditas manos y pies se veían los clavos formados milagrosamente en su carne por Dios... tan incrustados en la carne que, cuando se los empujaba por un lado, de inmediato sobresalían por el otro... La herida en el costado, que no había sido infligida en su cuerpo ni era el resultado de ninguna acción humana... era roja, y la carne se veía contraída como en un círculo, con lo que parecía la más hermosa de las rosas, el resto de su piel, que antes tendía a ser oscura, tanto naturalmente como por la enfermedad, ahora mostraba un blanco resplandeciente, como un anuncio de la gloria del cuerpo de los santos en los cielos...

»Uno de aquellos a los que se les permitió ver el cuerpo de san Francisco era un educado y prudente caballero llamado Giancarlo. Incrédulo como el escéptico Tomás, ferviente y atrevidamente, a la vista de los frailes y los muchos ciudadanos, no vaciló en mover los clavos y tocar las manos, los pies y el costado. Mientras palpaba las marcas, la herida de la duda en su propio corazón y en los corazones de los demás se desvaneció».

Doña Giacoma asintió.

—Ése debía de ser Giancarlo di Margherita, un hombre descarado, incluso antes de que los ciudadanos lo nombrasen alcalde. Recuerdo muy bien la escena: destacaba con su toga roja y la capa de armiño. —Cerró los ojos—. Sí, y llevaba una gorra de marta cebellina; un gallo de riña entre polluelos, muy atildado y presuntuoso entre los frailes de hábito gris. Durante años, habló de esta experiencia. Se convirtió en un incansable defensor de los estigmas frente a todos los escépticos.

—¿Escépticos? ¿Había escépticos?

—Oh sí, muchos. La duda, mezclada con los celos, especialmente entre las otras órdenes. Por supuesto ellos no habían visto lo que nosotros.

Conrado se rascó la barbilla afeitada.

—Perdí la oportunidad de hablar con Illuminato. ¿Sabes si este Giancarlo todavía vive?

—Eso no lo puedo decir. Se retiró a su finca en Fossata di Vico, hace casi dos décadas. No lo he vuelto a ver en Asís desde entonces, ni tampoco lo he oído mencionar.

Conrado recogió las notas y las apretó contra su pecho con las dos manos. Cerró los ojos a la espera de la inspiración, mientras la luz del fuego teñía de rojo sus

---

párpados. Nada. En su mente no había más que un sinfín de preguntas tan intrigantes como siempre.

—Quiero que guardes estas notas para mí —acabó por decir—. Algún día estos fragmentos me hablarán con una única voz y todo estará claro, pero todavía no. Mañana pienso pedirle a fray Ludovico «el primero de Tomás», y no sé cómo responderá. Quizá me encuentre pisando un pantano o de pie en el borde de un precipicio. Tal vez, Dios mediante, consiga encontrar el puente que cruza el vacío.

Maese Roberto entró de puntillas en la sala mientras Conrado hablaba.

—*Scusa, Giacomina*. La habitación está preparada para que la veas tan pronto como te desocupes.

—Excelente. Grazie, Roberto. —La anciana miró a Conrado con una expresión serena—. No sé si te dije que mis dos hijos murieron sin descendencia. Nunca he tenido nietos. Es un triste destino sobrevivir a tus retoños. Durante todos estos años nunca he abierto o tocado nada de su antigua habitación. Para mí, se convirtió en un torbellino que arrancaba la alegría de mi pecho cada vez que entraba en ella. Sin embargo, eso está a punto de cambiar. Mandé que la pintaran y ordenaran.

Conrado esperó la explicación, pero ella evidentemente estaba de un humor enigmático. Sólo dijo:

—Todos tenemos nuestros vacíos que llenar.

—¿El primero de Tomás? Faltaría más, hermano.

Conrado se sentó en su taburete, atónito, mientras Ludovico iba en busca del texto. Había sido demasiado fácil. Era como si el bibliotecario estuviese acostumbrado a que se lo pidieran todos los días.

Ludovico volvió cargado con un enorme tomo. Cuando lo dejó delante de Conrado, el pupitre crujió y se bamboleó sobre las delgadas patas.

—No me imagino cómo te has enterado de que lo tenía, pero eres bienvenido a verlo. Es mi más reciente adquisición. Recibimos una de las primeras copias sólo por la amistad personal de fray Bonaventura con Tomás cuando ambos enseñaban en París.

Conrado se quedó perplejo al escuchar la explicación. ¿Era posible que el ministro general fuese lo bastante viejo como para conocer a Tomás da Celano? Posiblemente. Pero nunca había oído que Tomás hubiese enseñado, o ni siquiera que hubiese estado en París. Sonrió vagamente mientras el bibliotecario se volvía, levantó la tapa de cuero y echó un vistazo a la página de los títulos:

SUMMA THEOLOGTCA

---

auctore Tomás de Aquino

Y debajo del título, en letras pequeñas: Líber Primus.

La Summa, el primer libro de Tomás de Aquino. Conrado gimió por lo bajo. El muy zorro de Ludovico. Con razón había sido tan acomodaticio. Había estado preparado para la petición de Conrado. Al parecer, fray Illuminato había recordado bien y había transmitido esa parte del mensaje de Leo.

El fraile midió el grosor del volumen con la mano abierta desde el meñique al pulgar. Leer todo el libro le llevaba el resto del otoño. «Soy capaz de jugar a vuestro juego —pensó—. Tengo tiempo y paciencia.» ¿Quién podía decir que aquél no era el Tomás que Leo quería que leyese? Sin duda había oído hablar de la obra antes de morir. Quizá se refería a una ceguera espiritual o teológica, y no en absoluto a un hombre ciego. Con un suspiro, volvió al texto y comenzó:

## PRIMERA PARTE TRATADO SOBRE DIOS

### Pregunta I La naturaleza y la extensión de la sagrada doctrina

(en diez artículos)

Conrado miró a través de los cristales emplomados de la ventana. A pesar de la bruma que cubría los campos ocres muy abajo, distinguió el punto donde el Chiagio se unía al Tíber en su sinuoso camino hacia Roma. Abrió la boca en un amplio bostezo. Dentro de dos meses no tendría ninguna duda sobre la identidad del hombre ciego. ¡El ciego sería él mismo!



## Capítulo XIX

*Hic vobis, aquatiliū avium more, domus est.*

—¿Santidad? —Orfeo se volvió hacia el papa, que estaba junto al capitán de la galera debajo de una toldilla de seda blanca. Tebaldo Visconti apartó la bujeta que ocultaba parcialmente su rostro.

—¿Conoces los poetas, Orfeo? —preguntó Tebaldo.

—Sólo aquellos que aprendí en la infancia.

—Cassiodorus escribió de esta ciudad: «flotando en las olas como una ave marina».

El marino se protegió los ojos y miró más allá de las olas que rompían contra la proa, la ciudad en el horizonte. No vio el parecido. Si había que comparar a Venecia con alguna cosa, pensó que debía hacerse con un tesoro anclado que se negaba a hundirse a pesar de los repetidos esfuerzos de los emperadores y las potencias vecinas por apoderarse de sus riquezas. Cuando en una ocasión Pepín, el hijo de Carlomagno, amenazó con cortar los abastecimientos de Venecia, los altivos ciudadanos respondieron a la amenaza arrojando hogazas de pan a sus tropas.

—El comienzo de vuestra bienvenida —anunció el capitán, al tiempo que señalaba a proa. Una flotilla de galeras corría delante del viento con las velas hinchadas para recorrer las leguas que quedaban entre el convoy del papa y el puerto detrás de ella. Numerosas como un cardumen de anchoas surcaban las aguas y, a medida que se acercaban, Orfeo pudo oír el cada vez más sonoro griterío de las tripulaciones: «Viva papa! Viva papa!». Las galeras de guerra, con sus elevados mástiles, varias cubiertas y castillos, pasaron como enormes montañas entre la flotilla a medida que las galeras venecianas se apartaban para abrirles un pasillo. El papa salió de debajo de la toldilla y levantó los brazos para responder a los vivas de los marinos, sin soltar la bujeta.

—Efectivamente, aquí comienza —murmuró.

«Pues para mí aquí termina», pensó Orfeo. Había llegado a estimar a Tebaldo en el transcurso de las semanas que habían pasado juntos, pero también estaba impaciente por acabar con la obligación y ser de nuevo dueño de su destino.

---

Al entrar a puerto, las galeras cedieron paso a las embarcaciones menores: los pequeños grippi que traían vino de Chipre y Creta; las sandoli de fondo plano; las barcazas de pesca y los braggozzi con velas utilizados por los pescadores de Chioggia. Incluso las balsas que empleaban los estibadores para descargar los grandes bajeles de carga se hundían en el agua por el peso de los trabajadores que gritaban vivas al pontífice.

Orfeo miró por encima de la borda, y sonrió al ver el puro y frenético entusiasmo que los envolvía. Venecia se vanagloriaba de tener cien mil habitantes, y todos ellos parecían estar en el agua o apretujados a lo largo del muelle. La galera del papa se aproximó al muelle de San Marcos, donde una fanfarria de trompetas, címbalos y tambores mantenía una sonora competición con los vivas. Un rítmico palmoteo se unió al clamor cuando las góndolas salieron de los canales y los gondoleros comenzaron a batir los remos contra el agua. Las esbeltas embarcaciones destacaban con sus proas doradas y talladas con complicados dibujos; soberbios paños cubrían sus félzi, las cabinas que resguardaban los bancos de los pasajeros cuando hacía mal tiempo. Orfeo vio que las góndolas escoltaban al bucintoro del dux de Venecia, y allí, en el centro de la regia embarcación, estaba el dux en persona, que se dejó caer de rodillas cuando se aproximó la galera de guerra. Las dos embarcaciones flotaron muy juntas y Orfeo distinguió con claridad las facciones de Lorenzo Tiépolo. El dogato no había cambiado de manos durante el tiempo que había estado en Acre.

La fanfarria dio paso al repicar de las campanas de la basílica de San Marcos cuando el papa y el dux desembarcaron de sus respectivas naves. La multitud se separó como las aguas del mar egipcio para dar paso a la procesión de canónigos y arzobispos que se dirigía al muelle. Tebaldo le susurró a Orfeo con la mirada puesta en los clérigos:

—Quédate conmigo. Necesito el consuelo de un amigo en medio de todo este caos.

Orfeo respondió con una inclinación y se situó apenas por detrás del pontífice. Los miles de pares de ojos enfocados en ellos le hicieron sentir conspicuo, y deseó poder confundirse con la muchedumbre. Teobaldo se volvió.

—No. No detrás de mí. A mi lado —dijo.

Los prelados guiaron al papa, al dux y sus comitivas entre dos inmensos estandartes pintados con la figura de san Marcos y colgados de mástiles de pino tan altos como los de la galera. Más allá de los estandartes, Orfeo vio las cinco cúpulas de plomo de la basílica coronadas con los fanales con forma de cebolla. El exterior de la iglesia estaba recubierto de mosaicos, y bajorrelieves de mármol con las figuras de los santos, los ángeles y los héroes míticos coronaban cada una de las cinco arcadas y llenaban los tímpanos de los arcos. Un bosque de estatuas hechas por artesanos muertos tiempo ha proliferaba por todas las superficies planas de la fachada.

El papa tocó a Orfeo con el codo y le señaló con un movimiento de cabeza los cuatro caballos encima del pórtico central, los poderosos músculos de bronce

---

preparados para saltar en cualquier momento desde su terraza, como el Pegaso de la leyenda.

—Confío en poder volver a unirlos algún día —le susurró Tebaldo—. Será un precio pequeño, si consiguen reunir las iglesias.

Orfeo conocía muy bien las ideas del papa en ese tema. En el mar, en la sucesión de noches estrelladas, Tebaldo Visconti le había abierto su mente al joven remero, como el anciano de un clan que transmite las leyendas de sus mayores, o quizá por respeto a su difunto y santificado tío Francisco.

—Hay dos cosas que espero conseguir —le había dicho mientras estaban reclinados en la cubierta de la nave y contemplaban el firmamento nocturno—. Quiero reunir a las iglesias oriental y occidental; y quiero poner freno a los abusos de los clérigos seculares. Tengo la intención de utilizar a los frailes de tu tío para lograr ambas cosas, si Dios me concede tiempo y fuerza. Su general, Bonaventura, comparte mis sentimientos en esta materia. Cree que las nuevas órdenes, unidas con las universidades, pueden reformar a nuestra Santa Madre Iglesia, extirpar la herejía, y dar un paso de gigante para instaurar el reino de Dios en la tierra. Ésa es la clase de hombre que necesito a mi lado en este trabajo.

Le habló también del saqueo de Bizancio. Aunque el asalto había tenido lugar incluso antes del nacimiento de Tebaldo, el papa conocía muy bien la historia. Había leído los espeluznantes relatos de Niceta Choniates, un testigo ocular, y le relató a Orfeo cómo Enrico Dándolo, el dux ciego de Venecia en 1202, había subvertido la cuarta cruzada para el beneficio de su ciudad.

—Cuando los así llamados cruzados cristianos se apoderaron de Bizancio, quemaron más casas de las que puedes encontrar en las tres ciudades más grandes de Lombardía. Arrojaron las sagradas reliquias de los mártires a las letrinas, e incluso desparramaron el cuerpo y la sangre consagrada de Nuestro Salvador. Arrancaron las gemas de los cálices del Hagia Sophia y los utilizaron para beber. Después de destruir el altar mayor de la iglesia, entraron con caballos y mulas en el templo para llevarse el botín. Niceta dice que, cuando algunas de las bestias resbalaban y caían, los cruzados los mataban con las espadas, sin preocuparse de la sangre y los excrementos que mancillaban la iglesia. Después los caballeros pusieron a una vulgar prostituta en el trono del patriarca y la hicieron bailar en el recinto sagrado. En su lujuria, no tuvieron ninguna piedad de las doncellas inocentes, y ni siquiera de las vírgenes consagradas a Dios.

Un silencio muy profundo había seguido a estas palabras, mientras el papa miraba hacia oriente.

—Mucha de la decoración de San Marcos proviene de aquel saqueo, incluidos unos maravillosos caballos que miran a la plaza. Los heraldos del Anticristo robaron incluso el brazo de san Esteban, la cabeza de san Felipe, y trozos de carne del cuerpo de san Pablo. Por supuesto, algo mucho más importante para el dux fue que

---

consiguieron concesiones comerciales por todo el imperio oriental, y así lograron impedir el acceso a la región a los comerciantes genoveses y pisanos. Se puede afirmar con toda seguridad que tus amigos venecianos no tuvieron empacho en vender sus almas para conseguir unas muy lucrativas rutas comerciales.

En ese momento, y ya en Venecia, mientras la procesión avanzaba hacia el pórtico central de la basílica, la atención de Orfeo pasó de los caballos al dux y sus hombres. El marino sabía que el sucesor de Enrico Dándolo, por no mencionar a los mercaderes que cruzaban el Rialto, no vacilaría en envenenar a cierto papa electo, de haber oído su comentario sobre las estatuas. A juzgar por sus rostros resplandecientes, sin embargo no había sido así, al ahogar las palabras murmuradas con su propio entusiasmo. Por el momento, los venecianos estaban contentos con homenajear a su invitado con una misa en la basílica antes de que Tebaldo se retirara a descansar en el palacio del dux.

Cuando ya anoecía en la plaza de San Marcos, Orfeo consiguió finalmente abandonar la comitiva papal. Dejó atrás el resplandor de las velas, a los muy emperifollados cortesanos venecianos y los succulentos manjares que hubiesen bastado para llenarle el estómago durante todo un año, y escapó a una plaza casi desierta. Los adoquines mojados por una fina lluvia reflejaban el resplandor de las ventanas del palacio del dux. Caminó por la calle paralela al canal hasta llegar a una flanqueada por tiendas y cruzada por varios callejones. Al final de uno de éstos, un pequeño estandarte marcaba su *ridotto* preferido. Esa noche, no sentía deseos de jugar a las cartas o a los dados, pero la posibilidad de tomar una copa con algún viejo camarada lo atrajo a la taberna. Quería trabajar de nuevo, y en ese lugar se enteraría de cualquier plaza para un remero con la misma facilidad que en el puerto.

Se agachó para cruzar la entrada y miró entre el humo y las sombras. Allí no había mercaderes, artesanos o tenderos. En Il Gransiero todos eran marineros, como él, o bien deshollinadores o mozos que, por una propina, ayudaban a los pasajeros a bajar de las góndolas. Ahora hablaban en murmullos, pero las voces se harían más sonoras a medida que avanzara la noche, hasta que el tañido de la campana cerrara la taberna y los enviara tambaleantes de regreso a sus hogares y jergones. Los hombres de la estancia se abrigan con capas sencillas, y se vendaban las piernas con trozos de tela para protegerse del frío. Las mujeres que bebían con ellos se cubrían con chales grises; alrededor de sus cuellos colgaban cadenas con pequeños anillos, el adorno reservado por la costumbre veneciana a las mujeres de las clases pobres. Desde el piso superior llegaban los sonidos de las risas y los gemidos de otras voces masculinas y femeninas. Orfeo sonrió: era un placer estar en casa, un placer verse libre por el momento de la grandiosidad que había engullido a su papa.

En el rincón más apartado de la puerta vio lo que había ido a buscar. Dos hombres conocidos bebían con un tercero, un extraño para él pero también marino, a juzgar por sus prendas. Uno de los amigos lo miró sobresaltado cuando Orfeo cogió un taburete y se acercó a la mesa.

---

—¡Orfeo, bendita sea mi alma! ¿Qué haces aquí? ¿Ya han regresado los Polo?

—No. Van camino de Catay como tenían planeado. Yo he llegado esta mañana con el papa.

—*Il Papa?* —El hombre hizo un rápido gesto con la mano y silbó por lo bajo—. Cada día te van mejor las cosas, ¿no?

—No puedo más de aburrimiento, Giuliano. No he tocado un remo en dos meses. Me estoy volviendo blando como Cecilia. —Y estiró el brazo hacia una rolliza muchacha que pasaba junto a la mesa con un pequeño barril de vino sobre el hombro.

—Pues siempre has agradecido esta blandura las noches en que se te ponía dura —replicó la muchacha. Las comisuras de sus labios carnosos se curvaron hacia arriba cuando él le rodeó la cintura con el brazo—. ¿Te quedarás durante un tiempo?

—No lo sé. Eso es lo que espero saber esta noche.

—Bueno, pues si te quedas...—Y le desordenó los cabellos con la mano libre para después escapar de su brazo con una carcajada.

Le gustaba Cecilia. «Es un espíritu bueno y alegre», pensó, mientras la miraba alejarse. Tenía un montón de nuevas historias para compartir con ella más tarde, en su almohada.

—¿Te has enterado de que el dux está preparando una incursión contra Ancona? —preguntó Giuliano—. Nada como una batalla naval y mandar a pique a unos cuantos mercaderes para curar el aburrimiento. Zarpamos al día después de Todos los Santos, cuando se acabe la alharaca esta del papa. Los gremios partirán en una semana, pero nosotros ya nos habremos marchado. Doscientos barcos. Están reclutando a todas las tripulaciones y arqueros que puedan conseguir.

—¿Cuál es la paga?

—Doce libbre de galletas, doce oncie de cerdo en salazón, veinticuatro de judías, nueve de queso, y un odre de vino. Comeremos y beberemos bien. —Giuliano soltó una carcajada.

—Me refiero a ducados, algo que pueda hacer sonar en mi bolsa cuando regrese.

—¿Monedas? Quieres monedas. Tú siempre tan práctico, ¿no, Orfeo? —Giuliano le hizo un guiño a los otros dos—. ¿Podéis oír la voz del hijo de mercader de paños que resuena en él? ¿Veis la ambición desnuda que brilla en sus ojos como en los de un judío?

Metió la mano debajo de la mesa. Cuando la sacó, tenía en la palma una moneda de oro.

---

—Dos de estos hermosos retratos de Lorenzo Tiépolo, amico. Y, aún mejor, todo el botín que puedas subir a bordo, que no será despreciable. A los anconitanos les va muy bien en estos tiempos.

—Demasiada riqueza para su salud —afirmó el desconocido con una sonrisa desagradable.

Orfeo miró los rostros expectantes. Ésa podría ser una buena oportunidad, y estarían de regreso de la incursión en menos de un mes. Curiosamente, sin embargo, descubrió que titubeaba. Les devolvió las miradas con una expresión un tanto ceñuda.

—Me lo pensaré y mañana nos encontraremos aquí —prometió—. Necesito el permiso del Santo Padre. Me pidió que lo acompañara sólo hasta Venecia, pero aún no me ha liberado del todo. —Sonrió tímidamente—. Soy su amuleto de la buena suerte.

—Ah, entonces no es extraño que te hayas vuelto blando —dijo Giuliano—. Necesitamos más vino —gritó, y sus dos camaradas golpearon la mesa con las tazas hasta que Cecilia reapareció con el pequeño barril.

Sus cabellos rojos acariciaron la mejilla de Orfeo cuando se inclinó sobre la mesa. Los largos mechones olían a perfume fresco, y si aún dudaba de que se hubiese perfumado para él, la presión de su rodilla contra su muslo cuando escanciaba, disipó cualquier incertidumbre. Orfeo le acarició la pierna y le dio un apretón antes de que se alejara para servir la mesa vecina. Ésa sería su última copa con los amigos.

La mayoría de las mujeres venecianas eran pelirrojas, aunque muy pocas llevaban los cabellos sueltos, como lo hacía Cecilia. Algunos hombres de Iglesia, sin duda, habían decidido que exhibir los cabellos o las orejas era indecoroso, pero Cecilia trataba poco con hombres de Iglesia; o, si lo hacía, no sería con hombres que la fueran a acusar por la ausencia del tocado. Orfeo recordó a las grandes damas de la ciudad que se paseaban a diario por las escalinatas de mármol de sus palacios con sus zoccoli como zancos, ataviadas con vestidos recamados y cargadas cada una con tantas joyas que hubiesen bastado para comprar toda la ciudad de Asís. Sus largas trenzas y sus rostros maquillados con polvos de arroz eran tan falsos como sus corazones, y ni por asomo se podían comparar con la franca Cecilia. Miró en derredor para ver dónde estaba. Sus miradas se cruzaron a través de la habitación y el deseo que brilló en los ojos de la muchacha le hizo sentir un exquisito dolor en la entrepierna.

—Ahora puedo escribir mi nombre —dijo Cecilia—. Me enseñó un amigo. —Se incorporó apoyándose en un codo para verle mejor el rostro. Orfeo le devolvió la sonrisa somnolienta y le acarició el pelo mientras ella le trazaba la letra «C» alrededor del pezón derecho y continuaba a través de su pecho: «ECI...».

La débil luz que se colocaba por los agujeros de la andrajosa cortina de la ventana lo molestaba como el zumbido de un mosquito. Quería guiar la cabeza de la mujer

---

para que se apoyara en su hombro y cerrar los ojos de nuevo, pero era consciente de que dentro de poco debía regresar al palacio. Sintió la depresión como una ola que le recorría el cuerpo. Cecilia dejó de escribir y frunció el ceño.

—Te has puesto triste de nuevo, Orfeo.

—Ni siquiera sé por qué —respondió él.

—¿No lo sabes? Yo podría decírtelo en un segundo.

Orfeo le sujetó la barbilla entre el pulgar y el índice y le acercó el rostro para darle un beso.

—Entonces dímelo, oh, sabia mujer, para que yo también me ilumine.

—No te burles. —Hizo un mohín, y después su expresión se volvió pensativa—. Las mujeres entendemos las cosas. —Se tumbó cuan larga era a su lado y apoyó la cabeza en el pliegue del codo—. ¿No recuerdas cuando me contaste que te habías escapado de tu casa? Te habías metido en una pelea y yo te limpiaba los cortes. «Lucharé con cualquier hombre por divertirme —dijiste—, pero que el diablo me lleve si mato por dinero.» Si marchas con los otros contra Ancona y hundes sus naves, no serás mejor hombre que tu padre, que quemó el castillo. Si yo estuviese en tu lugar, me quedaría como mi Santo Padre un poco más. Y con mi Cecilia.

Orfeo le rozó la mejilla con los labios, y después dejó que su cabeza se hundiera de nuevo en la almohada.

—Mi Cecilia —repitió—. La mujer más sabia de la cristiandad. Que me cuelguen si no eres la última de las pitonisas.

—Eso es bueno, ¿no?

—Oh sí. En tiempos muy lejanos, los hombres viajaban durante meses a través de todo el mundo para consultar a las sacerdotisas y los oráculos. Se arrodillaban ante ellas y las colmaban de regalos.

—Eso me gusta. ¿Por qué ya no lo hacen?

Orfeo se echó a reír y la abrazó con fuerza.

—Porque, mujer que no lo sabe todo, ya no os dejan ser sacerdotisas. Aquellos días han pasado para siempre, y es una pena. —La besó de nuevo, suavemente, en la garganta, justo debajo de la barbilla, y la mordisqueó—. Pero cuando necesite sabiduría, seguiré acudiendo a ti.

En otro tiempo, en otra situación, él quizá se hubiese quedado con su Cecilia, como ella había dicho. De todas maneras, sabía que siempre estaría allí para él, en cambio su vida era una vida en movimiento. Y a Cecilia, con su cálido y generoso corazón, nunca le faltaría el consuelo de un hombre.

---

«Ni una respuesta —rabió Conrado para sus adentros—. Aquí no hay respuestas. Y yo estoy desperdiciando mi tiempo con este Tomás di' Aquino».

Su paciencia no había durado tanto como esperaba. Después de una semana de lectura, su nueva pila de pergaminos estaba casi en blanco. Había tomado nota de un único artículo que describía la naturaleza defectuosa de la mujer, y sólo porque confiaba en que algún día podría leérselo a la bocazas de suor Amata, que no comprendía en absoluto la posición de la fémina en la Gran Cadena del Ser. Obtuvo un cierto solaz del pasaje, al comprobar que el brillante teólogo, e incluso el griego Aristóteles, confirmaban sus propios instintos.

*Pregunta XCII, Artículo I, Réplica a la Objeción I* El filósofo dice: «la hembra es un macho bastardo». Porque la fuerza activa en la simiente del macho tiende a la producción de un parecido perfecto en el sexo masculino, mientras que la producción de la mujer proviene de un defecto en la fuerza activa o de alguna indisposición material, o incluso de algún cambio externo, como el del húmedo viento del sur, como observa el filósofo en su *Generación de los animales*.

A pesar de su desagrado personal por la dialéctica y la teología sistemática, Conrado admitió que envidiaba la profunda comprensión que tenía Tomás de los temas naturales. También deseó haber prestado más atención a Aristóteles en sus tiempos de estudiante. A pesar de haber tenido innumerables ocasiones para observar a las criaturas salvajes que rondaban cerca de su ermita, nunca había conseguido pasar al siguiente nivel de comprensión, a la percepción profunda que iba más allá de las meras observaciones externas. ¿Quién hubiese imaginado, por ejemplo, que la humedad en el viento pudiese afectar a la reproducción?

Conrado se levantó del taburete y espió codiciosamente los armarios cerrados alineados como centinelas junto a los relicarios de Ludovico. Si el Sacro Convento aún poseía copias de las biografías prohibidas, y en particular la primera historia de san Francisco escrita por Celano, tenían que estar en aquellos armarios. Se desperezó y flexionó las rodillas varias veces. El bibliotecario parecía estar ocupado al otro lado de la sala.

Caminó entre las estanterías y de vez en cuando sacaba algún libro para echarle un vistazo. Cada vez que volvía a dejarlo en su sitio, miraba a lo largo del pasillo. Estaba fuera de la vista de Ludovico y los copistas cuando llegó junto a los armarios. Los candados de hierros colocados en los cerrojos parecían inexpugnables, pero desde más cerca vio que los armarios estaban hechos con delgadas tablas de pino. Se agachó y presionó una de las tablas laterales con la punta de los dedos. La madera cedió ligeramente. Con la herramienta adecuada...

Apartó la mano bruscamente. «¡Dios bendito! ¿Estoy tan desesperado? Sí, o poco me falta.» La pregunta más pertinente era si poseía el valor para hacerlo. Entrar en la biblioteca por la noche no sería un problema, Ludovico nunca cerraba con llave. En

---

cuanto se hiciera con los manuscritos que le interesaban, tendría que escapar del convento a pesar del portero y de la reja. Después aún le quedaría eludir a los sabuesos de dos patas que Bonaventura seguramente enviaría en su persecución. Quizá lo lograra si conseguía llegar a las montañas. Allí, la espesura sería una ventaja. Por otro lado, si no escapaba, su vida quedaría a merced del ministro general.

El ruido de las sandalias en el pasillo vecino puso un fin momentáneo al debate interior. Se agachó y vio entre los estantes las rodillas de Ludovico. Mientras el bibliotecario continuaba hacia el final del pasillo, volvió rápida y silenciosamente a su pupitre. Cuando Ludovico hubo completado su circuito, Conrado tenía la nariz enterrada tan profundamente en la Summa que podría haberla utilizado como secante de haber estado la tinta del libro todavía fresca. Cuando alzó de nuevo la cabeza, vio la sonrisa en los labios de Ludovico antes de que el bibliotecario iniciara otra ronda.

Al cabo de dos días, el primero de noviembre, los frailes celebrarían la festividad de Todos los Santos. Al final del largo día de plegarias y liturgia, los hermanos estarían agotados y deseosos de disfrutar de la tibieza de sus camas. Si era capaz de reunir el coraje para romper el armario, sería la noche ideal para actuar. Habría además luna nueva. Si tenía la fortuna de que las nubes tapasen el cielo para ocultar el más mínimo rastro de luz, podría moverse por el convento sin ser visto.



## Capítulo XX

La mañana de la recepción oficial del papa, Orfeo se fue a la basílica antes que Tebaldo, para ayudar con los preparativos. Mientras un pequeño ejército de venecianos se ocupaba de los arreglos florales y de la colocación de las alfombras, él les echó una mano a los hombres que cargaban con un enorme trono para colocarlo en la plaza de San Marcos, donde el pontífice recibiría al dux y demás dignatarios. Los trabajadores trajeron otro trono más pequeño para el dux, y después Orfeo ayudó a manear al burro albino del papa. Como precaución ante la posibilidad de que lloviese, dado que había nubes de tormenta por el sur y el oeste, los hombres instalaron una toldilla por encima de los tronos.

Alrededor de Orfeo, los ciudadanos bregaban por hacerse con los mejores lugares para presenciar la ceremonia. Una tropa de caballeros había venido desde Roma y ahora formaban un anillo de protección alrededor de la plaza para mantener a la multitud a una distancia prudencial. A la hora tercia sonaron las campanas de San Marcos y en el interior de la basílica un coro de voces masculinas respondió con el *Te Deum Laudamus*. Las voces sonaron más fuertes cuando los canónicos salieron de la iglesia y cruzaron la plaza hacia el cercano palacio del dux, al otro lado.

Orfeo se movía inquieto mientras esperaba a Tebaldo. A los venecianos les encantaba la ostentación. ¿Qué clase de entrada haría el papa? Sólo había visto a Tebaldo en la sencillez de la travesía marítima y descansando en el palacio. ¿Habría traído en sus cofres el vestuario adecuado para igualar la suntuosidad de Lorenzo Tiépolo y su esposa? Las apariencias lo significan todo para los ricos ciudadanos de aquella ciudad.

Entre la muchedumbre más cercana al palacio se oyó un murmullo de excitación. Orfeo estiró el cuello y sonrió al ver a Tebaldo que se acercaba al trono con la cabeza descubierta y gacha, descalzo y vestido con la sencilla túnica negra de los sacerdotes rurales. Parecía ajeno a la presencia de los espectadores mientras sus labios se movían en una silenciosa plegaria. Cuando por fin levantó la cabeza y vio a Orfeo de pie detrás del trono, su expresión decía: «Aquí comienza la reforma».

El dux, mientras tanto, había llegado al muelle de San Marcos después de pasar la noche en el palacio de su familia. Los marineros amarraron la nave y los murmullos, mezclados con gritos de asombro y aprobación, sonaron de nuevo cuando Lorenzo desembarcó. Había reemplazado el sombrero redondo por una diadema de oro y

---

pedras preciosas y vestía también una sotana algo más corta que la del papa, pero la suya era blanca y con ribetes de armiño. Llevaba calzas rojas y, sobre los hombros, una capa tejida con hilos de oro. Su esposa y las damas de ésta desembarcaron a su vez. La mujer siguió a su marido; iba ataviada con un vestido largo de jamete rojo con ribetes de armiño en los puños. Un largo velo, sujetado con una pequeña corona ducal, le tapaba la cabeza y el rostro. La seguían las damas con vestidos color lila y capas rojas, las cabezas cubiertas con sombreros y turbantes de terciopelo recamados con gemas y velos de gasa.

Al llegar delante del papa, Lorenzo se despojó de la capa y se prosternó cuan largo era sobre el pavimento. Se levantó por etapas, besó primero los pies del pontífice, luego las rodillas, y después se incorporó del todo. Tebaldo se levantó a su vez. Sujetó la cabeza del dux con las dos manos, lo besó en las mejillas y lo abrazó.

—Bienvenido, amado hijo de la Iglesia —dijo—. Siéntate a mi derecha.

El dux ocupó su trono en medio de los vítores de la multitud.

Las campanas repicaron de nuevo y se reanudó el canto del Te Deum. Tebaldo cogió al dux de la mano y lo llevó hacia la basílica donde oficiaría la misa solemne por todos los santos. Para Orfeo, todos los movimientos del papa electo hablaban de humildad y de la solemne responsabilidad que sentía respecto a sus nuevas obligaciones. Tanto sus vestiduras como sus acciones hacían honor a las palabras dichas durante el viaje. Orfeo se sintió invadido por una súbita oleada de orgullo al saberse parte de la comitiva de aquel hombre.

La misa duró casi hasta el mediodía. Luego Tebaldo montó en su burro mientras Lorenzo sujetaba el estribo. El dux lo guió hasta el muelle. Los marinos que iban a protagonizar la incursión contra Ancona ya estaban a bordo de las naves, que ahora pasaban, una por una, delante del muelle.

—Una bendición para el éxito de nuestra flota, Su Santidad —pidió Lorenzo.

El papa respondió con voz suave, aunque lo bastante alto como para que Orfeo lo oyera. Desafortunadamente, eso significaba que algunos de aquellos que estaban más cerca también lo habían oído.

—Rezaré por el regreso de tus hombres sanos y salvos, así como de tus naves —declaró—, pero no puedo rezar por el éxito de una empresa que considero un acto de piratería. Los anconitanos son también hijos míos.

El rostro de Lorenzo enrojeció mientras Tebaldo se volvía hacia las naves y levantaba los brazos para trazar la señal de la cruz sobre la flota.

A pesar de los vítores de los marinos embarcados, Orfeo se sintió dominado por una repentina inquietud. Deseó que la ceremonia acabase cuanto antes y emprendiesen camino en compañía de los caballeros romanos. Se le ocurrió entonces que quizá el organizador de la escolta armada tenía un interés más allá de lo

---

puramente ceremonial si se había tomado el trabajo de traer a sus guerreros hasta Venecia.

Cuando la última nave salió del puerto, el dux guió de nuevo al burro a través de la plaza hasta donde habían reubicado el trono papal para que pudiese ver mejor. El desfile de los gremios y la presentación de los regalos no tardarían en comenzar y, como había comentado Giuliano, probablemente duraría varios días. Mientras Tebaldo se sentaba, el dux le susurró algo a uno de sus hombres. Probablemente el mensaje no tuviera nada que ver con el reproche papal en el muelle, pero así y todo, cuando a un toque de trompeta el gremio de los sopladores de vidrio, ataviados con sus túnicas rojas, entró en la plaza, con los estandartes, los jarrones y las copas, Orfeo se escabulló entre la multitud para ir a buscar al capitán de la guardia romana.

La noche era oscura como boca de lobo; ideal para una fechoría. Una capa de oscuros nubarrones había cubierto el cielo de Asís durante todo el día, un primer aviso de las tormentas invernales que cubrirían de nieve las montañas durante los próximos meses. Una marca muy pálida en el contorno de una nube, insinuaba la posición de la luna nueva.

El suelo de piedra del dormitorio heló los pies descalzos de Conrado, pero él agradeció la molestia. Una tabla podría haberlo traicionado con su crujido, a pesar de los estrepitosos ronquidos de los frailes. En el bolsillo le pesaba una pequeña palanqueta de hierro que había encontrado cerca de la fragua del herrero. Tenía la intención de quitar una o dos tablas de los armarios y después colocarlas de nuevo, sin dejar rastro del daño. Pero incluso así tendría que abandonar el Sacro Convento. Quizá no advirtieran el robo, pero allí no tenía ningún lugar donde leer, o incluso ocultar, el manuscrito de Celano, cuando lo encontrara. Si podía esconder por aquella noche la comisión del robo, bien podría ser que consiguiera marcharse despreocupadamente, a plena luz del día, con el manuscrito robado debajo de la túnica.

Aún no se podía creer que estuviese intentando ese robo, ni siquiera cuando se escabulló del dormitorio y cruzó de puntillas la arcada central. ¿Leo y Francisco aprobarían ese método, a pesar de conocer y alentar su propósito? Se mantuvo junto a la pared donde las sombras eran más profundas, con una mano deslizándose por las piedras, donde iba notando las finas marcas de los cinceles dejadas por los canteros. Lo dominó una extraña sensación, como si estuviese reconstruyendo la historia de la orden con las manos. Se imaginó a los picapedreros sudando bajo las órdenes de Elías mientras cavaban los cimientos, daban forma a los enormes bloques que llegaban todos los días desde las canteras, y levantaban las piedras y las maderas hasta lo más alto con su enorme torno. ¿No era también un buen motivo para forzar

---

los armarios el deseo de recuperar los orígenes de la orden que Bonaventura y los ministros provinciales querían borrar?

Cuando Giovanni di Parma fue general de la orden, hizo un gran esfuerzo para dar cabida en ella a los hermanos espirituales. Aquellos que se habían adherido a la primitiva regla de pobreza aún se consideraban a sí mismos parte de la orden. Pero Bonaventura tenía una visión diferente de los frailes. Ya no serían evangelistas errantes, ya no mendigarían o limpiarían establos a cambio de comida, ni cuidarían a los enfermos y leprosos, ni dormirían en graneros, ni se humillarían ni someterían a los demás hombres.

Siete años atrás, cuando el ministro general lo había expulsado de Asís, había intentado justificar ante Conrado la creciente opulencia de la orden. «En el comienzo, los frailes eran personas sencillas e iletradas —le había dicho—. Eso es lo que me hizo amar la vida del bendito Francisco y la primitiva historia de la orden; el hecho de que reflejaran el principio y el crecimiento de la Iglesia. De la misma manera que la Iglesia comenzó con los humildes pescadores y después creció para incluir a famosos y expertos filósofos, lo mismo debe ocurrir en nuestra orden. De esta manera, Dios demuestra que la Orden de los Frailes Menores fue fundada no por la prudencia de los hombres, sino por el propio Cristo».

Los frailes de Bonaventura serían predicadores educados en las universidades, hombres que el público podría valorar y respetar. Eso silenciaría las protestas de que la orden se había apartado de sus primitivos ideales, y en el proceso de creación de su nuevo fraile, silenciaría a los intransigentes. Una orden idealizada necesitaba frailes idealizados y una imagen idealizada de su fundador. Conrado prefería pensar que aquellas sencillas paredes de granito representaban mejor la verdadera historia de la orden que todos los folios de la magnífica prosa de Bonaventura.

Acababa de llegar a tientas a una esquina del último pasillo que llevaba a la biblioteca cuando un destello de luz le hirió los ojos. En aquel instante había visto la puerta de la biblioteca con la misma claridad que si fuese de día, y eso significaba que cualquiera que estuviese de guardia lo habría visto a él con la misma facilidad. Un trueno sordo atravesó el valle y subió hacia el monasterio.

Conrado aspiró el aire helado y esperó a que se calmaran los latidos de su corazón. Después se apresuró a subir los restantes escalones hasta la biblioteca, antes de que otro relámpago disipase las tinieblas. Los relámpagos podían ser un riesgo para su misión, pero los truenos serían una ventaja. En cuanto estuviese arrodillado junto a los armarios, esperaría a que hubiese un relámpago, colocaría la palanqueta, y levantaría las tablas al amparo del fragor de los truenos.

Conrado utilizó los intermitentes destellos para encontrar el camino hasta su pupitre, donde había dejado un candil el día antes, después de usarlo conspicuamente para leer hasta tarde, cuando ya no había luz natural en la sala. «Un toque ingenioso», pensó, hasta que buscó encima y debajo del pupitre. El candil no

---

estaba. Sin duda, no le había dado a Ludovico ninguna razón para que sospechase su plan, lo más probable era que el bibliotecario, al ordenar, lo hubiese retirado para evitar el riesgo de un derrame de aceite que pudiese manchar alguno de sus preciosos manuscritos. Afortunadamente, Dios, en Su providencia, le había dado otros medios para ver.

Con cada relámpago, Conrado se fue acercando a uno de los armarios, y finalmente se aplicó a su trabajo. En seguida desarrolló un sistema: aflojaba con los truenos miraba alrededor con los relámpagos. Las extrañas formas de las estanterías, las pilas de libros, los pupitres y los taburetes proyectaban unas sombras inesperadas, en nada parecidas a las formas que sugerían sus perfiles durante el día. Algunas incluso parecían cambiar de lugar con cada relámpago.

Los truenos empezaron a sonar con más fuerza y más cerca a medida que la tormenta se cernía sobre la ciudad. Con un fuerte movimiento de la palanqueta desprendió una de las tablas. La levantó con una mano y buscó en el interior con la otra. Había docenas de manuscritos. Sacó uno por la abertura y se lo puso sobre las rodillas, esperando el siguiente relámpago para descubrir el título. La oportunidad resultó ser breve, apenas el tiempo de leer una sola palabra, *Sociorum*, y ver que dos de las sombras ahora se inclinaban directamente sobre él.

El fraile que se lo llevó permanecía silencioso y encapuchado, aunque Conrado dedujo que el más alto, que se había quedado atrás para guardar el manuscrito y reparar el armario, era Ludovico. Fuera de la biblioteca esperaba un chico con un candil. La luz que bailaba sobre su rostro lo identificó como el más reciente novicio del Sacro Convento, uno que precisamente la semana anterior se le había presentado con el nombre de Ubertino da Cásale. Conrado y el chico se habían cruzado varias veces, y Ubertino siempre se había mostrado muy dispuesto a conversar, mirando al fraile mayor como si fuese su héroe. Al ermitaño le había resultado divertido al recordarle su propia admiración por fray Leo cuando él no tenía muchos más años que el chico. En cambio le entristeció que Bonaventura involucrara a alguien tan joven en aquel sucio asunto; quizá el ministro general quería que el chico fuese testigo de primera mano de cómo trataba a los frailes desobedientes.

La silueta del anciano fray Tadeo también era inconfundible, con los hombros vencidos y la espalda encorvada. Otro relámpago iluminó los recovecos de la capucha del fraile, y Conrado pudo ver los tristes ojos llorosos y las mejillas fofas del sabueso del ministro general. Bonaventura sin duda había sabido que no opondría resistencia, dado que había enviado a un viejo y a un niño a buscarlo. Tampoco él se sentía combativo. Lo habían pillado con las manos en la masa, robando en la biblioteca, intentando burlar la prohibición que pesaba sobre las viejas leyendas; no

---

podía hacer más que resignarse a la voluntad de Dios y aceptar la justicia del castigo que le impusieran.

Las llamas de las velas en el despacho del ministro general amen a/a i "o 11 con apagarse con la corriente de aire que se coló por la punta abierta. Un sombrío Bonaventura estaba sentado detrás de su mesa; una pátina somnolienta marcaba sus facciones habitualmente serenas. Conrado advirtió que la tonsura y las finas cejas se habían vuelto canosas en los años pasados desde su última confrontación, y las arrugas de la tensión se marcaban en las comisuras de sus ojos castaños. También había engordado. Catorce años atrás, Bonaventura había sido elegido ministro general a la edad de treinta y siete años. Los años lo habían tratado mal, y Conrado sabía que los frailes recalcitrantes como él mismo habían tenido mucho que ver en las preocupaciones del general. Un extraño resplandor que parecía una aureola alrededor de la cabeza de Bonaventura retuvo su atención, hasta que acabó dándose cuenta de que sólo era el reflejo de las velas en el cráneo afeitado.

Bonaventura se reclinó en la silla e hizo tamborilear los dedos de una mano contra los de la otra mientras observaba a los frailes de pie delante de su mesa. Por fin su mirada recuperó la agudeza.

—Dejadnos solos, hermanos —dijo—. Esperad fuera. —El ministro general apoyó las puntas de los índices unidos en los labios y aguardó a que los otros salieran de la habitación. Luego miró a Conrado.

—Así que a esto hemos llegado —dijo con un aire de tranquilo aplomo—. ¿Qué voy a hacer contigo ahora?

El ermitaño agachó la cabeza, como un niño culpable, y no abrió la boca.

—Conrado, Conrado, continúas decepcionándome. Tu comportamiento no me sorprende, porque sé cómo fray Leo te corrompió, pero de todas maneras me decepcionas.

—Tú estás ocultando algo —le espetó Conrado súbitamente.

—¿Lo estoy? —Bonaventura volvía a ser el de siempre, escudado por su habitual calma—. Incluso si eso fuese verdad, no sería algo que te concerniera. Como un fraile obediente, sólo necesitas saber que no permitiré que nada perturbe la sagrada reputación y la credibilidad de nuestra orden.

Conrado sintió el abrumador impulso de disparar ciegamente con toda la información que tenía.

—¿Por qué has prohibido el primero de Tomás? —preguntó—. ¿Por qué mutilaron al compañero? ¿De dónde vino el serafín? —Se sintió estremecer mientras hablaba.

—Sirve a los pobres de Cristo —replicó Bonaventura con una sonrisa de mofa—. Busca a fray Jacoba. —Hizo girar su anillo mientras hablaba—. Lo sé todo del mensaje de Leo.

---

—Porque Illuminato encontró al mensajero.

La sonrisa se mantuvo en los labios de Bonaventura y sus cejas se enarcaron ligeramente.

—Muy cierto. Pero de nuevo, aquí la carta no tiene importancia. Lo que debe importarte es que el Consejo de París, los ministros provinciales, y no yo, en su sabiduría, y por razones que ellos comprenden mejor, prohibieron las leyendas de Tomás da Celano y también la Leyenda de los tres compañeros. Tomaron su decisión, y es nuestro deber, como obedientes hijos de san Francisco, atenernos a su juicio. A aquellos que no lo hacen, debemos castigarlos como ejemplo para los demás.

Bonaventura lo había dejado mudo, no por la amenaza de la disciplina, sino por algo más que había dicho. Conrado reaccionó como un panadero que de pronto recuerda que se ha olvidado una hogaza en el horno. «¡Idiota! Lo tenías delante de las narices.» El compañero mutilado nunca había sido una persona, no eran Angelo, Rufino, Maseo, o cualquiera de los frailes enterrados en la basílica. Leo se refería a la historia que habían compilado juntos, a sus memorias y anécdotas de Francisco, que aparentemente habían sido alteradas como un caballo castrado. Había tenido el manuscrito en sus manos hacía tan sólo unos momentos en la biblioteca: la *Legenda Trium Sociorum*. ¡Así de cerca había estado de otra pieza del rompecabezas de Leo!

Bonaventura continuó con su desapasionado monólogo.

—Hermano, debido a que doña Giacoma en la bondad de su corazón ha decidido ser tu amiga, te perdono por esta vez, y sólo por esta vez. Dejarás el Sacro Convento inmediatamente. No quiero volver a verte de nuevo aquí, ni siquiera en la basílica, ni enterarme de que has hablado con cualquiera de los hermanos de este lugar. Harás muy sabiamente en regresar a tu ermita en la montaña y olvidarte de este vano empeño. Si no lo haces, y si de nuevo te pones a mi alcance, caerá sobre ti todo el peso de mi autoridad. Ten mucho cuidado de no ponerme a prueba nunca más.

Bonaventura se tocó la mejilla con el dedo índice, justo debajo del ojo, y tiró suavemente del párpado hacia abajo.

—*Ci capiamo*, ¿verdad?

Cuando el ministro general se levantó lentamente y caminó alrededor de la mesa, Conrado recordó sus palabras a Amata sobre las crueles garras del grifo. La imagen apenas si había penetrado en su mente cuando la bestia desplegó sus alas de murciélago y le tendió la mano enjorada para que se la besara.

El cuello de Conrado se mantuvo rígido, y se apartó del puño extendido.

—Besa el anillo, hermano dijo Bonaventura con una voz portentosa—. En gratitud por tu libertad, que todavía puede ser rescindida, y como una muestra de la humildad que tanto te falta. Besa el anillo.

---

Un tremendo trueno sacudió las paredes de la habitación. Las velas lucharon para mantenerse encendidas, chisporrotearon y se agitaron como pendones azotados por el viento. Conrado agachó la cabeza. Hincó una rodilla en tierra, cogió la mano del general y acercó el lapislázuli a sus labios. Abrió los ojos como platos cuando vio lo que había en la piedra: un monigote dentro de un círculo bajo un par de arcos.



## Capítulo XXI

«Así que ésta es la perfecta alegría», musitó Conrado, y consiguió esbozar una sonrisa a pesar de las gotas de lluvia que se le resbalaban por la nariz. Se acurrucó en un nicho de la pared, cerca de la puerta principal de doña Giacoma, dispuesto a esperar el alba, mientras el viento soplaba en helados torbellinos por la escalera que llevaba al callejón. Había hecho un tortuoso recorrido por las calles de la ciudad para evitar la piazza di San Francesco y la guardia nocturna. Afortunadamente, la lluvia torrencial hacía que los guardias no se empeñaran en cumplir con las rondas.

Era consciente de que había sido muy afortunado al escapar sano y salvo de Bonaventura. Pero también sabía que ahora no podía regresar a su ermita, no cuando acaba de recibir otra pista del propio ministro general. De alguna manera tenía que hacerse con aquellas viejas biografías.

Se le cerraban los ojos del cansancio. Decidió correr el riesgo de sentarse, aunque entonces los pies le quedarían fuera del resguardo. Cruzó los brazos sobre las rodillas a modo de almohada, y en esa postura se quedó dormido; continuó durmiendo hasta que una mujer le tiró de la manga.

—Ven adentro, hermano —dijo—. Tenemos el fuego encendido. La vecina del otro lado de la calle te ha visto y me ha hecho señas.

¿Cuánto tiempo había dormitado? Con los ojos somnolientos vio que ya era el alba, aunque los nubarrones de tormenta aún oscurecían el cielo. Entre el sonoro repiqueteo de la lluvia oyó la llamada del ángelus desde la basílica de San Francisco. La mujer lo guió hasta la puerta de doña Giacoma. No era una de las criadas que hubiese visto antes. Se quitó la capa en el portal y la sacudió para que se escurriese el agua. Debajo llevaba un vestido azul hasta los tobillos y una toca blanca, los colores de los uniformes de la dama. También iba descalza, al estilo de su señora.

—Por aquí, hermano —dijo mientras lo conducía hacia la cocina—. ¿Has estado antes aquí?

Así que la mujer era nueva en la casa, o quizá era que por allí pasaban tantos frailes que no se había fijado antes en su persona. Él tampoco la recordaba. Aunque le daba la espalda, su joven voz tenía un tono conocido.

—Sí —respondió él, cuando la mujer le señaló la mesa. Allí estaba maese Roberto, sin duda a la espera de que le sirvieran las gachas calientes.

---

—Fray Conrado —exclamó Roberto—, pareces un gato mojado. Creíamos que nos habías olvidado.

La mujer se volvió al oír su nombre, y a Conrado se le subió el corazón a la garganta. ¡Amata! Su rostro, enmarcado por la toca, parecía un tanto cambiado, limpio y hermoso, aunque algo pálido. No obstante, los almendrados ojos negros eran inconfundibles, a pesar de la mirada temerosa que él nunca había visto antes en ellos. Se le arrebolaron las mejillas cuando él le devolvió la mirada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el fraile—. ¿Dónde está tu hábito de monja?

Roberto se echó a reír.

—No lo has reconocido sin la pelambreira facial, ¿eh, niña?

—*Scu...scusami* —tartamudeó Amata, y salió corriendo de la cocina, el rostro oculto detrás de las manos.

Roberto soltó otra carcajada.

—Una potranca muy nerviosa. Pero tú probablemente ya lo sabes. Madonna dice que sois muy buenos amigos.

—¿Que ha dicho qué?

—¿No le dijiste que le diera a la abadesa la carta de san Francisco y que trajera a la muchacha a una casa adecuada?

Conrado se sentó a la mesa al otro lado del mayordomo, e intentó recordar su última conversación con doña Giacoma.

—¿Eso dije?

—Una bendita y lluviosa mañana, padre. —La voz de la cocinera sonó detrás del fraile—. Tengo algo muy especial que he estado reservando hasta que volvieras. —Dejó un plato de higos secos delante de Conrado.—Están rellenos con almendras y rebozados en azúcar, pero no te los podrás comer hasta que no tomes algo caliente.

Conrado esperaba no parecer tan atónito como se sentía. Entre la falta de sueño, la furia de la tormenta y los acontecimientos de las últimas seis horas, tenía la sensación de que pendía sobre un abismo. El fuego de la cocina lo calentó, las gachas de la cocinera lo reanimaron, como siempre, y los deliciosos higos que ella finalmente le dejó comer disminuyeron parte del trauma de su horrible noche. Se estaba lamiendo el azúcar de los dedos cuando doña Giacoma entró en la cocina.

—Fray Conrado, me avisaron de que habías vuelto. Pero ¡oh Dios mío, mírate! Mandaré a buscar ahora mismo tu viejo hábito antes de que te entren escalofríos. Espérame en tu habitación cuando hayas acabado de comer. —Y antes de darle ninguna explicación o de que él pudiese preguntar por la presencia de la muchacha, la anciana salió de la cocina.

---

Conrado se volvió hacia Roberto, que se limitó a encogerse de hombros y levantar las manos.

—Tengo cosas que hacer, padre. Tendrás que apañártelas solo —manifestó con una sonrisa. Luego también él se marchó. La cocinera desapareció en la despensa. Conrado se rascó la cabeza, se comió el último higo, y después fue a encontrarse con su viejo y querido hábito.

No vio a Amata por ninguna parte mientras caminaba por la casa. Sin embargo, cuando acabó de vestirse con la ropa seca, doña Giacoma lo llevó a la sala principal. Cerca del hogar, al otro extremo de la sala, medio oculta por un biombo decorado, estaba la muchacha.

—Vosotros dos tenéis que hablar —afirmó la dama—, y Conrado... —Hizo una pausa y añadió con voz grave—: Sé amable. La madre abadesa dijo que no ha vuelto a ser ella misma desde que regresó de Ancona.

El fraile sintió la tensión en los hombros y el pecho cuando doña Giacoma salió de la sala. ¡Cómo se protegían estas mujeres entre ellas! Toda la rabia que había sentido por la muerte de Enrico, por la imagen de Amata desnuda delante del chico o retozando en la enorme cama de Don Vittorio con los lujuriosos monjes de San Ubaldo afloró de nuevo con toda su fuerza. En el exterior bramaba la tormenta, y el granizo mezclado con la lluvia repiqueteaba furiosamente en el tejado. Pensó en cómo, en su ermita en la montaña, toda esa furia acuática estaría blanqueando los ásperos pinos con los suaves copos de nieve. Sólo Dios sabía por qué había cambiado aquella bendita quietud por aquel vendaval que le oprimía las entrañas.

Amata agachó la cabeza y se miró la falda, donde con una mano se masajeaba la otra. El fraile caminó envarado hacia el hogar, sin hacer caso de la silla colocada delante de la muchacha. Por una vez, ella podía levantar la cabeza para mirarlo, respetar su condición de sacerdote en lugar de enfrentarse con él cara a cara, al mismo nivel, como si fuese una igual.

—El chico está muerto. —Dirigió sus palabras a la cabeza gacha.

—Lo sé.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Lo sé?

—¿Y qué quieres que diga? —Se le quebró la voz—. ¿Debo decirte cómo el dolor de su muerte apuñaló mi corazón muy poco después de dejarte, cómo adiviné el momento exacto en que su alma escapó de su cuerpo, cómo no he dejado de llorar noche y día desde entonces?

—El remordimiento no lo hará volver. Si no lo hubieses hecho salir de la cueva...

Amata levantó la cabeza. El dolor distorsionaba sus facciones, y sus profundas ojeras oscuras lo sobresaltaron. La voz de la muchacha reflejó parte de su anterior sarcasmo cuando replicó:

---

—¿Hablas de algo que escuchaste en la intimidad de la confesión, padre? —La furia brilló en los ojos negros—. No sabes nada, fray Conrado. ¡Nada!

Pretendía ofenderlo —y lo consiguió en parte— pero al mismo tiempo, él se sintió un tanto reconfortado al oír el viejo ardor en su tono. Tenía razón en lo referente a la confesión de Enrico, y así y todo, él creía comprenderla mejor de lo que Amata creía. Ella se había criado en el campo, en un castillo sin duda rodeado de una aldea primitiva; él en el puerto comercial de Ancona y el ambiente más culto de París. Sin embargo, también sabía algo de las aldeas. Había viajado una vez por las atrasadas regiones del sur de Umbría, cuando había desembarcado en Nápoles a su regreso de París.

Durante dos meses había recorrido a pie los ardientes y angostos valles, siempre en dirección norte para llegar a Asís. Mientras pasaba de un villorrio a otro, los opacos ojos negros de las mujeres lo seguían desde los portales abiertos; sus miradas eran descendentes, como si estuviesen midiendo su virilidad. «No aceptes nada de beber de esas mujeres —le advertían los ancianos de las aldeas, asustados—, nada, ni vino, ni siquiera un vaso de agua. Todas son brujas y les añaden sus filtros de amor.» Los hombres acercaban sus amarillentos rostros enfermizos al suyo, y le susurraban al oído: «Sangre menstrual, mezclada con hierbas». También lo avisaban de que no durmiera en las cuevas de fuera de los poblados, porque las habitaban los gnomos, las almas de los niños locales que habían muerto sin bautizar. Todos los hombres, por supuesto, soñaban con atrapar a una de estas criaturas por su gorra roja y obligarlo a que lo llevara hasta los tesoros ocultos, pero al joven fraile Conrado más le valdría dormir en la iglesia local. Se detuvo en muchas de estas aldeas, y las mujeres corrían a la iglesia a confesar sus pecados en sus varios dialectos, con la excusa de que no podían confiarle al párroco del pueblo las cargas íntimas de sus almas.

Hasta donde él alcanzaba a comprenderlas, ellas consideraban el amor carnal como una fuerza natural a la que no había voluntad, buenas intenciones, o castidad que se pudiese resistir. Si un hombre y una mujer se encontraban solos en un lugar resguardado, no había poder en el cielo o la tierra que pudiese evitar la cópula, rápida y muda, como cuando un macho encuentra a una hembra en celo; y aquellas mujeres parecían estar en celo permanentemente. Percibía el deseo apenas reprimido en sus palabras incluso cuando se confesaban; lo notaba en sus lentas exhalaciones, con cada respiración acabada en un largo suspiro. Sospechaba que sí se confesaban con el párroco del pueblo —y a menudo— pero que buscaban al sacerdote, como ahora acudían a él, para algo más que el perdón de sus urgentes necesidades. ¿Podía ser que Amata hubiese crecido en una atmósfera similar de incontrolada pasión, con los mismos impulsos primitivos, en un mundo donde no se aplicaba ni siquiera el más simple código moral?

---

Decidió que era poco probable. Era hija de una nobleza menor y ya había mencionado la piedad de sus padres. Pero había vivido algo que había destrozado la inocencia de su infancia.

Acabó por sentarse en la silla que había frente a ella. Apoyó la espalda contra el duro respaldo, y se quedó rígido y muy erguido. La muchacha se acurrucaba en su silla, los tobillos y los brazos cruzados, la cabeza vuelta hacia el hogar.

—Quisiera comprender —dijo Conrado finalmente—. ¿Hablarás conmigo?

Amata se ajustó el chal azul oscuro sobre los hombros. En sus ojos apareció la mirada distante que él había visto en la cumbre de la montaña el día que ella le había hablado de su familia asesinada.

—Una tarde estaba jugando sola en el establo, con una carnada de gatitos, unos dos meses antes del ataque. Aquel verano mi cuerpo había comenzado sus cambios, y supongo que ya la idea de los hijos me rondaba por la mente. Había visto a un muchacho muy hermoso desde la torre de guardia el día anterior, el día en que el comerciante de paños discutió con mi padre. Entre él y los gatitos, había pasado gran parte de la mañana soñando despierta con estar casada y estar amamantando a mis hijos con mis pechos, mejor dicho, con los pechos que tendría algún día, de la misma manera que la gata amamantaba a sus gatitos.

»Oí el trote de un caballo en nuestro patio que se acercaba al establo. Bonifacio, el tío de mi padre, había cabalgado desde Todi para hacernos una visita. No había estado en Coldimezzo desde hacía casi dos años, y cuando se apeó del caballo me miró de una manera extraña, como si nunca me hubiese visto antes. Me preguntó qué estaba haciendo y se lo conté, incluida mi ridícula fantasía. Me miró de pies a cabeza con mucha seriedad y quiso saber si ya había comenzado a sangrar. «No», le respondí. Entonces quiso saber si aún conservaba la virginidad. «Sí», dije. Seguramente estaba roja como la grana porque sus preguntas me daban mucha vergüenza. «Eso es una gran suerte», afirmó. Me dijo que si una chica le daba su virginidad a un hombre de la Iglesia, como era su caso, podía estar segura de que tendría un matrimonio feliz y muchos hijos sanos.

Conrado comenzó a sentir un picor en la piel a medida que intuía cuál sería el final de la historia.

—¿El tío de tu padre era sacerdote?

—Era, y todavía lo es, el obispo de Todi.

—¿El obispo! —Conrado sacudió la cabeza en un intento por controlar su repugnancia—. ¿Y tú te creíste esa tontería?

---

—¡Tenía once años, Conrado! ¿Qué podía saber de cualquier cosa? ¿Tú no te hubieses creído lo que fuera que te hubiese dicho un obispo a esa edad?

—Sí, por supuesto —admitió el fraile—. Por favor, continúa.

—El caso es que siguió hablando de la misma manera, y dijo que yo era una niña muy bonita. Mientras ataba el caballo y le quitaba la montura, recuerdo que en sus ojos había una mirada salvaje. Cuando acabó con el caballo, tenía las mejillas encendidas y me dijo: «Ven conmigo», con mucha firmeza, de una manera ante la cual una niña no se podía negar. Me cogió de la mano y me llevó detrás del establo, donde guardaban el heno.

«Dijo que no me haría daño, Conrado. Pero me dolió muchísimo, tanto que grité de dolor. Mi padre debía de estar dirigiéndose hacia el establo, dispuesto a saludar a su tío. Al oírme, corrió para ver lo que me pasaba. Al verlo aparecer, Bonifacio se apartó de un salto, con su gorda polla, fea como un gusano, todavía asomada entre los botones de la sotana. Me apuntó con el dedo. «La niña está poseída por el diablo», exclamó. «Mira cómo me ha seducido, incluso llevando puestas mis prendas de obispo.» Y comenzó a tironear de la sotana hasta desgarrarla, arrojó el gorro a la paja y lo pisoteó. Se arañó el rostro hasta que gotas de sangre rodaron por sus mejillas.

»Yo lloraba, y estaba muy asustada porque me dolía mucho y mi vestido estaba sucio y manchado de sangre, y mi tíoabuelo Bonifacio se comportaba cada vez más como un loco. Intenté mirar a mi padre, pero él no quería mirarme. «Cálmate, tío», dijo. «No volverá a comportarse de este modo, porque yo me encargaré de sacarle el demonio del cuerpo».

»Y tras decir esto, se quitó el cinturón y, sin una palabra, me sujetó la muñeca y me tendió boca abajo en la paja. Comenzó a azotarme y me hizo tales verdugones en la espalda y las piernas que durante muchos días me dolía al sentarme, y mientras tanto mi tíoabuelo lo animaba y gritaba para que el demonio saliera de mi cuerpo.

Amata apoyó la frente en una mano. Ahora las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero no hizo ningún intento por reprimirlas. En el profundo silencio, Conrado advirtió por primera vez que las gotas de lluvia, como las lágrimas de los ángeles, siseaban en el hogar al caer por la chimenea.

La voz de Amata temblaba cuando habló de nuevo.

—Lo peor de todo fue que mi padre no volvió a hablarme o ni siquiera mirarme después de aquello, y por su causa mi madre tenía miedo de consolarme. La tortura del silencio duró hasta el día en que murió. Los asaltantes lo mataron con el muro de su cólera todavía levantado entre nosotros. Nunca escuché el perdón del hombre que amaba más que a nadie en el mundo.

—La vergüenza le impidió enfrentarse a ti, Amata. Sabía que había actuado injustamente. Te azotó porque no podía azotar al hipócrita de su tío. Tácito comentó una vez que está en la naturaleza humana odiar a aquellos a los que hemos

---

lastimado. —Dijo esas palabras con una voz ronca que apenas reconoció como propia —. ¿Nadie se puso de tu parte?

—Sólo la prima Vanna, pero se marchó a Todi poco después. Iba a casarse con el sior Iacopo. Los iba a casar nada menos que el obispo Bonifacio. Ella fue mi única amiga durante aquellas semanas, además de mi hermano. Fabiano sabía que me habían castigado por haber hecho algo malo. No sabía exactamente qué, pero le dolía verme tan triste.

—¿Qué pasó cuando los asesinos te secuestraron? ¿Cómo te trataron en la Rocca?

Amata se enjugó las lágrimas con la manga.

—Intentaba no estar nunca sola con los hombres de aquel lugar, pero no siempre era posible. Finalmente robé un cuchillo de la cocina, el que llevaba debajo de la manga en nuestro viaje, y juré que algún día mataría a Simone della Roca y a sus hijos, o quizá a mí misma.

—¿Simone della Rocca Paida, el guardián de esta ciudad?

—Sí, fue donde me tuvieron cautiva, en esa grotesca fortaleza. Simone empuñó la espada que mató a mi padre, y su hijo Calisto, asesinó a mi madre. Una vez intenté apuñalar a Calisto. Me arrinconó el día anterior a que mi ama y yo saliéramos para San Damiano, supongo que dispuesto a aprovechar la última oportunidad para abusar de mí. Sólo conseguí hacerle un tajo en la mano, pero lo bastante profundo como para que necesitara atención. Escapamos antes de que se curara; de lo contrario, estoy segura de que me hubiese matado.

Calló una vez más. Su voz se había tranquilizado cuando habló de nuevo.

—Juré que ningún hombre volvería a conocerme excepto en mis propios términos. Supongo que mi fantasía maternal no está del todo muerta, aunque estoy muy cerca de cumplir los diecisiete y casi se me ha pasado la edad de casarme. —Contempló el juego de las llamas en el hogar—. Me volví un poco loca en el camino, Conrado. Todavía me duele el corazón sabiendo el precio que pagó Enrico por aquella locura. Deseaba tanto experimentar aunque sólo fuese una vez el placer de amarse libremente. —Miró el rostro del fraile—. Si te sirve de algo saberlo, ya sea como sacerdote o, eso espero, como mi amigo, he jurado por Nuestro Señor y su Bendita Madre que nunca más volveré a tomarme el amor a la ligera.

Su mirada carecía de toda alegría, aunque consiguió esbozar una mala copia de una sonrisa. Finalmente preguntó:

—¿Te he ayudado a comprender?

Por primera vez desde que se había enterado del casamiento de Rosanna, Conrado lamentó vestir hábito. En aquel instante no deseaba más que ser un hombre normal, libre del yugo del celibato, tomar a aquella encantadora niña mujer entre sus brazos y decirle las palabras de perdón y disculpa que nunca había oído de su padre, las

---

palabras de amor eterno que nunca había oído de Enrico; arrodillarse ante ella, suplicarle perdón y pedir que lo aceptara a él.

Pero sabía que eso era una fantasía imposible. Sus votos eran su realidad, tan reales como su hábito gastado. Se levantó de la silla y le palmeó el hombro suavemente.

—Lo siento mucho, Amata. Juro que rezaré a Dios todos los días para que cure las heridas de tu cuerpo y de tu alma. Ahora iré a la capilla de madonna para comenzar con la promesa. Eres bienvenida a rezar conmigo, si quieres.

Con el dique de la oración entre ellos, esperaba no tener que enfrentarse a las acometidas de aquella particular fantasía.



## Capítulo XXII

La lluvia caía de los tejados y corría por las cunetas y plazas de Venecia para acabar en los canales; un poco habitual y prolongado diluvio en el delta del río Po. Habían tenido que postergar dos veces el desfile de los gremios.

Un cada vez más inquieto, Orfeo observaba la ciudad desde el Rialto, donde los armadores sufrían y rogaban para que sus cargas llegaran sanas y salvas al mercado, donde los preocupados comerciantes tenían la mayoría de sus productos cubiertos con lonas y los compradores eran el único bien escaso. La actividad era casi nula, incluso en el mercado de esclavos paganos y las «pequeñas almas», los niños cristianos de Levante cuyos padres los habían vendido como sirvientes.

Sólo en el barrio judío y en los talleres de los artesanos había actividad. Allí el trabajo nunca cesaba. Los artesanos continuaban fabricando de todo: barajas, mosaicos, porcelana, armaduras y cristalería. Los ebanistas y pintores decoraban los cofres de madera, los cuernos de marfil de caza, las empuñaduras de las espadas, y los cintos de cuero. Los orfebres hacían joyas de oro y plata. Casi lamentó no haberse ido con Giuliano y los demás. Al menos hubiese estado haciendo algo.

La tercera mañana después del día de Todos los Santos, con la lluvia todavía azotándole los hombros, regresó al palacio del dux después de pasar la noche con Cecilia, preguntándose a qué podría dedicar la mañana. Mientras se acomodaba mejor la amplia capucha que le protegía la cabeza, recordó cómo la mujer había colocado su larga cabellera alrededor de su rostro cuando lo montaba en la primera luz del alba, para formar una cortina roja dentro de la cual se podían mirar el uno al otro sin estorbos, aislados del resto del universo. Qué profunda comprensión había en aquellos ojos grises sin edad, en la ambigua sonrisa que no reflejaba ningún juicio, ninguna culpa o compasión, que lo aceptaba nada más y nada menos que como su amigo, Orfeo el remero.

Cecilia sabía todo lo que pasaba en su rincón de Venecia, los tratos íntimos de todos los hombres, mujeres y niños, y los motivos ocultos que alimentaban dichas acciones. Había veces en que su sencilla sabiduría la hacía parecer como un ser de miles de años, un espíritu de la tierra como las bestias que lo sabían todo; un espíritu del submundo, como las hechiceras de antaño. No tenía miedo del tiempo o los acontecimientos. Podía hacer el trabajo de cualquier hombre, cargar con el más pesado tonel de vino con los pasos firmes y seguros de un buey.

---

Para su asombro, Orfeo era para la muchacha mucho más maravilloso de lo que lo era ella para él, posiblemente por sus sueños de viajes y triunfos a gran escala, o sus relatos de segunda mano de las maravillas de Oriente. Lo trataba como si él tuviese unos poderes que superaban los naturales y a su paciente manera aceptaba sin rechistar sus idas y venidas, a pesar de que ambos sabían que un día se marcharía para no volver.

Al llegar al palacio se le ocurrió una idea divertida. Le recomendaría a Cecilia al papa como consejera privada, y así añadiría la sabiduría natural de la muchacha a la profunda espiritualidad de Tebaldo. Pero no, no funcionaría. Poner un fruto tan delicioso junto al futuro reformador del clero sin duda resultaría desastroso. La sal podría perder algo más que el sabor. Sin dejar de sonreír ante la posibilidad, saludó al caballero romano que montaba guardia a la sombra de una columna cerca de la entrada principal. A sugerencia de Orfeo, el grupo de caballeros permanecía junto al papa electo a todas horas.

—¿Qué tal está nuestro Santo Padre? —preguntó—. ¿Ha dormido bien en la cama del dux?

—No. Ha pasado la noche inquieto, *signore, una notte bianca*, según los comentarios que he oído. Las pesadillas lo han despertado varias veces. Ahora desayuna en la cama. Ha dicho que acudieras a su habitación tan pronto como regresaras de la ciudad.

—¿Se está preparando alguna cosa?

El centinela se encogió de hombros.

—Te transmito el mensaje tal como me lo dieron. Ahora sabes tanto como yo.

—Esperemos que quiera emprender viaje. No me gusta el cariz que están tomando las cosas.

Orfeo cruzó el enorme vestíbulo y subió la escalera de mármol de dos en dos. Los hombres apostados a cada lado de la puerta del dormitorio se apartaron al reconocerlo.

—Su Santidad —dijo mientras cruzaba la habitación. Se arrodilló junto a la cama y esperó a que Tebaldo estirara la mano para bendecirlo.

—*Buon giorno, Orfeo*. —Desde la montaña de cojines colocados a su alrededor, el papa agitó un trozo de anguila ahumada—. Déjate de ceremonias y levántate.

Orfeo así lo hizo y esperó en silencio.

—¿Has desayunado?

—Sí, Santidad. —De haberle hecho la pregunta su amigo Giuliano, la respuesta de Orfeo hubiese sido más detallada, pero uno no hablaba de hermosas muchachas y otros bocados terrestres con un pontífice.

---

—De todas maneras prueba un poco de anguila. Es demasiado exquisita como para no compartirla.

Orfeo metió la mano en el plato del papa. Imitó a Tebaldo, y mordisqueó con delicadeza la carne aceitosa.

—Anoche tuve un sueño horrible. Mi carruaje se veía detenido por una brutal tormenta de nieve. Tú estabas delante, montado en el lomo de un buey, y llamabas a gritos a tu tío para que nos salvara. De pronto, el animal comenzó a mugir desesperadamente y una manada de lobos grandes como caballos apareció detrás de nosotros. Los bueyes tiraron con toda su fuerza, pero llevados por el pánico se desviaron de la carretera y cayeron por un barranco. Sentí cómo el carruaje volaba por el aire.

—¿Qué pasó después?

—Después me desperté. Uno de los guardias dijo que gritaba en sueños. —Le ofreció de nuevo el plato a Orfeo—. Soy de Piacenza. Sé leer las señales del tiempo en el valle del Po, pero tú te has criado en los Apeninos. ¿Mi sueño es profético? ¿Qué pasa con esta tormenta en los pasos montañosos?

—Puede que allí esté nevando, Santidad, aunque ésta es nuestra primera tormenta fuerte del invierno. En el mejor de los casos, la lluvia convertirá en un pantano los tramos de tierra de la carretera. La vieja calzada romana está pavimentada con piedras en su mayor parte. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Estás obligado a soportar toda la hospitalidad del dux? —Sabía que la pregunta no era adecuada, pero ya se le había agotado la paciencia.

El papa no respondió de inmediato. Quizá por la novedad de su cargo no estaba muy seguro de hasta dónde llegaban sus obligaciones y las normas del protocolo. Orfeo se acercó a la ventana y abrió los postigos. El viento frío y húmedo fue como una vivificante caricia en su rostro mientras él forzaba la vista para ver más allá de la bocana. Levantó las manos y las puso de pantalla alrededor de los ojos para protegerlos de las rociaduras.

—*Sangue di Cristo!* —maldijo en voz alta.

Una solitaria galera de guerra, sin el mástil y el castillo, avanzaba a fuerza de remos hacia el puerto. Dos puntos, bastante más lejanos, navegaban de la misma guisa a la estela de la primera.

Corrió junto al lecho y arrebató la bandeja del regazo de Tebaldo.

—Arriba, Santidad —gritó—. Vístete lo más rápido que puedas. Le diré a tus hombres que empaqueten tu impedimenta y que preparen los caballos de inmediato.

La orgullosa flota que los venecianos habían enviado contra Ancona con tanta fanfarria, la flota que Tebaldo se había negado públicamente a bendecir con el éxito, se había hundido en el tempestuoso Adriático.

---

Doña Giacoma estaba encantada con el cambio de Amata después de su conversación con fray Conrado. La muchacha se mantenía erguida, la cabeza alta, los hombros echados hacia atrás, como si la hubiesen descargado de un tremendo peso. La anciana le agradeció al fraile que la hubiese escuchado, pero él rehusó cualquier mérito por la transformación. El placer de la muchacha por tener a su viejo camarada en la casa era obvio, y doña Giacoma creía que Conrado sentía lo mismo, a pesar de que se pasaba horas en la capilla y no hacía ningún esfuerzo evidente por buscarla. Como siempre, enmascaraba las emociones con un viril estoicismo, a diferencia de Pío, que seguía a Amata a la primera oportunidad, impulsado por su amor adolescente. El paje hacía reír a Amata, y en una ocasión, mientras jugaban a tres en raya, ella sin darse cuenta lo llamó «Fabiano», el nombre de su hermano menor. «Qué feliz debió de ser su infancia», pensó la dama. Doña Giacoma rogó a Dios que, con ella como su instrumento, hiciese posible que la muchacha pudiese disfrutar de nuevo de un hogar.

Gran parte de la diversión de doña Giacoma venía de observar lo que ella consideraba como el «afecto secreto de fray Conrado», y sus intentos para controlarlo. Debido a su predicamento, sabía que el fraile se resistiría a la próxima tarea que le tenía reservada. Le dio un margen de varios días para que se acomodase de nuevo a la rutina de la casa mientras ella reunía sus pruebas y argumentos, que comenzó con una colección encuadernada de vidas de los santos que su marido le había regalado en los primeros años de matrimonio. Sabía exactamente dónde encontrarlo, aunque no había abierto el libro en casi sesenta años. Estaba envuelto en su velo de novia, en el arcón que había traído de la casa de sus padres. Cuatro días después del retorno de Conrado, mientras los sirvientes volvían a sus trabajos después de cenar y las mujeres se sentaban a comer, salió de su escondite detrás de una de las columnas del vestíbulo para impedirle escapar a la capilla, y arrinconó al fraile.

—Amatina quiere aprender a leer y escribir —dijo. Había tomado la costumbre de utilizar el diminutivo cuando hablaba de la muchacha.

Conrado soltó una carcajada.

—¿Eso quiere? Espero que le hayas dicho que son aspiraciones inadecuadas para una mujer.

—No he hecho nada por el estilo. —Lo miró con una expresión decidida—. Tú eres el único en esta casa cualificado para enseñarle.

Conrado sacudió la cabeza.

—Si bien concedo que la muchacha tiene una mente despierta, no quiero ser el único culpable de guiarla al orgullo de espíritu, cosa que suele ser el resultado con

---

las mujeres que exceden sus límites. Como dice el refrán: No hay que dar un paso más largo que la pierna.

Doña Giacoma no hizo caso de la pulla.

—Ven conmigo, hermano. —Y precedió al fraile a través del patio encharcado. Por fin había dejado de llover, pero aún goteaba agua por los aleros. En un pequeño cuarto al que sólo se podía acceder desde fuera, había una mesa, dos sillas y varios libros—. Lee esto —dijo, y abrió uno de los libros en la página señalada con una cinta roja—. Es la vida del bendito anacoreta san Girolamo.

La complacencia de Conrado la irritaba. Él se sentó a la mesa, echó un vistazo a la biografía y la miró pagado de sí mismo.

—Si el santo deseaba enseñarle las letras a las nobles romanas cuando era secretario del papa Dámaso, me parece muy bien. Sin embargo, Amata no es una dama noble romana.

—Su padre era un conde.

—De la nobleza rural, madonna. Dudo que cualquiera de sus padres supiera leer. Ella misma me dijo que no había empezado con las letras hasta que llegó a San Damiano.

—¿Qué me dices de santa Clara, que fundó San Damiano? Piensa en cuánto más pobre sería la Iglesia sin sus cartas a la bendita Agries de Praga, que sabía leer y por cierto responderlas ella misma. ¿Qué pasa con Hildegarde de Bingen y la abadesa Jutta de Disibodenberg? Ningún hombre ha descrito nunca las visiones y las luces trémulas como Hildegarde.

—Oh sí, visiones. Estoy seguro de que nuestra Amata tiene muchas de esas experiencias para compartir con los píos literati.

Doña Giacoma rechinó los dientes. Sintió el calor en el rostro y comprendió que se le habían encendido las mejillas.

—¿Te has olvidado de Hroswitha de Gandersheim, que hace trescientos años escribió obras de teatro y de historia iguales a las de cualquier cronista varón?

—Te digo que no puedo hacerlo —insistió Conrado—. No lo haré. —Y dejó el libro con una expresión que proclamaba claramente su voluntad de dar por acabado el tema.

Doña Giacoma descargó un bastonazo en la mesa que hizo saltar al fraile y los libros.

—¡Conrado, eres idiota! Quiere aprender a escribir para copiar la crónica que Leo te confió, el pergamino que tuviste miedo de traer a Asís contigo.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó el fraile con los ojos desorbitados.

---

—Sé que el manuscrito está a salvo en San Damiano, y no gracias a ti. Sé que Amatina arriesgó su vida en la cornisa de la montaña para traerlo aquí, sé que el pergamino enrollado alrededor de su cintura se enganchó en una roca y le hizo perder el equilibrio. Sé que, a través de la bendita intervención de fray Leo, ese texto también le salvó la vida desviando la pica que apuntaba a su corazón. —Y la dama se irguió en toda su altura y apoyó las manos en la empuñadura curva del bastón.

Conrado se levantó bruscamente y sujetó el borde de la mesa con las dos manos.

—¡Has respondido a mis plegarias, Giacomina! —exclamó—. Todos los días desde que regresé aquí, me he arrodillado en tu capilla para hacerle una pregunta a san Francisco y fray Leo. ¿Cómo puedo entrar de nuevo en el Sacro Convento y conseguir los manuscritos que necesito? Ni siquiera se me ocurrió pensar en San Damiano y las copias ocultas allí. —Se mordió por un momento uno de los nudillos, mientras pensaba en esta nueva opción—. ¿Amata se marchó en buenos términos con las clarisas?

—Por supuesto. No ha hecho nada para perder su favor.

—Quizá por amor a ti, y por el profundo respeto que le tenía a fray Leo, la madre abadesa tal vez pudiera confiarle a la muchacha...

—No te atrevas a sugerir lo que estás pensando, hermano. No expondré a Amatina a nuevos peligros. Maese Roberto dice que dos frailes se apostan cada mañana en los extremos de nuestro callejón, y vigilan a todos los que entran y salen de esta casa.

—Son mis movimientos los que vigilan, madonna. Sus votos los obligan a mantener una casta distancia de las mujeres seculares. Amata podría llevar un regalo, digamos una pieza de lino, a las monjas. En un cesto. Podría regresar con los manuscritos; dos en particular que necesito ver. Si escondió el manuscrito de Leo en su persona con tanta habilidad que yo no lo descubrí, podría engañar fácilmente a los sabuesos de Bonaventura.

Doña Giacomina se sintió tentada de señalarle que pocos frailes podían superar la ingenuidad y la falta de observación de Conrado, pero se contuvo. Además, el plan no era del todo descabellado. Estaba a punto de manifestar que valía la pena considerarlo, cuando se dio cuenta de que él la había desviado de su objetivo.

—¿Y qué hay de las lecciones?

Conrado sonrió como un tratante de caballos satisfecho.

—Haremos un trato. Si Amata puede traerme la primera vida de san Francisco de Tomás da Celano y la Leyenda de los tres compañeros, le daré clases, con las fuentes apropiadas, por supuesto.

Doña Giacomina le señaló los otros dos libros que había en la mesa.

---

—Yo estudié con éstos cuando era una niña. Uno es un libro de modales, el otro instruye a las jóvenes esposas en la administración de la casa. Le enseñará a comportarse como una dama al mismo tiempo que aprende a leer.

El fraile soltó un gruñido de agravio.

—Será como hacer una trompeta con la cola de un cerdo.

La anciana apretó la empuñadura del bastón.

—Unas palabras muy adecuadas en boca de un hombre que se presentó aquí con el aspecto de un bárbaro hace unas pocas semanas. Si pude asearte a ti, fray Conrado, cuánto más fácil será enseñar a la muchacha. Algún día será la señora de esta casa, y debe ser capaz de manejarse ella misma y sus asuntos adecuadamente.

Doña Giacoma había conseguido sorprenderlo una vez más.

—No tengo herederos —añadió—, más que los hombres de la familia de mi difunto esposo, personas a las que no he visto en décadas. Simone della Rocca despojó a Amatina de sus derechos de nacimiento y de una educación correcta, además de su oportunidad de tener un matrimonio digno. Cuando llegue mi momento, tendrá mi casa y mis ingresos como dote, si ella así lo desea. Una mujer de su inteligencia, encanto y fortuna será una igual para cualquier hombre de la cristiandad, y para cualquiera que esté ligado por el voto de castidad, por supuesto.

Aunque casi nunca hablaba maliciosamente, doña Giacoma no pudo resistirse a soltar la pulla. Conrado había insistido en menospreciar a la muchacha y se merecía sufrir un poco. Vio que su anuncio no le había sentado muy bien, y comprendió que había reavivado el conflicto en su mente. Ella tenía su propia fantasía, en la que aquellos dos jóvenes se reunían y al menos admitían abiertamente el afecto que se profesaban mutuamente. Era algo que Conrado podía manifestar y seguir siendo fiel a sus votos; una fidelidad que ella sabía que siempre había mantenido, por muy mal que lo hubiese tratado la orden. Si Conrado tenía algunas cualidades heroicas, éstas eran la persistencia y la perseverancia. Pensó en fray Leo, y en cómo sus vidas se habían entrelazado en los últimos cincuenta y cinco años de la existencia del fraile. Quizá Conrado y Amatina pudieran, como mínimo, recrear ese esquema, que tanto consuelo le había dado a ella a lo largo de los años.

Para cambiar de tema, doña Giacoma utilizó el bastón para acercar los libros al fraile.

—Mientras tú les das una hojeada, hablaré con Amatina. —Hizo una pausa y después añadió—: Se arriesgará a lo que sea para complacerte. —Ahora que había acabado con el tema, se permitió una sonrisa—. Hermano, por favor, no digas nada de la última parte de nuestra conversación. Ella cree que sólo pagué para librarla del vínculo con las clarisas. Todavía no sabe nada de mis planes para su futuro.

---

Amata salió de la casa de doña Giacoma cuando en el cielo brillaban las estrellas de Escorpio, la misma constelación que había marcado la hora de su nacimiento: ¿cuántas vidas atrás? La tormenta se había alejado finalmente más allá de las montañas y ahora sólo quedaba una fina capa de nubes altas por el este. El viento remontaba la escalera que había junto a la casa de doña Giacoma, y soplabla en todas las direcciones por el angosto callejón. El frío le entumeció el cuerpo a pesar de la gruesa capa.

Miró a uno y otro lado. Tal como esperaba, vio la silueta de una sombra encapuchada en un extremo. El fraile que vigilaba la esquina opuesta se había ocultado mucho mejor en las sombras, y se había protegido del viento, pero ella estaba segura de que no podía estar muy lejos. Cogió el cesto, se lo puso en la cabeza y arqueó la espalda con la postura grácil y erecta de las criadas. Comenzó a bajar la escalera, dispuesta a llegar a la puerta sudeste de la ciudad a la hora en que los guardias la abrían.

El viento podía ser un problema. No podría detenerse en la curva de la escalera para escuchar a ver si oía las pisadas de su perseguidor. Bueno, a ver si eran capaces de seguirla. Le entusiasmaba el reto de despistarlos, de la misma manera que había acabado por aprender la manera de eludir a sus captores en los laberintos de la Rocca.

Se había llevado una desilusión cuando Giacomina le dijo que Conrado había negociado para conseguir su ayuda. ¿Acaso no sabía que ella hubiese ido a recoger los manuscritos sin pedir nada a cambio? ¿No había dicho él que estaban unidos en aquella empresa, el día que habían atado sus cinturones en la cornisa? Conrado la desconcertaba. Había ocasiones en las que se mostraba como su más íntimo amigo, y otras en las que podía ser absolutamente frío y distante. Cuando ella le contó que Bonifacio la había violado no siendo más que una niña, fue como si se hubiese presentado desnuda ante él. Desde entonces, si bien había parecido comprender su dolor, la había evitado. Quizá había sido demasiado para él. O quizá todo aquel asunto de los manuscritos lo preocupaba. Confiaba en que, tal como le había dicho Giacomina, sencillamente fuera que él estaba tan desconcertado como ella respecto a sus sentimientos y no sabía cómo expresarlos.

Cuando llegó al final de la via San Paolo, Amata dobló hacia el noreste y aceleró el paso hasta alcanzar la catedral de San Rufino. Se ocultó detrás de una de las columnas del porche del templo desde donde veía con toda claridad la calle, y dejó el cesto en el suelo.

Una luz tenue se extendió por la plaza. El pálido sol se elevó con dificultad por encima del monte Subasio, que una capa de nubes insistía en ocultar. Amata vio a un fraile que cruzaba la plaza desde la misma dirección que había seguido ella, pasaba por delante de la catedral y se alejaba en dirección noreste. Sonrió satisfecha y

---

recogió el cesto. Había resultado ridículamente fácil. Entró en la iglesia, recorrió la nave a paso rápido, y salió por una de las puertas laterales del crucero. Fue a dar a un callejón que llevaba de nuevo a la puerta sur de la ciudad y a la carretera de San Damiano.



## Capítulo XXIII

Conrado vigiló el callejón durante toda la tarde. Se apostó junto a una de las ventanas, mientras doña Giacoma iba y venía de la cocina a la entrada. Cada vez que ésta completaba el recorrido miraba al fraile con expresión ceñuda. Amata ya tendría que haber regresado. Compartían el pensamiento, aunque ninguno de los dos lo manifestaba en voz alta.

Las sombras cada vez más largas de las casas de dos pisos del final del callejón ya comenzaban a oscurecer el mismo cuando Conrado vio finalmente a la mujer asomar por la escalera. Fue apareciendo poco a poco: primero el cesto, luego la capucha de la capa, y después el rostro solemne medio oculto. Mantenía la mirada fija en los escalones, los hombros erguidos y la espalda recta para equilibrar la carga. El fraile corrió a la puerta antes de que el pie de ella pisara el escalón del umbral. El repiqueteo del bastón de doña Giacoma sonó en seguida a su espalda, reaccionando de inmediato al rechinar de las bisagras de la puerta. Amata entró en el vestíbulo con una amplia sonrisa. Apoyó una rodilla en tierra después de dejar el cesto en el suelo y se quitó la capucha. Luego se levantó de nuevo, muy envarada.

—¿Estás bien? ¿Has tenido algún percance? —le preguntó la anciana.

Conrado se arrodilló a su vez y levantó la tela que cubría el contenido del cesto. Pan. Sólo hogazas de pan recién cocido en los hornos de las clarisas. Miró a la muchacha sin molestarse en disimular su desilusión, pero ella no hizo caso de su actitud.

—Ha sido coser y cantar —respondió—. Palméame la espalda.

Doña Giacoma palmeó la espalda de Amata y se echó a reír al oír el sonido sordo de algo sólido.

—Me até los manuscritos a la espalda —explicó Amata—. Esta vez no podía enrollármelos a la cintura como hice con el pergamino de fray Leo, y me pareció que no estaban seguros en el cesto. Deduje que los guardias civiles estaban compinchados con Bonaventura, pues por fuerza tienen que saber que los frailes se quedan en nuestro callejón después del toque de queda. Tal como esperaba, los guardias de la puerta revisaron el cesto. Oh, llevar uno fue muy buena idea, fray Conrado. Como tenía que mantenerlo equilibrado en la cabeza, nadie sospechó que, aunque hubiese querido, no podía doblar la espalda.

---

—Estábamos tan preocupados por ti, Amatina —dijo doña Giacomina— Tardabas tanto en volver.

—Tuve que esperar a que se cociera el pan —contestó Amata, con una sonrisa—. Es probable que las hogazas todavía estén calientes a pesar de que sopla un viento muy frío. La espera también me permitió visitar a sor Agnese. Era mi mejor amiga durante el noviciado. —Miró a Conrado, que aún estaba de rodillas junto al cesto—. ¿La conoces? Es la sobrina de fray Salimbene. Me dijo que su tío ha regresado a la Romagna y quizá no tarde mucho en estar de nuevo en Umbría. —Y se echó a reír, demasiado excitada para esperar su respuesta—. ¡Las historias que nos contó cuando vino a ver a Agnese en su última visita! Me alegré tanto cuando me llevó con ella a la puerta de los visitantes como su carabina. No me lo hubiese perdido por nada en el mundo. Espero que puedas convencerlo para que se quede aquí, madonna, en lugar de alojarse en el Sacro Convento. Hará que todos se diviertan a más no poder. —Retrocedió como un cangrejo por el pasillo mientras añadía—: Os contaré el resto durante la cena. Necesito quitarme estos libros de la espalda.

El rostro de Conrado se ensombreció, a pesar de las buenas noticias referente a los manuscritos. Se sorprendió a sí mismo pensando: «No es culpa mía si no sé contar historias. No va con mi naturaleza. Siempre he sido melancólico. Salimbene tiene un humor sanguíneo. Además, qué manera de malgastar el espíritu, hacer reír a un montón de niñas tontas».

Doña Giacomina sonrió al fraile cuando Amata desapareció.

—Mandaré que en la sala, mañana por la mañana, estén preparados la tablilla de cera y los libros. Maese Roberto irá a comprar pergamino y recado de escribir tan pronto como tú me digas que Amata está preparada para la tinta.

—¿Qué pasará con mi propio trabajo? Leo dijo que estas leyendas eran urgentes.

—Desde luego que lo son. Enseña a Amatina hasta el mediodía, cuando el sol llegue a su punto más alto, el resto del día utilízalo como mejor te parezca.

Conrado admitió que el arreglo era justo, pero estaba impaciente por leer los manuscritos. Quizá pudiera empezar ese mismo día, después de la cena. Pero en el pasado, leer la letra pequeña a la luz de las velas o las antorchas le fatigaba los ojos y le hacía temblar el párpado izquierdo: un síntoma que su maestro de París había atribuido al gris claro de su iris. Teniendo los ojos débiles, lo mejor sería esperar la siguiente salida del sol. Recogió el cesto de pan y siguió a la dama a la cocina.

Tras el paso de la tormenta, una niebla espesa cubrió los valles de los Apeninos. Sólo los picos de las montañas asomaban por encima del manto gris como islas flotando en un mar informe. El carruaje del papa, tirado por bueyes, avanzaba como un fantasmagórico cofre mientras el fango se deslizaba a ambos lados del camino, un fluido gris pardo en un mundo aguado.

---

Habían pasado varios días desde que el grupo papal había huido de Venecia y los últimos de los caballeros romanos aún no se habían reunido con el grupo principal. Tebaldo había emprendido la fuga tan precipitadamente que muchos de los guerreros se habían quedado atrás, dispersos por los diferentes prostíbulos de la ciudad. Su capitán había dejado un pequeño retén en el palacio del dux, para que se ocupara de los rezagados y se disculpase lo mejor que pudiera ante el dux y su esposa. Cada uno de los caballeros que daba alcance al papa y su comitiva, describía escenas de caos y una violencia cada vez mayor en la ciudad a medida que se conocía el alcance del desastre.

—En un primer momento, los ciudadanos se quedaron atónitos —gritó uno de los caballeros recién llegados a través de la ventanilla del carruaje del papa—. Estuvieron toda la mañana en el muelle, dedicados a contar las naves y a buscar a sus amigos y familiares entre los marineros supervivientes. La ciudad ha perdido la mayor parte de sus doscientas galeras.

Orfeo, que cabalgaba junto al carruaje, agradeció para sus adentros la buena cabeza de Cecilia. Ella le había salvado la vida al convencerlo de que no se uniera a la expedición. Rezó también para que Dios hubiese salvado a Giuliano, aunque el instinto le decía que su amigo yacía en el fondo del mar.

—La barca del dux llegó a media mañana, poco después de la tercia —añadió el caballero—. El dux se quedó con la muchedumbre en el muelle durante un rato, y después fue a su palacio para buscar a Su Santidad. Tenía el rostro blanco como un leproso. Enterarse de que os habíais marchado fue un duro golpe. Oí cómo enviaba a uno de sus hombres a decirle a su esposa que se quedara en casa. Luego entró en el palacio y ya no volví a verlo.

—Hacia el mediodía, la multitud ya había perdido toda esperanza de que aparecieran más naves —manifestó otro caballero—. Pasé entre ellos en la plaza, camino de mi puesto, cuando comenzaron las protestas, muchas dirigidas contra Su Gracia, lamento decirlo. Fue entonces cuando nosotros dos decidimos que ya no teníamos nada más que hacer en Venecia.

Orfeo no podía ver el rostro del pontífice a través de las pequeñas aberturas de las ventanillas del carruaje. Sin embargo, sí oyó su voz afligida.

—Recé por su seguridad, no por el triunfo. La tormenta fue voluntad de Dios. Eso es algo que mis bendiciones no podían evitar.

Los últimos caballeros relataron el final del drama a lo largo de los días siguientes. Cuando los venecianos descubrieron que el papa se les había escapado, descargaron su desesperación sobre el dux. Dios continuaba castigando a Venecia, clamaron algunos, por los pecados de Enrico Dándolo y el saqueo del Hagia Sophia. Inevitablemente, la culpa acabó por recaer sobre el actual sucesor de Dándolo, el desafortunado Lorenzo Tiépolo (que había ordenado la incursión), y sobre su esposa griega.

---

El obispo de Venecia enardecía a la masa con sus diatribas delante de San Marcos.

—Dios no soporta más los lujosos vestidos de esta mujer. Sus habitaciones apestan a incienso. El aire veneciano no es lo bastante bueno para ella. Desprecia lavarse con la misma agua que todos nosotros, y hace que sus criadas recojan el rocío que cae del cielo. Tampoco se digna coger la carne con los dedos como es la costumbre, sino que ordena a sus eunucos que se la corten en trozos pequeños, que después ensarta con un instrumento de dos púas de oro para llevárselos a la boca. He visto esa vanidad con mis propios ojos, porque he comido en su mesa. ¿Debe sorprendernos que incluso Dios con su infinita paciencia acabara por gritar «¡Basta!» ante tamaña insolencia?

La mayor parte de los ciudadanos presentes centraron su furia en el dux. Lo habían visto entrar poco antes en su palacio, vecino a San Marcos; por tanto, era más accesible que su esposa. Gritaron toda clase de improperios a través de las ventanas y reclamaron su vida a cambio de las vidas de los marineros ahogados. Así y todo, con el palacio protegido por sus guardias, podría haber eludido cualquier otro daño de haber esperado a que se agotaran la furia y el pesar, y permanecido a salvo de los ánimos de revancha de la turba. Pero el final del drama veneciano aún estaba por llegar.

Al final de la tercera tarde que la compañía romana pasaba en la carretera, llegó al campamento el último de los caballeros. Muy poco habituado a pasar todo el día en la montura, Orfeo se masajeaba la cintura y las nalgas detrás del grupo de soldados que estaba comiendo con Tebaldo alrededor de la hoguera.

—Trae comida para este hombre —le gritó el capitán a uno de los sirvientes cuando el caballero desmontó. Tebaldo le señaló al hombre un tocón cercano. Otros guerreros y sus escuderos salieron de las tiendas y se acercaron al fuego, algunos todavía a medio vestir. El caballero se quitó el bacinete y los guanteletes. Esperó a que un sirviente le diera un trozo de carne ensartado y un tazón, inspiró hondo y comenzó su relato sobre la venganza del pueblo.

—La única explicación que se me ocurre es que Lorenzo se dejó llevar por el pánico. Quería pedir refugio en San Marcos, aunque era consciente de que la chusma esperaba ese movimiento. Así que decidió huir por una de las puertas traseras del palacio, y alcanzar la iglesia de San Zacarías cruzando el *ponte della Paglia*.

El caballero prosiguió su relato entre tragos de vino y bocados de carne. Masticaba lentamente para saborear, además del trozo de asado que chorreaba grasa en su mano, ser el centro de atención.

—Yo miraba desde el piso superior del palacio. Dios sabe que los guardias salieron de éste con el dux y que hicieron lo imposible por protegerlo. Repartieron mandobles a diestro y siniestro. La sangre corría por todo el puente, pero la multitud no cejaba.

---

Se acabó el tazón de vino y lo levantó para que le sirvieran más. Nadie dijo ni una palabra mientras un sirviente se lo llenaba.

—Finalmente —dijo el caballero después de dar un buen trago—, en la calle delle Rasse, un hombre consiguió deslizarse entre el anillo de guardias y mató a Lorenzo de una puñalada. —El caballero golpeó el tazón contra su pecho para indicar por dónde había entrado la puñalada mortal y, como si el efecto hubiese estado planeado, el vino tinto salpicó la coraza.

Un murmullo se levantó en el círculo de oyentes. Después se hizo de nuevo el silencio en el campamento hasta que Tebaldo manifestó con voz serena:

—Era un buen hombre. Descanse en paz.

—Amén —respondieron los guerreros.

Después de un respetuoso silencio, el papa añadió:

—Nos le debemos un agradecimiento especial a nuestro joven amigo de Asís. De no haber sido por su rápida acción, quizá hubiese sido nuestra sangre la que manchara la calle delle Rasse.

Orfeo se vio inesperadamente aclamado y una pesada mano le dio una palmada en la espalda que a punto estuvo de descalabrársela. Hasta aquel momento, los altivos romanos lo habían tratado como un palurdo de Umbría, aunque a él le importaban muy poco sus opiniones como para intentar convencerlos de lo contrario. Avergonzado por las súbitas aclamaciones, gritó «Viva il papa!» para desviar de nuevo la atención hacia la fuente. Los demás se sumaron al coro, mientras él se escabullía a través del grupo de los caballeros.

En las sombras, en el límite del campamento, relinchó un caballo. Orfeo vio varios pares de ojos color naranja que resplandecían en la espesura. Cogió un par de piedras y las arrojó mientras avanzaba hacia ellos. Las larguiruchas criaturas se alejaron en silencio al amparo de la oscuridad. Recordó los enormes lobos de la pesadilla de Tebaldo. El marino se estremeció y se santiguó rápidamente.

Amata acabó a toda prisa las tareas matinales, ansiosa por disfrutar del mayor tiempo posible de sus lecciones. Todos los días, Conrado escribía una nueva letra en su tablilla de cera, primero en minúsculas y luego en mayúsculas, y le decía el sonido que representaba. Después, ella reseguía los trazos. Al acabar la primera semana podía escribir ya palabras enteras. Durante la última hora de cada clase, él leía unas pocas líneas del libro de modales o de la vida de los santos de doña Giacomina, y le señalaba cada palabra mientras las leía para que ella, sentada a su lado, pudiese seguir las. A continuación hacía que las repitiera de memoria, hasta que las palabras se le quedaban bien grabadas.

---

—Ten presente que es una descortesía rascarse la cabeza en la mesa, quitarte del cuello chinches y otros insectos y matarlos delante de los demás, o rascarte o quitarte las costras de cualquier parte del cuerpo donde puedan estar.

«Cuando te limpies la nariz, no debes quitarte la suciedad de la misma con los dedos, sino con un pañuelo. Ten cuidado de que los mocos no te cuelguen como los carámbanos que vemos suspendidos de los aleros de las casas en invierno.

«Asegúrate de que tus cabellos están bien peinados y de que tu tocado no está lleno de plumas u otros desperdicios».

Conrado concluía la lectura de cada día con unas pocas líneas de su breviario, por lo general uno o dos versículos, y una breve homilía mediante la cual dejaba constancia de que la formación espiritual del alma aún tenía precedencia sobre la sabiduría mundana.

—La mujer que tiene poco entendimiento y teme a Dios —decía—, está mejor que aquella que posee mucha sabiduría y transgrede la ley del Altísimo.

Amata encontraba su machacona insistencia a la vez divertida y tranquilizadora.

La rutina ayudó a que para ella noviembre pasara de prisa. Por las tardes, mientras Conrado se dedicaba a sus leyendas, ella tenía a otros para que la ayudasen a reforzar lo que había aprendido por la mañana. Frailes errantes y clérigos hambrientos visitaban la casa un día sí y el otro también, y aquellos que no lo desaprobaban del todo parecían fascinados con la novedad del experimento de doña Giacomina. ¡Una vulgar criada aprendiendo a leer y escribir! ¡Cualquier día a la viuda le daría por enseñarle a su gato cazarratones a dar las gracias antes de tomarse el bol de leche!

Amata sospechaba que algunos de los más jóvenes se sentían fascinados por otras razones, aunque ella no hacía nada para alentarlos. Conrado debía de pensarlo también, a juzgar por su expresión cada vez que pasaba por la gran sala y la veía leyendo con alguno de esos visitantes.

Con la poca sutileza que lo caracterizaba, Conrado le recordó a Amata su reciente voto personal. Cuando el fraile estaba de ese humor, las lecturas con las que acababa las clases no eran de los salmos, sino del Eclesiastés.

—No contemples la belleza de todos, ni aguardes nada de las mujeres. Porque de las prendas viene la polilla, y de la mujer la iniquidad del hombre... Y he hallado más amarga que la muerte a la mujer cuyo corazón es lazos y redes, y sus manos ligaduras. El que agrada a Dios escapará de ella; mas el pecador quedará en ella preso».

Una vez, interrumpió la lección para decirle a bocajarro que uno de los sacerdotes, un tal fray Federico, alargaba la visita exclusivamente por el placer de su compañía. Ese día citó a un poeta de nombre impronunciable.

---

—«¿Definirías o sabes qué es una mujer? Es barro resplandeciente, una rosa hedionda, un dulce veneno, siempre inclinada hacia aquello que le está prohibido».

De haber estado realmente interesada en Federico, las suspicacias de Conrado quizá la hubiesen ofendido, pero tal como eran las cosas en realidad, le costó mantener una expresión grave ante su severa indignación. Cuanto más despotricaba él, más afecto oía ella detrás de sus duras palabras. A él le resultaba mucho más fácil compararla con el «barro resplandeciente», y llamar a los frailes como Federico un *cane in chiesa*, un perro en la iglesia, que decir: «te aprecio y me preocupo por ti», pero ella nunca dejaba de percibir el afecto en cada una de sus regañinas.

—Tengo un plan para protegerte de esos hermanos sin principios —le dijo un día, y envió a un sirviente a que llamara a doña Giacoma.

Cuando la dama se reunió con ellos, Conrado sugirió que Amata pasara las tardes repasando sus lecciones con el paje Pío.

—No sólo Pío aprenderá de Amata —explicó—, sino que la repetición ayudará a su propia memoria.

Pío se mostró encantado cuando doña Giacoma aceptó, dado que el arreglo le daba una excusa más para estar con Amata. El galante fray Federico se marchó de la casa, Conrado se quedó satisfecho, y a la muchacha no le importó. Las lecciones con el paje eran como un juego, porque al muchacho el libro de buenos modales le parecía bastante tonto. Amata leía:

—«Si tienes que eructar, hazlo con la mayor discreción posible, y siempre volviendo el rostro. Si escupes o toses, no necesitas tragarte lo que ya tienes en la garganta, pero escupe en el suelo, en tu pañuelo o una servilleta».

Pío respondía con un eructo tremendo, sin olvidarse, eso sí, de volver el rostro, o tosía hasta llenarse la boca de flema y le pedía, con los labios apretados, que le prestase su pañuelo. Las clases de escritura en la tablilla de cera casi siempre degeneraban en partidas de tres en raya, o el juego de damas, con trocitos de brasas frías de la chimenea como piezas.

Conrado decía muy poco de sus propios progresos. Amata sólo sabía que estaba con la leyenda de Tomás da Celano. Al principio se mostró desilusionado con el retrato de la juventud de san Francisco que ofrecía el biógrafo. El fraile dijo que la versión de Bonaventura sólo sugería eufemísticamente que el fundador se había sentido «atraído por las cosas mundanas» en su juventud.

—Cuan poderosa es la gracia de Dios —añadió Conrado—. Sólo Su poder pudo hacer un santo de un hombre de semejantes comienzos. Bonaventura desmerece la misericordia y el poder de Dios al rebajar la magnitud de la conversión de Francisco.

Amata recordaba bastante y había escuchado más que suficiente para comprender que el verdadero objetivo de la búsqueda de Conrado en Tomás tenía que ver con la

---

ceguera o un ciego, y durante mucho tiempo el fraile pareció no encontrar lo que buscaba. Sin embargo, eso debió de cambiar una tarde de mediados de diciembre.

Cornado entró en la sala donde ella cosía y charlaba con doña Giacomina.

—*In illo tempore* —murmuró el fraile, y miró en su dirección, pero pareció mirar más allá de ellas—. ¿Por qué es significativo *In illo tempore*? —Caminó hasta el extremo de la sala con las manos cruzadas a la espalda, se volvió al encontrarse con la pared, pasó de nuevo junto a ellas y abandonó la sala sin mirarlas.

Las dos mujeres se miraron la una a la otra y se echaron a reír.



## Capítulo XXIV

La primera semana de diciembre, el invierno se había aposentado ya del todo en Asís. El silbido del viento que se colaba a través de las ventanas tapadas de la habitación donde leía Conrado se había convertido en un aullido incesante, con todos los espíritus del cielo y de la tierra unidos en un lamentable coro. El monte Subasio y las colinas próximas descansaban en un sueño turbulento.

Sólo la más lúgubre luz se filtraba a través de la tela translúcida de las ventanas, incluso a mediodía. Forzado a leer con la pobre luz de la vela y de las llamas del hogar, Conrado avanzaba lentamente. Las salvajes ráfagas de viento enviaban el humo chimenea abajo y lo ahogaban con el olor agrídulce de las ramas de junípero que una campesina les traía con su burro todas las mañanas.

De haber querido, podría haberse llevado el manuscrito a la sala donde estudiaban Amata y Pío, de ventanas más grandes y una chimenea que no tenía problemas de tiraje, pero los muchos forasteros que pasaban por la casa y la necesidad de mantener el secreto, lo tenían en vilo. En una ocasión, antes de abandonar la casa, fray Federico incluso había entrado en la habitación de Conrado cuando éste estaba leyendo. Conrado había hecho todo lo posible por distraer al fraile con comentarios sobre una nueva obra, la Summa Theologica de Tomás de Aquino, que acababa de leer en el Sacro Convento, al tiempo que con disimulo cerraba el manuscrito de Celano e intentaba tapanlo con el cuerpo. Cualquiera erudito que llegara a la casa se sentiría comprensiblemente intrigado al encontrarse nada menos que con cuatro libros en el hogar de una mujer lega, noble o no. Libros de cualquier clase, con lo que unos manuscritos prohibidos serían extremadamente interesantes. Así que Conrado se mantenía aislado, se las apañaba como podía con el humo y la poca luz, y se frotaba los ojos irritados en la intimidad de su cuarto.

Conocía la historia de las leyendas de Celano a través de sus charlas con Leo. Tras la muerte de san Francisco, la hermandad creyó que el secretario del santo sería el encargado de escribir la hagiografía. Nadie había estado más cerca de Francisco, y el estilo sencillo y directo de Leo concordaba con la vida austera de su maestro. Pero Elías y el cardenal Ugolino decidieron escoger a fray Tomas de Celano para la tarea, a pesar de que el fraile nunca había conocido a san Francisco y había pasado la mayor parte de su carrera religiosa en Germania. Tomás había compuesto un majestuoso himno de muerte y juicio, el Dies Irae, y estaba claro que era un escritor

---

elocuente, pero al no tener ningún conocimiento personal de Francisco, había tenido que recoger la información del cabeza de la orden que le había encomendado el trabajo: fray Elías. En consecuencia, Elías ocupaba un lugar destacado en la obra de Tomás, hasta el punto de que, después de la caída en desgracia y la excomunión del ministro general, otro general, fray Crescentius, le encargó a Tomás que escribiese una segunda leyenda en la cual Elías no fuera mencionado. Para ayudar a Tomás con esta segunda obra, Crescentius pidió a todos los frailes que habían conocido a Francisco que escribiesen sus recuerdos, y fue así como surgió la Leyenda de los tres compañeros.

Conrado comenzó la búsqueda a través de Tomás con la primera línea del primer capítulo. No quería correr el riesgo de perder la pista, las palabras que marcaban «el comienzo de la ceguera.» Leyó la historia de una ciega curada por san Francisco, pero no había nada en el relato que tuviese relación con la frase de Leo. Todavía buscaba cuando llegó la nieve. Las manos de la campesina que les traía la leña enrojecieron con la helada y la vio envolverse un pesado chal de lana negro sobre la capucha de la capa, mientras Conrado, entre toses y lagrimeos, avanzaba capítulo a capítulo por la vida de Francisco narrada por Tomás. Leyó el relato de cuando Francisco recibió los estigmas en el monte Laverna y la aparición del serafín tal como Elías se la debió de narrar a Tomás. Entonces, en el capítulo inmediatamente después de la visión, las sencillas palabras de apertura «In illo tempore».

«En aquel tiempo, el cuerpo de Francisco comenzó a padecer de diversas y más graves enfermedades que antes. Porque sufría las consecuencias de la manera en que había castigado a su cuerpo y lo había sometido durante los muchos años precedentes».

La conversión de Francisco había tenido lugar en 1206, y que, con In illo tempore, Tomás se refería al año de Nuestro Señor 1224, el año de los estigmas, quedaba subrayado por una frase.

«Durante el espacio de dieciocho años, que ahora se habían completado, su cuerpo había conocido poco o ningún descanso... Pero dado que, de acuerdo con las leyes de la naturaleza y la constitución del hombre, es necesario que nuestro hombre exterior decaiga día a día, aunque el hombre interior se renueve, aquel muy precioso recipiente donde el tesoro celestial estaba oculto, comenzó a romperse... Porque no había experimentado todavía en la carne lo que le faltaba del sufrimiento de Cristo, a pesar de llevar los estigmas del Señor Jesús en el cuerpo, contrajo una muy severa enfermedad de los ojos».

Ahí estaba, en una sola frase. Francisco ya llevaba los estigmas cuando comenzó la ceguera. La enfermedad de los ojos no se había producido pues como consecuencia de su viaje a Egipto en 1219, como Conrado siempre había oído. El fraile continuó con la lectura:

---

«Cuando la enfermedad aumentó y pareció agravarse a diario por la falta de cuidado, fray Elías, a quien Francisco había escogido para que hiciese de madre para él y ocupase el lugar de un padre para el resto de los hermanos, finalmente lo convenció para que no rechazara la medicina».

Cuando Elías dictó esto, obviamente no tenía razones para ocultar cuándo se había producido la ceguera, ni su propia participación en el tratamiento. ¿Quién entonces, si no había sido Elías, difundió más tarde la historia de que el ardiente sol de Oriente había quemado los ojos del santo, y por qué? La biografía de Tomás no mencionaba el nombre del compañero de san Francisco, cuando éste viajó a la corte del sultán Melek-el-Kamel. Pero ¡Bonaventura sí!

Conrado recordó la respuesta de Ludovico cuando le preguntó al bibliotecario por qué el nombre de Illuminato le resultaba conocido. «Estaba con nuestro maestro cuando intentó convertir al sultán.» ¡De nuevo Illuminato! Él había sido sin duda quien le había dado a Bonaventura los detalles del viaje de Francisco a Oriente, de la misma manera que Elías le había dado su versión a Tomás. No obstante, eso no le explicaba a Conrado por qué Illuminato había tenido la necesidad de inventar una explicación diferente de la ceguera de Francisco años después de que Tomás completara su biografía.

El fraile sacó las notas que había tomado en el Sacro Convenio y debajo de ellas copió todo el capítulo titulado: «Del fervor del bendito Francisco y de la enfermedad de sus ojos». Un día, Dios mediante, releería esos pasajes y comprendería exactamente por qué su mentor había considerado esta distorsión de la cronología lo suficientemente importante como para mencionarla en su carta.

Estaba más seguro que nunca de que el misterio de Leo se centraba en acontecimientos que llevaban, o eran inmediatamente posteriores, a la impresión de los estigmas. En consecuencia, cuando sacó el otro libro que Amata había traído de San Damiano, la copia de la *Legenda Trium Sociorum*, fue directamente al mencionado episodio en la vida del santo. Lo que encontró allí hizo que acudiera en seguida de nuevo a sus notas.

—Es una muy clara laguna, madonna —le comentó a doña Giacoma aquella misma tarde—. Una brecha tan grande que podrías pasar por ella con un carro de heno. Ahora sé cómo mutilaron al Compañero, aunque todavía no puedo responde al por qué de Leo, o a quién lo hizo.

Dudaba de que la dama pudiese comprender los detalles de su último hallazgo, pero le había pedido que acudiese a su habitación porque necesitaba compartirlo con alguien antes de reventar.

---

—Mira aquí —añadió mientras pasaba el dedo a lo largo de una página—. El capítulo dieciséis del Compañero acaba con los episodios que ocurrieron en 1221. Después hay un breve resumen de los estigmas, en el año de Nuestro Señor de 1224, y luego el libro salta a la muerte de san Francisco, en 1226. ¿Dónde están los cinco años posteriores a 1221? Con tantos cambios importantes como ocurrieron en dichos años, tanto en la vida de Francisco como dentro de la orden. Leo y los demás compañeros nunca hubiesen omitido ni uno solo de los episodios de un período absolutamente crucial.

—Excepto la impresión de los estigmas.

—¡Ah! Ésa es la otra cosa que quiero mostrarte. Mira esta descripción de san Francisco, muy poco antes de la aparición del serafín. Leo escribía claramente, pero su estilo era sencillo, casero. «Cum enim seraphicis desideriorum ardoribus», absorto en amor y deseo seráfico. Esto es latín elegante, madonna. ¡Elegante! Además el escrito utiliza expresiones filosóficas sumamente técnicas, como este «sursum agere». Ninguno de nuestros tres compañeros escribió esto. Una frase así sólo puede haber salido de la mente de un teólogo educado en París.

Conrado se dio cuenta de que hablaba cada vez más rápido debido a la excitación. Inspiró profundamente y soltó el aire poco a poco antes de volver a sus notas. La expresión de doña Giacoma indicaba mientras tanto que toda aquella preocupación por el latín la superaba, aunque intentaba en lo posible no quedarse atrás.

—Ten un poco más de paciencia conmigo, madonna —se disculpó, y dispuso algunas de sus notas junto al manuscrito—. Aquí está la descripción de la misma escena hecha por Bonaventura. —Señaló unos pasajes específicos mientras hablaba. —Las mismas frases aparecen en ambas: aquí, aquí, y aquí, excepto que en este pasaje, «cuando pasó la visión», cuando Bonaventura escribe «*disparens igitur visio*», el Compañero dice «*qua visione dispárente*», en ablativo absoluto, a mi juicio la elección de una mente menos madura. La similitud es notable si consideramos que Bonaventura compiló su *Legenda Major* diecisiete años después de que Leo y los demás acabaran el Compañero.

—¿Cuál es tu interpretación?

Conrado se cruzó de brazos.

—Creo que hemos respondido a la pregunta de Leo: «¿De dónde vino el serafín?». Deduzco que este serafín en el Compañero vino de Bonaventura, que me consta que está fascinado con dicha imagen en particular, una fascinación sin duda estimulada por la historia que Elías le relató a Celano. Creo que el hombre que sirvió como ministro general en 1246, el año en que Leo le presentó el Compañero, le pidió al joven Bonaventura que escribiera este inserto. Aquel hombre, que también borró cinco años del manuscrito, fue Crescentius de Iesi; Giovanni di Parma, que lo sucedió, nunca hubiese aceptado semejante mutilación y falsedad. Cuando

---

Bonaventura escribió su propia leyenda años más tarde, no necesitó nada más que copiar su anterior descripción de esta escena con unas pocas mejoras gramaticales.

Mientras desarrollaba su teoría, Conrado tuvo la fugaz intuición de que el encarcelamiento de Giovanni quizá tuviera tanto que ver con la mutilación como con su «herético» joaquinismo. Doña Giacomina interrumpió sus elucubraciones.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Conrado repitió la pregunta con un susurro intrigado mientras ordenaba sus notas—. Ésa es la pregunta que no dejo de formularme. ¿Por qué?

Apiló las hojas sobre la tapa del Compañero y se dispuso a guardar ambos libros. El chancleteo de unas sandalias yendo hacia la puerta apresuró su acción. Aún estaba en ello cuando Pío apareció en el umbral.

—Hay alguien del Sacro Convento que quiere verte, hermano.

—¿Uno de los frailes? No pueden estar fuera a esta hora.

—Lleva el hábito de un fraile, pero tiene mi edad. Creo que ha venido hasta aquí corriendo. Jadea tanto que apenas puede hablar.

—¿Te dio su nombre?

—Sí. Ubertino da Cásale.

Las mejillas, la nariz y las orejas del muchacho mostraban un vivo color rojo, resultado de la combinación del frío y el ejercicio. Pasaba impaciente el peso del cuerpo de un pie al otro mientras esperaba apenas traspasado el umbral, con las pupilas tan dilatadas que parecía tener los ojos negros.

—Buona notte, hermano —lo saludó Conrado—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás todavía levantado después de completas?

—Me escabullí después de que todos los demás se fueran a la cama. Tengo que hablar contigo.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Conrado. Por extraño que pareciera, sentía más curiosidad por saber el cómo que el porqué de la visita de Ubertino. Se había enfrentado a aquel dilema el mes anterior. Hasta donde sabía, los frailes cerraban el convento a cal y canto en cuanto caía la noche.

El rostro del muchacho enrojeció todavía más cuando doña Giacomina se unió a ellos. Pareció sentir vergüenza de hablar delante de una mujer.

—Hay un portillo que comunica el convento con los pasadizos de debajo de la cripta. Nunca se usa y la cerradura está oxidada, así que no cierra. El otro día me la enseñó otro de los novicios.

---

—Eres un tonto. Bonaventura te castigará severamente si descubre que has venido aquí. Tiene espías que vigilan la casa a todas horas.

Parte del color desapareció de las mejillas del chico.

—No he visto a nadie en las calles —replicó y miró inquieto hacia la puerta principal. Obviamente no había pensado que pudiera haber centinelas. —Tenía que avisarte.

Doña Giacoma tocó el brazo de Conrado antes de que éste pudiese abrir la boca.

—Contén la lengua un momento, hermano. No asustes al chico más de lo que ya lo está. Deja que hable.

Ubertino le agradeció la intervención con una sonrisa.

—Esta noche serví la cena en la enfermería —le explicó a Conrado—. El ministro general tenía un invitado, un tal fray Federico. Hablaban de ti.

¡Federico! ¿Era otro de los espías de Bonaventura? ¿Había intentado sonsacarle información a Amata durante todas aquellas tardes, mientras Conrado estudiaba?

—Federico dijo que tenías unos libros que fray Bonaventura debía ver. ¡El ministro general se puso furioso! ¡Afirmó que se apoderaría de ellos y de ti también! Tiene intención de enviar a Federico aquí con otro fraile para robarlos. Comentó que probablemente tú saldrías de la casa pasado mañana. Un heraldo llegó esta tarde al convento con la noticia de que el papa está a sólo dos días de marcha. Permanecerá en la ciudad varios días, y fray Bonaventura dijo que toda la ciudad saldrá a recibirlo. Cuando te aventures fuera, le explicó a Federico, será cuando te atraparán.

Conrado se convirtió en una estatua hasta que doña Giacoma golpeó el suelo con la contera del bastón y lo sacó de su trance.

—Bonaventura se ha convertido en alguien tan malvado como todos los demás —afirmó. —El poder los corrompe a todos. Esperaba mucho más de su parte.

Pío aguardaba en el vestíbulo a una distancia discreta. La dama lo llamó.

—Amata debe de estar en la capilla. Espera a que termine sus oraciones vespertinas y tráela aquí.

Mientras Pío se alejaba presuroso, la dama palmeó el hombro de Ubertino.

—Eres un muchacho valiente. Son los jóvenes como tú, y fray Conrado aquí presente, quienes mantienen viva mi esperanza en la orden. ¿Quieres tomar algo caliente antes de irte?

El muchacho sacudió la cabeza.

Conrado acabó por encontrar la lengua.

—¿Por qué has corrido este riesgo por mí?

---

Ubertino se sonrojó. Ahora que había llevado a cabo la parte más arriesgada de su misión, parecía avergonzado.

—Son muchos los frailes que te tienen por un hombre santo. Dicen que algún día el ministro general te encerrará para siempre. Eso no me parece correcto, si no has hecho nada malo.

Conrado esbozó una sonrisa sardónica ante la inocencia del chico.

—Si recuerdas las Escrituras, fue así como comenzó la Iglesia, con la persecución de un hombre inocente. —Sujetó la mano del muchacho entre las suyas—. Mille grazie, Ubertino. Espero poder pagarte el favor algún día. Ahora ten mucho cuidado cuando salgas de la casa. No queremos que te encierren, o que te azoten.

La puerta se cerró detrás del novicio en el momento en que Pío regresaba con Amata. La joven miró el rostro de doña Giacoma, intrigada.

—Acabamos de recibir unas noticias preocupantes, Amatina —le dijo la anciana. El sarcasmo secó sus palabras como el viento árido—: Nuestro ministro general se está esforzando al máximo para llegar a lo más alto, incluso a la santidad. Está dispuesto a sacrificar a nuestro bendito amigo fray Conrado para mantener la ficción de la armonía dentro de la orden; lo mismo que hizo con fray Giovanni di Parma.

Sus palabras sacudieron a Conrado. ¡Bien podrían haber salido de su propia boca! La dama se volvió hacia él, el rostro tenso por la preocupación.

—Tienes que escapar, volver a las montañas.

Su plan lo pilló desprevenido, lo mismo que a Amata. Hundió los hombros, desilusionado, y ver la misma desilusión en los ojos de la muchacha no le ayudó a que le fuese más fácil aceptarlo.

—Éste no es momento para que los miembros de nuestra pequeña familia estén juntos —añadió la dama—. El idilio de que hemos disfrutado este mes sólo ha sido eso: un interludio. —Estiró los brazos y cogió a los otros dos. Conrado hizo una mueca, pero no retiró la mano—. Dios mediante, volveremos a estar juntos un día, y será mientras yo viva.

Los soltó y se dirigió a Amata.

—¿Podrás llevar los libros de nuevo a San Damiano? Tenemos que actuar antes de que amanezca.

La joven asintió.

—Creo que deberíais salir de la ciudad juntos, por la puerta más cercana, la porta di Murorupto en la muralla norte. Tendréis que estar muy cerca para atravesarla en cuanto suene el ángelus y la abran. —Doña Giacoma hablaba con la precisión de un capitán que despliega sus tropas, y jugaba con la empuñadura del bastón mientras su mente se ocupaba de los detalles—. ¿Cuánto te ha crecido el pelo, niña?

---

Amata levantó una esquina de la toca.

—Bien. Todavía no lo tienes demasiado largo. Los guardias civiles desconfiarán menos de dos hermanos que salen de la ciudad que si lo hacéis por separado. —Los ojos verdes de la dama brillaron mientras hacía una pausa—. Bonaventura no sabe que conocemos su plan —prosiguió—, así que la sorpresa está de nuestra parte. Podemos actuar mientras los hermanos duermen. Dudo que el ministro general haya puesto sobre aviso a los guardias, pero los frailes apostados en nuestro callejón puede que estén en cambio más alerta de lo habitual. Amata, quédate un par de días en San Damiano antes de emprender el regreso. En cuanto Bonaventura descubra que fray Conrado ya no está aquí, retirará a sus centinelas.

Miró a uno y a otro, y en su rostro se reflejó el orgullo, el miedo, la furia y la tristeza que sentía ante esa abrupta ruptura en su hogar. Parecía cansada, pero decidida. Una vez más buscó las manos de ellos y cerró los ojos. Levantó el rostro hacia el techo, y rezó:

—Dios, por favor, no permitas que pierda a mis hijos de nuevo.



## Capítulo XXV

Amata se acurrucó detrás de Conrado en el pórtico de una casa que bordeaba la piazza di San Francesco. La noche olía a nieve, hielo y fango. En el aire helado, el más mínimo ruido —las ratas que corrían por las zanjas, el rechinar de las cadenas de un cartel movido por el viento— resonaba siniestramente en las calles desiertas. Deseó poder apoyarse en el fraile, para conseguir un poco del calor de su cuerpo, pero sabía que Conrado preferiría que ambos se congelaran a hacer semejante cosa.

A la izquierda tenía una visión despejada de la plaza hasta la basílica; a la derecha, la barrera de la porta di Murorupto les impedía la fuga. El ermitaño y ella se habían levantado en plena madrugada, cuando las campanas de la basílica llamaron a los frailes a maitines, y habían salido de la casa de doña Giacoma con los manuscritos atados de nuevo al cuerpo de Amata. Entonces no habían visto ni rastro de los centinelas de Bonaventura, pero cada momento que la puerta permanecía cerrada, la inquietud de la muchacha aumentaba. Se estremeció, de ansiedad y frío, ante el azote del viento en los pies, los tobillos y las pantorrillas. Una gota de sudor helado trazó un sinuoso sendero a lo largo de su columna vertebral. A pesar de que mantenía las mandíbulas apretadas, le castañeteaban los dientes hasta tal punto que el fraile se volvió con una expresión ceñuda.

—Ya tendría que haber sonado el ángelus —susurró.

«El tiempo también pasa lento para él», pensó Amata. Aunque aún quedaba rato para que el cielo se iluminara, cada latido marcaba el paso de una eternidad.

De pronto, Conrado murmuró algo inaudible. Amata volvió la cabeza y miró hacia atrás. Dos linternas sordas se balanceaban procedentes de la vía San Paolo, que era de donde ellos habían venido, y se encaminaban directa mente hacia ellos. Cuando dieron unos pocos pasos más, Amata vio las siluetas de los frailes que las llevaban. Sintió la súbita necesidad de orinar; el miedo le apretaba el bajo vientre y le derretía los intestinos.

—Tú espera aquí —dijo Conrado, y dejó en el suelo la comida que la cocinera de doña Giacoma le había preparado para el viaje—. Prepárate para moverte en cuanto abran la puerta. Yo me reuniré contigo en la carretera.

Antes de que ella pudiese replicar, el fraile se levantó y echó a andar a través de la plaza a plena vista. Aceleró el paso, y ya corría cuando llegó a la basílica. ¿Qué se

---

proponía? También las linternas se desviaron hacia la iglesia. Amata mantuvo la mirada fija en la basílica, con la esperanza de ver aparecer a Conrado por otra puerta, tal como ella había hecho cuando había traído los manuscritos desde San Damiano.

Él se había ido antes de que ella pudiera decirle lo que tenía en mente. Había querido decírselo antes, pero había tenido miedo de hablar o siquiera susurrar, ante la posibilidad de que el más mínimo sonido pudiese descubrir su posición, por lo que había decidido esperar hasta después de haber salido de la ciudad; y ahora él se había marchado.

Ya tenía preparado (y corregido) el discurso, que podía resumirse en una pregunta: ¿aceptaría que ella lo acompañara a las montañas después de devolver los manuscritos al convento de las clarisas? Su vida en casa de doña Giacoma había sido la mejor que había disfrutado desde que Simone della Rocca la había raptado de Coldimezzo, pero aún necesitaba ser absolutamente libre. Además, aunque tenía muy claro que nunca podría decirlo, también se habían fortalecido sus sentimientos hacia Conrado. Nunca había conocido a un hombre que pareciera tan decidido en hacerle el bien, aunque no emplease precisamente las palabras más bondadosas, y que no le pidiese nada a cambio. Recordó la suavidad de sus labios cuando le rozaron la frente en la cornisa. «Un beso de despedida por si hemos de morir.» Amata necesitaba otro beso igual en ese mismo momento. Era consciente de que nunca podría esperar algo más que amistad de su parte, pero ella tenía los recursos que le faltaban a Conrado. Podría ayudarlo en cuanto aprendiese a sobrevivir en las montañas. Incluso podría librarlo de las tareas cotidianas, para que él pudiese dedicar más tiempo a la contemplación. Construiría una choza aparte, y vivirían juntos, pero separados, como dos sagrados ermitaños, y él podría ser su director espiritual.

Los frailes con las linternas desaparecieron en el interior de la basílica y el miedo acabó con su fantasía. «¡Conrado!, ¿dónde demonios estás?»

La campana del templo repicó tres veces. ¡Por fin el ángelus! Recitó la plegaria, con más fervor que nunca, mientras se levantaba, con un ojo atento al portero cuando éste salió de la garita:

—«El ángel del Señor se reveló a María,  
y ella concibió del Espíritu Santo.

Ave Maña, gratia plena, Dominas tecum...»

La campana sonó tres veces más, y el portero levantó la pesada tranca de madera que cerraba la puerta. Seguía sin haber ni rastro de Conrado.

—«Contemplad a la doncella del Señor

Hágase en mí según tu palabra

Ave Maña, gratia plena...»

---

Tenía que moverse ya. La campana doblaría tres veces más, mientras el Verbo se hacía Carne y vivía entre nosotros, seguido por un tercer silencio para el último avemaria y antifona, y luego un prolongado repiqueteo mientras los somnolientos fieles abandonaban sus camas por toda la ciudad.

Amata se apartó de las sombras y caminó hacia la puerta, pero el tercer repique no sonó. Ya había llegado a la mitad de la plaza cuando vio que el portero se detenía y miraba hacia el campanario con expresión de desconcierto. Comprendió por qué Conrado la había dejado. Era él quien había hecho sonar las campanas y ahora los frailes de las linternas lo habían puesto en fuga, o todavía peor, lo habían capturado.

El portero desvió la mirada de la basílica para fijarse en ella. Aún sostenía la tranca entre los brazos. Se volvió por un momento para colocarla de nuevo. Una linterna salió entonces por la puerta principal de la basílica dirigiéndose hacia la garita. ¡Estaba atrapada en la ciudad!

Por encima de las casas en el lado norte de la ciudad, una ladera cubierta de matorrales subía hacia la Rocca. La colina formaba parte de la muralla de la ciudadela, lo mismo que la pared norte de la Rocca. Amata se metió entre los matorrales. Confiaba en poder abrirse camino entre las casas y la fortaleza, y dirigirse después hacia la parte baja de la ciudad, antes de que los frailes alertaran a los porteros. También confiaba en que el fraile y el portero no la perseguirían. Estaba claro que no podría esconderse entre los matorrales, pues con la linterna podrían seguir fácilmente las huellas dejadas por ella en la delgada capa de nieve que cubría la ladera.

Aún estaba a un tiro de piedra de la plaza cuando una voz sonora gritó a sus espaldas:

—¡Eh, tú, fraile, detente!

Sin mirar atrás, Amata echó a correr, pero las sandalias le resbalaron en la superficie desigual y el hielo formado debajo de la nieve. Perdió pie y soltó un grito al deslizarse una corta distancia ladera abajo. Notó los latidos del pulso en las sienes cuando recuperó el equilibrio y reemprendió la huida.

—Yo la perseguiré —gritó la voz del portero detrás de ella—. Tú ve al otro extremo y vigila abajo.

Amata avanzó entre los arbustos, segura de que podría aventajar al hombre mayor que la seguía, o por lo menos de que a él el avance también le resultaría dificultoso. Se sujetaba de las ramas de los arbustos, que le hacían cortes en las manos y los brazos, pero que también la ayudaban a mantenerse erguida, como si fuesen la balaustrada de una escalera. Los ruidos tras ella disminuyeron lo suficiente como para hacerle saber que el portero se retrasaba. No obstante, no abandonaba la persecución, y las ocasionales maldiciones o el deslizarse de las piedras sueltas señalaban el lugar cuando resbalaba. Al frente, la primera luz gris del día recortó la silueta del monte Subasio.

---

Más o menos hacia la mitad de la ladera, llegó a una franja de terreno despejado que ascendía entre el matorral. Incluso cubierta de nieve como estaba, vio que era el camino a la Rocca. Hizo una pausa para pensar en si podría librarse de su perseguidor si primero continuaba colina arriba, y después la cruzaba. Parecía estar fatigado, y lo pronunciado de la colina quizá lo desanimaría hasta el punto de abandonar la persecución. Sin embargo, no había subido más que un pequeño trecho, cuando se detuvo de nuevo, sorprendida por un golpeteo irregular que sonaba en el camino, un poco más arriba. Demasiado tarde reconoció el sonido de unos cascos que avanzaban cautelosos, en el momento en que el jinete apareció en la oscuridad casi encima de ella. De haber avanzado a una velocidad normal, el enorme corcel la hubiese arrollado.

Corrió hacia el lado opuesto del camino para ponerse a resguardo, pero el jinete le cerró el paso.

—Un momento, fraile —dijo el hombre—. La providencia te ha puesto en mi camino.

Amata reconoció la voz gutural de Calisto di Simone y se quedó de piedra. Por un instante, imaginó que el portero lo había alertado, pero después comprendió que no era posible que estuviese al corriente de sus apuros. Incluyó la cabeza para ocultar el rostro bajo la sombra de la capucha e intentó permanecer inmóvil, a pesar de que oía el ruido del corcel acercándose entre los arbustos.

—¿Eres sacerdote? —preguntó Calisto—. Mi padre se muere y necesita de los últimos sacramentos.

Tenía que decidir en el acto, atrapada como estaba entre la sartén y el fuego. El portero aparecería entre los matorrales en cualquier momento.

—Sí, signare —respondió, con la voz más profunda que pudo fingir. No había dicho ni una palabra desde que había salido de la casa de doña Giacoma, y la ronquera típica de la madrugada la ayudó en su charada—. Llévame contigo. No perdamos tiempo.

Calisto quitó el pie del estribo izquierdo, y le tendió la mano cuando ella metió el pie en el mismo. Los dedos del jinete se curvaron alrededor de su mano, excepto el índice, que permaneció rígido, incapacitado para doblarse. Amata sonrió al amparo de la capucha mientras se acomodaba en la grupa del animal. Era una pequeña venganza, pero tenía muy claro que él nunca olvidaría a la niña a la que había intentado violar. Por un instante pensó en rematar la faena: clavarle el puñal entre las costillas y llevarse el caballo, pero no tenía sentido, porque continuaría atrapada por las murallas, y un fraile montado en un caballo de guerra llamaría claramente la atención.

—Sujétate de mi cinto —dijo Calisto, mientras clavaba las espuelas al caballo. Ella lo hizo con cuidado, con el íntimo deseo de, en lugar de eso, sujetarle la garganta y estrangularlo. Dio una palmada al corcel en el anca para estimularlo un poco más.

---

Ahora agradecía que doña Giacomina le hubiese sugerido sujetarse los libros a la altura de la cintura, uno delante y otro detrás. Lo que no sólo le permitía una mayor flexibilidad, sino que el libro de delante ahora separaba su cuerpo del de Calisto. Por otra parte, la mayor anchura de cintura que le proporcionaba probablemente la debía hacer parecer mayor.

Vio la oscura entrada del castillo delante de ella, enmarcada con antorchas y abierta como la boca de un lobo hambriento. «Prepárate para entrar de nuevo en el infierno», se burló una vocecita en su cabeza. Sabía que ahora temblaba toda ella de puro miedo y no de frío, porque el sudor le corría por los costados y debajo de los pechos a pesar del aire helado.

¿Qué pasaría si Calisto descubría su identidad? Si no la decapitaba con la espada o el hacha de guerra, la encerraría en una mazmorra y la violaría a placer. Sintió el apremiante impulso de deslizarse de la grupa y escapar en busca de refugio, pero no necesitaba para nada a un guerrero experto pisándole los talones. Tenía que interpretar el personaje que había fingido ser.

Sólo había visto administrar la extremaunción una vez, cuando falleció su abuelo, nonno Capitano. Sabía que necesitaba los santos óleos y que no llevaba aceite de ningún tipo. ¿Podía usar aceite de la cocina y bendecirlo con alguna clase de fórmula murmurada? Quizá pudiera apelar a la urgencia de la situación como una excusa para saltarse el ritual. Decidió ofrecerse a escuchar la confesión de Simone y rogar a Dios que inspirase sus acciones a partir de ahí.

—¡Agáchate! —gritó Calisto mientras cabalgaban a través del patio de armas. Se abrió la puerta principal de la Rocca y entraron en el castillo. Recorrieron varios recovecos hasta llegar al gran patio. Amata se deslizó de la grupa. Calisto desmontó, le pasó las riendas a un sirviente y, con Amata detrás, se dirigió a una estancia. Había varias personas con velas reunidas alrededor de una cama colocada en el centro de la habitación.

La muchacha apenas podía creer que la figura consumida y medio enterrada entre las almohadas fuera su antiguo torturador: aquella blanca polilla arrugada, sin alas ni antenas y con pequeñas cavernas negras en lugar de ojos. Excepto por un brazo que descansaba fuera de las mantas, el resto de su cuerpo estaba cubierto hasta el cuello como un capullo. Se acercó directamente a la cama, sin quitarse la capucha.

—Por favor, marchaos y cerrad las puertas para que pueda escuchar su última confesión.

—No puede hablar —replicó Calisto—. Sólo murmura cosas ininteligibles.

Amata no había pensado en esa posibilidad. Miró al inmóvil moribundo.

—¿Está parálítico? ¿Puede mover la mano, o un dedo?

—Está parálítico, pero sólo de un lado.

---

—Entonces le recitaré la letanía de pecados, y él podrá responderme «sí» o «no» con un movimiento del dedo arriba y abajo o de lado a lado.

Calisto asintió y se llevó a los demás de la habitación. En cuanto se cerró la puerta y Amata se quedó sola con Simone, se dirigió al insecto de la almohada.

—¿Puedes oírme, miserable pecador? —comenzó.

Una mirada de terror apareció en los ojos hundidos de Simone cuando se movieron en su dirección.

—Sí, te estás muriendo. Me han pedido que salve tu alma de las llamas del infierno. ¿Alguna vez has hecho falsos juramentos o usado el nombre de Dios en vano? —La mano apenas se movió—. Sí, por supuesto, miles de veces, porque te he oído hacerlo con mis propios oídos. ¿No has deshonrado a la Santa Madre de Dios y a tu esposa con tus adulterios? ¿No has abusado de tus sirvientes masculinos y femeninos e incluso de tu propia hija llevado por la lujuria de tu corazón? ¿No mereces arder en el infierno un millón de humanidades por tus crímenes?

El terror se mezcló con la súplica en las hundidas órbitas, pero ella continuó implacable.

—¿No asesinaste a Buonconte di Capitanio cuando rezaba en su capilla en el Coldimezzo, junto con su hijo y su esposa Cristiana? ¿No esclavizaste a su hija y la sometiste a los más viles abusos? No intentes negar tus pecados, Simone, porque Dios ve en los más profundos rincones de tu perversa alma.

El viejo caballero intentó apartarse, pero ella lo sujetó por el hombro y lo mantuvo en su lugar. Se quitó la capucha.

—Mírame bien. Soy la misma Amata, Amata di Buonconte de la que abusaste, y no un sacerdote. No tengo poder alguno para salvar tu alma, incluso aunque quisiera hacerlo. Esta misma noche bailarás con el diablo en el infierno, y todas las noches después de ésta durante toda la eternidad. ¡Estás condenado, Simone! ¡Maldito y condenado!

Con sus últimas fuerzas, Simone movió la mano buena hacia la campana de la mesilla de noche, pero Amata le sujetó la muñeca y se la mantuvo suspendida en el aire. Notó cómo a él se le agotaban las fuerzas.

—Cuando me tuviste aquí cautiva, eras como una sanguijuela clavada en mi corazón que me chupaba la sangre. Ahora, por fin, la asquerosa criatura se ha desprendido y ha vuelto a tu corazón, donde rezo para que se mantenga hasta que estés demasiado podrido para alimentarla.

El caballero comenzó a toser, y la baba le chorreó por la barbilla. El ahogo fue a más mientras luchaba por liberar la mano, y su blanco rostro se tiñó primero de un azul rosado, y después en un morado fuerte. A medida que la faz se iba oscureciendo, se iban destacando las puntas de la barba blanca. Amata se dijo que

---

eran como estrellas apareciendo en el cielo nocturno. Lo novedoso de la imagen la cautivó, incluso cuando parte de su mente también registraba que Simone no podía respirar. Hechizada, continuó sujetándole la muñeca firmemente hasta que cesaron los esfuerzos. Luego le apoyó el brazo sobre el pecho, le sacó el otro de debajo de las mantas y lo colocó sobre el primero.

—¡Maldito bastardo! —dijo mientras le soltaba la mano. Se pasó la mano por los ojos para contener las ardientes lágrimas que habían aparecido en ellos inesperadamente—. Incluso robaste el anillo que nonno Capitano le dio a mi padre. —Intentó quitarle el lapislázuli del dedo, pero el viejo tenía la mano agarrotada—. Ladrón, asesino —susurró. Fue a sacar el puñal atado a su antebrazo, con la intención de cortarle el dedo, pero en aquel mismo momento se entreabrió la puerta. Amata se cubrió de nuevo la cabeza, y anunció con tono sombrío—: Se ha ido. Que su alma reciba ahora su justa recompensa.

Movió a continuación la mano por encima del cadáver, con precaución de no trazar una cruz y acabar bendiciéndolo, y se encaminó hacia la puerta. En el pasillo, Calisto se irguió para adoptar la postura adecuada de nuevo signore de la Rocca Paidá.

—Pasa por la cocina antes de irte, padre —dijo, y le hizo un gesto a una de las sirvientas. Ella siguió a la mujer.

Amata conocía muy bien el camino a la cocina, de la misma manera que sabía adonde conducía cada uno de los pasillos de aquel laberinto. Con cuánta frecuencia ella y su ama habían jugado al escondite en aquellos pasillos. Con cuánta frecuencia los había utilizado ella para escapar de Simone y sus hijos. En una intersección de dos pasillos, dejó que la mujer continuara recto mientras ella se descalzaba para después echar a correr por el pasillo de la derecha. Tenía que llegar al próximo cruce antes de que la mujer advirtiera que no la seguía. Dobló a la izquierda, luego a la derecha, bajó un tramo de escalera, y llegó a un portillo en la pared norte de la fortaleza. Quitó la tranca y lo abrió de un empujón.

¡Estaba a salvo, fuera de los muros del castillo, fuera de la ciudad! Ahora podría rodear Asís sin problemas si se mantenía a una distancia prudente de las murallas y utilizaba la protección de los huertos mientras se dirigía a San Damiano. Devolvería los manuscritos y después, si la suerte le sonreía, buscaría a Conrado. Si había huido, sin duda lo habría hecho a su ermita; no tenía más que seguirlo hasta allí y explicarle su plan.

El cielo se había despejado excepto por una solitaria nube de tormenta, negra como el carbón, que flotaba directamente encima de la Rocca. Mientras Amata la observaba, la nube comenzó a moverse, primero poco a poco, y luego a gran velocidad, arrastrada por el viento hacia el sur. «Allá va su negra alma irredenta, junto con el millón de sórdidas imágenes que la alimentaron», pensó, y se imaginó a Simone retorciéndose en un mar de fuego, y aullando de dolor mientras legiones de

---

demonios lo pinchaban con picas y tridentes al rojo vivo. «Gracias, Señor —rezó—, por dejarme representar un papel en su irredención».

Había vengado la muerte de sus padres, al menos en parte. Algún día, de alguna manera, también conseguiría vengarse de Angelo Bernardone, el comerciante de paños que había contratado a Simone y a su sanguinario hijo.



## Capítulo XXVI

El primer día, Conrado lo pasó aislado en una celda, a la espera de que Bonaventura decidiese su destino. Dos frailes lo registraron, le quitaron el breviario, la carta de Leo, el pedernal y el cuchillo. Las notas las había dejado en la casa de doña Giacoma. También había memorizado la carta de su mentor tiempo atrás por lo que, en realidad, se sintió mucho más tranquilo al verse aliviado de sus posesiones. Ahora no poseía absolutamente nada más que las prendas exigidas por la modestia. Los frailes le dejaron los dos hábitos: la túnica raída que había insistido en vestir cuando se despidió de doña Giacoma, y la nueva que ella había querido que se pusiera encima de la otra. Dijo que era más probable que el portero lo dejase pasar si vestía como un fraile conventual. Sin embargo, los frailes que lo habían detenido le habían quitado la capa de lana, y habían arrancado las capuchas de los dos hábitos como muestra de su deshonra.

La húmeda celda subterránea olía a tierra fresca. Agradeció tener el segundo hábito porque allí no podía moverse para entrar en calor. Un grillete de hierro anclado en la pared le sujetaba un tobillo y un collar de cuero le restringía los movimientos del torso. Al cabo de unas pocas horas en la celda sin ventanas, perdió toda noción del tiempo. No supo en qué momento del día o la noche reaparecieron los frailes. Uno le soltó el tobillo, y el otro lo sacó de la celda con una cadena enganchada al collar. Recordó una fiesta de la cosecha en la que había visto a un oso llevado por el cuello y atado a una estaca para que librara un duelo contra una jauría de feroces mastines, hasta que finalmente murió desangrado por las numerosas mordeduras. Quizá fue ese recuerdo lo que despertó un mal presentimiento en su corazón.

La fuerte luz en la habitación donde entraron, obligó a Conrado a cerrar los ojos por un instante. Cuando los abrió de nuevo poco a poco, vio una hoguera que ardía en un rincón y una espantosa colección de tenazas, atizadores y herramientas de hierro de extrañas formas apiladas cerca del fuego. Un tercer fraile se afanaba junto a la hoguera. ¡Sus captores lo habían llevado a una cámara de tortura!

Tuvo la súbita premonición de que Bonaventura había dispuesto que lo marcaran en la frente antes de soltarlo: una advertencia para otros frailes desobedientes. Cuando Conrado abrió los ojos, el hermano verdugo sacó un atizador de las llamas y sopló la brillante punta. Pequeñas chispas volaron del metal mientras el extremo, de

---

un color naranja intenso, parecía latir. «Ahora viene la garra del grifo», pensó Conrado.

Los dos frailes lo llevaron hasta una pared, donde le pusieron grilletes en los tobillos y las muñecas. Uno de los grilletes le pellizcó la piel de la pierna al cerrarse y a Conrado se le escapó un grito. Sin darse la vuelta para mirarlo, el fraile que estaba junto al fuego comentó:

—Como el zorro le dijo a la gallina mientras se la llevaba: «Ahora puedes cacarear, pero esto no es lo peor».

Conrado reconoció la voz, pero la última vez que la había oído, su interlocutor padecía un terrible dolor. El hombre se volvió lentamente y, a la luz de la hoguera, el fraile vio la tonsura color paja y la horrible cicatriz que le abarcaba la mitad del rostro. La boca se retorció en una perversa sonrisa cuando Zefferino lo miró con el ojo bueno.

—¿No es una visión bonita, no es así, hermano? Puedes ver por qué pedí ser carcelero aquí abajo. En la superficie, este rostro sólo me hace objeto de repulsión y burla. —Le hizo un gesto a los otros dos para que salieran de la cámara—. La tortura es un oficio nuevo para mí. No quiero que mis hermanos sientan repugnancia si lo hago mal —le explicó a Conrado.

—¿Qué pretendes hacer?

Zefferino le dio la espalda y les habló a las llamas.

—Pienso observar la antigua ley: ojo por ojo. —Giró la cabeza y le dedicó a Conrado una mirada maligna.

—¿Por qué?

—Por leer aquello que no te concierne. ¿Crees que puedes no hacer caso de una advertencia del general sin ser castigado? *Quando si é in bailo, bisogna bailare*. En el baile, hay que bailar.

—¿Zefferino, por amor de Dios! —suplicó Conrado—. Te confesé cuando creías que estabas a punto de morir. Pedí que enviaran a los hermanos a la capilla para socorrerte. —Al ver que el fraile no le respondía», añadió—: Cristo acabó con la ley del Antiguo Testamento. La reemplazó con la ley del amor y el perdón. Perdona a tu enemigo setenta veces siete.

Zefferino sopló la punta del atizador una última vez.

—También dijo: «Si tu ojo te ofende, arráncatelo», y tu ojo, tu visión perfecta, me ofende excesivamente, fray Conrado. Es por tu culpa por lo que soy lo que soy, y por lo que ahora estoy aquí.

Cuando el fraile atravesó la habitación, la mente de Conrado recordó un episodio de la vida de san Francisco; la ocasión en que los doctores intentaron curarle la ceguera cauterizando las venas que iban desde la mandíbula hasta la ceja. A pesar

---

del miedo que sentía, Francisco rezó entonces al Hermano Fuego: «Sé bondadoso conmigo en esta hora. Sé amable. Modera tu calor para que pueda soportarlo cuando me quemes». Conrado repitió la petición, esta vez dirigida al inanimado atizador.

El olor del hierro candente cerca de su rostro le abrasó la nariz, y cerró los párpados con todas sus fuerzas. Un dolor rojo explotó a través de uno de ellos cuando la garra ardiente quemó la carne. Conrado chilló a pesar de la estoica imagen de san Francisco que retenía en la mente.

—¡Alégrate de que aún conserve la mitad de mi visión, hermano! —gritó Zefferino por encima de los aullidos de dolor, un momento antes de que el ermitaño perdiera el conocimiento.

Orfeo nunca había imaginado que las murallas de Asís pudieran ser para él tan bienvenidas. La última semana de su viaje había sido horrenda, a medida que aumentaban las nevadas y los lobos que seguían a la caravana se volvían más osados. Los romanos perdieron dos caballos en una noche, cuando los aterrorizados animales se habían soltado de las maneas y habían escapado del campamento para acabar devorados por la manada. Los lobos no volvieron a aparecer en dos días.

Las muchas horas en la montura lo habían descoyuntado. Si algo había aprendido en aquel viaje, era que prefería mil veces el duro banco de una galera a una silla de cuero. Al menos el banco no se movía. El papa había sufrido incluso más que él como consecuencia del traqueteo del carruaje, que se bamboleaba violentamente sobre el irregular pavimento de la vieja calzada romana. Tebaldo ansiaba las paradas nocturnas en los pueblos y ciudades, donde podía apearse y caminar mientras agradecía los vítores y las muestras de afecto de los ciudadanos y podía dormir en una cama de verdad.

La comitiva papal había llegado a la puerta sudeste de Asís. Los habitantes se amontonaban en la muralla sur, asomados entre las almenas para saludar al pontífice, mientras que muchos centenares salían de la ciudad para aclamarlo. Como en todas las demás paradas, las montañas circundantes resonaban con los gritos de «*Viva il papa!*»

Colina abajo a su izquierda, Orfeo vio el convento donde vivían las monjas del tío Francisco. Una mujer solitaria, vestida con una capa negra corta sobre el hábito gris, ascendía por el sendero desde San Damiano. Iba hacia la carretera a paso rápido, ansiosa por formar parte del espectáculo.

Orfeo desmontó cuando el carruaje del papa se detuvo delante de la puerta de la ciudad. La multitud se apartó para dejar paso a un civil vestido con muchas galas y a un fraile. El pontífice se apeó para recibirlos.

---

El joven adivinó que eran el alcalde de la ciudad, al que no conocía, y fray Bonaventura, el ministro general tan alabado por Tebaldo. Sólo faltaba el obispo de Asís para completar el cuadro.

Orfeo se acercó con el caballo cogido de la brida mientras los líderes civiles y eclesiástico se arrodillaban delante del papa y le besaban el anillo. Cuando se levantaron, Tebaldo habló, sobre todo con Bonaventura, de la reforma de la Iglesia y del concilio que pensaba convocar en cuanto asumiera el cargo. El ministro general replicó a su vez que el palacio episcopal, actualmente desocupado, había sido preparado para la visita de Tebaldo y que deseaba tratar el tema de la vacante con el papa. Tenía a un excelente candidato para el cargo, uno de sus propios frailes. El alcalde y Bonaventura se apartaron cuando Tebaldo le indicó a Orfeo que se acercara.

—Nos te bendecimos, hijo mío, antes de que sigas tu camino. Te estaremos agradecidos eternamente por tu ayuda, y si alguna vez necesitas del favor papal, no tienes más que decirlo.

Orfeo se arrodilló en la nieve delante del papa. Tebaldo apoyó las dos manos sobre su cabeza y rezó en voz baja. Luego cogió a Orfeo por los hombros y lo ayudó a levantarse.

—Recuerda lo que te dije. La enemistad entre padre e hijo perturba el orden natural. Ahora ve para restablecer la paz en tu hogar. Que tus días sean muchos, que estén llenos de prosperidad y alegría, y que Nuestro Señor te acoja en su Seno al final de tu tiempo. Siempre te recordaremos.

La multitud había guardado silencio durante la bendición del papa. Cuando Orfeo miró en derredor, vio un respeto cercano a la reverencia en los ojos de los espectadores. Sin duda, ninguno de ellos lo había reconocido como uno de los suyos. Sólo sabían que era un favorito muy especial del Santo Padre.

En primera fila de la muchedumbre estaba la mujer de la capa negra. Era joven, bonita, y le resultaba vagamente familiar, aunque la mayoría de las mujeres de la región tenían los mismos ojos oscuros y almendrados. Ella también lo observaba con curiosidad. Intentó imaginarse el aspecto que podía haber tenido seis años antes, pero renunció al darse cuenta de que no podía haber sido más que una niña, como él había sido un niño entonces.

Otros de los principales ciudadanos se adelantaron para recibir la bendición papal. Orfeo tiró de las riendas del caballo y se abrió paso entre la concurrencia camino de la puerta. Advirtió que la mujer lo seguía de cerca, quizá dispuesta a escuchar lo que le decía al portero. Parecía interesada, y decidió aprovechar la oportunidad para darse a conocer. El portero lo saludó.

—¿Piensas quedarte con nosotros durante un tiempo, *signore*?

---

—Vuelvo a casa. Durante cuánto tiempo, no lo sé todavía. —Se rió al ver la expresión intrigada del portero—. ¿No me reconoces, Adamo? Soy Orfeo di Angelo Bernardone.

—Dios mío, cómo has crecido —exclamó Adamo—. No eras más que un chiquillo cuando te marchaste, y mírate. Estás hecho todo un hombre.

Orfeo sonrió y miró despreocupadamente hacia la mujer. La ferocidad en su mirada cuando pasó a toda prisa a su lado para entrar en la ciudad lo dejó de piedra.

Mientras caminaba a través de la ciudad, Amata iba pensando en el hijo de Bernardone, ese hombre que le había resultado vagamente conocido en la puerta de la ciudad y que decía llamarse Orfeo. Su imaginación se desbocó. Cuánto sufriría el viejo Angelo con la muerte de su hijo, probablemente más que si lo atacaba a él directamente. A través de maese Roberto averiguaría dónde vivía la familia. Se inventaría un pretexto para ir allí, quizá algún día de mercado, cuando los Bernardone en pleno acudían a vender sus paños. Por su propia seguridad, tendría que acabar con toda la familia, raíz, tronco y rama, pero si conseguía vengarse en el tal Orfeo antes de que alguien le arrebatara el puñal de la mano, podría morir satisfecha.

La euforia que había sostenido a Amata durante los últimos dos días, desde que había despachado a Simone della Rocca al infierno, se esfumó a los pocos momentos de su regreso a casa de doña Giacomina.

—Lo tiene Bonaventura —le informó la anciana en cuanto la vio entrar. Sus ojos verdes reflejaban su angustia. Por primera vez desde que Amata la conocía, la dama parecía haber perdido el ánimo y mostraba su edad—. Ubertino vino de nuevo anoche. Dijo que los frailes capturaron a Conrado en la basílica y lo llevaron a las mazmorras.

Amata necesitó un momento para absorber el choque de la noticia. En su mente todavía flotaban las imágenes de la venganza que se cobraría en Angelo Bernardone y su hijo. Cuando finalmente habló, su voz sonó tan apagada como el humor de la dama.

—Volvía para decirte que quería ir con él.

La anciana ladeó la cabeza y exhaló un suspiro.

—*Amor regge senza legge* —entonó, «El amor gobierna sin leyes» y cogió a Amata del brazo—. Nunca hubiese funcionado, niña. Dondequiera que viva, libre o cautivo, Conrado sólo pertenece a Dios. Pero quédate con nosotros y sé paciente. Quizá todavía puede ser que lo liberen.

---

Amata asintió, aunque apenas escuchó las palabras. Apartó el brazo y se fue a su habitación como en trance. Allí se tendió en la cama y se tapó el rostro con un brazo. Tocó el arma debajo de la manga, mientras hacía un esfuerzo para dominar la depresión y el deseo de llorar. «En realidad no me queda nada excepto la venganza», pensó.

Su mente volvió al Coldimezzo, y desde el parapeto de su torre pudo oír de nuevo la discusión entre su padre y el mercader de paños. Recordó cómo los hijos de Angelo Bernardone habían hecho coro a su padre mientras éste profería insultos y amenazas. Todos excepto uno, aquel niño bonito que la había hecho soñar con los bebés. El chico no había hecho caso del altercado, en cambio, había confeccionado un títere con un pañuelo amarillo y se había vuelto en la montura para sonreírle; la misma sonrisa complaciente que le había dedicado hacía unos momentos en la puerta.

No pudo contener más las lágrimas que se derramaron libremente sobre la almohada.

—¡Él no! —murmuró—. Oh papá, mamá, Fabiano... ¿tiene que ser él quien pague? —Lloró hasta que su corazón se vació de toda la pena. Luego se sentó en el borde de la cama y se enjugó el rostro con la manga. Mientras su vacío corazón se petrificaba en su pecho, susurró su juramento—: Que así sea. Incluso él.

Conrado intentó soportar la laceración momento a momento. «Puedo soportar el dolor todo este tiempo, y quizá más —se repetía a sí mismo—. Todo este tiempo, y quizá más. Todo este...»

Se tambaleó detrás de la luz de la antorcha de Zefferino, con la palma de la mano sobre el ojo herido. Oyó el girar de la llave en un candado y cómo el verdugo abría la puerta de una celda. Todavía temblando por efecto de la conmoción, Conrado bajó los fríos y húmedos escalones. En la cámara de tortura, Zefferino le había colocado unos grilletes en los tobillos y ahora enganchó una cadena en ellos. Una oscuridad negra como el pecado mortal lo rodeó cuando el cancerbero cerró la puerta y la antorcha se alejó por el túnel que servía de pasillo en aquel mundo subterráneo. Luchó para mantenerse consciente, pero finalmente sucumbió y se hundió de nuevo en un vacío.

Más tarde —no sabía si habían pasado minutos, horas o días— consiguió levantarse. Los temblores habían desaparecido, pero el dolor en el ojo era insoportable.

Aquella no era la misma celda donde había estado antes. El suelo de la habitación se inclinaba desde la escalera hasta el rincón más alejado, y el silencio tampoco era absoluto. El agua chorreaba por la pared de su derecha. Fue tanteando a lo largo de las piedras con una mano hasta que llegó al trozo mojado y apoyó agradecido la cuenca herida contra el frío manantial. Incluso mientras se refrescaba, fue incapaz de

---

no pensar en la ironía de la situación, en cómo a través del laberíntico funcionamiento de la mente de Dios, él y Zefferino habían perdido cada uno un ojo, y ninguno de los dos podía proclamar que por eso era más sabio. Ambos habían fracasado en el cumplimiento de sus misiones. Él se había convertido en un prisionero real, mientras que Zefferino virtualmente también lo era. Así y todo, con todas esas cosas en común, Zefferino insistía en que eran enemigos.

Fue consciente de un hedor que provenía del rincón más bajo de la celda. Comprendió que allí el agua formaba un charco y que servía como letrina puesto que fluía por un agujero en la pared. Claro que si la letrina hedía, es que estaba en uso. Se volvió para mirar en derredor con el ojo bueno.

—¿Hay alguien más aquí prisionero? —preguntó.

Un tintineo metálico llegó desde el otro lado de la celda, al tiempo que se oyó una voz quebrada, como el estertor de un moribundo.

—¿Por qué nos quedamos aquí, mamá? ¿Por qué no nos vamos?

—Dime tu nombre, hermano —pidió Conrado.

La voz comenzó a entonar una tonadilla.

—«Un cerco de árboles me rodea, y los pichones me cantan una nana».

Conrado apoyó de nuevo el rostro contra la pared mojada. El agua le chorreó por la mejilla y el hábito como un manantial de desesperación. Sabía que muchos frailes habían sido arrestados en el transcurso de los años, acusados de cismáticos y herejes, condenados a perpetuidad y privados de libros y de los sacramentos. Los ministros temían tanto su influencia que incluso prohibían a los frailes que les llevaban la comida que hablaran con ellos. Todas las semanas el hebdomadario releía sus sentencias en el capítulo de los conventos, con la clara implicación de que cualquier hermano que opinase en voz alta sobre la injusticia de esas sentencias sufriría el mismo destino. Conrado sabía que él no era un hereje, pero Bonaventura podría considerarlo cismático, y utilizar el pretexto para condenarlo a perpetuidad. ¿Cuántos meses o años le quedaban para convertirse en otro pobre loco como su compañero de celda?

El hombre volvió a cantar, esta vez un poema que Conrado recordaba de la infancia:

—«La nave zarpa esta noche / con la brillante luz de la luna / con sus grandes velas blancas / la nave zarpa esta noche...»

Conrado tuvo una súbita e inquietante intuición de la identidad del prisionero. Con tono agudo llamó tentativamente:

—Giovanni. Giovanni. Es hora de entrar.

—Ya voy, mamá —contestó el hombre con voz de niño pequeño.

---

El ruido de las cadenas y el arrastrar de los pies sonó más fuerte a medida que el hombre recorría lentamente la distancia que los separaba. Cuando se detuvo, a unos pocos pasos, Conrado vio finalmente a la cadavérica criatura, casi desnuda, que se tambaleaba pálida y espectral en la oscuridad. El prisionero bien podría haber sido un esqueleto abandonado por el mar en una playa de no ser por los cabellos blancos, que le llegaban más abajo de los hombros, y por la barba desordenada crecida hasta casi la cintura. Conrado acercó la mano para tocarle las costillas a flor de piel.

—Pobre niño —dijo—. Has perdido la capa.

Lágrimas salobres le ardieron en el ojo quemado mientras se quitaba el segundo hábito y ayudaba a la criatura a deslizárselo por encima de la cabeza y los brazos. Después envolvió al esquelético hombreniño en un abrazo de oso y lo acunó como había acunado a la aterrorizada Amata en la cornisa de la montaña, al compás del tintineo de los grilletes.

—*Devono meterssi il cuore in pace, Giovanni*. Descansa tu corazón. Ahora mamá cuidará de ti.

—¿Por qué no podemos irnos de aquí, mamá? —preguntó el hombre de nuevo—. No me gusta.

—Algún día —respondió Conrado con voz cariñosa—. Algún día.

Dispuesto a ver siempre la mano de Dios en todas las circunstancias, la criatura que compartía celda con él hizo que Conrado se echase a temblar. Tal era el desconcertante efecto de su lamentable reunión con el héroe al que había idolatrado tanto como a fray Leo: el universalmente reverenciado y depuesto ministro general, Giovanni di Parma.



## Capítulo XXVII

Un mundo de visiones familiares se desplegó ante Orfeo cuando éste entró en el mercado: el templo romano de Minerva, la iglesia de San Nicolás que estaba delante de su casa. Durante su ausencia habían colocado un pavimento de ladrillos en la plaza del mercado, que cubría parte de la escalinata que llevaba al templo y creaba una inesperada resonancia a los golpes de los cascos de su caballo. A la izquierda de la iglesia estaba el puesto reservado para su familia. Su casa y la fábrica gozaban de una situación ideal en el corazón de la ciudad, y el mercado se abría a sólo unos pocos pasos del local donde los obreros de su padre tejían las lanas que llegaban de todos los rincones de Umbría.

Orfeo guió su caballo alrededor de la iglesia hasta la casa de piedra donde había pasado los primeros quince años de su vida. El lugar parecía extrañamente silencioso. Lo más probable era que la servidumbre y los trabajadores se hubiesen ido con el resto de la ciudad a recibir al papa.

Entró en el patio, ató al animal y respiró profundamente. Incluso su llamada le sonó a hueco en la ciudad silenciosa. Un sirviente desconocido abrió la puerta, un hombre muy alto y amplio de pecho que tuvo que agacharse para mirar a través de la abertura. A juzgar por su aspecto, cualquiera hubiese dicho que le iba más ser guerrero que criado. El hombre confirmó que los hermanos de Orfeo no estaban.

—Entonces esperaré dentro a que regresen —dijo Orfeo—. Soy el hijo menor del *sior* Angelo.

Una sombra de sospecha nubló el rostro del sirviente.

—Creía conocer a todos los hijos del señor. Si quieres hablar con tu padre, lo encontrarás en su despacho. Te enseñaré el camino.

—No te molestes. Sé dónde está. —Era muy propio de su padre desperdiciar la oportunidad de ver a un pontífice vivo por quedarse a contar su dinero. En cualquier caso, Orfeo se sintió más tranquilo, porque así podría hablar con él a solas antes de que regresaran sus hermanos. La reunión ya sería lo bastante difícil sin audiencia.

—De todas maneras, iré contigo —replicó el hombre con voz firme. Se cruzó de brazos y cerró en parte el acceso de Orfeo a la casa.

Orfeo se encogió de hombros y levantó las manos.

---

—Por supuesto. A mi padre no le gustaría ver a un extraño acercándosele por la espalda. —Su intento por conseguir una sonrisa pasó sin pena ni gloria.

El hombre se hizo a un lado y, juntos, cruzaron la casa hasta el despacho. A Orfeo se le aceleró el pulso cuando el sirviente le abrió la puerta. Se secó el sudor de las manos en la túnica.

Su padre estaba sentado a una mesa colocada junto a una ventana, de espaldas a la puerta y con hojas de pergamino desparramadas delante de él. Absorto en su trabajo, no se molestó en mirar a Orfeo ni al criado.

En otros tiempos Angelo Bernardone había sido musculoso y fornido, como su hijo menor, pero las muchas décadas pasadas en el despacho lo habían convertido, en la vejez, en un hombre obeso. La mano regordeta que sujetaba la pluma sobre el pergamino resplandecía a causa de las gemas que llevaba en cada uno de sus dedos como salchichas; sin duda con la intención de calmar el dolor en las articulaciones. Lucía un brazalete negro en una de las mangas.

—¿Trabajando en tus libros, mientras el papa está en la puerta, papá? —Orfeo rogó para que su cordialidad no pareciera forzada.

El padre gruñó, sin desviar la atención de su trabajo.

—Es este condenado sistema contable de doble entrada que han inventado los florentinos. —Parecía estar a punto de explayarse, pero hizo una pausa y se dio la vuelta pesadamente en el taburete—. ¿Quién demonios eres tú?

—¿Tanto he cambiado? Soy Orfeo. —Se forzó de nuevo a sonreír, a pesar del desaliento que lo embargaba. Cada vez era más consciente de que su intento de reconciliación sería un fracaso.

—No conozco a nadie con ese nombre. Sal de mi casa.

El sirviente echó mano a la espada, pero Orfeo levantó la mano para contenerlo.

—Papá, esto tampoco es fácil para mí. He hecho todo el camino desde Acre con el nuevo papa, y ahora estoy aquí porque él personalmente insistió en que hiciese las paces contigo.

Las papadas de Angelo Bernardone enrojecieron como la piel de un gorrino escaldado.

—¿El papa en persona, dices? ¿Y eso debería hacer que perdonase a un hijo desagradecido que les volvió la espalda a su propio padre y hermanos? Recuerda que crecí compartiendo la casa con un lunático a quien todo Asís proclama como un segundo Cristo. Obviamente, a mí me impresionan poco o nada los hombres santos. No, ésta es la paz que te ofrezco, Orfeo en otro tiempo Bernardone, y escucha bien.

»Nunca más formarás parte de mi familia. Si te casas, declaro a tu esposa viuda y a tus hijos huérfanos. Tu herencia es para tus hermanos. El único refugio que te ofrezco son los cuatro vientos, y te encomiendo a las bestias del bosque, los pájaros

---

del cielo y los peces del mar. —Se volvió de nuevo hacia sus pergaminos—. Ya tienes tu paz. Ahora, fuera de mi vista —concluyó, ya de espaldas.

Orfeo había escuchado, y se había contenido, en demasía.

—¿No tienes miedo al infierno, viejo asesino? Primero, tú y Simone della Rocca asesinasteis a la gente del Coldimezzo; ahora declaras a tu hijo formalmente muerto. Incluso el padre del pródigo mató a la ternera, no a su hijo.

El rostro rubicundo de su padre había adquirido súbitamente una palidez mortal.

—No murieron todos. Simone perdonó a la hija. —La arrogancia en su voz había disminuido.

—¿La niña todavía vive?

—No lo sé. Te diría que fueras a preguntárselo a Simone, porque se la llevó como esclava a su casa, pero falleció hace dos días. —Señaló el brazalete negro en su brazo.

—Ah. No me sorprende pues que parezcas tan asustado. Te pesan tus muchos pecados.

Efectivamente, su padre parecía haberse hundido en el interior de la envoltura del voluminoso corpachón. La mano del viejo temblaba cuando dejó la pluma. Orfeo se descubrió a sí mismo deseando que, aunque sólo fuese por miedo al juicio de Dios, pudiesen lograr una cierta reconciliación.

Después su padre habló de nuevo, con la misma voz apagada.

—Ya has escuchado mis deseos para ti. —La enorme cabeza se inclinó por un momento sobre el pecho del anciano, y luego se levantó como si se le hubiese ocurrido algo más, los ojos fijos en Orfeo entre los pesados párpados—. Aunque sí hay algo que quiero legarte. Y te lo daré ahora, porque espero no volver a ver nunca más tu rostro traidor a este lado del infierno.

Angelo comenzó a dar vueltas a uno de sus anillos hasta conseguir quitárselo del dedo, y luego lo arrojó hacia donde estaba Orfeo. La joya rebotó sonoramente en el suelo del despacho.

—Dáselo, y después acompáñalo hasta la puerta —le ordenó Bernardone a su sirviente.

El hombre recogió el anillo y se lo dio a Orfeo. El joven lo aceptó y pasó el pulgar por la piedra azul. Se lo puso en el dedo; le iba grande. Se despidió de su padre con un gesto y después, sin decir ni una palabra, siguió al sirviente hasta el patio.

El joven sacudió la cabeza mientras guiaba su caballo a través del mercado. Contempló el pavimento de ladrillos, sin dejar de preguntarse cómo era posible que, después de recibir la bendición de Tebaldo, el día se le hubiese complicado tanto. Primero, la mujer en la puerta de la ciudad, y ahora su padre, que lo había echado para siempre de su hogar e incluso se negaba a reconocerlo como un ser vivo. Por

---

primera vez, sintió todo el impacto de la decisión tomada en un arrebato juvenil, seis años antes. No había comprendido que, tras marcharse dando un portazo, su padre cerraría la puerta con llave.

La única buena noticia desde que había dejado la comitiva del papa era que la niña del Coldimezzo probablemente estuviese viva. Si el nuevo señor de la Rocca aún la tenía como esclava, podría compensar en parte el crimen de su padre con la compra de su libertad.

Hizo una mueca, disconforme con su lúgubre humor. Apenas tenía dinero para mantenerse él durante un par de semanas, o sea que pagar el rescate de una niña esclava no era más que una quimera. En su bolsa de marino no había más que ropa, y en su monedero, poca plata. Si no encontraba pronto un trabajo, tendría que pedir su comida como un fraile mendicante.

Los ciudadanos ya habían vuelto a la ciudad. Seguramente Tebaldo estaba ya en el palacio episcopal. Orfeo lamentó no haberse quedado con él. Hubiese disfrutado de alojamiento y comida y, a su tiempo, hubiese acabado en algún puerto. Quizá lo más conveniente fuese unirse de nuevo a Tebaldo y su escolta de caballeros. Había hecho amigos entre los guardaespaldas, y bien podrían mostrarse dispuestos a ayudarlo cuando llegaran a Roma.

Piccardo, el hermano que precedía a Orfeo en edad, fue el primero en verlo y gritar su nombre desde el otro lado de la plaza. A Orfeo le asombró que lo hubiese reconocido. Luego Piccardo corrió a su encuentro mientras el resto de la familia mantenía el paso mesurado. A medida que se acercaban, Orfeo vio que pocas cosas habían cambiado en seis años: Dante todavía dominaba a los más jóvenes.

—Orfeo —le saludó el hermano mayor con una leve inclinación de cabeza cuando llegó a su lado. No hizo el menor esfuerzo por ocultar su desdén—. Adamo nos dijo que habías entrado por su puerta. A pesar de la infantil demostración de Piccardo, no esperes que te recibamos con abrazos de alegría.

—Ya he hablado con tu padre, Dante —replicó Orfeo—. Estoy seguro de que reflejas sus sentimientos. Como siempre. —Miró a su hermano directamente a los ojos. Detestaba tener que decirlo, pero lo intentaría sin suplicar o humillarse—. Esperaba conseguir algún dinero, el suficiente para regresar a Venecia, o incluso un trabajo en la fábrica hasta tener unos ahorrillos.

—Entonces más vale que busques un trabajo en alguna otra parte. —Y diciendo esto, Dante inclinó de nuevo la cabeza y reanudó la marcha, escoltado por los otros hombres de la casa. Sólo Piccardo se quedó atrás, sin saber muy bien a quién seguir.

Orfeo levantó la mano del anillo para que su hermano lo viera.

—Papá me dio esto. Es una pena que la piedra esté tan rayada. Quizá algún *padrone* rico me hubiese dado algo por ella. ¿Lo ves, Piccardo? Nada más que las sobras para aquel que va y mea en mitad del banquete.

---

Su hermano sacudió la cabeza. Sus ojos castaños siguieron a Dante hasta que la corpulenta figura desapareció por los alrededores de la iglesia.

—¿Qué pasa? —preguntó Orfeo.

—No te pongas ese anillo —contestó Piccardo—. Es una sentencia de muerte.

—¿A manos de quién?

—No lo sé. El anillo tiene una historia. Sólo los miembros de la confraternidad de papá pueden llevarlo. Eso es lo que he oído. Si sorprenden a alguien con él puesto, la hermandad ha jurado matarlo en el acto. No sé quiénes son los demás.

A Orfeo le hizo gracia la expresión tan solemne de su hermano.

—Así podría ser algo muy grave. —En su rostro apareció una sonrisa cínica—. Vaya regalito que me ha hecho el viejo, ¿no? Me pregunto si no lo habrá envenenado.

—No te burles, Orfeo. Esto puede ser de verdad peligroso.

Orfeo se quitó el anillo y lo guardó en su bolsa.

—Gracias por tu preocupación, hermano. Ahora ya está oculto de las miradas curiosas. De todas maneras, me iba grande. —Montó su caballo con expresión decidida—. Te veré en el mercado si antes no muero de hambre.

Piccardo sujetó la brida del caballo. Parecía poco dispuesto a permitir que Orfeo se marchara.

—Doménico, el vendedor de paños, necesita a alguien para que se encargue de las compras en Flandes. A ti te gusta viajar y conoces la diferencia entre el jamete y el damasco.

—¿El viejo rival de papá? Eso sería muy adecuado. —Se inclinó hacia adelante y dio una palmada en el hombro de su hermano—. No te preocupes, Piccardo. No me quedaré aquí para avergonzarte o enfadar a nuestro padre. —Estiró el brazo—. Que la paz de Dios sea contigo, como solía decir el tío Francisco.

Piccardo soltó entonces la brida y cogió el antebrazo de su hermano.

—Lo mismo digo, Orfeo, de todo corazón.

En cuestión de semanas, el mundo de la superficie pareció esfumarse, como si se hubiese hundido en el pasado, perdido en la distante ciénaga de la memoria de Conrado. Como el hombre moribundo cuya vida desfila ante sus ojos, durante los primeros días se había visto inundado con los recuerdos de Leo, Giacomina y Amatina. Sonrió irónicamente cuando los diminutivos de los nombres de las dos mujeres invadieron sus pensamientos. Había mantenido las distancias con tanto cuidado estando libre; ahora parecían más próximas que nunca. Además, recitaba cada día el mensaje de Leo para no olvidarlo, aunque comenzaba a escapársele su significado.

---

Muy a menudo pensaba en Rosanna. Una multitud de recuerdos de infancia llenaba su mente, pero muy pronto fue incapaz de distinguir si eran verdad o sencillamente se los sugería su imaginación. Se preguntó si algún día ella llegaría a saber que estaba prisionero, si se habrían separado para siempre. Doña Giacomina no sabía de la existencia de Rosanna, y Amatina no tenía manera de ponerse en contacto con ella, incluso aunque hubiera conseguido escapar de Asís. A Rosanna le parecería como si él se hubiese caído por el borde del mundo.

Contaba los días a partir de las comidas. Éstas parecían ser las sobras de la colación del mediodía de los frailes. El cancerbero se la traía a la celda todas las tardes, después de nonas, aunque el calabozo continuaba tan oscuro como siempre. La ración diaria de los dos prisioneros consistía en diez rebanadas de pan, una cebolla, dos cuencos de un caldo aguado que a veces contenía alguna verdura, y una manzana o un puñado de aceitunas para cada uno. Conrado guardaba la cebolla y parte del pan para más tarde, en un cesto colgado en la pared, fuera del alcance de las ratas que entraban en la celda a través de la letrina. Después Giovanni y él se bebían el caldo. Conrado daba unos pequeños bocados a la manzana y le dejaba el resto a su compañero. El joven fraile adelgazaba, pero lo hacía con la intención de que Giovanni recuperara un poco de peso.

Una tarde, poco después de su encarcelamiento, en cada cuenco apareció un trozo de cerdo.

—¿A qué se debe esta magnificencia? —preguntó Conrado a través de la mirilla. No esperaba recibir una respuesta, pues el carcelero nunca hablaba. Pero ese día Zefferino contestó: «*Buon Natale*», antes de ir para darles la comida a los demás presos.

¿Navidad? ¿Tan pronto? Conrado había contado más o menos los días que había pasado en la celda, pero había perdido el rastro de las fechas. En Greccio, los frailes estarían hoy en su cueva, arrodillados delante del belén. Se imaginó a la gente de la pequeña aldea subiendo por el pedregoso sendero, con velas en las manos, para ver al burro, al buey y al *bambino* acostado en la paja. Los frailes y los aldeanos, junto con los magos, ofreciendo algún modesto regalo como muestra de su devoción al Cristo niño.

Conrado suspiró, desilusionado por no tener nada que ofrecer ese año. Miró a Giovanni hecho una bola sobre el helado suelo de tierra. Recordó las palabras de Cristo: «Tuve hambre, y tú me diste de comer». Sí, tenía una cosa para dar. Sacó el trozo de carne de su cuenco y lo puso en el de su compañero.

—*Buon Natale*, Giovanni —dijo, mientras dejaba el cuenco en el suelo, junto al anciano. A partir de ese día, comenzó a marcar el paso de los mismos con agujeros en la pared.

Todas las mañanas, o lo que él suponía que era la mañana por los pasos de Zefferino en el túnel, Conrado recitaba en voz alta todas las partes del oficio que

---

podía recordar. Gradualmente, Giovanni comenzó a repetir los fragmentos de los salmos y las plegarias con él; a medida que las repeticiones llegaban a rincones de su memoria que no usaba desde hacía mucho tiempo. Conrado se animó. Después de cada comida, decía: «Ahora debemos pagarle a nuestro Divino posadero, con la única moneda que tenemos». Y juntos rezaban cinco padrenuestros, o diez avemarías o Gloria Patris, o cualquier otra de las familiares oraciones que Conrado sabía que debían de estar en algún lugar de la mente del ministro general.

Algunas veces, para quitarse el frío, acababan las comidas y los rezos con un baile. Saltaban como caballos maneados, aplaudían, hacían sonar las cadenas y Conrado dirigía los cantos. Evitaba intencionadamente las canciones infantiles que Giovanni había cantado el primer día que habían estado juntos. Entonaba más bien alguna parodia popular en latín de sus días de universidad, o alguno de los himnos más animados de la liturgia. Esperaba guiar a Giovanni, pasito a pasito, a través de los recuerdos de su juventud. Con la ayuda de Dios, el viejo podría recordar quién era, o, al menos, recordar hasta el momento en que la memoria había dejado de importarle.

Unas dos semanas después de la Navidad, oyeron de nuevo la voz de Zefferino. No mucho, sólo lo suficiente para sorprender y animar al fraile. Él y Giovanni habían estado bailando y cantando el Cántico del Hermano Sol cuando Conrado oyó que se les unía una tercera voz. Al acabar el cántico, Zefferino se alejó. Conrado miró a Giovanni y se encogió de hombros, y el viejo le respondió con una sonrisa traviesa, y apoyando después un dedo en los labios al tiempo que ponía los ojos en blanco. El ministro general ya no volvió a preguntar cuándo se marcharían.

El dolor en el ojo de Conrado había disminuido considerablemente, aunque de vez en cuando se reavivaba con una fuerza tremenda. Al parecer, no se había infectado, y por eso daba gracias a Dios. Las noches en que volvía a dolerle, se retorció en el suelo, y sus sueños, si es que conseguía dormir, estaban poblados de monstruos torturadores, fuegos y terribles tempestades.

Una de esas noches, hacia finales de enero, el ruido del agua que pasaba por la letrina reverberó en sus oídos como una poderosa catarata. Era probablemente la lluvia que caía en el mundo exterior, o quizá que la nieve había comenzado a fundirse y llenaba la fuente, o tal vez que su distorsionada perspectiva entre el sueño y la realidad exageraba su fuerza. La celda parecía balancearse, y soñaba que estaba sujeto al mástil de una nave sacudida por unas olas como montañas. La tripulación indefensa gritaba aterrorizada, y alrededor de la nave, los leviatanes y otras colosales criaturas marinas saltaban fuera del agua para mirar con ojos hambrientos a los minúsculos humanos antes de desaparecer. De pronto, todos se unieron para lanzarse sobre Conrado y morderle el rostro y los pies. Mientras intentaba apartarlos, ya no era él quien luchaba, sino su padre ahogado. Se sentó violentamente con un grito de terror. Un par de ratas corrieron de nuevo a la letrina. También Giovanni se sobresaltó y comenzó a llorar suavemente.

---

—Estoy bien —dijo Conrado en cuanto respiró con tranquilidad y se le calmó el corazón—. Los demonios se han ensañado conmigo esta noche, pero ahora se han ido. Vuélvete a dormir, pequeño.

Los días en que el ojo no le dolía tanto y el frío se podía soportar, Giovanni dormía la mayor parte del tiempo, y Conrado aprovechaba la tranquilidad para la contemplación. Libre de la necesidad de alimentarse, de resolver el acertijo de Leo, y de enfrentarse a unas emociones contradictorias, sus rezos alcanzaron una profundidad que nunca habían tenido en su ermita. Ningún sonido o visión lo distraía; la oscuridad exterior e interior parecían fundirse, siendo su cuerpo poco más que una fina cortina entre ambas, meciéndose con cada inhalación y espiración. En ocasiones, incluso ese leve movimiento se detenía cuando dejaba de respirar durante mucho rato.

El primer día de febrero, la Iglesia celebraba la purificación ritual de la madre de Jesús requerida para todas las mujeres judías después de dar a luz. Conrado pensó en el viejo Simeón, que había esperado durante años en el portal de la sinagoga la llegada del Mesías. Después de tener al Niño Jesús en sus brazos durante un momento, Simeón alabó a Dios y dijo: «Ahora, Señor, deja que tu sirviente marche en paz, pues mis ojos han visto tu salvación».

Cuánta dulzura debió de haber sentido el antiguo profeta. Conmovido por la imagen, Conrado comenzó a rezarle fervientemente a la Virgen, para pedirle que obtuviese de su Hijo esa gracia: que él pudiese experimentar, sólo por un instante, el mismo deleite que Simeón había conocido cuando acunó en sus brazos al recién nacido Mesías.

Mientras rezaba, la oscuridad fue cediendo paso gradualmente a una suave luz azul, cada vez más, que se fue extendiendo por la celda hasta resplandecer más que el sol. A Conrado le pareció que estaba de nuevo en la montaña, porque se vio a sí mismo de nuevo en un bosque de árboles de corteza blanca, rodeado por el canto de los pájaros. A través del bosque, una joven campesina descalza llevaba un bebé. Con pasos leves, se encaminó directamente hacia Conrado y, sin decir nada, le ofreció al niño. Sus brazos extendidos temblaban, pero una sonrisa de la muchacha lo tranquilizó. Cogió a la criatura y la estrechó contra su pecho. Con mucha suavidad, apoyó sus labios en la cálida mejilla y le pareció que su alma se disolvía; tan tórrido era el éxtasis que sintió. Como en Portiuncola, una feroz vibración le recorrió la espalda, pero esta vez subió sin impedimentos hasta la base de su cráneo, y allí estalló en un haz de luz dorada que salió a través de su cabeza. Sentía la presión de la energía detrás de sus globos oculares y, aunque intentaba abrir los párpados, no podía. La luz dorada continuó expandiéndose, más allá de los confines de su cuerpo, para mezclarse con la luz azul que lo rodeaba. La cortina de su carne, los árboles, los pájaros, todo se fundió en su resplandor. Nada sino luz, dentro, fuera y, finalmente, ni dentro y fuera. Se agotó su fuerza y se sentó en cuclillas, con la sensación de que seguramente perdería el conocimiento de tanta alegría.

---

Cuando por fin recuperó los sentidos, aún continuaba en cuclillas. La muchacha y el niño habían desaparecido, y la celda volvía a estar a oscuras, como antes, pero ahora se veía la luz de una lámpara en lo alto. La puerta se abrió, y unos pasos lentos bajaron los escalones de piedra. Luego el carcelero se acercó al fraile y se arrodilló a sus pies.

—Perdóname, fray Conrado —dijo Zefferino—. No sabía que tú eras uno de ellos. La luz que ha salido de tu celda al pasillo...—Y guardó silencio, incapaz de continuar manifestando su contrición.

Unas cadenas se arrastraron por el suelo detrás de él. Atraído por la lámpara y las voces, Giovanni se había acercado a los dos hombres.

Zefferino dejó la lámpara en el suelo y extendió los brazos. Alumbrados por la vacilante luz, unieron las manos y completaron el círculo. Durante varios minutos, permanecieron arrodillados en silencio, tres manoseados naipes sacados de la turbulenta baraja de la época: el ajado rey mendigo de Parma, flanqueado por sus andrajosas sotas tuertas.

—Demos gracias —dijo Conrado finalmente—, por los acontecimientos que han unido nuestros destinos.

Con la unidad de los tres, sabía que podrían sobrevivir al cautiverio.

---

## SEGUNDA PARTE

El pobrecito de Cristo



## Capítulo XXVIII

*Fiesta de San Policarpo. 4 de febrero de 1274.*

Neno permanecía inmóvil en el gastado pescante de la carreta, silencioso y sólido como un bloque de hielo, inclinado sobre las rodadas, dando la espalda a los salvajes vientos que soplaban desde los Alpes y lo empujaban hacia Umbría y su casa. Como carretero guía, su vehículo marchaba en vanguardia de la caravana, un trabajo sencillo entrado el día, cuando las huellas de muchas ruedas marcaban la dirección de la carretera con toda claridad. Pero las mañanas eran otra historia, sobre todo cuando la nevada nocturna cubría las rodadas con su manto blanco. En tales ocasiones, era el jefe de la caravana quien se adelantaba con su caballo y cruzaba la blanca extensión en precisas diagonales, para marcar los bordes del camino con las huellas de los cascos.

El mercader de paños había hecho bien en contratar a Orfeo, pensó Neno; un hombre que sabía lo que era trabajar duro, que bebía como un turco con los carreteros y que no tenía miedo en la carretera, pero que siempre estaba atento al cuidado de los hombres y de las bestias que le habían confiado. ¡Además, era un lince para los negocios! En los dos meses pasados en la feria de San Rémi, en Troyes, no sólo había vendido todos los productos del sior Domenico, sino que había cargado con nuevos productos las acémilas y añadido dos carretas cargadas hasta los topes. Más de un comerciante flamenco había tenido que tragarse un sapo al intentar regatear con Orfeo.

Cuando la caravana pasó junto a la ciudad fortificada de Cortona, a primera hora de la tarde, el muchacho se acercó a Neno y le señaló la ciudadela en la cumbre.

—Otro lugar famoso en la historia de mi tío —comentó—. Fue el lugar escogido por el ministro general exiliado, fray Elías, como su última morada. También vivió aquí Illuminato, el obispo de Asís, antes de que lo nombrasen obispo.

Neno asintió sin decir nada. Los asuntos religiosos le interesaban mucho menos que los campos que sus bueyes cruzaban ahora para ir al pequeño pueblo de Terontola, donde pasarían la noche. Se estremeció mientras miraba a través de la cellisca las ruinosas granjas. La crudeza del invierno no sólo había matado de frío a muchos de los animales, sino que la combinación de viento, nieve y escarcha había congelado las vides y destrozado los árboles frutales. En algunos lugares, la fuerza

---

del hielo y las heladas negras habían rajado los troncos de arriba abajo; la savia chorreaba por sus heridas y muchos árboles se habían secado del todo.

—*Porco mondo!* —maldijo Neno, y su aliento se desparramó por el aire, convertido en nubecillas blancas. «A Dios gracias, sólo quedan unos días para llegar a Asís», pensó.

Al finalizar la tarde, cuando las ruedas de su carreta rompieron la capa de hielo que cubría la plaza de Terontola, Neno vio colgadas una docena de rígidas carcasas que se movían con el viento como pendones grises. Eran un espectáculo común por toda la Toscana. Empujados por el hambre, los lobos se aventuraban por las noches en las pequeñas ciudades sin murallas en busca de animales domésticos y niños. Los ciudadanos los cazaban, y después colgaban sus cuerpos en la plaza como si fuesen saqueadores humanos, en una macabra advertencia para sus compañeros de la manada.

La caravana se detuvo finalmente, y los guardias se desplegaron para vigilarla.

—Otro día que hemos dejado atrás, Neno —dijo una voz a su espalda—. Te prometo que nos remojaremos el gaznate hasta ahogarnos cuando llegemos a casa.

Neno vio la barba oscura del mercader por el rabillo del ojo. Se quitó los carámbanos de hielo de su propia barba.

—Sí, maese Orfeo —asintió—. Los guardias tendrán que sacarnos de las zanjas por la mañana, porque no conseguiremos ni llegar a la cama.

Amata acercó la silla al fuego. Para protegerse del frío de la medianoche, aún llevaba puesta toda la ropa del día y, además, se había envuelto en su gruesa capa de invierno. Escondió los pies, abrigados con escarpines, debajo de los faldones de la capa y, por lo que le pareció la centésima vez, dejó que su mente volviera a la mañana en que Conrado se había sentado enfrente de ella delante de aquella misma chimenea, mientras las gotas de lluvia siseaban en las llamas como ahora hacía la nieve al fundirse. Su amigo llevaba encarcelado más de dos años, a pesar de las insistentes súplicas de doña Giacomina a fray Bonaventura. Agotada de suplicar, la desesperada dama había tenido finalmente que renunciar a su empeño cuando el ministro general dejó Asís para atender sus nuevas obligaciones como cardenal arzobispo de Albano y como consejero del consistorio papal que estudiaba la reforma eclesiástica. Los frailes le habían informado de que el papa Gregorio también le había pedido que lo ayudara con el concilio que tendría lugar en Lyon el próximo verano.

El verano sería un visitante muy bien acogido. En sus diecinueve años, Amata no recordaba una estación tan cruel y severa como aquel invierno. Los peregrinos que acudían a Asís, frecuentes invitados en la casa, daban espeluznantes detalles de los viajeros que se exponían a las tormentas aun a riesgo de perder los dedos de las

---

manos y de los pies y, en ocasiones, la vida, si se veían sorprendidos lejos de un refugio. Los peregrinos habían tocado con sus propias manos los rígidos cadáveres de bestias y jinetes. Un grupo de ellos había cargado los cuerpos en una carreta, como si fuesen trozos de leña, y los habían llevado, cubiertos de nieve, hasta el siguiente monasterio. La tierra, dura como la piedra, impidió a los peregrinos enterrarlos en el lugar, pero los buenos cristianos no deseaban ser enterrados fuera de un camposanto.

A última hora de una tarde especialmente desapacible de enero, con toda la servidumbre alrededor de su lecho, doña Giacomina murió. A medida que se acercaba a su fin, sus oraciones por el descanso eterno de su alma se convirtieron en estertores cada vez más débiles, hasta que su vida se apagó. Amata deseó de todo corazón que fray Conrado hubiese estado allí para cerrar los párpados sobre los inanimados ojos verdes, y al final fue Amata quien tuvo que llevar a cabo la triste tarea.

Los hombres de la casa salieron silenciosamente de la habitación para que Amata y las sirvientas pudiesen comenzar con las lamentaciones. Las dóciles mujeres se quitaron las tocas azules y blancas y se mesaron los cabellos. Desgarraron las costuras de sus vestidos de lana negra y se arañaron la cara y los brazos. Luego formaron un círculo y giraron por la habitación, al tiempo que se daban puñetazos en las cabezas y anunciaban la muerte de doña Giacomina con un bajo y prolongado aullido. Este aullido agonizante abrumaba a Amata; un nudo sofocante se le alojó en el corazón, y el dolor y la náusea sacudieron sus entrañas. Las mujeres arrancaron la tela que cenaba la ventana y, con cada vuelta del círculo, una de ellas asomaba la cabeza a la noche helada, para transmitir la muerte a la ciudad entera y a los cielos. Las endechas continuaron durante dos días, hasta la mañana del funeral de doña Giacomina.

Los frailes del Sacro Convento honraron a la dama sepultándola debajo del pulpito de la cripta. Amata pidió que, en la muerte, doña Giacomina pudiese descansar cerca de su más querido amigo en vida, fray Leo. También encargó una lápida de mármol rojo, para que la colocaran sobre la tumba. A sugerencia de fray Bernardo da Bessa, que actuaba como representante de Bonaventura durante su ausencia, mandó inscribir en la lápida una sencilla leyenda, «*Hic jacet Jacoba sancta nobilisque romana*», Aquí yace Jacoba, una santa y noble mujer romana. Como un último tributo, Amata donó el dinero para un fresco que representaría a la dama con su hábito terciario. Fray Bernardo le informó de que un conocido artista, el florentino Giovanni Cimabue, ya había recibido el encargo de decorar el ábside de la cripta.

Mientras tanto, Amata se enfrentaba a otras decisiones; unas decisiones que le quitaban el sueño y hacían que se quedara sentada con la mirada puesta en el fuego mientras los demás dormían. Se deslizó de la silla hasta el suelo para estar más cerca de las llamas que luchaban por calentar la habitación. Su habitación, en su casa.

La lectura de la carta de manumisión de doña Giacomina por parte del notario, liberando a los sirvientes de sus obligaciones y dejándole a Amata una considerable

---

herencia («por el bien de mi alma y por un piadoso final, y porque parecerá meritorio ante Dios») no había sido una sorpresa para ella. Ya la había tenido varias semanas antes, cuando la dama la había llamado a su habitación y le había explicado sus intenciones. Incluso en ese momento, al recordar la generosidad de la anciana, estuvo a punto de llorar de nuevo, y la hoguera se convirtió en un resplandor dorado ante sus ojos. Tenía la sensación de haber perdido a su madre dos veces, una a manos de los asesinos, y otra a manos de la vejez.

Doña Giacomina también le había susurrado una advertencia.

—Las damas solteras tienen poco control sobre sus destinos. Si fueses una poderosa reina viuda, como Blanca de Castilla, o la viuda de un artesano, que hereda su taller, herramientas, y aprendices, o incluso una campesina que recibe los campos de su difunto marido, quizá podrías vivir y trabajar en paz. Pero los hombres de la familia de mi marido no te permitirán ese lujo. Tan pronto como la noticia de mi muerte llegue a Roma, intentarán confiscarte todo lo que te doy. Sólo me dejaron en paz porque tenía herederos varones y, después de que fallecieran mis hijos, debido a mi edad. —La anciana sacó fuerzas para reírse—. Confiaban en que los complacería y no tardaría mucho en morirme.

La anciana cogió después la manga de Amata, con una fuerza sorprendente en sus dedos manchados.

—Dentro de unas pocas semanas, toda la región estará enterada de tu buena fortuna —prosiguió—. Los pretendientes acudirán como moscas a la miel. Debes casarte pronto, Amatina, si quieres proteger tu herencia de las garras de los Frangipani.

¡Listas! Qué extraño resultaba que un ejercicio tan sencillo como hacer listas —de cualquier cosa, de todo— hubiese demostrado ser el remedio definitivo para la mente de Giovanni di Parma. Desde la fiesta de la Presentación, dos años antes, cuando la maravillosa luz había inundado la celda, fray Giovanni había vuelto gradual, pero decididamente, al mundo de los vivos. Con todo el asombro y el placer de un niño que aprende por vez primera los nombres de las cosas, los movimientos, los colores y los olores, había comenzado a recuperar la memoria. Para alegría de Conrado, también se había vuelto extraordinariamente locuaz, con frecuentes visitas a rincones de su memoria abandonados años atrás.

La primera vez que había sorprendido a su compañero de celda con una de sus letanías, acababan de tomar la sopa.

—Estaba recordando una comida, fray Conrado, con la misma claridad como si hubiese sido ayer. Muchos hermanos y yo cenamos con el rey de Francia. Habíamos ido a nuestro convento en Sens para un capítulo provincial.

---

«Aquel banquete... incluyó no menos de una docena de platos: primero, cerezas, luego un delicioso pan blanco; un vino selecto digno de un rey; judías frescas cocidas en leche; pescado; cangrejos; pasteles de anguila; arroz hervido con leche de almendras y canela; más anguilas con salsa, y, finalmente, bandejas de tartas, golosinas y frutas del tiempo.

El viejo fraile miró su cuenco de sopa y se encogió de hombros. Después se dio unos golpecitos en la frente, en un intento por recordar otros detalles de la visita a Sens.

—El día siguiente resultó ser domingo —prosiguió Giovanni—. De madrugada, y acompañado sólo por sus tres hermanos y unos pocos palafreneros para atender a sus caballos, el rey Luis vino a nuestra iglesia para solicitar nuestras plegarias, tras dejar a la comitiva en el pueblo. Cuando se arrodillaron ante el altar, sus hermanos miraron en derredor en busca de sillas o bancos. Pero el rey se sentó directamente sobre la tierra, porque la iglesia carecía de pavimento. Después de encomendarse a nuestras plegarias, salió del templo para continuar su camino. Sin embargo, cuando un sirviente le informó de que su hermano Carlos todavía rezaba fervientemente, el rey no tuvo reparo en esperar con toda paciencia sin montar en su caballo. Cuando vi con cuánto fervor rezaba Carlos, y cómo el rey esperaba en el exterior, me sentí muy edificado, al comprender la verdad de las Escrituras: «Un hermano que es ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada».

Doce y siete se convirtieron en los números favoritos de las reflexiones de Giovanni, debido a su significado bíblico. De vez en cuando, se apartaba de la regla y recitaba una lista de seis, como cuando recapitulaba los seis pecados contra el Espíritu Santo o los seis humores que controlaban las acciones humanas.

Conrado estimulaba estos ejercicios mentales. Con un afilado trozo de cerámica, escribía las listas en la pared de la celda; aunque no se podían leer en la penumbra, lo hacía por el ejercicio en sí. Escribió los siete pecados capitales, las siete virtudes curativas, los siete dones carismáticos de Dios, los siete trabajos espirituales de la misericordia, los nombres de los doce apóstoles y las doce beatitudes. Día tras día, las ilegibles escrituras se iban extendiendo por la mohosa superficie, como las declinaciones verbales escritas por un estudiante de latín.

Era un ritual que generalmente comenzaba mientras comían. Primero fray Giovanni no decía nada y se limitaba a gruñir de vez en cuando, un manierismo que Conrado había llegado a reconocer como una forma de meditación. Luego, mientras el joven fraile recogía los cuencos, el ministro general proponía una nueva lista.

—Deberíamos reflexionar sobre las siete últimas manifestaciones de Cristo. Si entendemos cómo Nuestro Señor se enfrentó a la muerte, podremos aprender cómo dar la bienvenida a nuestro propio final.

Conrado cogió el trozo de cerámica y se acercó a la pared mientras Giovanni dictaba.

---

—Eli, Eli, *lamma sabacthani*. ¿Dios mío, por qué me has abandonado? —Conrado hizo una pausa mientras Giovanni añadía—: Incluso Cristo conoció la desolación, la soledad, y la incertidumbre a medida que se acercaba Su hora. Él nos comprenderá y confortará cuando llegue nuestro momento.

Giovanni fue dictando las frases una tras otra, acompañando cada una con una breve explicación, hasta el «*Consummatum est*. En tus manos encomiendo mi espíritu».

—La muerte señala el fin de nuestro tiempo en la tierra, pero también da significado a nuestras acciones terrenales —concluyó el anciano—. La muerte es el momento en que nosotros mismos nos convertimos en un don a Dios.

—¿Tú qué crees, hermano? —preguntó Conrado—. ¿Acabaremos nuestras vidas en este agujero? ¿Han llegado a su fin nuestras acciones terrenales?

Su compañero de celda asintió. Conrado bajó el brazo.

—Perdona mi vacilante fe en los designios de Dios, fray Giovanni, pero ¿por qué la Santa Madre Iglesia se tiene que ver privada de un talento como el tuyo? Incluso si trabajases fuera de la orden, muchos gobernantes seculares y prelados se podrían beneficiar de tu consejo espiritual. ¿Qué pasaría si le prometieses a Bonaventura no hablar nunca más del abad Joaquín y de su herejía? Sin duda ya no tendría motivos para mantenerte prisionero.

Conrado cojeó hasta donde estaba Giovanni y se sentó torpemente. Al viejo le costaba cada vez más moverse; ya apenas se levantaba, salvo para ir hasta la letrina, e incluso entonces Conrado tenía que ayudarlo a subir la resbaladiza pendiente.

La poca luz que había en la celda se reflejó en los ojos de Giovanni mientras éste miraba a Conrado.

—¿De verdad crees que me tienen aquí porque me aferré a las enseñanzas de Joaquín? La Iglesia nunca condenó a Joaquín; sólo a Gerardino di Borgo San Donnino por la interpretación que hizo de sus profecías. Gerardino estuvo encarcelado aquí por su interpretación poco antes de que me encerraran a mí. No, yo estoy aquí, como sospecho que lo estás tú también, porque buscaba emular a nuestro fundador. Quería la orden tal como la había hecho el propio san Francisco. Recorrí a pie una región tras otra, visité personalmente cada uno de nuestros conventos con la intención de predicar con el ejemplo más que a través del consejo escrito. Pero aquellos que querían olvidar la regla y el testamento final de san Francisco a sus frailes, me consideraron como una amenaza para sus cómodas vidas. Así que aquí estoy, aquí estamos, en esta incomodidad.

Conrado se sintió súbitamente alerta. ¡Casi se había olvidado del testamento de san Francisco! Comenzó a balancearse mientras rebuscaba en su memoria. En alguna parte del mensaje, Leo había escrito que el principio del testamento proyectaría una luz —fragmentos de luz eran las palabras exactas— sobre la intrigante carta. Cosa

---

curiosa, Conrado casi había dejado de interesarse por la búsqueda que lo había enviado a la cárcel. Se volvió de nuevo hacia el antiguo ministro general.

—Padre, a pesar de que quizá nunca salgamos de este lugar, creo que Dios te ha devuelto la memoria con una intención benéfica. ¿Recuerdas exactamente cómo comienza el testamento?

Giovanni inclinó la cabeza durante un momento, mientras pensaba en la pregunta.

—Comienza con el relato que hace san Francisco de su conversión. Escribió: «El Señor me concedió que comenzara mi penitencia de la siguiente manera: Mientras vivía en el pecado, me resultaba muy amargo ver a los leprosos, pero el Señor me llevó entre ellos, y me compadecí de ellos. Cuando los dejé, aquello que me había parecido amargo se había convertido en dulzura, y después dejé mi vida en el mundo». Nuestro sagrado fundador sentía un cariño especial por los leprosos. No sólo trabajó entre ellos, dándoles de comer y vistiéndolos, curando y besando sus llagas, sino que requirió el mismo servicio de muchos de sus primeros frailes. Los llamaba los *pauperes Christi*, los pobres de Dios.

Conrado apretó los puños.

—¿Fray Leo también trabajó entre los leprosos?

—Es más que probable. —Giovanni soltó una risita—. Ahora que pienso en mis visitas a los conventos... agoté a doce secretarios en el proceso. Siempre hacía de mi secretario mi compañero de viaje, como hizo san Francisco con fray Leo. Mi primer secretario fue fray Andreo da Bologna, que después fue ministro provincial en Tierra Santa y penitenciario del papa. Después vino fray Walter, un ángel por nacimiento, y un ángel por temperamento; el tercero, Corrado Rabuino, grande, gordo y muy moreno: un hombre honesto. Nunca conocí a otro fraile que pudiese devorar *lagano* y queso con tanto gusto...

Conrado continuó sentado sin moverse; sólo escuchaba a medias los recuerdos de Giovanni. Desde el principio, Leo había querido que sirviese en una leprosería, como él mismo probablemente había hecho... Recordó también la referencia de Leo a las uñas del leproso muerto. «Debería haber empezado por esa parte del mensaje, *servite pauperes Christi*, —pensó Conrado—, en lugar de regresar al Sacro Convento. De haberlo hecho así, ahora no estaría pudriéndome en esta celda.» Se estremeció cuando su mente pensó en otra, en una terrible posibilidad: que sus miembros pudieran haberse contagiado de la putrefacción de la lepra de haber entrado en un lazareto. ¿Qué sabiduría podría haber obtenido de eso?

—... El último fraile era de Iseo, viejo en edad y en la orden, rico en sabiduría; sin embargo, creo que se daba demasiados aires, dado que todo el mundo sabía que su madre había sido camarera en una taberna...

«Señor, si Tú me concedes salir alguna vez de este lugar —juró Conrado—, me ofreceré para servir en el Ospedale di San Lazzaro, en las afueras de Asís, y

---

aprenderé todo aquello que los leprosos tengan que enseñarme, y seguiré la senda de Leo, si es necesario, hasta su posible peor final.» En el fondo de su corazón, intentaba creer que Dios sólo había estado esperando que hiciera esa promesa antes de dejarle volar libremente de aquella jaula.

—Amatina, despierta. Tienes una visita.

Amata se dio la vuelta en la cama con un gemido. Había pasado otra noche inquieta, con la responsabilidad de ser la dueña de la casa, y la obligación de escoger un marido pendiendo sobre su cabeza como el hacha del verdugo. Tal como había dicho doña Giacoma, en las semanas transcurridas desde la muerte de la anciana, había tenido que atender a una larga procesión de hombres que la pretendían en matrimonio, o que, como mínimo, estaban ansiosos por tomar posesión de la casa y las tierras que la dama había legado a Amata para que dispusiera de una renta. Esos pretendientes iban desde los aristócratas rurales arruinados o que buscaban incrementar sus posesiones, a viejos mercaderes y viudos, pero no había visto a ninguna presa que le apeteciera cazar, ninguno con el que estuviese dispuesta a compartir alegremente su cama en aquellas crudas noches de invierno. Pío, que ahora tenía dieciséis años y se veía a sí mismo cada vez más como un hombre, se mostraba tan enamorado de Amata como siempre, y su humor empeoraba a medida que hacía entrar en la casa a un nuevo postulante.

Amata intentó enfocar la mirada en el rostro inclinado sobre ella. La mayoría de los sirvientes de doña Giacoma, incluido (afortunadamente) maese Roberto, se habían quedado como empleados, y disfrutaban con su recién adquirida libertad y la seguridad de su puesto de trabajo. La doncella que estaba junto a su cama, una rolliza muchacha de rostro amable unos pocos años menor que ella, se había criado en la casa de doña Giacoma y no conocía otro hogar. Amata, medio en broma, se la había ofrecido a uno de sus pretendientes, y cuando él protestó porque no tenía dote, ella le citó a Plauto: «*Dummodo morata recte veniat, dotat est satis*», «Si su moral es elevada, una mujer tiene dote suficiente». El hombre la miró desconcertado, porque no sabía latín. De haber demostrado la menor pizca de entendimiento, de la cita o de su significado después de traducirle la frase, ella quizá le hubiese ofrecido la dote. Quizá doña Giacoma la había educado en exceso, con todos aquellos tutores que había contratado para ella después del confinamiento de Conrado.

—En el vestíbulo espera un *signore* que te quiere ver —repitió la muchacha mientras Amata se quitaba las legañas de los ojos con las puntas de los dedos.

—¿Qué hora es, Gabriela?

—La campana de la mañana sonó hace muy poco. Seguramente ha estado junto a la puerta de la ciudad, a la espera de que abrieran.

---

—¿En la puerta de la ciudad? —La deducción de la muchacha había sido demasiado rápida para la mente somnolienta de Amata.

—Es el pretendiente de Todi, el hermano del cardenal. Dice que tiene que hablar contigo ahora. Urgentemente.



---

## Capítulo XXIX

Amata se puso una bata azul cadmio sobre el camión de lino. Se acomodó la trenza y se cubrió los cabellos con una redecilla. ¿Qué diablos podía querer el conde Roffredo a aquellas horas de la mañana? Incluso un noble de la poderosa familia de los Gaetani debería esperar hasta una hora decente para presentarse en una casa. Bueno, no la vería con su mejor aspecto; quizá la visión de su rostro somnoliento y malhumorado a la tan poco favorecedora luz del amanecer conseguiría espantarlo. Ésa, al menos, sería una justa compensación por haberle interrumpido el sueño.

Roffredo Gaetani le había parecido a Amata el más odioso de los pretendientes que la habían visitado. Después de conocerlo, había comprendido el júbilo de Iacopone después de la refriega en el bosque, por qué exultaba al comparar aquella pelea con las viejas victorias sobre los Gaetani en las calles de Todi. Tras su breve contacto con el conde Roffredo, podía entender perfectamente que su medio loco primo, que había conocido a la familia desde la infancia, los considerase detestables, incluso mucho más que a las facciones de güelfos y gibelinos que dividían todas las ciudades de Umbría.

Aunque sólo estaba en la cuarentena, Roffredo era ya tres veces viudo. Sin embargo, rehusó satisfacer la curiosidad de Amata por las anteriores esposas, y descartó sus muertes con un simple ademán. «Plagas. Siempre hay plagas, y la malaria.» Su piel amarillenta sugería que quizá él también padecía esta última enfermedad, lo que daba una cierta credibilidad a su lacónica explicación.

Así y todo, la expresión calculadora de sus pequeños ojos negros que eludían su mirada, el aspecto de pájaro carroñero realzado por su rostro cetrino picado de viruela, y la calva, la llevaron a creer que era capaz de una crueldad extraordinaria, que pudiera ser un hombre enfermo también en su interior. A la muchacha le hormigueaba la piel sólo con verlo. Su conversación, o mejor dicho sus monólogos, se centraban en las poderosas vinculaciones de la familia en la municipalidad de Todi y en Roma, y, en particular, la elevada posición de su hermano, el cardenal Benedetto Gaetani, de quien Roffredo alardeaba diciendo que algún día sería papa. Retorcía la cadena de oro que descansaba sobre su pecho mientras hablaba de dinero y propiedades, de la riqueza acumulada a través de sus anteriores matrimonios, a la que la de Amata se uniría en una robusta alianza. Al menos había sido sincero, sin enmascarar sus motivos con el más mínimo artificio. Finalmente, había acabado su

---

discurso con la afirmación de que podía olvidarse de los demás pretendientes, porque estaba decidido a tenerla, *per amore o per forza*. Rió su propio chiste, pero la cadena de oro se tensó en su mano.

Ella se había dado un baño inmediatamente después de la visita, como si su persona se hubiese ensuciado con sólo tenerlo en su presencia. «Éste nunca me tendrá —se había jurado a sí misma—. Antes muerta».

Ahora estaba otra vez allí, a una hora indecente, molestándola de nuevo. Todavía somnolienta, Amata entró en el gran vestíbulo. Roffredo esperaba con su escudero en el otro extremo, junto a la puerta principal. Pío estaba a un lado, sin molestarse en ocultar su desagrado mientras los dos hombres saludaban.

—He pasado muy mala noche, *signore*, y finalmente me había quedado dormida cuando has llamado. —Amata confió en que su voz revelara al menos parte de su enfado—. ¿Qué te trae aquí tan temprano?

En el rostro del hombre apareció la ladina sonrisa burlona que tanto la había molestado en su anterior visita.

—Al que madruga, Dios le ayuda —respondió el noble—. He venido para saber tu respuesta.

Amata lo miró incrédula. El sentido de la corrección le advirtió que debía moderar la furia que la inundaba, pero Roffredo no se lo ponía fácil.

—Creo, *signore*, que incluso un tonto procuraría no arriesgarse a una desilusión antes del desayuno. Pero dado que vas directo al grano, te seré igual de sincera. No te quiero, conde Gaetani.

Roffredo no pareció molestarse en absoluto por la respuesta, probablemente porque el amor no entraba en sus cálculos.

—Me desilusionas, *signorina*, y mi hermano también se llevará una desilusión. Nos espera en Todi para casarnos esta misma tarde. —Asumió una expresión de fingido terror—. Tu respuesta también me preocupa. Puede ser muy peligroso darle plantón a un cardenal.

Amata decidió que ya había sido demasiado cortés con aquel tipejo pretencioso. Su único deseo era que se marchase cuanto antes para poder volverse de nuevo a la cama.

—Es evidente que nunca me has visto furiosa, *signore* —replicó—, o no hablarías con tanta despreocupación del peligro. Ya tienes mi respuesta definitiva. Ahora debo insistir en que te marches de mi casa.

Roffredo se inclinó, pero esta vez su escudero no se inclinó con él. En vez de ello, el hombre abrió la puerta de par en par, y dos caballeros que esperaban al otro lado entraron en el vestíbulo a la carrera. Pío se lanzó sobre ellos, pero uno de los dos lo sujetó mientras el otro desenfundaba una daga y la sostenía contra la garganta del

---

muchacho. Antes de que Amata pudiese reaccionar, Roffredo y su escudero la cogieron por las muñecas, y el conde le tapó la boca con la mano enguantada. Ella intentó zafarse, pero los hombres aumentaron la presión, y Roffredo le retorció el brazo. Esta vez apareció en su rostro una mueca de triunfo.

—Vendrás con nosotros muy calladita, *signorina*, o tu paje sonreirá por debajo de la barbilla.

Amata quiso gritar, pero el guante de cuero ahogó su voz. No podía creer que aquello le estuviese pasando a ella. ¿Podían aquellos nobles bastardos llevarse a las mujeres de sus casas y obligarlas a casarse con ellos? Su mirada se cruzó con la de Pío, y el terror que vio en sus ojos reflejó su propio sentimiento de indefensión.

De nuevo intentó soltarse. Detestaba su vulnerabilidad tanto como odiaba al conde, pero Roffredo la retuvo con firmeza. Le sujetó la barbilla y la obligó a mirar, mientras un hilillo de sangre de la garganta de Pío corría por la hoja de la daga. Amata dejó de forcejear y de gritar bajo el guante. Roffredo apartó un poco la mano de su boca.

—¿Decías?

—Déjalo libre. Iré contigo.

La carretera a Todi salía de la ciudad por la porta San Antimo, en la muralla sur de Asís. Roffredo y sus sicarios llevaron a la mujer a toda prisa por la desierta escalera que conducía desde su casa a la parte baja de la ciudad. Amata llevaba una gruesa capa, con la capucha sobre la cabeza, e iba mirando a uno y otro lado, a la débil luz del amanecer, mientras pasaban casi a la carrera por delante de las casas cerradas, atenta a cualquier posibilidad de fuga. El caballero que había amenazado a Pío sostenía ahora la daga contra sus costillas. Amata se dijo que muerta de nada le serviría a Roffredo, aunque el conde era muy capaz de casarse con ella moribunda. Su escudero ya había demostrado ser un experto en el manejo de aquella arma. Por otra parte, cabía la posibilidad de que el cardenal la casara con Roffredo viva o muerta.

Sin aminorar el paso, llegaron al final del último tramo de escalera. Justo delante de ellos, Amata vio las tres iglesias de San Antimo, San Leonardo y San Tomaso y, más allá, la puerta de la ciudad. Un carruaje esperaba en las sombras de un callejón entre dos de las iglesias. A la muchacha le flaquearon las piernas ante la visión, y cayó sobre los adoquines. Una vez fuera de las murallas, estaría completamente a merced de Roffredo.

Sintió en el brazo la fuerza de la mano del escudero cuando intentó levantarla, pero los adoquines estaban resbaladizos con la escarcha y Amata se cayó de nuevo. Mientras se levantaba apoyándose en las rodillas y las manos, vio otra figura, un

---

hombre, que avanzaba a gatas por una de las esquinas de San Tomaso, rodeado por un pequeño grupo de jaraneros madrugadores: una pincelada más de anormalidad en aquella mañana irreal. El hombre llevaba una montura sujeta a la espalda y gritaba con voz sonora:

— ¿No hay nadie que quiera montar en esta infame bestia de carga?

Levantó la cabeza y miró hacia el cielo con una expresión de súplica.

—Yo te montaré, Iacopone —replicó una mujer entre la muchedumbre—, si después tú me montas a mí.

— ¡Iacopone! *Aiuto!* ¡Ayúdame! —gritó Amata—. ¡Sálvame de los Gaetani!

Antes de que pudiese decir más, el caballero la levantó del suelo y le tapó la boca con la palma del guantelete, a continuación, Roffredo y sus secuaces avanzaron al trote hacia sus caballos. Mientras la arrastraban hacia el callejón, Amata vio que el penitente se levantaba despacio, con una expresión de enfado. Después, el caballero la arrojó al interior del carruaje y cerró la puerta de un manotazo.

¡Oh Dios, por favor, por favor! Las ruedas comenzaron a moverse y poco a poco fueron ganando impulso. El bamboleo del asiento le indicó que el tiro acababa de doblar la esquina hacia la puerta de la ciudad cuando, justo delante de ellos, se oyó el agudo toque de una trompeta. El carruaje se bamboleó violentamente con el espanto de los animales. Luego hubo un golpe, seguido por un grito de dolor y, a continuación, se desató el caos. Algo muy pesado se estrelló contra la cabina, la tumbó de costado y destrozó la estructura de madera. Alrededor de ésta, los relinchos de los caballos asustados se mezclaron con las maldiciones de los hombres y el beligerante bramido de un buey.

Amata salió de entre los restos del carruaje. Tenía las piernas débiles por el susto, le dolían el rostro y los brazos, pero así y todo consiguió abrirse paso entre la confusión y escabullirse por el callejón. En cuanto estuvo segura de que nadie la seguía, acortó el paso y se apostó en una esquina, desde donde podía ver lo sucedido. Iacopone yacía acurrucado, inmóvil, en medio de la calle, con la trompeta todavía sujeta entre los dedos. Una carreta estaba incrustada en los restos del carruaje y se veían piezas de tela desparramadas por el pavimento. Los caballos continuaban encabritados y lanzaban coces alternativamente con las patas traseras y delanteras, mientras que el buey, enredado en sus arreos, movía los cuernos peligrosamente cerca de sus vientres.

Un furioso Roffredo Gaetani maldecía a voz en cuello al mercader, un hombre fornido y barbudo que le respondía insulto por insulto. El conde y sus sicarios desmontaron, pero el mercader se echó la capa por encima del hombro derecho y empuñó la daga. No rehuiría la pelea si llegaba a producirse. Los escoltas armados del mercader se adelantaron a su vez con sus caballos y el carretero incluso buscó en su carreta y sacó un hacha.

---

—No intentes levantar tu espada —le advirtió el mercader a uno de los caballeros de Roffredo—. Neno te cortará el brazo antes de que alcances a levantarla del todo.

Los mirones se burlaban de ambos bandos desde una distancia prudente y unas cuantas piedras cayeron sobre los adversarios. Los dos campos se alinearon, titubeantes, mientras calibraban las fuerzas del rival y calculaban cuál sería el próximo movimiento. Amata miró a Iacopone, después a los enfrentados, y por último a la pareja de guardias civiles que finalmente habían abandonado la garita y corrían ahora hacia el lugar, alabardas en mano.

—¿Qué es todo este escándalo? —preguntó uno.

De nuevo los dos grupos comenzaron a gritar y gesticular, junto con los mirones, que ahora se habían acercado. El guardia levantó los brazos para pedir silencio. Amata salió de su escondite y se quitó la capucha.

—Estos hombres de Todi han intentado secuestrarme —declaró—, a pesar de que soy ciudadana de Asís. —Las palabras sonaron poco claras y le dolió hablar. El caballero seguramente le había partido el labio al teparle la boca.

—Es doña Amata —dijo una voz de mujer desde el corro de mirones.

—Sus caballos arrollaron a este buen hombre —añadió, al tiempo que señalaba el cuerpo de Iacopone—. De no haber sido por él, su plan hubiese tenido éxito.

—También chocaron contra mi carreta y estropearon la mitad de mi carga —afirmó el mercader—. Yo también soy ciudadano de Asís.

Tras este anuncio se reanudó el clamor. Amata se acercó al penitente y se arrodilló a su lado. Oyó los gritos de la gente insultando a Roffredo.

—Fuera de aquí —dijo uno de los guardias—. Mentiste sobre lo que venías a hacer en la ciudad cuando entraste.

—¿Qué pasa con mi carruaje y mi tiro?

—Tu carruaje no es más que un montón de astillas. Vuelve por tus caballos otro día si quieres, pero no confíes en recuperarlos —respondió el guardia—. Aquí hay unas personas que deben ser indemnizadas, y quizá tengamos para ti una orden de arresto por asesinato.

Amata levantó la cabeza a tiempo para ver la mirada salvaje que le dirigía Roffredo. Si Dios quería, no tendría que ver nunca más su rostro repelente. El conde y sus caballeros montaron y se dirigieron hacia la puerta. La multitud los siguió con gritos de burla e insultos y los apedrearon mientras salían de la ciudad.

La muchacha acarició la barba y la mejilla de Iacopone.

—Cuz, mi pobre cuz —susurró—. ¿Puedes oírme?

Uno de los guardias se acercó a ella.

—¿Lo han matado?

---

—Todavía vive, pero está malherido.

Alguien se arrodilló en los adoquines junto a ella.

—Mi carretero y mis escoltas cuidarán de mi mercancía. ¿Puedo ayudarte a llevar a este hombre a algún lugar?

Amata miró directamente los decididos ojos castaños del mercader.

—Te lo agradeceré —respondió—. Me ocuparé de que lo examinen y le curen las heridas. —Pasó los dedos entre los cabellos enredados y sucios y añadió en voz baja —: O, si es necesario, que tenga un entierro decente.

El hombre se echó de nuevo la capa sobre los hombros y levantó fácilmente al esquelético Iacopone en sus musculosos brazos.

—Muéstrame el camino. Estoy a tu servicio, madonna —dijo.

Su voz vibró con tanta ternura que ella se volvió para mirarlo una vez más. ¿Era posible que estuviese coqueteando con ella en un momento como aquél? Una cálida sonrisa apareció entre la abundante barba negra, y le pareció que su mirada se fijaba en la parte inferior de su rostro.

Amata se tocó los labios doloridos con la punta de los dedos, y se ruborizó al darse cuenta de que debía de tenerlos hinchados y sucios de sangre. Debía de estar hecha un adefesio, pensó, porque para empezar tampoco iba arreglada antes de que el hombre de Roffredo la maltratara.

El mercader sonrió comprensivamente pero no dijo nada de su aspecto; sólo una palabra:

—Amata. —Prolongó cada sílaba, la hizo rodar por su lengua como un catador de vinos que prueba una nueva añada. Su mirada se cruzó con la de ella y chispeó de placer—. Un nombre que no podía ser más apropiado, madonna.

Amata se apoyó en el marco de la puerta entreabierta. El mercader se había marchado finalmente para ir a ocuparse de su carreta averiada. ¡Tanto mejor! Se había ido justo a tiempo, anonadada como la había dejado con sus palabras de despedida. Pero ¿por qué, entonces, también se sentía desilusionada?

Alargó el brazo hasta la ventana. Quebró un carámbano de la persiana y se lo apoyó en los labios hinchados, luego entró en la casa. Se sentía como una tonta. ¿Qué le había dado en la calle? Quizá había sido la reacción después del susto sufrido a manos del conde Roffredo. Quizá había hablado llevada por la desesperación. En cualquier caso, no había dejado de parlotear durante todo el camino de regreso a casa. Había sentido la imperiosa necesidad de contarle al extraño hasta el último detalle de su situación.

—Hace tan sólo dos años anhelaba llevar la vida sencilla de una ermitaña en una choza en el bosque, pero los frailes encarcelaron a mi amigo, me refiero a mi director espiritual. Después, durante meses, no pensé más que en vengar a mi familia por...

---

por algo que sucedió cuando era una niña, pero el objetivo de mi venganza desapareció de la ciudad. Afortunadamente, durante todo ese período de confusión, viví con una bondadosa dama, como su sirvienta, aunque ella me consideraba como una hija, o una nieta, y ahora que ha muerto, me ha dejado su casa y su dinero, y me veo asediada por codiciosos pretendientes, como el conde Roffredo. Me dicen que debo casarme para proteger lo que tengo, pero al mismo tiempo, esos pretendientes son espantosos, y yo he llegado a valorar mi libertad, algo que es sorprendente en sí mismo porque en un tiempo sólo pensaba en casarme. —Se interrumpió para tomar aliento y después le soltó—: Ahora casi temo el matrimonio. ¿Qué opinas, *signore*? ¿Tienes esposa y familia?

Se sonrojó tan pronto como formuló la pregunta, avergonzada al comprender que había charlado sin medida, y también por su propio atrevimiento; un atrevimiento motivado sin duda por la decisión que debía tomar, y pronto. Sin embargo, el hombre no pareció tomárselo a mal. Se detuvo en los escalones, acomodó el peso del penitente en sus brazos, y se volvió para mirarla. Cuando le respondió, su voz era normal, sin el menor jadeo o señal alguna de haber hecho un esfuerzo.

—No, madonna, no he tenido el tiempo ni los medios para casarme. Así y todo, no tengo prejuicio alguno contra el matrimonio, y me halaga que me lo hayas preguntado.

—Oh, no pretendía... —comenzó a protestar Amata, pero comprendió que ya había dicho demasiado. Sí que había pretendido, y él había tenido la sensatez y la sinceridad suficientes como para hacerle el favor de cortar por lo sano. Era ella quien estaba obligada a cambiar de tema—. ¿No estás cansado? Un hombre alto como el *sior* Iacopone debe de ser muy pesado.

El mercader comenzó a subir los escalones.

—Bah. Éste es una pluma. No creo que haya comido en tres años. Trabajé como remero en una galera veneciana antes de dedicarme al comercio. Aquellos años de duro trabajo todavía me mantienen en forma.

—Entonces ¿has viajado mucho?

—Pues sí. Acabamos de regresar de Flandes y Francia, y por el este he llegado hasta la Tierra Prometida. —Sonrió y los ojos se le iluminaron—. Te podría contar unas historias, *madonna*...

El estrépito de voces y pisadas lo interrumpieron cuando Pío, maese Roberto y otros hombres de la casa de Amata bajaron la escalera hacia ellos.

—Amatina. Gracias a Dios que estás a salvo —exclamó el mayordomo—. Vinimos a la carrera tan pronto como Pío nos avisó de lo sucedido.

—Benditos seáis todos. Estoy un poco zarandeada, pero el conde Roffredo ha tenido que escapar de la ciudad. Necesito un médico para el *sior* Iacopone. Ha resultado herido al rescatarme.

---

Roberto se hizo cargo de la situación rápidamente. Mandó a un hombre a buscar al médico, hizo que Pío se encargara de guardar las armas, y luego él y otro hombre cogieron al herido Iacopone de los brazos del mercader.

—Ponlo en la vieja habitación de fray Conrado —ordenó Amata cuando comenzaron a subir la escalera—. Ahora mismo iré. Primero quiero darle las gracias a este caballero que me ha ayudado tanto.

Mientras los sirvientes se apresuraban a cumplir con sus tareas, Amata y el desconocido continuaron subiendo. Pío utilizó la excusa de la carga para subir más despacio que los demás, pero Amata se demoró todavía más que él, y el paje no pudo hacer otra cosa que adelantarse.

—Me gustaría escuchar esas historias cualquier día de éstos, *signore* —manifestó Amata cuando volvieron a estar solos.

—Será un placer, *madonna*. Confío en poder visitarte dentro de unos pocos días. Ahora que mi patrón me debe un dinero, tengo que ocuparme de un asunto de familia, algo así como una venganza a la inversa.

Seguramente algún instinto femenino la animó a formular la siguiente pregunta, o quizá fue la misma sensación de irrealidad que la había hecho parlotear desde que habían salido de la plaza.

—¿Involucra a una mujer? —Acompañó la pregunta con una sonrisa, pero se dio cuenta de que el corazón se le aceleraba demasiado para ser una pregunta inocente.

Esta vez el mercader soltó la carcajada.

—De nuevo me halagas, *madonna*. Sí, supongo que el objetivo de mi misión es ahora una mujer, aunque en mi mente aún la veo como una niña.

«Dios quiera que continúes viéndola como tal», pensó Amata. Ahora mismo no quería que su mente pensara en otra mujer.

Por fin habían llegado a la casa. Le ofreció una bebida caliente y un momento de descanso en la cocina antes de marcharse, pero él declinó la invitación.

—Otro día, *madonna*. Debo reunirme con mis hombres y atender mis asuntos. —Él se disponía ya a marcharse y Amata comprendió que, en medio del barullo y la conmoción, ni siquiera sabía su nombre—. Orfeo —dijo en respuesta a la pregunta con una cortés inclinación—. Orfeo di Angelo Bernardone. —Y con un saludo dio media vuelta y se alejó por el callejón—. A presto, *madonna* —añadió por encima del hombro.

Fue como si la hubiese golpeado entre los ojos con una hacha Amata se quedó de piedra. Todo el odio y resentimiento que había acumulado contra aquel hijo de su enemigo volvió a llenarle el corazón. Dio un manotazo contra el marco mientras los pasos de Orfeo se perdían escaleras abajo, y apretó la frente contra la helada madera de roble. ¿Por qué tenía que ser tan endemoniadamente atractivo?



## Capítulo XXX

Orfeo guió su caballo por el empinado sendero de la Rocca Paidá, agradecido por el sol del invierno que le calentaba el rostro. A la vera del sendero, una ardilla salió de su agujero en un árbol para inspeccionar el día con más atención. La delgada rama se arqueó con su peso como un saludo a una bandada de gansos que en formación de cuña cruzaban el cielo en dirección norte. El mercader se prometió que aquella tarde sin falta iría al barbero para que le afeitase la barba y le cortara el pelo, que ya le llegaba a los hombros, antes de ir a reunirse con Neno. Ya había dejado atrás los terribles vientos helados de los pasos de montaña; no necesitaba por tanto la cubierta protectora en la nuca y la garganta, ni tampoco un rostro barbudo era bien recibido en su ciudad natal.

El tintinear de las monedas en su bolsa también lo animaba. De acuerdo con los términos de sus servicios al sior Domenico, había recibido una cuarta parte de los beneficios del viaje. Llevaba consigo las ganancias de medio año, sin duda más que suficiente para comprar la libertad de la niña cautiva, si es que aún vivía en la Rocca. La gente de la ciudad con quienes había hablado, no sabían nada de ella, lo cual era extraño en una ciudad pequeña como Asís. Era como si, después de la incursión, la fortaleza se la hubiera engullido. Sólo le dijeron que el viejo Simone había muerto y que su hijo Calisto era el nuevo señor del castillo. Los caballeros de la Rocca vivían en un mundo aparte, encerrados en su fortaleza, muy por encima de las casas del populacho. La gente de Asís le insinuó a Orfeo que sería un error peligroso inmiscuirse en sus asuntos.

Sin embargo la oferta de una buena suma... eso podría ser otra historia. Orfeo esperaba que el nuevo señor no quisiera aprovecharse demasiado; comerciante como era, esperaba pagar un precio justo, desde luego mucho menos de lo que pagaría por una esclava en el mercado de Venecia. Después de todo, también tenía que financiar sus propios sueños.

Pensó de nuevo en la mujer que acababa de conocer, sin creerse del todo su buena fortuna. Hermosa a pesar de los morados, ansiosa por evadirse de sus pretendientes pero al parecer tan complacida por conocerlo como él mismo, y además con dinero. Aunque había pasado dos años recorriendo media Europa por lo que sólo se podía llamar un «modesto» salario, aún soñaba con comerciar algún día al nivel de los Polo. La fortuna de Amata, unida a sus ahorros, bien podía ser suficiente para

---

permitirle un buen comienzo; sobre todo si sus tratos con el señor de la Rocca resultaban satisfactorios. Tenía motivos para sonreír, y el aire tibio reforzó su alegría. Anunciaba la proximidad de la feraz primavera, del renacimiento de todas las cosas vivas, de nuevas empresas.

Varios guardias observaron el avance de Orfeo desde los parapetos de la fortaleza. La puerta estaba abierta, pero habían bajado el rastrillo como una medida de precaución. El portero lo levantó sólo lo necesario para que pasara montado después de explicar que quería tratar un asunto con el *signore*. Después, el hombre sujetó al caballo de la brida y, con Orfeo aún montado, lo condujo hacia un grupo de caballeros reunidos en el patio. Cuando estuvieron a una discreta distancia, le hizo una seña al mercader para que se apeara. Uno de los hombres se separó del grupo. El portero se inclinó ante él.

—Mi señor Calisto, este hombre quiere hablar contigo. Dice que se llama Orfeo di Angelo Bernardone.

Calisto della Rocca despidió al sirviente. El hombre cogió las riendas del caballo de Orfeo y lo llevó al establo.

—Tu nombre me resulta conocido —comentó Calisto con voz gutural mientras caminaba delante de Orfeo hacia el gran salón—. ¿Cómo es eso?

—Mi padre tuvo tratos con el difunto *signore*, hace unos ocho años.

Calisto miró a Orfeo. Sin embargo, no dijo nada. Entraron en el salón, él se sentó en un gran butaca y le señaló a Orfeo un banco cercano. Se pellizó un forúnculo del cuello mientras Orfeo se arreglaba la capa.

Orfeo volvió la cabeza cuando dos sirvientas pasaron por el salón. Ambas eran mayores que la muchacha que buscaba. El *signore* siguió su mirada.

—¿Te gustan? —En su rostro apareció una sonrisa lasciva—. Si quisieras quedarte aquí esta noche como mi invitado, podrías tenerlas a las dos.

Orfeo adivinó que Calisto le ofrecía un cebo.

—A decir verdad, me recuerdan el motivo de mi visita. Busco a una mujer, que calculo tendrá ahora entre dieciocho y veinte años.

La mano de Calisto se acercó a la empuñadura de la espada, aunque su voz continuó siendo jovial.

—¿Un familiar?

—No. Ni siquiera te puedo decir su nombre. ¿Estás enterado de la incursión de tu padre en el Coldimezzo, en el municipio de Todi hace unos años?

—¿Enterado? ¡Yo estuve allí! Fue un buen trabajo, una carnicería en toda regla. Ni siquiera llegaron a enterarse de quién los mató. —Sus ojos oscuros brillaron.

---

Orfeo apretó las mandíbulas. Le hubiese gustado coger a aquella bestia por el cuello, y en aquel mismo instante estrangularlo como nunca podría estrangular a su propio padre, pero se recordó a sí mismo que había ido allí por negocios. Lo primero que un mercader debía aprender era a controlar las emociones.

—Había una niña —dijo—. Creo que tu padre se la llevó como esclava.

Calisto se levantó de un salto.

—¡Esa puta! ¿Por qué la buscas? —Levantó la mano de la espada—. Mira esta cicatriz. Es una herida que me hizo cuando intentó cortarme el dedo. Apenas si puedo empuñar un arma.

Orfeo se levantó con toda la calma de que fue capaz. No le gustaba mirar desde abajo a aquel hombre cuyos humores parecían ser erráticos en el mejor de los casos. Este tipo de señores atacaban por capricho, y permanecer sentado lo hacía vulnerable. También comenzó a temer que la muchacha estuviese muerta. Si había atacado a un hombre así, seguramente lo había pagado muy caro.

—¿La castigaste?

—¡La muy puta se escapó! Se marchó aquel mismo día en compañía de la beata de mi hermana. Que el diablo se folle sus apestosos coños, aunque estén protegidos por los hábitos de las monjas.

La bolsa sujeta al cinturón de Orfeo se hizo más pesada en el acto. Si la niña estaba a salvo detrás de los muros de un convento, no tenía necesidad de negociar con el hijo de un asesino. Así y todo, sintió cierta curiosidad por conocer su destino final.

—¿Entonces, ¿cómo podría encontrarla en caso de que deseara verla?

—¿Le deseas bien o mal? —Calisto entrecerró los párpados—. Si le deseas bien, no vacilaría en cortarte la cabeza y colgarla en un poste de la entrada.

Orfeo notó que se le aceleraba el pulso, aunque mantuvo una apariencia serena.

—Eso no será necesario. Ahora está en las manos de Dios, y ya no me concierne. —Sonrió falsamente y se inclinó, con la mirada atenta a la mano de la espada del *signore*. Al hacerlo, la cadena que colgaba alrededor de su cuello se escapó de la túnica, y el anillo enganchado a ella se balanceó delante de su pecho.

Calisto siguió el movimiento del anillo con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó, al tiempo que tocaba la piedra con el dedo—. Una inscripción un tanto curiosa.

—Lo recibí de mi padre —contestó Orfeo.

Calisto se apartó.

—Por supuesto.

---

Orfeo cogió el anillo y observó las marcas en el lapislázuli. El interés de Calisto lo había intrigado. Quizá el anillo tenía alguna relación con los asuntos de sus padres.

—¿Tiene algún significado para ti, *signore*? —preguntó—. Para mí este anillo es todo un misterio.

Calisto no contestó la pregunta.

—Dime dónde te alojas, sior Bernardone, por si acaso recuerdo algo más de la niña. —Su voz y sus modales volvieron a ser corteses, casi untuosos.

—Acabo de regresar a la ciudad —replicó Orfeo—. Me puedes encontrar en la casa del mercader Domenico. —No había terminado de decir estas palabras cuando ya se había arrepentido, pues recordó de repente la advertencia de su hermano. Se inclinó bruscamente y se dirigió a los establos con toda la rapidez que una fingida naturalidad le permitía. Se le erizaron los cabellos de la nuca mientras se esforzaba por estar atento al más mínimo sonido que le advirtiera de que Calisto lo seguía. Si el *signore* decidía atacarlo, se encontraría indefenso contra él y su veintena de caballeros.

Rayos de sol y sombras combatiendo en la pared blanca.

El aire cálido de una habitación. Los ruidos de una casa, una escoba barriendo las baldosas, el crepitar de los troncos en un hogar.

Rostros. Se acercaban, se movían, desaparecían.

Dolor. En el hombro, las costillas, la rodilla, la mitad de su cuerpo. Un latir sordo en la cabeza.

Ahora, mi Señor Jesús, deja que tu sirviente parta en paz.

Vanna. Ya voy. Espérame.

El susurro de una mujer. «¿Está mejor?»

¿Vanna?

—Entra y sale del sueño, Amatina. Tiene un buen chichón en la cabeza. El médico cree que vivirá. Es resistente como una bestia del bosque.

Una suave caricia en la mejilla.

—Estoy aquí, primo. Tienes que luchar contra el demonio. No puedes dejar que te lleve.

Un esfuerzo por quedarse con la voz. Un brillante escarabajo negro que se agitaba en un sucio charco en el borde de la carretera.

---

Dominado por el ansia de marcharse, de abandonar este valle de lágrimas.  
Ansioso del descanso eterno. Con Vanna.

¿De quién es la voz? ¿De quien, si no de Vanna?

¿Primo?

Un rostro con un marco negro como el de una monja, borroso, que flota hacia él.

Aroma a jazmín. Algo húmedo y fresco en su frente.

Las sombras que se extienden. El distante murmullo de las voces. Todo se funde.

Oscuridad. Silencio.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, un pecador. Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí...

—Os he oído hablar de Troyes. —Un fraile corpulento y de rostro rubicundo se sentó en el banco delante de Orfeo y Neno y se llenó el vaso con el vino de su jarra—. Os bendigo por vuestra generosidad, amigos.

—Todas las gargantas son hermanas entre sí —respondió Orfeo, de muy buen humor.

El fraile hizo girar el vino en el vaso y se acercó el borde a la nariz.

—Los francos suelen decir que el mejor vino debe tener tres bes y siete efes:

*C'est bon et bel et blanc*

*Fort et fier, fin et franc,*

*Froid et frais et fretillant<sup>1</sup>.*

Después bebió un sorbo y declaró:

—No debe extrañarnos que se deleiten con el buen vino, porque el vino «alegra a Dios y los hombres», como está escrito en el capítulo nueve del Libro de los Jueces. —Levantó la copa—. Por lo tanto, de este vino podemos decir muy santamente con el sabio rey Salomón: «Dadle vino fuerte a aquellos que están tristes, y vino también a los que sufren. Dejadles que beban y olviden sus deseos, y que no recuerden sus penas nunca más».

—Buena cita —aprobó Orfeo, y levantó la voz—: Las penas quedan prohibidas para siempre en este lugar. —Él y Neno alzaron las copas para brindar con el fraile. Unos cuantos vivas se oyeron desde los rincones oscuros de la taberna. Orfeo se

---

<sup>1</sup> Es bueno, hermoso y blanco / Fuerte y orgulloso, fino y franco, fino y fresco y vivaracho. (N. del T.)

---

golpeó el pecho mientras bebía—. Orfeo, hasta hace poco de los Bernardone, y Neno, fuerte y leal como el buey que guía.

El fraile asintió con un movimiento de su calva cabeza.

—Fray Salimbene, recién llegado de la Romagna, al servicio de Dios y de todos los hombres decentes... y también de las mujeres, sean decentes o no. —El fraile soltó una carcajada y se tocó la papada.

Neno comenzó a cantar. Sin embargo, su canto acabó en un sonoro ronquido cuando el carretero bajó lentamente la cabeza hasta descansarla en el brazo apoyado en la mesa, donde se quedó dormido. Orfeo lo sacudió y le llenó de nuevo el vaso.

—Despierta. Quizá este buen fraile pueda recitarnos un poema, o cantarnos una canción.

Fray Salimbene asintió y dio unas sonoras palmadas contra la mesa. Se levantó y miró en derredor mientras se dirigía a los presentes.

—Una rima del maestro Morando, que enseñaba gramática en Padua cuando yo era un niño allí. Que Dios bendiga su alma.

Bebió un buen trago y entonó, tan sombríamente como si dijera misa:

*¿Bebes un glorioso y meloso vino?  
Fortificará tu cuerpo, tu rostro brillará  
y libremente escupirás;  
¿añejo en barrica, de pleno sabor?  
Alegre entonces será tu espíritu,  
y brillante y agudo tu ingenio.  
¿Es tu licor gris pálido? La ronquera tu gaznate asaltará,  
y los fluidos la seguirán; otros,  
trasegando vino viscoso,  
de un color rojo fangoso,  
como cerdos se pondrán.  
No desprecies el rojo, por flojo que sea;  
el vino tinto tu rostro enrojecerá,  
bebe pues sin parar.  
Pero la maldita agua clara,  
a la gente honesta se le prohibirá,  
porque sólo tristeza provocará.*

Orfeo batió la mesa con los puños y descargó una palmada en los hombros caídos de Neno. Pidió otra jarra mientras Salimbene acomodaba de nuevo las anchas posaderas en el banco.

—¿Has estado en Francia, hermano? —preguntó el mercader.

---

—No en estos últimos veinticinco años —contestó el fraile—. Pero en el año de Nuestro Señor 1248, viajé al convento de Sens para asistir al capítulo provincial de nuestra orden en Francia. El señor Luis, rey de Francia, y sus tres hermanos viajaron allí, y yo tenía muchos deseos de verlo. El ministro provincial de Francia y fray Odo Rigaldi, arzobispo de Ruán, también acudieron, junto con Giovanni di Parma, nuestro ministro general, y muchos custodios, definidores y discretos del cuerpo capitular. —Hizo una pausa para beber otro sorbo y miró al techo—. Nuestro ministro general rehusó los honores, siguiendo las palabras del Eclesiastés: «No te exaltes en el día de tu honor». A pesar de que el rey lo invitó a sentarse a su lado, Giovanni prefirió cenar en la mesa de los pobres, a quienes honró con su presencia, y muchos se sintieron edificados.

—Que todos podamos aprender de los hombres píos —brindó Orfeo, y levantó la copa—. Bebamos también a la salud de las mujeres hermosas, especialmente por una que he conocido hoy.

—Por las muchas encantadoras damas cuyo director he sido —añadió Salimbene.

Neno continuó roncando mientras Orfeo y Salimbene intercambiaban historias de viajes. Orfeo tuvo la sensación de que apenas habían comenzado la tarea de emborracharse a conciencia cuando se oyó la llamada de un campanario cercano.

—¡Eh! La maldita campana de los borrachines ha sonado antes de hora. —Se acabó la copa y la estrelló contra la mesa. Se levantó de muy mala gana, sacudió a Neno hasta despertarlo y después lo ayudó a incorporarse.

—*Addio, signori* —gritó el fraile ya desde la puerta—. Ya te buscaré por aquí cualquiera de estas noches.

Orfeo agitó la linterna como respuesta al saludo del fraile.

La brisa nocturna le azotó las mejillas, desnudas y todavía irritadas por el afeitado. Los adoquines parecían más resbaladizos de lo habitual cuando él y Neno se dirigieron tambaleantes hacia la casa del sior Domenico y al desván donde dormían. Las traicioneras calles se inclinaban peligrosamente. Neno se detuvo para orinar contra la pared de una casa, y quiso cantar de nuevo, pero Orfeo lo obligó a seguir.

—Falta poco para que suene el toque de queda, *amico*. Tenemos que darnos prisa en llegar a la casa de sior Domenico.

Tres hombres se acercaban a ellos en la calle oscura, los rostros ocultos de la luz de la linterna por las capuchas de las capas. Orfeo recordó que aún llevaba la bolsa con el dinero. Instintivamente metió la mano libre debajo de la capa y empuñó la espada. Neno, sin darse cuenta de la presencia de los hombres, se tambaleó hasta el otro lado de la calle, y estiró la mano hacia la pared perdiendo el equilibrio.

—Ése es —dijo el más alto de los hombres cuando se acercaron—. El de la barba.

---

Antes de que Orfeo pudiese reaccionar, los tres se abalanzaron sobre el carretero, las dagas brillaron a la débil luz de la linterna y Neno cayó de rodillas con un gemido.

—Quítadle el anillo. Lo lleva colgado al cuello.

—¡Una mierda! No lo lleva, ni tampoco en el dedo.

—¡Mierda!

Orfeo rugió como un león y cargó contra los tres hombres por detrás; comenzó a descargar golpes con la linterna y la espada. El más cercano se volvió para enfrentarlo, y recibió un corte en el cuello. Los otros dos gritaron espantados y escaparon, sin molestarse en mirar atrás para ver quién los atacaba. El asesino que quedaba apoyó una mano en la herida para restañar la sangre al tiempo que movía la daga a un lado y a otro para impedir que Orfeo se le acercara. El mercader puso la linterna ante sí, a modo de escudo y se adelantó, con la espada en alto. El hombre intentó ceder terreno, pero tropezó con el cuerpo de Neno. Orfeo le golpeó con la linterna la mano de la daga, y el arma cayó al suelo mientras él descargaba golpes con la daga como si fuese un hacha. Continuó apuñalando al hombre hasta que cesaron los gritos y los movimientos. Entonces dejó la linterna en el suelo, y se apoyó en un portal, agotado y lloroso mientras miraba el cuerpo de su amigo, que yacía acurrucado sobre los adoquines como un montón de ropa sucia.

El mercader se limpió el rostro con el dorso de la mano. Después tiró de la cadena que llevaba alrededor del cuello hasta sacar el anillo, y lo apretó en su puño al tiempo que maldecía a su padre, a Calisto di Simone y a los asesinos del *signore*. Ahora él había perdido un camarada a manos del *signore* de la Rocca, como la muchacha que había huido al convento había perdido a su familia. Incluso en la conmoción de su pérdida, se sintió más unido a ella que nunca y juró que, de alguna manera, algún día, los vengaría a ambos.

Quería arrancarse la cadena y arrojar el maldito anillo lo más lejos posible, sin embargo se contuvo, volvió a guardarlo debajo de la túnica y envainó la espada. Por segunda vez aquel día, Orfeo hincó la rodilla en tierra para recoger a la víctima de la violencia desatada de un noble. Con voz queda susurró al oído de Neno.

—Ahora, *amico*, finalmente estás libre de este brutal e insensato mundo.



## Capítulo XXXI

Iacopone abrió los ojos, dorados y redondos como florines de oro. Con un ronco susurro, le preguntó a la mujer sentada en un taburete junto a su cama:

—¿Tienes un mendrugo para un pobre pecador?

La mujer le hizo un gesto a un muchacho que estaba a su lado.

—Dile a tu madre que nuestro paciente está dispuesto a comer. Creo que por ahora caldo y pan serán suficientes.

El penitente se olió el antebrazo, y frunció la nariz.

—Es un unguento que frotamos en tus heridas —explicó la mujer—. El médico también dejó unos polvos para que te los pongamos en la bebida. Te ayudarán a recuperar las fuerzas.

—Dios me libre de los curanderos —protestó—. Evítame sus tónicos, destilados de la mierda de los leprosos. Nada de unguentos, paliativos o calmantes. La naturaleza es el único médico que necesito. —Hizo una mueca y se metió los dedos cuidadosamente entre la abundante cabellera rubia para tocarse el cráneo—. ¿Se me han derramado los sesos?

—No, aunque tienes un chichón del tamaño de un huevo. Golpeaste con la cabeza contra los adoquines cuando el carruaje te tumbó al suelo.

Los ojos un tanto bizcos intentaron centrarse en la mujer.

—He oído antes tu voz. ¿Quién eres?

—Soy la prima de Vanna, Amata, Los asaltantes me raptaron de nuestra casa antes de que tú y yo tuviésemos la oportunidad de conocernos. —También se habían encontrado en la carretera hacía ya más de dos años, por supuesto, pero no vio razón alguna para confundirlo entonces con la mención del novicio Fabiano.

—¿La pequeña Amata di Buonconte? ¿Viva? —Frunció el ceño y una «V» apareció por encima de la nariz. Su mirada recorrió la habitación en busca de respuestas en las paredes encaladas. Finalmente, se detuvo en el rostro de la joven y observó sus facciones, hasta que se le entornaron los pesados párpados—. Te echaba en falta, más que a cualquier otra persona en el mundo —manifestó Iacopone mientras su cabeza se hundía en la almohada—. No dejaba de preguntarme qué había sido de ti.

---

Amata le sujetó la mano, y entrelazó los dedos con los suyos.

—Es una larga historia, sior Iacopone. Algún día, cuando estés lo bastante fuerte como para escucharla, te la contaré hasta el último detalle.

—Fuiste tú quien gritó pidiendo ayuda en la plaza, ¿no?

Amata asintió.

—Pero ¿por qué los Gaetani intentaban raptarte?

La muchacha esbozó una amarga sonrisa.

—Ésa es la idea que el conde Roffredo Gaetani tiene de un cortejo. El hombre que se case conmigo se hará dueño de una considerable fortuna.

Iacopone continuó mirándola, y ella se asombró de la transparencia de sus ojos, a diferencia de los suyos, inyectados en sangre por la falta de sueño.

—¿Hay alguien con quien quieras casarte? —preguntó.

Amata se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Con ninguno de los que me lo han pedido hasta ahora. Pero me dicen que debo escoger a alguno pronto, algún sabueso que me proteja de los chacales como Roffredo.

Iacopone sufrió un acceso de tos.

—No obligatoriamente. Tienes parientes varones que pueden ser tus guardianes... administrar tu propiedad. —Hablaba con mucho esfuerzo. Jadeaba entre frases—. Yo mismo redacté tales escritos para otros... en mi antigua vida.

El penitente comenzó a menear la cabeza en la almohada, en un esfuerzo por dominar la amenaza de la inconsciencia. Su sencilla sugerencia tuvo un efecto notable en Amata. La muchacha miró fascinada a aquel aparente lunático, y al mismo tiempo tan sabio, que podía, con una pluma y una hoja de pergamino, transformar el laberinto de la ley civil en un seguro sendero para ella.

Su lista de parientes varones era muy corta. El abuelo Capitano había muerto un año antes que sus padres, y le había legado a su padre el anillo que después le había robado Simone della Roca. Con el tíoabuelo Bonifacio no podía contar. Probablemente le robaría hasta la última moneda y la abandonaría para que mendigara en las calles, o la encerraría en algún convento, donde viviría el resto de sus días convertida de nuevo en suor Amata. Pero un hombre, el tío Guido, el padre de Vanna, quizá podría ser la solución a su dilema. Si su tío aún vivía, ahora sería el único señor del Coldimezzo, y si Iacopone intercedía por ella... sin duda el suegro del notario no se negaría, a pesar del viejo escándalo protagonizado por Bonifacio y por ella.

Los labios agrietados de Iacopone se abrieron de nuevo.

—Tu hermano.

---

— ¿Fabiano?

— Si no estuviese atado por el voto de pobreza, serviría.

Al oír mencionar a su difunto hermano, Amata contuvo la respiración y apretó los dientes; era un recuerdo demasiado doloroso. Pero la referencia de su primo al voto de pobreza de Fabiano también la obligó a reprimir una sonrisa. En alguna otra ocasión divertiría al sior Iacopone con la historia de «fray Fabiano».

El ruido de unas sandalias sonó detrás de ella, más pesadas que las pisadas de Pío. La cocinera en persona había traído la comida.

— Por favor deja que sirva a nuestro invitado, *madonna*, en agradecimiento por haberte salvado la vida.

— Ya ves, *signore*, qué almas tan caritativas hay aquí dispuestas a cuidarte — manifestó Amata con una gran sonrisa. Y se preguntó si el hecho de que Iacopone y la mujer fuesen los dos viudos tendría algo que ver con las muchas atenciones especiales que la cocinera tenía para con el herido.

Se levantó para que la mujer mayor pudiese sentarse en el taburete y salió de la habitación. Se dirigió a una de las ventanas del vestíbulo y miró entre los listones de la persiana los adoquines del callejón, que resplandecían con un lustre gris arrancado por el sol del mediodía. Amata también vio a un rasurado Orfeo Bernardone que se acercaba a la puerta principal, con la cabeza gacha, los hombros hundidos, el paso desanimado. Cuan desafortunado para él presentarse en ese momento, justo cuando ella había estado recordando a su hermano. Si tenía alguna duda de su decisión después de su última visita, verlo aparecer entonces se la disipó por completo.

— Tengo una visita — gritó a través de la puerta de la habitación de Iacopone—. Ya hablaré contigo más tarde sobre tu consejo.

Un plan comenzó a germinar en su mente mientras cruzaba el vestíbulo para recibir a Bernardone. Le permitiría cobrarse la venganza y al mismo tiempo solucionar la necesidad de tener un protector. Tan pronto como Iacopone estuviese en condiciones de viajar, irían al Coldimezzo, siempre que el conde Guido aún viviese allí. Ni siquiera sabía si el castillo seguía en pie después del ataque, pero Iacopone lo sabría. En cuanto a Orfeo, continuaría mostrando interés por él, le pediría que los acompañara para protegerlos de los salteadores de caminos y, cuando llegaran al Coldimezzo..., ¡el lugar perfecto para que el hijo de Bernardone pagara por el asesinato de su familia! La tierra pedregosa del Coldimezzo bebería alegremente su ofrenda; se convertiría en el altar del sacrificio, como las piedras planas donde corría la sangre cuando los patriarcas judíos mataban sus corderos, becerros y palomas para expiar sus pecados.

A pesar de la fantasía de justicia final que animaba su espíritu, Amata se inquietó al ver el desánimo de Orfeo. ¿Qué satisfacción obtendría de matar a alguien que ya parecía anhelar la muerte? La palidez de las mejillas rasuradas sólo contribuía a

---

acentuar su triste aspecto. Se dejó caer en la silla opuesta a ella, en la otra esquina de la chimenea, pero no la miró. Mantuvo en cambio la vista fija en las llamas.

—¿Por qué esa expresión de tanta tristeza, *signore*? —preguntó ella—. ¿Es así como siempre apareces detrás de las barbas? Creía que habías venido a entretenerme con relatos de aventuras.

—No tendría que haber venido tan pronto —respondió Orfeo—, ha sido un error. —Volvió a hundirse en el silencio y se movió en el asiento para ponerse de frente al fuego, pero no hizo ademán alguno de marcharse. Permaneció con la boca abierta, como un imbécil, incapaz de recordar lo que quería decir a continuación. Finalmente, habló con una voz de ultratumba—. Necesito hablar con alguien. Te relataré una historia, la de AlaalDin, el Viejo de la Montaña, un seguidor del tío de Mahoma, Alí.

Se acomodó mejor en la silla y con la mirada fija en el fuego comenzó su relato.

—Este hombre vive en Alamut, más allá de la frontera de la Gran Armenia. Allí tiene un jardín lleno de toda clase de frutos y de las flores más hermosas. Palacios de mármol con filigranas de oro, pinturas y sedas cubren sus tierras. A través de conductos, ríos de vino, leche, miel y agua pura fluyen en estos edificios, en todas las direcciones. En el interior de los palacios viven elegantes doncellas, que cantan y bailan acompañadas por liras y laúdes, y que son muy expertas en el arte de la seducción.

Amata sonrió al imaginárselo. ¿Por qué no había nacido ella en ese paraíso colmado de placeres paganos en lugar de tener que soportar aquella vida de rigores cristianos? Espió el rostro de Orfeo, pero seguía tan desolado como antes, un lúgubre contraste con la florida descripción. Cerró los ojos, poco deseosa de ver estropeado su sueño con lo que fuese que lo apenaba tanto.

—Pocos conocen el paraíso terrenal de AlaalDin —continuó él con la misma voz monótona—, porque está oculto en un valle protegido por una poderosa fortaleza, donde un pasaje secreto conduce a la entrada.

»Su propósito al crear este entorno celestial es presentarse a sí mismo como un profeta, como el que puede permitir la entrada a este edén terrenal a aquellos hombres dispuestos a obedecer su voluntad.

»En su corte, Ala-a-IDin aloja a muchos jóvenes de las montañas de los alrededores, seleccionados por sus habilidades marciales y su excepcional coraje. Después de despertar su interés con relatos sobre el paraíso, y de vanagloriarse de su poder para permitirles la entrada en él, manda que les den un opiáceo llamado «hashishin». Luego, cuando están medio inconscientes por la droga, los traslada a sus palacios secretos, donde durante muchos días disfrutan con todo tipo de placeres, hasta que todos y cada uno de los jóvenes creen sinceramente que están en el paraíso.

Amata se movió en la silla hasta quedar sentada en el borde.

---

—¿Y todos esos apuestos jóvenes se marchan de allí alguna vez?

—¿He dicho que eran apuestos? —Orfeo inclinó la cabeza y la miró de reojo—. No se marchan por propia voluntad. El viejo manda que los droguen de nuevo y los devuelvan a su corte. Entonces les pregunta dónde han estado, y les promete que si obedecen sus órdenes, los devolverá al paraíso que acaban de conocer.

»De esta manera, los jóvenes están más que dispuestos a llevar a cabo lo que él les pida, e incluso a morir a su servicio, porque creen que serán más felices después de la muerte que vivos. Si algún príncipe vecino ofende a AlaalDin, acaba muerto a manos de los guerreros del viejo, porque a ninguno de ellos le asusta perder la vida. Ninguna persona, por poderosa que sea, si se granjea la enemistad del Viejo de la Montaña puede escapar de sus «asesinos», nombre por el que los conoce debido al «hashishin» que consumen. A causa de sus actos criminales la palabra «asesino» ha pasado a formar parte incluso de nuestro lenguaje.

Orfeo hizo una pausa para quitarse una mota con la uña del pulgar. Amata aplaudió con entusiasmo, pero así y todo no consiguió que el mercader se alegrara.

—Una maravillosa y espeluznante historia, *signore* —comentó—. ¿Es cierta?

—Totalmente —afirmó Orfeo y hundió el rostro en sus fuertes manos. Cuando miró a Amata de nuevo, tenía lágrimas en las pestañas y los ojos enrojecidos—. Los asesinos mataron a mi carretero, a mi camarada, hace dos noches; al hombre que viste detener a los caballeros del conde Roffredo con el hacha.

Amata compartió la pena del mercader, no obstante, se protegió a sí misma de cualquier resquicio de compasión hacia él. Se centró en cambio en un único pensamiento: «Los asesinos también mataron a mi familia, los asesinos alquilados por tu padre, Orfeo di Bernardone».

—Sus dagas iban destinadas a mí —añadió el mercader—, pero como me había afeitado y Neno no, se confundieron.

La silla de Orfeo se arrastró sobre las baldosas cuando él se levantó y la empujó hacia atrás con las pantorrillas.

—He venido a decirte adiós, *madonna*. No sé el motivo por el que he incurrido en semejante enemistad, pero sé que mi vida no valdrá nada si me quedo en Asís. Le pediré al sior Domenico que prepare otra expedición de compra. Mi única pena es tener que marcharme ahora, cuando te acabo de conocer.

«¡Oh, no! No puedes desaparecer de nuevo», pensó Amata.

—¿No es eso precisamente lo que esperarían esos asesinos? —le soltó sin más—. ¿No estarán acechando fuera de las murallas?

Orfeo reflexionó sobre sus palabras y Amata aprovechó la ocasión para colar su propuesta.

---

—Voy a viajar a Todi dentro de unos pocos días, y necesito un hombre de armas para que me acompañe. Confiaba en pedírtelo a ti. —Tras una muy breve pausa, añadió—: Tus enemigos no se esperarán algo así, y tú y yo... —¿Tú y yo? Se interrumpió antes de comprometer su decisión, antes de tener que mentir abiertamente.

La tristeza que nublaba las facciones de él comenzó a disiparse, incluso antes de que ella hubiese terminado. Amata se preguntó si era la perspectiva de la fuga o las palabras que había callado lo que más interesaba al hombre.

Orfeo le cogió la mano.

—Me siento honrado, *madonna* —afirmó—. Realmente honrado.

Un inesperado cosquilleo calentó el interior de los muslos de Amata cuando él apoyó los labios con infinita dulzura en el dorso de su mano.

—Gerardino se nos va. La gripe se le ha asentado en los pulmones y ha dejado de comer. —Zefferino les transmitió la noticia a través de la reja mientras dejaba la comida para Giovanni y Conrado.

Giovanni di Parma sacudió la cabeza con aire grave y aceptó el cuenco de caldo que le ofrecía Conrado.

—Muchos consideran a fray Gerardino di Borgo San Donnino como el involuntario autor de mi propio encarcelamiento. ¿Cuánto tiempo dijiste que hace que él y yo somos invitados de Bonaventura? ¿Dieciséis años? Tiene que haber sido un tedioso asedio para alguien tan joven y amable. A ti te hubiese encantado. Un teólogo brillante: cortés, religioso, temperado en la palabra y la comida, siempre dispuesto a ayudar con la máxima humildad y gentileza.

—Me describes a un santo. ¿Cuál fue exactamente la ofensa? —preguntó el fraile.

—Como yo, suscribió las profecías del abad Joaquín, pero él llevó las teorías de éste hasta su conclusión antisacerdotal, y la clerecía secular de París se volvió en su contra. Como ministro general, tendría que haberlo castigado, porque sus afirmaciones bordeaban realmente lo herético, pero no pude, porque vi la hermosa lógica detrás de sus postulados. De hecho, algunos de sus escritos me fueron atribuidos. En consecuencia, cuando él cayó, yo caí con él. Fue precisamente la excusa que necesitaban los conventuales para reemplazarme.

Giovanni sumergió un trozo de pan en el caldo tibio hasta que lo ablandó lo suficiente como para poderlo masticar. Cuando se acabó el pan, se acercó el cuenco a los labios. Conrado intentó que su compañero continuara con el tema.

—¿Qué añadió Gerardino a las enseñanzas de Joaquín? —preguntó.

---

Giovanni levantó la cabeza, sobresaltado al oír a Conrado, con una expresión de sorpresa en el rostro. El fraile se preparó para otra de las frecuentes digresiones de su compañero.

—Perdona, hermano. Estaba reconstruyendo una canción en la que no pensaba desde hacía años. La gente dice que el primero en cantarla fue un niño de pecho, como un aviso de los acontecimientos que sucederían.

*Una vez hubo un romano que a un romano golpeó en la cabeza,  
y el romano al romano, le ofreció Roma en cambio.  
Así que el león subió a la montaña y se hizo amigo del zorro.  
pero cuando se vistió con piel del leopardo, encontró un súbito final.*

«Nunca he sido capaz de desentrañar quiénes eran los romanos, el león o el zorro —prosiguió—, de la misma manera que no sé quién es el Anticristo o la Abominación de la Desolación en las profecías de Joaquín. Durante años, creí que el emperador Federico era el Anticristo; su afición a los baños diarios, incluso en domingo, demuestra que no tenía consideración alguna con los mandamientos de Dios ni las festividades y sacramentos de la Iglesia. Sin embargo, cuando Federico murió sin que se cumplieran el resto de las profecías, comencé a dudar. Cuando le pedí a Gerardino su opinión, se explayó sobre el capítulo dieciocho de Isaías, desde «¡Ay tierra de susurro de alas», hasta el final, y acabó refiriéndose al rey Alfonso de Castilla. «Ciertamente él es el infausto Anticristo del que han hablado todos los doctores y los santos», afirmó. En cuanto a la Abominación de la Desolación, él creía con idéntica certeza que describía a un papa simoníaco que no tardaría en venir.

—¿Fue por esas interpretaciones que los ministros encarcelaron a Gerardino? —preguntó Conrado.

—No del todo, aunque sí fueron motivo para que los lectores de la universidad lo escarnecieran. El abad Joaquín divide el tiempo en tres: en el primer estado, Dios Padre actúa misteriosamente a través de los patriarcas y los profetas. En el segundo estado, el Hijo actúa a través de los apóstoles y sus sucesores, los clérigos, en este estado Jesucristo dice: «Mi Padre ha actuado hasta ahora, y ahora lo hago Yo». En el estado final, el Espíritu Santo actuará a través de las órdenes religiosas, los frailes, los monjes, y las monjas, para guiar a la jerarquía hacia nuevos caminos. No es que el Antiguo y el Nuevo Testamento vayan a ser abrogados, pero el Espíritu abrirá los ojos de los hombres para que vean una nueva revelación en las antiguas Escrituras; un Evangelio Eterno que procede de los Testamentos igual como su Autor, el Espíritu Santo, procede del Padre y el Hijo. Pero antes de que esto ocurra deben llegar las convulsiones anunciadas en el Apocalipsis, la batalla del Armagedón que debe preceder al reino de los santos. Pensábamos que el año de la convulsión sería 1260.

---

—¿Por qué ese año? —preguntó Conrado.

—Parecía claro por la historia de Judit. Judit vivió viuda tres años y seis meses, o sea 1.260 días. Ella simboliza a la Iglesia, que sobrevive a Cristo su esposo, no 1.260 días, sino muchos más. El año 1260 debía señalar, por lo tanto, el gran punto de inflexión en la vida de la Iglesia.

—Pero si Nuestro Señor murió a los treinta y tres años, ¿no debería ser el año del cumplimiento treinta y tres años después del Año de Nuestro Señor 1260? —replicó el fraile.

Giovanni miró a Conrado a los ojos, y después se frotó la frente con el puño.

—¡Por supuesto! Por eso los acontecimientos anunciados por Joaquín aún no han ocurrido. Gerardino olvidó tomar eso en cuenta. Pero había más.

«Publicó una Introducción al Evangelio Eterno, que contenía las obras más conocidas del abad Joaquín, con un prefacio y notas propias. Los sacramentos eran sólo símbolos transitorios, afirmó, que serán abandonados durante el reinado del Espíritu Santo. También equiparó al papado con la Abominación de la Desolación, como te he dicho, y, como quedaban tan sólo unos pocos años para el año del cumplimiento, el papado no se mostró complacido. Asimismo, declaró que san Francisco era el nuevo Cristo llamado a suceder a Jesús; el Cristo de la segunda era. Los eruditos de París no podían permitir que semejante afirmación quedara sin una respuesta, por lo que el asunto fue llevado delante de una comisión papal en 1255. La comisión condenó la obra de Gerardino y mandó quemar todos los ejemplares que hubiera de la misma. Ahora, al parecer, también el propio Gerardino debe morir, como un hereje excomulgado por su obstinación, que nunca se retractó de sus ideas antiortodoxas.

No volvieron a hablar de Gerardino hasta que, unos pocos días más tarde, la voz ronca de Zefferino anunció lo inevitable.

—El espíritu de fray Gerardino abandonó su cuerpo anoche mientras dormía.

—Que Nuestro Señor y Su Bendita Madre reciban su alma —dijo Giovanni.

La reja se abrió y Zefferino bajó los escalones.

—Bernardo da Bessa lo ha mencionado en el capítulo de esta mañana —manifestó Zefferino, y bajó todavía más la voz—: «Contemplad qué gran locura por él; un fraile que es rechazado por los hombres que más saben y, no obstante, no se retracta de sus falsas opiniones, sino que se mantiene indisciplinado y pertinaz, y se engaña a sí mismo».

—¿Bernardo dirige ahora el capítulo? —preguntó Conrado.

—Ésa es mi otra noticia —contestó Zefferino—. Bonaventura se ha ido a Roma. El Santo Padre le ha pedido que dirija un consejo de la iglesia en Lyon. Estará ausente por lo menos hasta el final del verano.

---

Conrado agachó la cabeza. A continuación se levantó y movió los dedos de los pies en la helada y húmeda tierra de la celda. Arrastrando tras de sí las cadenas de los grilletes, llevó el resto de comida al cesto de la pared. Durante dos años, había albergado alguna esperanza de que el ministro general pudiese apiadarse y disponer su libertad y la de Giovanni di Parma. Ahora, ocupado con los asuntos papales, era menos probable que Bonaventura llegara a acordarse de los revoltosos frailes que tenía encerrados en las profundidades del Sacro Convento. Permanecerían encerrados allí como mínimo durante medio año más.

Conrado miró al viejo fraile que se bebía el resto del caldo. Giovanni llevaba encarcelado tanto tiempo como Gerardino. El fraile se miró también sus propias pálidas y esqueléticas manos, y apretó uno de sus huesudos brazos dentro de la manga del hábito. ¿Giovanni y él acabarían sus años en una celda, como el rebelde Gerardino? ¿No podría cumplir con su juramento de trabajar entre los leprosos? Por inútil que pareciera, ése podría ser el sumo propósito de Dios al atraerlos a la orden, que pasaran sus días en la oscuridad subterránea, sin más compañeros que las ratas. «Tus caminos son desde luego insondables, Señor», pensó mientras recogía el cuenco de Giovanni y se lo daba a Zefferino.

—Ven, hermano —dijo, cuando el cancerbero se hubo marchado—. Demos de nuevo gracias por nuestra comida.



---

## Capítulo XXXII

Cuando Orfeo le preguntó cuál era su destino, Amata se limitó a quitarse las salpicaduras de barro seco de la capa.

—No tardaremos en llegar —dijo.

Orfeo reconoció por supuesto el camino a través del municipio de Todi, porque lo había recorrido con su padre cuando era un niño. A decir verdad, lo conocía demasiado bien, porque comprendió que, si no se desviaban por algún camino lateral dentro de la próxima legua, pasarían directamente por debajo del Coldimezzo.

¿A qué oscuras fuerzas tendría que enfrentarse por haber aceptado la oferta de la mujer? Con la pequeña caravana iba bordeando un vórtice que lo estaba arrastrando al corazón de sus peores pesadillas y lo dejaría destrozado en el fondo. Las gotas de sudor rodaban por sus sienes y sus mejillas, como una negación de la fresca temperatura de marzo, mientras imaginaba de nuevo la escena vista tantas veces en sueños: las personas que caían atravesadas por las espadas y aplastadas por los cascos de los corceles, a las que se añadía ahora, la imagen de una niña maniatada que se llevaban los asesinos alquilados por su padre.

Dejó que su caballo se demorara hasta la retaguardia del grupo. Su respiración poco profunda se mezcló con los trinos de las aves que llamaban a sus potenciales parejas desde los árboles que bordeaban la carretera. Incluso estas aves se burlaban de su cambio de humor. Lo que había comenzado como un viaje de cortejo —su caballo a la par de la montura de la dama Amata mientras él hablaba de su amigo Marco y ella de doña Giacoma, y del único y largo viaje que Amata había hecho a los Marches, y el ardor de Orfeo subía como la savia en los árboles que salían de su letargo invernal— se había apagado con la realidad de lo que podía encontrarse en cualquier recodo del camino.

Amata también parecía inquieta. Se la veía fría y distante, y no había hablado con nadie durante la última hora. Se había cubierto la cabeza con la capucha, mientras dejaba que se acortara el paso de su palafren. No se comportaba como una mujer que debía resolver unos asuntos, la razón que había dado para efectuar aquel viaje. Incluso el paje Pío parecía desanimado, y había renunciado a cabalgar por delante de su señora.

---

Orfeo puso su corcel al trote y se llegó hasta la carreta de Iacopone. Los sirvientes la habían llenado de paja que después habían cubierto con varias capas de mantas. El hombre herido dormía plácidamente, sin darse cuenta de la mosca que se paseaba por su frente ni del traqueteo de la carreta. Después de vadear el Tíber, continuaron subiendo y cuanto más subían por encima del pantanoso lecho del río, más firme se hacía el camino. Un manto de hierba fresca se extendía por los prados por donde pasaban, y aquí y allá los labriegos pisoteaban los campos para comprobar la humedad de la tierra. Nuevas hojas verdeaban los arbustos y los árboles, y los primeros pimpollos de color rosa y blanco aparecían en los árboles frutales que habían sobrevivido a los rigores del crudo invierno.

Finalmente, fue a situarse detrás de Amata, a tiempo para oír su mal reprimida exclamación. Se había detenido del todo, y miraba fijamente hacia adelante. Cuando se quitó la capucha, la brisa apartó los oscuros rizos de su rostro. Llevaba los cabellos sólo un poco más largos que un hombre, un recuerdo de sus días en el convento, según le había explicado. Orfeo apartó la mirada de su perfil para ver qué era lo que la había sobresaltado.

Aquél debía de ser el lugar, pensó. No obstante, tenía un aspecto diferente. Él recordaba un terraplén de tierra alrededor del castillo, un bosque cercano, una pared donde sólo las torres y el arco de la entrada eran de piedra. Ahora Coldimezzo tenía unas elevadas fortificaciones de piedra en todo su perímetro, y únicamente el alcázar, en el piso superior del castillo, asomaba por encima de las almenas. Habían talado los árboles y los arbustos de forma tal, que el enemigo tuviese que cargar cuesta arriba por una amplia zona de terreno despejado, sin ninguna posibilidad de sorprender a los defensores.

—Han reforzado las defensas —comentó Amata en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular—, pero el daño ya está hecho. —Tiró de las riendas del palafrén y trotó de regreso a la carretera. Se inclinó por encima de la carreta y sacudió al dormido Iacopone—. Despierta, primo. Estamos en casa.

Orfeo se envaró en la montura como si le hubiese alcanzado un rayo, mientras el penitente se despertaba. Miró a la mujer como si fuese la primera vez que la veía, y comenzó a unir todo lo que sabía de ella: la edad, su amistad con el fraile, el tiempo pasado en el convento, la generosidad de la anciana que la había llevado a su casa (¿era huérfana?), la venganza que aún ardía en su corazón (¿contra los hombres de la Rocca?).

Ahí sin duda se veía la mano de Dios, la mano que lo había sacado de Acre, llevado de regreso a Asís, y ahora a ese lugar, con aquella mujer. Observó las pálidas facciones enmarcadas por los cabellos negros, en un esfuerzo por descubrir en el rostro de Amata a la niña que lo había mirado tímidamente desde la torre de guardia. ¿Cuántos años habían pasado? Sin duda, ocho. La mujer había admitido en una ocasión, con una cierta vergüenza, que ya había cumplido los diecinueve. ¡Dios bendito, tenía que ser ella!

---

El corazón le latió como el de un hombre que por casualidad encuentra una valiosa moneda, y la pisa mientras se asegura de que nadie lo mira. Igual que ese hombre, Orfeo decidió ocultar por el momento lo que acababa de descubrir. Algún día no lejano, cuando el momento y el lugar fuesen los adecuados, revelaría la desafortunada vinculación que habían tenido en el pasado. Por ahora, se limitaría a observar, a estudiar lo que sabía del pasado de ella y a fundirlo con su presente. Se maravilló de nuevo al comprender lo mucho que debía de haber sufrido.

Un Iacopone todavía somnoliento se levantó del lecho de paja y fue a gatas hasta el pescante de la carreta. Amata ordenó con un gesto que reanudaran la marcha. Varios guardias más se habían apostado en las almenas desde que habían divisado el castillo. Amata observó sus rostros como si buscara una cara conocida entre ellos. Un guardia les dio el alto y les ordenó que se identificaran y dijeran el propósito de su visita.

—¿Cleto Monti ya no es el capitán de la guardia? —preguntó Amata a voz en cuello.

—No conozco ese nombre —replicó el hombre.

—Murió hace ocho años, señora —gritó otra voz—. Lo mataron en un ataque contra el castillo.

—No lo sabía —dijo Amata, pero con una voz tan baja que sólo la oyeron aquellos que estaban más cerca. Su cuerpo se aflojó en la silla por un instante, y luego volvió a dirigirse a los guardias—. Amata di Buonconte y Iacopo dei Benedetti da Todi solicitan la hospitalidad de su tío, el conde Guido di Capitanio.

—Entonces eres una impostora —afirmó el segundo hombre—. Amata di Buonconte también está muerta, la mataron en el mismo ataque, y el sior Iacopo se volvió loco y se quitó la vida después de que muriese su señora esposa.

Iacopone levantó la cabeza al oír las palabras del hombre y con voz tonante le gritó al guardia:

—¡Ve a buscar a su tío, maldito imbécil! Cualquiera idiota con ojos en la cara puede ver que ninguno de los dos somos fantasmas.

Inexplicablemente, las lágrimas asomaron a los ojos de Orfeo mientras miraba cómo el guardia desaparecía detrás del parapeto. Quería reír y quería llorar, todo a la vez por Amata y su primo. Se ajustó el yelmo y bajó el visor para que nadie pudiese ver sus emociones.

Pasaron varios minutos, en silencio y sin movimiento en ninguno de los dos lados. Luego, desde el otro lado de la muralla, les llegó el sonido de una gran conmoción, sobre todo unos agudos gritos de mujeres que hacían coro a una profunda voz masculina que parecía darles órdenes a todos al mismo tiempo. La puerta se abrió bruscamente y la voz gritó:

---

— ¿Dónde está?

Amata se apeó del caballo y permaneció junto al animal, con un brazo apoyado en su cuello.

— ¿Soy bienvenida, tío? —le preguntó al oso que salió del castillo para enfrentarse a los viajeros. En unas pocas zancadas éste llegó hasta ella y la levantó entre sus descomunales brazos. El palafren se apartó asustado cuando el rostro de Amata desapareció entre la desordenada barba gris del gigante. Finalmente su tío la dejó en el suelo y la sujetó por los hombros a la distancia de un brazo.

— Amata, mi niña querida. Te buscamos por todas partes durante meses, pero fue como si se te hubiese tragado la tierra. Ninguno de los supervivientes del asalto pudo decirnos quién los había atacado.

— Me tuvieron prisionera en Asís durante muchos años, tío. Es una larga y desafortunada historia. Sin embargo, ahora estoy aquí y soy una mujer libre.

El conde Guido le sujetó las manos y sacudió la cabeza.

— Te he echado de menos tanto como a mi propia Vanna. A ella también la perdimos, más o menos un año después de perderte a ti.

— El sior Iacopo me lo dijo. Tuvo que ser terrible para ti.

El hombre miró en derredor y pareció darse cuenta por primera vez del resto de la caravana. Su mirada pasó de rostro en rostro, y Orfeo se levantó de nuevo el visor. Finalmente, los ojos castaños del tío de Amata se fijaron en el penitente, pálido y andrajoso en el pescante de la carreta.

— ¿Sior Iacopo? —se compadeció—. ¿A esto has llegado?

— Esto es bueno. —Iacopo consiguió sonreír—. He visto el infierno, *suocero* mío, pero ahora he vuelto.

— Es un buen día para matar la ternera cebada —le gritó el conde al grupo reunido en la entrada—. Maestro cocinero, comienza a preparar el banquete ahora mismo. — Sujetó las riendas del caballo de Amata y pasó el brazo libre alrededor de la cintura de su sobrina para casi llevársela en volandas hacia el castillo. Los hombros de ella se sacudieron y, finalmente, la joven se echó a llorar.

Orfeo desmontó y caminó tras ellos. De vez en cuando, oía trozos de la conversación mientras caminaban.

— No estaba muy segura...

— ¡Bah! Bonifacio, ese saco de mierda. Todos sabíamos...

En un momento de la conversación, el conde Guido se detuvo para mirar el rostro bañado en lágrimas de la muchacha. Con voz pausada manifestó:

— Tu padre no dejó de sufrir ni un solo día desde que te castigó. Hizo lo que creyó que debía hacer, pero eso le partió el corazón. Para él, tú eras la niña más maravillosa

---

del mundo entero, y no supo cómo reaccionar cuando Bonifacio mancilló su joya. Fue a tu tío al que nunca perdonó.

Una vez más, Amata se refugió en sus brazos, con la cabeza contra su hombro. Al mirar más allá y ver que Orfeo estaba cerca, el noble frunció el ceño y movió el brazo en un ademán imperioso.

—Llévate los caballos al establo. Los sirvientes te indicarán el camino. No espíes los asuntos de tu ama.

—Pero... —comenzó a protestar Orfeo, y esperó a que Amata dijese que era un amigo, y no un caballero alquilado, pero ella ni siquiera levantó la cabeza. Finalmente, vio que se llevaban la carreta y que un sirviente ayudaba a Iacopone a dirigirse al gran salón. Orfeo cogió las riendas del caballo de Amata y siguió a la carreta. El conde llamó con un silbido a una niña delgada y rubia, de unos siete u ocho años.

—Ven, Teresina, el abuelo tiene una gran sorpresa para ti.

Iacopone estiró los miembros doloridos en la amplia cama de su suegro, cerca de la chimenea, en el gran salón del castillo. El calor de las llamas y el cansancio del penoso viaje en la carreta hacían que se le cerraran los ojos.

Él y Vanna se habían visto por primera vez en aquel salón. El penitente cerró los ojos y la imaginó tal como había aparecido aquel día, ataviada con un sencillo vestido verde y una toca que le cubría los cabellos. Apenas lo había mirado, y había mantenido la mirada fija en el suelo mientras él dirigía la mayor parte de su conversación hacia los padres, para acordar los términos del matrimonio. Cuan diferente había sido esa modesta muchacha campesina de las atrevidas mujeres que había conocido en Todi. Su falta de refinamiento lo había complacido y al mismo tiempo inquietado: tendría que ocuparse de pulir aquellas aristas antes de poder presentarla tranquilo en público. Pero su natural belleza, adecuadamente maquillada y enjoyada, sería una resplandeciente gema y un activo para su carrera. Los mercaderes de la ciudad acudirían en manada a su casa por el puro placer de besar su joven mano mientras la cubrían de alabanzas, por muy bronceada por el sol que pudiese estar.

*Vanna non vanitas.* Podría haber aprendido mucho de ella si no hubiera muerto; si él hubiera estado abierto a la verdad que ella vivía a diario. ¿Por qué había sido necesario que ocurriese el fatal accidente para arrancarlo de sus grandezas? Se cubrió la cabeza con la pesada manta de Guido, que tenía el olor del viejo guerrero. Suplicó para sus adentros: «¿Cuándo, Señor, me dejarás libre? ¿Cuándo podré ver su alma resplandeciente y pedirle perdón en persona?».

A través de la manta, oyó el rumor de las voces que llenaban el salón. Un murmullo más profundo que los demás dijo:

---

—Ve, adelante. No te comerá.

Y entonces apareció el querubín. Con mucha cautela apartó la manta y le dejó al descubierto los brazos y el pecho. Sintió la mano, fresca y pequeña, que sujetaba la áspera palma de la suya y abrió los ojos del todo. La luz sesgada de la tarde enmarcaba una cabeza llena de rizos, y añadía un resplandor al hombro y al costado de la túnica blanca, así como al cordón dorado alrededor de la cintura. El rostro infantil tenía la misma boca, la misma barbilla de la Vanna con la que acababa de soñar, y agradeció el augurio con toda el alma.

—¿Ha llegado la hora? —preguntó—. ¿Has venido para llevarme con ella?

El querubín se subió como un pajarito al borde de la cama. Sus ojos serios se fijaron silenciosamente en el rostro de Iacopone. Él enarcó las cejas, hizo varias muecas para tensar la piel del rostro, y un hormigueo le confirmó que seguía muy vivo.

—*Nonno* Guido dice que eres mi papá.

Iacopone miró en derredor. Su suegro estaba con Amata cerca de la entrada.

—¿Estás herido? —preguntó la niña—. El abuelo dice que has estado enfermo muchos años, y por eso no podías venir a verme.

El penitente cerró los dedos alrededor de la pequeña mano.

—Dime tu nombre, niña.

—Teresa di Iacopo, pero todos me llaman Teresina.

—Es un nombre muy bonito. —Continuó sujetando su mano mientras su mente buscaba entre la bruma de los años. De nuevo volvió a ver el cuerpo aplastado de Vanna cuando la llevaban a sus aposentos, las sirvientas retorciéndose los delantales desesperadas, la niñera con el rostro bañado en lágrimas mientras apretaba a la *bambina* contra su pecho. Él apenas había sido consciente de su preciosa presencia en la casa, a tal punto habían cuidado Vanna y la niñera de no molestar su actividad profesional. El bebé no podía tener más de dos meses en aquel momento.

Abrió los dedos, pero la niña dejó su mano apoyada en la palma de su padre.

—La última vez que te vi, no eras más grande que mi mano —comentó—. Ahora mira cuánto has crecido. —Se volvió hacia Guido, que finalmente se había acercado a la cama—. Que Dios te bendiga, *suocero*. La has cuidado bien.

—Hasta hoy, era lo único que me quedaba. Para mí, ha sido un regalo del cielo. —El gruñido de oso se había convertido en un dulce ronroneo. Se sentó junto a la niña, y el colchón se hundió con su peso. Acarició los rizos de la pequeña—. ¿Lo ves?, tienes incluso su mismo color de pelo —le dijo a Teresina—, aunque está claro que tienes el rostro de tu madre.

—*Deo gratias* —afirmó Iacopone, y soltó una carcajada.

---

—Esa risa me ha sonado un poco rasposa —manifestó Guido—. Tengo un vino delicioso para aceitarla.

El conde Guido se levantó de nuevo y cogió a Teresina en brazos.

—Nos ocuparemos de cuidar a tu papá, lo engordaremos, y muy pronto tendrá fuerzas para jugar contigo. Ahora dejaremos que descanse. Tenéis muchas horas por delante para conoceros bien.

El mal humor hacía que a Calisto di Simone le dolieran las tripas. Sus hombres habían fracasado estrepitosamente a la hora de aplicar su plan para recuperar el anillo de la fraternidad y habían permitido que el joven Bernardone escapase de la ciudad sano y salvo. Por si fuese poco, los forúnculos del cuello se le habían extendido a ambos lados de la columna vertebral; ni siquiera podía sentarse cómodamente en su silla de respaldo recto.

Estaba tumbado boca abajo sobre una mesa, mientras una sirvienta le abría los repugnantes granos y le ponía compresas calientes en la espalda para vaciar el pus. Una de las compresas estaba tan caliente que le quemó la piel; soltó un aullido de dolor y descargó un puñetazo que alcanzó a la mujer en el estómago.

—¡Lo has hecho adrede!

El puñetazo dejó a la mujer sin respiración, pero alcanzó a susurrar:

—No, mi señor, lo juro. —Y se alejó gimiendo hacia el caldero con los brazos alrededor de la cintura—. Te juro por mi vida que no volverá a ocurrir —añadió.

—Por tu vida que más te valdrá que no se repita.

Un hombre larguirucho y esbelto entró en la habitación y se inclinó ante el *signore*. Las botas, las perneras y la capa sucias de barro demostraban que había ido a galope tendido. Calisto frunció el ceño.

—¿Otra vez aquí, Bruno? ¡Creía que no volvería a verte nunca más!

El hombre esbozó una sonrisa, mucho menos temeroso de su irritado señor que la pobre sirvienta.

—He seguido el rastro de Orfeo Bernardone. Sé dónde se oculta.

—Entonces ¿por qué no lo has matado y me has traído el anillo? ¡No quiero noticias, quiero resultados!

Bruno se sentó en un banco y se inclinó para quitarse con el puñal el barro seco de las botas. No se molestó en levantar la cabeza mientras se explicaba.

—No puedo hacerlo solo. Se ha refugiado en un castillo, en la frontera misma del municipio de Todi. Un lugar llamado el Coldimezzo.

---

Calisto se incorporó sobre los codos.

—Lo conozco. Fue allí donde secuestramos a Amata la Puta. Bernardone me preguntó por ella y por ese lugar cuando vino aquí el otro día. —Se frotó la cicatriz de la mano—. ¿Qué puede estar haciendo en el Coldimezzo? Mi padre y yo dejarnos el lugar en ruinas.

—No sería tanto. Ahora está ocupado de nuevo. —El mensajero se pasó el filo del puñal por el borde de la suela para quitarse el último resto de barro y guardó el arma en su funda.

Calisto se puso de costado y miró furioso a la mujer acurrucada en las sombras.

—¡Quítame estas malditas compresas de la espalda! —gritó. La mujer se acercó a la carrera y fue quitándoselas con la punta de los dedos. A Calisto le complació ver que extendía los brazos al máximo para mantenerse fuera del alcance de sus puños. Cuando ella acabó, Calisto se sentó y se puso la túnica con cuidado, al tiempo que soltaba una retahíla de maldiciones. Se ciñó la espada mientras cruzaba la habitación.

Bruno lo observó tranquilamente mientras su señor movía los hombros. El dolor retorció las facciones de Calisto, y a continuación entrecerró los párpados en una actitud pensativa, y un brillo de malicia apareció en sus ojos negros.

—Me molesta dejar un trabajo inacabado —dijo—. Reúne a mis caballeros. Diles que se preparen para cabalgar. Podremos estar en el Coldimezzo mañana. Esta vez no dejaremos más que escombros, y ni a un superviviente.

—A los hombres les gustará. Se aburren de no hacer nada.

En el momento en que Bruno se levantaba, Calisto le dio un tremendo puñetazo en el pecho que lo tumbó sobre el banco. Su cabeza golpeó contra la pared de piedra y un reguero de sangre le chorreó por la oreja. El mensajero se levantó tambaleante, con una mano en la oreja mientras que con la otra buscaba el puñal. Sin embargo, el *signore* ya había desenvainado la espada y tenía la punta apoyada en la garganta de Bruno.

—Eso por permitir que Bernardone se escapara la primera vez. Y procura no volver a fallarme, a menos que quieras sufrir algo peor.



## Capítulo XXXIII

Orfeo apenas sabía qué esperar cuando Amata lo mandó llamar. Desde su llegada, su indiferencia sólo se podía calificar de «glacial». Mientras se dirigía a la cocina, se recordó a sí mismo que sabía muy poco de la mujer y sus humores, pero Amata pareció complacida de verlo.

—Me disculpo por haberte ignorado, Bernardone —dijo—. Estar de nuevo en la casa de mi niñez, después de tantos años, me ha hecho olvidar hasta las reglas de cortesía más elementales. Espero que me perdones y aceptes mi ofrenda de paz. —El sirviente que la acompañaba sostenía una cesta y una manta plegada—. Pensé que podríamos escaparnos del bullicio de la casa durante unas horas.

—Acepto muy complacido. —Orfeo se inclinó cortésmente—. Espero no volver a incurrir en tu desagrado nunca más. Otra semana de tamaña indiferencia sería intolerable.

Amata se echó a reír.

—Hay un prado donde solía ir a jugar cuando era una niña. Está escondido en el bosque, un poco más allá de las murallas del castillo. —Amata se asombró de la calma de su propia voz. Bernardone interpretaba su papel de galante bufón con entusiasmo; no parecía sospechar en lo más mínimo. El muy tonto, estaba ciego de deseo.

Amata fue con los dos hombres hasta la poterna. Allí buscó los ojos de Orfeo y, con la mirada, le señaló el cesto. El mercader asintió.

—*Grazie mille* —le dijo al sirviente—. Ya llevaré yo el cesto de mi señora. —Sonrió ampliamente, de muy buen humor ahora que estaba seguro de haber recuperado su favor.

Ella habló poco mientras Orfeo la seguía por el bosque; se limitó a responder a su charla con unas fugaces sonrisas. Se había preparado para ese día y no estaba dispuesta a dejar que nada la distrajera. No permitiría que él le contagiase la alegría.

El claro que recordaba se había empequeñecido un tanto por la maleza que había crecido en su perímetro durante los últimos ocho años. Sin embargo, a juzgar por los trozos de hierba aplastada y las muchas pisadas en el sendero, aún se utilizaba. Amata rezó para que ese día no apareciera nadie; miró atentamente el bosque y escuchó alerta el sonido de voces o de pisadas de otros humanos. Los cantos de los

---

pájaros, el zumbido de las abejas, el susurro de las nuevas hojas agitadas por la brisa eran los únicos y delicados intrusos en el silencio.

A pesar de su buen humor, Orfeo fue parco en la conversación mientras comían el queso y la fruta y bebían la primera de las dos jarras de vino que ella había cargado en el cesto. Quizá se estaba mostrando demasiado reservada con él; tenía que ir con mucho cuidado para no descubrirse. También podía ser que el mercader fuera más tímido de lo que aparentaba, ahora que estaban absolutamente solos. En varias ocasiones, su expresión se volvió muy grave, como cuando una nube pasajera tapa el reflejo del sol sobre el agua. Cada vez que parecía dispuesto a abordar un tema de mayor enjundia, se contenía y reanudaba la charla. Santa María, ¿es que acaso pretendía aprovechar la soledad para proponerle matrimonio? Se espantó ante la posibilidad. Amata sólo tenía que verlo como el odiado enemigo de su familia.

Quizá esperaba a acabar la segunda jarra y obtener valor del vino antes de manifestar sus pensamientos. Ella deseaba que para entonces se hubiese quedado dormido. Le llenó de nuevo la copa mientras él le hablaba de sus viajes por aquella parte de la región durante su infancia. Ella le dedicó una sonrisa encantadora cuando dejó la jarra, y aprovechó para aflojar disimuladamente la vaina que llevaba oculta en la manga. Lamentó no conocer los himnos que entonaban los profetas hebreos antes de los sacrificios de expiación. De saberlos, ahora los recitaría para sus adentros. «Bebe, maldito hijo de Satanás —lo animó en sus pensamientos—. Prepárate para equilibrar la balanza».

Nunca había matado a una persona a sangre fría, la pelea con el monje de Gubbio no hacía que su actual propósito fuese más fácil. Aquel apuñalamiento había sido un acto instintivo, la necesidad de salvar la vida. El monje le hubiese abierto el pecho con la pica de no haberlo apuñalado ella primero. Esta vez, en cambio, cortaría la suave carne de la garganta de un hombre mientras éste dormía, como un pinche de cocina le corta la cabeza a un pollo, o como Judit decapitó a Holofernes, el opresor de su pueblo, mientras descansaba después de hacer el amor con ella. Amata ya había decidido que rezaría de todo corazón ante el cadáver de Orfeo una vez cometido el acto, porque él no era un malvado, como Simone della Rocca, sino alguien que llevaba una lacra en su linaje. Luego, arrastraría el cuerpo hasta el bosque para que se lo comieran las bestias salvajes, y le diría a su tío que el muy truhán había escapado después de robarle... ¡maldición, un detalle que había olvidado! Tendría que haber cogido alguna joya o cualquier otra cosa de valor; después de exhibirla por el castillo para que todos la vieran, por supuesto.

El sol cruzó el cenit mientras Orfeo bebía, y las sombras comenzaron a avanzar por el lado oeste del claro. El mercader bostezó y por fin se tumbó sobre la manta, los párpados pesados por el vino y el aire tibio. Ella vio que él llevaba una cadena de oro alrededor del cuello, probablemente con un crucifijo, pero ni siquiera ese símbolo sagrado lo protegería. Tensó el músculo del antebrazo. «¡Venga, hazlo de una vez!», se dijo. Un momento más y el trabajo estaría hecho; finalmente habría cumplido con

---

la venganza y sería libre para disfrutar del resto de sus días. Amata respiró lenta y profundamente, en un intento por calmar los temblores en sus miembros, y desenvainó la daga.

Unos gritos en el sendero la sobresaltaron. Se apresuró a ocultar el arma entre los pliegues de su vestido. Un grupo de chiquillos, encabezados por Teresina, entraron saltando en el claro.

—¡Ahí está! ¡La encontré! —gritó Teresina, y se dejó caer en la hierba a los pies de Amata, mientras Orfeo se sentaba, se frotaba los ojos y sacudía la cabeza para librarse de la somnolencia. Los chiquillos de la servidumbre imitaron a Teresina y se sentaron alrededor de la joven.

—Prima Amata, cuéntenos un cuento —suplicó la chiquilla.

—Una historia de un príncipe y una princesa —añadió otra niña.

Amata jadeaba por el susto que le habían dado los niños. Se llevó una mano al pecho en un intento por serenar los rápidos latidos de su corazón.

—Yo os contaré una historia —dijo Orfeo con voz adormilada. Sacó un pañuelo de la manga y se lo anudó al dedo meñique—. Éste es el príncipe —explicó, y se volvió hacia Amata—. También necesitaremos tu pañuelo, *madonna*.

La mujer pensó en la vaina vacía sujeta a su brazo.

—No tengo. Me olvidé de traer uno —tartamudeó.

—Yo sí tengo —anunció Teresina, con un tono de mayor. El pañuelo estaba algo manchado, pero Orfeo le dio las gracias con un gesto muy cortés. Hizo que Amata levantara uno de los meñiques y ató el pañuelo en él—. Tú eres la princesa.

Le acomodó el dedo para que estuviese recto y comenzó:

—Había una vez un joven príncipe que viajó con su padre y hermanos a una tierra muy lejana. —Y movió la mano por delante de los chiquillos con todos los dedos levantados—. Un día se detuvieron delante de un castillo, y el príncipe vio a una hermosa princesa, no mucho mayor que vosotras, sentada en las almenas. Él la saludó con un títere como éste. —Orfeo levantó la mano de Amata hasta que la tuvo por encima de la suya y la miró a los ojos mientras doblaba el meñique con el pañuelo.

Amata eludió la mirada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Desde cuándo sabía quién era ella? ¿Era eso lo que había estado intentando decirle?

La voz de Orfeo se hizo más profunda mientras continuaba, y golpeó con el índice el dedo de Amata.

—Pero ocurrió que sus padres discutieron, y el príncipe y su familia se marcharon antes de que él pudiese conocer a la princesa.

—Oh —exclamaron los chiquillos al unísono.

---

—El padre del príncipe estaba muy furioso con el padre de la princesa y cuando llegó a su casa, contrató a un malvado caballero para que asaltara el castillo. Ese caballero mató al papá y la mamá de la princesa y a ella se la llevó a su horrible fortaleza. —Orfeo sujetó con la mano libre a la «princesa» y la atrajo lentamente hacia él—. El caballero malvado la tuvo como esclava durante muchos años, mientras ella se convertía en una hermosa muchacha.

»El príncipe, mientras tanto, se sentía tan triste y tan furioso con su padre que se escapó de su casa y se fue a Tierra Santa. Un día, muchos años más tarde, cuando ya era todo un hombre, conoció al papa. Y el papa le dijo: «Debes regresar a tu casa, y reparar el crimen de tu padre».

Los chiquillos abrieron mucho los ojos al oír la mención del papa, interpretado por el pulgar de Orfeo.

—Así que el príncipe navegó de regreso a su tierra —continuó—, y fue a buscar a la princesa al castillo del caballero, pero cuando llegó allí, descubrió que ella había escapado. —Abrió la mano para soltar el dedo de Amata—. «Ella está en un convento», le dijo el caballero, y aquella misma noche ese hombre malvado envió a sus hombres para que mataran al príncipe, para que nunca pudiese encontrar a la princesa. Pero el destino quiso que los asesinos se equivocaran, y en vez de matar al príncipe, mataron a su amigo.

A Orfeo se le quebró la voz, y comenzaron a temblarle las manos. Los chiquillos se miraron unos a otros y después de nuevo a Orfeo.

Al ver cómo luchaba con sus emociones, Amata prosiguió el relato.

—El príncipe fue a ver a una dama a la que acababa de conocer para hablarle de la pérdida de su amigo, y ella le pidió que fuera su escolta en el viaje hasta su viejo hogar en el campo, y él aceptó. ¿Y sabéis qué pasó después?

Amata miró los rostros expectantes de las niñas y los niños que la rodeaban.

—Pues que cuando llegaron a su casa, resultó ser el mismo castillo donde él había visto por primera vez a la princesa.

Orfeo había recuperado la compostura y la voz, y pudo retomar el hilo:

—El príncipe comprendió entonces que la dama no era otra que la princesa que había estado buscando durante todos aquellos años. —Colocó el meñique con el pañuelo junto al meñique de Amata.

—¿Y le pidió que se casara con él y vivieron felices para siempre jamás? —preguntó Teresina.

Orfeo miró el mar de rostros anhelantes, a continuación miró a Amata y la misma pregunta apareció en sus ojos.

Ella sacudió la cabeza.

---

—Es tu historia —le dijo.

—No en aquel momento —respondió Orfeo finalmente—. Primero quería disculparse con ella. Le pidió servirla como caballero y llevar a cabo la misión que ella le encomendara. —Orfeo hizo una pausa—. Pero eso os lo contaré otro día.

—No, por favor, ahora —suplicó Teresina.

—Ahora tengo que hablar con tu prima —manifestó Orfeo—. A solas. —Hizo una seña a los chiquillos para que se levantaran—. Id a ver lo que encontraréis en el bosque, pero no os marchéis muy lejos.

—No te preocupes. No nos perderemos. Venimos a jugar aquí todos los días.

En cuanto los chicos se perdieron de vista, Amata se tendió en la manta con los ojos cerrados, más confusa que nunca. Notó cómo se tensaba la manta bajo ella cuando Orfeo cambió de postura. Su pecho se apretó contra el de la muchacha al inclinarse sobre ella. Cuando sus labios rozaron sus mejillas, las lágrimas se acumularon en las comisuras de sus ojos. Sin embargo, ella se negó a abrirlos para mirarlo, pero pasó el brazo derecho alrededor del cuello de Orfeo y lo apretó contra ella, mientras con la mano izquierda buscaba la empuñadura de la daga. ¡Bernardone, Bernardone! El nombre resonaba en sus oídos como los tambores del diablo. Amata sujetó el arma y levantó el brazo, pero la mano le temblaba tan descontroladamente que la daga escapó de sus dedos, rebotó en el hombro de Orfeo y cayó sobre la manta.

El hombre miró la daga y las lágrimas que resbalaban por las mejillas de Amata. Le sujetó la barbilla con la palma de la mano.

—No soy tu enemigo, *madonna* —declaró—. Mi padre era tu enemigo. Simone della Rocca era tu enemigo, y su hijo Calisto desea vernos muertos a los dos. Pero estoy aquí para ayudarte, si puedo. —La miró a los ojos, con una expresión de profunda tristeza—. Te quiero, Amatina.

La intensidad de su mirada consumió cualquier rastro de odio en el corazón de Amata, que lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? —susurró.

Los labios de Orfeo se acercaron a su oreja, tan cerca que su aliento le hizo cosquillas en el lóbulo.

—¿De verdad quieres que te lo diga con los niños tan cerca? —Levantó la cabeza y se apartó un poco. En la comisura de sus labios se insinuó una sonrisa. Luego su rostro recuperó la gravedad—. Hablaba en serio cuando mencioné la misión. Quiero reparar, aunque sólo sea en una pequeña parte, el daño que te hizo mi familia. Se me ha ocurrido una idea de cómo puedo hacerlo.

—¿Cuál es?

---

—Es verdad que el «príncipe» conoció al papa, y que pasó muchas semanas en su compañía. El papa prometió ayudarlo en lo que fuese, dentro de sus medios, como una recompensa por sus servicios.

La conversación había tomado un giro interesante. Amata ladeó la cabeza y se preguntó adonde querría ir a parar.

—En una ocasión mencionaste a un ermitaño amigo tuyo —prosiguió Orfeo—, alguien a quien el ministro general tiene encarcelado. Si el conde Guido puede prescindir de algunos de sus hombres para que te acompañen de regreso a Asís, yo iré a Roma y le pediré al papa que perdone a tu fraile. Desafortunadamente, tendré que partir de inmediato. Gregorio se marcha a Lyon para presidir el consejo general.

De nuevo, su mirada llegó hasta lo más profundo de su alma.

—Sólo te pido un favor a cambio, Amatina. Prométeme que no aceptarás a ningún pretendiente antes de que regrese con el perdón.

Un suave calor invadió el pecho de Amata, en parte por sus palabras, pero también por el alivio de haber sido detenida en su venganza. Sujetó una de las callosas manos de él entre las suyas, y recordó que había sido remero. Un hombre interesante en muchos aspectos.

—Es una oferta honorable —dijo—, y una solicitud honorable. —Acercó la mano de Orfeo a sus labios—. No hagas como el antiguo poeta cuyo nombre llevas. No necesitas mirar por encima del hombro para saber que estoy detrás de ti. Acepta mi palabra de que tu Eurídice siempre te seguirá; en los caminos más oscuros y en las calles más concurridas, hasta que regreses a casa. Cuando vuelvas con el perdón papal, te prometo que recibirás la justa recompensa por tus esfuerzos.

Se apoyó en un codo, e inclinándose hacia él, lo besó en los labios.

—Éste es el sello de mi fidelidad y paciencia —afirmó.

Mientras salían de entre los árboles y cruzaban el claro hacia el castillo, Amata pensó en lo orgulloso que se hubiese sentido fray Conrado de su conducta. Sola con un hombre maravillosamente romántico que correspondía a sus sentimientos, el que primero la había amado, ella había actuado con la mayor de las modestias y la corrección. Sin embargo, Conrado no se hubiese sorprendido por el hecho más de lo que se había sorprendido ella misma, aunque también Orfeo se había comportado con comedimiento admirable. Sin duda Amata había madurado mucho en casa de doña Giacoma sin ni siquiera haberse dado cuenta.

Su corazón estaba en armonía con todas las promesas de la primavera. Muy pronto fray Conrado volvería a ser libre; muy pronto Orfeo regresaría de la corte papal. Por fin podría reconciliarse con la felicidad. Incluso la tierra parecía temblar bajo sus pies.

---

Se detuvo bruscamente, el oído atento. En otra ocasión había sentido temblar la tierra de esta manera, cuando Don Vittorio y sus monjes guerreros llegaban cabalgando ladera arriba hacia San Ubaldo. Orfeo vio la nube de polvo en el lado opuesto del claro al mismo tiempo que ella. El joven dejó caer la cesta.

—¡Corre! ¡Vuelve al castillo! —le gritó Orfeo, y le cogió el brazo.

—¡Los niños! —replicó ella—. ¡Todavía están en el bosque!

—¡Yo iré por ellos! ¡Tú entra en la poterna!

La empujó y ella corrió con todas sus fuerzas. Oyó voces que gritaban desde las almenas, y vio cómo se abría la poterna. Se volvió a tiempo de ver a Orfeo metiéndose entre los árboles y a un jinete que se separaba de la tropa para galopar en su dirección.

—¡Orfeo! —gritó—. ¡Detrás de ti!

Pero su grito se perdió, demasiado débil y frágil para dominar el estruendo de los cascos y el grito de guerra de los jinetes.



## Capítulo XXXIV

En el interior del castillo, caballeros y ballesteros subían por las numerosas escaleras que llevaban a las almenas. Amata vio a Guido en los baluartes. «Al diablo con la modestia», maldijo por lo bajo mientras se sujetaba la falda y seguía a uno de los soldados por la escalera más cercana a su tío.

Atento al grupo que se aproximaba, el conde Guido no advirtió su presencia. Amata miró a los jinetes que se acercaban como una terrible horda escapada del infierno. Aminoraron la marcha al llegar al muro y, finalmente, tiraron de las riendas y detuvieron a los caballos mientras su líder enarbolaba la espada. La carga se disipó delante del castillo como una ola que muere en la playa. Parecían tan sorprendidos como lo había estado la propia Amata al encontrarse con el lugar fortificado y bien defendido. Nadie excepto un loco asaltaría una ciudadela amurallada; aquella fortaleza sólo se podía tomar con un asedio o una traición.

Los atacantes miraron desconcertados la hilera de ballesteros que esperaban la orden para disparar sus dardos. El líder trotó de un extremo al otro de la línea de jinetes, sin dejar de mover la espada furiosamente.

—¿Dónde diablos está Bruno? —tronó.

Amata adivinó que buscaba al hombre que se había separado del grupo para perseguir a Orfeo, y miró ansiosamente hacia el bosque. Le pareció oír el choque de metales, pero la distancia hasta la espesura y los nerviosos relinchos de los caballos le impedían distinguirlo con claridad.

—Di quién eres —gritó Guido—. ¿Por qué cabalgas armado contra nosotros?

El líder se acercó con su caballo al espacio entre sus guerreros y la puerta principal del castillo y se levantó el visor. Llevaba un yelmo de nuevo estilo, con un visor articulado y una ligera cresta de madera. Los miembros y el torso estaban protegidos con placas de cuero endurecido y muy adornadas, sujetas con correas por los costados; el tipo de armadura ligera copiada de los sarracenos que a la sazón estaba de moda entre la nobleza de Umbría.

Amata soltó una exclamación cuando reconoció al truhán, Calisto della Rocca. El sonido captó la atención de Guido hacia la cofia que aparecía entre la hilera de bruñidos cascos de sus guerreros. Miró a su sobrina con una expresión muy severa, pero la joven se encogió de hombros y, sin amilanarse, se acercó a su tío.

---

—Soy Calisto di Simone, señor de la Rocca Paida de Asís. —Trazó un largo arco con la espada abarcando a sus hombres—. Lamento haber asustado a tu casa, *signore*. Estamos buscando a un ladrón, un tal Orfeo di Angelo Bernardone, que escapó de nuestra ciudad y vino en esta dirección.

«Una pobre excusa para disimular su fracaso.» Amata disfrutó al ver el rostro enrojecido de Calisto, y escuchar los murmullos de protesta de sus hombres mientras intentaba justificar su fútil carga contra el castillo. Guido repitió el nombre de Orfeo, en un intento por ubicarlo.

—Es mi escolta —le dijo Amata—. Te juro, tío, que no es un ladrón.

Amata se asomó por el hueco entre dos almenas.

—Te conozco, cobarde —gritó—. Tu padre mató a Buonconte di Capitanio, señor de este castillo, mientras rezaba desarmado, y tú, que eres un guerrero muy valiente cuando te enfrentas a mujeres indefensas, atravesaste con tu espada a su esposa Cristiana cuando trataba de cubrir el cuerpo caído de su esposo. También abusaste de su hija cuando no era más que una niña.

El tono conciliador en la voz del jinete se convirtió súbitamente en rabia.

—Conozco esa voz de arpía. Era a ti a quien el ladrón buscaba cuando escapó de Asís. No intentes ocultarlo, condenada bruja, o tú y todos los demás en este castillo pagaréis las consecuencias.

—¡Sucio cobarde! No tienes ni pizca de coraje, impotente —lo provocó Amata—. ¡Te la das de muy hombre pero tienes los testículos de un gorrión!

El rostro del jinete adquirió un tono morado mientras las risas resonaban también entre sus filas. Guido los escuchó boquiabierto, y miró primero a su sobrina y después a Calisto. Había oído más que suficiente.

—¿Qué respondes a sus acusaciones, *signore*? —gritó.

—Soy un guerrero. No me disculpo por las víctimas de guerra.

El rostro del conde se transformó en una máscara de piedra. Asomó su corpachón por la abertura y contestó.

—Yo también soy un guerrero, *signore*, y un familiar de la dama que asesinaste. Reclamo mi derecho de sangre para enfrentarme a ti en combate, ahora, en este lugar.

Amata se imaginó los pensamientos que pasaban por la cabeza de Calisto: el hombre es un viejo, me dobla en edad, pero es un gigante. Ella sabía que para él el honor era lo que menos le importaba, y sonrió al ver cómo se frotaba la mano de la espada.

El caballo de Calisto también pareció leerle el pensamiento, o quizá el *signore* había tirado inconscientemente de las riendas, porque el animal retrocedió hacia la línea de caballeros. Para sorpresa de Amata, uno tras otro bajaron la lanza y apuntaron a su

---

líder para impedir que pasara entre ellos. «No nos avergüences, señor», oyó que decía uno de los hombres.

Amata se apresuró a susurrar algo al oído de su tío. Éste se rió.

—¿Me estás diciendo cómo luchar, mujer?

—Sólo haz lo que te digo. Le falta fuerza en la mano derecha.

Guido se asomó de nuevo entre las almenas.

—Dile a tus hombres que se aparten. Me enfrentaré a ti delante de la puerta principal tan pronto como me prepare. A pie, con espadas y escudos.

Calisto aceptó con una inclinación. Desmontó y cogió el escudo atado a la montura. Su escudero se acercó a la carrera para sujetar las riendas del caballo. En aquel instante, del bosque salió una montura sin jinete. Uno de los caballeros se apartó de la línea para ir a recuperar a la bestia y, después de alcanzar al caballo, se detuvo unos instantes y miró en dirección a los árboles. Finalmente regresó y le entregó las riendas a uno de los mozos. Amata se mordió el nudillo del índice, pero no vio ningún movimiento en el linde del bosque.

—Vete de aquí ahora mismo —le ordenó su tío—. No tienes necesidad de ver esto.

—Espero que aparezca Orfeo —protestó ella—. Ha ido a recoger a los niños. Uno de los caballeros de Calisto ha salido en su persecución. El caballo que han traído era el suyo.

Una pequeña luz de comprensión brilló en los ojos sombríos del conde.

—Creo que tendré que conocer mejor al tal Orfeo —dijo—, si sobrevive. Si ambos sobrevivimos. —Se persignó y comenzó a bajar la escalera.

Amata vio cómo el sudor corría por el rostro de Calisto a medida que el sol se acercaba al horizonte. La mirada de ella pasaba constantemente de Calisto a los árboles, y luego a la armería, donde se encontraba Guido. Los hombres en las almenas y los jinetes comenzaron a relajarse y a conversar en voz baja entre ellos, pero ningún sonido llegó del bosque. En un momento dado, se inclinó hacia el arquero que tenía más cerca y le susurró: «Si mata al conde Guido, atraviésalo con una de tus flechas. El código de honor no rige para esa escoria. Te recompensaré generosamente». El hombre dio un pellizco a la cuerda del arco al tiempo que sonreía. Amata recorrió la muralla hasta la esquina más próxima al bosque, y repitió la orden a cada uno de los soldados.

Finalmente, el conde Guido salió de la armería y los hombres lo vitorearon. Parecía una montaña de metal, pensó Amata, con una cota de malla sobre otra de eslabones, y sobre todo ello una coraza que era un grueso chaleco de cuero reforzado con varillas metálicas. Bajo el brazo llevaba un yelmo de estilo anglo, con forma cónica para que los golpes de espada resbalaran, y encima de él el almófar. «Calisto se ensuciará las calzas en cuanto lo vea», murmuró Amata para sí misma. El

---

resplandeciente escudo de Guido doblaba en tamaño al de su rival, y la vaina roja colgada de su cinto era por lo menos dos palmos más larga que cualquier otra que ella hubiese visto. Recordó que las mujeres de la casa llamaban *spadalunga* a su tío durante su niñez. Se echó a reír, al comprender, con su mente adulta, que quizá el tío Guido pudiera estar dotado de otras heroicas cualidades desconocidas en su mundo infantil. Si era así, seguramente había disfrutado al oírla insultar a Calisto como lo había hecho.

Se apresuró a volver a su posición original en la muralla mientras el conde se persignaba de nuevo y le hacía una señal a un sirviente para que abriera la portena. Deseó poder ver el rostro de Calisto, pero éste ya se había bajado el visor. Las zancadas de Guido engulleron el espacio entre ellos, y, más de prisa de lo que ella esperaba, descargó la larga espada contra el escudo de su oponente. A Calisto se le doblaron las rodillas, pero se recuperó y devolvió el golpe. Se separaron, y esta vez Calisto atacó con fuerza. Guido tuvo que ceder terreno.

—¡No está haciendo lo que le dije! —le gritó Amata, preocupada, al arquero que tenía a su lado.

Poco a poco, Calisto fue obligando al hombre más viejo y más lento a retroceder, entre los gritos de entusiasmo de los jinetes. El conde parecía desconcertado. Lanzó un golpe en arco contra la cabeza de su rival, pero Calisto, con una armadura más ligera, esquivó la espada fácilmente y respondió con una lluvia de golpes. Esta vez, el señor de la Rocca empujó a su rival hacia la sombra de la muralla. Guido sólo podía parar los golpes con el escudo.

—¡Recuerda a tu familia! ¡Recuerda a mi madre! —le gritó Amata, pero con tantas voces gritando a la vez dudó de que la hubiese oído. Se persignó y unió las manos en una plegaria cuando su tío hincó una rodilla en tierra, con el escudo por encima de la cabeza.

Sorprendentemente, Calisto no se lanzó sobre él, quizá al sospechar una trampa; y no se equivocaba porque Guido intentó golpearlo en los tobillos. El viejo se levantó y de nuevo descargó un golpe contra el escudo del adversario, a lo que Calisto respondió con otros de su cosecha. Pero esos golpes ya no tenían la misma furia, y el conde pudo desplazarse medio paso hacia la izquierda de Calisto.

—Eso es —le urgió Amata—. Eso es.

«Astuto, muy astuto», pensó Amata, cuando comenzó a vislumbrar la estrategia de Guido. Había hecho que el joven gastara la fuerza de su brazo mientras él reservaba la del suyo. Ahora se iba apartando de la débil mano derecha de su rival para obligarlo a aumentar el arco en cada golpe. El siguiente resbaló débilmente por el escudo de Guido cuando la espada se torció en la mano de Calisto. El conde respondió con un tremendo mandoble que abrió una brecha en el cuadrante superior izquierdo del escudo de Calisto, y a continuación dio otro medio paso a la izquierda mientras el de Asís se apartaba para rehacerse. Calisto volvió al ataque, aunque esta

---

vez con más cautela. Ya no lanzaba mandobles, sino estocadas, pero aquí la espada más larga tenía ventaja y no podía acercarse. Los caballeros que miraban desde sus monturas, guardaron silencio en cuanto se dieron cuenta del cambio decisivo en el combate. Guido se movió de nuevo a la izquierda, mientras el adversario retrocedía para replantearse sus tácticas. Su tío había vuelto a situarse otra vez en el sol, y Amata advirtió, con preocupación, que otro paso más lo dejaría de cara a éste.

Los hombres de la muralla imitaron a los jinetes y guardaron silencio. Los combatientes lanzaban fintas, pero ninguno de los dos avanzaba. A medida que la tensión y la ansiedad iban en aumento, los músculos de Amata replicaban los movimientos de los guerreros. Cuando ya no pudo soportarlo más, gritó con voz aguda:

—¡Testículos de gorrión!

Las risas sonaron como un trueno en los dos bandos del combate. Calisto rugió algo ininteligible, y cargó contra Guido con la espada en alto. El viejo movió el escudo apenas lo suficiente para que los rayos del sol poniente se reflejaran directamente en las estrechas hendiduras del visor de su rival. De nuevo, el conde se apartó y el golpe de Calisto se perdió en el aire. La espada cayó de la mano del señor de la Rocca y, mientras éste trastabillaba, Guido clavó la punta de su espada entre las correas de cuero que protegían el costado del hombre para, luego más profundamente, hacerlo entre las costillas mismas. Calisto cayó de rodillas con un terrible grito de dolor. Guido empujó todavía más, y después retiró la espada. El yelmo de Calisto se torció y quedó apuntando a la muralla.

—Llama a tu capellán —suplicó—. ¡Me muero!

La mancha roja en su costado se extendió hasta la cadera y el muslo y manchó la hierba debajo de la rodilla. Intentó quitarse el yelmo. El conde se le acercó por detrás y lo ayudó a hacerlo. Amata se dio cuenta de que Calisto la miraba fijamente.

—Te conseguiré el mismo fraile que confesó a tu padre —le dijo y, subiéndose la capucha de la capa por encima de la cofia, unió las manos piadosamente y entonó con la misma voz profunda que había utilizado junto al lecho de Simone della Rocca —: Que tu alma reciba ahora su merecida recompensa.

En los ojos de Calisto se reflejó la desesperación, cuando, en la agonía, comprendió el sentido de la burla. Cayó hacia adelante y, durante unos instantes, detuvo la caída con las manos, los dedos clavados en la hierba como garras. «Putá, eres una puta desalmada», murmuró y, con un último gemido, cayó de bruces sobre la tierra humedecida. El escudero acercó el caballo del *signore* y, con la ayuda de Guido, cargó el cadáver de su señor en la montura. Finalmente, el conde Guido, amo y señor, trazó en el aire un amplio círculo con su espada. Los jinetes hicieron girar a sus corceles y emprendieron el regreso a Asís.

Mientras los hombres de Guido lo aclamaban, Amata bajó rápidamente la escalera. Corrió a la poterna y abrazó a su tío cuando éste entró. Él se quitó el yelmo.

---

—Tenías razón. No tenía fuerza en la mano de la espada.

Después, ella continuó su carrera hacia el bosque. Acababa de llegar donde habían dejado la cesta cuando vio a Orfeo salir de entre los árboles, rodeado por los niños. Amata cayó de rodillas y unió las manos. Orfeo caminaba lentamente, la espada tinta en sangre en la mano derecha, el brazo izquierdo apoyado en el hombro de Teresina, y Amata comprendió súbitamente que los chiquillos no sólo lo rodeaban, lo estaban aguantando mientras caminaba hacia ella.

Se levantó de un salto y corrió a su encuentro. Orfeo cayó pesadamente entre sus brazos extendidos, con la cabeza casi apoyada en su hombro. Mientras ella se esforzaba para mantenerlo erguido, él le mordisqueó el cuello y susurró:

—¿Testículos de gorrión?

—Ésta no es vida para un mercader —afirmó Orfeo. Descansaba en la enorme cama del conde Guido, en el gran salón, apoyado en una montaña de cojines junto a Iacopone—. No estoy hecho para la espada.

Teresina estaba tumbada en la manta, entre los dos hombres, y jugaba con un gatito que se había hecho con un cojín pequeño. Amata, por su parte, permanecía sentada en el borde de la cama, junto a Orfeo, mientras su tío ocupaba su poltrona al lado del lecho y le rascaba las orejas a un sabueso amarillo.

—Te libero de tus obligaciones como escolta —le dijo Amata, y le apretó cariñosamente la mano—. El tío Guido me acompañará a casa. Además, tú tienes que presentar una petición.

—Sí, y cada hora que pasa, más tendré que cabalgar para alcanzar al papa. —Buscó la cadena que llevaba alrededor del cuello—. Aquel caballero de Calisto me conocía. Creo que era uno de los hombres que asesinaron a Neno porque, cuando entró en el claro, dijo: «Tu anillo o tu vida, Bernardone». Después resultó que quería ambas. —Orfeo se quitó la cadena—. ¿Por qué alguien puede estar dispuesto a matar por una piedra sin valor alguno?

Amata le arrebató el anillo, más rápida que Guido, que también había extendido la mano.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó—. Simone della Rocca le robó un anillo como éste a mi padre.

—Me lo dio mi padre —contestó Orfeo.

El conde Guido se levantó de la silla y se acercó a la *soppedana*, el cofre de madera que tenía a los pies de la cama. Sacó de él una pequeña caja labrada y se la entregó a Amata.

---

—No sé qué te mostró Simone, pero aquí está el anillo de tu padre.

Asombrada, Amata levantó la tapa. El anillo era idéntico al que colgaba de la cadena de Orfeo: la misma piedra azul, el mismo intrigante dibujo.

—¿Cómo es que lo tienes tú?

—Me lo dio tu hermano Fabiano antes de irse a vivir con los benedictinos.

Un tronco en el hogar crepitó ruidosamente mientras Amata sacudía la cabeza, desconcertada.

—Me he perdido algo. No lo entiendo. ¿Qué has querido decir con que Fabiano se fue a vivir con los benedictinos?

—Oh, Dios mío —exclamó Guido, y cerró sus manos sobre la mano de su sobrina, y el anillo que ésta sujetaba en su palma—. Ni siquiera lo sabías, ¿no es así, niña? ¿Cómo podías? Te raptaron antes de que los monjes lo encontraran en las rocas de debajo de la capilla.

—¿Qué estás diciendo? Yo lo vi saltar a su muerte.

—No, Amata. No a su muerte. Siempre será un lisiado, pero sobrevivió a la caída. Ahora es el ayudante del cillerero del monasterio de San Pietro, en Perusia, y muy pronto será ordenado sacerdote.

—¿Fabiano convertido en monje? —murmuró Amata, sin salir de su asombro.

—Ya no se llama Fabiano —añadió su tío—. Los benedictinos lo bautizaron «Anselmo» cuando recibió el hábito. La costumbre benedictina es dar un nombre nuevo a aquellos que han dejado el mundo atrás, para que no quede rastro de su vida anterior.

Guido se acercó de nuevo al cofre y rebuscó entre pilas de prendas y ropa de cama, hasta que finalmente volvió a su poltrona con un pergamino atado con una cinta negra.

—Hace setenta y cinco años, durante la época de los alzamientos de las municipalidades, cuando las hordas saqueaban y quemaban las casas de los nobles, los condes del Coldimezzo pusieron el castillo y sus propiedades bajo la protección de los monjes. La abadía de San Pietro es poderosa, tanto en armas como en privilegios pontificios e imperiales. —Desenrolló el pergamino y leyó—: «Si cualquier municipalidad, u otros, ataca a los antes mencionados castellanos, el monasterio promete acudir en su defensa. Y si ellos, sus herederos o sucesores caen en la necesidad, podrán recurrir libremente al mencionado monasterio para obtener lo que les sea necesario para la vida. Y si el destino los lleva a esta extrema necesidad, Dios no lo permita, y decidieran que sus hijas núbiles, llamadas por la vocación, ingresaran en un convento, el abad y los monjes de San Pietro de Cassinensi se comprometen, a su propia costa, a darles la dote y recibirlas en los conventos para

---

mujeres de la regla de san Benedetto. Los miembros principales de la familia siempre serán recibidos y sentados a la mesa del abad».

Guido puso el pergamino en las manos temblorosas de Amata.

—Los monjes cabalgaron a todo galope cuando se enteraron del ataque, pero por supuesto llegaron demasiado tarde. Salvaron lo que pudieron de los edificios, y luego encontraron a Fabiano, que apenas respiraba, y tenía muchos huesos rotos. Lo atendieron hasta que recuperó la salud, y afirmaron que Dios lo había salvado y se lo había dado a ellos para que pudiese servir el resto de sus años en su orden. Tu hermano estuvo muy de acuerdo con este razonamiento. Se acomodó a esa vida como un pato en un estanque.

—Mi hermano ha estado vivo todos estos años mientras yo lloraba su muerte. — Amata se volvió hacia Orfeo, con lágrimas de alegría en los ojos—. En este país tenemos un dicho, sior Orfeo: «Hermana y hermano, siempre de la mano». —Se echó a reír y añadió—: Hay algunos que incluso dicen que: «Un marido es una cosa, pero un hermano en mucho más».

—Espero que no seas tú quien lo diga —replicó Orfeo—. Podría sentir celos. — Tendió la mano y le acarició el hombro—. ¿Por qué no visitas a Fabiano en Perugia antes de regresar a Asís?

Amata miró ilusionada a Guido, que asintió.

—Por supuesto. A mí también me encantaría verlo de nuevo.

Amata le pasó el pergamino a Iacopone, consciente de que los aspectos legales interesarían mucho al antiguo notario.

—¿Fabiano dijo algo sobre cómo había llegado a su poder el anillo de papá, o mejor dicho del *nonno* Capitanio? —le preguntó a su tío.

—Sí. Tu padre se lo metió en el bolsillo cuando los asesinos irrumpieron en la capilla. Buconte le dijo que saltara porque era obvio que también matarían a Fabiano si se quedaba.

—¿Qué significa la talla en el anillo, tío?

El conde Guido se encogió de hombros.

—Nuestro padre quizá compartió ese conocimiento con Buonconte si quería que el significado no se perdiera. A mí no me dijo nada.

Iacopone había acabado la lectura del pacto. Enrolló el pergamino y se golpeó la frente suavemente con el rollo, como si quisiera recuperar un recuerdo.

—Una vez conocí a un fraile en Gubbio que podría saberlo. Se llamaba Conrado, y aunque afirmaba no comprender nada, era un hombre muy sabio. Creo que sabía las respuestas a todas las preguntas. Aunque, pese a su sabiduría, nos perdimos en el bosque.

---

—Nunca te perdiste tanto como te imaginas —lo tranquilizó Amata—. Te comportaste como un héroe en aquel bosque.

Había llegado el momento de hablarle a Iacopone del otro Fabiano —el novicio del hábito gris— y del valiente e invencible dragón que había salvado la vida del muchacho.



## Capítulo XXXV

En la penumbra de la celda, Conrado escribía los nombres de la última lista de Giovanni di Parma, todos los ministros generales de la breve historia de la orden. Zefferino miraba desde los escalones de la celda y ayudaba al fraile con la luz de su lámpara.

—Los ministros de las provincias ultramontanas defenestraron a Elias en 1239 y eligieron a Alberto da Pisa como su sucesor. Desafortunadamente, Alberto sólo vivió un año más. Después le sucedieron Haymo de Faversham, Crescentius da Iesi y, en 1247, yo mismo. Cuando los ministros, después de diez años en el cargo, me pidieron que renunciara, nombré a mi propio sucesor, fray Bonaventura.

Mientras Conrado escribía el último nombre en la piedra con el trozo de loza, pensó de nuevo en la advertencia de Bonaventura, la noche en que parecía que el mundo se vendría abajo, mientras el ministro general le ordenaba que se inclinara y le besara el anillo. El recuerdo lo llevó a formular otra pregunta para la que nunca había tenido respuesta.

—¿Fray Giovanni, el ministro general lleva un anillo, símbolo de su cargo; un testimonio que pasa de un ministro general a otro?

El viejo fraile se frotó los dedos de la mano izquierda durante unos momentos.

—Sí —respondió finalmente—. Un modesto lapislázuli. ¿Por qué lo preguntas?

Conrado levantó un dedo. Se volvió hacia Zefferino.

—*Perfavore*, hermano, ¿podrías acercar un poco más la lámpara?

Zefferino se levantó de la escalera y se acercó al fraile. Sostuvo la lámpara en alto en el lado del ojo bueno del fraile. Conrado quitó el musgo de una de las piedras. Cuando tuvo limpio el espacio que necesitaba, dibujó con palotes la silueta de un hombre con un círculo por cabeza, y encima, trazó el doble arco que había visto en dos ocasiones: tallado en la piedra del altar de la cripta y grabado en el anillo del ministro general.

—¿Recuerdas, o has sabido alguna vez, el significado de estos símbolos? —preguntó—. La primera vez que los encontré, creí que eran la travesura de un niño, pero más tarde volví a verlos en el anillo de fray Bonaventura, el mismo anillo que tú debiste de llevar cuando eras general.

---

Giovanni miró el dibujo con rostro inexpresivo.

—Ese conocimiento es privativo del cargo —dijo con tono neutro.

Conrado dejó el trozo de loza en el suelo y asintió.

—Lo comprendo. Tienes toda la razón al reprenderme. Sólo quería satisfacer una persistente curiosidad. —Vaciló un momento y luego añadió con voz entrecortada—: Fundé mi deseo en tu convicción de que jamás saldremos de este lugar... que cualquier cosa que yo escuche o que tú compartas conmigo será enterrada con nosotros. —Agachó la cabeza., con la ilusión de que Giovanni le respondiese.

—Fray Zefferino —dijo el anciano fraile después de un prolongado silencio—, ¿podrías dejarnos un momento? Quiero confesar mis pecados con fray Conrado.

Conrado alzó de nuevo la mirada en un intento por leer en el rostro de Giovanni, oculto por las sombras, mientras Zefferino subía la escalera y cerraba la reja con el candado. En los más de dos años que llevaban juntos, Giovanni nunca había formulado tal petición. En realidad, hasta donde él sabía, no tenía motivo alguno para necesitar de la confesión.

—Padre, perdóname, porque he pecado —susurró Giovanni, en cuanto oyó el chasquido del candado. Inspiró profundamente, y prosiguió—: Durante diez años he privado a los fieles de su derecho a rezar ante la tumba de san Francisco.

—¿Cómo es eso?

—Sé dónde está sepultado. Lo supe todo el tiempo que servía como ministro general.

—¿Me estás diciendo que el símbolo grabado en el anillo es un mapa? ¿Que el monigote es el propio san Francisco?

—Hablamos al amparo del secreto de confesión; estamos hablando del pecado, no del significado de los símbolos.

—Te comprendo, hermano. No preguntaré nada más. —Conrado trazó la señal de la cruz sobre la cabeza de Giovanni y dijo—: *Ego te absolvo de omnibus peccatis tuis.*

Se mordió la lengua, para no pronunciar el resto de la frase:

«Ve en paz y no peques más». Decirle a Giovanni que se fuera en paz, sería una burla cruel, dada la situación.

Conrado esperó un poco antes de hablar.

—En una ocasión, hablé con doña Giacoma dei Settisoli sobre la desaparición de los restos de san Francisco. Ella presenció el secuestro de los mismos, como integrante de la comitiva que los llevaba a la nueva basílica. No se le ocurría ningún otro motivo para la acción de los guardias civiles aparte de proteger los huesos del santo de la codicia de los buscadores de reliquias, ya fuesen los muy devotos o los ladrones de otras ciudades.

---

—Yo también oí lo mismo. Y tampoco se me ocurre ningún otro motivo.

Conrado se acercó de nuevo a la pared.

—¿Hay otros además de Bonaventura que conozcan esta clave? —preguntó, al tiempo que tocaba el dibujo.

—Ningún otro fraile que yo sepa —declaró Giovanni—. Había un grupo que se llamaban a sí mismos los Compari della Tomba, la Hermandad de la Tumba...

—¿Una confraternidad lega?

—Sí. Supongo que los que no han muerto deben de ser muy viejos. Esos cuatro hombres asistieron al entierro y cada uno recibió el mismo anillo que fray Elías. Juraron defender el secreto de la tumba de san Francisco con sus vidas, y acabar con cualquiera fuera de la confraternidad que, de alguna manera, se hubiese enterado o adivinado la ubicación del sepulcro; y finalmente llevarse el secreto y su clave a sus tumbas. Los anillos deben ser enterrados con ellos, como los objetos de los antiguos faraones.

Conrado comprendía muy bien el poder de la confraternidad. Incluso en las aldeas más pequeñas había hermandades secretas; unas redes que se tejían con ritos iniciáticos para formar parentescos simbólicos entre los hombres que participaban en esas sociedades clandestinas. A menudo, tales vínculos eran incluso más fuertes que los lazos de sangre. Eran vínculos sagrados. La lealtad hasta la muerte, o al menos el juramento de dicha lealtad, era algo bastante común.

—Has mencionado a cuatro legos —dijo Conrado—. ¿Recuerdas sus nombres? —Recogió el trozo de loza y, tal como esperaba, Giovanni interpretó el movimiento como un desafío a su memoria. Se desperezó, se dio la vuelta y miró la reja mientras recordaba.

—Había un hombre de la comuna de Todi, Capitano di Coldimezzo, el señor que donó la tierra para nuestra basílica. Angelo, el hermano de san Francisco. El caballero guardián de la ciudad, Simone della Rocca, y Giancarlo di Margherita, que aquel año era alcalde de Asís.

—Además de fray Elías.

—Elías supervisó el entierro, por supuesto. Su secretario también sirvió de amanuense de la confraternidad. Si todavía vive, quizá sea el otro fraile que sabe dónde están las reliquias. —Giovanni sonrió—. ¿Te he dicho los cuatro?

—Has hecho más, has nombrado a seis. El último era fray Illuminato —respondió Conrado. Ya le habían dado la mayoría de estos nombres en casa de doña Giacomina, pero ahora finalmente las piezas encajaban. Giovanni le había proporcionado lo que parecía un importante telón de fondo al enigma de Leo, aunque Conrado seguía sin saber cuál había sido la razón de que Elías decidiera esconder los restos sagrados. Sin duda unas precauciones tan elaboradas, y la violencia en la plaza, no parecían

---

necesarias para proteger los huesos del santo. Como bien le había dicho la dama, cualquier posible ladrón hubiese tenido que enfrentarse a la persecución de una santa cruzada. Además, el hecho de que Illuminato hubiese pretendido frustrar la misión del propio Conrado hacía que las sospechas del fraile crecieran por momentos. ¿Podía haber un vínculo fundamental entre la carta de fray Leo y aquella hermandad?

¡Un mapa! ¡Fascinante! Se sintió dominado por la urgente necesidad de interpretar los símbolos. ¿Podría conseguir obtener esta última información de Giovanni?

Un ruido a su espalda le dijo que no podría, al menos por ese día. Su compañero de celda se había colocado el brazo por debajo de la cabeza y se había sumido en una de sus frecuentes siestas. Comenzó a roncar suavemente mientras Conrado recorría con las yemas de los dedos los dobles arcos una y otra vez, como si fuese a descubrir el significado sólo con el tacto.

No había pasado una semana, cuando la caravana de un moreno mercader que transportaba barriles de vino toscano a la Ciudad Eterna acampó delante del castillo del Coldimezzo. Orfeo, bastante repuesto y con las heridas superficiales casi curadas, aprovechó la oportunidad para irse con él a Roma en busca del papa. Además, sabía que el viaje sería mucho más agradable con el mercader que cuando había viajado desde Venecia con los caballeros romanos que escoltaban a Gregorio. Compartían el lenguaje del comercio y la juventud.

Amata respiró a fondo el aire fresco de la madrugada mientras agitaba el brazo en señal de despedida hasta que Orfeo desapareció en la distancia, un último momento de calma antes de que ella y su tío partieran en dirección opuesta en una cabalgata de todo un día hasta Perusa. Sólo les acompañarían unos pocos hombres, porque la carretera a Perusa era muy transitada y llegarían a la posada de la abadía antes del anochecer.

Amata apenas había dormido la noche anterior, con la excitación de que, a la mañana siguiente, volvería a encontrarse cara a cara con su hermano después de una separación de casi ocho años. ¡Qué sorpresa sería para Fabiano, como ver a un espíritu salido de la tumba! Sonrió ante la súbita idea traviesa de blanquearse la piel como una noble romana antes del encuentro, aunque el largo invierno ya la había dejado pálida lo bastante.

Iacopone aceptó quedarse en el Coldimezzo, y permitirse un tiempo más de reposo antes de regresar a Asís en la carreta. El conde Guido lo había invitado a quedarse en el castillo, por supuesto, y él casi había aceptado. Pero eso había sido antes de que Amata le hablara de su último plan: construir una sala en su casa que acogería al mayor número de copistas de confianza que pudiese encontrar para que hicieran copias del manuscrito de Leo. Esperaba que Iacopone fuese el primero. La

---

tentación de volver a escribir fue algo irresistible para el antiguo notario, así que, en lugar de quedarse a vivir indefinidamente en el Coldimezzo, el propio conde Guido aceptó regresar a Asís con ellos después de hacer la visita a Perusa. Teresina también haría el viaje a Asís en la carreta, con su padre. La promesa de pasar varias semanas en la casa de Amata hacía que la niña esperara la partida con una enorme ilusión.

Ese día, sin embargo, la niña se quedaría en el castillo.

—Teresina —advirtió el caballero a su nieta antes de la partida—, debes ocuparte de que tu padre esté feliz, coma bien, y que duerma cuando esté cansado.

Ella asintió gravemente, y aceptó la responsabilidad como si fuese la señora del castillo.

Amata continuaba dándole vueltas a su plan para la sala de copistas cuando ella, su tío y los soldados de la escolta cruzaron la puerta del castillo. Le complacía que Iacopone pareciera contento de estar de nuevo en el seno de la familia, y se preguntó si sus días de penitente se habrían acabado de una vez para siempre. Rogaba con toda su alma para que él aceptara finalmente la tragedia que les había arrebatado a Vanna y volviese a sentirse en paz consigo mismo.

Se acomodó en seguida al andar de su montura, y la brisa tibia y el verdor primaveral de todo el entorno la animaron todavía más. También ella, por primera vez en años, disfrutaba de la paz; algo dulce y satisfactorio como una copa de hidromiel. Comenzaba a conocer de verdad a su tío, o al menos eso le parecía; como una adulta, y no desde la perspectiva de una niña para quien todos los adultos eran iguales. Se sintió abrumada por la gratitud que sentía hacia aquel gigantón que, con su abrazo de oso, le había devuelto la inocencia, la familia y el pasado. Más adelante la esperaba Fabiano, el puente que la ligaría de nuevo a la infancia perdida.

¡Y la niña! Se preguntó por qué se sentía tan atraída por Teresina. ¿Sería por su espíritu puro, su ilimitada y alegre energía, la manera como canturreaba mientras dibujaba escenas en la tierra con un palito, el parecido con su madre que transportaba a Amata a sus años de feliz inocencia? ¿Era el deseo de tener sus propios hijos lo que le inspiraba aquel angelito? Fuese cual fuese el origen, el amor por la niña añadía un sabor único a aquel delicioso cuenco de paz que ahora mismo parecía lleno a rebosar.

Entre estas reflexiones, que deleitaban su mente como el olor del incienso, y las horas que pasó trotando junto a su tío, que le relataba historias de los furiosos combates vividos en la cruzada de Federico, la jornada de cabalgata se le hizo corta. Las impresionantes murallas grises de San Pietro, el monasterio benedictino que era el baluarte sur de la poderosa ciudad de Perusa, aparecieron ante ellos casi antes de que Amata se diera cuenta de que habían llegado. Sabía que era demasiado tarde para ver a Fabiano, pero quizá después de alojarse y cenar en la posada de los benedictinos, pudiera verlo de lejos. La mayoría de las basílicas de los monasterios tenían una sección en la parte de atrás de la nave para los visitantes; en general

---

separada de los monjes con una reja. Tal vez durante completas pudiera identificarlo entre las siluetas que se inclinaban en los bancos de los monjes o distinguir su voz entre las del coro.

Esta última imposibilidad la hizo sonreír. Sin duda la voz de Fabiano se había profundizado desde la última vez que ella la había oído. Ahora no reconocería su sonido. Su hermano menor era ya un joven de diecisiete años.

Fray Anselmo estaba sentado en un taburete delante de un pupitre, alerta como un gorrión a la actividad de su alrededor. Una de sus tareas, como cillerero ayudante, era hacer el inventario de todo lo producido para San Pietro en las parcelas del monasterio, el arrendatario que lo había producido, y la cantidad y la calidad del producto. Hoy eran piezas de tela para los hábitos de los monjes, el producto de la actividad doméstica durante el largo invierno. El hermano cillerero le dictaba los detalles y el joven escribía.

Su rostro pálido brillaba angelicalmente a la luz de la vela que ardía en un candelabro junto al pupitre. Preparó una nueva hoja y la comenzó como siempre con las letras AMDG: *Ad Magnum Dei Gloria*, para mayor gloria de Dios. La orden de San Benedetto daba al canto de los salmos el nombre de Opus Dei, la Obra de Dios, y Anselmo se aplicaba a su labor con la misma convicción. Se sujetaba al borde del pupitre con la mano libre para afirmarse mientras escribía, y enganchaba el pie bueno a la pata del taburete para tener más equilibrio. Apenas alzó la mirada cuando el hermano posadero entró en el almacén, convencido de que el monje habría ido a por algo para la posada.

El hermano conversó en voz baja con el cillerero durante unos momentos, y después este último llamó a su ayudante.

—Anselmo, tienes compañía en el patio de visitantes. Ya acabaremos esto más tarde.

El monasterio permitía que los monjes recibieran visitas una vez al año, pero incluso así la noticia lo pilló por sorpresa. Con cada año que pasaba en San Pietro, la primera mitad de su breve vida le parecía cada vez más distante.

—¿Mi tío?

—Sí, el conde Guido está aquí —respondió el posadero—, y esta vez ha traído con él a una joven.

Anselmo saltó del taburete, aterrizó con el pie bueno, y sonrió de oreja a oreja.

—¡Amatina! ¡Nunca tuve ninguna duda de que algún día se saldría con la suya! —Cogió un par de rústicas muletas que estaban contra la pared.

—¿Tu hermana desaparecida? ¿Cómo puedes saberlo?

---

—Tendrías que conocerla, hermano. ¡Nadie ha conseguido vencerla nunca en lo que sea! Si puedes imaginarte a uno de nuestros corceles perusinos cargando contra el viento del norte cuando baja de las montañas, y se niega a doblegarse ante los elementos, o avanzando en medio de una lluvia de flechas sin temer por su seguridad, entonces comenzarás a hacerte una idea de lo tozuda que es mi hermana.

—Eso sí es ser tozudo. —Y el cillerero soltó una carcajada—. Ruego porque estés en lo cierto. Ahora ve y disfruta de tu visita.

Incluso arrastrando el pie tullido, Anselmo llegó al patio mucho más de prisa de lo que el hermano posadero hubiese creído posible, el fraile, como todos los demás monjes de San Pietro, quería al huérfano lisiado que había venido a vivir con ellos cuando era un niño. Era la mascota de todos, como lo era el galgo del abad, y lo mimaban descaradamente hasta donde les permitía la orden.

El posadero le señaló al hombre y la mujer que esperaban al otro extremo del patio, y después se retiró al claustro. Anselmo vio que su tío empujaba suavemente a la mujer mientras él cruzaba el patio.

—¡Fabiano! —gritó ella y echó a correr. Lo abrazó con tanta fuerza que casi lo hizo caer—. ¡No te hubiese reconocido!

—Anselmo —corrigió él con una sonrisa y un tanto avergonzado—. Ahora soy fray Anselmo, y no creo que deba abrazar a una mujer. Quizá tenga que postrarme delante de toda la comunidad y confesarlo en nuestra reunión capitular de mañana por la mañana.

—¡Paparruchas! —Amata se apartó un paso y lo miró de pies a cabeza—. ¿Estás bien? ¿Las heridas todavía te duelen?

—Estoy bien y no me duelen. Estoy vivo y soy más feliz que nunca, Amatina. De no haber sido por los asaltantes, hoy no estaría aquí, y éste es el lugar que me reservaba el destino. Tú también has sobrevivido. Lo sabía.

—Sí, sobreviví. —Quizá, a fin de cuentas, eso fuese todo lo que su hermano necesitaba saber.

—¿Quiénes eran los hombres que nos atacaron? Un campesino que los vio cuando se te llevaban sólo dijo que cabalgaban hacia el este. El tío Guido te buscó por todas partes. Fue como si te hubiese engullido la tierra. —El muchacho miró a su tío para que lo confirmara.

—Eran mercenarios —dijo Guido—. Caballeros de Asís contratados por un mercader que había discutido con tu padre la semana anterior.

—Porque no quería pagar el peaje para cruzar nuestras tierras —añadió Amata.

Anselmo sacudió la cabeza al escuchar estas últimas palabras.

—Así fue como comenzó, pero había algo más —declaró—. Yo estaba en la puerta. Papá le gritó al mercader. Dijo que conocía el significado del anillo que éste llevaba,

---

porque él también tenía uno igual. Se lo mostró y afirmó que si le hacían daño a alguien de su casa, revelaría su significado a todo el mundo.

—No escuché esa parte. —Amata se sonrojó al recordar el momento en que había visto a Orfeo por primera vez—. Me distrajo un chico bastante bien parecido que iba en la caravana del mercader.

—¿Así que tú crees que el mercader mató a tu padre por el anillo y no por los peajes? —la interrumpió el conde.

—Parece probable.

—Pero papá lo recibió de *nonno* Capitanio —le dijo Amata a su tío—. Está claro que el abuelo no hubiese señalado deliberadamente con él a su hijo para que lo mataran, como hizo el padre de Orfeo.

—No, por supuesto que no —afirmó Guido—. Tal como era nuestro padre, probablemente consideró que el significado era demasiado importante como para no conservarlo, sea cual sea ese significado. Está claro ahora que Buonconte lo sabía. ¿Alguna vez te dijo algo al respecto, Anselmo?

—No, yo ni siquiera había visto el anillo hasta aquel día —contestó el muchacho—. Tampoco sabía que me lo hubiese metido en el bolsillo cuando me dijo que saltara por la ventana. El hermano que te lo devolvió lo encontró mientras me curaban las heridas. Lo que fuese que papá sabía, se perdió con él.

—Estoy pensando que deberíamos destruir ese anillo cuando regresemos a casa —le dijo el conde a su sobrina—, y tú tendrías que recomendarle a tu Orfeo que haga lo mismo con el suyo. Estos anillos nos han traído la desgracia a todos.

—Al menos sabemos que el de Simone está enterrado, aunque no en su dedo, sino en el de su hijo. Tú te encargaste de que así fuese —manifestó Amata, con una expresión severa.

Anselmo miró de nuevo a su hermana y súbitamente se echó a llorar, y así permitió que también ella diera rienda suelta a sus lágrimas. Luego comenzaron a reírse el uno del otro, incluso mientras se enjugaban las lágrimas con las mangas, como si volviesen a tener nueve y once años. Amata cogió a su hermano de la manga del hábito y se lo llevó a un banco, donde comenzaron una ronda de recuerdos de la infancia. El conde les contó historias de los primeros días en el Coldimezzo, antes de que nacieran, de cuando él y su hermano Buonconte eran niños.

Anselmo habló largamente de su vida llena de felicidad en San Pietro, de su trabajo en el monasterio, de cómo su capacidad para los números le había servido para trabajar en los almacenes del cillerero, de su alegría al ser útil para la comunidad a pesar de sus limitaciones físicas. Les contó que Amata era la primera mujer que había visto en casi ocho años, una visión tan rara como la visita de un ángel, y la toca le pareció algo muy curioso y ridículo, sólo por el hecho de no haber visto una en tanto tiempo.

---

Después fue el turno de Amata de narrarle sus días en San Damiano y su vida en Asís. Su hermano pareció desilusionado de que ella no hubiese deseado ser una hermana lega. ¿Cómo podía alguien no preferir una vida dedicada a Dios?

Amata se había reservado su mejor sorpresa para el final.

— ¿Cómo podría ser una monja y estar casada al mismo tiempo?

— ¿Estás casada?

— Todavía no —respondió Amata, radiante—, pero ocurrirá muy pronto. Cuando lo esté, llamaremos Fabiano a nuestro primer hijo... y al segundo, Anselmo. Seguiremos teniendo a un Fabiano en la familia y a dos Anselmos. —Se preguntó si debía explicarle que Orfeo era el hijo del hombre que había contratado a los asesinos, pero decidió que no tenía sentido. En cambio, sí le habló de la amistad de Orfeo con el papa y de su viaje a Roma, porque sabía que eso impresionaría al joven monje.

En algún momento, durante el largo día de vidas compartidas, apareció el posadero con comida y bebida para que no tuvieran que abandonar el patio. Luego, inevitablemente, a medida que se acababa la tarde, sonó la campana que llamaba a vísperas y Anselmo tuvo que regresar a la vida monacal.

— ¿Volverás? —preguntó Anselmo.

— Todos los años —prometió Amata—. Con toda la frecuencia que nos permitan.

La siguiente pregunta de su hermano la sorprendió.

— ¿Has perdonado ya a los asesinos de nuestros padres? No conocerás la paz hasta que lo hagas.

A la joven le costó responder. —La mayoría ya han muerto, y me alegró verles morir. Por muchas razones, no he olvidado la venganza durante todos estos años, pero no me falta mucho para hacerlo. Pregúntamelo de nuevo cuando venga a visitarte el año que viene con mi marido.

— Entonces hasta el año que viene. Reza por mí, como yo lo hago por ti.

Anselmo se levantó y se calzó las muletas debajo de los brazos. Entonces, antes de que pudiese volver a protestar, Amata le dio un beso en la mejilla.

— Un beso de despedida —dijo ella—, porque no estamos muertos.

Fray Giovanni no mencionó nunca más el tema de los anillos. El antiguo ministro general parecía lamentar haber dicho tanto, y Conrado no lo presionó. En cambio, escuchaba pacientemente mientras Giovanni hablaba de sueños, visiones y apariciones.

---

En un sueño estaba sentado junto a un río y observaba impotente cómo muchos de sus frailes, cargados con pesados fardos, entraban en las aguas turbulentas. La fuerza de la corriente los arrastraba y todos morían ahogados. Pero mientras lloraba, llegaban otros frailes sin carga alguna, y estos hermanos cruzaban el río sin problemas.

—La verdad es que la orden necesita más que nunca de tu guía —dijo Conrado—. Los primeros frailes son los hermanos conventuales que cargaron sobre sí mismos con todo el bagaje de este mundo. El segundo grupo son los espirituales, que siguen fieles a la regla de pobreza de san Francisco y están contentos de seguir al Cristo desnudo en la cruz. Podrías haber cruzado el río fácilmente con ellos.

—Supongo que en mi corazón estaba más cerca de los espirituales —admitió Giovanni—, aunque intenté mantenerme por encima de las facciones cuando dirigía la orden. Sin embargo, los ministros provinciales intuyeron mis verdaderos sentimientos, y por eso ahora te hago compañía.

Una noche, las cadenas de Giovanni sonaron con tanta fuerza que arrancaron a Conrado de su sueño. Asustado por la posibilidad de que los demonios estuviesen atormentado al débil anciano, el fraile imploró en voz alta la ayuda de sus ángeles guardianes y sacudió a Giovanni para librarlo de la pesadilla.

—Soñaba con fray Gerardino y sus herejías —le explicó el viejo cuando se recuperó—. Temo por su alma, y no obstante no es más culpable que los cronistas de la historia de nuestra orden. Su afirmación de que el nacimiento de san Francisco marcaba el segundo advenimiento de Jesús no es más que una lectura lógica de las leyendas.

»Estoy seguro de que has estado en el interior del establo donde la dama Pica dio a la luz a Francisco, a pesar de que su marido era el comerciante más rico de Asís. Según cuentan las historias, un anciano proclamó la santidad de nuestro fundador cuando aún era un bebé, como hizo Simeón durante la presentación de Nuestro Señor en el templo. Más tarde, cuando el joven Francisco viajó a Roma para obtener del papa Inocencio la aprobación de su nueva orden, tenía como compañeros exactamente a doce discípulos. Uno de ellos, fray Giovanni del Capello, acabó abandonando la orden, incapaz de soportar los rigores de la norma. Los cronistas lo calificaron de segundo Judas. De esta manera se teje la hebra a través de todas las historias sobre las obras y milagros de Francisco.

»En los frescos de Giunla da Pisa pintados en la cripta, los acontecimientos de la vida de nuestro fundador están enfrentados a los hechos de la vida de Jesús. Esto no se había hecho nunca antes con ningún otro santo. En cualquier otra basílica, encontrarás escenas del Nuevo Testamento enfrentadas a escenas del Antiguo. Pero jamás se ha comparado directamente a criatura humana alguna, ni siquiera a un gran santo, con Nuestro Bendito Señor.

---

El vago cinismo de Giovanni inquietó a Conrado. Nunca había oído a un fraile expresar dudas sobre la verdad literal de las leyendas, aunque Leo a menudo hablaba de una verdad más profunda. Desde luego no esperaba semejante muestra de escepticismo por parte de un antiguo ministro general.

—Sin embargo están los estigmas —señaló Conrado—. Doña Giacomina sostuvo en sus brazos el cuerpo herido y casi desnudo de Francisco cuando murió. Me dijo que le recordó exactamente al de Jesús cuando lo bajaron de la cruz.

—Es verdad —admitió Giovanni—. Están los estigmas, y con ese milagro ya basta para considerar a san Francisco como un segundo Cristo.

Conrado no tuvo bastante con la admisión.

—También está el testimonio del hermano que en una visión vio entrar a Nuestro Señor en la catedral de Siena, seguido por una multitud de santos. Cada vez que Jesús levantaba Su pie, la huella quedaba grabada en el suelo. Todos los santos hicieron lo imposible por colocar sus pies en las huellas de sus pisadas, pero ninguno de ellos consiguió hacerlo bien. Entonces llegó san Francisco y colocó sus pies directamente en las huellas de Jesús.

—Sé de muchas de esas pruebas —dijo Giovanni—. Así y todo, yo hubiese preferido que los historiadores de la orden no hubiesen insistido tanto en la comparación. Podrían haberle evitado a Gerardino su herejía o, lo que es más importante, la pérdida de su alma inmortal.



## Capítulo XXXVI

Amata, de pie delante de la chimenea de su gran salón, apretó en la mano la carta cerrada de Orfeo mientras el desdentado mercader romano charlaba incansable de su viaje desde la ciudad. En el rostro de ella la sonrisa se le había petrificado y mantenía la mirada fija en la peluda verruga en la nariz del hombre. ¿Es que Pío no tenía intención de responder a sus llamadas? Finalmente el muchacho apareció, y Amata le pidió que se llevara al hombre a la cocina, después de haberle repetido su gratitud.

Corrió al patio, donde podía disfrutar del sol del mediodía y sentarse a leer sin que nadie la molestara. Arrancó el lacre y desenrolló el pergamino.

*Cara mia,*

*Los días se hacen muy largos, no tanto porque se acerque el solsticio sino porque continuamos separados. Tú eres mi único pensamiento. Sueño con la niña de la trenza de ébano y con una mujer en un prado con el sol brillando en sus cabellos. ¿No es extraño? Aunque tú te quejas porque el pelo sólo te llega a los hombros, yo veo mechones que flotan sobre tus brazos, y que están cargados con flores. Creo que es profético, los pimpollos son los niños, los frutos de nuestro futuro amor.*

*Mi misión, lamento decirlo, ha fracasado, o al menos está demorada. Llegar hasta Gregorio es casi imposible. Ya desesperaba de verlo alguna vez, cuando encontré a un amigo, fray Salimbene, que forma parte de la delegación de frailes en Lyon. Me presentó a un segundo fraile, Girolamo d'Ascoli, el ministro provincial de Dalmacia y desde hace poco legado de Gregorio en las iglesias orientales. Creo que fray Girolamo no es un admirador de Bonaventura, porque cuando le expliqué mi propósito, pareció agradecer la oportunidad de molestar a su ministro general. En cualquier caso, me consiguió una audiencia y me ayudó a presentar mi caso. El papa se alegró sinceramente al verme, pero no me concedió mi petición de inmediato por miedo a ofender a Bonaventura, su más leal partidario y aliado durante este año. Sin embargo, por el amor que me profesa, Gregorio dijo que no tomaría una decisión definitiva en aquel mismo momento, y que hablaría con el ministro general después del consejo.*

---

*Insistió en que mañana navegue con él a la Provenza; una vez más será su amuleto de la suerte. Acepté, con la esperanza de un cambio de parecer en cuanto se acabe el consejo. Desde Marsella, continuaremos viaje en una barcaza río arriba por el Ródano hasta Lyon. Es probable que las reuniones en la catedral de Lyon ya hayan comenzado cuando tú recibas esta carta. Dios mediante, espero estar de regreso para finales de junio, en compañía de fray Salimbene. El hombre es un cronista, y siente una infinita pasión por la historia, especialmente en todo lo que se refiere a su propia orden.*

*Aquí los días son cada vez más calurosos, pero helados en comparación con el fuego que arde en mi pecho. Pensar que una vez lamenté la oportunidad perdida de ganar tesoros en Catay, mientras que un tesoro más grande yacía oculto en la ciudad que me vio nacer. Cada noche, doy gracias a Dios por mi buena fortuna al encontrarte. Una vez soñé con bañarme en los claros lagos de Catay, pero ahora sólo deseo sumergirme en los oscuros lagos de tus ojos.*

*Debajo de la ventana de mi habitación, un grupo de viejas comadres escarban entre las basuras como cuervos en un campo sembrado. Van de aquí para allá con sus faldas negras y dan vueltas lentamente en su búsqueda hasta que por fin, con los delantales llenos de leña, se marchan a sus casas. De la misma manera rondaré a nuestro papa hasta que finalmente regrese a tu lado, con mi misión cumplida. Hasta entonces, recuerda a tu solitario servidor y tenme presente en tus oraciones, consciente de que yo seré siempre,*

*Innamorato tuo,*

ORFEO

Amata releyó la carta varias veces, mientras se tironeaba de un mechón rebelde. Aunque se sentía desilusionada por las noticias referentes a Conrado, volvió una y otra vez a los pasajes que proclamaban el amor de Orfeo. Había ido viendo a un hombre cada vez más feliz mientras se recuperaba en el Coldimezzo e iba aceptando poco a poco la pérdida de su amigo carretero; un Orfeo con los ojos chispeantes y la risa fácil. Agradeció su pasión, las palabras capaces de derretir el corazón de cualquier mujer; el fuego que ardía en él hacía que un reconfortante calor recorriera sus miembros mientras leía.

No obstante, había en la carta otras palabras que le preocupaban. Quizá no era más que la manera de hablar de los mercaderes, pero su mente se retraía cuando él la comparaba con un «tesoro» y la «buena fortuna». Se preguntó si su interés estaba animado de verdad por el amor o si respondía al impulso de conseguir el capital necesario para comerciar en lugares lejanos. Quizá desde el episodio con Roffredo

---

Gaetani se había vuelto demasiado desconfiada y creía que a todos les interesaba sólo su fortuna.

También la había sobresaltado la mención de Catay. Recordó las historias que él le había relatado de su amigo Marco, que no había conocido a su padre hasta cumplir los diecisiete años. «Ningún hijo mío sufrirá por tan larga separación —pensó—, ni yo tampoco». No quería a un marido sólo nominal. Eso era algo que Orfeo y ella tendrían que resolver antes de tomar una decisión definitiva. Afortunadamente, gracias a la voluntad de su tío Guido de actuar como su tutor, el matrimonio era ahora una opción y no una necesidad.

Oyó el sonido de unas pisadas detrás de ella. Amata se volvió. Era su tío que la miraba, con las manos cogidas a la espalda, y una expresión de curiosidad en el rostro.

—Una carta de Orfeo —le dijo Amata. El conde no respondió, pero ella comprendió la pregunta en sus ojos—. Sé que debería amarle —añadió—, pero algunas de las cosas que dice me preocupan. Así y todo, hay una cosa de la que estoy segura: lo prefiero a cualquier otro hombre. ¿Crees que es una base fuerte y suficiente para un matrimonio, tío?

Guido sonrió con la sabia expresión de quien ya ha cruzado el mar.

—Sabrás la respuesta cuando lo vuelvas a ver, Amatina. En cualquier caso, uno se puede casar por amor y al despertarse descubrir que el amor en sí también puede ser un trabajo.

Amata se pellizcó el labio inferior mientras pensaba.

—Pero si me casara por cualquier otra razón, ¿no acabaría por ganarme el amor de mi marido, y así salvarnos ambos de la desesperación?

—Todo saldrá bien, niña —afirmó su tío—. Has sobrevivido entre los bárbaros. Estoy seguro de que también sobrevivirás al matrimonio con Orfeo.

Reanudó su paseo mientras musitaba para sus adentros:

«Una peculiar generación. Casarse por amor. Eso a nadie se le hubiese pasado por la cabeza en mis tiempos».

Orfeo se puso una túnica limpia, se pasó la mano por los cabellos, y siguió al mensajero del papa al refectorio de los franciscanos. Gregorio había invitado a Orfeo, como sobrino de san Francisco, a cenar con él y los frailes que hablarían en el segundo día del consejo general.

La comitiva del pontífice ocupaba toda la cabecera. Una mano que se agitaba al extremo de la mesa llamó la atención de Orfeo. Fray Salimbene le había guardado un

---

sitio en el banco, entre él mismo y fray Girolamo d'Ascoli, el fraile que había ayudado a Orfeo para que pudiese ver al papa. El pequeño y movedizo Girolamo, con sus facciones delicadas, la tonsura canosa y los brillantes ojos azules, contrastaba con el rubicundo y desaliñado Salimbene.

Gregorio estaba de muy buen humor. Bendijo la comida y añadió un agradecimiento especial por el feliz resultado de la primera sesión del consejo general, sobre todo por la exitosa reconciliación con la Iglesia oriental.

Orfeo, que aquella mañana había llegado tarde a la catedral, se había visto imposibilitado de pasar más allá de la puerta debido a la multitud que llenaba el crucero. Sin embargo, gracias a una conversación previa con Gregorio, sabía que cerrar la brecha entre las Iglesias era el primer punto de la agenda de su amigo. De puntillas, y ayudado por los comentarios de las personas que tenía delante, Orfeo había alcanzado a ver a la delegación oriental con sus regias vestiduras cuando se adelantaban para arrodillarse delante del trono papal. En voz alta, habían declarado: «Aceptamos la primacía y todas las costumbres de la Iglesia occidental». Aceptaron también cada uno de los puntos señalados por Gregorio, que incluían la cláusula filioque en el credo, que proclamaba la progresión del Espíritu Santo desde el Padre y el Hijo, y el uso del pan ázimo en la liturgia de la eucaristía.

Mientras Gregorio repetía su placer por los acontecimientos del día, Orfeo le susurró a fray Girolamo:

—¿Qué ha conseguido a cambio la Iglesia oriental?

Sabía que, como enviado de Gregorio ante el emperador bizantino Miguel Paleólogo, conocía a fondo las sutilezas de las negociaciones.

—Muy poco —respondió el fraile en voz baja—. Prometimos tolerar la liturgia griega.

—¿Nada más?

—Debes comprender, joven lego, que la capitulación de Miguel nada tiene que ver con motivos religiosos. Los sarracenos cada año estrechan más el cerco a su imperio. Necesita de nuestro apoyo militar, y no está en posición de discutir. —Mojó un trozo de pan en el caldo y, con la sombra de una sonrisa, añadió—: Dios consigue Sus fines por los medios más extraordinarios, sin desdeñar ni siquiera a las hordas paganas.

El nivel de voces fue subiendo alrededor de la mesa, y fray Salimbene casi tuvo que gritar cuando comentó:

—Puedes estar seguro de que el resto del consejo no será tan plácido para nuestro Santo Padre. Los cardenales tardaron cuatro años en elegirlo como sucesor de Clemente. En el futuro, quiere que, después de la muerte de un papa, éstos queden confinados en sus celdas y dejen de percibir ingresos, hasta que hayan escogido al siguiente papa.

---

—Ése es sólo uno de los temas —puntualizó Girolamo—. Mañana tampoco será agradable. Comenzarán las acusaciones contra el clero secular.

Si bien los frailes predicadores y los menores estaban ahora bien representados en las filas de los prelados —obispos, arzobispos e incluso cardenales— Gregorio creía que todos los males del mundo provenían de los sacerdotes y prelados seculares, los que no juraban obediencia a ninguna comunidad religiosa.

Salimbene se limpió con la manga un churrete de salsa que le chorreaba por los pliegues de la papada. Guiñó un ojo y sonrió con picardía.

—*Non est fumus absque igne*. No hay humo sin fuego. Es posible que incluso algunos cardenales se chamusquen.

—¿Incluido tu cardenal Bonaventura?

La expresión risueña de Salimbene al escuchar la pregunta le confirmó a Orfeo su ingenuidad en aquel tipo de temas.

—No, no —contestó el fraile—. Él será el acusador contra los seculares.

Orfeo siguió las miradas que ambos frailes dirigían a fray Bonaventura, sentado junto al papa. El cardenal mordisqueaba con entusiasmo una costilla de cerdo chorreante de grasa.

—A este paso, nuestro ministro general tendrá tu misma figura, fray Salimbene —comentó Girolamo, con un tono burlón. Hablaba con la dicción contenida de un orador experto, y cada palabra resonaba en su paladar antes de salir de sus labios.

—Sí, y ya sería hora. Sin embargo, habrás notado que todavía no tiene mi alegre disposición ni mi rubicunda salud. Todavía está un poco demacrado para mi gusto, y fíjate en esas bolsas debajo de los ojos. Salimbene sacudió la cabeza como una manifestación de falsa conmiseración—. Incluso Su Santidad se preocupa por él. ¿Habéis visto la preocupación en el rostro papal?

Orfeo sonrió al escuchar los comentarios burlones que hacían de Bonaventura, a quien el resto del mundo alababa. Desde que el papa y su comitiva habían llegado a Lyon, había oído en repetidas ocasiones el rumor de que Gregorio estaba preparando a Bonaventura como su sucesor, una noticia deprimente para su meta de conseguir el perdón para el fraile amigo de Amata. Volvió al tema del debate del día siguiente.

—Por lo que parece, mañana tendré que ir en ayunas a la catedral si quiero conseguir un asiento de primera fila.

—Será un espectáculo muy animado, desde luego —asintió Salimbene—. No querrás perderte detalle. Guárdate esta media barra de pan en el bolsillo. —El fraile ensartó el pan con su cuchillo y se lo ofreció a Orfeo—. Si nunca has visto las vidrieras de la catedral desde dentro, con la primera luz del día, te espera otro espectáculo formidable.

---

Orfeo pasó de la luminosa y cálida mañana de junio a la fría penumbra de la catedral. Hasta donde alcanzaba a ver a la luz del solitario cirio encendido en el altar principal, había sido el primero en entrar por las enormes puertas del crucero.

Lyon no sólo había crecido desde su visita cuando era un niño, sino que las obras en la catedral habían progresado hasta el punto de que toda Provenza se vanagloriaba de sus vidrieras. Había estado en Lyon una vez con su padre, durante la feria anual textil que comenzaba a la semana siguiente de la Pascua y duraba toda la primavera. Entonces, la actividad en la catedral era incesante. Orfeo había visto a nobles y damas uncirse a los yugos de los carros y, como bestias de carga, arrastrarlos cargados con piedras, maderos, aceite y grano hasta la obra. Por la noche, los trabajadores formaban un semicírculo con los carros alrededor de la construcción, y ponían en cada uno velas y lámparas encendidas. Celebraban la vigilia con himnos y cánticos y colocaban a sus enfermos en los vehículos. Después les llevaban las reliquias de los santos para que los curasen de sus males.

Mientras las imágenes de aquel viaje llenaban su mente, sus ojos se acomodaron a la penumbra; la forma del interior de la catedral fue emergiendo lentamente. Advirtió que el edificio no se sostenía con los recios pilares de las iglesias de estilo romano de su tierra, sino que las delgadas columnas se elevaban y hacían que sus ojos mirasen instintivamente hacia el techo, en busca de su punto más alto, en algún lugar de las sombras de la cúpula donde quizá se podría encontrar la revelación de los misterios de Dios. Todo llevaba hacia arriba, directamente hacia el cielo. A su tío Francisco quizá le hubiese gustado, pensó, a pesar del elevado coste. Mientras las primeras órdenes amasaban y ahorraban, su tío gastaba, derrochaba su fortuna y dispersaba a sus frailes a los cuatro vientos. El suyo había sido un movimiento en todos los sentidos de la palabra, igual que el diseño de aquella nueva iglesia.

Mientras el mercader contemplaba el triforio, una luz débil se filtró a través de las figuras en las ventanas de arco apuntado y la delicada tracería de los rosetones que había más arriba. Angeles, santos y figuras bíblicas llenaban todos los cuadrados y curvas mientras los plebeyos artesanos de Lyon estaban en todas las esquinas o dedicados a sus tareas diarias de amasar, encurtir o tejer, para que el admirado espectador supiese quién había pagado aquellas fabulosas creaciones. Pero el sosegado preludio apenas preparó a Orfeo para el polícromo motete que vino a continuación. A medida que el sol se elevaba por el este del Ródano, la luz llenó el ábside por completo. Rayos de mágicos tonos se fragmentaron en todas direcciones, y todos los colores de la túnica de José cayeron sobre el altar y el dorado trono papal colocado para el consejo, y atravesaron la penumbra de la nave como una riada de seres celestiales vestidos con los colores del arco iris. Se imaginó los coros astrales cantando sus incesantes aleluyas en alabanza del Altísimo mientras cabalgaban los rayos hasta la tierra.

Desafortunadamente, el hechizo no podía durar. La puerta del pórtico fuera del crucero comenzó a abrirse y cerrarse a medida que entraban los ciudadanos

---

dispuestos a presenciar el debate del día. Orfeo se apostó en la esquina donde el crucero cruzaba la nave, para así tener una visión despejada del papa y los frailes en el frente de la iglesia. Metió la mano en la bolsa que llevaba sujeta al cinturón y sacó el pan seco que se había reservado de la cena.

—*Vin, monsieur?* Un vaso de mi jarra por una moneda.

Aquella era una agradable sorpresa; una sorpresa, porque una de las reformas propuestas por Gregorio limpiaría las iglesias de la profanación de los vendedores. Orfeo opinaba que el papa haría muy bien si conseguía echar a las prostitutas de los rincones más oscuros.

La puerta principal, en el extremo oeste de la nave, se abrió de par en par, y Orfeo se metió en la boca el último trozo de pan. Bajo un palio blanco, el papa Gregorio X entró en la catedral en cabeza de la procesión. Vestía una casulla blanca con una cruz azul claro en el pecho. Los escarpines de seda y la tiara también eran blancos, y las borlas de la tiara estaban tejidas con hilo de oro. En la mano derecha, un sencillo cayado de madera hacía funciones de báculo para marcar su paso medido. Mientras se sentaba en el trono y los canónigos de la catedral acomodaban el palio sobre la silla papal, el ojo experto de Orfeo vio que la tela de la casulla era una sencilla sarga de Reims. Los cardenales venían a continuación, con sotanas rojas, y capas y sombreros de ala ancha, seguidos por los obispos, los clérigos y los testigos de las órdenes menores y los frailes predicadores. Los representantes de las órdenes y de los seculares se acomodaron, como si se hubiesen puesto de acuerdo, en ambos lados opuestos de la nave. Los frailes en la pared sur, de cara a Orfeo; los seculares de espaldas a él.

Intentó llamar la atención de Salimbene, pero el fraile mantuvo su aspecto circunspecto, y no dio ninguna muestra de haberlo visto. El viejo fray Illuminato, el obispo de Asís, sentado a la derecha de Bonaventura, oficiaba como su secretario en ausencia de Bernardo de Bessa. Orfeo también reconoció a Girolamo d'Ascoli y otros de sus compañeros de cena: el menor francés Hugues de Digne, y el fraile-arzobispo de Ruán, Odo Rigaldi. A la izquierda de Bonaventura se sentaba el ministro general de los frailes predicadores de Santo Domingo, vestido con un hábito blanco.

El papa Gregorio habló el primero sin levantarse, y su mirada pasaba de una zona a otra.

—Hay quienes afirman que los sacerdotes y prelados seculares ya no están capacitados para predicar, escuchar confesiones o celebrar la eucaristía. Muchas ciudades me han solicitado el envío de frailes para realizar estas funciones, porque han perdido la confianza en sus propios clérigos. A su vez, los clérigos replican que los frailes se comportan incluso peor que ellos, y que los privan de sus legítimos ingresos al abarcar tareas que son prerrogativa exclusiva de los seculares. Hoy, comenzamos el examen de ambos cargos, y primero escucharemos a la delegación de los frailes.

---

Le hizo un gesto al cardenal Bonaventura. El ministro general de las órdenes menores se levantó sin prisas, una plácida pero imponente presencia. Su actitud indicaba que también él había oído, y creído, los rumores de que sucedería a Gregorio como papa. El fraile hablaba casi con cansancio, pensó Orfeo, como un banquero que cuenta el dinero en la caja.

—El mundo parece estar hoy mucho peor que antaño. La clerecía debilita a los legos, tanto en la moral como en la fe, con su pernicioso ejemplo. Muchos no son castos, tienen concubinas en sus casas, o pecan aquí y allá con diversas personas. La gente sencilla puede creer que estos pecados son aceptables a los ojos de Dios porque nosotros, los frailes, no predicamos contra ellos; y las mujeres engañadas pueden creer que no es una falta pecar con estos sacerdotes, porque bien es sabido que muchas han sido convencidas para que lo hicieran. Por otra parte, una mujer honesta teme perder su reputación si se confiesa secretamente con tales clérigos.

»El último legado papal en Alemania suspendió a los clérigos que solicitaron poder pecar con monjas. Los suspendió de oficio y beneficio, y excomulgó a todos los que realmente pecaron con ellas. Y fueron muchos los que recibieron esta sentencia.

»Sin embargo, estos mismos clérigos excomulgados siguieron en sus parroquias como si no hubiese sucedido nada, continuaron crucificando a Cristo todos los días. Sus confesiones y absoluciones no tenían valor alguno, y no podían officiar misas. De esta manera, parroquias enteras fueron enviadas al infierno por comunicarse con un excomulgado. El diablo ganó más almas por estos medios que de cualquier otra manera. Los sacerdotes impuros, los nacidos ilegítimamente, los simoníacos, todos ellos han perdido el poder de consagrar y el poder de perdonar los pecados.

»Así y todo aún hostigan a los frailes en sus servicios. Si tuviésemos que depender de la voluntad del sacerdote local para cumplir con nuestros ministerios, ni siquiera nos permitirían quedarnos. Ya fuese por propia voluntad o por las instigaciones de sus obispos, nos expulsarían de sus parroquias antes que a los herejes o a los judíos.

Un rumor de protesta resonó en el lado opuesto de la nave.

—Generalizaciones. Infames generalizaciones —murmuró alguien, lo bastante fuerte como para que lo oyeran los frailes.

El fraile-arzobispo, Odo Rigaldi, se levantó de un salto.

—En 1261, el papa Urbano me pidió que convocara un consejo en Rávena para recolectar dinero destinado a sufragar la guerra contra los invasores tártaros. Los clérigos de vuestras parroquias se negaron a contribuir hasta no haber discutido la intrusión de los frailes en sus privilegios. —Odo miró furioso las filas de los seculares, y continuó con voz aguda—. ¡Sinvergüenzas! ¿A quién debo encomendar las confesiones de los legos bajo mi cuidado pastoral si las órdenes no están para escucharlos? Es algo que no puedo, en pura conciencia, encomendaros a vosotros, porque a las personas que acuden en busca de bálsamo para sus almas, les dais veneno. Lleváis a las mujeres detrás del altar con el engaño de la confesión, y allí os

---

comportáis como los hijos de Elí se comportaron en las puertas del tabernáculo, que es algo horrible de relatar y aún más horrible de cometer. Por eso el Señor se queja de vosotros por boca del profeta Oseas: «He visto una cosa horrible en la casa de Israel: éstas son las fornicaciones de Efraín». Por consiguiente, os ofende que los frailes escuchen las confesiones, porque teméis que se enteren de segunda mano de vuestros actos malvados.

—Generalizaciones —entonó la misma voz que se había quejado antes.

—¿El obispo de Olmutz se queja de que generalizo? —Odo señaló a un sacerdote apoyado en la pared de la nave—. Dime ¿cómo puedo encomendarle que confiese a las mujeres al sacerdote Gerard aquí presente, cuando sé muy bien que tiene su casa llena de hijos e hijas, y que se puede decir de él con toda justicia en palabras del salmista: «Tus hijos serán como jóvenes olivos alrededor de tu mesa»? ¿Y me dirías que Gerard es un caso único?

Paseó la mirada por los clérigos y finalmente se fijó en un obispo sentado en primera fila.

—Tú, Henri de Liege, ¿no tienes a dos abadesas y a una monja entre tus concubinas? ¿No presumiste en una ocasión de que habías engendrado catorce criaturas en veinte meses? ¿No es verdad que eres analfabeto y que fuiste nombrado sacerdote once años después de que obtuvieras un obispado?

Se sentó pesadamente, con las venas hinchadas en el grueso cuello, mientras el acusado Henri le replicaba con un tono de mofa:

—Nos condenan un fraile-cardenal y un fraile-arzobispo. Sin embargo, las filas de los frailes elevados a la prelatura apestan tanto o más con los mismos escándalos que nos atribuíis a nosotros.

Orfeo observó la expresión triste y pensativa en el rostro de Gregorio mientras se desarrollaba el debate. El papa sin duda esperaba ese antagonismo y parecía dispuesto, al menos por el momento, a dejar que se manifestara libremente.

La provocación de Henri había hecho que el ministro general dominico se levantara. Vestido con el hábito y la capucha blanca, tenía el aspecto de los santos de las vidrieras policromadas de la catedral. Su voz tenía un tono conciliador.

—Cuando Alberto Magno de nuestra orden aceptó el obispado de Ratisbona para llevar a cabo unas reformas que eran urgentes, nuestro general entendió su consentimiento como una terrible caída. «¿Cómo es posible que tú, en el ocaso de tu vida, estés dispuesto a manchar tu propia gloria, y la de los frailes predicadores, que tanto has hecho por aumentar? ¡Piensa en las consecuencias sufridas por aquellos prelados que aceptaron esos cargos; en lo que se ha convertido ahora su reputación; en cómo acabarán sus días!» Así que Alberto renunció al obispado y murió como un simple fraile en Colonia.

---

«Aunque llevo muchos años como cabeza de mi orden, no recuerdo ni una sola ocasión en la que Su Santidad el papa (no me refiero al buen papa aquí presente) o cualquier legado o capítulo catedralicio, me pidiera a mí, a cualquiera de nuestros superiores, o a alguno de nuestros capítulos provinciales, que les buscáramos un obispo digno. Al contrario, ellos eligen a voluntad a sus propios frailes, ya sea por razones de nepotismo, o por cualquier otro motivo no espiritual y, por lo tanto, no se nos puede atribuir culpa alguna por sus elecciones.

Se sentó, y fray Salimbene se levantó en el acto para continuar con el tema.

—Yo también, en mis viajes, he conocido a muchos frailes menores y frailes predicadores convertidos en obispos, pero más por el [avor de sus familias y sus parientes carnales que por el de su orden. A los canónigos de la iglesia catedral de cualquier ciudad, les interesa muy poco tener por encima de ellos como preladados a los santos hombres de las órdenes religiosas, por mucho que estos últimos destaquen en la vida y la doctrina. Temen ser censurados por ellos, porque en general viven entregados a los placeres de la lujuria y el desenfreno.

—¡Ooooh! ¡De nuevo la lujuria y el desenfreno! —clamó el bando clerical con un horror burlón.

—Sí, eso es lo que digo, y que Cristo permita que encontréis la flecha en pleno vuelo por vuestra burla.

Salimbene se enjugó el sudor del rostro enrojecido con un pañuelo. La temperatura en la catedral había subido considerablemente, abarrotada como estaba con tantos religiosos y espectadores.

Escuché este relato de boca de fray Umile de Milán, cuando se alojó en nuestra casa en Fano —continuó—. Durante una cuaresma, los montañeses le suplicaron que por amor a Dios y la salvación de sus almas, se dignara acudir a ellos, deseosos de confesarse. Así que acudió a sus montañas con un compañero, y allí hizo mucho bien con sus útiles consejos.

»Un día, una mujer fue a confesarse. Le dijo que, en dos ocasiones, no sólo había sido invitada, sino obligada a pecar por los sacerdotes que habían escuchado su confesión. Fray Umile respondió: «Yo no te he invitado a pecar, ni tampoco lo haré, sino que te invitaré a las glorias del paraíso, que el Señor te concederá si lo amas y haces penitencia». Mientras le daba la absolución, vio que ella empuñaba una daga, y le preguntó: «¿Por qué tienes una daga en la mano en un momento como éste?». Ella le respondió: «Padre, tenía el propósito de apuñalarme y morir en mi desesperación si tú me hubieses invitado a pecar como hicieron los otros sacerdotes».

El fraile se inflamaba con su propia oratoria, y sus abultadas mejillas mostraban un rojo tan encendido que Orfeo temió que pudiese sufrir una apoplejía.

—Conozco sacerdotes que prestan dinero en usura —prosiguió—, forzados a enriquecerse para alimentar a sus numerosos bastardos. Conozco sacerdotes que

---

regentan tabernas y venden vino, y, con sus casas llenas de hijos bastardos, pasan la noche en pecado y celebran misa al día siguiente. Y después de dar la comunión a los fieles, estos sacerdotes dejan las hostias consagradas restantes tiradas en cualquier sitio, aunque son el Cuerpo de Nuestro Señor. Tienen los misales, los corporales y los ornamentos de la iglesia en un estado deplorable, cubiertos de mugre. Las hostias que consagran son tan pequeñas que apenas se ven entre sus dedos, y no son redondas, sino cuadradas, y manchadas de excrementos de mosca. Emplean el vino más ordinario o vinagre en la misa...

—¡Cosa que ciertamente ofende a un fraile famoso por beberse los mejores vinos de media cristiandad! —gritó una voz desde el fondo de la catedral.

En ese momento, uno de los cardenales se levantó de su banco y avanzó por la nave hacia el centro de la controversia, con la capa roja ondeando detrás de él. Con las cejas prominentes, los ojos amarillos y la nariz picuda, a Orfeo le recordó a un halcón lanzándose sobre su presa. El joven miró en derredor.

—¿Quién es ése? —preguntó.

La mayoría se encogió de hombros, pero un hombre con una larga túnica negra y el birrete cuadrado de los universitarios le susurró:

—Benedetto Gaetani. Un paisano tuyo, a juzgar por tus vestiduras. Aspira al papado.

Benedetto se inclinó ante el trono del pontífice.

—Perdón, Santo Padre. Sé que este día está reservado para el testimonio de los frailes, pero ya no puedo quedarme callado ante los escándalos que he presenciado en mi propio distrito. Como Su Santidad sabe, soy de Umbría, un hombre de Todi. Toda mi vida la he pasado en la misma tierra que acoge a estos frailes menores—. Hizo una pausa para señalar a Bonaventura—. Mi estimado hermano cardenal sabe muy bien que sus hijos errantes son tan corruptos como los clérigos. Abusan de su libertad con la glotonería y el trato con mujeres. Sabe mejor que cualquiera de los presentes por qué las órdenes menores se han visto forzadas a renunciar una y otra vez a que los frailes sean los directores espirituales de las clarisas.

»En cuanto a los votos de pobreza, los hijos de Bonaventura tienen tanto éxito en sus colectas por toda la región, que necesitan de la compañía de sirvientes para que carguen con los cofres de dinero. Cómo lo gastan es algo que saben los taberneros. Estos frailes anotan los nombres de quienes les dan limosna y les prometen rezar por la salvación de sus almas, pero tan pronto como cruzan la siguiente colina, sacan la piedra pómez y rascan el pergamino hasta borrarlo y así poder vender la misma hoja muchas veces. Se ganan la popularidad con leves penitencias y esquivan deberes desagradables, como la excomunión.

Los dos aspirantes a papa se miraron furiosos a través de la nave. Pero entonces, la acerada calma en los ojos de Bonaventura dio paso inesperadamente a una mirada de

---

desconcierto. Se apoyó una mano en el pecho, como si le costase respirar y, después de un momento, el ministro general se levantó tambaleante, con el rostro ceniciento. Tironeó del cordón rojo que llevaba atado debajo de la barbilla sujetándole el sombrero, y movió la mandíbula como si fuese a hablar, pero se sentó de nuevo sin replicar a la acusación de Benedetto.

El cardenal Gaetani se aprovechó de su silencio. Señaló con el dedo a Bonaventura y continuó con la diatriba.

—A los frailes que quisieron imitar al fundador en su sagrada pobreza, los expulsaste de la orden o, peor todavía, los mandaste torturar y encarcelar. Incluso Giovanni di Parma, reverenciado en todas partes por su sagrada reputación, lleva encadenado dieciséis años. ¿No es verdad, fray Bonaventura? ¿Niegas lo que digo?

El general de los menores se esforzó por recuperar el control de la discusión.

—Sólo pretendía el acuerdo dentro de la orden. —Su cara estaba ahora blanca como el yeso. Gimió de nuevo, más fuerte y dolorosamente esta vez, y se inclinó hacia adelante en la silla, como una hoja que se enrosca alcanzada por las llamas. Fray Illuminato intentó sujetarlo, pero el peso de Bonaventura los arrastró a los dos al suelo. Un grito colectivo sonó en todo el recinto de la catedral. Orfeo creyó ver el esbozo de una sonrisa en los finos labios del cardenal Gaetani.

El mercader miró de nuevo hacia el centro de la conmoción, a tiempo de ver cómo fray Illuminato hacía la señal de la cruz sobre su señor. Después, el secretario hizo algo curioso. Se llevó la mano de Bonaventura a los labios como si fuese a besarla. En cambio, lamio uno de los dedos del moribundo, le quitó el anillo del dedo, y se lo guardó en el bolsillo.

Gregorio, atónito, se había levantado del trono y se inclinaba sobre el crucero.

—¡Que alguien traiga los santos óleos! —ordenó finalmente—. ¡Necesita los últimos ritos!

También Orfeo miraba con asombro al cardenal caído. Allí estaba el todopoderoso carcelero de Conrado, tumbado ante él, enfrentado con su mortalidad y tan indefenso en sus garras como lo había estado el pobre Neno. Como el cardenal Gaetani, Orfeo tuvo que hacer un esfuerzo para controlar la alegría, porque finalmente atisbaba un final feliz para su misión.



## Capítulo XXXVII

—Asombroso, Amatina. ¿Quién te enseñó estas artes?

El conde Guido miraba cómo su sobrina preparaba una hoja de pergamino para escribir: raspaba la piel con la piedra pómez, la suavizaba con tiza y, finalmente, la alisaba. Estiró el pergamino sobre el tablero inclinado del pupitre, con un punzón hizo unos diminutos agujeros en los márgenes, y luego utilizó una regla para trazar unas apenas visibles líneas horizontales que unían los agujeros en los márgenes. En un atril junto al pupitre había una única página, cortada cuidadosamente, del manuscrito de fray Leo, cubierta con una lámina en la que había una ventana que enmarcaba la línea a copiar.

—El sior Iacopo me enseñó a preparar una hoja. Es un trabajo útil que mantiene mi mente y mis manos ocupadas. Doña Giacoma pagó los tutores que me enseñaron a leer y escribir.

El canto de Teresina resonaba en la habitación desierta, junto a la galería sur, donde habían colocado los pupitres. Al otro lado del patio, los martillazos de los carpinteros sonaban en la galería opuesta. Estaban colocando una mampara para cerrar la galería donde Amata quería colocar los pupitres durante los meses de frío.

Con un cuchillo muy afilado, comenzó a afilar la punta de una pluma. El conde Guido había anunciado que regresaría al Coldimezzo el siguiente fin de semana y, desde entonces, Amata no había dejado de darle vueltas a una idea. ¿Cómo podría decirle a su tío que deseaba tener a Teresina con ella? La niña le había robado el corazón. Pero Amata tenía un segundo motivo. Como un tributo a doña Giacoma quería hacer extensiva la generosidad de la dama a la mujer de la siguiente generación. El problema era saber si el abuelo de Teresina estaría dispuesto a separarse de su nieta. Había volcado en la niña todo su amor desde la muerte de su hija Vanna; ella se había convertido en su mundo y, si bien Teresina podía vivir con su padre natural en Asís, Amata era la primera en reconocer que Iacopone estaba muy mal preparado para la paternidad, a pesar de que su estado mental y físico mejoraban cada día, ahora que su vida tenía de nuevo un propósito y seguía una rutina hogareña.

Guido miró la página en el atril con una expresión ceñuda.

---

—Para mí esto son como pisadas de gallinas —comentó—. Nunca fui capaz de estar sentado el tiempo necesario para aprender a leer. Siempre he contratado a un notario para que se ocupara de mis cuentas.

—Espero que a uno honrado. —Amata sonrió al oír que Teresina cruzaba la habitación detrás de ella. Dios, cuánto anhelaba tener hijos. Su deseo se había hecho más fuerte desde que había visitado al célibe Fabiano. Ella y Teresina cargaban ahora con toda la responsabilidad de continuar la línea familiar.

Amata había soñado con su hermano la noche pasada, deformado por las heridas, aunque su rostro irradiaba felicidad. ¡Un eunuco para el reino de los cielos! Entonces el sueño había cambiado, y se había visto sola con Orfeo en el prado del Coldimezzo. Había prolongado la fantasía todo lo posible, excitada mientras sus fuertes manos recorrían su cuerpo húmedo muy lentamente (aunque quizá las manos habían sido las suyas), y había cerrado los ojos, en un intento por engañar al sueño y hacerle creer que continuaba dormida mucho después de que la primera luz de la mañana le iluminara los párpados.

No le hubiese costado sumergirse de nuevo en tan agradable ensoñación incluso en aquel momento, de no haber sido porque Teresina asomó la cabeza por la galería.

—Acabo de ver a papá por la saetera. Venía corriendo por el callejón. —La niña se rió—. Papá se parece a una cigüeña cuando corre.

El sonido de los pies descalzos se oyó con toda claridad cuando Iacopone entró en la casa y subió la escalera hasta la galería de dos en dos. Se detuvo al verlas, y se apoyó en la balaustrada para recuperar el aliento.

—La delegación de los frailes —consiguió decir finalmente— ha regresado de Lyon.

Amata saltó del taburete. Eso significaba que Orfeo no podía estar muy lejos de Asís. Quizá incluso había viajado con ellos. Abrió la boca para hablar, pero Iacopone levantó una mano.

—Hay más. Bonaventura ha muerto, y los ministros provinciales están reunidos para elegir a un nuevo general. Eso sólo puede significar algo bueno para fray Conrado. —Le dio una palmada en el hombro a Guido—. Ven, *suocero*, vayamos a la basílica a ver qué más podemos averiguar.

Los hombres se marcharon del brazo, y Teresina los siguió escaleras abajo. Amata se apresuró a recoger las páginas del atril y las guardó bajo llave con el resto del manuscrito. Aunque les había dicho a todos los frailes visitantes que el piso superior de la casa estaba reservado para su familia, lo sucedido con fray Federico le había enseñado a ser cauta. Se quitó el delantal sucio de tinta y se miró horrorizada las manchas negras de las manos. Tenía que lavárselas.

Corrió a la planta baja, pero no fue lo bastante rápida. El chillido de Teresina le llegó desde la puerta. Al volverse, vio a la niña colgada como un gran pendiente del

---

cuello de Orfeo mientras que él hacía lo posible por sujetarla con un brazo alrededor de la cintura mientras en la otra mano sostenía un pergamino lacrado.

Una sonrisa apareció entre la barba y el polvo que cubrían su rostro cuando vio a Amata. Se inclinó hacia adelante hasta que los pies de Teresina tocaron de nuevo el suelo y entonces la soltó.

—Regresa tu caballero errante —anunció—. Traigo conmigo el Grial de la libertad para tu amigo Conrado.

Cuando ella se acercó, hincó la rodilla en tierra, en su mejor interpretación de un cortesano. Buscó su mano, pero Amata inmediatamente ocultó los puños a la espalda.

—¿He ofendido a mi señora? —preguntó el joven.

Teresina se echó a reír.

—Tiene las manos sucias de tinta. Ha estado escribiendo un libro.

—Tendría que haberlo sabido. —La sonrisa de Orfeo se hizo más amplia y sacudió la cabeza mientras se levantaba—. ¿La he descrito bien, padre? —preguntó por encima del hombro.

Amata no había advertido la presencia del fraile que esperaba en el umbral, pero reconoció su risa bonachona incluso antes de que entrase en el vestíbulo.

—Bienvenido, fray Salimbene. Veo que por la gracia de Dios sigues tan robusto como siempre.

—¿Nos conocemos, *madonna*? —preguntó el fraile.

—Sí. Si en este viaje vas a visitar a tu sobrina en el convento de las clarisas, verás que su acompañante ya no está allí.

—¿Eres Lú? ¿La jovencita tan vivaracha? —Salimbene observó sus facciones con una expresión risueña—. Ésa es una historia que debo escuchar.

En cuanto estéis instalados y yo tenga ocasión de lavarme.

—Amata miró a Orfeo—. Quiero acompañarte hasta la puerta del Sacro Convento cuando vayas a buscar a Conrado. Quiero ver su rostro cuando salga para respirar su primera bocanada de aire en libertad.

—Es algo que todavía tardará un poco, Amatina. Tendremos que esperar a que los frailes elijan a su nuevo general para presentarle el perdón de Gregorio. Por fortuna, el nuevo general seguramente será un amigo. Tanto Gregorio como Caetano Orsini, el cardenal protector de la orden, han declarado su preferencia por Girolamo d'Ascoli, el fraile que te mencioné en mi carta.

Orfeo agachó la cabeza y, durante unos momentos, rascó los mosaicos del suelo con la puntera de la bota.

---

—Además —añadió—, quizá no sea una buena idea que veas a fray Conrado inmediatamente. No sabes cómo puede haber cambiado en estos dos años. Si reaccionas con espanto al verlo...

Orfeo miró su rostro y, súbitamente, se quedó mudo, incapaz de acabar la frase. A ella le pareció ver en sus ojos el mismo deseo que había visto en el prado imaginario, aunque en el sueño él tenía el rostro limpio y rasurado. Deseó que Teresina y el fraile se esfumaran, aunque sólo fuese por un momento, para poder echarle los brazos al cuello lo mismo que la niña, y estrecharlo contra su pecho. Pero su anhelo quedó suspendido, torpemente, en el silencio que se hizo entre ellos, hasta que Orfeo rompió la tensión con otra sonrisa. El joven metió la mano en su bolsa.

—Te he traído un regalo que te compré en Provenza. Es un pequeño espejo de bronce. —Lo frotó en la manga y lo sostuvo delante del rostro de la muchacha—. ¿Tan escasa estás de plumas, Amatina, que te ves obligada a escribir con la punta de tu preciosa nariz?

Salimbene trazó una cruz con su copa sobre el plato vacío para bendecir todo lo que acababa de engullir. Se palmeó la barriga y continuó con su relato.

—El hermano Piero, de los frailes predicadores, llegó a tal extremo de locura debido a los honores que le rendían y su don para la prédica, que de verdad se creyó imbuido con la capacidad para obrar milagros. Un día, se presentó en un convento de frailes menores, y, tras dejar que nuestro barbero lo afeitara, se lo tomó muy a mal que los hermanos no recogieran los pelos de su barba para guardarlos como reliquias.

»Fray Diotisalve, un menor de Florencia y un excelente bufón, respondió al loco con su misma moneda. Un día fue al convento de los predicadores, y dijo que de ninguna manera se quedaría con ellos si primero no le daban un trozo del hábito del hermano Piero para tenerlo como reliquia. Le dieron un trozo grande de la túnica, y, cuando después de cenar descargó el vientre, él lo utilizó de la forma más vil para, finalmente, arrojarlo a la letrina. Luego comenzó a gritar: «¡Ay de mí! ¡Ayudadme, hermanos, porque busco la reliquia de vuestro santo, que he perdido entre la inmundicia». Cuando ellos corrieron a la letrina en respuesta a su llamada, y se vieron así burlados, enrojecieron de vergüenza.

El fraile vació la copa y estiró la mano para que un sirviente se la volviese a llenar mientras él se secaba los labios con el dorso de la otra. Salimbene no esperó a que el muchacho acabara de servirle, y prosiguió con la historia.

—Ocurrió un día que este mismo fray Diotisalve, mientras caminaba por las calles de Florencia en pleno invierno, resbaló en el hielo y cayó de bruces cuan largo era. Al verlo, los florentinos, que son muy dados a las guasas, se empezaron a reír, y,

---

mientras yacía en el suelo, uno de ellos le preguntó: «¿Escondes algo debajo de ti?», a lo que fray Diotisalve replicó: «Por supuesto. A tu esposa». Los florentinos no se molestaron por la respuesta, sino que se rieron de buena gana y alabaron al fraile al decir: «Que Dios lo proteja, porque realmente es uno de los nuestros».

Amata se rió, aunque no con las mismas ganas que el tío Guido y los sirvientes, en la otra mesa. Pensó en San Damiano, y en las visitas de Salimbene a su sobrina. Curiosamente, su humor la divertía menos que en sus días en el convento. Sabía que el fraile continuaría con sus historias durante horas, hasta que los demás se hubiesen ido a la cama o se quedasen dormidos en la mesa.

Si bien tenía muy presente la pobre opinión que de fray Salimbene tenía Conrado, Amata había corrido el riesgo de enseñarle, en presencia de Orfeo, unas pocas páginas del manuscrito de Leo. Le había hablado de su plan de hacer, entre ella y Iacopone, el mayor número de copias posible. La mujer había observado atentamente su rostro, y su creciente entusiasmo mientras leía. Cuando le preguntó si quería unirse a sus esfuerzos, él se había ofrecido voluntario en el acto.

—Quizá no llegue a acabar una copia antes de que me domine el ansia de vagabundear, pero necesito ver el resto de esta crónica.

—¿Eres discreto, hermano? La orden quizá no apruebe la historia de Leo si se entera de su existencia.

Formuló la pregunta impulsada por el repentino recelo de ser ella la indiscreta por haberle mencionado el manuscrito a Salimbene, quizá confiada en exceso por los buenos recuerdos de sus visitas al convento de las clarisas.

—¡Por el amor que os profeso a ti y a tu prometido, juro ser discreto!

Amata se había ruborizado al escuchar la palabra «prometido.» Aún no le había expresado a Orfeo un consentimiento formal, ni lo haría hasta no tener la oportunidad de hablar con él a solas. No se le pasó por alto la sonrisa complacida de Orfeo ante el comentario.

—¿Discreto incluso cuando bebes, fray Salimbene? —Sabía que era una pregunta desagradable, pero el fraile no podía interpretar mal la sinceridad de su preocupación.

—¡*Madonna!* Me deshonoras —había protestado el fraile con la expresión más ofendida que le permitía su jovial semblante.

Ahora, después de la cena, Amata suplicaba no haber cometido un error, mientras observaba al hombre al otro lado de la mesa, veía cómo su nariz bulbosa enrojecía por momentos, y oía cómo su voz era cada vez más sonora. Orfeo o Iacopone tendrían que ir con él cada vez que saliera de la casa.

Al volverse, descubrió que Orfeo la miraba con una expresión radiante, mientras los demás reaccionaban a algo que había dicho Salimbene. Esa noche, Orfeo no había

---

mostrado su talante habitual, aunque había una explicación para ello. Su hermano Piccardo lo había visitado por la mañana para comunicarle que su padre había fallecido durante el viaje de Orfeo a Lyon. A pesar de la animosidad que el padre sentía hacia él, Orfeo había recibido con pesar la noticia.

Amata, contra lo que creía, no había experimentado ninguna alegría especial cuando Orfeo le informó del fallecimiento, aunque hasta hacía poco Angelo Bernardone había sido el foco de su venganza. Había comprendido entonces cómo su visita a Fabiano había puesto punto final a esa ansia. Si su hermano, tullido de por vida, podía perdonar a sus enemigos e incluso bendecirlos por haberle permitido una mucho más elevada felicidad espiritual, ¿no podía ella también dejar que la guiasen sus instintos más nobles? Estaba aprendiendo, gracias a la legión de maestros que la habían rodeado en aquellos últimos años; y, por otra parte, de no haber sido por la traición del viejo Bernardone, Orfeo no se hubiese rebelado y emprendido la huida que finalmente lo había conducido hasta ella.

Se levantó y le tendió la mano, al mismo tiempo que, con un gesto, les indicaba a los demás que permanecieran sentados y disfrutaran del momento. Amata lo llevó hasta las sillas junto a la chimenea, donde había mantenido tantas agradables conversaciones con doña Giacomina. Se preguntó si aquél podría ser algún día su rincón favorito de la casa en las frías noches de invierno... fuera de la cortina del dosel de la cama.

Se casarían, por supuesto. Ella lo amaba y se lo había casi prometido cuando él se fue para conseguir la libertad de Conrado. Además de liberar al fraile, la había ayudado a salvarse de los Gaetani y había defendido a los niños frente a los jinetes de Calisto. Señor, ¿qué más podía pedirle? ¿No debería ver su persistente duda como algo perverso por su parte?

No obstante, la voz de su mente insistía en poner en duda los motivos de Orfeo. Reclamaba, para su propia paz de espíritu, que lo sometiera a alguna otra prueba, aunque el futuro de ambos quizá no fuese lo que esa noche dominase sus pensamientos. Por lo tanto, cuando él acercó la silla a la suya, Amata le preguntó:

—¿Has pensado alguna vez en cómo será cuando estemos casados? ¿La clase de vida que ves para nosotros?

Orfeo pensó por un instante, asombrado, con un codo apoyado en el brazo de la silla y la barbilla en la mano.

—¿En la mejor de las situaciones?

Amata asintió. Orfeo se inclinó hacia ella.

—Hay todo un mundo al sur, Amatina, como nunca te has imaginado, un mundo donde hace calor todo el año y la hospitalidad es infinita. Todo lo opuesto al frío y la hostilidad que hemos conocido durante la mayor parte de nuestras vidas aquí en Umbría. Hay algo allí de nuestra tierra, pero combinado con todo el color, la música

---

y la sabiduría del Oriente. El emperador Federico dijo una vez: «Si Jehová hubiese conocido Sicilia, no hubiese armado tanto escándalo con Tierra Santa».

—Fray Salimbene dice que Federico es el Anticristo.

—Pamplinas. Federico era un genio, aunque sí le tocó las narices a más de un papa. Cuando recuperó Jerusalén de los sarracenos, no doblaron las campanas y el patriarca de la ciudad se negó a officiar una misa en su honor. ¿Por qué? Porque la recuperó a través de su amistad con el sultán AlKamel, no por la fuerza de las armas. Se casó con la hija del sultán y con otras cincuenta mujeres sarracenas. Compartió el amor musulmán por la sabiduría, e incluso admiró el Corán, su libro sagrado. Federico pobló Sicilia con filósofos y astrólogos de todo Levante, y contrató traductores para poner todas sus palabras en latín. Su tesoro favorito era un astrolabio que le regaló el sultán.

Por primera vez en la velada, Orfeo mostraba entusiasmo.

—En Palermo, donde el emperador construyó su gran fortaleza, verás mezquitas y casas cuadradas blancas, como en Oriente. Dicen que, al mediodía, la mitad de su corte se arrodillaba para rezar a Alá. Que turcos y negros atendían su casa, y que nunca viajaba sin sus camellos, leopardos, monos, leones, aves exóticas, y hasta una jirafa.

—¿Tú has visto a esas criaturas?

—Sí, Amatina, y en mi sueño también tú las ves. Pensaba en ti cuando en Lyon admiraba las hermosas vidrieras de la catedral, con el deseo de compartir contigo todas las maravillas de la tierra.

—¿Qué trabajo desempeñas en ese sueño?

—Por fin soy un mercader a gran escala —respondió Orfeo con una sonrisa—. Viajo por todo el Levante y casi hasta Catay. Esa parte del sueño no ha cambiado desde mis días con Marco.

—¿Y yo? ¿Qué hago yo mientras tú viajas, regateas, compras y vendes en los grandes mercados del mundo? ¿Somos también socios en tus empresas?

—Tú disfrutas del sol de Palermo, cara mia. —Se echó a reír—. Los marineros nunca tolerarían a una mujer en una galera. Trae mala suerte. Tú eres mi paciente y hacendosa consorte. —Soltó otra carcajada y añadió con un dedo en alto—: Y fiel. Alguien tiene que criar a nuestros hijos. Mi sueño incluye muchos hijos.

—Entonces ¿vendrás a casa de vez en cuando para dejarme embarazada?

Lo cortante de la pregunta sorprendió a Orfeo.

—No es más que un sueño, Amatina. Creía que deseabas tener muchos hijos.

—Así es. Pero tu sueño no es barato. Necesitarás dinero a gran escala para negociar a gran escala.

---

—Pero cuando unamos...

Amata apoyó un dedo en los labios del joven para hacerlo callar.

—Recuerda que el tío Guido es ahora el tutor de mi riqueza. He pensado pedirle que separe la mayor parte antes de casarme, para Teresina. También, por supuesto, le debo mucho a los monjes de San Pietro, por salvar la vida de mi hermano, y les gustaría ampliar el hostel. —Ella vigilaba sus ojos, porque era allí donde vería la respuesta a su siguiente pregunta, antes de escucharla de sus labios—. ¿Aún querías casarte conmigo si no tuviese más ingresos que los necesarios para atender los gastos de esta casa?

Ni siquiera el reflejo de la luz de la vela en las pupilas de Orfeo pudo encender la chispa que su pregunta había apagado.

—Creo que estás jugando conmigo, *madonna*. —Cuando Teresina entró para recibir los besos de buenas noches, él se levantó de la silla.

«La niña lo adora —pensó Amata—. Mira cómo se ilumina su rostro cuando él la abraza. Yo también lo adoro, maldita sea, y quiero que me abrace, pero yo...»

La dominó el cansancio y la frustración ante el desencanto que había visto en el rostro de Orfeo. Su «sueño» parecía confirmar sus más terribles temores, incluso si sólo era una fantasía.

Besó la frente de Teresina, y alzó la mirada cuando su tío vino a buscar a la niña.

—Ayudaré al *nonno* Guido a acostarte —dijo—. Necesito hablar con él.

—¿De qué? —preguntó Teresina.

—De ti, renacuaja.

Orfeo se sentó de nuevo, malhumorado y silencioso, mientras ella acompañaba a la niña. Amata le hizo un gesto para que la esperara, pero el joven le volvió la cara.

Al otro extremo del salón, los que quedaban del público de Salimbene reían a mandíbula batiente.

La luna llena de julio iluminaba la habitación donde Amata normalmente dormía sola. Siempre había disfrutado del lujo de tener su propio cuarto en aquella casa, el que había sido una vez la habitación de los hijos de doña Giacoma; a pesar incluso de que la dama prefería compartir el gran dormitorio con las sirvientas. Las últimas semanas habían sido la excepción. El pequeño cuerpo de Teresina ocupaba un camastro en un rincón, sus pálidos miembros brillaban en la sombra a la luz de la luna.

Amata se puso boca arriba y levantó los brazos por encima de la cabeza. Sus ojos bien abiertos miraban el dosel, y una lágrima solitaria se deslizó por su sien. Aquélla

---

tendría que haber sido la velada más feliz de su vida. El amor la rodeaba por todos los rincones, sin embargo, en unas pocas horas, el dulce vino de la amistad se había convertido en vinagre.

¿Había sido egoísta, o en exceso ilusa, al esperar que aquellos hombres comprendieran su sueño?

Había confiado en que Guido aceptaría sus planes para Teresina sin rechistar y, en cuanto la niña acabó las plegarias y cerró los ojos, Amata se llevó a su tío al pasillo, donde él la escuchó en silencio durante un rato. No obstante, una sombra nubló sus ojos cuando Amata le propuso que dejara a la niña con ella. Guido admitió que una joven pareja criaría mejor a Teresina, después de que Amata y Orfeo se casaran, pero no vio ninguna razón para que la niña se quedase sólo para aprender a leer y escribir. Se lo pensaría y ya le diría alguna cosa, prometió finalmente.

¿Qué demonio, entonces, la había impulsado a añadir?:

—No estoy segura de si debo casarme con Orfeo. Quiero una familia de verdad. Me preocupa que siempre esté ausente.

—Tonterías —replicó Guido—. Los hombres siempre están ausentes. Yo no vi a mi esposa en tres años mientras combatía en la cruzada del emperador. Cuando una gran causa o una gran empresa llaman, los hombres de espíritu deben ir. El mundo se amplía, Amata, y los aventureros como Orfeo siempre buscan ensanchar los límites. Tendrías que sentirte muy feliz de ser cortejada por un hombre de tanta energía.

—Pero cuando me mira, temo que sólo vea en mí mi dote.

—Algo perfectamente normal. —Guido la sujetó de los hombros y la sacudió suavemente, como si quisiera reavivar el sentido común en su cabeza—. ¿Qué pasa contigo, niña? —La miró a los ojos, el rostro muy cerca del suyo. El hedor acre del vino digerido le ardió en la nariz mientras él hablaba—. Te advierto una cosa, Amata. No consideraré poner a Teresina a tu cuidado antes del día de tu boda. No la dejaré en una casa donde reina la confusión. La niña y yo regresaremos al Coldimezzo dentro de tres días tal como estaba planeado.

Y su tío se marchó de regreso a la gran sala; Amata oyó cómo mascullaba furioso mientras lo hacía. Esperó hasta que el rubor desapareció de sus mejillas y de sus orejas, casi temerosa de seguirlo, pero le debía a Orfeo alguna palabra de disculpa. Rogó para que él quisiera reanudar la conversación, y para que ella encontrara la manera de explicarle mejor sus inquietudes.

La sala estaba casi vacía cuando entró, excepto por los sirvientes y los frailes que dormían en el rincón más apartado. Orfeo la esperaba, sentado en la silla, con expresión ceñuda, pero no le dio ocasión de hablar. En cambio, se levantó de un salto y dijo bruscamente:

---

—Mañana por la mañana me llevaré mis cosas a casa del sior Domenico y me alojaré allí. —Se mordió el labio inferior—. Te dejo el perdón de tu amigo. Fray Salimbene se ocupará de que lo reciba el nuevo general.

Su brusquedad le dolió, hasta el punto de que olvidó que había vuelto a la sala para disculparse.

—¿Vendrás a visitarme? —le preguntó—. Quiero que sigamos siendo amigos.

Él murmuró algo sobre que quizá el sior Domenico querría que emprendiera algún viaje y se alejó para reunirse con los otros hombres.

Amata se fue a la cama con el corazón destrozado. Debido a su vacilación en aceptar el matrimonio, había enfadado a Guido y herido el orgullo de Orfeo, y ahora ese orgullo se alzaba de pronto como una montaña infranqueable entre ellos. Con un poco de suerte, sólo por esa noche. Mientras se tapaba con la sábana, Amata rogó que Orfeo quisiera verla de nuevo. Pero ¿alguna vez llegaría a comprenderla de verdad?

—Es que tengo tanto miedo —le susurró finalmente a la almohada. Las mismas palabras que había querido decirle a Orfeo desde el principio.



## Capítulo XXXVIII

Conrado oyó las pisadas de Zefferino por el túnel de encima de la celda seguidas por otras que no reconoció. Su primer pensamiento fue que el carcelero llevaba a un nuevo prisionero a la mazmorra.

Levantó la cabeza débilmente cuando la luz de la antorcha brilló en la abertura. Se abrió el candado, Zefferino levantó la reja y él y otro fraile bajaron la escalera.

El carcelero llamó a Conrado y Giovanni mientras descendía.

—Hermanos, fray Girolamo d'Ascoli, nuestro nuevo ministro general, está aquí para hablar con vosotros.

Los prisioneros se levantaron, acompañados por el estrépito de las cadenas. A un gesto de Girolamo, Zefferino cogió una de las llaves y se agachó a los pies de Conrado. Abrió los grilletes que le sujetaban los tobillos y los arrojó a un lado.

—Nuestro Santo Padre, el papa Gregorio X, perdona tus ofensas contra nuestra orden, hermano —le dijo el ministro general a Conrado—. Eres libre de irte. También eres bienvenido si quieres quedarte en el convento hasta haber recuperado la salud. Yo te recomiendo que te tomes tu tiempo y confíes tus cuidados al hermano enfermero.

Conrado entrecerraba los párpados para protegerse de la luz de la antorcha. Notaba un fuerte hormigueo en las piernas a medida que la circulación se normalizaba en ellas ahora que le habían quitado los grilletes. A pesar de los meses transcurridos, siempre con la ilusión de volver a ser libre, el súbito y prosaico fin de su cautiverio lo hacía poco creíble. Se sacudió las telarañas de la mente para estar seguro de no haber entendido mal.

—Dentro de poco, cuando hayas recuperado fuerzas, volveremos a hablar, fray Conrado —continuó Girolamo—. Tengo una misión para tí y quiero que seas mi emisario ante los hermanos espirituales, para ayudarme a traerlos de nuevo al rebaño. Tú conoces sus prácticas y, como antiguo prisionero de los conventuales, te escucharán cuando les expliques cómo el cambio es inevitable si queremos que la orden sobreviva y crezca. Estoy seguro de que fray Giovanni lo sabía en sus años de ministro general.

La mente de Conrado se movía a tientas como un sonámbulo.

---

—Me halaga tu confianza, fray Girolamo, pero hace poco formulé una promesa que espero que me permitas cumplir. Le prometí a Nuestro Señor, que, si alguna vez salía de este lugar, trabajaría durante un tiempo entre los leprosos. Fray Giovanni di Parma es querido por todos los frailes, ¿no podría ser él tu emisario?

—También es mi voluntad liberar a este reverendo padre —declaró Girolamo. Miró hacia las sombras donde permanecía el anciano fraile—. Sin embargo, dudo que pueda soportar los viajes necesarios en esta empresa. —Se dirigió a Giovanni—. ¿Alguna vez has pensado adonde irías si salieras de aquí, padre?

Giovanni tartamudeó la respuesta.

—Lo he pensado centenares de veces. Quiero ir a Greccio... sólo a Greccio. —Con voz temblorosa, añadió—: Quiero acabar mi vida delante del establo donde san Francisco recreó la escena del nacimiento de Nuestro Señor.

Mientras Zefferino quitaba los grilletes a Giovanni, Girolamo extendió las manos hacia Conrado.

—Como ves, fray Giovanni no puede. Háblame de la promesa que has hecho. ¿Durante cuánto tiempo has prometido trabajar entre los leprosos?

—Hasta que aprenda lo que necesito saber.

—¿Y qué es lo que necesitas saber?

—No te lo puedo decir. No estoy muy seguro. Sólo sé que Dios me lo dirá a su tiempo y manera. Quizá tarde un día; puede que acabe mi vida allí, y aún no lo sepa.

Girolamo se frotó la mejilla mientras observaba a los frailes.

—Mi deseo de unidad en nuestra orden me hace ser apresurado, hermanos. Obviamente, ambos necesitáis de un tiempo de gracias para acomodaros a la vida exterior. Podrás ir a cumplir tu promesa, fray Conrado. Pero confío en que puedas servirme algún día, cuando hayas acabado tu misión y recuperado tus fuerzas.

Un sonoro sollozo desde los escalones les llamó la atención. A la luz de la antorcha, Conrado vio las lágrimas que rodaban por las mejillas del guardia.

—Fray Giovanni necesitará un acompañante para que lo lleve a Greccio —dijo—. Quizá fray Zefferino... si pudieses darle una máscara... Le preocupa estar desfigurado...

Girolamo ladeó la cabeza.

—¿Hablas en favor de tu cancerbero?

—Ha sido el buen pastor para nosotros durante estos dos años. Creo que ahora comienza a añorar a su pequeño rebaño.

El ministro general miró al trío, con una expresión pensativa.

---

—¿Tú qué dices, Zefferino? —preguntó finalmente—. ¿Estás dispuesto a entregar las llaves a otro hermano y abandonar este lugar?

Una risa ahogada escapó de la garganta del carcelero.

—Estoy dispuesto, pero debería ir con fray Conrado. Fray Giovanni necesita de un compañero más joven y fuerte. Conrado, tú y yo somos dos ciegos que nos necesitamos mutuamente.

Conrado se tocó la cicatriz por encima de la mejilla.

—Nunca he pensado en cuál sería mi aspecto a los ojos de los demás. ¿Tengo un rostro que asustará a los niños?

—Has envejecido, amigo mío, mucho más allá de tus años —respondió Zefferino—. Cuando llegaste aquí tu pelo era negro como el ala del cuervo, pero ahora tienes el manto invernal del armiño. Cojeas como un burro achacoso, y estarás tan ciego como un murciélago a la brillante luz del día. En resumen, que si no fuese por la barba de profeta, seríamos gemelos. —El carcelero se olvidó de sí mismo por un momento, y acercó la antorcha a su rostro para que Conrado lo viera; sin embargo, cuando la llama le calentó la mejilla, la apartó rápidamente todo el largo del brazo. Nunca olvidaría al ángel vengador en el bosque.

Conrado cojeó hasta la escalera y sujetó el hombro de Zefferino.

—Entonces, guíame, hermano. Si puedes unirte a mí en el canto de los himnos de alabanza, formaremos una pareja que confundirá a todos aquellos que ponen sus esperanzas en los favores terrenales.

Zefferino no se había equivocado respecto a la luz del día. A pesar de las ansias de Conrado por escapar del Sacro Convento, apenas habían dejado atrás la puerta, cuando tuvo que protegerse el ojo bueno con la manga del hábito. Con pasos vacilantes entró en el oscuro interior de la cripta, escoltado por su antiguo carcelero. Como un niño que aprende a caminar, fue tambaleante hasta la tumba de fray Leo.

Reprimió el deseo de recriminar a su mentor. En cambio, recordó el himno de alabanza que le había mencionado a Zefferino en la mazmorra, y musitó sus gracias, en un intento por reafirmar su fe en los designios de Dios.

—Aquí hay algo nuevo —comentó Zefferino a su espalda—. Esta placa no estaba aquí la última vez que vine. Es la tumba de una mujer. «Jacoba... sancta romana».

—¿Jacoba? —Conrado se persignó, después levantó el brazo debajo del pulpito y pasó las yemas de los dedos por la inscripción—. ¿Cuál es la fecha, hermano?

—Data del invierno pasado. Te lo dije, es nuevo.

Conrado bajó el brazo.

---

—*Requiescas in pace*, fray Jacoba.

Zefferino lo miró, intrigado.

—¿Un fraile con nombre de mujer?

—Una hermosa y gentil dama, hermano, y una historia para el camino. Te la contaré entera mientras caminemos.

Se preguntó si doña Giacoma habría conseguido llevar a cabo su plan de convertir a Amata en su heredera.

Amata sería ahora una mujer adulta. Apenas había pensado en ella durante el tiempo pasado, pero súbitamente sintió la necesidad de saber cómo le había ido. También se preguntó si habría estado ausente de los pensamientos de ella, como le había ocurrido a él. Esperaba que no.

Una dura voz se oyó al otro lado del crucero. Una hilera de antorchas alumbraban la esquina norte de la basílica. Con el ojo protegido, Conrado distinguió, a través del resplandor, a dos figuras que trepaban a unos andamios. Excepto por el lenguaje soez, recordaban a los ángeles que subían y bajaban por la escalera de Jacob. La voz que lo había distraído sonó de nuevo con el tono rasposo y el dialecto de un viejo florentino.

—Los pigmentos están preparados, Giotto. Vamos, muchacho. Sube el yeso. Hoy quiero acabar la Virgen.

Conrado cruzó el ábside para acercarse a los andamios y observar el trabajo del pintor del fresco. Una seca advertencia lo detuvo de golpe.

—Agradecería, hermanos, que os mantuvierais apartados. No distraigáis a mi aprendiz.

Conrado abrió el ojo, sin importarle si podía ver o no. En un primer instante el resplandor de las antorchas abrumó su vista, y se preguntó si los santos de Dios estarían siempre bañados por una luz tan brillante. Al cabo de un rato, comenzó a distinguir los dibujos de la pared: una legión de querubines que rodeaban a una Madonna entronizada a medio acabar. En sus brazos sostenía lo que podía pasar por un bebé humano real; no el emperador romano en miniatura que el fraile estaba acostumbrado a ver en los frescos.

En el lado izquierdo de la Virgen aparecía la imagen de San Francisco vestido con el sencillo hábito marrón grisáceo de la orden. Los ojos oscuros miraban serenamente a algún lugar más allá de Conrado; los labios carnosos permanecían en reposo. Una aureola dorada enmarcaba las orejas sobresalientes y el rostro moreno del santo, la barba y la tonsura con chispas de rojo, las cejas insignificantes. El artista había colocado la mano derecha de Francisco sobre su pecho mientras que con la otra sujetaba la Biblia, o quizá la regla de la orden. Las heridas se veían claramente en

---

cada mano. También vio las huellas de los clavos en cada pie descalzo. La marca de la lanza en el costado aparecía a través de un roto en el hábito.

Los ojos de mirada serena captaron la atención del fraile. Recordó que Francisco estaba casi ciego cuando el serafín lo marcó con las heridas. Un sentimiento de profunda gratitud por el ojo que le quedaba invadió el corazón de Conrado.

—Hermoso, *signore* —le dijo al viejo pintor.

—La belleza es mi oficio.

El sarcasmo en la voz del artista hizo que Conrado se preguntara si el hombre comparaba su obra con los frailes que lo miraban. Desde luego, Zefferino y él carecían de toda belleza. El florentino, con su delicada sensibilidad, quizá incluso los encontraba repulsivos. El coraje que había estimulado a Conrado en la celda, se esfumó repentinamente y se cubrió la cabeza con la capucha.

—Ven, hermano Zefferino, sé de un lugar donde seremos bienvenidos y podremos descansar.

Ocultos bajo las capuchas, Conrado y Zefferino esperaban en la gran sala de la casa de Amata. El sirviente, Pío, no había reconocido a Conrado, ni siquiera cuando él le preguntó si ella aún vivía allí. Se preguntó si su voz también habría cambiado en la helada humedad de la celda, aunque había tenido muchas ocasiones de usarla en compañía de Giovanni durante el tiempo transcurrido.

Como él hacía mucho que había perdonado a su cancerbero, a Conrado no se le había ocurrido hasta entonces que quizá Zefferino no sería bien recibido en la casa. Claro que Amata sólo había visto al fraile en una ocasión, en la oscuridad de la capilla abandonada, y el hombre no había dicho su nombre hasta que Conrado escuchó su confesión. También estaba su apariencia como resultado de las heridas y del tiempo que había pasado como carcelero. Por otra parte, tampoco sabía cuál podía ser la reacción de su acompañante si alguna vez relacionaba a Amata con el novicio de la carretera. Evidentemente, lo mejor que podía hacer Conrado era no levantar la liebre durante los pocos días que permanecerían en la casa.

Cuando oyó que Amata entraba en la habitación, agachó la cabeza.

—La paz sea con vosotros, hermanos. ¿Buscáis refugio aquí?

—Sí, Amatina —respondió Conrado—. Para mi compañero y para mí.

Su vacilación fue casi palpable.

—¿Conrado? —preguntó con voz trémula.

—Sí. Vuelvo a ser libre.

---

—¡Oh, Dios! ¡Deja que te mire! —Y levantó las manos hacia la capucha, pero él levantó las suyas para detenerla.

—Por favor. Te asustaría.

Amata bajó las manos lentamente.

—¿Qué te han hecho?

—No se lo han hecho, madonna —declaró Zefferino—. Yo fui el verdugo que lo torturó.

—Tú sólo fuiste el instrumento de Dios —replicó Conrado vivamente—. No seas duro contigo mismo.

—¡Hermanos! Basta, por favor. Ahora ambos me estáis torturando a mí. —Apoyó una mano sobre el hombro de Conrado. Él no se apartó—. ¿Es que piensas ocultarte debajo de la capucha el resto de tu vida? Recuerda que ahora estás en la casa de tu amiga más leal. —Y le acarició la cabeza a través de la tela—. ¿Por qué no lo compruebas?

Conrado se inclinó hacia su compañero.

—Tú también, Zefferino. Debemos hacerlo porque, si no, más nos valdrá regresar a nuestra mazmorra.

Juntos se quitaron las capuchas. Amata contuvo las lágrimas. La joven se acariciaba las mejillas con los nudillos y se apartaba, mientras los miraba alternativamente. Para alivio de Conrado, no dio muestra alguna de haber reconocido a Zefferino como el fraile que había intentado atravesarla con la pica.

Su mirada se detuvo finalmente en su amigo y su atención hizo que él se sonrojase.

—Conrado, Conrado, te he extrañado tanto. Nunca necesité hablar contigo tanto como ahora. —Hablaban con calma, como si no viese nada anormal en él. Incluso consiguió esbozar una sonrisa—. Tengo una sorpresa para ti. Acompáñame.

Amata y Zefferino lo ayudaron a subir la escalera hasta la galería. Tampoco esta vez él se resistió a que la mano de Amata le sujetara el codo. Él comenzó a comprender hasta qué punto se había visto privado de la más mínima muestra de afecto durante tantos meses, y cómo no había sabido apreciar en su justa medida todo el que había recibido en aquella casa.

Cuando llegaron a la galería, Conrado vio a dos escribas —un fraile y un lego— inclinados sobre sus respectivos pupitres. Ambos le resultaron vagamente conocidos, aunque aún no podía confiar del todo en su visión. Había momentos en los que todavía le parecía estar moviéndose dentro de una nube, por lo que el pequeño scriptorium de Amata le resultó más fabuloso que real.

---

—Fray Salimbene, sior Iacopone —dijo Amata—, mirad quién está aquí. ¿Recordáis a nuestro fray Conrado?

La pena ensombreció el rostro de Iacopone cuando levantó la cabeza, y desvió la mirada. El fraile sólo mostró curiosidad. Salimbene no había conocido a Conrado lo bastante como para recordar el aspecto que había tenido.

—El documento que te confió fray Leo es algo absolutamente increíble —comentó el cronista—, aunque no menciona ningún milagro.

Amata explicó rápidamente qué tenían los copistas en sus atriles.

—Espero que estés complacido, Conrado. Tú mismo me pediste una vez que lo hiciera. —Lo miró con un ligero titubeo.

Con la ayuda de Zefferino, Conrado se acercó a cada uno de los pupitres y miró los pergaminos.

—Ambos sois muy buenos copistas. —Se detuvo junto a fray Salimbene—. En cuanto a los milagros, fray Leo sólo intentaba escribir una historia real. No se permitió embellecer su crónica con falsos acontecimientos, aunque quizá sus lectores los hubiesen encontrado edificantes.

Salimbene se inclinó como si se disculpara, quizá por deferencia a la condición de Conrado.

—Hizo muy bien, por supuesto —manifestó—. He conocido a muchos que fingieron falsas visiones quizá para ser honrados por encima de los demás como hombres santos a los que los secretos de Dios les son revelados. Sólo Él puede saber cuántos fantasmas han tenido que nacer de un cerebro trastocado, envuelto en sus propias brumas, para que un hombre acepte como una visión verdadera aquello que sólo es meramente fantástico.

El fraile comenzó a entusiasmarse con el tema.

—¡Para no hablar de las reliquias que he visto en mis vagabundeos! Los monjes de Soisson presumen de tener un dudoso diente de leche del Niño Jesús que se le habría caído en su noveno cumpleaños. He visto el cordón umbilical de Nuestro Señor en tres santuarios distintos, aunque ciertamente es posible que cada uno tuviese un trozo del cordón. Pero también he visto todo su prepucio en no menos de siete lugares. Todos exhibidos con mucha ceremonia en cada fiesta de la circuncisión.

Iacopone dejó su pluma con expresión mortificada.

—Una vez toqué el prepucio y me sentí profundamente conmovido. Inspiró mis oraciones durante semanas.

Salimbene sonrió sardónicamente, sin que Iacopone lo viese porque estaba detrás de él.

---

—Eso es lo que ocurre con la fe de la gente sencilla. Después de todo, es la mejor justificación para los milagros y las reliquias. Las abstracciones se pierden para la viuda que se aferra a su óbolo, pero por una botellita con preciosas gotas de la leche de la Virgen..., ¿no daría alegremente lo poco que posee?

Conrado frunció el ceño pero no replicó.

—Estoy cansado —le dijo a Amata, sin añadir que era Salimbene quien lo cansaba—. ¿Dónde puedo descansar?

Cuando bajaron la escalera, y los escribas no lo podían oír, Conrado manifestó sus dudas sobre la prudencia de Amata.

—Confío en el sior Iacopone, y me alegra verlo en el pupitre, pero me temo que has cometido un error al mostrarle el manuscrito de Leo a fray Salimbene. Puede parecer que no está con nadie, pero sus simpatías se inclinan por el bando de los conventuales.

—Es un cronista, Conrado —lo tranquilizó Amata—. Su interés por la historia de la orden supera con mucho cualquier opinión que pueda tener sobre sus facciones.

—Pero ¿qué pasará cuando su curiosidad esté satisfecha?

—Me lo juró solemnemente. A mí y... —Amata se interrumpió al no saber cómo referirse a Orfeo. Desde luego no podía llamarlo su prometido, como había hecho Salimbene. Ni siquiera estaba segura de poder continuar llamándolo amigo—. Necesito hablar contigo, Conrado. ¿Quizá fray Zefferino pueda prescindir de nosotros después de la cena?

Zefferino inclinó la cabeza.

—Si hasta entonces queréis echar una cabezada, o deseáis cualquier cosa de la cocina, sólo tenéis que pedirlo. Toda mi casa está a vuestra disposición.

Después de cenar llevaría a su amigo a un rincón sombreado del patio y, mientras él estuviese dispuesto a escucharla, le narraría todo lo que había ganado desde su separación, y todo lo que había perdido hacía muy poco. Si a su vez, él quería contarle su propia historia, ella sería su muy comprensiva audiencia. Habían cambiado tantas cosas en su vida en aquellos dos años.



## Capítulo XXXIX

Orfeo recorrió la hilera de carros para comprobar que los carreteros habían asegurado bien las lonas que tapaban las cargas. En una mesa cercana, el viejo Domenico contaba los vellones, los fardos de lana y las piezas de tela. Varios carreteros guiaban a los bueyes a través del patio para uncirlos a los tres carros restantes.

Orfeo siempre encaraba los viajes con entusiasmo. Ese día no era así. Intentaba mantener su mente concentrada en el trabajo, pero se ocupaba de los preparativos sin el menor celo.

Habían pasado varias semanas desde que había oído decir que el «fraile de Amata» se había instalado de nuevo en su casa. Ella le había enviado una nota de agradecimiento y lo había invitado a visitarla para conocer a Conrado, pero él había sido incapaz de responder. Aún no había olvidado lo sucedido durante la última visita.

Fue a hablar con los carreteros. La mayoría de aquellos hombres lo habían acompañado en su último viaje a Flandes y Francia el invierno pasado. Eran hombres rudos, sucios, mal hablados, vestidos con prendas de cuero, como los herreros, y llevaban dagas colgadas al cinto. Pero Orfeo sabía que su equipo haría frente a cualquier obstáculo que la naturaleza o el hombre les pusieran. Sólo uno de los carreteros era nuevo; el hombre de mediana edad que había sustituido a Neno. Hasta el momento, los demás lo habían aceptado sin problemas.

El joven pasó la mano por el borde interior de un yugo para asegurarse de que estaba protegido allí donde rozaría el hombro del buey, y echó un vistazo a la hilera de carros. Por una esquina del último vio asomar, enmarcado por el sol naciente, a un fraile encapuchado que caminaba con dificultad. La larga barba blanca como de patriarca oriental le llegaba al pecho. El hombre levantó la cabeza cuando se acercó y miró primero al sior Domenico, y después a Orfeo, que se estremeció al ver la terrible cicatriz en la cuenca de un ojo y la mirada de soslayo en el ojo bueno. Parecía capaz de echar una maldición con una mirada y sin decir ni una palabra.

—Orfeo di Angelo Bernardone —llamó el fraile con voz sonora. Pronunció el nombre sin la entonación de una pregunta, sino secamente, como una confirmación de su acierto. En aquel instante, Orfeo creyó que la Parca había ido a reclamar su vida.

---

—Lo has encontrado, fraile. ¿Qué quieres de mí?

—Nada para mí mismo. Ya me has hecho mucho bien, y Dios te recompensará por haber conseguido del papa que me devolviera la libertad. —El fraile se quitó la capucha con mucho cuidado y el sol brilló en la blanca cabellera.

La sorpresa enmudeció a Orfeo por un instante. Se había imaginado a un hombre mucho más joven, incluso apuesto, alguien que atraía a Amata físicamente. La frialdad de la muchacha después de que él regresara con el perdón, le había hecho preguntarse si no tendría otra razón para desear la libertad del tal Conrado, sobre todo cuando ella había dicho que quería ir a esperarlo a la puerta del convento. Orfeo había tenido la sensación entonces de que Amata lo había utilizado, de que se había burlado de él y que, después de conseguir su propósito, le había vuelto la espalda. Ahora, al ver al antiguo ermitaño en persona, comprendió su error. Descartó el agradecimiento con un ademán.

—Me alegra haber ayudado a un hombre inocente —dijo, y volvió a ocuparse del yugo.

—También quiero decirte que eres idiota —añadió el fraile.

Orfeo se quedó de una pieza. El sior Domenico y varios de los carreteros interrumpieron sus tareas al oír la afirmación. No obstante, Orfeo advirtió también que todos centraban la curiosidad en él para no tener que mirar directamente el rostro de fray Conrado.

—No creo que te corresponda a ti decirme lo que soy —replicó y adelantó la barbilla a la defensiva.

—En todo caso me arriesgaré. Y espero que puedas decirme por qué no puedes amar a una mujer por lo que es, y no por su riqueza. Conozco a una persona que te ama más que a su propia alma.

Fue obvio para todos que Conrado había arrancado la costra de una herida abierta. Dolido y avergonzado, Orfeo miró a sus compañeros.

—Con tu permiso, sior Domencio, necesito hablar a solas con este fraile.

Conrado miró al viejo mercader. Domenico los despidió con un gesto y volvió la atención a las piezas de tela.

Orfeo se llevó al fraile fuera del patio. ¿Qué le habría dicho Amata? Conrado fue el primero en hablar.

—Por lo que veo en tus ojos, sé que estoy en lo cierto. La echas en falta tanto como ella a ti. Ahora, al ver a tu patrón se me acaba de ocurrir una idea. Puede que resulte si tú quieres, si estás dispuesto a casarte con Amatina sólo por amor, como ella desea.

Orfeo animó al fraile con una mirada para que continuara. Sabía que la voz le temblaría si hablaba entonces. Escucharía a Conrado, y mientras intentaría recuperar la compostura.

---

El fraile le explicó su plan, y puntualizó cada paso con el condicional: si la quieres de verdad. A Orfeo sus consejos le parecieron muy sensatos, y no dejó de sorprenderse a la vista de que el hombre nada sabía del comercio. En cuanto Conrado acabó, Orfeo dijo:

—Es necesario, por supuesto, que el sior Domenico consienta, y también mi hermano Piccardo. —La verdad es que deseaba con toda el alma que la idea de Conrado resultara. Su corazón volvió a latir con renovadas fuerzas ante la perspectiva. Cogió la mano del fraile entre las suyas y la sacudió vigorosamente—. Ahora eres tú, hermano, quien quizá me salve.

—Entonces que Dios te conceda un final feliz —respondió Conrado. Esperó a que Orfeo le soltara la mano para añadir—: Ten la bondad de llevar un mensaje de mi parte cuando vayas a ver a Amatina. No me despedí de ella cuando esta mañana salí de su casa, por miedo a que intentara retenerme. Por favor, dile que me he ido al Ospidale di San Salvatore delle Pareti y que regresaré cuando pueda.

—¿Al lazareto?

—Sí. También dejé en su casa a mi compañero, que nada sabe de mis intenciones. De nuevo, para no dar la alarma. Será bienvenido si quiere seguirme, según sea su deseo o no, y según lo incline Dios. No sé cuándo regresaré y quizá la elección de mi nueva residencia no le resulte atractiva. —El fraile esbozó una sonrisa burlona—. *Addio, signore*. Que Dios os bendiga a ti y a tu dama.

Zefferino no había dejado de dar vueltas en su jergón durante gran parte de la noche, hasta que cayó en un sueño intranquilo. La ansiedad circulaba por sus venas como una enfermedad. No había salido del convento desde el día en que los frailes lo habían recogido medio muerto en la capilla abandonada. No había subido a la superficie más que para recoger la comida de los prisioneros. Se cubrió la cabeza con el brazo para aislarse de los cuerpos y los ronquidos de los extraños que tenía a su alrededor, y se acurrucó en una posición fetal. Su único consuelo era la serena respiración de Conrado en el jergón vecino.

Un poco antes del alba, Conrado se despertó. Zefferino entreabrió el ojo y vio que su cofrade caminaba hacia la puerta, de la misma manera que había hecho después de escuchar su confesión en la capilla. Por un momento, Zefferino temió verse abandonado de nuevo, pero los sonidos a su alrededor eran humanos, no animales. Volvió a sumergirse en un sueño inquieto.

Cuando despertó de nuevo, fue por el bullicio de los sirvientes recogiendo los jergones, mientras bostezaban, se desperezaban, e imploraban la bendición de Dios para la nueva jornada de trabajo. La cama de Conrado estaba vacía y sin recoger. Quizá había ido primero a la letrina.

---

Zefferino se levantó, se ajustó la capucha, y siguió a los demás en la misma dirección. Vio cómo los demás evitaban mirarlo sin el menor disimulo. Conrado quizá no se daba cuenta, pero para Zefferino el rechazo o el miedo era del todo evidente.

No tardó en darse cuenta de que su compañero no estaba en ninguna parte, ni siquiera en la mesa del desayuno. Mientras el fraile comía por obligación, Amata se acercó para preguntarle por Conrado. Zefferino no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros y mirar en derredor. Las conversaciones resonaban en sus oídos como el batir de las alas de los murciélagos en los túneles de las mazmorras.

—Iré a buscarlo a la capilla —dijo Amata, mientras se alejaba por el pasillo llamando en voz alta a Conrado.

Había algo en su voz... «¡Conrado! ¡Fray Conrado!» Era como la voz del novicio en el bosque. Antes del agudo toque de trompeta del ángel, antes de que Zefferino entrara en la agonía. Nunca le había preguntado a Conrado por el ángel. Después de la visión que el prisionero tuvo en la celda, Zefferino había comprendido que el hombre vivía en un plano superior. El guardia tenía miedo de sondear en los misterios sagrados.

Los demás acabaron de desayunar rápidamente, y Zefferino se quedó solo en la mesa del enorme salón. A su alrededor, los sirvientes recogían las tazones y los vasos vacíos. Repitió de gachas. Los dos copistas no tardarían en iniciar el trabajo del día. Quizá Conrado había subido a la galería para ayudarlos, ahora que las piernas volvían a sostenerlo.

Zefferino subió la escalera con la cabeza gacha. Sólo estaba el copista Iacopone. Miró cómo éste utilizaba el cuchillo para cortar una hoja del grueso rollo y la estiraba sobre el tablero del pupitre. Zefferino cogió el rollo y probó la consistencia del delgado material. Había oído ya hablar del «papel», barato y mucho más práctico que el pergamino, aunque poco resistente a los hongos que se criaban en las húmedas bibliotecas monásticas. Bastaba con ver la facilidad con la que alguien había hecho un agujero en las hojas del original. Metió el meñique en la perforación.

—Hay toda una historia en ese agujero, hermano —comentó Iacopone—. Este manuscrito le salvó la vida a nuestra señora en una noche aciaga. La sombra siniestra de un fraile asesino le hubiese perforado las tripas con su pica de no haber sido por ese grueso rollo que la envolvía. Aún recuerdo cómo ella agradeció a Dios que fray Leo fuese un escritor generoso con las palabras.

Zefferino apretó el rollo con las dos manos.

—¿Un fraile? ¿Y por qué un fraile querría matar a alguien que es tan generoso con la hermandad?

—No dirías eso si la hubieses visto aquella noche. Luchó como una leona y mató a uno de los asaltantes, aunque ellos también mataron a uno de los nuestros. A saber

---

por qué, los frailes querían secuestrar a Conrado. Nos sorprendieron en el bosque en plena noche.

Zefferino cerró el ojo, y pudo oír de nuevo el terrible ritmo de aquella noche, los gritos a su alrededor, seguidos por el toque de trompeta y el fuego que se acercaba a su rostro.

— ¿Tú también estabas allí? —preguntó.

—Estuve, aunque casi llegué demasiado tarde para ayudarlos. Convertí en tea a su jefe y los demás escaparon como comadreas de regreso a sus guaridas.

El rollo se escapó de las manos de Zefferino y se estrelló contra el suelo con un golpe sordo; rodó a continuación por el pavimento de la galería. Iacopone saltó del taburete y alcanzó a sujetarlo antes de que cayera por el borde.

— ¡Ten cuidado, hermano! ¿Estás bien?

Zefferino escondió las manos en las mangas y agachó la cabeza. Comenzó a toser porque se ahogaba y, finalmente, alcanzó a decir con voz ronca:

— *Ángelus Domini*. El ángel del Señor. ¡Tú!

La galería de madera se sacudió suavemente. La mujer subía la escalera seguida por Salimbene, que jadeaba por el esfuerzo.

—Fray Conrado se ha ido, hermano —le dijo Amata a Zefferino—. Ha dejado aviso de que lo encontrarás en la leprosería si quieres seguirlo. —Se volvió hacia Iacopone, con el rostro enrojecido por el entusiasmo—. El mensajero lo envió el sior Orfeo. Vendrá aquí mañana y dijo que esperaba ser portador de buenas noticias.

Iacopone y Salimbene celebraron la nueva.

—Estaba seguro de que no tardaría en volver, *madonna* —comentó el cronista.

Amata se volvió hacia Zefferino, incapaz de reprimir la sonrisa.

—Te pido perdón, hermano, por nuestra celebración particular. Mis camaradas saben lo importante que es este mensaje para mí. —Miró la nota que tenía en la mano—. De todas maneras, me preocupa que fray Conrado viva entre esos repugnantes leprosos. ¿Sabes por qué se ha ido allí?

—Para cumplir una promesa, *madonna*.

— ¿Piensas ir con él? Puedo decirle a la cocinera que prepare la comida que te quieras llevar. Seguramente Conrado se marchó sin comer.

¿Reunirse con él? ¿Reunirse con el hombre que lo había abandonado entre sus enemigos? Zefferino se pasó la mano por delante del ojo, para borrar la visión de las llamas.

—Con tu permiso, *madonna*, me quedaré aquí una noche más. Por la mañana volveré al Sacro Convento.

---

Fue Conrado, y no Orfeo, quien aquella noche ocupó los pensamientos de Amata antes de quedarse dormida. Todavía consideraba al fraile como el único hombre que la amaba incondicionalmente, sin pedir nada a cambio. Aunque había hecho todo lo posible por ocultar su aversión desde el día de su regreso, sufría por su amigo. Nunca más vería aquellos luminosos ojos grises. ¿Y qué pasaría si enfermaba de lepra en el hospital, a pesar de la pureza de su corazón? Murmuró una plegaria para que estuviese a salvo de todo mal, pero curiosamente, dirigió sus oraciones a doña Giacoma y no a Dios. Después se puso de lado y durmió profundamente hasta que los gritos la despertaron en mitad de la noche.

Una de las sirvientas, Gabriella, la sacó de su sueño y le tiró del brazo para que se levantara.

—Levántate de prisa, *madonna*. Hay un incendio en el patio.

Somnolienta y en un ambiente cargado de humo, Amata salió de su habitación envuelta en una capa. ¿Qué podría haber provocado un incendio en los días más calurosos del verano, cuando todos los hogares de la cocina estaban limpios y cerrados? Seguramente alguien se había olvidado de apagar una vela. Cuando se acercó al patio dio un paso atrás al ver el resplandor naranja de las llamas que bailaban como un amanecer demoníaco contra las paredes y las columnas de piedra. Los sirvientes y los invitados llenaban cubos en la fuente del centro del patio, mientras otros hacían una cadena para traer agua desde la fuente pública.

Se frotó los ojos y miró el patio desde debajo de uno de los arcos del claustro que lo rodeaba. Le entraron arcadas y se mordió el pulgar para contener un grito. Vio con horror que toda la galería de madera donde estaban los pupitres era pasto de las llamas. Una tremenda hoguera abrazaba los escalones que llevaban a la sección sur y toda la pared de aquel lado. Los hombres que intentaban evitar que las llamas se propagaran tenían que subir con los cubos por la escalera norte y después recorrer las galerías laterales, pero los pupitres ya habían desaparecido. Amata miró entre las llamas con la intención de localizar el armario donde había guardado el manuscrito de Leo y las copias inacabadas. Mientras lo hacía, la galería sur se desplomó y arrastró con ella parte de la galería este. Grandes trozos de madera en llamas llovieron sobre el patio. Amata vio parte de uno de los pupitres entre los restos, y sintió que se le paraba el corazón.

¡Todo perdido!

Las paredes de piedra y las tejas soportarían las llamas, los carpinteros reconstruirían la galería, pero la crónica de Leo se había perdido para siempre. No pudo hacer más que taparse el rostro con las manos. ¡Le había fallado a Conrado!

---

La batalla por salvar el resto de la casa se prolongó hasta el amanecer. La guardia nocturna había alertado a los vecinos de Amata y rápidamente se habían formado cadenas que iban desde todos los pozos y fuentes disponibles hasta la puerta principal. Amata, por su parte, ayudaba a las mujeres que perseguían y apagaban las ascuas arrastradas por el viento para evitar que el fuego se propagara. Corrió de un lado al otro del patio y por los pasillos del claustro hasta que le pareció que los pulmones le estallarían por el humo, el calor y el agotamiento, mientras la multitud aumentaba dentro y fuera de la casa.

Por fin, poco después de que las campanadas anunciaran la hora prima, maese Roberto la buscó para comunicar que el fuego estaba apagado. Aturdida, caminó con él hasta el centro del patio y contempló las paredes y los arcos renegridos y agrietados. Dentro del perímetro del claustro, no había sobrevivido nada hecho de madera, ni siquiera los marcos, Iacopone estaba sentado entre las cenizas, en el mismo banco de piedra donde ella y Conrado habían conversado la noche de su regreso. Tenía la cabeza apoyada en los brazos y hablaba en voz alta, aunque no había nadie a su lado. Pío, tiznado de pies a cabeza, se acercó a ella.

—Pío salvó tu casa, Amatina —dijo el mayordomo—. Fue el primero en oler el humo y avisó a los demás.

Amata apoyó una mano en el pecho del muchacho.

—Dios te bendiga —murmuró. Miró a los demás de su casa, que se ocupaban de rociar los rescoldos y de amontonar los restos lejos de las paredes. Fray Salimbene y el compañero de Conrado no estaban entre ellos.

—¿Los frailes están bien? —preguntó.

—No los he visto —contestó Roberto.

—Yo vi al escriba al principio —dijo Pío—. Fue el primero en llegar a la galería. Seguramente él también olió el humo. Después de despertar a los demás, volví, y entonces lo vi bajar por la escalera norte. Creí que buscaba cubos y le grité que fuera a la cocina, pero luego ya no lo volví a ver.

Iacopone les gritó a voz en cuello.

—*Ángelus Domini*. El fraile ciego lo anunció.

—¿Un ángel? —Amata enarcó las cejas y miró a Roberto, que se encogió de hombros.

—Yo me ocupo de las cosas prácticas, *madonna*. Dejo al *sior* Iacopone descubrir las causas más profundas de estos acontecimientos.

Cansados, se volvieron hacia el interior de la casa. Una solitaria y melancólica nota de trompeta sonó desde el rincón donde se encontraba Iacopone. Amata se volvió en el momento en que el hombre pasaba a su lado como una exhalación. Corrió por el pasillo con sus desgarradas zancadas y salió por la puerta principal.

---

—*Cuz!* —le gritó Amata, pero el penitente ya había desaparecido.



## Capítulo XL

Un leproso sentado al sol delante de un portal fue el primero en verlo. La criatura hizo sonar la carraca de aviso antes de que Conrado llegara al final del sendero que bajaba del bosque y separaba los dos largos edificios del hospital. Alertados por el ruido, otros espectros vestidos con túnicas marrones salieron de sus celdas —las mujeres y los infantes del edificio de la izquierda y los hombres, de la derecha— y comenzaron a gritar en una siniestra jerigonza. Conrado se detuvo en mitad del sendero. No se hubiese horrorizado más de haberse encontrado en un cementerio con los muertos paseándose entre las tumbas. Una vez más, Leo lo había conducido al corazón de sus más profundos terrores. Cerró los ojos y rezó por la perseverancia. «*Servite pauperes Christi*», susurró para sus adentros.

Dos edificios más pequeños flanqueaban los dormitorios de los leprosos. Conrado supuso acertadamente que las casas albergaban a los monjes y monjas de la Orden de los Crucíferos, que atendían a los enfermos. Uno de los monjes asomó la cabeza por una ventana. Una segunda figura, un hombre alto, delgado, de piel morena, vestido con la larga túnica roja y la gorra de los médicos, salió del edificio y subió por el sendero hacia él. Los leprosos callaron en cuanto lo vieron.

—Salve, hermano. —Con una voz ronca, el hombre se presentó como Mateo Anglo, Mateo el inglés.

—Que la paz de Dios sea contigo —respondió Conrado—. Vengo a trabajar.

Mateo lo observó de la cabeza a los pies, pero no desvió la mirada como habían hecho los hombres de Orfeo. Sin duda había visto cosas mucho más grotescas en aquel lugar y miró a Conrado de la misma manera que hubiese mirado a un nuevo paciente.

—¿Qué te ha animado a querer trabajar aquí?

—El deseo de imitar a mi maestro, san Francisco, y una solemne promesa.

—Levántate el hábito un palmo —dijo Mateo. Conrado lo hizo. El médico frunció los labios—. Lo que me imaginaba. Tendrás que esperar aquí mientras voy a buscar un par de sandalias. Regla número uno: nadie de mi personal camina descalzo por el recinto del hospital.

—No he usado sandalias desde la investidura —protestó Conrado—. Violaría mi voto de pobreza.

---

—Entonces tendrás que decidir cuáles de todas tus solemnes promesas quieres mantener —afirmó Mateo—. Si vas a servir aquí, debes comenzar por pensar que mis órdenes son la voluntad de Dios en este lugar. Dejo a los monjes la guía espiritual de los pacientes, y los monjes dejan que yo me encargue de la atención médica. Si necesitas un bálsamo para tu conciencia, te prometo que vivirás en la más absoluta pobreza. Procuraré que tus sandalias sean las peores que encuentre. —Conrado asintió a regañadientes y el médico sonrió—. Entonces bienvenido, hermano. Como acabas de salir de las mazmorras de los frailes, estoy convencido de que eres un buen hombre.

—¿Có...cómo? —tartamudeó Conrado.

—Te han torturado. —Mateo señaló la cicatriz—. Tus cabellos son blancos, pero tu piel es pálida y fresca como la de una doncella, poco habituada a ver el sol durante un tiempo. Tu barba no ha conocido navaja desde hace años. Tienes los tobillos sin vello y muestran las rozaduras de los grilletes. Además de que llevas la túnica andrajosa de un espiritual y vas descalzo, dos motivos para acabar en la celda durante el gobierno de Bonaventura.

—¿Estás enterado de la división...?

—Una vez pensé en unirme a tu orden, pero preferí la túnica roja al hábito gris. Hace sesenta años, el papa Honorio prohibió a los sacerdotes el estudio de la medicina. En consecuencia, decidí que nunca me convertiría en monje.

Conrado siguió a Mateo hasta la entrada del recinto, y esperó allí mientras el médico iba a buscar las sandalias. Una muy suave brisa le refrescó la frente, pero también le trajo el repugnante hedor dulzón de la carne putrefacta. Resistió el impulso de taparse la nariz con la manga o buscar la carcasa o el montón de huesos cercano. Había entrado en el mundo de los muertos vivientes y sabía que el olor de la carne nauseabunda procedía de las esqueléticas criaturas que continuaban mirando en su dirección desde las ventanas. El rostro del hombre más cercano, el que había hecho sonar la carraca tenía los labios gruesos y los bubones azules de los que acaban de enfermar. La nariz achatada sugería que el cartílago que la formaba ya había comenzado a corromperse. Conrado se forzó a mirar a los demás. Muchos, afortunadamente, ocultaban sus rostros detrás de velos, y sólo parecían devolverle la mirada con sus ojos ciegos. Pero los casos peores... Vio cráteres de pus donde una vez habían estado los ojos, agujeros putrefactos en lugar de narices y bocas, carnes machacadas que simulaban barbillas, orejas varias veces más grandes que las existentes en la naturaleza, manos sin dedos, brazos sin manos, torsos hinchados o aplastados, pieles perforadas o lesiones supurantes. Los leprosos miraban indiferentes, aunque algunas mujeres impulsadas por la vergüenza, ocultaban sus rostros destrozados. Los pocos niños que estaban en cuclillas junto a ellos como viejos enanos, también eran apáticos, y miraban a Conrado con la gravedad de los adultos.

---

El muestrario de horrores lo mantuvo presa de una macabra fascinación. El fraile se preguntó si no estaría viendo un anticipo de su inevitable futuro, su cuerpo enfermo en las últimas etapas de la decadencia. Deseó que Mateo regresara cuanto antes y sólo se tranquilizó cuando el médico le trajo las sandalias. La visión de los leprosos lo había desorientado, y las sandalias reafirmaron ese curioso efecto, al quitarle toda sensibilidad en los pies. Ya no notaba las piedrecillas en el polvo, ni el polvo, o cada hoja de hierba. Sólo el cuero. Toda la superficie del recinto parecía estar cubierta con una capa de cuero.

—El primer encuentro de cerca siempre es el más impresionante —le comentó Mateo. Llevó a Conrado hasta una habitación en la casa, detrás del edificio de los leprosos—. Puedes esperar en mi celda hasta que despejemos un espacio para ti.

En la habitación del médico reinaba un desorden que marcaba un claro contraste con la mente analítica del hombre. Había un catre en el rincón más alejado de la puerta, una mesa pequeña con dos taburetes debajo de la única ventana, y una larga mesa de trabajo rectangular que ocupaba el centro. Sobre la mesa pequeña se veía un cráneo y una clepsidra, y en la pared más cercana un crucifijo pintado; recordatorios todos para los pacientes de Mateo de la naturaleza transitoria de la vida y de la futura salvación. Cabos de vela, frascas de orina, retortas, un alambique, un mortero, y una pila de manuscritos encuadernados ocupaban gran parte de la mesa grande. En la página de un libro abierto había un círculo coloreado, quizá un anillo de orina. Conrado recordó haber leído algo parecido en un texto de uroscopia en París: si el fluido de la persona enferma se veía rojo y denso, poseía un humor sanguíneo; si era rojo y ligero, estaba siempre enojado. Cada tono: púrpura, verde, azul, negro, tenía su correspondiente enfermedad.

Recipientes marcados con los símbolos de los elementos metálicos, una jarra que contenía la narcótica mandragora, y especias medicinales —canela, macis, cubeba— llenaban una repisa. En la estantería cerca del catre del médico había más libros de los que Conrado hubiese visto alguna vez fuera de las bibliotecas de los conventos.

—No te quedes en el umbral, hermano —dijo Mateo. Señaló los libros—. Todos estos se los tengo que agradecer a Constantino de África. Después de recorrer el Levante la mayor parte de su vida, se hizo monje y se instaló en la abadía de Montecassino. Dedicó el resto de sus años a traducir textos de medicina para los estudiantes de Salerno; a los viejos maestros griegos conservados en árabe y también las obras de los sarracenos. De esta manera, Galeno se convirtió en nuestra Biblia, si me perdonas la comparación, y aprendimos de corrido los diez libros del Pantechne de Alí Abbás.

Conrado miró la librería un tanto confuso. Por un lado, lo impresionaba su tamaño, por el otro lo avergonzaba su curiosidad. ¡San Francisco no la hubiese aprobado! El orden en los estantes reflejaban la mente lógica que había advertido antes y no el abigarramiento de la habitación en su conjunto: los griegos Galeno y Aristóteles en el estante superior, los filósofos médicos sarracenos debajo. Encontró

---

cuatro de las cuarenta y dos composiciones de Hermes Trimegisto, el *Theatrum sanitatis* de Abul Asan, un tratado sobre la hidrofobia canina, el canon de medicina de Avicena y, en el estante siguiente, al rabino Maimónides, y sus colegas españoles, Avenzoar y Averroes.

En el último estante estaban los escritos de los maestros de Mateo en Salerno: Trotula da Salerno, y una farmacopea, *Antidotarium*, del maestro Praepositus, de la misma escuela. Este último se apoyaba en una pila de escritos sobre el uso medicinal de las hierbas, e incluía el *De virtutibus herbarum* de Platearius. «¿Por qué están relegados los autores cristianos a la posición más baja?», se preguntó.

Cogió el *Methodus medendo* de Galeno y frunció el ceño al ver el frontispicio: un dibujo del pagano Esculapio con el caduceo alado en la mano, y acompañado por sus hijas Higea y Panacea.

—Un buen cristiano quizá tendría mucho que decir sobre esta colección — conunlo . Preferiría ver en esta página a los santos mellizos Cosme y Damián o a san Antonio Abbas, Ellos también son símbolos de la creencia en el poder curativo de Nuestro Señor.

Mateo se encogió de hombros.

—Créeme, hermano, si digo que acumularía gustosamente las obras de los médicos de nuestro propio credo, pero conozco a muy pocos más allá de mis maestros en Salerno. Lamentablemente, nuestra Santa Madre Iglesia insiste en ver el cuerpo como una maldición, y la enfermedad como un castigo divino. En Asís oí una vez a un penitente que suplicaba, de forma muy poética, padecer algún mal: «O Signor, per cortesía, manname las malsania!». Hubiese bienvenido cualquier cosa: fiebres terciarias, hidropesía, dolor de muelas, cólicos, convulsiones. Yo te pregunto: ¿qué puede hacer mi arte curativo para contrarrestar tal actitud?

Conrado dejó el libro de Galeno en el estante y se rió.

—Creo que conozco a ese penitente. Te alegrará saber que en la actualidad goza de una salud envidiable.

—Una noticia muy agradable, por cierto. Ruego que no le resulte una carga demasiado pesada.

El fraile se rascó la mejilla.

—Dime, ¿cuál crees tú que es la raíz de la enfermedad, si no es el castigo por la naturaleza malvada del hombre o el deseo por parte de Dios de poner a prueba su fortaleza?

—Te refieres al caso de Job.

—Sí, podría ser un ejemplo o, dado que nos encontramos en este hospital, podríamos mencionar a Bartolo, el leproso de San Gimignano. Soportó su destino con tan alegre resignación que la gente lo llamó el Job de la Toscana.

---

El médico meditó la respuesta.

—En realidad, ninguno de mis colegas médicos ni tampoco yo podemos decir con certeza dónde reside la fuente de la enfermedad. Por eso decimos que Galeno dice «no», e Hipócrates dice «sí». Los médicos no están de acuerdo, y nadie puede decidir quién está en lo cierto. —Mateo buscó entre la pila de manuscritos que tenía en la mesa. Cogió uno delgado—. Descansa un momento junto a la ventana, hermano, y lee esto. Es muy breve. Lo escribió un compatriota mío, Bartolomeo Anglo, que fue hermano lego de tu orden. Estúdialo, por favor, hasta que esté preparada tu celda. Te pondrá en antecedentes sobre el trabajo que harás.

Conrado esperó a que se marchara Mateo, y se acercó el manuscrito al rostro. No había intentado leer desde que había perdido el ojo. Sostuvo el pergamino a la luz de la ventana, y forzó un poco el ojo bueno para definir el contorno de las letras y las palabras.

Fray Bartolomeo trataba primero las causas de la lepra, y comenzaba por las comidas que recalentaban la sangre o que no tardaban en corromperla: la pimienta, el ajo, la carne de perros enfermos, el pescado y el cerdo mal curados, y los panes de mala calidad hechos con cebada o centeno contaminados. Luego procedía a describir, con demasiado detalle para la sensibilidad de Conrado, la naturaleza contagiosa de la enfermedad: cómo el desaprensivo podía contraerla a través del conocimiento carnal de una mujer que había yacido con un leproso, cómo un bebé que mamaba del pecho de una ama leprosa recibía la muerte a través de la leche de la mujer, cómo incluso podía ser heredada. El pergamino tembló en las manos de Conrado cuando leyó la última fuente de la lepra: «Incluso el propio aliento o la mirada de un leproso pueden ser nefastos». Según Bartolomeo, Conrado ya podía llevar la enfermedad en su interior, a pesar de que la mayoría de los que lo habían mirado en el sendero estaban ciegos.

Se tragó el desagrado producido por la crudeza del catálogo de Bartolomeo. El fraile excedía los límites de la modestia. Sin embargo, aquellos que contraían la lepra a través de la carnalidad sí la recibían como merecido castigo por sus pecados. Bartolomeo y Mateo no podrían convencerlo de lo contrario en ese punto. En cuanto a la herencia, ¿las Escrituras no afirmaban: «Los padres han comido uvas agrias, y los dientes de los niños rechinan»? Por consiguiente, incluso en esta instancia, el leproso pagaba las consecuencias de la iniquidad de sus padres: Bartolomeo lo admitía cuando hablaba del tratamiento de los leprosos: «La lepra es muy difícil de curar pero con la ayuda de Dios...»; obviamente, dado que había sido Dios quien los había afligido con la enfermedad.

De toda maneras, Bartolomeo también daba varias opciones no espirituales para el médico: sangrías (si las fuerzas del leproso lo permitían); purgantes para eliminar las lombrices y úlceras; medicinas para el interior, emplastos y ungüentos para el exterior. El fraile inglés concluía: «Para ocultar o curar la lepra, el mejor remedio es el

---

áspid rojo de vientre blanco, siempre que se le haya quitado el veneno y cortado la cola y la cabeza. Su cuerpo, cocido con puerros, se debe comer con frecuencia».

Conrado acababa de dejar el manuscrito en la pila cuando Mateo entró en la habitación. Fue consciente de que su espíritu de contradicción pugnaba por aflorar. Pero si tres años antes no hubiese vacilado en discutir el escrito de Bartolomeo, en ese momento contuvo la lengua. Dios lo había enviado allí para aprender. Necesitaba preguntar y escuchar, no discutir.

— ¿Tu experiencia confirma las hipótesis de tu compatriota?

Mateo cogió el tratado y le echó una rápida ojeada.

— Sí en cuanto a la dieta —respondió finalmente con el manuscrito en alto—. Aquí sólo servimos carnes frescas, y, en esta época del año, cuando hay disponibilidad de frutas y verduras, conseguimos algunas curas definitivas.

La respuesta sorprendió a Conrado.

—Creía que sólo un milagro podía curar la lepra.

—En mi país, he oído hablar de curas milagrosas, sobre todo en el santuario de Tomás de Canterbury. Una fuente en la cripta del santo contiene agua bendita mezclada con una gota de su sangre, y muchos afirman que se han curado al beberla. Pero aquí, sólo puedo hablar de curas a través de la dieta.

—En ese caso, ¿por qué no se han curado todos tus pacientes?

—Tienes una mente despierta e inquisitiva, hermano. —Mateo sonrió—. Puede que hagamos de ti un buen médico. Tus preguntas son bien recibidas. —Pasó las páginas del manuscrito de Bartolomeo, hasta que encontró una referencia a la lepra—. La palabra lepra, o «escamas», como la llaman los griegos, abarca un gran número de enfermedades de la piel. Aquí hemos tenido multitud de casos, personas expulsadas de sus hogares y pueblos por el diagnóstico de algún sacerdote que no sabe nada de medicina y dicen que la sangre de los leprosos chirría cuando se la frota en las palmas de las manos, que flota en un bol de agua limpia, que se pierde toda sensación en los dedos de las manos y los pies, o que la piel toma un color cobre.

«Algunas de estas enfermedades de la piel se curan, y he devuelto a muchos de esos enfermos a sus familias. Pero lo que yo llamo la «verdadera lepra», lo que los griegos llaman elefantiasis debido al engrosamiento y aspereza de la piel, según mi experiencia no tiene cura. He probado los purgantes, las sangrías y una docena más de remedios sugeridos por diversos escritores, incluso las curas animales.

— ¿Ingerir áspid rojo?

—El áspid rojiblanco es una rara criatura en esta parte del mundo. Pero he untado las llagas de los leprosos con el bezoar elaborado según la receta de Avenzoar. Tampoco he conseguido resultados con el uso del corazón de un gato o un perro. —

---

Mateo se quitó el gorro y se dejó caer en el taburete opuesto al fraile, súbitamente desanimado.

Conrado observó con atención el rostro rubicundo de su compañero, las finas cejas, un muy pequeño bulto descolorido en la frente y una inflamación en el lóbulo que no había visto antes. El médico esbozó una sonrisa.

—Sí. Mi turno no tardará en llegar. —Su tono le dijo al fraile que ya se había resignado a lo inevitable.

—Así que la enfermedad es contagiosa, tal como afirma Bartolomeo.

—Aparentemente, aunque en los quince años que llevo aquí no te tenido ningún síntoma hasta ahora. Entre los cruciferos que me ayudan, algunos contraen la lepra a los pocos años de trabajo. Quizá tengas que preocuparte si piensas quedarte mucho con nosotros. Así y todo, tenemos a una vieja monja que lleva aquí veintidós años sin presentar ningún síntoma.

—Entonces, ¿cómo se propaga?

—Ojalá lo supiera. He intentado seguir las pistas de Bartolomeo. Por ejemplo, he mantenido conversaciones muy específicas con aquellos que ya estaban casados antes de venir aquí. La mayoría continuaron los contactos íntimos con los maridos o las esposas, incluso después de hacerse visibles los primeros síntomas y, por lo general, sin ninguna consecuencia para el cónyuge. Las excepciones son los que continuaron besando a sus parejas, incluso después de que las llagas aparecieran alrededor de los labios. —Mateo se encogió de hombros—. Veo que mi sinceridad te inquieta, hermano, pero lo que intento es dar por lo menos una respuesta parcial a tu pregunta. El comportamiento físico humano es competencia del médico; el cuerpo no es más que la tablilla donde escribimos. Como dije antes, los juicios morales os los dejo a vosotros los sacerdotes. El caso es que he llegado al convencimiento de que la boca es la parte más infecciosa del cuerpo del leproso. Por eso, mi gente calza sandalias, para protegerse las plantas de los pies de los escupitajos de nuestros pacientes.

Conrado se pasó los dedos por la barba. Se imaginó a Francisco, Leo y los otros primeros frailes mientras trabajaban entre los leprosos en aquel mismo hospital, sesenta años atrás: descalzos, alimentados con mendrugos cuando no ayunaban, e incluso besando a aquellas almas desafortunadas en la boca para demostrar su humildad. No obstante, él nunca había oído que la falta de precauciones hubiese hecho que alguno de ellos contrajese la lepra, aunque sin duda habían disfrutado de la protección especial de Dios en su sagrado servicio. Conrado llegó a la conclusión de que las teorías de Mateo tenían muy poco valor. Sin embargo, agradeció calzar las viejas sandalias.

---

Orfeo contempló la galería derrumbada, los tablones y las vigas ennegrecidas apilados en el patio de Amala.

—No es el mejor escenario para mis noticias —comentó—. Pero me alegro de que al menos nadie sufriera daño alguno, Amatina.

La mujer le cogió el brazo y apoyó la mejilla en su hombro.

—La galería no tiene importancia. Mandaré que la reconstruyan antes del invierno. Lo que me duele es la pérdida del manuscrito de Leo.

—Nada de lo que pudieses haber hecho lo habría impedido. Fray Conrado lo comprenderá. Lo verá como la voluntad de Dios, cosa que es.

Amata consiguió esbozar una sonrisa.

—Me alegra muchísimo que hayas vuelto, Orfeo. Casi había perdido la esperanza de volver a verte.

—Creí que tú no querías verme. La próxima vez que hables con tu fraile, puedes darle las gracias de mi parte por sacarme del error. No creo que fray Conrado te lo dijera, pero acababa de cargar los carros del sior Domenico y ya salía para Flandes cuando me detuvo.

—No lo sabía. Conrado no ha vuelto por aquí desde que habló contigo. ¿Domenico no está furioso por la demora? A duras penas conseguirás llegar a Flandes antes de que nieve.

—Ya no es mi patrón —declaró Orfeo, y de un puntapié lanzó un trozo de madera quemada hacia la pila cercana a la fuente.

—¡Orfeo! ¡No! ¿De qué vas a vivir?

Una sonrisa iluminó el rostro del joven.

—Eso es lo que he venido a decirte. El sior Domenico es un hombre viejo, cansado de tantos años de trabajo. Le ofrecí comprarle las mercancías y las carretas, los bueyes, el almacén y el puesto en el mercado. Aceptó. No puedo pagarle el precio de mi propia bolsa, por supuesto, pero mi hermano Piccardo aceptó poner una parte igual como mi socio.

—¿Piccardo competirá contra sus hermanos?

—Por la oportunidad de ser un hombre independiente. Cuando mi padre murió, Piccardo recibió su parte del dinero, pero el negocio pasó a manos de Dante por ser el primogénito. Piccardo está cansado de padecer la tiranía de Dante. Lo que falta se lo pediremos a un prestamista. Con buena fortuna y mucho trabajo, devolveremos toda la cantidad en unos pocos años. Y ahora viene la mejor parte: Piccardo está dispuesto a realizar la mayor parte de los viajes. Yo me encargaré del almacén, del puesto en el mercado y de llevar los libros aquí en Asís.

---

Orfeo se volvió para quedar de frente a ella y le apartó suavemente la mano de su brazo. Después le sujetó ambas manos entre las suyas y la miró a los ojos. Por un momento, el patio, las paredes ennegrecidas, incluso el contorno de su cuerpo se esfumó mientras ella le sostenía la mirada. Sólo veía el fuego que ardía en el centro de sus ojos negros.

—Ahora podemos casarnos, Amatina, comenzar nuestra familia, si me aceptas. Es a ti a quien quiero y amo. El dinero no es tan importante para mí. Tendremos bastante con ser el uno para el otro; lo demás vendrá con el tiempo y el trabajo.

Amata apartó las manos.

—¿Te contentarás con los placeres domésticos?

—Sólo puedo jurar que lo intentaré con todas mis fuerzas.

—No te pido más. —Titubeó por un segundo antes de saltar para echarle los brazos al cuello—. Orfeo. Debes saber que te quiero más que nada en el mundo. Esto es lo que quería decirte la noche que nos separamos.

Orfeo la estrechó contra su pecho.

—Tienes que comprenderlo. Algunas veces soy de lo más obtuso. Necesito que me expliquen las cosas palabra a palabra. Prométeme que en el futuro tendrás paciencia.

Amata escondió su rostro entre los cálidos pliegues de su túnica hasta que sintió que sus brazos se relajaban. Comprendió que miraba a algo o a alguien por encima de su hombro. Al apartarse, vio a Pío, que esperaba un tanto incómodo en la entrada del patio. Detrás, en las sombras del claustro, un grupo de criadas volvió a empuñar súbitamente escobas y plumeros.

—La cena está casi a punto, *madonna* —dijo el muchacho.

—¡Pío, nos vamos a casar! —gritó Orfeo.

El joven sonrió de oreja a oreja mientras miraba a la pareja. De una manera un tanto inexplicable, su respuesta desilusionó a Amata. Quizá había esperado una reacción más apagada por parte de alguien que había estado enamorado de ella durante tanto tiempo.

—*Con permesso, madonna*. —Pío se dirigió a su señora con un tono mucho más formal—. Yo también quiero casarme.

—¿Tú, Pío? ¿Con quién? —Miró a las criadas y vio que todas las miradas se centraban en Gabriella. La muchacha enrojeció como la grana y todo el grupo desapareció entre risitas en la gran sala, seguido por Pío, tan avergonzado como su prometida. Entonces Amata recordó que la noche del incendio había sido Gabriella quien la había sacado de la cama, mientras que Pío había sido el primero en dar la voz de alarma y llamar a los hombres. ¿Cómo no se había dado cuenta? Doña Giacomina, por supuesto, hubiese intuido el romance desde el primer momento.

---

—Es una suerte que no sepa todo lo que pasa en mi casa durante la noche —le murmuró a Orfeo—. Creo que mi dejadez, o la ignorancia, salvaron este lugar.

Cogió la mano que le ofrecía Orfeo y su paso recuperó la vivacidad habitual cuando se dirigieron al gran salón.

—En cuanto al dinero... sólo necesitaba estar segura, Orfeo. La verdad es que no necesitamos recurrir a un prestamista. Yo trabajaré a tu lado tanto como puede hacerlo un hombre si es necesario. Además, espero que tú, que nosotros, viajemos de vez en cuando. Ambos sabemos que tienes un poco de agua salada en las venas, y yo todavía no he visto el amanecer y las vidrieras de colores en la catedral de Lyon.



## Capítulo XLI

A la mañana siguiente, después del desayuno, Mateo fue a buscar a Conrado.

—Hoy me acompañarás en mi ronda, hermano. Te presentaré a los pacientes y sabrás cuáles serán tus obligaciones.

A una indicación del médico, Conrado llenó un cubo de agua en la cisterna y lo siguió a través del claro de tierra apisonada que separaba el refectorio de la casa donde vivían los leprosos. Mateo llamó discretamente a la puerta del primer hombre, uno de los muchos que estaban demasiado enfermos como para ir a la comida comunal.

—Ésta es la celda del viejo Silvano. Primero lo lavaremos a él, limpiaremos su habitación y le daremos de comer —explicó.

Conrado centró su atención en el crucifijo clavado en la puerta para prepararse contra el sufrimiento que encontraría al otro lado. Un hedor nauseabundo salió de la habitación del leproso cuando Mateo abrió la puerta. El sabor de las gachas a medio digerir agrió la garganta del fraile.

Una figura consumida estaba acurrucada en una silla de madera en un rincón; una vieja criatura ciega, casi perdida en la holgada túnica de arpillera. Mateo le indicó a Conrado que se colocara a un lado de la silla, mientras le gritaba al leproso:

—Hoy toca disfrutar del sol, Silvano. Hace falta que tú y la habitación os aireéis un poco.

Entre los dos sujetaron la silla, sacaron al anciano al exterior y lo colocaron de forma tal que el sol le calentara la espalda.

—Éste es fray Conrado —añadió el médico, siempre en voz muy alta—. A partir de ahora se ocupará de ti. —Mateo abrigó al leproso con una manta mientras Conrado cambiaba la sábana, manchada con sangre seca y pus, que cubría el jergón de Silvano. Echó agua en el suelo y comenó a fregarlo.

Cuando acabó, Mateo sacudió al viejo suavemente.

—Es hora de bañarte —dijo. Silvano, que comenzaba a revivir con el calor del sol, asintió por primera vez. El médico envió a Conrado a la cocina para que trajera agua caliente y él continuó el recorrido por las habitaciones para que los que estaban en condiciones de moverse solos salieran al aire libre.

---

Conrado llenó el cubo en el caldero que hervía en la cocina y lo llevó hasta la celda de Silvano, donde Mateo hizo que le quitara el velo y la túnica al leproso. Para aliviar del fraile, mientras limpiaba el rostro y el cuerpo de Silvano, consiguió no vomitar el desayuno. En lugar de producirle arcadas, como había temido, las heridas del hombre le provocaron un fuerte sentimiento de piedad y compasión. Las lágrimas asomaron a su ojo mientras estrujaba el trapo.

Mateo no perdió detalle de la manera cómo el fraile limpiaba las heridas y procuraba quitar el máximo de pus posible. Finalmente, Conrado secó al viejo con una toalla y le vendó las manos y los pies con unos trozos de tela. Resistió el impulso de besar al hombre, como hubiese hecho san Francisco. La advertencia de Mateo había causado el efecto deseado. Así que dijo:

—Que la paz y la bondad de Dios te acompañen, sior Silvano.

El leproso respondió con un gesto.

—Te da las gracias —tradujo Mateo.

—¿No puede hablar?

El médico le señaló la boca abierta, y sólo entonces Conrado vio el muñón marchito donde debía de haber estado la lengua. Mientras iban a la celda vecina, Mateo apoyó una mano en el hombro del fraile.

—¿Cómo te sientes?

—Avergonzado. Hasta ayer pensaba en ellos como pecadores que sufrían su justo castigo. Ahora veo que son verdaderamente los pobres de Cristo, como dijo san Francisco.

—Comienzas a comprender y eso es lo único que importa por ahora. Aquí harás mucho bien.

El enfermo siguiente, un hombre mucho más joven que Silvano, sorprendió a Conrado. Apenas tenía llagas en el cuerpo; sólo una en la espalda, fruncida y arrugada como los pétalos de un clavel. En cambio, tenía las manos contraídas como garras; los pulgares apoyados en las palmas, y un velo lechoso salpicado con lo que parecían granos de yeso cubría las córneas de los ojos. Conrado interrogó a Mateo con la mirada, al tiempo que lavaba la llaga seca.

—Incluso entre los verdaderos leprosos encontrarás muchas variaciones de la enfermedad. Los hay que no tienen bulbos, o sólo unos pocos, cuando no sólo uno. El color varía desde el rosa claro como éste, al rojo fuerte. Pueden aparecer en cualquier parte del cuerpo. Pero incluso aunque esta llaga se ha secado por el momento, no tiene ninguna sensibilidad. No notaría el calor del agua aunque hirviera. Esta parte de su carne ha muerto para siempre.

Mateo hablaba del leproso con indiferencia, como si estuviese en otra habitación. El hombre, a su vez, miraba al frente, sin mostrar el menor interés en la conversación;

---

la misma pasividad que a Conrado le había puesto la carne de gallina el día anterior, cuando había imaginado que entraba en el mundo de los muertos vivientes. Al acabar, bendijo al leproso como había hecho con Silvano, pero el paciente no mostró la misma reacción. Mateo acarició la calva del leproso antes de salir, sus labios apretados en una severa sonrisa.

—He visto muchos casos similares —explicó una vez fuera—. A estos leprosos los llamo fronterizos. Lo mismo que este hombre, sólo tienen una única lesión, aunque menos seca que la suya. Si bien la sensibilidad en ese punto ha disminuido, aún continúan sintiendo algún dolor. Sus lesiones tienen una forma oval, a menudo con un centro sobresaliente y un reborde palpable. —Mateo sacudió la cabeza—. Esta enfermedad es tan compleja. Dudo que pueda llegar a comprenderla del todo.

Conrado fue de nuevo a la cocina a buscar más agua, dispuesto a retener en su memoria el máximo posible de las explicaciones de Mateo. Tenía mucho en que pensar. En el camino, se cruzó con varios de los crucíferos, que también llevaban cubos. Había conocido a cinco monjes y tres monjas aquella mañana. Lo saludaron con gesto parco, concentrados en su trabajo.

Esos religiosos eran un grupo sombrío comparados con los benedictinos de Don Vittorio; quizá porque se movían en un mundo mucho más cercano al Juicio Final, o porque su trabajo no daba muchos motivos para la sonrisa. Conrado admiraba su silencio, y el hecho de que hubiesen comprometido sus vidas al servicio de aquellos parias. Se sentiría a gusto si tuviese que trabajar hasta el final de sus días con aquellos hombres, e incluso con las mujeres, criaturas modestas pero con la misma dedicación.

Por azar, aunque él no era médico, Dios lo había llevado allí en el momento más oportuno porque Mateo empezaba a ver ahora el final de su propio camino. Se apresuró a descartar la idea como una vanagloria, una reacción excesiva a la alabanza de Mateo. «El orgullo parte a caballo y regresa a pie», se recordó a sí mismo. Carecía de los conocimientos y no compartía el vínculo especial que unía a Mateo con sus pacientes. Además, en lo más profundo de su corazón, continuaba creyendo que era la voluntad de Dios, y no los esfuerzos del hombre, lo que decidía quién moría o se curaba, un credo que, evidentemente, el doctor de Salerno no compartía.

En menos de un mes, Conrado se había integrado completamente con los crucíferos, y realizaba sus tareas en una pacífica monotonía. Hablaba casi a diario con Mateo, y a menudo trabajaba con el médico después de cuidar a los leprosos a su cargo. El fraile había aprendido mucho de sus pacientes y del amplio espectro de la enfermedad, pero seguía sin entender cuál había sido el propósito de Leo al enviarlo al hospital.

Las noches de finales de verano eran cada vez más frías, mientras que las tardes continuaban siendo lo bastante cálidas y soleadas como para permitir que los

---

pacientes permaneciesen al aire libre. En uno de esos hermosos días, Conrado vio la túnica roja moviéndose por la hilera de celdas, y hacia allí se dirigió con su cubo de agua caliente. Mateo acababa de acomodar a uno de los leprosos en el patio.

— ¿Qué tal estás hoy, Mentore? — preguntó el médico.

Con el rostro impasible, el hombre levantó los brazos para que las mangas se deslizaran hacia abajo. Tenía numerosas llagas en la piel, pero Conrado advirtió que la mayoría tenían una costra gris rojiza. También los bubones de la cara parecían estar en fase de curación; era la primera vez que Conrado veía una mejora en el estado de un paciente. Quizá Mentore tenía una de las enfermedades de la piel curables que había mencionado el médico. El fraile miró a Mateo con una expresión ilusionada. En cambio, sólo vio en sus ojos una profunda tristeza.

— ¿Estás preparado? — le preguntó Mateo, en voz baja.

El leproso asintió.

— Enviaré a un sacerdote para que te confiese y administre los últimos sacramentos — añadió Mateo. Le indicó a Conrado que se acercase—. Báñalo muy bien. Prepáralo para que se reúna con su Salvador.

— Pero sus heridas parecen estar mucho mejor que las de los demás — protestó Conrado—. Su piel nunca ha tenido mejor aspecto.

— Algunas de las llagas mañana habrán desaparecido — dijo Mateo—. Es una señal de la muerte inminente que todos hemos aprendido a reconocer. La esperan, si no con alegría, por lo menos con alivio.

El rostro de Mentore, con sus ojos velados, permaneció absolutamente inexpresivo. Si el leproso sentía alguna emoción, no la demostraba. Conrado recordó la conversación con Iacopone, cuando viajaban por la carretera de Asís; el tema había sido la poesía, la experiencia, y la fatigosa respiración de los moribundos. Sin embargo, aquel hombre condenado que esperaba en su taburete, respiraba con toda la normalidad que le permitía su nariz, impasible como un cambista ante su balanza. Conrado sumergió la toalla en el agua caliente y lavó una de las manos del hombre. Una frase de la carta de Leo acudió a su mente: «En las uñas del leproso muerto está la verdad». Con lo que le pareció una curiosidad casi morbosa, levantó el otro brazo del hombre por la muñeca, pero ambas manos acababan en muñones en los nudillos. El significado de las palabras de Leo tendría que esperar otra oportunidad. Mentore no tenía dedos, y mucho menos uñas. Lo mismo ocurría con sus pies, que eran poco más que una masa informe.

Aquella noche, Conrado durmió intranquilo, perturbado por algo que sonaba como los aullidos de una manada de lobos. A medida que se despertaba en la oscuridad, comprendió que el aullido venía de los alojamientos de los leprosos. «Se ha acabado el suplicio para Mentore», pensó. Una llamada a la puerta y la voz de Mateo que lo reclamaba en la capilla confirmó el hecho.

---

El médico llevaba una antorcha, porque el viento había traído nubes que ocultaban la luna. Cruzaron el patio bajo una fina llovizna.

Los monjes ya habían llevado el cadáver a la capilla, donde yacía sobre una mesa rodeada de cirios en la nave. Los crucíferos recitaban los salmos al unísono desde los lados opuestos del coro. Los leprosos que podían caminar se habían agrupado al fondo del edificio.

Conrado unió las manos y siguió a Mateo hasta el cuerpo del leproso. Las heridas en el dorso de las manos de Mentore se habían cerrado completamente, y resplandecían negras y sólidas como clavos a la luz de las teas. Con dedos temblorosos, el fraile levantó una mano del muerto y le dio la vuelta. La lesión en la palma mostraba una dura costra negra. Conrado la empujó con la punta de un dedo y el clavo, la palma y el dorso, se movieron como un único objeto. Con mucho cuidado, devolvió la mano del leproso a su posición original.

Se sujetó con una mano en el borde de la mesa para ponerse de rodillas y mirar a través de la nave, la imagen de Cristo sobre el altar. Su corazón se sintió embargado por una paz que no había conocido desde el día en que Amata llegó a su ermita. Toda la tensión y la angustia de los pasados treinta y cuatro meses se vieron arrastradas lejos de su cuerpo por las olas de sus repentinamente calmas exhalaciones.

¡Por fin lo había comprendido! Como Giancarlo di Margherita, él había tocado el clavo con su propia mano: ¡el clavo del leproso muerto!

—Hay dos cosas más que necesito saber. —Conrado se encontraba en la habitación, después del oficio fúnebre—. ¿Estos síntomas se pueden manifestar súbitamente, digamos en un período de cuarenta días? —Se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en la mesa de trabajo. Tenía todos los hilos en la mano, y sólo le faltaba confirmar algunas cosas para tenerlos bien atados. El tapiz que Leo había tejido para él quizá acabaría para siempre con la universal reverencia dispensada a san Francisco. Sin embargo, para Conrado, la verdadera explicación de los estigmas era mucho más maravillosa que el mito, de la misma manera que la verdad sobre la juventud disipada de Francisco superaba la versión censurada de Bonaventura.

—Por lo general, sólo se manifiestan gradualmente, durante un período bastante largo —respondió Mateo—. No obstante, sé de casos en los que las lesiones aparecieron de la noche a la mañana, en un estallido de terribles espasmos. En tales instancias, la inflamación cubre el dorso de las manos y los empeines. Las manos en particular se inflaman, se calientan y el dolor es muy agudo. —El médico pasó el dedo por las venas que sobresalían en el dorso, para indicar la parte afectada.

»Este estado agudo puede durar unos pocos días o unas pocas semanas antes de que se asiente el entumecimiento. A medida que la inflamación se reduce, las articulaciones y los tendones se contraen; se inmovilizan en la posición que tenían en

---

reposo durante la etapa aguda, como los dedos engarfiados que has visto en algunos de nuestros pacientes.

—¿Qué pasa con los ojos?

Mateo asintió complacido por la pregunta de Conrado.

—Eres un observador muy agudo, hermano. Es verdad, esta lepra aguda ataca primero las manos y los pies, pero también los ojos. Casi siempre acaba en ceguera: primero porque demacra el iris, y segundo porque provoca la parálisis del rostro y hace que el paciente no pueda cerrar los párpados para protegerse de la violencia de los rayos del sol. Por eso sentamos a nuestros pacientes de espaldas al sol.

Conrado agachó la cabeza. Se palmeó la barba blanca contra el pecho y asintió.

—Todo lo que escribió Leo es la pura verdad. —Una sensación de vacío se infiltró en su calma interior, algo cercano a la depresión, como la que le había dicho Rosanna que experimentaba después de los partos, o la que quizá sentía el artista al final de un largo proyecto.

—¿Hermano?

La preocupación en la voz de Mateo sacó al fraile de su ensimismamiento. De pronto sintió la necesidad de compartir todas sus conclusiones con el médico, todos los episodios y descubrimientos de sus casi tres años de búsqueda. Un lego educado, que se sentiría menos amenazado por sus hallazgos que un seguidor de san Francisco, quizá lo escucharía con mucha más paciencia y comprensión que cualquiera de sus hermanos religiosos.

Las palabras que podían alterar para siempre la historia de su orden comenzaron a salir de su boca en la penumbra de aquella habitación en el aislado valle que albergaba el lazareto. Conrado habló del amor de Francisco por los leprosos, del monte Laverna y de las alabanzas que el santo dictó allí, de la ceguera que había comenzado en la montaña, de la descripción de doña Giacoma de la apariencia del santo en la muerte, la piel blanca como la nieve y la herida de lanza como una rosa, de cómo Elias se había apoderado del cuerpo de Francisco y lo había escondido, y los ministros habían alterado los relatos de su vida. Por último le habló al médico de la carta de Leo y de su propia búsqueda para descubrir el significado. Uno que ahora parecía evidente: *el pauper Christi*, el leproso a quien Leo había servido no era otro que el pobrecito de Asís. *Il Poverello di Cristo*.

Mateo lo escuchó en silencio, fascinado, mientras el fraile desenredaba toda su madeja.

—¿Tu san Francisco nunca hizo ninguna afirmación sobre los estigmas, nunca proclamó en palabras de san Pablo, «*ego stigmata Domini Jesu Christi in corpore meo porto*», llevo las heridas de nuestro Señor Jesucristo en mi propio cuerpo? —preguntó finalmente.

---

—Sólo dijo: «Mi secreto es mío». Sin embargo, su gozo en el monte Laverna es totalmente plausible. En su profunda humildad, siempre buscó rebajarse. Es probable que le agradeciese más al serafín el regalo de la lepra que los estigmas, al creerse merecedor de lo primero e indigno de lo segundo. Después de Laverna, podía decir sinceramente con su Señor crucificado: «Soy un gusano y no un hombre». Podía compartir la humillación de Cristo sin compartir la gloria de Sus heridas.

—Pero ¿tú aceptas que vio a un ángel, aunque quizá ya estaba ciego en aquel momento? —preguntó Mateo.

El escepticismo en la voz del médico ofendió a Conrado, a pesar de su propia interpretación del suceso en el monte Laverna.

—Incluso un hombre ciego puede ver con una visión interior —respondió. Tras un momento de vacilación, añadió suavemente—: Yo experimenté algo similar, en la total oscuridad de la mazmorra.

Mateo lo observó en silencio durante unos momentos.

—Por supuesto. Te pido perdón. Considero tales fenómenos desde el punto de vista de un médico. No me sorprendería en absoluto desde una postura puramente médica saber que un hombre que ha ayunado durante cuarenta días mientras meditaba sobre la Santa Cruz y el arcángel Gabriel, viese flotando ante él a un serafín con las heridas de Cristo. Personalmente, para mí el momento espiritual de san Francisco en la montaña es mucho más significativo que sus manifestaciones físicas.

—¿Cómo es eso?

—Cuando un emperador recompensa el valor de un soldado con algún impresionante presente, la gente lo aclama. No obstante, el presente no es más que un símbolo del valor que lo ganó. —Tironeó del pecho de la túnica—. Mis pacientes miran con asombro y respeto mi túnica roja, y sin embargo no significaría nada sin los años de estudio que simboliza. ¿Sigues mi razonamiento?

—¿Me estás diciendo que no importa lo que le sucediera físicamente a san Francisco en el monte Laverna? ¿Que la espiritualidad que mereció el presente físico es más importante?

—Sí, al menos para mí como un humilde y sincero cristiano. Me siento más inspirado por toda su vida de logros espirituales, que incluso yo puedo pretender emular, que no por los estigmas que estarán siempre fuera de mi alcance o incluso de mi imaginación.

Conrado miró de nuevo el pequeño nódulo en la frente de Mateo.

—Así y todo, quizá compartas algún día sus humildes heridas.

—Es posible, y utilizaré ese pensamiento a partir de ahora para aligerar cualquier síntoma de arrepentimiento. —Mateo tamborileó con los dedos en la mesa, mientras pensaba en la conveniencia de decir algo más. Finalmente, miró a Conrado y añadió

---

—: De todas maneras, por razones puramente físicas, nunca creí en la historia de los estigmas de san Francisco.

En respuesta a la mirada de sorpresa del fraile, levantó las manos.

—Como estudiante de anatomía, me di cuenta de que a Nuestro Señor no pudieron atravesarle las palmas cuando los romanos lo clavaron en la cruz. La carne no hubiese soportado su peso durante tres horas sin romperse. —Mateo presionó los tendones de la muñeca derecha con el pulgar izquierdo—. Es aquí donde tuvieron que clavar el clavo para sostenerlo. En cambio las heridas de san Francisco, por lo que he oído, aparecen en las palmas. También siempre me he preguntado ¿por qué, si de verdad recibió las heridas de la crucifixión, no mostró las laceraciones de la corona de espinas? ¿Y qué hay de los cuarenta latigazos que Jesús recibió en la espalda? Nunca nadie ha dicho nada de esas marcas en el santo.

—¿Nunca has manifestado estas dudas? —preguntó Conrado.

Mateo soltó una muy sonora carcajada.

—Tú eres el menos indicado para hacer esa pregunta, cuando acabas de salir de la mazmorra. ¿Has oído hablar de un fraile predicador, Tomás d'Aversa?

Conrado sacudió la cabeza.

—Hubo un tiempo en que predicaba en Nápoles, cuando yo era estudiante en Salerno. Según cuentan, una vez expresó públicamente dudas sobre los estigmas. Como consecuencia, el papa le prohibió predicar durante siete años, algo que para un hijo de santo Domingo equivale a prohibirte a ti la pobreza. Ahora fray Tomás es el inquisidor de Nápoles. Descarga su frustración, que atribuye a san Francisco, en tus hermanos espirituales, y los asesina lenta y alegremente con las más exquisitas torturas.

«Todo esto me lleva de nuevo a tu pregunta: no, hermano, nunca he manifestado mis dudas, ni tengo la intención de hacerlo. Nunca he sido de las personas que mean contra el viento. —Mateo esbozó una de sus tensas sonrisas—. ¿Qué piensas hacer con tu recién hallado conocimiento?

Conrado soltó un gruñido mientras arqueaba la espalda.

—Se lo explicaré a fray Girolamo d'Ascoli, nuestro nuevo ministro general. Creo que Dios me ocultó deliberadamente la verdad hasta ahora, hasta después de la muerte de Bonaventura. Girolamo es un hombre justo y sincero. Hará lo que sea correcto.

Mateo silbó por lo bajo y se levantó de la silla.

—Te entusiasma eso de convertirte en mártir, ¿no? —Salió de la habitación para mirar en dirección al sol naciente—. Lamentaré perderte tan pronto —dijo por encima del hombro.

—Aquí soy feliz —manifestó Conrado—. Regresaré si mi general me lo permite.

---

El médico se volvió hacia el fraile y le señaló a través de la bruma el cielo occidental.

—Mira. El arco de la alianza.

Conrado miró el doble arco iris sobre las copas de los árboles.

—¿Por qué lo llamas así?

—Es un juego de palabras, hermano. El signo del compromiso de Dios, su alianza con Noé.

—Pero lo has comparado con el arca de la Alianza<sup>2</sup>, lo más sagrado de todo, donde los hebreos guardaban las tablas de los diez mandamientos.

Mateo casi se ahogó de risa.

—No hagas interpretaciones tan profundas de todo lo que digo, hermano.

El fraile descartó el comentario con un gesto.

—Comprendo lo que dices. Pero mi mente ya marcha por un sendero diferente, amigo mío. Dios te bendiga, Mateo. Acabas de decirme dónde enterraron a san Francisco.

---

<sup>2</sup> En inglés, arc (arco) y ark (arca), suenan fonéticamente igual, de ahí la confusión de fray Conrado. (N del T.)



## Capítulo XLII

Conrado esperaba a Girolamo d'Ascoli en la penumbra de la cripta de la basílica. Le había solicitado al ministro general encontrarse fuera del convento como una medida de precaución. Disfrutaba de la frescura de las lajas debajo de sus otra vez pies descalzos. Nunca más, rogó, tendrían que soportar el helor de una mazmorra.

Por ser el día del Señor, el muralista y su aprendiz no trabajaban. El andamio se alzaba esquelético y desierto en la esquina noreste del ábside. Mientras aguardaba al ministro general, Conrado disfrutó con la visión del fresco de la Virgen y san Francisco. Sin la presencia del pintor para reprocharle cualquier interrupción, podía observar de cerca la figura del santo. Los labios y las orejas de Francisco se veían ahora más gruesos que la primera vez, y las pupilas que lo miraban a través de la eternidad le recordaron a los pacientes ciegos de Mateo. La expresión del santo reproducía incluso la impasibilidad que había visto en el lazareto.

Sin duda, pensó Conrado, la similitud con los leprosos era un truco de su visión disminuida o de la poca luz que daba la solitaria lámpara de aceite en el altar principal. Pero por otro lado, ¿no podía ser que el Espíritu Santo hubiese guiado el pincel del pintor en aquella obra sagrada?

Se oyó el ruido de la puerta al cerrarse en el fondo de la nave. Un fraile se acercó con paso rápido a través de las sombras y se detuvo cerca del altar.

—¡Fray Conrado! —lo saludó Girolamo alegremente—. No esperaba verte de regreso tan pronto. —Sus ojos brillaban a la luz de la lámpara.

—Tampoco yo esperaba estar aquí. Pero he descubierto algo de suma importancia durante mi estancia en San Salvalore, tanto que me sentí obligado a comunicartelo de inmediato.

—¿Aquí en la iglesia? ¿Por qué no en mi despacho?

Conrado titubeó, poco dispuesto a admitir su desconfianza incluso en aquel buen general, pero acabó por murmurar:

—No quería sufrir el destino del mensajero portador de malas noticias.

Girolamo frunció el ceño.

—¿Qué noticias son ésas, hermano?

---

Conrado señaló al fundador en el fresco. Quizá podría conseguir una admisión del ministro general si iba directamente al grano.

—Francesco Lebbroso. Francisco el leproso. Tiene rima, ¿no? —Conrado observó atentamente el rostro de Girolamo mientras hablaba, en un intento por detectar la más mínima reacción. Los ojos azules miraron el fresco, pero no dieron ninguna señal de comprensión.

El fraile continuó con las palabras que había aprendido en su mes con Mateo.

—El médico del lazareto probablemente diagnosticaría que era un «leproso fronterizo», con una única lesión ovalada y color de rosa en el costado, ciego y con costras en las llagas de las manos y los pies.

El ministro general entrecerró los párpados.

—Ah, entiendo tus implicaciones, fray Conrado —manifestó con su voz que sonaba como un gorjeo—. La pregunta que me hago a mí mismo es: ¿Por qué? ¿Acaso, mientras has estado encadenado en tu celda durante estos dos años, comenzaste a imaginar una conspiración de mentiras, aceptada por todos los primeros camaradas de san Francisco, quizá iniciada por nuestro propio maestro? ¿Acudiste al lazareto para encontrar algo para avivar el rescoldo que ya ardía en tu imaginación? Tú no eres el primero en dudar de los estigmas, hermano, aunque debo admitir que me sorprende escuchar tales dudas de tus labios. Sí, es probable que seas el primero en llamar leproso a san Francisco.

—Por favor escúchame, fray Girolamo.

El general exhaló un suspiro. En sus ojos se reflejaban la tristeza y la compasión reservadas generalmente para los locos. «Tenía tantos planes para ti —decían éstos —, pero nunca imaginé que tu mente se trastornaría tanto.» Sin embargo, le hizo un gesto para que continuara.

Conrado inspiró hondo y comenzó una vez más el relato de su peregrinaje. Mientras llevaba a Girolamo, paso a paso, por la misma ruta que había seguido con Mateo, el ministro general lo escuchaba con los brazos cruzados. Hubo un momento en que se llevó las manos a la espalda y comenzó a pasearse con la cabeza gacha entre el altar principal y el fresco, al que de cuando en cuando echaba una mirada.

—¿Fray Illuminato no te explicó todo esto cuando asumiste el cargo? —preguntó Conrado—. ¿No forma parte de los secretos transmitidos en la sucesión de los ministros generales? En la cárcel tuve la impresión de que fray Giovanni di Parma lo sabía. Lo insinuó claramente aunque sin llegar a admitirlo.

—El cargo vino sin secretos —contestó Girolamo—. Si Elias se inventó el mito hace cinco décadas, es algo que tú y yo nunca sabremos a ciencia cierta. Puede que el obispo Illuminato lo sepa, pero no compartió conmigo ese conocimiento secreto. Además, incluso si tu teoría es cierta, comprendo la decisión de Elias. Quizá yo también hubiese actuado igual en las mismas circunstancias.

---

—Pero estarías defendiendo una mentira. ¿Por qué harías algo así? —Conrado apretó los puños dentro de las mangas—. San Francisco nunca hubiese estado de acuerdo con semejante invención.

Girolamo hizo una pausa y observó la figura distante en el fresco. Luego miró de nuevo a Conrado.

—Cuando se retiró al monte Laverna, san Francisco ya había dejado el liderazgo de la orden en manos de Elias, el vicario escogido. Pasó sus últimos años entregado a la contemplación, se abandonó al éxtasis sagrado, y dejó que Elias se encargara del gobierno de una floreciente organización.

»Desde luego, Francisco continuó siendo la cabeza visible, el santo que inspiraba a los jóvenes, hombres y mujeres, para que renunciasen a sus riquezas y se unieran a nuestras filas, el que convencía a príncipes y prelados para que solucionasen sus rencillas y a los legos para que renunciaran a sus hábitos pecaminosos. ¿Podía Elias permitir que encerrasen a ese símbolo en un lazareto, incluso si sabía a ciencia cierta el origen de la transformación física de su maestro? ¿Podía permitir que el mundo sospechara que nuestro santo y fundador era culpable de un pecado tan grande como para que Dios lo hubiese castigado con la lepra? Créeme, hermano, san Francisco no hubiese podido hacer tanto bien como un segundo Job como el que hizo como el segundo Cristo.

»Elias, mejor que cualquier hombre, comprendió los aspectos prácticos de la situación. Por eso, cuando el papa se mostró ansioso por tener un lugar donde venerar adecuadamente a san Francisco, no encontró a nadie más cualificado que Elias para construir esta basílica, el proyecto que motivó la repulsa de tus amigos espirituales. Elias recolectó el dinero y acabó la tarea con una rapidez inimaginable. Sin embargo, cuando acabó su trabajo, puso su firma en el edificio de la manera más humilde: *Frater Elias peccator*.

Girolamo sujetó la lengua barba de Conrado como si fuese un ramo ofrecido por un niño y lo miró afectuosamente a la cara.

—Has llegado cincuenta años tarde con tu alegato, hermano. Si Leo hubiese querido de verdad que el mundo conociera la enfermedad de Francisco, tendría que haberlo dicho en su momento. En cambio, te encomendó la tarea a ti. Piensa, también, que la gente creará lo que quiera. Sospecho que encontrarás que los estigmas de Nuestro Señor son mucho más atrayentes para la fantasía popular que tu *Francesco lebbroso*.

Desde el fondo de la nave llegó el eco de la voz del ministro general como poniendo punto final al tema. Mientras soltaba gradualmente la barba de Conrado, las negras y silenciosas sombras de la iglesia se cernieron alrededor del altar donde estaban. Conrado se imaginó a los espíritus de los primeros camaradas de Francisco levantándose de los sepulcros en las capillas, y acurrucándose en las tinieblas para urgirlo a insistir, para que, de alguna manera, sacara la verdad a la luz.

---

—Podemos probarlo —afirmó—. Podemos exhumar los restos. El médico de San Salvatore dijo que podría descubrir por el esqueleto si Francisco padeció la enfermedad.

—¿Cómo propones que lo hagamos? Nadie ha encontrado ninguna pista de las reliquias desde que Elias las escondió.

—El anillo del cargo que llevas. El mapa que conduce al féretro está grabado en la cara del mismo.

El asombro dominó a Girolamo por unos instantes. Entreabrió los labios y los cerró de nuevo. Se llevó el anillo a la boca, le echó el aliento y se volvió. Conrado lo siguió hasta la lámpara, donde Girolamo había acercado el lapislázuli a la luz. La piedra se veía más pulida que las lajas de debajo de sus pies.

—Se ve muy desgastada. El obispo Illuminato dijo que la haría pulir. —Una sonrisa severa apareció fugazmente en el rostro del ministro—. Su interés por borrar las marcas podría interpretarse como una confirmación de tu teoría.

—¡Por supuesto que lo hizo! ¡Quiere llevarse el secreto a la tumba! —exclamó Conrado—. Pero la misma figura está tallada aquí, en la piedra del altar. La encontré un día por accidente.

Llevó a Girolamo alrededor del altar hasta la esquina donde estaba el dibujo. Levantó la tela y una vez más recorrió con los dedos el monigote con los círculos concéntricos sobre él, el doble arco que ahora sabía qué representaba. En cuanto al círculo más grande que encerraba la figura, ¿qué podía ser sino el sarcófago?

Los ojos de Girolamo se abrieron en la penumbra.

—El anillo tenía un grabado como éste.

—Creo que los dos arcos representan los tabernáculos de los altares principales de la iglesia y la cripta —explicó Conrado—. Contienen lo más sagrado, el cuerpo consagrado de Nuestro Señor, como el arca original contenía las tablas dadas a Moisés. Esta figura con la aureola, encerrada en la cripta debajo del arco inferior, es san Francisco. En este mismo momento nos encontramos sobre su tumba.

Girolamo se mordisqueó la uña del pulgar, pero no pareció convencido.

—Supongo que es posible. Así y todo necesitaría unas pruebas mucho más firmes que tu ingeniosa lectura de este dibujo para hacer quitar el altar y comenzar a cavar.

—Tienes que hacer algo —suplicó Conrado desesperadamente—. Podrías obligar al obispo Illuminato a admitir la verdad. Debemos restaurar la integridad de las leyendas. —La duda y la autocompasión oprimieron su pecho. ¿Los últimos tres años habían sido en vano? ¿Había sacrificado su serenidad, sus mejores años, y un ojo para nada?

—Ni siquiera estoy convencido de que sea necesario, hermano —replicó Girolamo—, o de que el obispo Illuminato apoyara tu teoría. —Cruzó de nuevo las manos

---

detrás de la espalda y caminó lentamente alrededor del altar, con la mirada puesta en las lajas y la base del altar como si las viese por primera vez.

«Esto es lo que quiero que hagas, fray Conrado —añadió cuando volvió al punto de partida—. Quiero que no digas nada a nadie de tus hallazgos hasta después de la festividad de los sagrados estigmas, que se celebrará dentro de dos semanas. Como también es el quincuagésimo aniversario de la fecha en que san Francisco recibió los estigmas, toda la cristiandad estará aquí, incluido el papa Gregorio, si la salud se lo permite. Llevamos meses organizándolo todo y ahora mismo lo que menos nos interesan son complicaciones. ¿Puedes prometerlo o debo condenarte a quince días de silencio bajo obediencia divina?

—¿Por qué sencillamente no me ordenas que guarde silencio perpetuo, como hizo Elias con fray Leo?

Girolamo apoyó las manos en los hombros del fraile, y declaró con voz pausada:

—Porque, francamente, me inclino a creerte; porque sé que has sufrido en la búsqueda de la verdad de Leo; y, especialmente, porque prefiero que tu silencio sea voluntario.

«Dos semanas. ¿El ministro general era sincero? ¿No sería tan sólo una demora hasta que Girolamo encontrara la manera de silenciarlo para siempre?»

Se balanceó sobre los pies, indeciso por tener que hablar de asuntos íntimos, pero la situación era drástica. Su voz titubeó cuando finalmente dijo:

—Tuve una visión de fray Leo... la noche en que recibí el mensaje. Repitió la orden contenida en la carta: descubrir la verdad de las leyendas. Pero no vino a mí solo. San Francisco apareció a su lado, como si quisiera añadir su autoridad personal al deseo de Leo.

—¿Qué dijo el santo?

—Nada. —Conrado agachó la cabeza—. Ni una sola palabra, aunque noté una oleada de amor infinito en él.

—Ahí, quizá, encuentres la raíz de tu pena. «Dios castiga a los que ama.» En cualquier caso, tienes mi palabra de que volveremos a hablar de este tema después de la conmemoración.

—¿Aquí?

—Aquí, si lo deseas, o en mi despacho. No tienes que temerme. No soy un tirano. No mandaré que te corten la lengua o que te arranquen el otro ojo si persistes en tus creencias. Pero quiero esas dos semanas. ¿Qué dices? ¿Puedes concederme ese tiempo?

Conrado unió las manos y se inclinó ante su superior.

---

—No, si es por la obediencia forzosa. Pero sí por respeto a tu persona. Puedes contar con las dos semanas. —Se inclinó hacia el altar con su tabernáculo dorado, agachó la cabeza hacia las sagradas reliquias que ahora sabía que estaban enterradas debajo, y se alejó hasta desaparecer en las sombras de la nave.

El olor acre del humo seguía oliéndose en el callejón donde estaba la casa de Amata; el olor de una mañana de invierno, no de una tarde de principios de septiembre, pensó Conrado. Cuando maese Roberto le abrió la puerta, el desánimo en los ojos del mayordomo le dijo que algo muy grave había ocurrido en su ausencia. Antes de dejar que su ama le diera la mala noticia, Roberto llevó al fraile directamente al patio y le mostró las ruinas de la galería. Pío, mientras tanto, fue a buscar a Amata, que se reunió con los dos hombres cerca de la fuente.

Enmudecido, Conrado sacudió la cabeza al ver el pedestal quemado de un pupitre que sobresalía entre los restos apilados. Su mente y su olfato rechazaban el olor de la destrucción. Poco a poco, tomó conciencia de la mujer que se encontraba a su lado. Temió hacerle la pregunta obvia, especialmente después de que acabara de ser detenido por el ministro general en su otra tarea que le había encomendado Leo.

—No encontré ningún rastro del pergamino —dijo Amata.

«Dios castiga a los que ama», repitió Conrado para sus adentros.

—¿Cómo ocurrió?

—Iacopone culpó a un ángel —respondió Amata, cabizbaja.

—Sólo un esbirro del ángel caído, Lucifer, pudo hacer este daño.

—Iacopone dijo «*Ángelus Domini*». Pero ya sabes lo desquiciados que son sus pensamientos.

—Debo hablar con él.

—Se ha ido, hermano —intercaló Roberto—. Ha perdido el rumbo. Ha recaído en su locura.

—¿Qué hay de fray Salimbene y de fray Zefferino?

Amata sacudió la cabeza.

—Desaparecieron durante el incendio. Pío vio a Salimbene corriendo por la galería en los primeros momentos.

Conrado se tiró de la barba mientras intentaba recrear la improbable escena en su mente. El obeso cronista no era de los que solían poner en peligro su persona ni tampoco dado a ir «corriendo» a ninguna parte. Quizá eso era un rayo de esperanza.

---

—Salimbene no se hubiese ido mientras existiera alguna posibilidad de recuperar el manuscrito de Leo —opinó el fraile. Por el manuscrito, el hombre hubiese arriesgado la vida. Incluso hubiese sido capaz de robarlo para llenar un vacío en la historia de la orden—. Creo que lo tenía con él cuando desapareció. —Con el puño se golpeó varias veces la palma de la otra mano—. Quizá fue él quien inició el incendio para ocultar el robo.

—Hasta cierto punto espero que tengas razón —dijo Amata—. Al menos sabríamos que el manuscrito está en alguna parte.

—Lo más probable, en uno de los armarios de fray Ludovico. La orden le tiene demasiado cariño a su pasado como para destruir cualquier rastro del manuscrito de Leo. —Miró la pared ennegrecida donde había estado el scriptorium de Amata—. Todavía no es el momento —añadió—. Cuando lo sea, Nuestro Señor hará que aparezca.

Su propio comentario lo llevó a la reflexión. Se sorprendió a sí mismo preguntándose si lo mismo se aplicaba a la lepra de Francisco. Quizá aquélla no era la hora señalada por Dios para anunciar su descubrimiento. Podía ser que Girolamo le hubiese pedido un plazo por esa razón, para darle dos semanas en las que reconciliarse a sí mismo con este punto. La incertidumbre parecía ser la que reinaba ese día, y lo inquietaba como un guiso mal digerido.

—Tengo otra noticia —anunció Amata tímidamente, y Conrado leyó en su cara que aquélla era buena.

—Tu mercader ha estado aquí —dijo, y sonrió.

—Todavía mejor. Hemos publicado los bandos en la iglesia hace dos domingos. Queremos que tú nos cases, porque fuiste tú quien consiguió unirnos de nuevo.

Conrado contó con los dedos.

—Los bandos se deben publicar dos veces más. La última será el domingo anterior...

—A la festividad de los sagrados estigmas en honor al tío de Orfeo —acabó Amata—. Ya nos habíamos dado cuenta. Orfeo cree que es un maravilloso augurio que nuestro matrimonio coincida con el festejo de la más grande distinción del tío Francisco. Dijo que podríamos fingir que todos los decorados y las ceremonias son por nosotros, y que san Francisco sin duda bendecirá nuestro hogar con muchos hijos.

Conrado dejó de sonreír, pero se guardó sus recelos. Aquélla era la primera prueba de su promesa al ministro general.

—Pues entonces será el día anterior a la festividad de los sagrados estigmas —asintió.

Amata, dominada por su propia excitación, no percibió su cambio de humor.

---

—Dios te bendiga, Conrado. Entonces, todo arreglado. —Se volvió hacia el mayordomo con una gran sonrisa—. Maese Roberto, organizaremos la fiesta nupcial. Necesito que envíes a un mensajero al conde Guido en el Coldimezzo inmediatamente, y tengo que comprar *panni franceschi* para el vestido. Tenemos tan poco tiempo. —Cogió a Roberto por un codo y casi se lo llevó en volandas del patio, al tiempo que gritaba por encima de su hombro—: Espero tener una sorpresa para ti también en la fiesta, Conrado.

El fraile separó las manos en un gesto de pregunta pero la muchacha se rió.

—No sería una sorpresa si te lo digo ahora —dijo antes de que ella y el mayordomo desaparecieran.

Al quedarse solo, Conrado comenzó a buscar entre los restos. Se agachó y recogió un fragmento chamuscado. Apenas podía leer la frase truncada, escrita por la mano de Iacopone, pero de todas maneras se lo guardó en el bolsillo. Como Amata, deseaba que la crónica hubiese sobrevivido intacta y que estuviese segura —aunque para él siempre inaccesible— en el Sacro Convento. De lo contrario, aquel fragmento sería el único testimonio de las cinco décadas de indignación de Leo.



## Capítulo XLIII

Los últimos días antes del casamiento, e incluso la solemnidad de la propia ceremonia, pasaron para Amata como un relámpago. El humor de la comitiva de antorchas que escoltó a los recién casados al banquete de bodas cambió inmediatamente en cuanto dejaron atrás el oscuro portal y el severo campanario de la iglesia. Fray Conrado se disculpó con el pretexto de que había decidido pasar la noche fuera de la ciudad, en el Portiuncola.

—Sería una presencia tan inútil como una tercera rueda en un carretón —explicó.

Libre de toda influencia sacerdotal, uno de los invitados comenzó a entonar una vieja canción al dios romano del matrimonio.

—«*Himen, oh Himen, Himen...*»

Y añadió las invocaciones a Venus y al niño querubín,

«Cuando te empale la flecha de Cupido...»

El vino corrió libremente después de acomodarse de nuevo todos en el gran salón de la casa de Amata y Orfeo. Al parecer, el tío Guido se había traído con él toda la bodega del Coldimezzo, Los sirvientes se mezclaban con los carreteros, los mercaderes y los nobles, y las manifestaciones de buenos deseos degeneraron rápidamente desde lo meramente pagano a lo obscuro. Mientras se recreaba con la escena de las parejas que bailaban o que se besaban en los bancos, Amata le comentó a Orfeo que habría unas cuantas proposiciones matrimoniales antes de que acabase la noche, y que si ésa era la voluntad del destino, no se desdecirían a la sobria luz del día.

Una de las parejas intentó escabullirse, pero no pasó desapercibida. Buscaron la intimidad de una habitación en la planta alta aunque, debido al incendio, sólo se podía acceder por una escalera de mano. La mujer, ya arriba, sujetaba la escalera, mientras que varios borrachos intentaban apartar los escalones de los pies de su compañero para dejar al hombre encallado a medio camino en la eterna puja entre el paraíso y el infierno. Por fin consiguió llegar a la habitación, y los invitados lo aclamaron mientras él recogía la escalera. Durante la conmoción, Orfeo le susurró a Amata que aquél era el momento ideal para escaparse.

El día había sido muy caluroso para lo que era habitual a mediados de septiembre, y ni una gota de brisa agitaba las cortinas del pabellón de la cama. Amata observó

---

complacida que esa noche no necesitarían tapar su desnudez. La luz naranja de la única vela era perfecta para los amantes, lo bastante pobre como para ocultar cualquier imperfección y lo bastante fuerte como para delinear las suaves redondeces de una mujer o la ondulación de un músculo en el cuerpo de un hombre. La aromática fragancia de las madreselvas al otro lado de las celosías perfumaba la habitación.

Amata se desató el cordón dorado que sujetaba la cintura de su vestido blanco y se quitó la corona de flores de los cabellos. Orfeo la miró con la copa de vino en la mano, mientras ella sacudía los negros rizos y comenzaba a quitarse el vestido por encima de la cabeza. Se interrumpió a medio desvestir y, con el tono más despreocupado de que fue capaz, dijo:

—¿Recuerdas, amor mío, la historia de los recién casados en el Antiguo Testamento, que pasaron sus tres primeras noches dedicados a la oración? Quizá deberíamos...

Lamentó no haber esperado a desnudarse del todo, porque se perdió la expresión del rostro de él. En cambio, lo oyó atragantarse con el vino y vio la rociadura en la pared donde lo había escupido. Orfeo la amenazó con un dedo, pero no dijo nada por temor a ahogarse de nuevo. Amata le sonrió por encima del hombro, y levantó el trasero en una clara invitación mientras se metía a gatas en el lecho.

Orfeo se quitó las botas y el cinturón para acostarse a su lado, pero no la túnica multicolor.

—¿Orfeo, por qué no estás desnudo? —protestó Amata.

—Tendrás que ganarte esta túnica, como la esposa del jefe nómada —respondió él, con un brillo de lujuria en sus ojos negros.

La haría esperar por la provocación. Pasó un dedo por debajo de los pechos y alrededor de uno de los pezones.

—¿Conoces la historia del bufón Karim?

—Amor mío, éste no es el momento para un cuento.

—No te importará, te lo prometo. Marcaré cada frase con un beso... o algún otro placer.

Lentamente avivó su llama mientras le relataba cómo un sultán había recompensado a Karim por su ingenio con una túnica con los colores del arco iris; una túnica que la esposa del jefe se dijo que debía ser para ella cuando lo vio que se acercaba. «Ten cuidado, le advirtió su doncella. Karim no es tan tonto como parece.» Pero la codiciosa mujer se burló de su criada, e invitó al bufón a su tienda. Después de comer y beber, Karim le dijo que sólo le daría la túnica a cambio de un acto de amor, porque su belleza había despertado en él otro deseo.

---

Ahora el fuego corría por todo el cuerpo de Amata, imposible de apagar con el rocío de amor que inundaba la puerta de Astarté. Le temblaban todos los músculos incluso antes de que Orfeo la penetrara. Por un tiempo inconmensurable, voluptuoso, bendito, él no habló, no hasta que la última fibra de Amata alcanzó la culminación, y después la llevó de nuevo, jadeante y temblorosa, al punto de partida.

—¡Ahora quítate la maldita túnica!

—Las mismas palabras que le dijo la esposa del nómada a Karim —replicó Orfeo—. «Pues no, dijo el bufón, antes ha sido por ti, porque te quiero más que a cualquier mujer que haya conocido. Esta vez es por la túnica».

La erección era la misma de cuando habían comenzado. Mientras ella respondía con gemidos cortos e incontrolados a su ritmo, Orfeo comenzó a empujar cada vez más rápido, hasta que finalmente se desplomó con un grito sobre su pecho. Amata lo abrazó, feliz por haberlo complacido.

—¿La túnica?

—Esta vez ha sido por mí —susurró Orfeo—. Te prometo que ahora será por la túnica.

Increíblemente, estaba preparado para seguir. Por la mañana, ella debía preguntarle cómo lo hacía, porque su limitada experiencia con los hombres le decía que él había logrado lo físicamente imposible. No quería interrumpirlo entonces, en su estado de creciente excitación, pero no pudo menos que insistir:

—¡Primero fuera la túnica!

—De nuevo las mismas palabras de la esposa del nómada. —Se echó a reír, y finalmente se quitó la túnica con la frenética ayuda de Amata, y la arrojó a través de las cortinas.

Su pecho, sus hombros y su espalda eran tan anchos que Amata apenas alcanzaba rodearlo con los brazos. Todos los hombres tendrían que pasar cinco años en el remo, pensó, antes de que las olas del éxtasis borrarán de ella cualquier pensamiento, y la mecieran una y otra vez mientras Orfeo continuaba durante una eternidad.

—Conmigo, acaba conmigo —le suplicó.

—Lo haré —replicó Orfeo en voz baja—, pero por ahora, mi placer es hacerte gozar.

Ella se dejó ir completamente, se hundió, flotó, voló, hasta que le pareció que ya no podía soportarlo más. La respiración de Orfeo se fue haciendo más profunda y esta vez llegaron juntos a la culminación.

Permanecieron en silencio durante mucho rato, y durante la plácida secuela, Amata apoyó las manos suavemente en su vientre, convencida de que el momento de mutua descarga había engendrado milagrosamente una nueva vida en su cuerpo; por ahora sería su secreto hasta tener la confirmación. Entonces Orfeo se levantó

---

sobre los codos y, con una sonrisa, comenzó a apartarle los cabellos de la frente bañada en sudor. La delicadeza del contacto la complació tanto como la sensación física.

Amata soltó una risita cuando recuperó el aliento, y su voz tenía un tono de triunfo cuando afirmó:

—¡La túnica es mía!

—Tú también subestimás a Karim —declaró Orfeo. Rodó sobre la cama, apartó las cortinas y se sentó en el borde del lecho—. «Hace mucho calor. Tengo sed», le dijo Karim a la mujer después de que ella le hubiese dado una de las viejas túnicas de su marido a cambio de la suya. —Orfeo se levantó para coger la copa—. Aceptó el cuenco de agua que ella le ofreció y se sentó a beber fuera de la tienda. Vio a lo lejos un jinete que se acercaba. Era el marido, pero antes de que el hombre llegara...

La copa escapó de la mano de Orfeo y se hizo añicos contra el suelo.

—¡Oh, Orfeo, ten cuidado! —exclamó Amata. Él sonrió con picardía.

—... Karim rompió el cuenco y se echó a llorar. El jefe desmontó del caballo y le preguntó qué le había pasado para estar tan triste. Karim le explicó que, en castigo por haber roto el cuenco, la mujer del jefe le había quitado la hermosa túnica que le había regalado el sultán. El jefe entró en la tienda, furioso por el tratamiento que ella le había dispensado al bufón, porque consideraba la hospitalidad como un deber sagrado. Juró que le daría una paliza si no le devolvía la túnica inmediatamente.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que ella, muy prudentemente, devolvió la túnica y guardó silencio.

—Sin embargo señaló Amata—, Karim quizá pudo dar comienzo a algo al amar tan bien a la esposa del nómada. Probablemente perturbó sus sueños en los años venideros.

Amata también tenía una pesadilla que necesitaba borrar, un relato que aún estaba pendiente de acabar. Mientras Orfeo descansaba a su lado, ella comenzó a contar de nuevo la historia del ermitaño Rústico y la joven Alibech, el relato que había iniciado con Enrico la noche de la lucha en el bosque. Explicó una vez más cómo el anacoreta había sobreestimado su capacidad para resistirse a la belleza de la muchacha, y cómo finalmente le había enseñado a la joven meter al diablo en el infierno. En este punto, Orfeo interrumpió la narración para participar activamente en la trama, e interpretó el personaje del ermitaño con entusiasmo. Así y todo, incluso mientras Amata lo abrazaba, una parte de ella lloraba el recuerdo del infortunado Rico, que nunca había tenido la ocasión de conocer una felicidad como la de ella y Orfeo. Quizá con la ayuda de su marido, podría finalmente hacer que su fantasma descansara en paz.

---

En el momento en que Orfeo, exhausto, se tumbó boca arriba, Amata lo montó y le apretó las caderas con las rodillas, como si cabalgara sobre un musculoso buey.

—Rústico —gimoteó—, ¿por qué desperdiciamos nuestro tiempo descansando cuando tendríamos que estar metiendo al diablo en el infierno?

Orfeo la miró con los párpados casi cerrados.

—Creía que habías acabado tu relato. —Amata vio un indicio de preocupación en su mirada, precisamente lo que necesitaba para continuar con la historia.

—Es interminable —le advirtió—. Al principio, Alibech creyó que el infierno debía de ser un lugar absolutamente espantoso, porque el diablo de Rústico le provocó un dolor muy fuerte; pero a medida que realizaba este acto de devoción, más delicioso le iba resultando. Era como decía el Señor: «Mi yugo es grato y Mi carga ligera». Se preguntó por qué todas las mujeres no abandonaban la ciudad para complacer a Dios de esta manera en el desierto.

Amata masajó el pecho y los hombros de Orfeo. En su rostro apareció una expresión de pena.

—Desafortunadamente, cuanta más ansia tenía su infierno de recibir y contener al diablo de Rústico, más la rehuía el demonio, así que comenzó a protestar: «Padre, vine aquí para servir a Dios, no para holgazanear». El ermitaño, que sólo se alimentaba de raíces y agua y no tenía la fuerza para atender cada una de sus llamadas, le explicó que él también debía cuidar de su huerto, y que el diablo sólo merecía volver al infierno cuando levantaba orgulloso la cabeza. El joven comprendió finalmente, para su desconsuelo, que harían falta muchísimos diablos para apaciguar el infierno de Alibech adecuadamente, y aunque hacía todo lo posible, sólo la satisfacía de vez en cuando, porque era como arrojar un mendrugo a la boca de una leona hambrienta.

La vela chisporroteó durante un segundo y se apagó. Orfeo se rió en la oscuridad. Amata le sostuvo la cabeza cuando él se levantó sobre los antebrazos y le besó los pechos. «Dios, nunca acabaré el relato», pensó, al mismo tiempo que se deleitaba con la idea de continuarlo noche tras noche. Después de todo, le había dicho que era interminable. Hizo lo posible por hablar de prisa.

—Mientras continuaba el debate entre el infierno de Alibech y el diablo de Rústico, por mucho deseo que hubiese en una parte y falta de potencia en la otra... —dijo, pero no pudo seguir, porque el diablo de Orfeo entró de nuevo en su infierno desde abajo, y se negó a doblar la erguida cabeza hasta las primeras luces del alba.

En la pálida luz del amanecer, Amata bendijo silenciosamente a las cortesanas de Acre, Venecia o de donde fuesen, que le habían enseñado a Orfeo los innumerables y sutiles secretos del amor y le habían inculcado la paciencia y la fuerza para practicarlos. Por primera vez, en los brazos de este hombre que olía a mar y al ardiente Levante, a ventosos pasos de montañas y exóticos bazares, había

---

comprendido toda la potencia sexual de su cuerpo, el placer para el que, como acababa de descubrir, había nacido. Lágrimas de felicidad asomaron a los ojos de Amata.

—Soy inmensamente feliz —murmuró desde el fondo de su corazón, y pensó: «Me alegra tanto no haberte matado». Apoyó la cabeza en el hombro de Orfeo y le acarició el vientre con la palma de la mano hasta que llamaron con fuerza a la puerta.

—*Scusami signore, signora*. Está a punto de comenzar la procesión de san Francisco. Dijiste que querías saberlo.

El sonido de los pasos de la criada se alejó por el pasillo mientras sonaba un lejano toque de trompetas.

A Amata le encantó el «signora».

Las antorchas de pino chisporrotearon durante toda la noche en el bosque que rodeaba la Portiuncola. Conrado salió al exterior cuando comenzaba a aclarar, y observó otra multitud de fuegos que bajaban por la ladera hacia la pequeña capilla. Los artesanos se habían presentado en masa y ahora desplegaban los estandartes de sus diversos oficios al son de la fanfarria de una trompeta en el mismo momento en que el borde del sol asomaba por la cresta del monte Subasio.

Conrado, el amante de la soledad, deliberadamente anónimo con su hábito gris, se encontró de pronto en medio de un mar de colores. Con los otros frailes que se habían reunido en la capilla, siguió a la compañía de caballeros y guardias civiles ladera arriba, con los artesanos y sus estandartes en la retaguardia, rodeado por la clerecía —pobres sacerdotes campesinos de raído hábito negro y sobrepelliz blanca, los obispos y cardenales delante, con sus púrpuras y armiños— y en algún lugar en la cabeza de la procesión, el papa Gregorio en persona.

Apenas se habían puesto en marcha cuando una alborotada multitud de vecinos vestidos con capas y túnicas multicolores salió por la puerta de la ciudad para ir a su encuentro. En su frenesí, destrozaron las ramas bajas del olivar que bordeaba el camino, el olivar donde Conrado había orinado en la pila de abono inmaduro tres años antes. El movimiento de las hojas verde claro servía de contrapunto a los estandartes de los gremios, como la espuma del mar al estrellarse contra un pabellón en la playa. La Compagnia di San Stefano, un grupo de flagelantes de Asís que cantaban laudes, entonaba un himno a los estigmas:

*Sia laúdala san Francesco,  
Quel caparve en crocefisso,  
Como redentore...*  
(Alabado sea san Francisco,

---

Que apareció crucificado,  
Como el redentor...)

Los caballeros luchaban por dominar sus monturas, inquietas por el resplandor de las antorchas y el apretujamiento de la vocinglera muchedumbre. El fuerte olor de excrementos frescos que se levantaba del camino le recordó a Conrado que debía mirar muy bien dónde ponía sus pies descalzos. El cielo, limpio de toda nube, pasó del gris a un azul brillante en la hora o poco más que tardó la procesión en llegar a las murallas y la porta de San Pietro. Allí la multitud se dividió. Los frailes y prelados entraron en la cripta, mientras la masa de legos llenaba la basílica y se extendía por la piazza di San Francesco. Conrado se separó de los dos grupos y subió hasta la esquina sur de la plaza, desde donde quizá vería mejor todo el espectáculo.

Unos pocos ciudadanos importantes habían sido invitados a la ceremonia principal en la cripta: funcionarios de alto rango y benefactores locales. Conrado vio en ese grupo a Orfeo y Amata, que bostezaban con ojos somnolientos. Era normal que estuvieran entre los principales, Amata había pagado por la tumba de doña Giacoma, y su marido era sobrino del santo, además de amigo personal del papa.

Una versión un poco más alta y delgada del joven acompañaba a Orfeo; posiblemente su hermano Piccardo, que era su socio. Amata, mientras tanto, se inclinaba sobre una litera sostenida por cuatro porteadores. Uno de los sirvientes le pareció conocido, pero Conrado no confiaba lo suficiente en su visión ni en su memoria como para adivinar la identidad del hombre desde aquella distancia. Una manta cubría a la persona inválida que iba en la litera, aunque la toca la identificaba como una mujer. Aparentemente Amata conocía a la enferma, que seguramente había acudido ese día a la basílica con la ilusión de una cura milagrosa. Se mordió el labio inferior mientras tomaba conciencia de la credulidad de la masa a su alrededor, furioso porque sólo él y Girolamo comprendían del todo la falsedad sobre la que se había edificado la ilusión de la enferma.

Amata se irguió para mirar la columna de frailes que entraban en el templo. Conrado siguió la dirección de su mirada. Le pareció reconocer a Zefferino por su andar titubeante, aunque el fraile mantenía la cabeza gacha y bien oculta bajo la capucha. Convencer al cancerbero para que dejara las mazmorras del Sacro Convento había sido un error; su antiguo compañero se había encerrado en sí mismo más que nunca. También vio a Ubertino, el chico que le había advertido del peligro dos años antes. Parecía cantar con mucha vehemencia, pero Conrado advirtió que sus ojos miraban en todas direcciones, con la misma curiosidad de siempre. Conrado se preguntó si algunos de los frailes espirituales se arriesgarían a entrar en el templo, o si celebrarían la festividad en otro lugar, en la seguridad de sus cuevas, chozas y secretos lugares de reunión en las montañas. Desde luego, ninguno de los frailes presentes se veía mal vestido ni tenía aspecto de ser un hambriento amante de la pobreza.

---

Entonces Conrado vio al hombre que más buscaba, fray Salimbene, los brazos cruzados sobre su barriga de epicúreo, emparejado en la procesión con el larguirucho Ludovico. La imperiosa necesidad de hablar con ellos sobre el manuscrito de Leo, hizo que se olvidara de la ceremonia y bajara apresuradamente los escalones para ir a la cripta. Pillarlos antes de que entrasen podría ser la única oportunidad de saber a ciencia cierta si la crónica aún existía o si había desaparecido en el incendio. Aunque deseaba confiar en Girolamo, el recuerdo de sus dos años en el infierno todavía estaba muy fresco; sabía que podrían pasar años antes de que fuese capaz de entrar en el Sacro Convento, si es que lo hacía alguna vez.

Casi había alcanzado la columna, cuando un guardia civil le cerró el paso. El hombre, que sostenía la alabarda en posición horizontal como si fuese una barricada, empujó a Conrado y a los demás cercanos a él contra la pared, para despejar un paso a través de la plaza. «Paso al dux de Venecia», gritó el guardia. La excitación de la muchedumbre se convirtió en un murmullo mientras un noble regimiento ataviado se apeó de su litera. El hombre saludó con un gesto a un lado y a otro, en respuesta al respeto y la admiración del público. Caminó con elegancia hacia la entrada del templo, mientras las conversaciones recuperaban el nivel anterior.

También la procesión de los frailes había continuado su camino. Conrado sintió que comenzaba a faltarle la respiración en aquel apretujamiento. Salimbene tendría que esperar. Volvía a subir los escalones en busca de algún lugar despejado, cuando oyó la voz de Amata que lo llamaba:

— ¡Fray Conrado! ¡Por fin te encuentro! ¡Ven esta noche a cenar a casa!

— Si puedo —respondió—. Primero tengo que hablar con fray Girolamo.

— Tienes que venir. — Amata le señaló la mujer de la litera, pero la multitud lo arrastró escaleras arriba antes de que pudiese oír el resto de la frase. Se llevó las manos a las orejas a modo de pantalla y después hizo un gesto de impotencia. Ella unió las manos en una última súplica y el fraile asintió para transmitirle que intentaría ir.

Consiguió por fin recuperar el espacio cerca del borde de la plaza donde no había tanta gente. Maese Roberto, en compañía del conde Guido y la nieta del conde, se apartaron de la multitud. El mayordomo acompañó el gesto que abarcaba a la muchedumbre con una amplia sonrisa.

— ¿Alguna vez habías visto un espectáculo parecido, hermano?

Conrado siguió el gesto del hombre a través de la plaza. La mayor parte de la multitud miraba hacia la basílica, algunos de ellos con las lágrimas corriéndoles por las mejillas, mientras que otros se golpeaban el pecho y levantaban los brazos al cielo. Había quienes reían y abrazaban a sus vecinos; Conrado oyó a dos hombres que se disculpaban, y se pedían perdón por viejas injurias. Unos pocos tenían los ojos cerrados mientras sus labios se movían en una silenciosa plegaria. Los vendedores se movían entre la multitud, como siempre, para ofrecer pasteles de carne y dulces a

---

aquellos cuya devoción necesitaba también de alimento. Un hombre estaba de rodillas al margen del gentío, la cabeza gacha, el cuerpo envuelto en una gruesa capa negra a pesar del calor de la mañana. El tamaño del hombre, su aspecto triste y los anchos hombros, le recordaron a Conrado al penitente Iacopone y la insensata devoción del antiguo notario por el falso prepucio. Sin embargo, ¿en qué se diferenciaba Iacopone de aquel otro hombre, que rendía culto a unos estigmas que nunca habían existido?

Un cúmulo de emociones —pesar ante el engaño universal que presenciaba, asombro ante la excitación de la masa, indignación ante el triunfo de la mentira propalada por Elias— agotó al fraile. «A la gente le encantan los milagros, mejor cuanto más fantásticos», se repitió desde algún rincón de su memoria. Recordó su conversación con Amata en la ladera en las afueras de Gubbio, su relato de los equipos que ascendían por la ladera del monte Ingino con los pesados pedestales. «No importa quién gane», le había dicho a la muchacha. «La gente sencilla no necesita sermones sino imágenes sencillas para alimentar su devoción».

¡Imágenes como las de un humilde santo con las heridas de Cristo impresas en su carne! ¡Cómo le reconcomían ahora sus palabras! Fuesen reales o no las heridas, Conrado debía admitir la evidencia que lo rodeaba. Los estigmas de san Francisco avivaban la imaginación y el celo religioso de los creyentes de todas las clases, aunque sólo fuese en ese día de conmemoración. ¿Tenía el derecho, o el deber, de atacar dicha fe, incluso si tuviese el poder de convencer a cualquiera de aquellos fanáticos devotos?

El hombre arrodillado se levantó tambaleante y miró sin ver por encima de las cabezas de la multitud, los ojos enrojecidos por el llanto, los largos cabellos rubios desordenados. Continuó rezando, ajeno al ensordecedor bullicio, incluso cuando Teresina, que también lo había visto, corrió y le tiró de la capa, al tiempo que gritaba por encima del clamor:

—¡Papá! ¡Eres tú! ¡Te hemos buscado por todas partes!



## Capítulo XLIV

La celebración pública de los estigmas se prolongó hasta bien entrada la tarde, y Conrado tuvo que esperar hasta después de vísperas para su audiencia. Sin embargo, cuando entró en la sacristía de la basílica donde había acordado reunirse con Girolamo, el fraile que encontró en lugar del general de la orden era un hombre alto, con un hábito blanco y un gorro. Miraba a través de la ventana, las manos cruzadas a la espalda. En los delgados dedos del hombre brillaban los anillos del cargo.

El hombre se volvió lentamente. La piel cetrina se estiraba como un pergamino viejo sobre los prominentes pómulos. Las bolsas moradas colgaban debajo de los ojos de gruesos párpados que observaron a Conrado durante un momento que al fraile le pareció eterno.

—Bienvenido, hermano —dijo finalmente con un tono majestuoso que compensaba el silbido de los pulmones—. Tu general nos ha concedido nuestro deseo de conocer al fraile cuya curiosidad lo condujo a la prisión. Las muchas alabanzas que te dedicó Orfeo di Bernardone despertaron nuestra curiosidad.

Conrado se arrodilló en el suelo de piedra y agachó la cabeza.

—Te debo mi vida, Santidad. —Y permaneció en la humilde postura hasta que sintió la presión de las manos en su cabeza mientras el papa murmuraba una bendición en latín. Gregorio lo cogió de los hombros y le pidió que se levantara.

—Fray Girolamo no puede reunirse con nosotros. Se prepara para viajar con el dux, que regresa a Venecia mañana. —El pontífice le señaló al fraile una silla y se sentó delante de Conrado—. Como ves, necesitamos su liderazgo incluso más que tu orden. Le hemos pedido que regrese a Bizancio para acabar con la multitud de detalles pendientes de la Reunificación de la Iglesia.

Conrado se preguntó cuánto le había dicho Girolamo al papa de su persona. ¿Había decidido el general, a cambio de aceptar la misión a Oriente, apelar a la más alta autoridad de la Iglesia para que él no divulgara la enfermedad de san Francisco?

—La unidad entre los miembros del cuerpo místico de Cristo es una bendición divina —añadió Gregorio—, sobre todo la unidad entre hermanos. Fray Girolamo nos habló del proyecto de que fueras su intermediario para cerrar la brecha en nuestra propia orden, después de sanar primero las tuyas, por supuesto. Una muy elevada y tremenda tarea. Necesitará depender mucho más de lo que cree de frailes

---

como tú ahora que lo hemos arrebatado para nuestros propios fines. Entre tú y yo, como también en nombre de la Iglesia, nos consideramos muy bien recompensados con haberte liberado.

El pontífice miró atentamente su rostro, que Conrado mantenía libre de cualquier expresión. Aún no se había recuperado de la sorpresa inicial, y también quería reservarse manifestar nada hasta haber escuchado toda la propuesta de Gregorio.

—Fray Girolamo siente una profunda simpatía por tus amigos espirituales. Creció en Ascoli, en Las Marcas, donde ellos se esconden. Sin embargo, comprende que los hermanos más moderados y prácticos están mejor preparados para realizar el plan de san Francisco de reformar la Iglesia, para derribar las barreras entre los sacerdotes y la gente, que los miembros más celosos de la orden. Para mí tu orden debería insistir menos en la pobreza y más en la sencillez, menos en el ascetismo y más en la austeridad. La línea es muy fina, pero proveerá el consuelo divino a muchos más fieles que la delgada sombra proyectada por las rígidas prácticas de tus amigos. —El papa señaló la túnica de Conrado—. Para ponerte un ejemplo, preferimos ver a un fraile vestido con un hábito de buena tela que le dure muchos años y evite que el frío lo distraiga en una basílica helada, que verlo vestido con harapos. Esperamos que tú también lo comprendas después de un período de reflexión.

Gregorio se levantó y se acercó de nuevo a la ventana, de espaldas al fraile. Conrado acarició los remiendos en las mangas de su hábito. Ya había tenido esa misma discusión con doña Giacomina, y notó el rubor en las mejillas.

—Fray Girolamo nos dice que estarías contento con servir en una leprosería, pero creemos que Dios te tiene reservado un propósito más importante. Hemos sugerido a tu general que pases un tiempo de retiro en el convento del monte Laverna, para que medites sobre el gran designio de la vida de san Francisco, de su misión para con la Iglesia en su conjunto, para todos los fieles.

«Ah, eso sí que tiene que ver con la intención de silenciarme», pensó.

—¿Por qué el monte Laverna? —preguntó con fingida ignorancia, porque la única razón podía ser que Francisco había manifestado allí sus lesiones. Gregorio y Girolamo se burlaban de él—. ¿La verdad no continúa siendo la misma e inalterable en cualquier parte? —manifestó, ahora convencido de que el papa sabía a qué verdad se refería. Vio cómo se envaraba la espalda del pontífice.

—«*Quid est veritas?*», le preguntó Pilatos a Nuestro Señor. ¿Qué es la verdad? Desafortunadamente para toda la humanidad, no esperó la respuesta de Jesús. A toda la humanidad le hubiese encantado escucharla. Hemos vivido el doble de tus años, Conrado, muchos de ellos dedicados a la lectura de crónicas e historias supuestamente acertadas. Hemos observado que las plumas de los escribas pueden trabajar las verdades con la misma facilidad que un herrero trabaja el hierro.

—Pero no me equivoco en cuanto a que san Francisco era leproso.

---

Gregorio volvió la cabeza, con una expresión dolida en el rostro, como si quisiera subrayar la indiscreción de Conrado al hablar tan claramente. Era obvio que el papa prefería hablar con circunloquios.

—Un hombre sabio imaginó una vez que Dios le ofrecía en Su mano derecha toda la verdad del universo. En Su izquierda, el Creador sólo sostenía la búsqueda activa de la verdad, incluida la condición de que el hombre siempre se equivocará en esa búsqueda. Le dijo al sabio: «¡Escoge!». El hombre tomó humildemente la mano izquierda de Dios y declaró: «Padre Divino, dame ésta, porque la verdad absoluta sólo te pertenece a Ti».

La voz sibilante del papa restalló al añadir:

—Has tenido que ver hoy en la plaza que la verdad a la que te aferras no es tan sencilla, tan absoluta. Tu verdad sería una lanza a través del corazón de la fe de las personas.

El fraile agachó la cabeza. Llevado por sus convicciones había sobrepasado los límites. Le debía la más absoluta lealtad al Sumo Pontífice además de su agradecimiento.

—Perdóname, Santo Padre, por mi orgullo. —Cerró el ojo, convencido de que su corazón acabaría por estallar debido al tumulto y la confusión que reinaba en su interior, y añadió en voz baja—: Llegué a la misma conclusión mientras miraba a la muchedumbre, y viviría sumido en el remordimiento si dañase la devoción de la gente. «Sin duda no es éste el momento de la revelación», me dije a mí mismo. No obstante, por respeto a la verdad misma, ¿no deberíamos al menos escribir una nota en alguna crónica para aquellos que vendrán después de nosotros?

—No. —La negativa sonó suave, pero firme, y la mano del papa tocó su hombro—. No, hijo mío. —Conrado levantó la cabeza, sorprendido por la súbita ternura del papa—. Pero te debemos algo, por el dolor que has padecido, y porque... porque, sinceramente, estamos de acuerdo con fray Girolamo en que probablemente tengas razón. Tu hallazgo no debe sufrir más que una... muerte temporal. Cuando Dios quiera, la resucitará, con la misma facilidad que resucitó a Su Hijo. Nuestro compromiso es éste: un fraile te acompañará a Laverna: a través de él podrás comenzar la tradición oral de tu Francesco Lebbroso. Oral, no escrita. No harás más que esto, y dejarás lo demás en las manos de Dios.

—¿El compañero será alguien de mi elección?

—Siempre que tu ministro general apoye tu elección —respondió el papa.

«Dios quiera que así sea», pensó Conrado. Una muy pequeña llama de esperanza se encendió súbitamente en su interior. Con ella vino una calma inesperada, la seguridad de que un fraile de alguna futura generación sacaría a la luz la mentira de Elías. Sintió que se reavivaba su decisión, pero no tenía necesidad de decírselo al papa.

---

—Si fray Girolamo estuviese aquí, también le pediría la noche libre para poder despedirme de Orfeo y su esposa. Les prometí que cenaría con ellos.

—No veo en ello ningún inconveniente, hermano. Por favor añade mis felicitaciones a las tuyas, porque lo quiero mucho. —Gregorio sonrió—. ¿Cuándo vendrás a buscar a tu compañero?

—Si pudiese reunirse conmigo en la porta di Murorupto después de la tercia, mañana por la mañana...

El pontífice aceptó transmitir el recado y después acompañó a Conrado hasta la puerta principal de la basílica. Y con esta facilidad, el dilema que había atormentado al fraile desde su encuentro con fray Girolamo se resolvió con la finalidad y la infalibilidad de la decisión papal.

Mientras Conrado conversaba con el papa, la multitud se había marchado a sus casas a cenar y la piazza di San Francesco estaba desierta. Un perro solitario que buscaba entre los desperdicios dejados por los fieles se acercó para olfatear los tobillos del fraile. El animal lo siguió hasta el límite de la plaza y Conrado deseó estar de nuevo entre las criaturas de su bosque, y que los hechos de los últimos tres años nunca hubiesen sucedido. Rascó la cabeza, del perro dominado por la súbita nostalgia de ver a *Chiara*, la dócil cervata que mudaba su choza.

Después espantó al animal para que volviera a la plaza, y siguió su camino en solitario.

El único tema que continuaba sin resolver era la existencia, o el paradero de la desaparecida crónica de Leo. Conrado había querido preguntárselo a fray Girolamo, pero dado que el ministro general se marchaba a Venecia, había perdido la oportunidad. Sabía que aun en el caso de poder preguntarle a fray Salimbene o al bibliotecario por el pergamino, no conseguiría una respuesta sincera. El único camino era volver a aflojar las tablas de los armarios al amparo de la noche, una experiencia que no deseaba repetir nunca más, ni en sus peores pesadillas. Pero su compañero en el viaje a Laverna... incluso mientras heredaba la historia de la lepra de Francisco... quizá pudiera coger el testigo de la historia de Leo.

Mientras recorría las calles que llevaban a la casa de Amata, Conrado comprendió que el súbito giro de los acontecimientos le había dejado una sensación de paz y tranquilidad. Durante tres años había llevado el peso del mensaje de Leo sobre sus hombros como una fuerte nevada, y que había necesitado de todas sus fuerzas para no doblarse. Pero el calor de la autoridad de Gregorio había derretido la carga y lo había liberado para que pudiese recuperar la postura erguida. El yugo de la ciega obediencia albergaba en su interior la liberación de la irresponsabilidad infantil. El desaparecido manuscrito de Leo también había sido una carga, otro peso que ahora él había dejado voluntariamente en manos de Dios. Comenzó a pensar con entusiasmo en su retiro en el monte Laverna; aún tenía muchas cargas de las que librarse.

---

Cuando llegó a la casa de Amata, encontró a todos reunidos en el gran salón, a mitad de la cena. En la mesa de la servidumbre estaban los cuatro hombres que habían cargado la litera aquella mañana hasta la plaza. A aquella distancia, finalmente reconoció al que le había resultado conocido. El hombre de Rosanna, el sirviente que le llevaba comida a su choza todas las semanas.

Conrado se acercó presuroso a la mesa reservada a la familia y los invitados especiales, pero Rosanna no estaba allí. Hundió los hombros. Reconoció la desilusión; la había conocido en una ocasión anterior, la mañana que se fue al convento sin poder despedirse de ella.

Amata lo llamó para que ocupara el sitio que le había reservado entre ella y su tío. El conde Guido lo saludó cordialmente y se corrió un poco más en el banco mientras Amata llamaba a uno de los criados para que trajera otro plato. Con la mente cargada con los recuerdos de su ermita, Conrado se acordó en aquel instante de la adolescente de lengua afilada que comía una uva tras otra al tiempo que le lanzaba reproches en su choza. La joven madura a su lado era un tributo viviente a la sabiduría y la paciencia de doña Giacoma.

—¡Te prometí una sorpresa, Conrado! —dijo Amata—. Invité a Monna Rosanna a que viniese a Asís para el día del santo, aunque en aquel momento no sabía nada de su enfermedad. Esperábamos que, a través de la intercesión de las heridas de san Francisco, su salud mejorara durante la estancia.

—¿Cómo está? —preguntó Conrado.

—Muy grave —respondió Amata, con un tono sombrío—. El médico cree que sólo la puede salvar un milagro. Muchos partos difíciles. La bendición y la maldición de nuestro sexo. —Consiguió esbozar una sonrisa, consciente de que dentro del año su propia vida estaría suspendida entre la maravilla y el peligro mortal del embarazo y el parto.

Conrado hundió la frente en la mano y apretó los dientes. ¡La más querida compañera de su infancia se moría porque su marido no era más que una bestia en celo! No había ni un solo año desde su matrimonio en el que no hubiese estado embarazada. No obstante, a pesar de lo furioso, frustrado e indefenso que se sentía, una parte de él estaba obligada a admitir que Rosanna y Quinto sólo habían cumplido con el precepto bíblico de «creced y multiplicaos». ¿Hubiese sido su vida diferente de haberse casado con un hombre como él?

Amata bebió un sorbo de su copa. Apoyó una mano en su brazo y añadió:

—No ha dejado de preguntar por ti desde que llegó.

El fraile amagó levantarse de inmediato, incluso antes de que el sirviente le trajera la comida, pero Amata lo sujetó con fuerza.

---

—Ahora descansa tranquila, Conrado. Primero cena y dínos cuál es tu plan. Esperamos que quieras quedarte con nosotros durante un tiempo. A Iacopone también le beneficiaría tu presencia.

Movió la cabeza para señalar un banco debajo de uno de los tapices. Teresina había acabado de cenar y estaba sentada junto a su padre, con la cabeza apoyada en su hombro y con una de sus grandes manos entre las suyas. El penitente giraba la cabeza torpemente.

La imagen de la recaída descorazonó a Conrado. Se cubrió el rostro con la mano por un momento, y después explicó que debía estar en la carretera a la mañana siguiente.

—Sólo puedo ofrecerte consejo, Amatina. Intenta que el sior Iacopone escriba, que recopile sus poemas, que copie, lo que sea. Tiene la muy afinada sensibilidad de un artista. Para las almas torturadas como la suya, escribir es lo mejor, quizá la única cura. Incluso podría ir a nuestro convento en Todi. Allí era bien conocido y seguramente gozaba de un gran respeto antes de que la pena se apoderara de su espíritu.

Conrado se dio cuenta de que la respuesta había desilusionado a Amata, pero el papa había hablado y, además, su propio espíritu necesitaba cuidados. Echaría en falta toda aquella cariñosa compañía, pero era consciente de que debía renunciar a ella. Se encontraba ante otra encrucijada, con otro irrevocable cambio de dirección. Mientras tomaba el caldo, Conrado pensó de nuevo en Rosanna, a la que había perdido dos veces: cuando se había unido a los frailes y había recibido la noticia de su casamiento, y luego cuando se había ido de su ermita para regresar a Asís. Ahora, aparentemente, tendría que dejarla ir una tercera, y quizá, última vez.

Aquella noche, la sopa no tenía aroma ni sabor para él, y apenas escuchaba las conversaciones a su alrededor. Sus sentidos se habían adelantado hacia un lugar oscuro y ahora llamaban a su alma para que los siguiera, y los siguiera sin demora. En su mente apareció una breve frase de un poema popular: «Digo adiós a mis amigos, y entro en el otoño de Laverna». Apenas si había probado la comida cuando los sirvientes comenzaron a quitar las mesas.

Amata permaneció sentada a su lado mientras los demás iban a buscar sus colchones.

—¿Conrado? —dijo con voz muy suave—. Si no te apetece comer, podemos ir ahora a visitar a Rosanna. Pero antes de que tú y yo nos demos las buenas noches, prométeme que no te escaparás por la mañana, como el día que marchaste a San Salvatore.

—Te lo prometo, Amatina. —Hizo una pausa, y luego añadió—: Ruego a Dios para que de nuevo algún día dirija mis pasos en esta dirección, pero por ahora no puedo ver más allá de Laverna.

---

Se descubrió a sí mismo buscando las palabras que se esperaba que dijese.

—Os extrañaré a todos, muchísimo, pero la separación será más fácil al saber que vives finalmente en la paz que Giacoma deseaba para ti, que todos deseábamos para ti. —Sin embargo, sospechaba que no sería tan fácil como lo había hecho parecer. Separarse de Amata podría resultar tan desgarrador como la otra separación que le esperaba.

No se resistió cuando ella lo cogió de la mano y lo llevó a la habitación donde en otros tiempos había estudiado los manuscritos. Cuando se detuvo en el umbral, Amata le susurró: «Orfeo me está esperando», y se marchó discretamente. Parte del humo del fuego que ardía en un rincón escapaba de la campana, tal como él lo recordaba, pero la mujer acostada en un jergón respiraba sin dolor. Parpadeó varias veces y después sus ojos se abrieron al ver la aparición en la puerta.

—Soy yo, Conrado.

El resplandor naranja del fuego se reflejó en las lágrimas que llenaron sus ojos.

—¿Qué le han hecho a mi amigo? Amata me advirtió que habías cambiado mucho en la prisión, pero nunca imaginé...

Conrado se arrodilló junto a ella y le puso un dedo en los labios.

—Dicen que Dios trata con dureza a aquellos que ama, de la misma manera que los niños tratan a sus juguetes favoritos. A ti y a mí nos debe de querer mucho, Rosanna. —Le cogió la mano automáticamente, como si ambos volviesen a tener diez años, y se sorprendió ante la naturalidad del acto—. Amata dijo que me esperabas.

Ella volvió la cabeza para mirar la columna de humo.

—Quiero tus oraciones por el descanso de mi alma, y para la protección de mi marido y de mis hijos cuando ya no esté. Sé que mi tiempo se acaba, Conrado. —Él apenas notaba la débil presión de sus dedos en la palma—. También tengo que hacerte una confesión.

Conrado le soltó la mano y de inmediato se sentó muy erguido. Rosanna se rió suavemente en la penumbra.

—No, no. Nada tan formal. Me confesé con el sacerdote de Ancona antes de partir, por si acaso el viaje resultaba demasiado duro para mi salud. Sólo quiero confesarme de amiga a amigo. Por favor, cógeme de nuevo la mano.

Él lo hizo, pero esta vez más consciente.

—Durante todos los años de mi matrimonio con el sior Quinto —prosiguió Rosanna— he estado enamorada de otro hombre. ¿Eso te sorprende?

A Conrado se le cortó la respiración por un momento. De no haber sido por la debilidad de la mujer, le hubiese soltado la mano. Aunque ella había dicho que no era una confesión en toda regla, reaccionó como severo pastor.

---

—¿Lo has amado en el sentido carnal? —preguntó, espantado por la respuesta incluso mientras lo decía.

De nuevo se oyó la risa de Rosanna, un sonido entre jadeos.

—No, sólo en mis fantasías de niña, y ahora en mis sueños de matrona. Creo sin duda que es el más tonto de los tontos porque nunca se dio cuenta de nada.

—¿Lo conocías desde que eras una niña? ¿Por qué no declaraste tus sentimientos en lugar de casarte con un extraño?

—Sabes que las hijas no tienen elección en ese tema, Conrado. Manifesté mi amor por él, a mis padres, la noche que me dijeron que me casaría con Quinto. Les dije de todo, y juré que sólo me casaría... contigo. ¿Por qué crees que te llevaron corriendo al convento? —El jergón crujió cuando con mucho esfuerzo ella se puso de lado—. Mira cómo hemos terminado. Dos viejos muñecos maltratados que deberían haber sido la pareja más feliz del mundo. Sé que tú también me amabas, aunque sólo fuese con el primer amor de un muchacho.

La opresión en la garganta le impidió responder. Un rayo de luna alumbró una esquina de la habitación. Conrado vio la soledad de toda su vida en aquel único rayo.

—Dilo, Conrado. Deja que te diga *addio* en paz.

Él le sujetó la mano entre las suyas, y recorrió los frágiles dedos con las yemas de los suyos. Cuando finalmente habló, su voz era ronca:

—Sé que nuestras almas no morirán, Rosanna. No le demos tanta importancia a decirnos adiós. Volveremos a hablar un día, en una mansión más feliz.

—Dilo, Conrado. Por favor.

El fraile intentó levantarse pero la mano de ella se aferró a la suya.

—¡Conrado!

Él le soltó la mano y la apoyó en su vientre.

—Dios sabe que te amo, Rosanna. Hasta este mismo instante, sólo Dios ha sabido que nunca he dejado de amarte. Yo mismo acabo de darme cuenta. —Sonrió—. Supongo que eso demuestra que soy el más tonto de los tontos.

Apoyó los labios en la frente sudorosa, luego pasó las manos por debajo de sus hombros y la incorporó del jergón. La estrechó contra su pecho durante un largo momento, mientras luchaba por contener las lágrimas que deseaba derramar mientras la dejaba ir por última vez. La acostó de nuevo y esta vez permitió que sus labios se rozaran.

—Gracias, Conrado —susurró ella.

—*Addio*, Rosanna. Adiós, amiga mía.

---

Se levantó y, con paso tambaleante, fue hasta la puerta. Le flaquearon las piernas y se sujetó al marco mientras miraba a través de la ventana el luminoso cielo. Con un gesto hacia las estrellas dijo:

— Allí te veré.

Conrado cruzó el umbral y siguió el sendero iluminado por la luna hasta el patio de Amata. Allí la luz jugó con su barba blanca, la hizo resplandecer y atrajo a una nube de pálidas polillas que volaron alrededor de su cabeza y se posaron en sus cabellos. Deseó poder echar raíces entre los restos del incendio, criar musgo y liquen como un venerable roble, ser el hogar de un millón de insectos, dar sombra con sus hojas al hogar de Amata y sentir a sus traviesos bambinos trepar por sus ramas.

Pero su peregrinaje no le permitía tal lujo. El suyo era un destino lejano. No el monte Laverna, que sólo era una mera parada en su camino, sino nada menos el reino de Dios, oculto en su interior, tal como había predicado Jesús.

Mañana le pasaría la carga de Leo a su compañero de ruta, al fraile de la siguiente generación, fray Ubertino. No había encontrado a Dios en toda aquella búsqueda, tampoco en el remendado hábito gris que ahora cubría su cuerpo tembloroso. Sabía que el Padre vivía mucho más allá de cualquier esfuerzo humano, del trozo de pergamino chamuscado en su bolsillo y el alma pura de la orden que representaba, o incluso de la majestuosa basílica que había desplazado su alma. Mucho más allá de cualquier cosa que Conrado pudiese nombrar o siquiera pensar, que su más inteligente idea de un Dios, que sólo era una invención.

Estaba seguro de que el camino a Dios desaparecería en el misterio, quizá en algún lugar de la nada más absoluta, aunque seguramente Dios no fuera un lugar, ni siquiera un vacío en ninguna parte, sino sólo amar. El apóstol lo había adivinado: «Dios es amor».

Allí, en el corazón del amor original, sabía que volvería a encontrarse de nuevo con Rosanna.



## Epílogo

Después de su estancia en el monte Laverna, fray Conrado da Offida ganó fama como predicador itinerante y visionario. Siempre devoto a la causa de los espirituales de su orden, murió en el convento de la Santa Croce en Bastia en 1306, y más tarde fue beatificado. Un contemporáneo, fray Angelo Chileno, aseguró que Conrado había utilizado el mismo hábito durante cincuenta años, algo así como un homenaje a la tocudez y la dureza, tanto del hombre como de la tela.

Dieciséis años después de su muerte, un pupo de perusinos robó los sagrados huesos de Conrado y los llevaron a un santuario de su propia ciudad.

Ubertino da Cásale llegó a líder de los espirituales a finales de 1300. En su libro *Arbor Vitae* (el árbol de la vida), menciona el manuscrito perdido de Leo. Ubertino cita del manuscrito aquellos pasajes que le transmitió fray Conrado, pero fue tachado de mentiroso por no presentar el texto original, que hasta el día de hoy, continúa desaparecido.

En 1294, el cardenal Benedetto Gaetani fue elegido papa con el nombre de Bonifacio VIII, y hundió al papado en la más larga y profunda crisis de su historia. Si se acepta el razonamiento de Conrado de que las profecías del abad Joaquín de Flora señalaban realmente el año 1293, se podría argumentar que Bonifacio representaba la llegada de la Abominación de la Desolación anunciada en la visión del abad.

Iacopone de Todi entró en la orden franciscana en 1278. El también se convirtió en una figura destacada entre los espirituales. Sus laudes, escritos en lengua vernácula, le ganaron el amor de la gente y el desprecio de un poeta rival, Dante Allighieri. Debido a las incesantes diatribas de Iacopone contra la corrupción dentro de la Iglesia, el papa Bonifacio VIII lo mandó encarcelar en la mazmorra papal. Pero ésa es otra historia,

El año que su padre se unió a los frailes, la adolescente Teresina se fue con Orfeo, Amata, y sus cuatro hijos a Palermo, Sicilia. Allí, Orfeo estableció su negocio, y comerció por el Levante unos pocos años antes de las Vísperas Sicilianas, pero ésta también es otra historia.

El 13 de abril de 1482, el papa Sixto IV canonizó al antiguo ministro general, fray Bonaventura. En 1588, el papa Sixto V declaró al santo como doctor de la Iglesia con el título específico de doctor seráfico.

---

En 1818, un grupo de trabajadores que cavaban en la cripta de la basílica de San Francisco, descubrieron los restos del santo; 550 años después de su desaparición. Las reliquias nunca han sido analizadas para buscar en ellas señales de lepra.

*Fin*